

**C. J. CHERRY**

# **LA ESTACION DOWNBELOW**

*Premio Hugo 1982*



Lectulandia

Cuando se desencadenó la crisis del sistema, ellos eran ya solamente el resto de una Flota, y luchaban contra un poder que llegaba a todas partes, que poseía una inextinguible cantera de vidas, de suministros, de mundos.

Después de tan larga lucha, eran lo último que quedaba del poder de la Compañía Tierra. La capitana Mallory había sido testigo de cómo se llegaba a aquella situación. Había volado para mantener juntas a la Tierra y a la Unión, el pasado de la humanidad y su futuro. Y era una gran ironía que la Unión se hubiese convertido en el soporte de la postura pro-espacio en aquella guerra, y que la Compañía luchara en contra. Era una ironía que ellos, los que creyeron en el Más Allá, terminaran oponiéndose a aquello en que se había convertido, exponiéndose a morir por la Compañía que les había abandonado.

Hubo un tiempo en que los sueños de las viejas naves de exploración la indujeron a meterse en aquello, un sueño largamente contrastado con las realidades de la Compañía. Y llegó un momento en que tuvo que admitir que era imposible ganar.

La Flota se enfrentó sola a la situación, sin mercantes ni estaciones de soporte, sola, como había estado desde hacía mucho tiempo.

**Lectulandia**

C. J. Cherryh

# **La estación Downbelow**

ePub r1.0

whatsername 28.12.14

Título original: *Downbelow station*

C. J. Cherryh, 1981

Traducción: Jordi Fibla

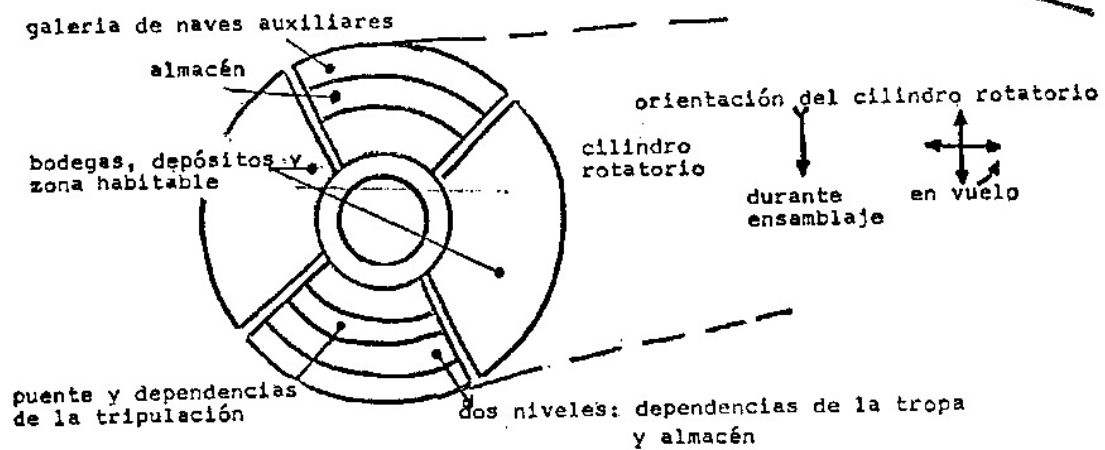
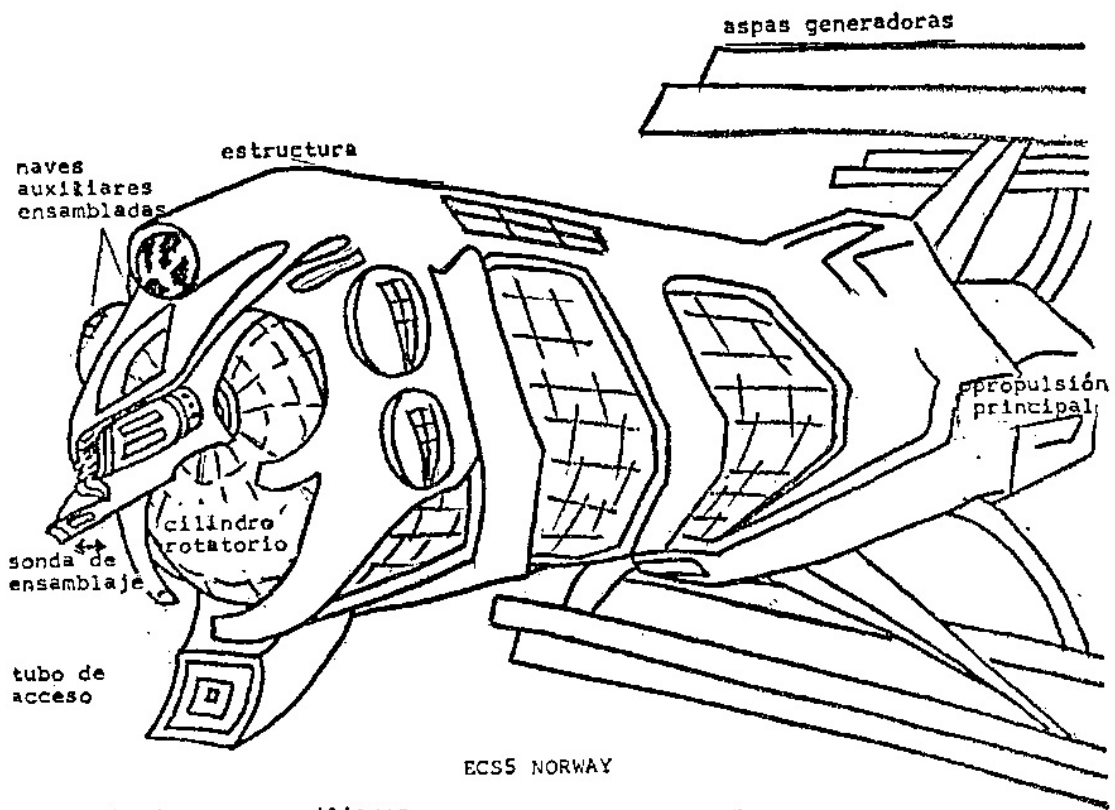
Editor digital: whatsername

ePub base r1.2

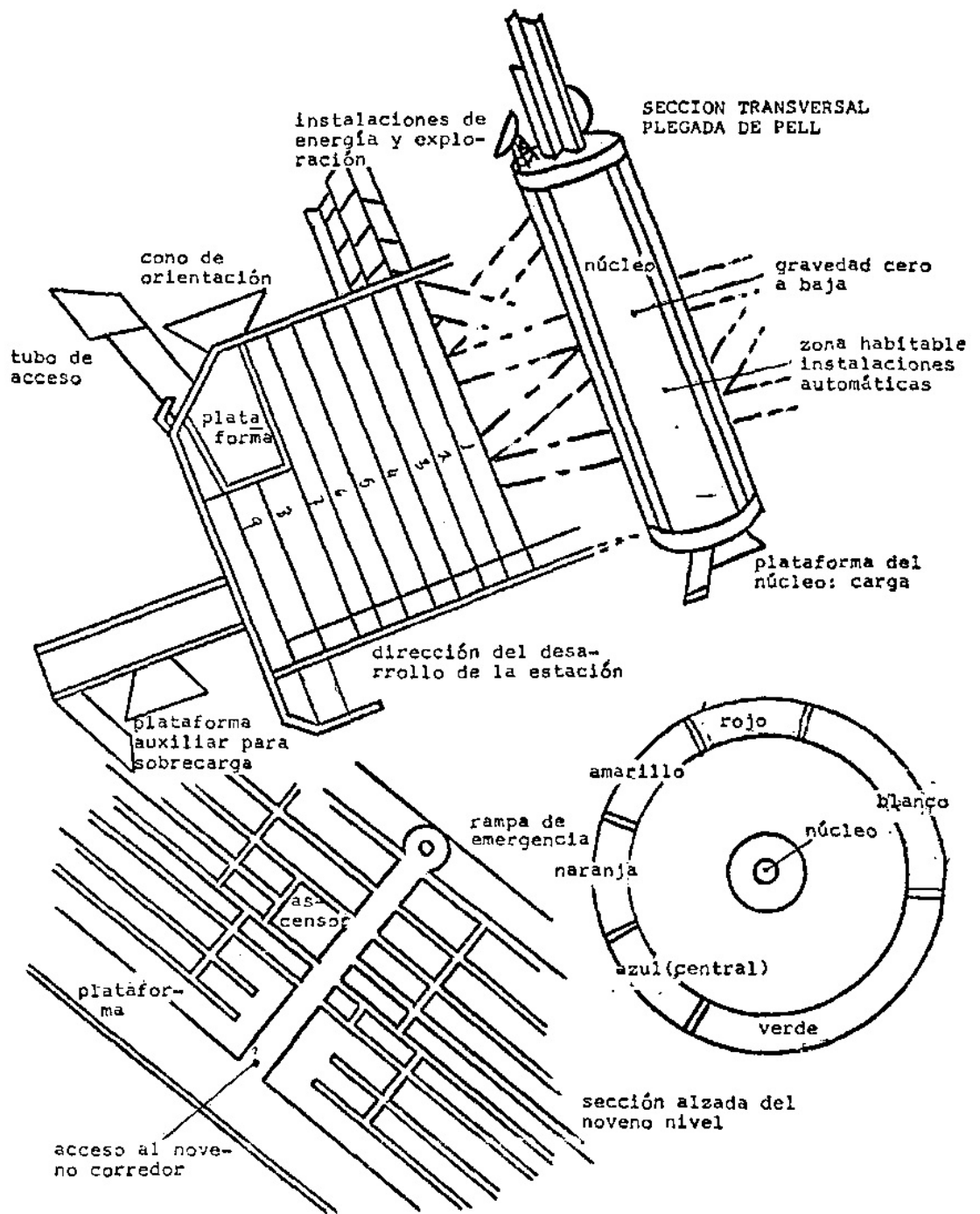
---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---







# LIBRO PRIMERO

# I

## Tierra y Exterior: 2005-2352

**L**AS ESTRELLAS, COMO TODOS LOS DEMÁS ALBURES DEL HOMBRE, CONSTITUÍAN una imposibilidad evidente, una ambición tan temeraria e improbable como los inicios de la aventura en los grandes océanos de la Tierra, en el aire o en el espacio. La estación Sol llevó una provechosa existencia durante varios años. Se inició en la explotación de minas, creó manufacturas e instalaciones de energía en el espacio, todo lo cual empezó a ser rentable. La Tierra se acostumbró a ella con la misma celeridad con que se había acostumbrado a todas sus demás comodidades. De la estación partían misiones que exploraban el sistema, siguiendo un programa que estaba lejos de la comprensión del público pero que no tenía una fuerte oposición, dado que no afectaba a la vida cotidiana de la Tierra.

Así pues, aquella primera sonda partió sin alharacas, con toda naturalidad, hacia las dos estrellas más próximas. No iba tripulada y su finalidad era recoger datos y regresar, tarea en sí misma de considerable complejidad. El lanzamiento desde la estación atrajo cierto interés público, mas la espera para conocer los resultados debía contarse por años, y los medios de comunicación dejaron de interesarse por la sonda en cuanto salió del sistema solar. Atrajo mucho más atención a su regreso: nostalgia por parte de quienes recordaban su lanzamiento hacia mas de una década, curiosidad de los jóvenes que apenas conocían el origen del experimento y se preguntaban de qué iba todo aquello. Fue un éxito científico y aportó datos suficientes para mantener ocupados a los analistas durante años... pero no se divulgó el significado de sus observaciones en términos comprensibles por los profanos. En cuanto a las relaciones públicas, la misión constituyó un fracaso. El público, al tratar de comprender según su punto de vista, buscaba beneficios materiales, tesoros, riquezas, hallazgos espectaculares.

Lo que la sonda había descubierto era una estrella con razonables posibilidades de estimular la vida. Un anillo de restos que incluían partículas, planetoides, fragmentos irregulares casi tan voluminosos como un planeta con interesantes implicaciones de formación sistemática, y un compañero planetario con su propio sistema de fragmentos y lunas... un planeta desolado, calcinado, ominoso. No era un Edén, una segunda Tierra, no era mejor que la existente en el propio sistema solar, y el viaje había sido demasiado largo para descubrir solamente una cosa así. Los medios de comunicación se empeñaron en dar unas explicaciones que ni ellos mismos entendían bien, buscando algo que ofrecer a sus receptores, y rápidamente perdieron interés. Se habló de costes y se hicieron vagas y desesperadas comparaciones con Colón, tras lo



cual la prensa se dedicó de lleno a una crisis política en el Mediterráneo, mucho más comprensible y considerablemente más sangrienta.

Los científicos de la estación Sol respiraron aliviados y con toda precaución invirtieron parte de su presupuesto en una modesta expedición tripulada, para viajar en lo que sería una réplica móvil en miniatura de la misma estación Sol, permanecer algún tiempo haciendo observaciones en órbita de aquel mundo y, muy discretamente, para imitar más aún a la estación Sol, poner a prueba técnicas de fabricación que habían construido el segundo gran satélite de la Tierra... en extrañas condiciones. La Corporación Sol proporcionó una generosa subvención, pues tenía una cierta curiosidad, un cierto entendimiento de las estaciones espaciales y los beneficios que podían esperarse de su desarrollo.

Aquellos fueron los inicios.

Los mismos principios que hicieron práctica la estación Sol, hicieron viable la primera estación estelar. Necesitaba un suministro mínimo de sustancias orgánicas de la Tierra... en su mayor parte lujos para hacer más agradable la vida al creciente número de técnicos, científicos y familias estacionados allí. Se extraía mineral, y a medida que sus propias necesidades disminuían, enviaba el exceso de producción... Así se estableció el primer eslabón de la cadena. Aquella primera colonia había demostrado que no existía necesidad alguna de que una estrella tuviera un mundo adecuado para los humanos, ni siquiera una estrella del tipo de nuestro sol... el viento solar y los habituales desechos de metales, rocas y hielo eran suficientes. Una vez construida la estación, podía lanzarse un módulo a la siguiente estrella, fuera cual fuese. Bases científicas, manufacturadas: bases desde las que podría alcanzarse la próxima estrella prometedoras... y la siguiente, y otra, y otra más... La exploración del exterior de la Tierra se desarrolló en un estrecho vector, un pequeño abanico que se ampliaba por su extremo más ancho.

La Corporación Sol, que había crecido más de lo que se había propuesto y poseía más estaciones que la misma Sol, se convirtió en aquello que le llamaban los colonos de las estrellas: la Compañía Tierra. Ostentaba poder... lo ejercía, desde luego, sobre las estaciones que dirigía a larga distancia, a tan larga distancia que costaba años recorrerla; pero también ejercía su poder en la Tierra, donde su creciente suministro de minerales e instrumental médico y su posesión de varias patentes era enormemente provechoso. Si bien el sistema había tenido comienzos lentos, la constante llegada de bienes y nuevas ideas, por mucho tiempo que hubiera transcurrido desde su lanzamiento, era beneficiosa para la Compañía y su consiguiente poder sobre la Tierra. La Compañía enviaba transportes mercantiles en número cada vez mayor: eso era todo lo que tenía que hacer en aquella época. Los tripulantes de las naves en los largos viajes se acostumbraban a un peculiar e introvertido modo de vida, y no pedían más que mejorar el equipo que habían llegado a considerar como propio. Las estaciones se apoyaban entre sí, cada una de ellas enviaba las mercancías de la Tierra un paso más allá hasta su vecino más próximo, y todo aquel intercambio circular

finalizaba en la estación Sol, donde los beneficios se disipaban con el pago de las sustancias orgánicas y las mercancías que sólo la Tierra podía producir.

Fue aquella una época dorada para quienes vendían esta riqueza. Se amasaron y se perdieron fortunas, cayeron gobiernos, las corporaciones adquirieron más y más poder y la Compañía Tierra, en sus múltiples facetas, cosechó inmensos beneficios y dirigió los asuntos de naciones enteras. Fue una era de inquietud y poblaciones recién industrializadas. Los descontentos de cada nación iniciaron el larguísimo camino en busca de empleos y riqueza, ansiosos por realizar sus sueños personales de libertad. Se repitió el viejo atractivo del Nuevo Mundo, y muchos hombres se lanzaron otra vez a la aventura a través de un océano nuevo y mucho más amplio, hacia tierras extrañas.

La estación Sol se convirtió en una escala, un lugar que ya no era exótico, pero sí seguro y conocido. La Compañía Tierra floreció a expensas de las estaciones estelares, otra comodidad a la que quienes disfrutaban de ella empezaron a acostumbrarse.

Y las estaciones estelares conservaban el recuerdo de aquel mundo variopinto que las había puesto en órbita, la madre Tierra, con una connotación nueva, cargada de emoción, la Tierra que les enviaba mercancías preciosas para su bienestar y que, en un universo desierto, les recordaba que por lo menos existía una mota llena de vida. Las naves de la Compañía Tierra les mantenían unidos a aquella vida... y las sondas de la Compañía eran la aventura romántica de su existencia, las ligeras y rápidas naves de exploración que les permitían ser más selectivos en su próximo paso. Fue aquella la era del Gran Círculo, que no era ningún círculo, sino las rutas que seguían los cargueros de la Compañía Tierra en sus constantes viajes y cuyo principio y fin estaba en la madre Tierra.

Una estrella tras otra... nueve de ellas hasta llegar a Pell, que reveló poseer un mundo habitable, y vida.

Aquel descubrimiento canceló todas las apuestas y trastornó el equilibrio para siempre.

La estrella y el mundo de Pell, nombre del capitán de la sonda que los localizó... y que no sólo halló un mundo, sino también indígenas, nativos.

La noticia del descubrimiento tardó largo tiempo en llegar a la Tierra a través del Gran Círculo, pero no tanto en propagarse por las estaciones estelares más próximas... y mucha gente, no sólo científicos, se dirigieron en tropel al mundo de Pell. Las compañías de las estaciones locales, que conocían la importancia económica del asunto, se apresuraron a presentarse en la estrella, para no quedar marginadas. Llegaron pobladores, y dos de las estaciones que orbitaban estrellas cercanas y menos interesantes quedaron peligrosamente solitarias, hasta llegar a estar del todo vacías. Mientras se trabajaba con intensidad en la construcción de una estación en Pell, gente ambiciosa ponía ya sus miras en dos estrellas más lejanas, calculando con fría previsión, pues Pell era una fuente de mercancías y lujos semejantes a los de la

Tierra... una perturbación potencial en el control del comercio y los suministros.

Los cargueros que llegaban a la Tierra hicieron correr las noticias de la existencia de vida extraterrestre, y la Compañía sufrió una conmoción. Se entablaron debates de carácter moral sobre el curso de acción a seguir, a pesar de que las noticias tenían casi dos décadas de antigüedad, como si en aquel preciso momento se pudiera intervenir en las decisiones que tomaban en el Más allá. Todo estaba fuera de control. La existencia de otra vida desbarataba las ideas a las que tanto se había aferrado el hombre acerca de la realidad cósmica, planteaba preguntas filosóficas y religiosas, presentaba realidades que algunos, incapaces de hacerles frente, preferían ignorar. Aparecieron nuevos cultos. Pero otras naves informaron a su llegada de que los alienígenas del mundo de Pell no se distinguían por su inteligencia, no eran violentos, no construían nada y parecían más primates inferiores que otra cosa: morenos, peludos, desnudos y con grandes ojos de mirada perpleja.

Los terrestres respiraron. El universo centrado en el hombre y la Tierra, en el que siempre habían creído los seres humanos, se había conmocionado, pero enseguida se recuperó. Los aislacionistas que se oponían a la Compañía incrementaron su influencia y su número como reacción al temor desatado... y a un súbito y considerable descenso del comercio.

La Compañía estaba sumida en el caos. Se requería mucho tiempo para enviar instrucciones, y Pell crecía lejos de su control. Nuevas estaciones que no habían sido autorizadas por la Compañía Tierra cobraron existencia en estrellas más lejanas. Unas estaciones llamadas Mariner y Viking que pronto tuvieron vástagos, a los que denominaron Russell y Esperance. La Compañía envió instrucciones, ordenando a las ahora casi deshabitadas estaciones más próximas que efectuaran determinadas acciones para estabilizar el comercio, y se hizo evidente que tales órdenes eran una solemne tontería.

De hecho, ya se había desarrollado un nuevo sistema comercial. Pell disponía de las materias biológicas necesarias. Estaba más cercano a la mayoría de las estaciones estelares, y las compañías de éstas, que antes habían considerado a la Tierra como una madre amada, veían ahora nuevas oportunidades, y las aprovecharon. Además, se formaron otras estaciones, y el Gran Círculo se rompió. Algunas naves de la Compañía Tierra partieron para comerciar con el Más Allá, y no había forma de detenerlas. El comercio continuó, pero ya no fue como antes. Bajó el valor de las mercancías terrestres y, en consecuencia, a la Tierra le costó cada vez más mantener su provechoso vínculo con las colonias.

Se produjo entonces una segunda conmoción. Había otro mundo en el Más Allá, descubierto por un intrépido comerciante... Cyteen. Se desarrollaron nuevas estaciones... Fargone, Paradise y Wyatt, y el Gran Círculo se extendió todavía más.

La Compañía Tierra tomó una nueva decisión: un programa de reembolso, un impuesto sobre las mercancías, que compensaría las pérdidas recientes. Discutieron con las estaciones sobre la comunidad humana, la deuda moral y la carga de la

gratitud.

Algunas estaciones y comerciantes pagaron el impuesto. Otros se negaron, sobre todo los que estaban más allá de Pell y Cyteen. Sostenían que la Compañía no había participado en su desarrollo y no podía reclamarles nada. Se instituyó un sistema de documentos y visados, se organizaron inspecciones, que produjeron un amargo resentimiento entre los comerciantes, los cuales siempre habían considerado las naves que usaban como propias.

El siguiente paso consistió en retirar las sondas, declaración tácita de que la Compañía ponía oficialmente coto a un mayor crecimiento del Más Allá. Las rápidas naves de exploración estaban armadas, siempre lo habían estado, puesto que se aventuraban en lo desconocido. Pero ahora las utilizaron de una nueva manera, para visitar estaciones y meterlas en vereda. Aquello fue lo más penoso, el hecho de que las tripulaciones de las naves sonda, que habían sido los héroes del Más Allá, se convirtieran en los gendarmes de la Compañía.

Los comerciantes respondieron armándose a su vez. Las naves de carga no habían sido construidas para el combate y no podían efectuar giros cerrados, pero hubo refriegas entre las naves sonda transformadas en naves de guerra y los comerciantes rebeldes, aunque la mayoría de éstos declararon a desgana que aceptaban el impuesto. Los rebeldes se retiraron a las colonias más alejadas, donde era más difícil someterlos por la fuerza.

Estalló la guerra sin que nadie le diera ese nombre... Sondas armadas de la Compañía contra los comerciantes rebeldes, que servían a las estrellas más lejanas, circunstancia posibilitada por el hecho de que existía Cyteen y ni siquiera Pell era indispensable.

Así pues, se trazó la línea divisoria. Se reanudó el Gran Círculo, excluyendo a las estrellas situadas más allá de Fargone, pero ya no resultó tan provechoso como antes. El comercio continuó, pero de una manera extraña, pues los comerciantes que pagaban los impuestos tenían libertad para ir adonde quisieran, lo que estaba vedado a los comerciantes rebeldes. Pero podían falsificarse los sellos, como así sucedió. La guerra estaba muy aletargada: sólo se reavivaba cuando un rebelde constituía un blanco claramente alcanzable. Las naves de la Compañía no podían poner de nuevo en funcionamiento las estaciones situadas cerca de Pell, en dirección a la Tierra, que habían dejado de ser viables. Las poblaciones se habían trasladado a Pell, Russell, Mariner, Viking, Fargone y aún más lejos.

En el Más Allá se construyeron naves, como se habían construido estaciones. Disponían de la tecnología necesaria, y proliferaron las naves comerciales... Entonces llegó la teoría del *salto*, que se había originado en el Nuevo Más Allá, en Cyteen, y fue aprovechada rápidamente por los constructores de naves en Mariner, al lado de la línea donde imperaba la Compañía.

Y aquél fue el tercer gran golpe a la Tierra. El antiguo sistema de calcular las distancias mediante la velocidad de la luz quedó desbancado. Los cargueros que

avanzaban por medio del *salto*, lo hacían en cortos tránsitos por el vacío interestelar, pero el tiempo que invertían en saltar de una estrella a otra se redujo de años a períodos de meses y días. La tecnología mejoró. El comercio se convirtió en una nueva clase de juego y cambió la estrategia de la larga guerra... Las estaciones proliferaron cada vez más cerca unas de otras.

Todo ello desembocó súbitamente en una organización entre los rebeldes del más recóndito Más Allá. Empezó como una coalición de Fargone y sus minas, pasó a Cyteen, hizo recuento de fuerzas en Paradise y Wyatt y fue en busca de otras estrellas y de las naves mercantes que las abastecían. Corrieron rumores... Se habló de grandes aumentos de población que habían tenido lugar durante años sin que se informara de ello, utilizando la tecnología utilizada en otro tiempo por la Compañía cuando había necesidad de hombres, de vidas humanas para llenar la vasta y oscura nada, para trabajar y construir. Cyteen lo había hecho. Esta organización, esta *Unión*, como se llamaba a sí misma, creció y se multiplicó geométricamente, utilizando instalaciones que ya estaban en funcionamiento y laboratorios de gestación. La Unión se expandió. En una veintena de años había aumentado enormemente el territorio y densidad de población, y ofrecía una ideología única y rígida de crecimiento y colonización, una dirección centrada en lo que había sido una rebelión espontánea. Silenció a los disidentes, movilizó, organizó y atosigó a la Compañía.

Finalmente, espoleada por la opinión pública, que exigía resultados con respecto a la situación en deterioro, la Compañía Tierra en la estación Sol dejó de pagar impuestos y dedicó los fondos a construir una gran flota, formada exclusivamente por naves diseñadas para el *salto* interestelar, máquinas de destrucción que tenían nombres como *Europa* y *América*.

También la Unión construyó naves de guerra especializadas, cambiando de estilo con el cambio de tecnología. Capitanes rebeldes que habían luchado durante largos años por sus propias razones, fueron acusados de incompetencia a la menor ocasión. Las naves se pusieron en manos de comandantes que tenían la ideología correcta y se mostraban implacables.

Los éxitos de la Compañía se hicieron más difíciles. La gran flota tenía un inmenso territorio que cubrir, y el enemigo la superaba en número. En estas condiciones, no llevó la guerra a su fin ni en uno ni en cinco años. Y la Tierra se sentía cada vez más vejada por lo que había llegado a ser un conflicto inglorio y exasperante. «Basta de enviar naves», se gritaba ahora en las corporaciones financieras. «Que vuelvan nuestras naves y que esos bastardos se mueran de hambre.»

Naturalmente, la que pasó hambre fue la flota de la Compañía, y no la Unión, pero la Tierra parecía incapaz de comprender que ya no se trataba de unas frágiles colonias rebeladas, sino de una potencia en formación, bien aprovisionada y armada. Las mismas políticas miopes, la misma competencia entre los aislacionistas y la Compañía que habían alienado a las colonias en un primer momento, se

intensificaron más y más a medida que el comercio disminuía. No perdieron la guerra en el Más Allá, sino en las cámaras del senado y las salas de juntas en la Tierra y la estación Sol. Las actividades mineras dentro del propio sistema de la Tierra eran provechosas, pero no las misiones exploratorias en todas direcciones.

No importaba que hubieran dado el salto y que ahora las estrellas estuvieran cerca. Sus mentes se dirigían a los viejos problemas, a sus propios problemas y políticas. La Tierra prohibió la emigración al ver que se marchaban sus mejores cerebros. Se hundió en el caos económico, y la sangría de los recursos naturales terrestres que nutrían a las estaciones fue un fácil foco de descontento. Empezó a pedirse el fin de la guerra, la paz se convirtió de repente en la buena política. La flota de la Compañía, privada de fondos en una guerra con un frente demasiado amplio, obtenía suministros dónde y cómo podía.

Al final quedaban quince cargueros de la otrora orgullosa flota de cincuenta, reparados en las estaciones todavía abiertas a ellos. La llamaban la Flota de Mazian, siguiendo la tradición del Más Allá, donde al principio las naves eran tan escasas que los enemigos se conocían entre sí por su nombre y su reputación... un reconocimiento que ahora era más difícil, pero aún así se conocían algunos nombres. Conrad Mazian, de *Europe*, era un nombre que la Unión conocía para su pesar. Otros nombres bien notorios eran los de Tom Edger, de *Australia*, Mika Kreshov, de *Atlantic* y Signy Mallory, de *Norway*... y los de los restantes capitanes de la Compañía, y hasta los de las naves auxiliares. Todavía servían a la Tierra y a la Compañía, pero cada vez con menos amor a ambas. Ninguno de su generación había nacido en la Tierra. Recibían pocos repuestos, y ninguno de la Tierra ni de las estaciones de su territorio, pues las estaciones tenían un cuidado obsesivo por su neutralidad en la guerra. Los mercaderes eran su fuente de personal especializado y de tropas, la mayoría de ellos a su pesar.

El Más Allá había empezado con las estrellas más próximas a la Tierra, y ahora se iniciaba en Pell, pues las estaciones más antiguas se cerraron a causa del declive comercial con la Tierra y el fin del estilo mercantil anterior a la tecnología del salto. Las Estrellas Posteriores habían sido casi olvidadas y no las visitaban.

Había otros mundos más allá de Pell y Cyteen, y ahora la Unión los poseía a todos, mundos reales de las estrellas más lejanas a las que podía llegarse mediante el *salto*, en los que la Unión usaba los laboratorios de gestación para expandir las poblaciones, dotándolas de obreros y soldados. La Unión quería todo el Más Allá para dirigir el futuro curso del hombre. Y la Unión poseyó, en efecto, el Más Allá... excepto el delgado arco de estaciones que la flota de Mazian conservaba aún para la Tierra y la Compañía sin que se lo agradecieran, pero sin que vieran otra alternativa a su defensa. A sus espaldas sólo estaba Pell... y las estaciones de las Estrellas Posteriores. Más remota todavía, aislada, estaba la Tierra, encerrada en la contemplación de sí misma y en sus complejas y fragmentadas políticas.

Ya no había un comercio importante con la estación Sol. En aquella absurda

guerra los comerciantes libres trabajaban tanto para la Unión como para las estrellas de la Compañía, cruzaban las líneas de batalla a su antojo, aunque la Unión procuraba impedir aquel tráfico mediante sutiles hostigamientos, tratando de cortar los suministros a la Compañía.

La Unión se expandió y la flota de la Compañía se sostuvo aunque carecía de un mundo propio. Pell la alimentaba y la Tierra la ignoraba. En la Unión las estaciones no se construían ya según la antigua escala. Ahora eran bases inmensas para la exploración de mundos, con sondas que buscaban más estrellas. Vivían en ellas generaciones que jamás habían visto la Tierra, humanos para quienes *Europe* y *Atlantic* eran criaturas de metal y terror, generaciones cuyo modo de vida se cifraba en las estrellas, el infinito, el crecimiento ilimitado y para las que el tiempo parecía eterno. La tierra no las comprendía.

Pero tampoco las comprendían las estaciones que permanecieron con la Compañía o los mercaderes libres que proseguían en sus naves aquel extraño comercio entre mundos enemigos.



## II

### Aproximación a Pell: 5/2/52

**E**L CONVOY ENCENDIÓ LAS LUCES DE APROXIMACIÓN. PRIMERO, EL TRANSPORTE *Norway*, y, luego, los diez cargueros seguidos de las cuatro naves de reconocimiento que había soltado el *Norway*, y conforme se acercaban a la estrella Pell, fueron desplegándose en formación defensiva.

Era un buen refugio; un lugar seguro al que nunca había llegado la guerra, aunque no estuviese lejos. Los mundos del Más Allá eran los preponderantes. Algo de lo que empezaban a tomar conciencia a ambos lados del frente.

En el puente de la nave *ECS 5*, el transporte *Norway*, había gran actividad, con los cuatro paneles de mando auxiliares controlando las naves de reconocimiento, la gran sala del mando operativo, la de comunicaciones, y la de control de la propia nave. La *Norway* estaba en constante conexión con los diez cargueros y los partes que iban de uno a otro lado eran siempre escuetos, ceñidos exclusivamente a las operaciones de las naves. La *Norway* tenía demasiado trabajo para ocuparse de las miserias humanas.

Nada de emboscadas. La estación del mundo de Pell recibió la señal dándoles una bienvenida poco entusiasta. Un murmullo de alivio recorrió el transporte, un murmullo que no llegó al mando central. Signy Mallory, la capitana de la *Norway* relajó sus músculos, cuya tensión le había pasado casi inadvertida, y ordenó al mando militar que organizase la alerta.

Signy, era el tercer jefe, por orden jerárquico, de los quince comandantes de la Flota de Mazian. Tenía cuarenta y nueve años. La Rebelión del Más Allá se había iniciado hacía bastante más tiempo y durante su carrera sirvió como piloto de un carguero y luego como capitana de una nave de reconocimiento, pasando por todo el escalafón, siempre al servicio de la Compañía Tierra. Tenía los cabellos plateados y el rostro todavía joven. Los tratamientos de rejuvenecimiento, que tenían el inconveniente de producir canas, conservaban el resto de su aspecto en torno a los 36 años biológicos. Pero, teniendo en cuenta todo lo que había luchado y lo que había visto se sentía mucho más vieja.

Se reclinó sobre el sillón, que quedaba enfrente de las estrechas naves de curvada estructura que emergían del puente, pulsó los sensores de la consola adosada a uno de los brazos de su sillón para controlar las operaciones, dio un vistazo a las activas estaciones y a las pantallas que mostraban las teleimágenes y señales que sus receptores pudieron captar. Estaban a salvo. Aunque, a decir verdad, estaba viva gracias a que nunca terminaba de dar crédito a tal enjambre de datos; aunque se adaptaba a ellos como tuvieron que hacer todos, todos los que habían luchado en

aquella guerra. La *Norway*, era pura chatarra, como su tripulación, compuesta por restos de las *Brasil*, *Italia*, *Wasp*, y de aquel error llamado *Miriam B*. Algunas de sus piezas databan de los días de la guerra de los mercantes. Aprovechaban todo lo que podían y desechaban lo menos posible... incluso de las naves que iban bajo su protección. Muchos años atrás, la guerra tenía aún un cierto aire heroico, con gestos caballerosos, de enemigos que salvaban de la muerte a sus propios enemigos y confraternizaban con ellos durante las treguas.

Eran humanos, y la Profundidad demasiado grande, algo que todos tenían muy en cuenta. Pero ya era distinto y de entre todos aquellos civiles neutrales, ella había seleccionado a quienes podían serle útiles, a un grupo con posibilidades de adaptación. En Pell protestarían. Pero no iba a servirles de nada porque la guerra había tomado otro giro y quedaban al margen de cualquier elección.

Maniobraron lentamente, a la marcha más adecuada para que los cargueros pudiesen moverse en el espacio real, a una distancia que el *Norway* o las naves de reconocimiento, menos cargados, podían cruzar a través de la luz. Se habían acercado peligrosamente a la masa de la estrella Pell, fuera del plano de la órbita de su sistema planetario, exponiéndose al riesgo de colisiones o de accidentes durante el salto interestelar. Pero, era el único medio para que los cargueros pudiesen ganar velocidad y tiempo.

—Recibimos instrucciones de aproximación desde Pell —dijo su lugarteniente.

—De acuerdo. Pero no se detenga, Graff —repuso ella a la vez que pulsaba el sensor de otro canal.

—Di, ponga todas las tropas en estado de alerta y despliegue todas nuestras armas —ordenó. Y volvió a dirigirse a su lugarteniente.

—Comunique a Pell que deben evacuar un sector, cerrando herméticamente todos los sectores. Y advierta al convoy que si alguien rompe la formación durante el acercamiento lo desintegraremos sin más. Que no lo duden ni un instante.

—Recibido —repuso el lugarteniente—. Tiene al habla al propio comandante de la estación.

Tal como ella esperaba, el comandante de la estación empezó a protestar.

—Obre según nuestras indicaciones —dijo Signy a Angelo Konstantin (de los Konstantin de Pell)—. Haga que evacuen esa sección o lo haremos nosotros. Inmediatamente. Vacíela de todo lo que sea valioso o pueda ofrecer algún peligro. Cierren herméticamente todas las puertas y sellen los circuitos de todos los paneles de control de acceso. No se imagina lo que traemos. Si nos hace perder tiempo puede morir la tripulación de toda una nave, va en esto la vida de toda la tripulación de la *Hansford*. Haga lo que le digo, señor Konstantin, o envíe a las tropas. Y, hágalo bien, porque tiene usted refugiados ocultos como sabandijas por toda su estación y no va a negarse ahora ante estos desesperados. Perdona mi brusquedad, pero transporto gente que se está entre la vida y la muerte. Llevo siete mil civiles aterrados en estas naves; lo que quedó de los mundos de Mariner y de Russell. No tienen otra oportunidad ni

pueden esperar más. No va usted a negarse, señor —concluyó Signy.

Se produjo un silencio y una larga espera.

—Hemos dispuesto la evacuación de los sectores amarillo y naranja de la plataforma, capitana Mallory. Pueden contar con asistencia médica y todo lo que esté en nuestra mano. Las brigadas de emergencia se dirigen a la zona. Registramos todo lo concerniente al cierre hermético de los circuitos de las áreas afectadas y ponemos inmediatamente en ejecución los planes de emergencia. Esperamos que su preocupación se extienda también a nuestros ciudadanos. Esta estación no permitirá que ninguna fuerza armada perturbe nuestra seguridad interna o ponga en peligro nuestra neutralidad. Confiamos también en su asistencia bajo nuestro mando. Corto.

Signy se relajó lentamente, enjugándose el sudor del rostro y respirando un poco más aliviada.

—Pueden contar con nuestra asistencia, señor. Calculamos llegar a la plataforma en... cuatro horas, siempre que pueda retrasar el convoy, como espero. Es todo el tiempo que puedo darles para que se preparen. ¿Conocían lo ocurrido en Mariner? Fue desintegrado, señor: un sabotaje. Corto.

—Registramos el tiempo exacto: cuatro horas. Le agradecemos sus instrucciones respecto de las medidas que nos urgen a tomar, cosa que haremos con la mayor diligencia. Nos sentimos desolados al saber el desastre de Mariner. Le agradeceremos información detallada cuando les sea posible. Les informamos, para que estén prevenidos, de que tenemos con nosotros un grupo de la Compañía que se ha puesto muy nervioso al saber que llegan ustedes...

Signy, maldijo entre dientes.

—...y nos están pidiendo que hagamos que se desvíen hacia otra estación. Mis subalternos están tratando de explicarles el estado en que se encuentran las naves y el riesgo que corren las vidas de quienes van a bordo, pero no dejan de presionarnos. Ven amenazada la neutralidad de Pell. Por favor, háganse cargo, y tengan en cuenta que los agentes de la Compañía han pedido entrar en contacto personalmente con ustedes. Corto.

Signy, volvió a maldecir y respiró profundamente. La Flota procuraba eludir tales encuentros siempre que era posible, aunque habían sido poco frecuentes durante los últimos diez años.

—Dícales que voy a estar muy ocupada. Manténgalos alejados de las rampas y de nuestra zona. ¿Acaso quieren sacar fotografías de nuestros moribundos colonos para llevárselas como recuerdo? Es un mal asunto, señor Konstantin. Apártelos de nuestro camino. Corto.

—Pero es que tienen una autorización oficial, del Consejo de Seguridad. Y, además, ese grupo de la Compañía cuenta con hombres armados y está pidiendo un transporte para que les conduzca a otra zona del Más Allá. Corto.

La capitana estuvo a punto de soltar un taco, pero se contuvo.

—Gracias, señor Konstantin. Le enviaré una cápsula con mis recomendaciones

respecto de la manera de proceder con los refugiados; han sido redactadas a conciencia. Naturalmente, puede hacer caso omiso de ellas. Pero yo no se lo aconsejaría. Ni siquiera podemos garantizarle que los hombres que desembarcaremos en Pell no estén armados. No podemos ir a registrarlos. Así que, ninguna fuerza armada debe intervenir. Esto es todo lo que puedo decirle. Le aconsejo que mantenga a los chicos de la Compañía fuera de la zona de ataque. ¿Registrado? Fin de transmisión.

—Registrado. Gracias, capitana. Fin de transmisión.

Signy Mallory, se dejó caer pesadamente en el sillón, miró a las pantallas y ordenó a su lugarteniente que enviase una cápsula con las instrucciones al mando de la estación.

Hombres de la Compañía. Y refugiados de estaciones derrotadas. No dejaba de llegar información de la malparada *Hansford*, evidenciándose una serenidad por parte de la tripulación que la tenía admirada. Se estaban muriendo, y aún así no dejaban de transmitir ni aún las cuestiones rutinarias. La tripulación se había encerrado en la sala de mandos e iba armada, negándose a abandonar la nave y a permitir que fuese remolcada por una nave de reconocimiento. Era su nave. Seguían allí, y haciendo más de lo que podían por todos los de a bordo, pasajeros poco agradecidos que estaban destrozando la nave (o, mejor dicho, lo habían estado haciendo, pues ya no tenían fuerzas ni para eso) hasta afectar a los acondicionadores de aire, con lo que lograron que empezase a fallar todo el sistema. Faltaban cuatro horas.

Por los pasillos de la estación circulaba el rumor de que Russell había corrido la misma suerte que Mariner, provocando la consiguiente confusión que venía a añadirse a la indignación de los residentes y de las empresas que habían sido evacuadas con todas sus pertenencias. Voluntarios y trabajadores nativos ayudaban en la evacuación. El personal de las plataformas de ataque utilizaba las instalaciones de carga y su maquinaria para transportar los efectos personales de los evacuados fuera de la zona declarada en cuarentena, etiquetándolo todo para evitar confusiones y robos. Se oían las órdenes del mando: «Los residentes de amarillo-uno a uno diecinueve, son requeridos para que envíen un representante a la oficina de alojamientos de emergencia. En el puesto de socorro tenemos a una niña que se ha perdido. Se llama May Turner. Se ruega que alguno de sus familiares se persone en el puesto de socorro... Según cálculos de la Central, en la residencia para visitantes hay alojamiento para unas mil personas. Los no residentes están siendo trasladados en primer lugar, precediéndose luego, por sorteo, a evacuar a los residentes que sea necesario. Los apartamentos disponibles, aprovechando al máximo los ocupados, son noventa y dos. Y, adaptando todo el espacio posible para vivienda, se pueden habilitar dos mil compartimentos incluyendo locales públicos que podrán ser utilizados rotativamente. Las autoridades urgen a toda persona que pueda conseguir alojamiento

con familiares o amigos que se traslade con ellos y transmitan la información a la central de datos lo antes posible. Quienes se alojen por propia iniciativa serán compensados con el equivalente a lo que les costaría por persona en otro alojamiento. Nos faltan quinientos apartamentos, lo que hará necesario instalar barracones para los residentes en la estación, o trasladarlos a un refugio temporal en Downbelow, a menos que la falta de plazas pueda subsanarse mediante voluntarios que se ofrezcan a compartir el espacio de sus viviendas. Se está estudiando un plan de urgencia para utilizar la sección azul como residencia, lo que dejaría libres quinientos apartamentos en los próximos ciento ochenta días... Gracias por su colaboración... Por favor, que una brigada de seguridad se presente en la sección amarilla...»

Era una pesadilla. Damon Konstantin, miraba la interminable cinta de la impresora mientras iba de uno a otro lado del sector azul de la plataforma de mando que destacaba sobre las rampas en las que los técnicos trataban de atender a los aspectos logísticos de la evacuación. No quedaban más que dos horas. A través de los ventanales podía ver el caos en que estaban sumidas las plataformas, atestadas de efectos personales vigilados por la policía. Todas las personas, y todas las instalaciones de los sectores amarillo y naranja desde los niveles noveno al quinto, habían sido trasladados: tiendas y viviendas completas, y un total de cuatro mil seres humanos que tendrían que hacinarse en otra parte. Aquella afluencia masiva se extendía más allá del sector azul, bordeando los sectores verde y blanco, las zonas residenciales más importantes. La gente se apiñaba, entre perpleja y enloquecida. A pesar de todo se hacían cargo de la emergencia y se trasladaban. En la estación, todos habían tenido que aceptar cambios de residencia (para reparaciones o reorganizaciones) pero nunca en forma masiva ni sin saber dónde iban. Los tripulantes de los cuarenta cargueros que se encontraban en aquellos momentos en la plataforma fueron echados a cajas destempladas en pleno descanso y los agentes de seguridad no les permitieron permanecer en la plataforma de atraque ni acercarse a sus naves. Elene, la mujer de Konstantin, estaba allí entre ellos: una tenue figura vestida de verde pálido. Elene era la encargada de despachar con los mercantes y tenía allí mismo su propia oficina. Damon Konstantin, observaba nerviosamente la reacción de los patrones de los mercantes, evidentemente airada, y meditaba la conveniencia de enviar una patrulla de la policía para proteger a Elene. Pero Elene parecía arreglárselas bien, gritando tanto como ellos, aunque sus gritos no eran audibles a causa del aislamiento acústico que protegía el elevado puesto de mando. Dentro de aquel recinto apenas se percibían el clamor de otras voces ni el estruendo de las máquinas. De pronto, observó que el talante de todos cambiaba y que se intercambiaban apretones de manos como si nada hubiese pasado. Así que, o había arreglado algo o les había dado largas. Cuando Elene se alejó, los patrones irrumpieron a través de la desposeída multitud, con elocuentes movimientos de cabeza que evidenciaban que no se sentían precisamente felices. Elene había desaparecido tras los oblicuos ventanales... para tomar el ascensor y subir hasta donde

él estaba, pensó Damon. Allá, en la sección verde, en su propia oficina alguien trataba de calmar a un iracundo residente que protestaba. Y, en la Central, una delegación de la Compañía hablaba con su padre exigiendo sus supuestos derechos.

Por los altavoces pidieron que una brigada médica se presentase en la sección ocho amarilla. En las secciones evacuadas una persona se había sentido repentinamente mal.

Las puertas del ascensor se abrieron en la planta del centro de mando y Elene se acercó a Damon con el rostro alterado aún por la reciente discusión.

—Los de la Central están locos de remate —dijo—. Primero les dicen a los patronos de los mercantes que tendrían que trasladarse a un refugio; luego, que pernoctarían en sus naves; y ahora resulta que los sacan de allí y mandan una patrulla de la policía para que no les permita ni acercarse. Así que están decididos a marcharse de la estación. No quieren arriesgarse a que la multitud asalte sus naves en el desorden provocado por una repentina evacuación. Si les hubiera sido posible, ya se habrían marchado todos. Saben que no sería la primera vez que Mallory recluta patronos de los mercantes a punta de pistola.

—Y tú ¿qué les has dicho?

—Que sigan en su sitio porque lo más probable es que les concedan contratos para abastecer a toda la gente que ha llegado. Pero dicen que no irán a ninguna nave de las que hay atracadas en la plataforma ni que tenga que ver con nuestra policía. Y no hay quien los convenza, al menos, de momento.

Elene tenía miedo. A duras penas conseguía simular una serenidad que se evidenciaba débil. Pero todos tenían miedo. Él, pasó el brazo por su hombro mientras ella rodeaba su cintura con el suyo y reclinaba su cabeza en él, sin decir nada. Elene Quen sabía muy bien lo que era ser patrón de un mercante. El carguero *Estelle* era suyo y fue uno de los que partió rumbo a Russell y a Mariner, viaje del que ella desistió porque creyó que era mejor quedarse con Damon en la estación. En consecuencia, se encontró en la tesitura de intentar convencer de algo en lo que ella no creía a unas tripulaciones furiosas que, tenían toda la razón y se veían obligados a estar allí, a merced de los militares. Pero Damon, veía las cosas de otro modo, y cubría su pánico con la calma y frialdad profesionales de los veteranos de las estaciones. Sabía que cuando las cosas van mal en una estación, siguen yendo mal aunque se permanezca sentado en el sillón atento a los visores y paneles de control. Si se estaba en una zona segura, era mejor quedarse allí. Si se podía ayudar en algo, debía hacerse. Y si los problemas se presentaban en la propia zona, había que continuar en ella porque no había otra salida posible. En una estación no se podía salir de estampida. No se podía echar a correr. Lo único factible era resistir y tratar de reparar las averías que se hubiesen producido. Pero los patronos de los mercantes tenían otra filosofía de la vida y reaccionaban de muy distinto modo cuando había problemas.

—No va a pasar nada —dijo, atrayéndola suavemente hacia sí y sintiendo la

cariñosa presión de la mano de Elene, a modo de respuesta—. No va a llegar hasta aquí. Sólo están alejando a los civiles del frente. Se quedarán aquí hasta que pase la crisis y luego se marcharán. Pero, si no, ya tuvimos antes inmigraciones parecidas, cuando arrasaron las estaciones más remotas. Y añadimos más secciones a la nuestra. Podemos volver a hacerlo. Lo único que pasará es que aumentaremos en número y en tamaño.

Elene guardó silencio. Insistentes rumores, salidos del propio mando y que se habían propagado por toda la estación, apuntaban a un desastre mayor que el del *Mariner*, y la *Estelle* no se encontraba entre los cargueros que llegaban. Ahora estaban totalmente seguros. Cuando recibieron las primeras noticias de la arribada, Elene, albergó la esperanza de que formara parte de ellos. Esperanza, pero también temor, porque la noticia incluía un informe sobre serios daños sufridos por las naves, unos cargueros de marcha lenta, atestados con un pasaje para el que no habían sido diseñadas, ya que tenían que avanzar a pequeños «saltos» debido a su escasa autonomía. Cuanto más se alejaban más días tenían que pasar en el espacio real, metidos en el infierno de sus propias naves. Se rumoreaba que no llevaban suficientes drogas para poder superar el salto interestelar y que algunos tuvieron que cruzar la barrera del salto sin ellas. Damon trataba de comprender la preocupación de Elene. El hecho de que la *Estelle* no estuviese en aquel convoy era a la vez una buena y una mala noticia. Probablemente se había desviado del rumbo previsto al intuir el problema y se había dirigido hacia cualquier otra parte, lo que tampoco era demasiado tranquilizante porque la guerra se hacía presente en los lugares más impensados. Una estación desintegrada, y la evacuación de Russell. Los lugares seguros eran cada vez menos seguros.

—Probablemente —dijo él, reprimiendo el deseo de reservarse la noticia para otro momento—, nos trasladarán al sector azul, a instalaciones llenas de gente que es donde más falta hace resolver problemas legales. Así que estaremos entre los que se tienen que marchar.

—Bueno. ¿Está ya decidido? —preguntó ella encogiéndose de hombros.

—No. Pero lo decidirán.

Elene se encogió nuevamente de hombros. Iban a perder su hogar y lo único que podía hacer era encogerse de hombros. Se quedó mirando a través de los ventanales hacia las plataformas, y a la gente, y a las naves mercantes.

—La guerra no va a llegar hasta aquí —volvió a decir Damon, esforzándose por creerlo—. La Compañía podrá perderlo todo, pero no la neutralidad de Pell.

Pell, era su hogar. Algo que la gente de los mercantes no podría comprender nunca. Los Konstantin lo habían construido desde sus comienzos.

—Tengo que ir para allá, al circuito de plataformas puestas en cuarentena —dijo Damon, movido por su sentido de responsabilidad.



La *Norway* ralentizó al frente de la formación, con la adusta sección central de Pell convertida en una maraña luminosa en las pantallas de sus monitores. Las naves de reconocimiento se abrieron en abanico, para desviar cualquier posible ataque a los cargueros, Las tripulaciones de los mercantes que iban al mando de aquellas naves llenas de refugiados conservaron prudentemente la formación sin crear ningún problema. El halo creciente del mundo de Pell... Downbelow, dentro de la toponimia de Pell, colgaba más allá de la estación, mostrando en su superficie el torbellino de las tormentas. Acababan de sintonizar la señal de la estación de Pell que les transmitía incluso la imagen del espacio acotado y señalizado para su acoplamiento. El cono en el que se albergaría la proa de su sonda resplandecía con una luz azul que indicaba vía libre. SECCIÓN NARANJA, se podía leer en la pantalla del monitor, a pesar de la distorsión de la imagen que aparecía entre una maraña de cuadrantes y paneles solares, Signy comprobó en el receptor que todo lo que aparecía en la imagen que recibían de Pell era real. La comunicación entre la central de Pell y los canales de la nave era constante y tenía a una docena de técnicos trabajando febrilmente en la sala de mandos.

Todo estaba dispuesto para la aproximación final y la *Norway* fue reduciendo gradualmente su velocidad, a la vez que los paneles de protección del cilindro interior iban cerrándose, dejando toda la estructura dispuesta para el atraque junto a la plataforma en la que se advertía el febril movimiento del personal encargado de las operaciones. El cono de la nave enfiló fácilmente el punto de atraque y sintieron el tirón característico del último impulso de la sonda viendo como se abrían ante sí los accesos a Pell.

—Ningún problema en el acoplamiento —dijo Graff—. La policía de la estación cubre ya todo el lugar.

—Atención, hay un mensaje —anunció el lugarteniente—. El comandante de la estación Pell a la *Norway*: Se recaba la colaboración de los técnicos militares en las oficinas instaladas para facilitar el proceso de datos de sus instrucciones. Hasta ahora se ha procedido de acuerdo a sus indicaciones. Saludos del comandante a la capitana Mallory.

—Respuesta: La *Hansford* va a iniciar el desembarco, pero con graves problemas para mantener con vida a quienes están en peores condiciones y con peligro de reacciones incontrolables. Manténganse alejados. Fin de transmisión.

—Graff, póngase al mando de la operación de desembarco; y usted, Di, sitúe inmediatamente las tropas sobre la plataforma.

Signy, tras dar aquellas órdenes se levantó y cruzó todo el puente, pasando por delante de las estrechas y arqueadas estructuras de las salas de mandos hasta llegar al pequeño compartimento que le hacía las veces de oficina y de ocasional dormitorio. Abrió el armario y descolgó un chaleco metiéndose una pistola en el bolsillo. No era

un uniforme. Probablemente, nadie en la Flota vestía conforme a las ordenanzas, lo que puede dar una idea del pésimo equipamiento que llevaban soportando durante mucho tiempo. La insignia de capitana, colgada al cuello, era lo único que diferenciaba su indumentaria de la del patrón de cualquier mercante. Y las tropas no iban mejor uniformadas, aunque sí blindadas. Esto era algo esencial que se preocupaban, a toda costa, de mantener en perfecto estado. Luego, se apresuró a bajar hacia el ascensor, que estaba en la planta inferior, cruzando entre las tropas que Di Janz había ordenado que se dirigiesen a la plataforma, armadas hasta los dientes, saliendo por el tubo de acceso al ancho y frío espacio abierto.

Toda la enorme plataforma era suya, y le ofrecía la perspectiva de su ascendente curvatura, con los arcos de la sección desapareciendo como bajo un telón conforme el borde curvo de la estación giraba a la izquierda hacia el gradual horizonte. A la derecha, la vista se detenía en una valla circular. En el lugar no había más que el personal estrictamente necesario para las operaciones de atraque y las grúas. El puesto de policía y las oficinas provisionales para el proceso de datos estaban bastante alejados de la *Norway*. No había trabajadores nativos porque allí, en aquellas circunstancias, no se juzgó conveniente. Toda la plataforma estaba sembrada de papeles, trastos e incluso pequeñas prendas de vestir que evidenciaban lo apresurado de la evacuación. Las oficinas y las tiendas que se levantaban a ambos lados de la plataforma estaban vacías y el noveno pasillo, que discurría por el centro de la plataforma se hallaba sucio y solitario. La voz grave y profunda de Di Janz producía un extraño eco entre las estructuras metálicas de la plataforma como si quisiesen reiterar la orden de que se desplegasen las tropas por toda la zona de atraque de la *Hansford*.

Los estibadores de Pell estaban en pleno ajeteo. Signy, observaba muy atenta, mordisqueándose nerviosamente el labio inferior. De pronto vio que se le acercaba un civil de rostro aniñado, moreno y de nariz aguileña, con un bloc en la mano, vestido con un traje azul que le daba aspecto de hombre de negocios. Por uno de los auriculares que llevaba acoplado, Signy, estaba en contacto permanente con lo que sucedía a bordo de la *Hansford*: un clamor de malas noticias.

—¿Quién es usted? —le preguntó al joven.

—Soy Damon Konstantin, capitana, de Asuntos Legales

—repuso él.

Signy dirigió otra mirada. Uno de los Konstantin. No tenía nada de particular. Angelo tuvo dos hijos antes del accidente de su esposa.

—Así que, del Departamento de Asuntos Legales ¿eh?

—dijo Signy no muy complacida.

—Estoy aquí por si me necesitan. Usted... o ellos. Estoy en contacto permanente con la central.

De pronto se oyó un estruendo. El cono de la *Hansford* no debió quedar del todo acoplado y se produjo una sacudida que hizo temblar toda la estructura.

—¡Aseguren los demás puntos de acoplamiento y háganse hacia atrás! —rugió Di a todo el personal de la plataforma.

Graff estaba dando las órdenes oportunas desde la *Norway*. La tripulación de la *Hansford* pretendía quedarse en el puente y realizar las operaciones de desembarco mediante controles a distancia.

—¡Que salgan! —oyó Signy que ordenaba Graff—. Se abrirá fuego contra cualquier irrupción de tropas.

Una vez acoplados todos los amarres, colocaron la rampa de desembarco.

—¡Fuera! —gritó Di.

Los estibadores se apiñaban detrás de las tropas que les cubrían con sus rifles. Con gran estruendo, se abrió la escotilla principal del tubo de acceso. Un fuerte hedor impregnó el frío ambiente de la plataforma. Luego, se abrieron las escotillas interiores y una verdadera riada humana se precipitó al exterior, a trompicones, tropezando unos con otros y cayendo entre gritos y gemidos mientras algunos corrían como enloquecidos deteniéndose bruscamente al oír silbar una ráfaga sobre sus cabezas.

—¡Quietos! —gritó Di—. Quédense donde están, y siéntense con las manos en la cabeza.

Muchos ya estaban sentados, de pura debilidad; otros, obedecieron sin rechistar y sólo unos pocos parecían demasiado aturridos para comprender nada, pero se les obligó a detenerse. Por fin, cesó la riada humana. Damon Konstantin, junto a Signy, masculló un juramento moviendo la cabeza. No era momento de intervenir con formalidades legales. Todo lo que podía hacer era secarse el sudor de la frente mientras contemplaba cómo en su estación se estaban produciendo unas condiciones que implicaban riesgos de graves disturbios, que podían concluir con el colapso de todos los sistemas y con un número de víctimas diez veces mayor que los habidos en la *Hansford* y en las demás naves de refugiados. Era posible que quedasen con vida un centenar, o quizás ciento cincuenta, agachados sobre la plataforma, junto a la grúa de descarga. El hedor procedente de la nave no disminuía. Se había instalado una bomba que inyectaba aire a presión tratando de que llegase a todos los compartimentos en donde habría no menos de un millar de víctimas.

—Vamos a tener que entrar —musitó Signy, medio mareada sólo de pensarlo.

Di estaba organizando a quienes podían tenerse en pie, uno a uno, haciéndoles pasar a un cobertizo, bajo la vigilancia de hombres armados, en donde se les desnudaba y cacheaba exhaustivamente para enviarles a continuación directamente a las oficinas de inmigración o al puesto de socorro. Aquel grupo no llevaba equipaje alguno, ni documentos que sirviesen de nada.

—Necesitamos una brigada de seguridad equipada adecuadamente para lugares contaminados —dijo Signy al joven Konstantin—. Y camillas. Acótenos también una zona donde podamos desprendernos de los muertos. Es todo lo que podemos hacer por ellos. Identifíquenlos lo mejor que puedan: huellas dactilares, fotografías...

lo que sea. Todo cuerpo que quede sin identificar puede ser una amenaza para su seguridad en el futuro.

Konstantin tenía mal aspecto. Aquello era demasiado. Pero las tropas de la capitana Mallory no tenían mejor aspecto que él. En cuanto a ella, trataba de olvidarse del estómago.

Varias personas se abrían paso a través de los vomitorios del tubo de acceso. Estaban tan débiles que apenas podían bajar por la rampa. No eran más que un puñado, un pequeño puñado de supervivientes.

La *Lila*, otra de las naves llena de refugiados moribundos se estaba aproximando a la plataforma de atraque en medio del pánico de su tripulación, desafiando todo tipo de órdenes y haciendo caso omiso de las amenazas de las naves de reconocimiento. Signy oyó la voz de Graff informando de todo y pulsó el micrófono de su transmisor.

—Deshágase de ellos. Emplee cualquier medio, si es necesario. Estamos al copo. Tráigame uno de esos trajes.

Entre los presuntos muertos aún encontraron con vida otros setenta y ocho refugiados que estaban, literalmente, entre cadáveres en descomposición. Cuando consiguieron deshacerse de los muertos, el riesgo de epidemias quedaría conjurado. Signy, pasó el control de descontaminación, se quitó el traje y se quedó sentada sobre la fría plataforma luchando por contener sus náuseas. Un empleado de protección civil escogió realmente un mal momento para ofrecerle un bocadillo, que ella rechazó optando por tomar una taza del brebaje local que servían a modo de café y contuvo la respiración al ver pasar frente a ella al último superviviente de la *Hansford* que pasaba el control oficial. El lugar apestaba a causa de la nube antiséptica que lo impregnaba todo.

Los pasillos estaban sembrados de cadáveres y de sangre. Las compuertas de emergencia de la *Hansford* se desencajaron durante un incendio y varias salieron proyectadas con tal violencia, a causa de la presión, que alcanzaron a algunos tripulantes partiéndolos literalmente por la mitad. Con el pánico que cundió se produjeron muchas fracturas: en los brazos, en las piernas, en las costillas. Todo estaba bañado de orines, de sangre y de vómitos. Había restos humanos esparcidos por todas partes. Y al tener que vivir en compartimentos estancos no tuvieron más remedio que respirar todo aquello. Los supervivientes recurrieron al oxígeno de reserva, lo que también pudo ser la causa de que muriesen más. Casi todos los que lograron salvar la vida, aunque se hallaban también en compartimentos estancos, dispusieron de un aire menos contaminado que el de las bodegas donde se hacinaba la mayoría.

—Un mensaje del comandante de la estación —anunció el lugarteniente a Signy —, requiriendo la presencia de la capitana Mallory en las oficinas del mando a la mayor urgencia.

—Ahora no puedo —contestó ella escuetamente.

En aquellos momentos estaban preparando a los muertos de la *Hansford* para

lanzarlos al espacio y quería estar presente mientras se cumplía con una especie de ceremonia religiosa, un acto de buena voluntad hacia los muertos antes de abandonarlos. Lanzados hacia la órbita de Downbelow, serían atraídos hacia allí. No estaba demasiado segura de si los cuerpos se desintegrarían durante la caída, pero suponía que era lo más probable. Ella no sabía demasiado de estas cosas que, por otra parte, a nadie preocupaban demasiado.

Los tripulantes de la nave *Lila* desembarcaron con más orden. En un primer momento salieron atropelladamente pero se calmaron al ver a la tropa que les apuntaba. Konstantin intervino entonces a través del megáfono, dirigiéndose a los aterrados civiles en los términos característicos de los hombres del espacio, usando de la lógica espacial para hacerles comprender el peligro que podían correr todos a causa de su conducta y haciéndose cargo del horror que habían vivido confinados en sus naves. Cuando empezó a hablar Signy, se levantó, sosteniendo aún su taza de café, observándolo todo con el estómago más asentado al darse cuenta de que las instrucciones empezaban a seguirse sin entorpecimientos, y que los refugiados que llevaban documentación pasaban por un control; y quienes no la llevaban, por otro para ser fotografiados e identificados de acuerdo a sus propias declaraciones. Aquel atractivo joven del Departamento de Asuntos Legales demostraba servir para algo más de lo que sugería su físico, con una voz sumamente persuasiva cuando se trataba de solventar cualquier problema sobre la documentación o de aplacar los ánimos del personal local, muy confuso con aquel alud que se les vino encima.

—La *Griffin* se está adelantando para atracar —dijo Graff a Signy a través del transmisor—. Y los de la estación nos piden que renunciemos a quinientas de las plazas de alojamiento en principio acordadas basándose en que la *Hansford* traía un número de muertos superior al que se temía.

—Negativo —repuso Signy, escuetamente—. Comprendo la petición del comandante y le envío mis respetos. Pero, dígame que ni hablar. ¿Qué tal en la *Griffin*?

—Cunde el pánico. Ya les hemos advertido que deben calmarse.

—Y, en las demás naves, ¿qué?

—Mucha tensión. No se fíe. Pueden estallar en cualquier momento. En la *Maureen*, ya han tenido un muerto. Un infarto. Y hay otro que está grave. Voy a obligarles a que vuelvan a la formación y respeten el orden de ataque. El comandante de la estación pregunta si podrían tener una reunión dentro de una hora. Parece que los chicos de la Compañía están pidiendo entrada en esta zona.

—Deles largas.

Signy terminó su café y se dirigió a la parte de la plataforma en que se hallaba el amarradero de la *Griffin*, en donde se habían concentrado todas las operaciones porque no había nada de lo que mereciese la pena ocuparse en el amarradero de la *Hansford*. Los refugiados que estaban pasando los controles parecían bastante tranquilos. No pensaban más que en llegar lo antes posible a los alojamientos que les

asignaban, porque el seguro entorno de la estación parecía inspirarles confianza. Una brigada especial estaba desamarrando la *Hansford*, ya que en aquella plataforma no tenían más que cuatro amarraderos.

La capitana Mallory midió con los ojos el espacio que la estación les había concedido: cinco niveles de dos secciones y dos plataformas. Tendrían que estar hacinados pero se podían arreglar durante cierto tiempo. Podrían instalar algunos barracones. Y no tardarían en estar aún más apretados. Desde luego, lujos no iban a tener. No eran los únicos refugiados que se habían encontrado prácticamente a la deriva en el espacio. Eran, simplemente, los primeros. Así que estaba muy claro que tenía que cerrar la boca y conformarse.

Todo parecía tranquilo cuando ocurrió el incidente con uno de los tripulantes del *Dinah*: alguien trató de arrestarle al darse cuenta de que estaba armado. Murieron los dos. Y cundió la histeria entre todos los pasajeros.

Signy observó la escena sin más reacción que un rictus de cansancio y un movimiento de cabeza tras el que ordenó que los cuerpos fuesen lanzados al espacio junto con los demás cadáveres, mientras que Konstantin se le acercaba realmente furioso.

—Ley marcial —se limitó a decirle Signy, no dándole opción a discutir y alejándose del lugar.

*Sita, Pean, Little Bear, Winifred*: Llegaron con una agonizante lentitud, desembarcaron a los refugiados con todos sus efectos personales y cumplieron con todas las formalidades oficiales. Una vez concluidas, Signy, abandonó la plataforma, regresó a la *Norway* y tomó un buen baño. Tuvo que restregarse tres veces con la manopla antes de empezar a sentir que no olía igual que el lugar que acababa de abandonar.

La estación se adentraba ya en la noche; y, con ella, las quejas y peticiones cesaban cuando menos durante unas horas. De todas formas, el relevo nocturno de la *Norway* se abstenía a comunicárselas a la capitana.

Iba a tener consuelo durante la noche, una fugaz compañía. Era como un resto más del desastre de Russell y de Mariner, pero no había sido transportado en las otras naves. Y él lo sabía y lo agradecía.

—Ahora ya te puedes ir —le dijo Signy, mirando de frente a quien yacía a su lado, sin recordar su nombre.

Aquel nombre se confundía en su memoria con el de muchos otros; y, a veces, se equivocaba al llamarle, sobre todo cuando era tarde y estaba medio dormida. Y a él no parecía darle importancia y se limitaba a parpadear, como indicando que aceptaba los hechos. A Signy le intrigaba su rostro que mostraba un cierto aire de inocencia. Los contrastes la intrigaban. La belleza, también.

—Tienes suerte —le dijo Signy.

Él, reaccionó ante aquellas palabras de la misma manera que reaccionaba ante casi todo. Se limitó a mirarla con fijeza un poco ausente. En Russell, se habían

entregado más de una vez a juegos mentales. En ocasiones había en ella una cierta sordidez, una necesidad de hurgar en las heridas, como si se entretuviese en realizar pequeños crímenes para olvidar otros mayores, como si se abandonase a un cierto terror para borrar de su mente los horrores del exterior. Había pasado muchas noches con Graff, con Di, con cualquiera que se instalase en su fantasía. No solía mostrar aquella faceta de su personalidad a quienes valoraba, ni a los amigos, ni a su tripulación. Pero a veces, en viajes como aquél, se cernía sobre ella como una sombra negra. Era una enfermedad común en la Flota, en el encierro de aquellas naves, sin ninguna válvula de escape, con un poder absoluto sobre las mismas.

—¿Te importa? —le preguntó a su anónima compañía.

No. No le importaba. Y esa era quizás la razón de su supervivencia.

En la *Norway* se seguía trabajando. Sus tropas vigilaban las operaciones de ataque de la última nave que quedaría en cuarentena. Sobre la plataforma, las luces iluminaban aún el lugar como si fuese pleno día y las filas de refugiados se movían lentamente ante los fusiles.



### III

#### Pell: 5/2/52

**H**ABÍAN VISTO DEMASIADO, DEMASIADAS COSAS COMO AQUÉLLAS. DAMON Konstantin aceptó una taza de café que le ofreció uno de los auxiliares de su oficina y, apoyado en el brazo de su sillón, miró hacia los atracaderos. Le dolían los ojos y tenía que frotárselos. El café sabía y olía a desinfectante, a un desinfectante que se metía en los poros, en la nariz y en todas partes. Las tropas se mantenían vigilantes, velando por la seguridad de aquella pequeña zona de la plataforma. En los barracones «A» se había producido un apuñalamiento. Nadie podía explicarse de dónde pudo salir el arma. Pensaron que podía proceder de la cocina de uno de los abandonados restaurantes del embarcadero, un inocente utensilio de cocina dejado allí inadvertidamente por alguien que no debió de darse cuenta de cuál era la situación. Incluso él mismo estaba desbordado por el agotamiento. No podía pensar, y la policía de la estación no pudo dar con el agresor que estaba sin duda en las filas de refugiados que aún seguían en la plataforma, en largas y lentas colas, frente a las oficinas de alojamiento.

Notó que alguien tocaba su hombro y al girar la cabeza, sintiendo dolor en el cuello, vio que se trataba de su hermano. Emilio se sentó en el sillón vacío que estaba al lado manteniendo apoyada su mano en el hombro de Damon. El hermano mayor. Emilio estaba destinado al mando central nocturno. Y era de noche, se dijo Damon sin acabar de coordinar sus ideas. Aquellos mundos de vela y sueño en los que raramente coincidían se habían fundido en la confusión de aquella emergencia.

—Vete a casa —le dijo Emilio cariñosamente— Si nos hemos de quedar uno de los dos, me quedo yo. Le prometí a Elene que te enviaría a casa. Parecía preocupada.

—De acuerdo.

Pero Damon Konstantin estaba tan cansado y falto de energía que apenas podía moverse. Emilio liberó su hombro de la presión de la mano con una comprensiva mirada.

—Ya he visto los monitores —le dijo—. Y he visto lo que tenemos aquí.

Damon tuvo que apretar los labios para contener las náuseas que lo acometían. Pero, no al mirar a los refugiados que estaban frente a él, sino al infinito, al futuro, al desplome de todo lo que hasta entonces parecía sólido y seguro: Pell. Su *mundo*. Suyo y de Elene. Suyo y de Emilio. La Flota se había autorizado a sí misma a hacerles aquello y ellos no podían impedirlo porque el alud de refugiados llegó de un modo imprevisto, y no había alternativas.

—He tenido que ver cómo les disparaban —exclamó—. Y no he hecho nada

porque no podía. No podía enfrentarme a los militares. De lo contrario habría estallado un motín, porque todos nos hubiesen seguido. Les han llegado a disparar sólo por salirse de las filas.

—Bueno, Damon, haz el favor de irte de aquí. Ahora me toca a mí. Ya haremos algo.

—No podemos recurrir a nadie. Sólo a los agentes de la Compañía. Pero, no sería conveniente mezclarlos en esto. Debes mantenerlos al margen.

—Lo solucionaremos —dijo Emilio—. Todo tiene su límite. La propia Flota lo entiende así. Si quiere sobrevivir no pueden poner en peligro a Pell. En cualquier circunstancia evitarán ponernos en peligro.

—Pues, ya nos han puesto —repuso Damon, mirando las filas de refugiados de la plataforma y dirigiendo después la vista a su hermano, a un rostro casi idéntico al suyo, pero con cinco años más.

—Hemos tenido que tragar algo que no estoy muy seguro que podamos digerir.

—Es más o menos lo mismo que cuando desintegraron los mundos del Más Allá. Y nos adaptamos.

—Dos estaciones... y nos llegan seis mil personas... ¿de cuántas? ¿de cincuenta, de sesenta mil?

—Supongo que el resto deben de haber caído en manos de la Unión —murmuró Emilio—. O, habrán muerto en Mariner. Porque no sabemos cuántas bajas hubo allí. O, puede que una parte se haya refugiado en cargueros que se dirijan a otros lugares —prosiguió, arrellanándose en el sillón con una evidente preocupación en el rostro—. Nuestro padre debe estar durmiendo. Y espero que nuestra madre también. Pasé antes por el apartamento y padre dijo que fue una locura que vinieses aquí. Y yo estoy de acuerdo, porque a lo mejor yo hubiese podido hacer lo que tú no puedes en razón de tu cargo en el Departamento de Asuntos Legales. No hizo más comentarios, pero está preocupado. Así que, haz el favor de irte a casa con Elene. Ella ha estado trabajando en la otra cara de todo este caos, despachando toda la documentación de los mercantes refugiados. Ella también ha estado muy intranquila, Damon. Y creo que debes irte a casa, por favor.

—Pero el *Estelle*... No podía quitárselo de la cabeza. Ella ha oído rumores.

—Mira: Lo que ella ha hecho es irse a casa. Estaría cansada, o preocupada. No lo sé. Pero lo que sí sé es que dijo que volvieses en cuanto pudieras.

—Ha debido recibir alguna noticia —repuso escuetamente.

Damon, se puso en pie con evidente esfuerzo, recogió sus papeles y se los pasó a Emilio. Luego, salió a toda prisa, pasando frente al puesto de guardia, dirigiéndose hacia la caótica plataforma que estaba al otro lado del pasadizo que comunicaba la zona de cuarentena con el resto de la estación. Al verle, los nativos que trabajaban allí se hacían a un lado. Sus peludos y escurridizos cuerpos parecían aun más extraños a causa de las máscaras que debían llevar mientras trabajaban en los túneles de mantenimiento. Trasladaban la carga, los equipos y efectos personales con frenéticos

movimientos chillándose y gritándose mutuamente como en un enloquecido contrapunto de las órdenes de los humanos que les vigilaban.

Tomó el ascensor hacia el sector verde y luego cruzó a pie por el pasillo que conducía a la zona residencial donde vivía y que se hallaba en total desorden, con cajas llenas de efectos personales por todas partes vigiladas por un miembro de las fuerzas de seguridad. En realidad, todos los agentes de seguridad estaban de servicio. Damon pasó frente a él y, tras devolverle con un gesto de la cabeza, un tardío y embarazado saludo, llegó frente a la puerta de su apartamento. Abrió y vio con alivio que las luces estaban encendidas y que desde la cocina llegaba el ruido familiar de la vajilla de plástico.

—¿Elene?

Al entrar la vio allí, de espaldas, vigilando el horno. Y al ver que no se giraba, se detuvo adivinando el desastre.

El reloj del horno acababa de detenerse y ella sacó la bandeja, puso el contador a cero y se volvió por fin a mirarle. Él se quedó quieto unos instantes, con evidente ansiedad por lo que adivinaba y luego dio un paso para tomarla entre sus brazos.

—Se han ido para siempre —dijo ella suspirando. Elene se quedó unos instantes sin poder articular palabra y luego se desahogó.

—Han muerto todos en Mariner. Todos los que iban a bordo de la *Estelle*. No hay la menor esperanza de que existan supervivientes. Los de la *Sita* vieron sus inútiles esfuerzos por soltarse de los puntos de amarre a la plataforma y a toda la tripulación intentando subir a bordo. Se declaró un incendio y aquella zona de la estación estalló en pedazos. Eso es todo.

Iban a bordo cincuenta y seis personas: sus padres, sus primos y otros familiares más lejanos. La *Estelle* era todo su mundo. Él, aunque muy castigado, tenía un mundo; tenía una familia. Pero, ella, acababa de quedarse sin nadie. Todos habían muerto.

Elene no dijo nada más; ni una sola palabra de lamentación, a pesar de que no le quedaba el alivio de haber salvado algo del desastre de aquel viaje. Sólo suspiraba, convulsivamente, abrazándose a él, aunque sin verter ni una lágrima. Luego, se separó suavemente de Damon, puso a cocer otro plato en el microondas, y se sentó después a comer con toda normalidad. Él, tuvo que hacer grandes esfuerzos para tragar la comida que se impregnaba del sabor a desinfectante que aún tenía en la boca. Por fin, vio que los ojos de ella tenían fuerza suficientes para mirarle. Había en ellos el mismo fulgor que en los de los refugiados. No supo qué decirle. Se limitó a levantarse, pasó al otro lado de la mesa y la abrazó por atrás.

—Estoy bien —dijo ella posando sus manos sobre las de él.

—Tenías que haberme llamado antes. Ella dejó resbalar sus manos sobre las de Damon, se levantó y le tocó en el hombro con un gesto de cansancio.

—Pero aún queda uno de nosotros —dijo, de pronto, mirándole directamente a los ojos con el mismo gesto de cansancio, de penoso abatimiento.

Damon, parpadeó perplejo. Pero, advirtió en seguida que se refería a los Quens. A la gente del *Estelle*. Los patrones y la tripulación de los mercantes consideraban sus nombres algo tan material y profundo como pudiera ser el hogar para los veteranos de las estaciones. Ella era una Quen. Y esto tenía para Elene un significado que él no había acabado de comprender durante los meses que llevaban juntos. Para las gentes de los mercantes la venganza era un deber. Eso sí lo sabía. Y que entre aquella gente el nombre era su hacienda, su reputación.

—Quiero tener un hijo.

Él la miró muy impresionado por el intenso color oscuro de sus ojos. La amaba. Se había quedado con él, abandonando el mercante, y había intentado adaptarse a la vida de una estación, aunque aún seguía hablando de *su nave*. Llevaban juntos cuatro meses y, durante todo aquel tiempo, era la primera vez que no la deseaba. No, desde luego, viendo en sus ojos aquella mirada, anclada en la muerte que acabó con la *Estelle* y en sus razones para la venganza. Guardó silencio. Habían llegado al acuerdo de que no tendrían hijos hasta que ella estuviese segura de que podría soportar la vida en la estación. Puede que lo que ella le estuviese ofreciendo fuese el fin de aquel acuerdo. Pero podía ser otra cosa. No era el momento de hablar de ello. No en aquellas circunstancias, con toda aquella locura que les rodeaba. Se limitó a atraerla hacia sí y entrar con ella en el dormitorio, para confortarla, teniéndola a su lado, durante las horas de oscuridad. Ella no le pidió otra cosa ni él le hizo preguntas.

—No, espera —dijo el hombre sentado ante la consola de operaciones, sin mirar esta vez el listado. Y con un cansado impulso humanitario añadió—: Investigaré de nuevo. Es posible que estuviera deletreado de otro modo.

Vasily Kressich aguardó, lleno de terror al ver que su último grupo de refugiados se negaba a abandonar las plataformas de embarque: familias y miembros de familias que buscaban a sus parientes, que esperaban noticias. Eran veintisiete y se sentaban en los bancos cerca de la plataforma, contando a los niños. Vasily ya había hecho la cuenta. Habían pasado de la noche al día artificial de la estación, y otro turno de operadores se había sucedido ante la consola que era una extensión de humanidad hacia ellos. Nada nuevo surgía del ordenador.

Siguió esperando. El operador pulsaba el teclado de vez en cuando, sin ningún resultado, y Vasily lo supo por la mirada que el hombre le dirigió. De repente sintió lástima también por el operador, que debía permanecer allí sin conseguir nada, sabiendo que no había esperanza, rodeado de parientes desconsolados, con guardianes armados estacionados, por si acaso, cerca de la consola. Kressich volvió a sentarse, junto a la familia que había perdido a su hijo en la confusión.

La misma historia se repetía con cada uno. Habían realizado la carga llenos de pánico, y los guardianes estaban más preocupados por entrar en las naves que por mantener el orden y hacer entrar a otros. Ellos tenían la culpa; eso no podía negarlo.

En las plataformas habían estallado los desórdenes, y los hombres que carecían de pases concedidos al personal cuyo estado crítico hacía imprescindible la evacuación se habían abierto paso a la fuerza hasta subir a bordo. Dominados por el pánico, los guardianes abrieron fuego, sin saber a ciencia cierta quiénes eran los atacantes y quiénes los legítimos pasajeros. Los tumultos acabaron con la estación Russell. Los que se dedicaban a cargar tuvieron que subir apresuradamente a bordo de la nave más próxima, y las puertas se cerraron en cuanto los instrumentos indicaron que se había alcanzado la capacidad máxima. Jen y Romy deberían haber subido a bordo antes que él, pues se había quedado, tratando de mantener el orden en el puesto que le habían asignado. La mayor parte de las naves se cerraron a tiempo. La *Hansford* estaba totalmente abierta cuando se precipitó en ella la multitud. Los medicamentos se agotaron y la presión de un número de personas superior al que podía soportar la nave inutilizó los sistemas, lo destrozó todo, y la enloquecida multitud se desenfrenó. En la *Griffin* las cosas habían ido bastante mal, Kressich había subido a bordo antes de la oleada que los guardianes se vieron obligados a reprimir. Y había confiado en que Jen y Romy estuviesen en la *Lila*. Según la lista de pasajeros estaban en la *Lila*, o al menos así constaba en el listado que obtuvieron finalmente en medio de la confusión, después del almuerzo.

Pero ninguno de ellos había descendido en Pell. No habían salido de la nave. Ninguno de los que sufrían un estado lo bastante crítico para ser internados en el hospital de la estación coincidía con sus descripciones. Mallory no los habría reclutado: Jen carecía de habilidades que pudieran ser de utilidad para Mallory, y Romy... los registros eran erróneos en algún punto. Había creído que la lista de pasajeros estaba bien, tenía que creerlo, porque a muchos de ellos el ordenador de la nave podía pasar mensajes directos. Viajaron sin comunicarse. Jen y Romy no habían bajado de la *Lila*. Nunca estuvieron allí.

—Se equivocaron al lanzarlos al espacio —se quejó la mujer que estaba cerca de él—. No los identificaron. Se ha ido, se ha ido, debía estar en la *Hansford*.

Otro hombre se había sentado ante la consola, tratando de verificar, insistiendo en que los documentos de identidad de civiles reclutados por Mallory no existían; y el operador efectuaba precisamente otra búsqueda, comparando descripciones, con resultado nuevamente negativo.

—Estaba allí —gritó el hombre al operador—. Estaba en la lista y no bajó, le digo que estaba allí.

El hombre lloraba, y Kressich siguió sentado, mudo e inmóvil.

En la *Griffin* habían leído en voz alta la lista de pasajeros y pedido los documentos de identidad. Pocos los tenían. La gente respondió a nombres que no eran los suyos. Algunos respondieron dos veces, para conseguir las raciones si no los descubrían. Entonces Kressich sintió miedo, le invadió un temor profundo y enfermizo; pero mucha gente estaba en naves que no les correspondían, y uno de ellos había comprendido entonces la situación en la *Hansford*. Estaba seguro de que

se encontraban a bordo. A menos que se hubieran preocupado y hubiesen bajado para buscarle. A menos que hubieran hecho algo tan desgraciado, tan atrozmente estúpido, movidos por el miedo, por el amor.

Las lágrimas asomaron a sus ojos. No eran gentes como Jen y Romy quienes podrían haber subido a la *Hansford*, quienes se habrían abierto paso entre hombres armados con rifles, cuchillos y trozos de tubería. No los reconoció entre los muertos de aquella nave. Lo más probable era que continuaran aún en la estación Russell, donde ahora gobernaba la Unión. Y él estaba aquí... y no era posible volver atrás.

Al fin se levantó y aceptó la situación. Fue el primero en marcharse. Se dirigió a los aposentos que le habían asignado, los módulos para hombres solteros, muchos de los cuales eran jóvenes y, probablemente, muchos de ellos tenían falsos documentos de identidad y no eran los técnicos y personal cualificado que decían ser. Encontró una litera libre y tomó el equipo que el supervisor entregaba a cada hombre. Se bañó por segunda vez... por mucho que se bañara no le parecía suficiente... volvió a las hileras de camastros ocupados por hombres dormidos, exhaustos, y se tendió.

A los prisioneros que tenían una preparación suficiente para ser valiosos y que, como es lógico en estas cosas, tenían opiniones propias se les sometía a un lavado de cerebro. Pensó en Jen, en Jen y su hijo, si estuviera vivo... sería criado por una sombra de Jen, que pensaría de acuerdo con la línea de pensamiento aprobada y no disentaría en nada, ya que sin duda sería sometida a Corrección por haber sido su esposa. Ni siquiera era seguro que le permitieran quedarse con Romy. Había guarderías y escuelas estatales, instituciones que producían soldados y trabajadores para la Unión.

Pensó en el suicidio. Algunos lo habían elegido antes que subir a las naves que se dirigían a algún lugar extraño, una estación que no era la suya. Pero semejante solución no estaba en su naturaleza. Permaneció tendido en la litera, inmóvil, mirando fijamente el techo metálico, en la penumbra, y sobrevivió, lo mismo que había hecho hasta entonces, hasta aquel momento de su vida en que era un hombre de edad mediana, solo y vacío.

## IV

### Pell: 5/3/52

CON EL INICIO DE LA JORNADA, EL TORPE AVANCE DE LOS REFUGIADOS HACIA LAS cocinas de emergencia instaladas en la plataforma, los primeros esfuerzos de los que estaban provistos de documentos y los que no para ver a los representantes de la estación y establecer sus derechos de residencia, el primer despertar a las realidades de la cuarentena, apareció la tensión.

—Debimos partir con el último turno —dijo Graff, que revisaba los mensajes del alba—, cuando todo estaba aún tranquilo.

—Lo haríamos ahora —replicó Signy—, pero no podemos poner a Pell en peligro. Si ellos no pueden mantener a raya la situación, nosotros tenemos que hacerlo. Llama al consejo de la estación y diles que estoy en condiciones de verles ahora. Iré yo; es más seguro que hacerles venir a las plataformas.

—Coge uno de los transbordadores que recorren el borde —sugirió Graff, cuyo ancho rostro tenía su habitual expresión preocupada—. No arriesgues el cuello ahí fuera con menos de una patrulla completa. Ahora están menos controlados. No se necesita más que algo para desplazarse.

Era una buena proposición, pero Signy consideró el efecto que producirían en Pell tales precauciones y meneó la cabeza. Regresó a su alojamiento y se puso unas prendas que podían pasar por un uniforme, pues al menos eran del color apropiado, azul oscuro. Partió entonces con Di Janz y una guardia de seis soldados armados. Cruzaron la cubierta hacia el punto de cuarentena, una puerta y un pasillo junto a los enormes dispositivos de cierre en la intersección. Nadie intentó aproximarse a ella, aunque por el aspecto de algunos, parecía como si quisieran hacerlo pero se lo impidiera la presencia de los soldados armados. Signy llegó a la puerta sin ninguna dificultad, la admitieron y ascendió por la rampa hasta otra puerta con guardianes, bajando seguidamente a la zona principal de la estación.

El resto del recorrido no presentó problema alguno. Subió en ascensor por los varios niveles hasta la sección administrativa, en el pasillo superior azul. Aquel era un súbito cambio de mundos, del frío acero de las plataformas y la desangelada área de cuarentena, a un vestíbulo fuertemente controlado por los dispositivos de seguridad de la estación que daba acceso a una sala con paredes de vidrio y una gruesa alfombra que absorbía los ruidos, en la que unas extrañas esculturas de madera ofrecían el aspecto de un grupo de ciudadanos paralizados por el asombro. Arte... Signy parpadeó y contempló aquellas estatuas, divertida por el recordatorio de los lujos y la civilización, cosas olvidadas, rumoreadas. Tiempo libre para hacer y crear

lo que no tiene función alguna fuera de sí mismo. Ella había pasado toda su vida aislada de tales cosas, sabiendo sólo por referencias que existía una civilización y que las estaciones ricas conservaban ciertos lujos en sus corazones secretos.

Pero no eran rostros humanos los que miraban desde el interior de unos curiosos globos achatados, entre torrecillas de madera, sino rostros de ojos redondeados y extraños: rostros de Downbelow, pacientemente tallados en madera. Los humanos habrían utilizado plásticos o metal.

En efecto, no eran sólo seres humanos los que habitaban allí. Era evidente, por la gruesa alfombra pulcramente trenzada, la brillante pintura que formaba geometrías y diversas capas en las paredes, las agujas y torrecillas, los globos de madera con los rostros de ojos enormes, rostros repetidos en los muebles de madera tallada e incluso en las puertas, con minucioso detalle, como si la finalidad de todos aquellos ojos fuese recordar a los humanos que Downbelow estaba siempre con ellos.

Les afectaba a todos. Di lanzó un juramento entre dientes antes de que atravesaran las últimas puertas y unos solícitos civiles les invitaran a entrar y los acompañaran a la sala de consejos.

Rostros humanos les miraban esta vez, en seis sillas a un lado de una mesa oval, pero a primera vista sus expresiones y las de aquellas extrañas tallas eran notablemente parecidas.

Un hombre canoso, situado en el extremo de la mesa, se levantó e hizo un gesto ofreciéndoles la sala en la que ya habían entrado. Era Angelo Konstantin. Los demás siguieron sentados.

Y al lado de la mesa había seis sillas que no formaban parte del mobiliario permanente; y seis personas, hombres y mujeres, que, por su forma de vestir, no formaban parte del consejo de la estación, ni siquiera del Más Allá.

Hombres de la Compañía. Signy podría haber enviado a los soldados al vestíbulo, librarse de la amenaza de los rifles y el recordatorio de la fuerza. Se puso en pie, sin responder a las sonrisas de Konstantin.

—Seré muy breve. Su zona de cuarentena está en funcionamiento. Le aconsejo que la custodie fuertemente. Le advierto que otros cargueros salieron sin nuestra autorización y no formaron parte de nuestro convoy. Si es usted sensato, seguirá las recomendaciones que le hice y abordará a cualquier mercante dudoso antes de permitir que se le aproxime. Ya ha visto el desastre del Russell. Me marcharé dentro de muy poco. Ahora el problema es suyo.

Los reunidos emitieron un murmullo de pánico.

—Se ha comportado usted con mucha altanería, capitana Mallory. ¿Es ésa la costumbre fuera de aquí?

—La costumbre es, señor, que aquellos que conocen una situación se hacen cargo de ella, y los que no, miran y aprenden, o se quitan de en medio.

El delgado rostro del hombre de la Compañía enrojeció visiblemente.

—Parece que estamos obligados a soportar esta clase de actitud... temporalmente.



Necesitamos transporte hasta cualquier parte donde exista una frontera. La *Norway* está disponible.

Ella aspiró hondo y se levantó.

—No, señor, no está usted obligado, porque la *Norway* no está disponible para los pasajeros civiles, y no voy a admitir ninguno. En cuanto a la frontera, la *frontera* es el lugar, sea cuál sea, donde la flota se encuentra en cada momento, y eso no lo sabe nadie excepto las naves implicadas. No hay fronteras. Contrate a un carguero. Se produjo un denso silencio en la sala.

—Capitana, me desagrada usar la expresión consejo de guerra.

Ella exhaló una breve risa.

—Si los señores de la Compañía quieren darse una vuelta por el escenario de la guerra, me siento tentada a llevarles. Tal vez les resultaría beneficioso. Quizá podrían ampliar su visión de la Madre Tierra, y quizá podríamos conseguir algunas naves más.

—No está usted en condiciones de pedir nada, y no aceptamos sus peticiones. No estamos aquí para ver sólo lo que se decida que deberíamos ver. Lo veremos todo, capitana, tanto si le gusta como si no.

Ella se llevó las manos a las caderas y los miró a todos.

—¿Cuál es su nombre, señor?

—Segust Ayres, segundo secretario del Consejo de Seguridad.

—Segundo secretario. Bien, veamos de qué espacio disponemos. No se admite equipaje superior a una bolsa de mano. Sin duda comprenderán la necesidad de esta medida. No podemos aceptar nada superfluo. Irán ustedes donde vaya la *Norway*. No acepto órdenes de nadie más que de Mazian.

—Solicitamos vivamente su cooperación, capitana —dijo otro.

—Tendrán ustedes lo que les dé y ni un paso más.

Hubo un silencio, un lento murmullo entre los reunidos. El rostro de Ayres enrojeció más, cada vez más disminuida la actitud digna que irritaba instintivamente a Signy.

—Usted es una extensión de la Compañía, capitana, y ésta le da sus instrucciones. ¿Lo ha olvidado?

—Tercera capitana de la Flota, señor Segundo Secretario, lo cual es un cargo militar, que usted no tiene. Pero si mantiene su propósito de venir, esté listo antes de una hora.

—No, capitana —declaró Ayres con firmeza—. Seguiremos su sugerencia de tomar un carguero de transporte. Nos trajo aquí desde Sol. Irán donde les contratemos para que vayan.

—No lo dudo, dentro de lo razonable. —Bien, el problema estaba resuelto. Calculó la consternación que *aquello* produciría a Mazian, en medio de ellos. Miró más allá de Ayres, a Angelo Konstantin, y añadió—: He terminado con mi servicio aquí, y me marchó. Cualquier mensaje que haya será transmitido.

—Capitana...

Angelo Konstantin abandonó la cabecera de la mesa y se le acercó con la mano tendida, lo cual era una cortesía fuera de lo corriente y muy extraña, teniendo en cuenta lo que ella les había hecho dejándoles la responsabilidad de los refugiados. Signy le estrechó la mano con firmeza y se enfrentó con la mirada inquieta del hombre. Ambos se conocían remotamente, pues se habían encontrado años atrás. Angelo Konstantin pertenecía a la sexta generación de los habitantes del Más Allá; el joven que había bajado para ayudarla en la plataforma pertenecía a la séptima. Los Konstantin habían construido Pell; eran científicos y mineros, constructores y arrendatarios. A pesar de todas sus diferencias, ella sentía una especie de vínculo con aquel hombre y los demás. Los mandos de la Flota eran hombres así, los mejores.

—Buena suerte —les deseó. Dio media vuelta y abandonó la sala, seguida por Di y los soldados.

Regresó por el mismo camino, a través de la zona de cuarentena, hasta llegar a los alrededores familiares del *Norway*, donde estaba entre amigos, donde imperaba la ley establecida por ella y todo le era conocido. Tenía que trabajar en los últimos detalles, arreglar unos pocos asuntos pendientes, dejar sus últimos regalos a la estación: sus propios elementos de seguridad, informes, recomendaciones, un organismo vivo y todos los informes salvados que lo acompañaban.

Luego dio la orden de preparación de la nave, sonó la sirena y todos los militares de Pell destinados a su protección se retiraron.

Se dispuso entonces a efectuar una serie de maniobras que su segundo, Graff, conocía tan bien como ella. La suya no era la única evacuación. La estación Pan-Paris estaba bajo la dirección de Kreshov. Sung, de la *Pacific*, se había trasladado a Esperance. Por entonces otros convoys se dirigían ya a Pell, y ella no había hecho más que establecer las líneas generales.

Se acercaba la avalancha. Otras estaciones se habían extinguido, más allá de su alcance, sin ninguna posibilidad de salvamento. Cargaron a bordo cuanto pudieron, compensándolo con trabajo para la Unión. Pero Signy calculaba que de todos modos estaban condenados y que aquella maniobra sería la última para muchos de ellos. Eran el resto de una Flota contra un poder ampliamente extendido que disponía de inagotables efectivos humanos, suministros y mundos... Todo aquello de lo que ellos carecían.

Tras una lucha tan larga... Su generación era la última *de* la Flota, la última fuerza de la Compañía. Ella había contemplado su marcha; había luchado por mantener a las dos juntas, la Tierra y la Unión, el pasado de la humanidad... y el futuro. Y todavía luchaba con lo poco que tenía, pero ya no abrigaba esperanzas. A veces incluso pensaba en retirar su apoyo a la Flota, en hacer lo que habían hecho algunas naves y pasarse a la Unión. Era una suprema ironía que la Unión se hubiera convertido en el bando pro espacio de aquella guerra y que la Compañía fundadora luchara en contra; una ironía que quienes más creían en el Más Allá acabarían por luchar contra aquello

en lo que se estaba convirtiendo, morir por una Compañía que había dejado de preocuparse por sus seguidores. Sintió amargura. Hacía mucho tiempo que había abandonado todo criterio político en cualquier discusión sobre las normas y los planes de acción de la Compañía.

Hubo un tiempo, años atrás, en que consideraba las cosas de un modo muy distinto, cuando parecía fuera de lugar en las grandes y poderosas naves, y cuando el sueño de las viejas naves de exploración la llevó a dedicarse a aquella actividad, un sueño confrontado hacía mucho tiempo con las realidades que significaba el emblema de capitán de la Compañía. Mucho tiempo atrás se había dado cuenta de que no era posible ganar.

Pensó que quizá Angelo Konstantin conocía también las posibilidades. Tal vez la había comprendido y tras su gesto de despedida se ocultaba su reacción, ofreciéndole apoyo ante las presiones de la Compañía. Por un momento, así le había parecido. Quizá muchos de los estacionados sabían... pero eso sería esperar demasiado de los estacionados.

Tenía que hacer tres maniobras que le llevarían tiempo; una pequeña operación y luego el salto para reunirse con Mazian, en una fecha determinada... si sobrevivían las suficientes naves a la operación inicial, si la Unión respondía como esperaban. Era una locura.

La Flota continuó sola, sin el apoyo de los mercantes ni los estacionados, como había seguido su rumbo sola, durante años, antes de aquello...

## V

### Pell: 5/5/52

ANGELO KONSTANTIN ALZÓ LA VISTA DEL ESCRITORIO CUBIERTO DE NOTAS E informes de emergencia que requerían su atención inmediata.

—¿La Unión? —preguntó consternado.

—Un prisionero de guerra —le dijo el jefe de seguridad, que estaba de pie, visiblemente inquieto, ante el escritorio—. Forma parte de la evacuación de Russell. Lo han confiado a nuestra seguridad separado de los otros. Recogido de una cápsula, una pequeña nave, y confinado en Russell. Le transportaba la *Norway*... sin dejarlo suelto entre los refugiados, porque le habrían matado. Mallory añadió una nota a su expediente: «Ahora es problema vuestro». Son sus palabras, señor.

Angelo abrió el expediente y miró la foto de un joven, el registro del interrogatorio que ocupaba varias páginas, el documento de identidad de la Unión, y una hoja de bloc de notas con la firma de Mallory y unas palabras: «joven y asustado».

Se llamaba Joshua Halbraight Talley y era técnico en sondeos, integrado en una pequeña nave sonda de la flota de la Unión.

Angelo tenía ya quinientos individuos y grupos que habían creído que les devolvían a sus bases; había advertencias de más evacuaciones en las instrucciones secretas que Mallory había dejado, y que ocuparían por lo menos la mayor parte de las secciones naranja y amarilla, desmantelando más oficinas; y seis agentes de la Compañía convencidos de que se adentraban en las profundidades del espacio para inspeccionar la guerra, sin que ningún mercante quisiera aceptar el certificado de la Compañía para admitirles a bordo. Con todo aquello tenía de sobras: no necesitaba problemas de los niveles más inferiores.

El rostro del muchacho le obsesionaba. Miró otra vez el retrato, ojeó de nuevo el informe del interrogatorio, se fijó en algunos puntos y recordó que el jefe de seguridad seguía de pie delante de él.

—Bien, ¿qué está haciendo con él?

—Sigue detenido. Ninguno de los demás oficiales quiere tomar una decisión.

En Pell nunca había habido un prisionero de guerra. La guerra jamás había llegado hasta allí. Pensando en ello, Angelo se sintió aún más inquieto ante la situación.

—¿Tienen algo que sugerirnos los de Asuntos Legales?

—Sugirieron que yo tomara la decisión pertinente.

—No estamos preparados para esa clase de detención.

—No, señor —convino el jefe de seguridad.

Allá abajo había unas instalaciones hospitalarias, todo lo necesario para rehabilitación. Y ahora habría que adaptarlo a... lo que casi nunca había sido necesario.

—No podemos tratarle.

—Esas celdas no son adecuadas para estancias prolongadas, señor. Tal vez podríamos preparar algo más cómodo.

—Tal como están las cosas, tenemos ya gente sin alojamiento. ¿Cómo explicaríamos eso?

—Podemos arreglarlo en la misma zona de detención. Quitar uno de los paneles... Así al menos habría más espacio.

—Pospóngalo. —Angelo se pasó una mano por los escasos cabellos—. Pensaré en cómo hemos de enfocar este caso en cuanto haya solucionado los asuntos de emergencia. Trátele lo mejor que pueda con lo que tiene a mano. Pida a los suboficiales que pongan un poco de imaginación en este caso y envíeme las recomendaciones.

—Sí, señor.

Cuando salió el jefe de seguridad, Angelo dejó el expediente a un lado para volver sobre él más tarde. Un prisionero de aquella clase no era lo que necesitaban precisamente ahora. Lo que necesitaban era un medio de asegurar el alojamiento, alimentar a más bocas de las que se podía y enfrentarse a lo que se avecinaba. Tenían mercancías que de repente no iban a ninguna parte. Podrían consumir aquellos géneros en Pell, en la base de Downbelow y en las minas. Pero necesitaban más. El estado de la economía era preocupante, los mercados se habían derrumbado, y el valor de todas las divisas, para los mercantes, era dudoso. Desde una economía que se extendía por las estrellas, Pell tenía que adaptarse al autoabastecimiento, a bastarse a sí mismo, y, quizás... a enfrentarse con otros cambios.

No era el único prisionero de la Unión, identificado, quien le preocupaba, sino el número probable de unionistas y simpatizantes que aumentaría en la cuarentena, gentes para las que cualquier cambio les parecería mejor que lo que tenían. Eran sólo algunos de los refugiados con documentos, y se había descubierto que muchos de éstos no coincidían con las huellas y las fotografías adheridas.

—Necesitamos alguna forma de enlace con los residentes en la zona de cuarentena —advirtió al consejo en la reunión de aquella tarde—. Tenemos que establecer un gobierno al otro lado de la línea, alguien a quien ellos elijan. Alguna forma de elecciones. Y tendremos que actuar de acuerdo con los resultados.

Aceptaron esta proposición como habían aceptado todo lo demás. Las preocupaciones de sus propios votantes eran las que les afligían, los consejeros de las zonas desalojadas naranja y amarilla, verde y blanca, que habían recibido más el influjo de los residentes en la estación. El sector rojo, que permanecía intacto, y conectaba con el amarillo por el otro extremo, estaba inquieto; los otros estaban

celosos. Había un diluvio de quejas, protestas y rumores. Angelo tomó nota de todo ello. Hubo un debate. Finalmente se llegó a la conclusión necesaria de que era preciso aliviar la presión acumulada en la misma estación.

Intervino entonces el hombre llamado Ayres, el cual se levantó de su asiento.

—No autorizamos más construcciones aquí.

Angelo se quedó mirándolo fijamente, animado por lo que había hecho Signy Mallory, la cual había desenmascarado la farsa de la Compañía.

—Pues voy a hacerlo —replicó—. Tengo los recursos necesarios, y lo haré.

Se procedió a una votación, y todo ocurrió como era de esperar. Los observadores de la Compañía permanecieron sentados, llenos de silencioso enojo, vetando lo que sucedía, veto que fue simplemente ignorado mientras se trazaban los planes.

Los hombres de la Compañía abandonaron pronto la reunión. Los miembros de seguridad informaron más tarde que se habían dedicado a promover la agitación en las plataformas, tratando de comprar con oro, a un precio exorbitante, los servicios de un carguero.

Ningún carguero se movía, si no era para desplazarse dentro del sistema, efectuando viajes ordinarios a las minas. A Angelo no le sorprendió oír esto. Soplaba un viento frío que se hacía sentir en Pell; todos los que tenían instintos desarrollados en el Más Allá lo sentían.

Es posible que al final también lo sintieran los hombres de la Compañía, por lo menos dos de ellos, pues esos dos contrataron una nave para que les llevara de regreso a Sol, la misma nave que les había transportado hasta allí, un pequeño carguero-saltador, el único mercante con designación EC que había estacionado en Pell en la mayor parte de una década, cargada con curiosidades y exquisiteces de Downbelow para su regreso, de la misma manera que había llegado con género de la Tierra, que se vendieron enseguida por la curiosidad que despertaban. Los otros cuatro representantes de la Compañía subieron sus ofertas y lograron pasaje en un carguero que les llevaría sin garantías y sin alterar su rumbo por ellos, tocando en Viking y en cualquier otro lugar que fuera seguro en aquellos tiempos inciertos. Aceptaron las condiciones de Mallory que les presentó el capitán del mercante y pagaron por el privilegio.

## VI

### Base Principal de Downbelow: 5/20/52

**H**ABÍA TORMENTA EN DOWNBELOW CUANDO LLEGÓ EL TRANSBORDADOR. Aquello no era infrecuente en un mundo de abundantes nubes, cuando todo el continente septentrional estaba cubierto de un manto húmedo invernal. El tiempo no era lo bastante frío para que helara ni lo bastante cálido para que los seres humanos se sintieran cómodos... Durante meses y meses era imposible ver con claridad el sol o las estrellas. El descenso de los pasajeros en la zona de aterrizaje se realizó bajo una lluvia fría. Cansados y enojados, bajaron de la colina sobre la que se había posado el transbordador y les acomodaron en varios almacenes entre montones de esteras y mohosos sacos de *prosh* y *fikli*.

—¡Apilen esos sacos! —les gritaron los supervisores cuando el grupo de personas empezó a requerir más espacio.

El ruido era considerable: las voces que renegaban, el tamborileo de la lluvia sobre las cúpulas hinchadas, el inevitable ruido sordo de los compresores. De mala gana, los cansados estacionados comenzaron a hacer lo que les pedían. Eran jóvenes en su mayoría, trabajadores de la construcción y unos cuantos técnicos, prácticamente sin equipaje y no pocos de ellos asustados por su primera experiencia del clima. Habían nacido en la estación; la gravedad de Downbelow añadía un kilo o más a su peso y les hacía jadear, mientras se estremecían por los truenos y los rayos que se sucedían en el oscuro cielo. No podrían dormir hasta que acondicionaran un espacio como dormitorio. Ninguno de ellos, nativo o humano, descansaría y se afanaban llevando alimentos colina arriba para cargar el transbordador, o formaban grupos que intentaban eliminar la inevitable inundación de las cúpulas.

Jon Lukas supervisó parte del trabajo con el ceño fruncido, y regresó a la cúpula principal donde estaba el centro de operaciones. Anduvo de un lado a otro, escuchó el ruido de la lluvia y aguardó casi una hora, hasta que al fin volvió a ponerse el traje especial y la máscara y se dirigió al transbordador.

—Adiós, señor —le saludó el operador de la consola, levantándose de su mesa.

Otros, los pocos que estaban allí, dejaron de trabajar. Él les estrechó la mano, todavía con un profundo surco en el entrecejo, y finalmente cruzó la antecámara de finas paredes y subió los escalones de madera que conducían al camino, azotado de nuevo por la fría lluvia. Su gordura de cincuentón no era disimulada precisamente por el plástico amarillo brillante. Siempre había sido consciente de la indignidad y la detestaba, odiaba andar con el barro hasta los tobillos y sentir un frío contra el que apenas servía el revestimiento de su traje. El equipo para protegerse de la lluvia y los

respiradores convertían a todos los humanos de la base en monstruos amarillos, difuminados bajo el aguacero. Los nativos correteaban bajo el agua desnudos y contentos, el pelaje castaño de sus miembros ahusados y sus delgados cuerpos empapados, los rostros de ojos redondeados y con la boca formando una «o» permanente de sorpresa, miraban y charlaban entre sí en su lengua, un parloteo bajo la lluvia acompañado por el retumbar constante de los truenos. Jon recorrió la pista hasta el lugar de aterrizaje, no el que conducía por el otro lado del triángulo, más allá de las cúpulas de almacenes y barracones, sino otra que no tenía tráfico y que podía recorrer sin encontrarse con nadie y sin necesidad de despedidas. Miró los campos anegados del otro lado, la maleza gris verdosa y la hilera de árboles cercana a la base que aparecía bajo la cortina de lluvia, y el río que era una ancha lámina de agua crecida más allá del terraplén, donde tendía a formarse un fangal a pesar de todos sus intentos de drenarlo. La enfermedad volvía a extenderse entre los trabajadores nativos que habían rehuído la vacunación. No, la base de Downbelow no era ningún paraíso. Jon no sentía ningún pesar por abandonarla y dejar que el nuevo personal y los nativos se las arreglaran como pudiesen. Lo que le sulfuraba era la forma como le habían llamado.

—Señor.

Al fin alguien iba tras él para fastidiarle con una despedida. Bennett Jacint. Jon se volvió a medias, sin dejar de andar, y obligó al hombre a afanarse para darle alcance chapoteando en el fango.

—El dique del molino —jadeó Jacint a través del siseante respirador—. Se necesitan algunos equipos humanos con material pesado y sacos de arena.

—Eso ya no es asunto mío —replicó Jon—. Encárgate tú mismo. ¿Para qué sirves? Haz que esos mimados nativos se pongan manos a la obra. Reúne a unos cuantos más para formar un equipo extra. O espera a los nuevos supervisores. ¿Por qué no lo haces? Puedes explicárselo todo a mi sobrino.

—¿Dónde están? —preguntó Jacint.

Aquel Bennett Jacint era un redomado obstruccionista, que siempre salía con objeciones cuando se trataba de tomar medidas de mejora. Más de una vez Jacint le había importunado con protestas. Había conseguido detener un proyecto de construcción, de modo que la carretera que conducía a los pozos seguía siendo un lodazal. Jon sonrió y señaló a lo lejos, hacia las cúpulas de los almacenes.

—No hay tiempo.

—Eso es problema tuyo.

Bennett Jacint soltó una maldición y empezó a protestar, pero cambió de idea y se apresuró a desandar el camino. Jon se echó a reír. Muy bien. Que los Konstantin resolvieran el asunto.

Llegó a lo alto de la colina y avanzó hacia el transbordador, cuya plateada silueta se alzaba en la explanada de hierba pisoteada, con la escotilla de carga abierta. Los nativos se afanaban a su alrededor, y había entre ellos algunos humanos enfundados



en trajes amarillos. La pista que había seguido Jon se juntaba con el camino enfangado por donde se movían los nativos. Avanzó por el borde cubierto de hierba, renegando cuando un nativo cargado pasaba demasiado cerca de él, pero al menos tuvo la satisfacción de ver que habían limpiado el camino hasta la nave. Llegó al círculo de aterrizaje, saludó brevemente a un supervisor humano, subió por la rampa de carga y penetró en el oscuro interior de acero. Se quitó entonces el traje especial, manteniendo la máscara. Ordenó al jefe de un grupo de nativos que limpiaran toda la zona enfangada y se dirigió al ascensor, subió a lo alto de la nave y, por un corredor de acero brillante, entró en un pequeño compartimiento de pasajeros con asientos acolchados.

Había allí dos trabajadores nativos, que parecieron inseguros al verle y se tocaron el uno al otro. Jon cerró el área de pasajeros y conectó el aire, de modo que pudo quitarse el respirador mientras los nativos tenían que ponerse los suyos. Se sentó frente a ellos, sin mirarlos, en el compartimiento sin ventanas. El aire olía a nativo mojado, un olor que había soportado durante tres años, que debía soportar todo residente en Pell con un olfato lo bastante sensible, pero en la base de Downbelow era peor, porque allí se mezclaba con el polvo del grano y las destilerías, las plantas de empaquetado, el barro, el estiércol, el humo de las fábricas, las letrinas rezumantes, los sumideros con su capa de espuma, el moho del bosque que podía estropear el respirador y matarle, a uno si no llevaba repuesto... Y a todo esto había que añadir el manejo de los imbéciles trabajadores nativos con sus tabúes religiosos y sus excusas constantes. Jon estaba orgulloso de su labor, el aumento de la producción, la eficiencia que había acabado con la idea de que los nativos eran como eran y no podían adaptarse a programas y horarios. Podían, claro que sí, y habían llegado a establecer récords de producción.

No le habían agradecido aquellos logros. La crisis llegó a la estación y la base de Downbelow, una crisis que se había venido arrastrando en las sesiones de planificación durante una década y que no por esperada dejó de ser repentina. Las fábricas dispondrían de los servicios adicionales que él había hecho posibles, por medio de trabajadores cuyos suministros y viviendas él había logrado, utilizando los fondos y el equipo de la Compañía Lukas.

Durante aquella etapa, sólo enviaron a dos Konstantin para supervisar, sin un «gracias, señor Lukas», o un «bien hecho, Jon, gracias por dejar las oficinas de su propia compañía y sus propios asuntos, gracias por hacer el trabajo durante tres años». Emilio Konstantin y Miliko Dee nombrados supervisores de Downbelow... Por favor, arreglen los asuntos y regresen lo antes posible... Su sobrino Emilio. El joven Emilio iba a dirigir las cosas durante la construcción. Los Konstantin siempre intervenían en la etapa final, siempre estaban allí para llevarse los parabienes. El consejo era democrático, claro, pero las oficinas de la estación se regían por una dinastía. Siempre los Konstantin. Los Lukas habían llegado a Pell al mismo tiempo que ellos, habían participado tanto como ellos en su construcción, tenían una

importante compañía allá en las Estrellas Posteriores; pero los Konstantin habían maniobrado y se habían hecho con el poder a la menor oportunidad. Y la ocasión presente no era una excepción. También ahora el equipo y la preparación eran de Lukas, y los Konstantin estaban al frente al llegar a una etapa en la que habría reconocimiento público. Emilio, el hijo de su hermana Alicia y de Angelo. Era fácil manipular a la gente, si el nombre de Konstantin era el único que se les permitía oír. Y Angelo era un maestro consumado en esa táctica.

Hubiera sido cortés por su parte recibir a su sobrino y la esposa de éste cuando llegaran, haberse quedado algunos días para darles información, o al menos comunicarles su inmediata partida en el transbordador que les había llevado allí. También habría sido cortés por parte de ellos haber ido enseguida a las cúpulas para dar un saludo oficial, algún reconocimiento de la autoridad de Lukas en la base... pero no lo habían hecho. Ni siquiera le habían enviado un «hola, tío» cuando aterrizaron. Ahora no estaba para cortesías inútiles, para permanecer bajo la lluvia estrechando manos y diciendo palabras convencionales a un sobrino con quien rara vez hablaba. Se había opuesto al matrimonio de su hermana, discutió con ella, y la boda no le unió a la familia Konstantin: la actitud de su hermana fue más bien una deserción. Desde entonces no se hablaba con Alicia, excepto oficialmente, y ni siquiera eso en los últimos años... Su presencia le deprimía. Y los muchachos se parecían a Angelo, eran iguales a Angelo en su juventud. Evitaba a aquellos jóvenes que probablemente esperaban poner sus manos en la Compañía Lukas... o al menos tener participación en la empresa cuando él no estuviera, como sus parientes más próximos. Estaba seguro de que esa esperanza era lo que había atraído a Angelo hacia Alicia. La Compañía era todavía la mayor de las empresas independientes de Pell. Pero él había maniobrado para salir de la trampa, sorprendiéndoles con un heredero, que no era precisamente de su gusto, pero que para sus fines daba lo mismo. Durante todos aquellos años había trabajado en Downbelow, calculando al principio que podría ser posible expandir la Compañía Lukas allí, gracias a la construcción. Angelo había comprendido sus planes e intrigó en el consejo para que lo impidieran. Adujeron preocupaciones ecológicas. Ahora llegaba la jugada final.

Aceptó la carta con instrucciones para regresar, la tomó con tanta rudeza como se la habían dado y se marchó sin equipaje ni fanfarrias, como un delincuente descubierto y, por tanto, caído en desgracia al que le ordenan volver a casa. Podría ser algo infantil, pero también él tendría algo que decir en el consejo... y si todos los géneros almacenados en el molino se empapaban el primer día de la administración de Konstantin, tanto mejor. Que en la estación sintieran la escasez de grano, que Angelo se lo explicara al consejo. Eso abriría un debate en el que él estaría presente y podría participar como deseaba.

Se había merecido algo mejor que aquello.

Finalmente se activaron los motores, anunciando el despegue. Jon se levantó y sacó una botella y un vaso de un armario. Le llegó una pregunta de la tripulación del

transbordador y dijo que no necesitaba nada. Se acomodó en su asiento y se puso el cinturón de seguridad mientras la nave comenzaba a elevarse. Se sirvió un trago largo, preparándose para el vuelo, que siempre había detestado, y bebió el líquido ambarino que temblaba en el vaso bajo la tensión de su brazo y la vibración de la nave. Frente a él, los dos nativos se habían abrazado y gemían.

## VII

### Prevención de Pell: Sector rojo uno; 5/20/52; 0900 h.

EL PRISIONERO ESTABA SENTADO A LA MESA CON LOS OTROS TRES, MIRANDO fijamente al guardián supervisor en primer plano, aunque su mirada parecía centrada en alguna otra parte. Damon volvió a dejar el expediente sobre la mesa y observó al hombre, el cual hacía lo posible para evitar sus ojos. Damon se sentía muy incómodo en aquella entrevista..., estaba ante un hombre distinto de los criminales con los que trataba en Asuntos Legales, un hombre de rostro similar al de un ángel pintado en un cuadro, demasiado perfecto, con el cabello rubio y ojos de mirada penetrante. Sólo había una palabra para calificarle: hermoso. Carecía de defectos. Su expresión era de absoluta inocencia. No era un ladrón ni un camorrista, pero sería capaz de matar si fuera preciso... Sí, mataría por motivos políticos, en cumplimiento del deber, porque pertenecía a la Unión y ellos no. Era un sentimiento en el que no intervenía el odio. Y tener en la mano la facultad de decretar la vida o la muerte de aquel hombre era turbador. Le turbaba, sí, pero a la vez le ofrecía alternativas, opciones que parecían en un espejo... no por odio, sino por deber, porque él no pertenecía a la Unión, como aquel hombre. «Estamos en guerra», pensó Damon sombríamente. «Porqué él ha venido aquí y la ha traído consigo». Desde luego tenía cara de ángel.

—¿No te crea problemas, verdad? —preguntó Damon al supervisor.

—No.

—He oído decir que es un buen jugador de cartas. Tras esta revelación siguió un breve silencio. En la prevención se practicaban juegos ilícitos, como en muchas otras secciones de la estación. Damon sonrió cuando el prisionero alzó la vista y movió los ojos azul pálido, pero aquella fue toda su reacción.

—Me llamo Damon Konstantin, señor Talley, y pertenezco a la oficina jurídica de la estación. Su comportamiento es excelente y le estamos reconocidos por ello. No somos sus enemigos. En principio aceptamos una nave de la Unión con la misma buena disposición con que recibimos las naves de la Compañía. Pero, por lo que hemos oído, ustedes ya no consideran neutrales a las estaciones, y por ello nuestra actitud debe cambiar en consonancia. No podemos correr riesgos dejándole suelto. Se trata de nuestra propia seguridad. Ya comprenderá usted.

No hubo respuesta.

—Su abogado ha hecho hincapié en que padece a causa de la estrechez de su confinamiento y que las celdas no han sido diseñadas para largos períodos de detención, que hay personas autorizadas a desplazarse libremente por la sección de cuarentena y que representan una amenaza mucho más considerable que usted para la

estación, que hay una enorme diferencia entre un saboteador y un técnico en sondeos uniformado que ha tenido la mala suerte de que le cogiera el otro bando. Pero dicho todo esto, no recomienda su liberación excepto para instalarle en la sección de cuarentena. Hemos llegado a un arreglo Podemos extender un documento de identidad falso que le protegería y, a la vez, nos permitiría tenerle discretamente vigilado mientras esté ahí. No me gusta la idea pero parece factible.

—¿Qué es esa sección de cuarentena? —preguntó Talley en tono inquieto, dirigiéndose al supervisor y a su propio abogado, el viejo Jacoby, sentado al extremo de la mesa—. ¿Qué está diciendo?

—Se trata de una sección aislada que hemos habilitado para nuestros propios refugiados.

—Los ojos de Talley pasaron nerviosamente de uno a otro.

—No, no quiero que me pongan con ellos. Nunca he solicitado semejante arreglo. Nunca.

La incomodidad de Damon fue en aumento, y frunció el entrecejo.

—Mire, señor Talley, se aproxima otro convoy con otro grupo de refugiados. Estamos preparando en secreto la manera de mezclarle a usted con ellos, mediante documentos falsificados, a fin de sacarle de aquí. Seguiría siendo una especie de confinamiento, pero con paredes más anchas, con espacio para caminar, ir a donde quiera, vivir la vida... como se vive en la cuarentena. Piense que ésa es una buena parte de la estación, que está en régimen abierto, sin celdas. El señor Jacoby tiene razón: usted no es más peligroso que alguno de los que están ahí. Menos aún, porque siempre sabríamos quién es usted.

Talley miró de nuevo a su abogado y movió la cabeza en actitud suplicante.

—¿Lo rechaza de plano? —insistió Damon, vejado e irritado porque todas las soluciones y arreglos se venían abajo—. No se trata de una prisión, comprenda.

—Ahí... conocen mi cara. Mallory dijo... Entonces se interrumpió. Damon se quedó mirándolo y observó la febril ansiedad, el sudor que le cubría el rostro.

—¿Qué es lo que dijo Mallory?

—Que si causaba problemas... me transferiría a una de las otras naves. Creo saber lo que usted está haciendo: piensa que si hay unionistas con ellos se pondrán en contacto conmigo si me coloca ahí, en su cuarentena. ¿No es así? Pero no viviría tanto. Hay gente que me conoce de vista, oficiales de estación, policías. Son la clase de personas que consiguen pasaje en esas naves, ¿no? Y me conocen. Moriría en una hora si hiciera usted eso. Tengo noticias de cómo eran esas naves.

—Mallory se lo dijo.

—Así es.

—Por otra parte —dijo Damon con amargura—, hay algunos que se resistirían a subir a bordo de una nave de Mazian, estacionados que jurarían que la supervivencia de un hombre honesto no sería posible allí. Pero creo que su viaje no ha sido difícil, ¿verdad? Ha tenido suficientes alimentos y no ha debido preocuparse por el aire. Es

la vieja querella entre los navegantes y los estacionados: dejan que éstos se asfixien y mantienen impecable su cabina de mandos. Pero usted no ha pasado privaciones, ha recibido un trato especial.

—No ha sido tan agradable, señor Konstantin.

—Pero tampoco tenía usted alternativa, ¿verdad?

—No —replicó el joven con aspereza.

De repente Damon se arrepintió de lo que estaba haciendo, de aquella búsqueda insidiosa de indicios sospechosos y malignos rumores sobre la Flota. Se avergonzaba del papel que le había tocado en suerte, de lo que hacía Pell. La guerra y los prisioneros de guerra... No quería tener parte en ello.

—Rechaza usted la solución que le ofrecemos. Está en su derecho y nadie le obligará. No queremos poner su vida en peligro, y así ocurriría si las cosas son como usted dice. ¿Qué va a hacer, entonces? Supongo que seguirá jugando con los guardias. Es un recinto muy pequeño. ¿Le han dado las cintas y el magnetófono? ¿Lo tiene?

—Quisiera... —Las palabras brotaron como un acceso de náusea—. Quisiera pedir que me sometan a Corrección.

Jacoby bajó la vista y movió la cabeza. Damon continuó sentado, inmóvil.

—Tras pasar por eso podría salir de aquí —dijo el prisionero—. Finalmente haría algo. Soy yo quien lo pide. Un prisionero tiene la posibilidad de obtener eso, ¿no es cierto?

—Su bando usa ese método con los prisioneros. Nosotros no.

—Se lo pido. Me han encerrado aquí como si fuera un criminal. Si hubiera matado a alguien, ¿no tendría derecho a eso? Si hubiera robado o...

—Creo que debería pasar algunas pruebas psiquiátricas, si insiste.

—¿Es que no hacen pruebas... durante el proceso de la Corrección?

Damon miró a Jacoby.

—Su depresión ha ido en aumento. Me ha pedido una y otra vez que presente esa solicitud a la estación, lo cual no he hecho.

—Nunca hemos sometido a corrección a un hombre que no fuera un criminal confeso.

—¿Nunca han tenido aquí a un hombre que no lo fuera? —preguntó el prisionero.

—La Unión lo utiliza sin pestañear —dijo en voz baja el supervisor—. Esas celdas son pequeñas, señor Konstantin.

—Un hombre no pide una cosa así —dijo Damon.

—Se lo pido —insistió Talley—. Quiero salir de aquí.

—Eso resolvería el problema —intervino Jacoby.

—Quiero saber por qué lo desea.

—¡¡Quiero salir!!

Damon se quedó inmóvil. Talley retuvo el aliento, se apoyó en la mesa y recobró el dominio de sí mismo cuando estaba ya al borde de las lágrimas. La llamada

«Corrección» no era un procedimiento punitivo, nunca se había pretendido que lo fuera. Sus efectos eran dobles y beneficiosos: alteraba el comportamiento de los violentos y borraba parte de los antecedentes a los que tenían problemas. Mientras miraba los ojos ensombrecidos de Talley, sospechó que en su caso se trataría de esto último. De súbito sintió una piedad abrumadora por aquel hombre, que estaba cuerdo, que parecía en plena posesión de sus facultades. Había crisis en la estación. La acumulación de acontecimientos podía hacer que los individuos se perdieran en ellos, que quedaran al margen. Se necesitaban con urgencia las celdas de la prevención para los auténticos criminales, que tenían en abundancia en la sección de cuarentena. Había destinos peores que la «Corrección». Permanecer encerrado en una habitación sin ventanas de tres metros y medio por dos y medio era uno de ellos.

—Encargue al ordenador los papeles necesarios —le dijo al supervisor, el cual tecleó la orden. Jacoby estaba visiblemente inquieto, manoseando papeles, sin mirar ninguno—. Lo que voy a hacer —continuó Damon dirigiéndose a Talley, sintiendo como si aquello fuera una pesadilla compartida— es darle a usted los papeles, y podrá leer con detenimiento todas las explicaciones que constan en el papel listado. Si mañana sigue deseando que hagamos eso, lo aceptaremos previo su consentimiento firmado. También quiero que nos dirija por escrito una solicitud con sus propias palabras, declarando que ha sido idea suya, que no es usted claustrofóbico ni padece ninguna otra incapacidad...

—Era técnico de sonda —le interrumpió Talley desdeñosamente. Su trabajo no se efectuaba en el lugar más amplio de una nave.

—... o condición que pudiera provocarle unos efectos negativos superiores a lo normal. ¿Tiene familia, parientes, alguien que pudiera tratar de convencerle para que no haga esto, si se enterase de lo que se propone?

Esta pregunta causó en el prisionero una ligera reacción que se reflejó en su mirada.

—¿Tiene a alguien? —inquirió Damon, confiando en haber encontrado un asidero, alguna razón para tratar de disuadir *al* muchacho—. ¿Quién?

—Ha muerto —dijo Talley.

—¿Es esta solicitud una reacción a...?

—Hace mucho tiempo —dijo Talley, interrumpiéndole, No estaba dispuesto a decir nada más.

Una cara de ángel, un hombre sin la menor tacha. ¿Gestado quizá en el laboratorio? Fue una ocurrencia espontánea. Siempre le habían horrorizado los soldados probeta de la Unión. Su propio prejuicio le preocupaba.

—No he leído todo su expediente —admitió—. Esto se ha confeccionado en otros niveles, donde creyeron que ya estaba todo claro y me pasaron el asunto. Dígame, señor Talley, ¿tuvo usted familia?

—Sí —dijo Talley débilmente pero en tono desafiante, haciéndole sentirse avergonzado de sí mismo.

—¿Dónde nació?

—En Cyteen. Ya les he dado todos esos datos. Tuve padres, *nací*, señor Konstantin. ¿Es eso realmente pertinente?

—Lo siento. Lo lamento mucho. Quiero que comprenda una cosa: no se trata de nada definitivo. Puede cambiar de idea hasta el momento de iniciar el tratamiento. Si no desea seguir, no tiene más que decirlo. Pero cuando avance en el tratamiento, ya no será competente. Debe entender que ya no estará capacitado. ¿Ha visto a los hombres sometidos a Corrección?

—Se recuperan.

—Así es, en efecto. Seguiré el caso, señor Talley... teniente Talley... hasta donde pueda. —Se dirigió al supervisor—. Encárguese de que cada vez que envíe un mensaje, en cualquier etapa del proceso, me llegue en régimen de emergencia, de día o de noche, y asegúrese de que los auxiliares lo comprendan también, hasta los asistentes. No creo que abuse del privilegio. Miró a Jacoby—. ¿Está satisfecho de su cliente?

—Está en su derecho de hacer lo que hace. No es que me agrade, pero firmaré como testigo. Estoy de acuerdo en que resuelve las cosas... quizá del mejor modo posible.

Llegó el papel listado del ordenador. Damon entregó los documentos a Jacoby para que los revisara. Jacoby señaló las líneas donde debían firmar y pasó el expediente a Talley, el cual lo cogió como si fuera algo precioso.

—Señor Talley —dijo Damon, levantándose y, siguiendo un impulso, le ofreció la mano. Era como una compensación por el disgusto que sentía. El joven sondista se levantó y la estrechó, con una expresión de gratitud—. ¿Existe la posibilidad, aunque sea muy remota, de que posea usted una información que desea eliminar de su cerebro? ¿Es ése el motivo por el que hace esto? Le advierto que durante el tratamiento es probable que aflore. Y eso no nos interesa, ¿comprende? No tenemos intereses militares.

Aquel no era el motivo. Dudaba mucho de que pudiera serlo. El muchacho no era un oficial de alto rango, como él mismo, que conociera las señales computarizadas y tuviera acceso a los códigos. La clase de cosas que un enemigo no debe poseer. Nadie había descubierto algo así en aquel hombre... nada de valor, ni allí ni en Russell.

—No, no sé nada —afirmó Talley.

Damon vaciló, todavía con escrúpulos de conciencia, con la sensación de que el abogado de Talley, por lo menos, debería protestar, hacer algo más vigoroso, utilizar todas las dilaciones permitidas por la ley en beneficio de Talley. Pero aquello le llevaba a la prisión, no le daba esperanza alguna. Estaban alojando a delincuentes en la sección de cuarentena, mucho más peligrosos, hombres que podrían conocerle, si Talley estaba en lo cierto. La Corrección le salvaría, le haría salir de allí, le daría la oportunidad de un trabajo, de libertad, de una nueva vida. Ninguna persona en su sano juicio se vengaría de alguien que ha sufrido un lavado de cerebro. Y el



procedimiento era incruento, humano. Siempre se había pretendido que lo fuera.

—Talley... ¿tiene alguna queja contra Mallory o el personal del *Norway*?

—No.

—Su abogado está presente. Se registraría... si usted quisiera formular esa queja.

—No.

Así pues, aquel truco no surtiría efecto. No era posible ningún retraso para proceder a una investigación. Damon asintió y salió de la estancia, sintiéndose sucio. Lo que estaba haciendo era una especie de homicidio, era echarle una mano a un suicida.

Y de éstos también tenían en abundancia, allá en la sección de cuarentena.

## VIII

### **Pell: Sector naranja nueve; 5/20/52; 19 h.**

**K**RESSICH SE ESTREMECIÓ AL OÍR EL ESTRUENDO DE ALGO QUE CAYÓ EN EL pasillo, al otro lado de la puerta herméticamente cerrada, y procuró que su terror no se evidenciara. Algo estaba ardiendo, y el humo les llegaba a través del sistema de ventilación. Aquello era lo que le asustaba más, tanto a él como a los otros cincuenta que se agolpaban en aquella sección. Fuera, en las plataformas, la policía y los alborotadores todavía intercambiaban disparos. La violencia iba remitiendo. Los pocos que estaban con él, el resto de la policía de seguridad de Russell, un puñado de técnicos de la estación, algunos jóvenes y ancianos... habían defendido el pasillo contra los grupos descontrolados.

—Estamos envueltos en llamas —musitó alguien, al borde de la histeria.

—No hay que alarmarse. Deben ser unos trapos viejos.

En su fuero interno pidió que el alarmista cerrara la boca. No debían ser presa del pánico. Si se producía un incendio de verdad, la central de la estación haría volar la sección para extinguirlo... y eso significaría la muerte de todos ellos. No eran valiosos para Pell. Algunos estaban allí disparando contra la policía de Pell con armas que habían cogido a los policías muertos. La revuelta había comenzado cuando se supo que se aproximaba otro convoy, más naves, más gente desesperada que abarrotaría el poco espacio de que disponían. Se había iniciado con la simple noticia de que aquello estaba a punto de suceder... y una exigencia de que se agilizaran los trámites burocráticos. A ello siguieron los ataques a las dependencias y los piquetes que confiscaban documentos a quienes los tenían.

*Quemad todos los registros* eran el grito que había resonado en toda la cuarentena obedeciendo a la lógica de que, si no había dato alguno, todos serían admitidos. Quienes se resistían a desprenderse de sus documentos eran golpeados y despojados de ellos y de cuanto tenían de valor. Los dormitorios fueron saqueados. Grupos de rufianes, los mismos que habían actuado en la *Griffin* y la *Hansford* lograron ser incluidos entre los desesperados, los desorientados y los aterrorizados.

Durante algún tiempo hubo quietud en el exterior. Los acondicionadores de aire se habían detenido y la atmósfera empezaba a heder. Aquellos que habían sufrido las penalidades de la travesía contenían su pánico en silencio. Un buen número de refugiados lloraban.

Entonces la luz se intensificó y una corriente fresca salió de los conductores de aire. La puerta se abrió con veloz automatismo. Kressich se puso en pie y miró los rostros de los policías de la estación y los cañones de los rifles que les apuntaban.

Algunos de los suyos tenían cuchillos, trozos de tubería y fragmentos de muebles, cualquier cosa que pudiera ser un arma improvisada. Él no tenía nada... Alzó las manos temblorosas.

—No —suplicó. Nadie se movió, ni los policías ni sus hombres—. Por favor. No hemos participado en la revuelta. Sólo defendíamos esta sección de los asaltantes. Nadie... ninguna de estas personas ha tenido nada que ver. Al contrario, han sido las víctimas.

El jefe de policía, con ojeras de fatiga, sucio de hollín y sangre, señaló la pared con su rifle.

—Tenéis que alinearos —explicó Kressich a sus heterogéneos compañeros, los cuales no eran la clase de personas que podían comprender tales procedimientos, con la excepción del ex policía—. Arrojad al suelo las armas que tengáis.

Todos se alinearon, incluso los viejos y los enfermos, y los dos niños pequeños.

Kressich temblaba mientras le registraron, y siguió estremeciéndose cuando le dejaron apoyado en la pared del corredor mientras los policías intercambiaban misteriosos murmullos entre ellos. Uno le cogió por un hombro y le hizo volverse. Un oficial provisto de una pizarra fue de uno en uno pidiendo el documento de identidad.

—Los han robado —dijo Kressich—. Así es como ha empezado todo. Las bandas robaban los papeles y los quemaban.

—Eso ya lo sabemos —dijo el oficial—. ¿Es usted el encargado? ¿Cuál es su nombre y su origen?

—Vassily Kressich, de Russell.

—¿Algunos de ustedes le conocen? Varios lo confirmaron.

—Era consejero en la estación Russell —dijo un joven—. Yo servía allí, en el departamento de seguridad.

—Nombre.

El joven dijo su nombre. Niño Coledy. Kressich intentó recordarle y no pudo. Las preguntas se repitieron una y otra vez, se sucedió el interrogatorio de identificaciones y las identificaciones mutuas, que no eran más fidedignas que la palabra de quienes las daban. Un hombre con una cámara entró en el pasillo y los fotografió a todos allí, de pie, contra la pared. A su alrededor había un caos de conversaciones y discusiones.

—Pueden irse —dijo el jefe de policía, y empezaron a salir; pero cuando Kressich se disponía a hacerlo, el oficial le cogió de un brazo—. Vassily Kressich. Daré su nombre al cuartel general.

No estaba seguro de si eso sería bueno o malo. Cualquier cosa constituía una esperanza. Cualquier cosa era mejor que lo existente allí, en la cuarentena, con la estación atascada e incapaz de situarlos o dejarles irse.

Salió a la plataforma y le estremeció la visión de los destrozos que habían causado allí, con los muertos tendidos aún sobre su propia sangre y montones de objetos combustibles todavía ardiendo, y los restantes muebles y pertenencias

apilados para alimentar las hogueras. La policía de la estación estaba en todas partes, armados con rifles, no armas cortas. Kressich se quedó en las plataformas, cerca de la policía, temeroso de volver a los corredores a consecuencia de las bandas terroristas. Era imposible confiar en que la policía los hubiera dominado a todos. Eran demasiados.

Finalmente la estación estableció un puesto de emergencia para servir comida y bebida cerca del límite de la sección, pues el agua había sido cortada durante la revuelta, las cocinas saqueadas y todo lo que se prestaba a ello convertido en armas. También habían destrozado el ordenador y no era posible informar sobre los daños. Existían pocas probabilidades de que ningún equipo de reparación quisiera entrar en la zona.

Se sentó en la plataforma y comió lo que le dieron, en compañía de otros grupos de refugiados que no tenían más de lo que tenía él. La gente se miraba atemorizada.

—No vamos a salir —oyó repetidamente—. Ahora nunca nos darán permiso para irnos.

Más de una vez oyó murmullos de una especie diferente, vio hombres de los que sabía que habían formado parte de las bandas de alborotadores, que habían iniciado los disturbios en su dormitorio, y nadie los denunciaba. Nadie se atrevía. Eran demasiados.

Había entre ellos personal de la Unión. Kressich estaba seguro de que aquellos eran los agitadores. Tales hombres eran los que más podrían temer de un estricto control de documentos. La guerra había llegado a Pell, estaba entre ellos, y ellos eran los estacionados, neutrales y con las manos vacías, deambulando cautelosamente entre los que eran capaces de asesinar..., sólo que ahora no se trataba de estacionados contra naves de guerra, una lucha entre cascos metálicos, sino de un peligro inmediato, porque uno tenía un contacto físico, de hombro con hombro, y el enemigo podía ser el joven que atesoraba un bocadillo o la mujer sentada que miraba con una expresión llena de odio.

Llegó el convoy sin tropas de escolta. Los equipos de las plataformas, bajo la protección de un pequeño contingente de policías de la estación, efectuaron las operaciones de descarga. Recibieron a los refugiados y los acomodaron lo mejor que pudieron, dado el estado ruinoso de los alojamientos, en los corredores que parecían una jungla. Los recién llegados, cargando con su equipaje, miraban aterrados a su alrededor. Kressich calculó que por la mañana ya les habrían robado, o les habrían hecho algo peor. Oyó el llanto quedo y desesperado de algunos de ellos.

Por la mañana llegó otro grupo de varios centenares. Por entonces ya había cundido el pánico, pues todos estaban hambrientos y sedientos y la comida llegaba muy lentamente de la estación principal.

Un hombre se sentó al lado de Kressich en la plataforma: Niño Coledy.

—Somos una docena —le dijo—. Podríamos remediar un poco las cosas. He estado hablando con algunos supervivientes de las bandas. Nosotros no les

delataremos y ellos cooperarán. Así dispondremos de brazos fuertes... podremos poner coto a este desbarajuste, hacer que la gente regrese a las residencias, de modo que podamos conseguir aquí comida y agua.

—¿Nosotros podríamos hacer eso?

En el rostro de Coledy se dibujó una mueca de ansiedad.

—Usted fue consejero, así que puede ponerse al frente y ser el portavoz. Nosotros le apoyaremos y alimentaremos a esta gente, apaciguaremos los ánimos. Eso es lo que necesita la estación, y puede sernos beneficioso.

Kressich pensó en la propuesta. El joven tenía razón, pero también era posible que les saliera el tiro por la culata y los fusilaran. Era demasiado viejo para encargarse de una cosa así. Lo que ellos querían era un testaferro. Los policías también querían un testaferro respetable. Y él temía decir que no.

—Sólo tendrá que llevar el peso de las conversaciones —dijo Coledy.

—De acuerdo —replicó, y entonces, apretando la mandíbula con más firmeza de la que el joven podría haber esperado en un hombre viejo y cansado, añadió—: Empiece a reunir a los hombres y yo tendré una charla con los policías.

Y así lo hizo, acercándose a ellos cautamente.

—Ha habido una elección —les dijo—. Soy Vassily Kressich, consejero de rojos, estación Russell. Algunos de nuestros policías se encuentran entre los refugiados. Estamos dispuestos a entrar en los corredores y restablecer el orden... sin violencia. Conocemos las caras y ustedes no. Si consultan con sus autoridades y obtienen el permiso necesario, podemos servirles de ayuda.

Los policías no estaban seguros de aquello. Dudaron incluso de si era conveniente o no informar a sus superiores. Al fin un capitán decidió hacerlo, y Kressich esperó el resultado, de pie, lleno de inquietud. El capitán asintió tras la consulta.

—Si el asunto se les escapa de las manos, no discriminaremos al disparar. Pero no vamos a tolerar que ustedes maten a nadie, consejero Kressich; no tienen carta blanca para hacer lo que quieran.

—No se preocupe, señor —le dijo Kressich, y se alejó, mortalmente fatigado y asustado.

Coledy estaba allí, con otros más, esperándole junto al acceso del corredor noveno. Enseguida se acercaron otros más, de peor catadura que los primeros, y Kressich sintió una oleada de temor, pensando que no podría convencerlos. Ahora no le importaba nada, excepto vivir, y estar al frente de la fuerza y no debajo. Les vio alejarse para utilizar el terror a fin de coaccionar a los inocentes y reunir a los peligrosos en sus propias filas. Sabía lo que había hecho y le aterraba. Se mantuvo silencioso, porque si tenía lugar una segunda revuelta, él no podría librarse. Estaría metido de lleno: *ellos* se encargarían de que así fuera.

Prestó su apoyo, haciendo uso de su dignidad, su edad y el hecho de que algunos conocían su rostro. Gritó instrucciones y pronto la gente empezó a dirigirse a él con respeto, llamándole consejero Kressich. Escuchó sus quejas, sus temores y las causas

de su enojo hasta que Coledy le rodeó de una guardia que protegiera a su preciado testafarro.

En menos de una hora las plataformas estaban despejadas y los grupos autorizados dominaban la situación. Y adondequiera que fuese, la gente honrada le trataba como a un jefe.

## IX

### Pell: 5/22/52

**J**ON LUKAS SE ACOMODÓ EN EL ASIENTO DEL CONSEJO QUE SU HIJO VITTORIO había ocupado por delegación durante los tres últimos años. Tenía el semblante hosco. Acababa de enfrentarse a una crisis familiar, y había perdido tres habitaciones de las cinco que contaba su vivienda, para acomodar a dos primos Jacoby y sus esposas. Uno de los matrimonios tenía niños que aporreaban la pared y lloraban. Los obreros habían apilado sus muebles en el poco espacio propio que le quedaba... ocupado hasta poco tiempo antes por su hijo Vittorio y su amiga de turno. Aquello sí que había sido un buen retorno al hogar. Llegó a un rápido arreglo con Vittorio: la mujer se marchó y él se quedó allí, pues la posesión de un apartamento y una cuenta para gastos le parecía mucho mejor y más importante que ser transferido a la base de Downbelow, donde buscaban activamente voluntarios jóvenes. El trabajo físico, y sobre todo en la superficie lluviosa de Downbelow, no era del gusto de Vittorio. En su calidad de «hombre de paja» había sido útil en la estación, votó como le dijeron, dirigió las cosas como se lo indicaron, evitó que la compañía Lukas se sumiera en un caos y hasta tuvo suficiente buen sentido para resolver por sí mismo pequeños problemas y asesorarse bien sobre los importantes. Lo que había hecho con la cuenta para gastos era otro asunto. Tras adaptarse al horario de la estación, Jon se había dedicado a revisar los libros de personal y las cuentas.

Ahora estaba en funcionamiento una especie de señal de alerta, desagradable y urgente, y al igual que otros consejeros, había ido allí a causa del mensaje que convocaba a una reunión especial. El corazón aún le palpitaba intensamente por el esfuerzo. Tecleó la consola del ordenador y abrió el micro, escuchando la cháchara que ocupaba el consejo en aquel momento, con una sucesión de imágenes exploratorias de naves en las pantallas, por encima de su cabeza. Más problemas. Lo había oído durante todo el trayecto desde las oficinas en la plataforma. Alguien llegaba.

—¿Qué número tenéis? —preguntaba Angelo, y no obtenía respuesta del otro lado.

—¿Qué ocurre? —inquirió Jon a la mujer sentada junto a él, una delegada del sector verde llamada Anna Morevy.

—Llegan más refugiados y no dicen nada. La nave de transporte *Pacific*, de la estación Esperance. Eso es todo lo que sabemos. No obtenemos la menor cooperación. Pero Sung está allí. ¿Qué esperas?

Seguían llegando consejeros, y los asientos se ocupaban rápidamente. Jon se

aplicó el auricular personal, oprimió el botón de la grabadora e intentó ponerse al corriente de la situación. El convoy explorado se había acercado tanto, por encima del plano del sistema, que peligraba la seguridad. La voz susurrante del secretario del consejo resumía, ofrecía datos en la pantalla del ordenador, pero no aportaba demasiado a lo que ya sabían.

Le pasaron una hoja manuscrita por encima del hombro. La leyó perplejo: «Bienvenido a casa. Has sido designado sustituto de Emilio Konstantin, en el asiento número diez. Se ha juzgado valiosa tu experiencia inmediata en Downbelow. A. Konstantin».

El corazón se le aceleró de nuevo, por una razón distinta. Se levantó, dejó el auricular y cerró los canales, tras lo cual recorrió el pasillo a la vista de todos, hasta llegar al asiento vacante en el centro del consejo, la mesa entre las filas, los asientos de quienes tenían más influencia. Se acomodó en el sillón de cuero suave y madera tallada, uno de los Diez de Pell, y sintió una irreprimible sensación de triunfo por aquellos acontecimientos... Finalmente se había hecho justicia, después de varias décadas. Los grandes Konstantin le habían mantenido al margen de los Diez durante toda su vida, a pesar de sus esfuerzos, su influencia y sus méritos, y ahora se encontraba allí.

Estaba absolutamente seguro de que aquello no suponía un cambio en la consideración de Angelo. Tenían que haberlo votado. Allí, en el consejo, había obtenido una votación general, consecuencia lógica de su largo y duro servicio en Downbelow. La mayoría del consejo había apreciado sus antecedentes.

Buscó la mirada de Angelo, sentado en la misma mesa. Se sujetaba el auricular a la oreja, y su expresión no era de alegre bienvenida, no reflejaba estimación ni satisfacción de ningún género. Angelo aceptaba aquel ascenso porque debía hacerlo, eso estaba claro. Una tensa sonrisa apareció en el semblante de Jon, como si fuera una oferta de apoyo, y Angelo se la devolvió con la misma tirantez.

—Comunica de nuevo —le dijo Angelo a alguien a través del intercomunicador—. Sigue enviando. Ponme en contacto directo con Sung.

Los reunidos guardaban silencio, mientras seguían llegando informes de la central, dando noticia del lento acercamiento de los cargueros. Pero la *Pacific* adquiría velocidad, y su imagen electrónica en las pantallas empezaba a hacerse borrosa.

—Aquí Sung —dijo entonces una voz—. Saludos a la estación Pell. Su propio establecimiento puede atender los detalles.

—¿Qué cifras nos dan? —preguntó Angelo—. ¿Cuántos van en esas naves, capitán Sung?

—Nueve mil.

Un murmullo de horror se extendió por la sala.

—¡Silencio! —exclamó Angelo, pues las voces obstaculizaban la comunicación—. Tomamos nota, nueve mil. Esto rebasa nuestras capacidades de seguridad.



Reúnase con nosotros en el consejo, capitán Sung. Han llegado refugiados de Russell en mercantes sin escolta y nos hemos visto obligados a aceptarlos. Por razones humanitarias es imposible rechazar esos ensamblajes. Le pedimos que informe al mando de la Flota sobre esta peligrosa situación. Necesitamos apoyo militar, ¿comprende, señor? Solicitamos que se persone aquí para evacuar consultas urgentes. Estamos dispuestos a cooperar, pero nos estamos aproximando a un punto en que la decisión es muy difícil. Apelamos al apoyo de la Flota. Repito: ¿vendrá aquí, señor?

Hubo unos momentos de silencio. Los miembros del consejo se removieron en sus asientos, pues centelleaban las alarmas de aproximación de naves, y las pantallas eran un caos de destellos y borrones a causa de la celeridad con que se acercaba el transporte cuya imagen recogían.

Finalmente llegó la respuesta.

—Hay un último convoy, al mando de Kreshov, de Pan-Paris, que viaja en la nave *Atlantic*. Buena suerte, estación Pell.

El contacto se interrumpió bruscamente. La pantalla ofrecía un puro destello, y el enorme carguero seguía adquiriendo una velocidad insensata en las proximidades de una estación.

Era la primera vez que Jon veía a Angelo tan encolerizado. El murmullo en la sala del consejo era ensordecedor, y finalmente el micrófono volvió a establecer un silencio relativo. La nave *Pacific* salió disparada hacia su cenit, interrumpiendo momentáneamente la transmisión de imágenes. Cuando las pantallas funcionaron de nuevo, ya había pasado, para tomar un rumbo no autorizado, dejando como una estela los cargueros que avanzaban lentos e inexorables hacia la plataforma de ensamblaje. Se oyó una apagada llamada de seguridad para la sección de cuarentena.

—Fuerzas de reserva —ordenó Angelo a uno de los jefes de sección a través del intercomunicador—. Convoque al personal fuera de servicio. Mantenga el orden ahí aunque tenga que disparar para hacerlo. Central, reúna tripulaciones para los transbordadores y dirija esos mercantes a las plataformas adecuadas. Establezca un cordón de elevadores cortos si es necesario.

Al cabo de un momento se extinguieron las alarmas de colisión y no se oyó más que el informe continuo del lento avance de los cargueros hacia la estación.

—Tenemos que conseguir más espacio para cuarentena —dijo Angelo, mirando a su alrededor—, y aunque lo siento mucho, vamos a tener que incluir esos dos niveles de la sección roja para ensanchar la cuarentena... inmediatamente.

Un murmullo de pesar se elevó de las filas de asientos, y las pantallas reflejaron al instante la objeción de los delegados de la sección roja. Era una queja rutinaria, porque nadie más añadía su objeción a la pantalla, lo cual haría necesario proceder a una votación. Angelo ni se molestó en mirar el texto de la queja.

—Está claro que no podemos desalojar a más residentes, ni tampoco perder los itinerarios del nivel superior necesarios para el sistema de transporte. Si no logramos apoyo de la Flota... debemos tomar otras medidas. Y, a una escala mayor, hemos de

empezar el traslado de la población a algún lugar. Jon Lukas, le pido disculpas por avisarle con tanta premura, pero ojalá hubiera podido asistir a la reunión de ayer... Esa propuesta suya postergada... No disponemos de trabajadores adecuados para ampliar la estación. Usted tenía planes detallados para ampliar la base de Downbelow. ¿En qué situación se encuentran?

Jon parpadeó, suspicaz y esperanzado a la vez, y frunció el ceño porque incluso en unos momentos tan delicados como aquellos Angelo tenía que dirigirse a él con irónicos rodeos. Se levantó, aunque no necesitaba hacerlo, pero quería ver los rostros de los demás.

—Si se me hubiera informado de la situación, habría hecho todos los esfuerzos posibles. Con todo, me apresuré a venir aquí sin pérdida de tiempo. En cuanto a la propuesta, no es en modo alguno imposible. Albergar a ese número de personas de Downbelow podría hacerse enseguida, sin dificultad... excepto para los que ya viven allí. Las condiciones después de tres años son... perdonen la expresión... primitivas. Los trabajadores nativos cavan fosos para instalar las viviendas, las cuales son herméticas hasta un grado razonable. Hay suficientes compresores, y los puntales se fabrican con materiales sencillos y fáciles de encontrar. La mano de obra nativa es siempre la más eficaz allí. No tienen el inconveniente de necesitar respiradores. Pero es posible sustituirlos con un gran número de humanos que hagan trabajo de campo, manufactura, despeje de terreros y excavación para instalar las cúpulas. El personal de Pell es suficiente para supervisarlos y protegerlos. En cuanto al confinamiento, no presenta problema alguno. En especial, sus casos más difíciles serían absolutamente dóciles... Basta privarles de los respiradores y ya no pueden ir a ninguna parte ni hacer nada que ustedes no deseen.

Un hombre se levantó en aquel momento. Antón Eizel, un viejo amigo de Angelo y persona proclive a ofrecer su ayuda más que nada para mantener su prestigio como benefactor.

—Señor Lukas, debo estar interpretando mal lo que usted dice. Esos son ciudadanos libres. No hablamos aquí de establecer colonias penitenciarias. Se trata de refugiados. No vamos a convertir Downbelow en un campo de trabajos forzados.

—¡Dese una vuelta por la sección de cuarentena! —gritó otro de los presentes—. ¡Verá los estragos que han causado ahí! Teníamos hogares, hermosas viviendas. Han sido destruidos por el vandalismo de esa gente. Están desmantelando ese lugar. Han atacado a nuestros agentes de seguridad con tuberías y cuchillos de cocina, ¿y quién sabe si hemos recuperado todos los rifles después del alboroto?

—Ha habido asesinatos —gritó alguien más—, crímenes perpetrados por bandas de matones.

—No —intervino un tercero, una voz desconocida en el consejo. Las cabezas se volvieron hacia el hombre delgado que había ocupado el asiento en el que poco antes se sentara Jon. El hombre, nervioso y cetrino, se levantó—. Me llamo Vassily Kressich. Estoy en la cuarentena y me han invitado a venir aquí. Fui consejero en la

estación Russell, y represento a los refugiados en la cuarentena. Es cierto que ha ocurrido todo lo que aquí se ha dicho, en unos momentos de pánico, pero el orden ya se ha restablecido, y los matones están a buen recaudo.

—Bienvenido, consejero Kressich —replicó Jon—. Lo cierto es, que por el mismo bien de la sección de cuarentena, habría que aliviar las presiones y transferir a la población. La estación ha esperado una década mientras se desarrollaba Downbelow, y ahora disponemos de la mano de obra necesaria para trabajar a gran escala. Aquellos que trabajan se convierten en parte del sistema, construyen sus propias viviendas. ¿No está de acuerdo el caballero de la cuarentena?

—Necesitamos que arreglen nuestros papeles. Nos negamos a que nos transfieran a ninguna parte sin documentos. Eso ya nos ocurrió una vez y vea en qué situación nos encontramos ahora. Más transferencias sin documentos autorizados pueden dificultarnos aún más las cosas, alejarnos cada vez más de la esperanza de tener una identidad establecida. La gente a la que represento no permitirá que suceda de nuevo.

—¿Es eso una amenaza, señor Kressich? —preguntó Angelo.

El hombre pareció próximo a derrumbarse.

—No —se apresuró a decir—. No, señor. Yo sólo... le transmito la opinión de la gente a la que represento, su desesperación. Necesitan tener sus papeles en regla. Cualquier otra cosa, cualquier otra solución es lo que el caballero dice... un campo de trabajo en beneficio de Pell. ¿Es eso lo que pretenden?

—Vamos, vamos, señor Kressich —dijo Angelo—. A ver, que todos se tranquilicen y procedamos con orden. Hablará usted cuando le toque el turno, señor Kressich. ¿Quiere proseguir, Jon Lukas?

—Tendré las cifras exactas en cuanto pueda tener acceso al ordenador central. Necesito que me pongan al corriente de las claves. Es cierto que todas las dependencias de Downbelow pueden extenderse. Todavía tengo los planos detallados. Dentro de pocos días dispondré de un análisis de los costes y la mano de obra necesaria.

Angelo asintió y le miró con el ceño fruncido. Aquél no podía ser un momento agradable para él.

—Estamos luchando por nuestra supervivencia. Diré sin ambages que hay algo en nuestros sistemas de habitabilidad que debe preocuparnos seriamente. Hay que eliminar parte de la carga, y no podemos permitir que la proporción de ciudadanos de Pell y refugiados se desequilibre. Hemos de preocuparnos por la posibilidad de revueltas... allí y aquí. Mis disculpas, señor Kressich. Estas son las realidades bajo las que vivimos, y que no hemos elegido nosotros ni, estoy seguro de ello, ustedes. No podemos poner en peligro la estación o la base de Downbelow, pues de lo contrario nos veremos todos en cargueros con rumbo a la Tierra, despojados de todo lo que tenemos. Esa es la tercera alternativa.

—No —dijeron al unísono todos los presentes. Jon permaneció sentado en silencio, mirando a Angelo mientras calculaba el frágil equilibrio de Pell y las

probabilidades que existían. Hubiera podido levantarse y declarar: «Ya habéis perdido», exponiendo seguidamente la situación tal como era. Pero no lo hizo. Siguió sentado y con la boca bien cerrada. Si había alguna posibilidad, sólo el tiempo lo diría. La paz era lo único que podría aportar una esperanza. Pero no era precisamente la paz lo que se estaba fraguando allí afuera, con aquel flujo constante de refugiados procedentes de todas las estaciones. Todo el Más Allá fluía en dos direcciones como una divisoria de aguas, hacia ellos mismos y hacia la Unión. Y no estaban preparados para enfrentarse a aquello bajo la clase de normas establecidas por Angelo.

Durante todos los años de dirección konstantiniana, había imperado la teoría social de Konstantin, la alardeada «comunidad de ley» que desdeñaba la seguridad y el control y que ahora se negaba a usar la mano dura en la sección de cuarentena, confiando en que las peticiones orales bastarían para hacer volver al orden a una multitud en rebeldía. Jon también podría haber sacado este asunto a colación... pero se lo guardó.

Tenía mal sabor en la boca. Sabía que el caos creado en la estación, producto de la lenidad de Konstantin, probablemente se extendería también a Downbelow. No proveía el éxito de los planes que le solicitaban. Emilio Konstantin y su esposa, tal para cual, estarían al frente de las obras, y con toda seguridad permitirían a los nativos que se tomaran su tiempo, sin dejarse apremiar por los horarios, protegerían sus supersticiones y les dejarían trabajar a su aire, con su proverbial desgana, con el resultado de daños en el equipo y retrasos en la construcción. Y lo que aquella pareja podría hacer con lo que sucedía en la sección de cuarentena, ofrecía peores perspectivas.

Siguió sentado e inmóvil, calculando sus opciones y extrayendo conclusiones sombrías.

—No puede sobrevivir —le dijo aquella noche a Vittorio, a su hijo Vittorio y a Dayin Jacoby, el único pariente de su agrado. Se recostó en el sillón y tomó un sorbo de vino amargo nativo, en el apartamento donde se amontonaban los caros muebles que habían ocupado las otras habitaciones desalojadas—. Pell se está viniendo abajo. La política de mano blanda de Angelo nos va a perder a todos, y es posible que acabemos degollados en una de esas revueltas. La sedición está en marcha, ¿me comprendéis? Y no hacemos más que quedarnos sentados y esperar a que llegue.

Vittorio se puso repentinamente pálido, como le ocurría siempre que se ponía serio. Dayin era otra clase de hombre. Estaba ceñudo y reflexivo.

—Tiene que existir un contacto —dijo Jon más claramente.

Dayin asintió.

—En tiempos como estos, dos puertas podrían ser una importante necesidad. Y estoy seguro de que existen puertas en toda esta estación... con las llaves adecuadas.

—¿Hasta qué punto crees que están comprometidas esas puertas? ¿Y dónde? Tu

sobrino manejó casos de algunos transeúntes. ¿Tienes alguna idea?

—Mercado negro de drogas rejuvenecedoras y cosas así. Eso está aquí en pleno auge, ¿no lo sabes? El mismo Konstantin las toma. Puedes conseguir las en Downbelow.

—Eso es legal.

—Claro que es legal. Es *necesario*. ¿Pero cómo llega aquí? Desde hace poco tiempo procede de la Unión; los mercantes trafican con las drogas... Alguien, en algún lugar, mueve los hilos... tripulantes de los mercantes... quizá incluso contactos en la estación.

—Entonces ¿cómo podemos conseguir ponernos en contacto con las personas clave?

—Puedo enterarme.

—Yo conozco a una —dijo Vittorio, sobresaltándolos a los dos. Se pasó la lengua por los labios y tragó saliva—. Roseen.

—¿Esa puta tuya?

—Conoce el mercado. Hay un oficial de seguridad... en las alturas. Tiene un historial impecable, pero el mercado lo soborna. Puedes conseguir que algo se cargue o se descargue, sin que transcienda... Él puede conseguirlo.

Jon miró a su hijo, aquel producto de un contrato anual, su desesperación por tener un heredero. Después de todo, no era sorprendente que Vittorio supiera tales cosas.

—Excelente —dijo con sequedad—. Háblame de ello. Tal vez podamos encontrar algo. Dayin, nuestras posesiones en Viking... Deberíamos echarles un vistazo.

—No lo dirás en serio.

—Muy en serio. He contratado la *Hansford*. Su tripulación aún está en el hospital. Su interior es un revoltijo, pero irá. Necesitan desesperadamente el dinero. Y tú puedes encontrar una tripulación... a través de esos contactos. No es necesario que se lo cuentes todo, sólo lo suficiente para motivarlos.

—Viking es el próximo lugar donde surgirán problemas con toda probabilidad.

—Hay un riesgo, ¿verdad? Tal como están las cosas, ya hay muchos cargueros que sufren accidentes. Algunos desaparecen. Me he enterado de eso por Konstantin. Pero yo tendré... Será un acto de fe en el futuro de Viking, una confirmación, un voto de confianza. —Tomó un sorbo de vino e hizo una mueca—. Será mejor que os deis prisa, antes de que una inundación de refugiados nos haga salir del mismo Viking. Ponte en contacto con las fuentes confidenciales de allí, hasta el nivel más alto que puedas. ¿Qué alternativa le queda ahora a Pell más que adherirse a la Unión? La Compañía no ayuda nada. La Flota es un añadido a nuestro problema. No podemos resistir eternamente. La política de Konstantin acabará con una revuelta aquí antes de que se haya completado todo, y ya es hora de cambiar la guardia. Acláraselo bien a la Unión. Ya entiendes... ellos consiguen un aliado, y nosotros... tanto como podemos conseguir de la asociación. En el peor de los casos, esa segunda puerta para saltar a

través de ella. Si Pell aguanta, pues nos quedamos aquí, tranquilos y seguros; si no, saldremos mejor librados que otros, ¿no os parece?

—Y yo soy el que arriesga el cuello —dijo Dayin.

—¿Preferirías estar aquí cuando la revuelta rompa finalmente esas barreras? ¿O prefieres tener la posibilidad de obtener algunas ventajas personales de una oposición agradecida... de forrarte el bolsillo? Estoy seguro de que prefieres esto último, como también lo estoy de que te lo habrás merecido.

—Muy generoso —comentó amargamente Dayin.

—Aquí la vida no va a mejorar —dijo Jon—. Puede llegar a ser muy incómoda. Es un riesgo, pero ¿qué no lo es? Dayin asintió lentamente.

—Buscaré los datos necesarios para conseguir una tripulación.

—Sabía que lo harías.

—Confías demasiado, Jon.

—Sólo en este lado de la familia, jamás en los Konstantin. Angelo debió haberme dejado allá en Downbelow. Probablemente desearía haberlo hecho. Pero el consejo votó de otro modo, y a lo mejor habrá sido una suerte para ellos. Tal vez...

## X

### Pell: 5/23/52

—SIÉNTESE, POR FAVOR.

Siempre eran corteses, siempre le llamaban «señor Talley» y nunca por su cargo. O quizá querían dejar bien claro que allí los unionistas seguían siendo rebeldes y carecían de cargo. Tal vez le odiaran, pero la amabilidad con que le trataban era perfecta, lo cual le asustaba, porque sospechaba que era falsa.

Le dieron más documentos para que los rellenara. Un médico se sentó ante él y trató de explicarle los procedimientos con detalle.

—No quiero oír eso. Sólo quiero firmar los papeles. Llevamos ya varios días así. ¿Es que no es suficiente?

—Las pruebas que le hicimos han mostrado falta de sinceridad —dijo el médico—. Mintió usted y falseó muchas respuestas durante la entrevista. Los instrumentos indicaron que estaba mintiendo, o que se encontraba bajo una fuerte tensión. Le pregunté por el motivo y usted dijo que no había ninguno.

—Deme la pluma.

—¿Le está coaccionando alguien? Sus respuestas quedan grabadas.

—Nadie me coacciona.

—Eso también es falso, señor Talley.

—No. —Intentó en vano evitar el temblor de su voz.

—Normalmente tratamos con criminales, que también tienden a mentir. —El doctor le tendió la pluma—. A veces, muy raramente, con alguien que busca su propio confinamiento. Es una forma de suicidio. Desde el punto de vista médico, tiene derecho a hacerlo, con algunas restricciones legales, y siempre que haya sido aconsejado y comprenda bien lo que hace. Si continúa usted su terapia de acuerdo con el programa, debería volver a desempeñar sus funciones en cosa de un mes, y obtener la independencia legal en otros seis meses. En cuanto al restablecimiento definitivo... ya comprenderá que puede haber un obstáculo permanente para su capacidad de actuar en relación con otras personas, y que podría haber otros obstáculos psicológicos o físicos...

El joven le arrebató la pluma y firmó los papeles, que fueron recogidos y revisados por el médico. Finalmente éste se sacó otro papel de un bolsillo y lo empujó al otro lado de la mesa. Era un trozo de papel arrugado y con muchos dobleces.

Talley lo alisó y vio una nota con media docena de firmas. Decía: «Su cuenta en el ordenador de la estación tiene 50 créditos, para cualquier cosa que desee aparte de

su ocupación principal». Lo habían firmado seis guardianes de prevención, los hombres y mujeres con los que jugaba a las cartas. Le habían abierto la cuenta con dinero de sus propios bolsillos. Las lágrimas le empañaron los ojos.

—¿Quiere cambiar de idea? —le preguntó el médico. Él negó con la cabeza y dobló el papel.

—¿Puedo quedármelo?

—Lo guardarán junto con sus demás efectos personales. Lo recuperará todo cuando lo liberen.

—Entonces no importará, ¿verdad?

—En ese momento no —dijo el médico—. No durante algún tiempo.

El joven le devolvió el papel.

—Le daré un tranquilizante.

El médico llamó a un asistente que entró con una taza de un líquido azul. El prisionero lo aceptó, lo tomó y no sintió ningún efecto.

El médico colocó ante él unas hojas de papel en blanco y puso la pluma al lado.

—Escriba sus impresiones de Pell. ¿Lo hará?

Empezó a hacerlo. Le habían pedido cosas más extrañas durante los días en que le habían sometido a las pruebas. Escribió un párrafo, diciendo cómo le habían interrogado los guardianes y finalmente lo que sentía del tratamiento que le dieron. Las palabras empezaron a llenar los márgenes. Después, ya no escribía en el papel. Había rebasado el borde, escribía sobre la mesa y no podía encontrar el camino de regreso. Las letras se apelotonaban, enmarañadas.

El doctor alargó la mano y le quitó la pluma.



## XI

### Pell; 5/28/52

**D**AMON ECHÓ UN VISTAZO AL INFORME QUE TENÍA SOBRE LA MESA. NO ERA EL procedimiento a que estaba acostumbrado, aquella ley marcial que imperaba en la sección de cuarentena. Era tosco y precipitado, y llegó a su mesa junto con tres videocassettes y un rintero de formularios que condenaban a cinco hombres a Corrección.

Vio la película apretando las mandíbulas. En la gran pantalla de la pared se sucedían las escenas de la revuelta, y se estremeció al contemplar los asesinatos. No había dudas sobre los crímenes ni la identificación de los criminales. Con el montón de casos que había inundado la oficina, no había tiempo para reconsideraciones o finuras. Estaban tratando con una situación que podía dar al traste con toda la estación, haciendo de ella un duplicado de lo que había sucedido en la *Hansford*. Cuando las instalaciones que permitían la habitabilidad estaban amenazadas, cuando los hombres eran lo bastante insensatos para encender hogueras en las plataformas de una estación... o atacar a los policías con cuchillos de cocina...

Cogió los expedientes separados de los demás y tecleó en el ordenador para recibir la autorización en el papel listado. Aquello no era justo, pues se trata de los cinco a los que la policía de seguridad había logrado echar el guante, sólo cinco culpables entre muchísimos más. Pero eran cinco que no volverían a matar, ni amenazarían la frágil estabilidad de una estación en la que vivían muchos miles de individuos. Escribió «Corrección total», lo cual significaba reestructuración de la personalidad. El proceso sacaría a relucir la injusticia si la había cometido. El interrogatorio determinaría la inocencia en el caso improbable de que la hubiera. Lo que estaba haciendo le repugnaba y asustaba. La ley marcial era demasiado repentina. Su padre se había pasado la noche entera debatiéndose antes de tomar semejante decisión, que había sido aprobada por una junta.

Envió una copia a la oficina del defensor público. Ellos entrevistarían personalmente a los acusados y presentarían las alegaciones si se concedían. Pero este procedimiento también fue restringido dadas las circunstancias. Sólo se llevaría a cabo cuando hubiera prueba fehaciente de error, y la prueba era inalcanzable en la sección de cuarentena. Las injusticias eran posibles. Se condenaba por la palabra de un policía que había sido atacado y el visionado de una película que no mostraba lo que había ocurrido antes. Había quinientos informes de robos y delitos importantes sobre su mesa, cuando antes de la existencia de una sección de cuarentena podrían haber tratado con dos o tres casos similares al año. El ordenador estaba inundado de

solicitudes de datos. Se habían dedicado días de trabajo a los documentos de identidad y otros papeles para la cuarentena, y todo aquello había sido destrozado. En la cuarentena se habían robado y destruido tantos documentos que no podía confiarse en la exactitud de ningún papel. La mayoría de las reclamaciones de documentos eran probablemente fraudulentas, y los más deshonestos eran los que reclamaban con más vehemencia. Las declaraciones juradas carecían de valor cuando imperaba la amenaza. La gente podía jurar cualquier cosa si ello contribuía a su seguridad. Incluso aquellos que habían llegado en regla, tenían documentos de cuya confirmación carecían: el departamento de seguridad confiscó carnets y documentos para salvarlos del robo, y entregaban algunos cuando podían establecer con certeza la identidad y encontrar alguien que se responsabilizara de los portadores en la estación... pero el sistema era lento comparado con el número creciente de refugiados, y la estación principal carecía de lugar donde alojarlos cuando llegaban. Era una locura. Intentaron con todos sus recursos eliminar los trámites burocráticos y las prisas, pero aquello no hizo más que empeorar las cosas.

Damon tecléo una nota personal a Tom Ushant, de la oficina del defensor. «Tom, si tienes la sensación de que algo no es correcto en cualquiera de estos casos, devuélvemelo al margen de los procedimientos. Estamos impartiendo demasiadas condenas y con excesiva rapidez. Es posible que se cometan errores. No quiero descubrir ninguno después de que comience el proceso».

No había esperado respuesta, pero la recibió. «Damon, echa un vistazo al expediente de Talley si quieres algo que te turbe el sueño. Fue sometido a Corrección en Russell». «¿Quieres decir que sufrió todo el proceso de Corrección?». «No ha pasado por la terapia. Me refiero a que la han utilizado al interrogarle». «Lo comprobaré». Cerró la comunicación, buscó el número de acceso y apareció el historial en la pantalla del ordenador. Página tras página de sus propios datos del interrogatorio pasaron por la pantalla, sin ofrecer en su mayor parte una auténtica información: nombre y número de la nave, deberes... Un sondista podría conocer poco más que los instrumentos de su trabajo. Recuerdos familiares... Su familia murió durante un ataque de la Flota a las minas de Cyteen. Un hermano muerto en servicio... razón suficiente para albergar rencores si lo deseaba. Fue educado por la hermana de su madre en la misma Cyteen, en una especie de plantación... Luego asistió a una escuela estatal, y recibió una buena formación técnica. Afirmaba desconocer la alta política, no tenía resentimientos por la situación. Las páginas se convirtieron en una transcripción sin condensar, divagaciones inconexas, y llegaron a detalles extremadamente personales, la clase de detalles íntimos que salían a la superficie con la Corrección, cuando buena parte del yo quedaba desnudo y lo examinaban y clasificaban. En lo más profundo aparecía el temor a ser abandonado, el miedo a ser una carga para sus familiares y merecer que le abandonaran. Tenía un enmarañado sentimiento de culpabilidad por la pérdida de su familia, y un temor constante a que sucediera de nuevo si volvía a relacionarse íntimamente con alguien.

Había querido a su tía. «Cuidó de mí. A veces me abrazaba... me quería». No había deseado dejar su hogar, pero la Unión tenía sus exigencias. El Estado le mantenía, y cuando llegó a la edad reglamentaria se lo llevaron. Después de aquello, su vida se redujo a una enseñanza intensiva a cargo del Estado, educación supervisada, entrenamiento militar y ningún permiso para ir a casa. Durante algún tiempo recibió cartas de su tía; el tío jamás le escribió. Creía que la tía ya habría muerto, porque las cartas habían dejado de llegarle hacía varios años. Creía que, de estar viva, ella le hubiera seguido escribiendo, porque le quería. Pero albergaba temores, que no quería admitir, de que no le quisiera, de que en realidad hubiera preferido recibir el dinero del Estado. También se sentía culpable por no haber vuelto a su casa. Escribió a su tío y no obtuvo respuesta. Aquello le hirió, aunque él y su tío nunca se habían profesado mucho afecto. Actitudes, creencias... otra herida, una amistad rota. Una aventura amorosa inmadura, otro caso en que las cartas dejaron de llegar, y aquella herida se añadía a las anteriores. Una última amistad con un compañero de servicio... incómodamente interrumpida. Tendía a comprometerse hasta extremos desesperados. *Abrazadme*, repetía, lleno de patética y secreta soledad. Y más cosas.

Empezó a descubrirlas. Terror a la oscuridad. Una vaga y recurrente pesadilla: un lugar blanco. Interrogatorio, drogas. En Russell habían utilizado drogas, lo que iba en contra de las normas de la Compañía y de los derechos humanos... Se habían empeñado en conseguir algo que Talley simplemente no poseía. Le habían transferido desde la zona de Mariner a Russell, en el apogeo del pánico. Habían querido información en aquella estación amenazada y habían utilizado técnicas de Corrección en el interrogatorio. Damon apoyó el rostro en una mano y observó la progresión del informe fragmentario, sintiendo que la náusea le atenazaba el estómago. Se sentía avergonzado por el descubrimiento. Había sido un ingenuo, no había puesto en tela de juicio los informes de Russell, no los había investigado personalmente. Tenía otras cosas entre manos y personal que podía cuidarse de aquel asunto. Admitía que no había querido tratar aquel caso más de lo necesario. Talley nunca le había llamado. Le había engañado. Se había mantenido sereno, aunque ya estaba trastornado por el tratamiento anterior, a fin de conseguir de Pell que hiciera lo único que podría poner fin a su infierno mental. Talley le había mirado directamente a los ojos y preparado su propio suicidio.

Siguieron sucediéndose los datos... del interrogatorio bajo el efecto de drogas a la evacuación caótica, con los tumultos de la estación a un lado y la amenaza militar al otro. Y la experiencia de lo sucedido durante la larga travesía, como prisionero en una de las naves de Mazian... La *Norway*, al mando de Mallory.

Apagó la pantalla y permaneció sentado ante el rintero de papeles, las condenas sin terminar. Al cabo de un tiempo se puso a trabajar de nuevo, con los dedos ateridos mientras firmaba las autorizaciones.

Hombres y mujeres que habían abordado la estrella Russell, personas que, al igual que Talley, podían haber estado cuerdas antes de que todo aquello comenzara. Lo que

había salido de aquellas naves, lo que había ahora en la sección de cuarentena... era obra de personas que no se diferenciaban de ellos mismos.

Él se limitaba a iniciar el proceso destructor de vidas que, como la de Talley, ya estaban destruidas, de hombres que era como él mismo, que habían rebasado los límites civilizados, en un lugar donde la civilización había dejado de tener significado.

La Flota de Mazian —incluso ellos, incluso los que estaban bajo el mando de Mallory— sin duda había empezado de un modo diferente.

—No voy a oponerme —le dijo Tom mientras compartían un almuerzo en el que bebieron más que comieron.

Y después del almuerzo se dirigió a la pequeña dependencia de Corrección, en el sector rojo, y entró en el área de tratamiento. Allí vio a Josh Talley. Este no le vio, aunque no habría importado. Talley descansaba en aquel momento, tras haber comido. La bandeja estaba aún sobre la mesa, y había comido bien. Estaba sentado en la cama, con una curiosa expresión vacua, sin la menor muestra de tensión en el rostro.

Angelo miró al ayudante, tomó el informe de la nave preparada para salir y revisó el manifiesto de carga.

—¿Por qué la *Hansford*? —preguntó alzando la vista. El ayudante se movió, inquieto.

—¿Cómo dice, señor?

—¿Dos docenas de naves ociosas y la *Hansford* tiene un encargo para partir? ¿A pesar de que no está en condiciones? ¿Y la tripulación?

—Creo que han seleccionado una tripulación de la lista de inactivos, señor.

Angelo hojeó el informe.

—La Compañía Lukas... Rumbo a Viking con una nave averiada, con una tripulación sólo preparada para trabajar en la plataforma y Dayin Jacoby como pasajero... Ponme en comunicación con Jon Lukas.

—Señor —replicó el ayudante—, la nave ya ha abandonado la plataforma.

—Puedo ver el horario. Ponme con Jon Lukas.

—Sí, señor.

El ayudante salió. Al cabo de unos instantes se iluminó la pantalla sobre la mesa y apareció la imagen de Jon Lukas. Angelo aspiró hondo, se serenó y acercó el informe a la cámara.

—¿Ve usted esto?

—¿Tiene algo que preguntar?

—¿Qué están tramando ahí?

—Tenemos posesiones en Viking, negocios que llevar adelante. ¿Debemos permitir que nuestros intereses allí peligren a causa del pánico y el desorden?

Debemos tranquilizar a la gente.

—¿Con la *Hansford*?

—Tuvimos la oportunidad de contratar una nave a un precio inferior al establecido. Es una pura cuestión económica, Angelo.

—¿Eso es todo?

—No sé qué quiere decir.

—No transportaba una carga completa. ¿Qué clase de géneros tiene intención de recoger en Viking?

—Hemos cargado en la *Hansford* todo lo que permite su estado actual. Allí será reparada, y con rapidez, puesto que los talleres tienen menos trabajo. Por cierto, que la hemos contratado con la condición de que nos ocuparemos de repararla. La carga que transporta pagará la cuenta. Al regreso vendrá con carga completa. Suministros de primera necesidad. Hubiera creído que usted se sentiría satisfecho. Dayin está a bordo para supervisar y administrar ciertos negocios en nuestras oficinas de Viking.

—Supongo que no pretenderá decir que esa carga completa incluye personal de la Compañía Lukas... u otros. No va a vender pasajes para salir de Viking. No va a traer aquí al personal de esa oficina.

—Ah, ése sí es un asunto que le concierne a usted.

—También me ha de preocupar que salgan naves de aquí con carga insuficiente para justificar su movimiento, dirigidas a un lugar de cuya población no podremos hacernos cargo si es presa del pánico. Se lo digo, Jon, no podemos correr riesgos porque se cometan indiscreciones o porque una compañía recoja a sus empleados preferidos y provoque el pánico en otra estación. ¿Me oye?

—He comentado esto con Dayin. Le aseguro que nuestra misión es de apoyo. El comercio debe continuar, ¿no le parece?, o acabaremos estrangulando nuestra economía. Y antes que nosotros, sucumbirá Viking. Las estaciones en las que se apoyan han caído. Si dejamos que en Viking empiece a notarse la escasez de cosas básicas, podemos encontrarnos en nuestro regazo sin haberles invitado. Les llevamos alimentos y medicinas, nada que pueda escasear en Pell... y tenemos cargadas a tope las únicas dos bodegas utilizables de la nave. ¿Es que somete a esta inquisición a toda nave que parte? Puedo presentarle los libros de la compañía si quiere verlos. Su actitud me parece mal, Angelo. Cualesquiera sean sus sentimientos personales, creo que Dayin se merece un voto de confianza para ir allí bajo estas circunstancias. No merece una fanfarria, ni la hemos pedido, pero habríamos esperado algo distinto que acusaciones. ¿Quiere ver los libros, Angelo?

—No, no los necesito. Gracias, Jon, y acepte mis excusas, siempre que Dayin y el comandante de su nave aprecien los riesgos. Sí, cada nave que salga será sometida a un riguroso escrutinio. No hay en ello nada personal.

—Responderé a todas las preguntas que quiera formularme, Angelo, siempre que constituyan una norma para todos. Gracias.

—Gracias, Jon.

Ambos cerraron la comunicación, y Angelo miró el informe, lo revisó por última vez y finalmente firmó la autorización, ante los hechos consumados, y la echó en la bandeja de asuntos legalizados, cuyo volumen era ya considerable, porque el trabajo se acumulaba en todas las oficinas. Utilizaban demasiadas horas/hombre y tiempo de ordenador en el procesado de las personas amontonadas en la sección de cuarentena.

—Su hijo, señor —le dijo Mills, su secretario. Tecleó la aceptación de una llamada, y alzó la vista con cierta sorpresa cuando se abrió la puerta y entró Damon en persona.

—Traigo los informes del proceso —dijo Damon. Se sentó y apoyó ambos brazos en la mesa. Por la expresión de sus ojos parecía tan cansado como el mismo, que lo estaba considerablemente. Esta mañana ha procesado a cinco hombres para Corrección.

—Cinco hombres no es una tragedia —dijo Angelo—. He establecido un programa de sorteo para que el ordenador elija a quien se marcha y quien se queda en la estación. Hay otra tormenta en Downbelow que está inundando de nuevo el molino, y acaban de encontrar a las víctimas del último corrimiento de tierras. Hay naves que están deseando partir ahora que ha remitido el pánico, una que acaba de salir y dos más que lo harán mañana. Si corre el rumor de que Mazian ha elegido Pell como refugio, ¿qué ocurrirá con las restantes estaciones? ¿Qué pasará cuando el pánico se apodere de ellos y vengan aquí llenando las naves de carga? ¿Y cómo sabemos que en este mismo momento no hay alguien ahí afuera vendiendo pasajes a más gente asustada? Nuestros sistemas de habitabilidad no permitirán una población mucho más numerosa. —Señaló el rímero de documentos—. Vamos a militarizar cuantos cargueros podamos, a causa de una imperiosa necesidad financiera.

—¿Para disparar contra las naves de refugiados?

—Si llegan naves en tal número que no podamos admitirlas... sí. Quisiera hablar con Elene hoy mismo. Ella será la que efectúe la aproximación inicial a los mercantes. Hoy no puedo sentir simpatía hacia cinco alborotadores. Perdóname.

Se le quebró la voz. Damon alargó la mano por encima de la mesa, le cogió la muñeca, la apretó y la soltó.

—¿Necesita ayuda Emilio allá abajo?

—Dice que no. El molino es un desastre. Hay barro por todas partes.

—¿Los han encontrado a todos muertos? Angelo asintió.

—Anoche. Bennett Jacint y Ty Brown. Ayer al mediodía encontraron a Wes Kyle... Hasta ahora han buscado en las orillas y los juncales. Emilio y Miliko dicen que la moral es alta, teniendo en cuenta las circunstancias. Los nativos están construyendo diques. A muchos les atrae la actividad humana. He ordenado que dejen entrar a algunos más en la base y he autorizado a varios de los entrenados para que trabajen aquí en mantenimiento: sus condiciones de adaptación están en buena forma y ello libera a algunos técnicos a los que podemos encargar de funciones superiores. Estoy transbordando a todos los voluntarios humanos que quieren ir, lo cual significa

incluso obreros cualificados de las plataformas, los cuales pueden manejar los equipos de construcción, o pueden aprender. Estamos en una nueva era, unos tiempos más duros. —Apretó los labios y aspiró hondo—. ¿Tú y Elene habéis pensado en la Tierra?

—¿Señor?

—Tú, tu hermano, Elene y Miliko... piensa en ello, ¿quieres?

—No —dijo Damon—. ¿Salir corriendo? ¿Crees que eso es lo que se avecina?

—Imagina las posibilidades, Damon. No obtuvimos ayuda de la Tierra, sino sólo observadores. Están pensando en reducir sus pérdidas no enviándonos refuerzos o naves. No. Nos estamos hundiendo más y más. Mazian no puede aguantar indefinidamente. Los talleres de Mariner eran vitales. Pronto le tocará el turno a Viking, y todo aquello de lo que la Unión quiera apoderarse. La Unión está cortando los suministros a la Flota. La Tierra ya lo ha hecho. Nos hemos quedado sin nada excepto espacio para huir.

—Las Estrellas Posteriores... ya sabes que se ha hablado de reabrir una de esas estaciones.

—Es un sueño. Jamás tendremos la oportunidad de hacerlo. Si la Flota va allá... la Unión las convertiría en un blanco, igual que a nosotros, y con la misma rapidez. Es un deseo absolutamente egoísta, pero quisiera ver a mis hijos fuera de aquí.

Damon había palidecido intensamente.

—No, de ninguna manera.

—No seas tan noble. Preferiría tu seguridad a tu ayuda. Las cosas no van a irles bien a los Konstantin en los próximos años. Si nos apresan, eso significará el lavado de cerebro. Te preocupas por tus criminales, pero piensa en ti mismo y en Elene. Esa es la solución de los unionistas... marionetas en las oficinas, poblaciones gestadas en los laboratorios para llenar el mundo... Arrasarán Downbelow y construirán. Que el cielo ayude a los nativos. Cooperaría con ellos, igual que tú, para mantener a Pell a salvo de los peores excesos; pero ellos no se conformarán con tanta facilidad, y no quiero verlos en sus manos. Somos sus objetivos, estamos en su punto de mira. He pasado toda mi vida en esa condición. No creo que sea pedir demasiado hacer una sola cosa egoísta, salvar a mis hijos.

—¿Qué ha dicho Emilio?

—Emilio y yo todavía lo estamos discutiendo.

—Te ha dicho que no. Bien, yo te digo lo mismo.

—Tu madre hablará contigo.

—¿Vas a enviarla a ella?

—Angelo frunció el ceño.

—Ya sabes que eso no es posible.

—Sí, lo sé. Yo tampoco voy, y no creo que Emilio lo haga. Si lo hace tendrá mi bendición, pero no le acompañaré.

—Entonces es que no comprendes nada —dijo Angelo secamente—. Luego

hablaremos de ello.

—No lo haremos —replicó Damon—. Si *nosotros* nos marchásemos, aquí cundiría el pánico, lo sabes muy bien. Sabes la impresión que daría, aparte, claro, de que yo no me voy.

Era cierto. Angelo no tenía ninguna duda al respecto.

—No —repitió Damon, y puso la mano sobre la de su padre, se levantó y salió.

Angelo se quedó mirando la pared, donde, sobre un estante, estaban los retratos tridimensionales: Alicia antes del accidente, Alicia joven, acompañada por él; Damon y Emilio en diferentes etapas de su infancia y adolescencia, sus esperanzas, las esperanzas de nietos. Miró todas las figuras reunidas allí, calculó lo que sumaban todas aquellas edades y reconoció que en adelante los buenos días serían menos.

En cierto modo estaba enojado con sus muchachos y, por otro lado, se sentía orgulloso. Él los había educado para que fueran como eran.

Y entonces escribió al Emilio de los retratos, a su hijo en Downbelow.

«Emilio, tu hermano te envía cariñosos recuerdos. Envíame todos los nativos cualificados de los que puedas prescindir. Te mando mil voluntarios de la estación. Adelante con la nueva base si tienen que almacenar equipo en ella. Pide ayuda a los nativos, a cambio de alimentos. Te quiero». Luego envió un mensaje al departamento de seguridad: «No procesen a aquellos que ofrezcan una posibilidad de no comportarse violentamente. Vamos a enviarlos a Downbelow como voluntarios».

No se le ocultaba a donde conducía aquello. Los peores se quedarían en la estación, junto al corazón y el cerebro de Pell. Transferir a los delincuentes y controlarlos como es debido era lo que algunos pedían con insistencia. Pero los acuerdos con los nativos eran frágiles, como frágil era la dignidad de los técnicos a los que habían persuadido para que fueran allí, a chapotear en el barro y vivir en condiciones primitivas... No podía transformarse en una colonia penitenciaria, porque significaba la vida, era el organismo vivo de Pell, y él se negaba a violarlo, a arruinar todos los sueños que habían tenido acerca de su futuro.

Había momentos sombríos en los que pensaba en preparar un accidente en el que se podría descomprimir toda la sección de cuarentena. Era una idea incalificable, la solución de un loco, matar a millares de inocentes junto con los indeseables... admitir aquellas naves cargadas una tras otra y tener un accidente detrás de otro, manteniendo a Pell libre de la carga que representaban. Damon perdía el sueño por cinco hombres. Él había empezado a meditar en el horror absoluto.

Entonces reflexionó en lo que supondría aquello, en la clase de vida con que se encontrarían cuando hubieran convertido a Pell en un estado policiaco, y se estremeció. Sus convicciones, que eran las mismas que Pell había tenido siempre, le impedirían llegar a extremos semejantes.

Una voz interrumpió sus pensamientos, con el tono agudo de las transmisiones procedentes de la central.

—Señor, hay tráfico que se dirige aquí.



—Pásame los datos. —Tragó saliva mientras el esquema aparecía en su pantalla. Eran nueve naves—. ¿Quiénes son?

—El transporte *Atlantic* —le informó la voz de la central—. Señor, tienen ocho cargueros en convoy. Solicitan ensamblar. Advierten que hay condiciones peligrosas a bordo.

—Denegado —dijo Angelo—. No hasta que lleguemos a un acuerdo. —No podían aceptar a tantos; era sencillamente imposible. No podía repetirse la misma situación que se había producido con Mallory. El ritmo de su corazón se aceleró hasta resultarle doloroso—. Póngame con Kreshov de la *Atlantic*. Pónganme en contacto.

En el otro extremo rechazaron el contacto. La nave de guerra haría lo que le viniera en gana. No podían hacer nada para evitarlo.

El convoy penetró en la estación, silencioso, amenazante con la carga que llevaba, y Angelo oprimió el botón de alerta para poner en marcha los dispositivos de seguridad.

## XII

### Downbelow: Base principal; 5/28/52

SEGUÍA CAYENDO LA LLUVIA MIENTRAS LOS TRUENOS REMITÍAN. TAM-UTSAPITAN observaba el ir y venir de los humanos, rodeándose las rodillas con los brazos, los pies desnudos hundidos en el barro y el agua goteando lentamente de su pelaje. Muchas de las cosas que hacían los humanos no tenían sentido, carecía de una utilidad palpable. Puede que fueran útiles para los dioses, o que estuvieran locos. Pero las tumbas... los hisa comprendían esa cosa triste; comprendían que se vertieran lágrimas detrás de las máscaras. Los observaba, balanceándose ligeramente, hasta que los últimos humanos se marcharon, dejando sólo el barro y la lluvia en aquel lugar donde los humanos enterraban a sus muertos.

Y cuando llegó la hora, se levantó y se encaminó al lugar de los cilindros y las tumbas, sus plantas desnudas chapoteando en el barro. Habían echado tierra encima de Bennett Jacint y los otros dos. La lluvia convertía el lugar en un gran lago, pero ella había estado observando. No sabía nada de las marcas que los humanos usaban como signos para comunicarse cosas, pero sabía cuál era la que convenía allí.

Llevó consigo un largo palo, que había hecho el Diablo. Caminaba desnuda bajo la lluvia, excepto por los adornos de cuentas y las pieles que se había enrollado al hombro. Se detuvo encima de la tumba, cogió el palo con ambas manos y lo hincó con fuerza en el barro blando. Colocó el rostro del espíritu de forma que mirase hacia arriba tanto como fuera posible, y alrededor de sus proyecciones colgó las cuentas y las pieles, arreglándolas con cuidado, a pesar de la cortina de lluvia.

Oyó el ruido de pisadas chapoteando en los charcos y el siseo de la respiración humana. Se volvió y saltó a un lado, asustada de que la hubiera sorprendido un humano, y miró el rostro cubierto por la máscara del respirador.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó el hombre.

Ella se enderezó y se limpió las manos embarradas en los muslos. Su desnudez la azoraba, pues sabía que turbaba a los humanos. No tenía respuestas para un humano. Este miró el palo del espíritu clavado en la tumba, la miró a ella. Lo que pudo ver en su rostro indicaba menos enojo de lo que había prometido el tono de su voz.

—¿Bennett? —le preguntó el hombre.

Ella asintió con la cabeza, todavía inquieta. Cuando oyó el nombre las lágrimas pugnaron por asomar a sus ojos. También ella sentía enojo, le airaba que Bennett hubiera muerto y otros permanecieran vivos.

—Soy Emilio Konstantin —dijo el hombre, y ella se irguió más aún, liberada de la tensión—. Te doy las gracias en nombre de Bennett Jacint. Él te lo habría

agradecido.

—Konstantin-hombre —dijo ella, tocándole. Era un hombre tan alto como su rango—. Amor a Bennett-hombre, todo amor a Bennett-hombre. Buen hombre. Decía ser amigo. Todos los nativos están tristes. —Aquel alto Konstantin-hombre le puso un brazo en el hombro, y ella se volvió, le rodeó con su brazo y apoyó la cabeza en su pecho, abrazándole solemnemente, sintiendo el contacto húmedo y repulsivo de las ropas amarillas—. Buen Bennett puso a Lukas furioso. Buen amigo para nativos. Lástima que se ha ido. Pena, pena, Konstantin-hombre.

—Lo sé —dijo él—. He oído lo que ocurrió aquí.

—Konstantin-hombre buen amigo. —Alzó el rostro y miró sin temor la extraña máscara que daba a aquel ser un aspecto horrible—. Amor a los buenos hombres. Nativos trabajan duro, trabajan duro, duro para Konstantin. Te dan regalos. No te vayas más.

Lo decía con sinceridad. Habían aprendido cómo eran los Lukas. Se decía en todo el campamento que debían portarse bien con los Konstantin, los cuales habían sido siempre los mejores humanos, que les llevaban más regalos de los que los hisa podían darles.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó él, acariciándole la mejilla—. ¿Cómo podemos llamarte?

Ella sonrió de súbito, complacida por su amabilidad, se acarició su pelaje liso y brillante, ahora apelmazado por la humanidad, con un gesto de coquetería.

—Los humanos me llaman Satén —le dijo, y se echó a reír, pues su verdadero nombre era unas palabras hisa, pero Bennett le había llamado así por su vanidad, y le había dado un trozo de paño rojo, que ella llevó hasta que estuvo hecho jirones y que aún conservaba como un tesoro entre sus bienes espirituales.

—¿Querrás acompañarme? —le preguntó él, refiriéndose al campamento de los humanos—. Me gustaría hablar contigo.

Ella se sintió tentada, pues aquello significaba un favor, pero entonces pensó con tristeza en su deber y se apartó, cruzándose de brazos, deprimida por la pérdida de amor.

—Me quedo —le dijo. —Con Bennett.

—Hago que el espíritu mire al cielo —explicó ella, señalando el palo del espíritu—. Mira al hogar.

—Ven mañana —le pidió él—. Tengo que hablar con los hisa.

Ella echó atrás la cabeza y le miró sorprendida. Pocos humanos les llamaban por el nombre de su raza, y le resultaba extraño oírlo.

—¿Llevo a otros?

—A todos los importantes, si están dispuestos a ir. Necesitamos a los hisa allá arriba, con buenas manos, que sepan trabajar. Tenemos que hacer cambios en Downbelow... espacio para más hombres.

Ella extendió la mano hacia las colinas y la llanura abierta, que se perdía en el

horizonte.

—Hay espacio.

—Pero los importantes tendrán que decirlo. La nativa se echó a reír.

—Lo consultarán con los espíritus. Yo, Satén, doy todo esto a Konstantin-hombre. Todo tuyo. Yo doy, tú tomas. Todo a cambio de muchas cosas buenas. Todas felices.

—Ven mañana —dijo él, y se alejó. Su alta figura embutida en las ropas amarillas resultaba extraña bajo la lluvia sesgada.

Satén-Tam-utsa-pitan se sentó sobre sus talones, con la lluvia cayendo en su espalda inclinada y derramándose sobre su cuerpo, y contempló la tumba, en cuya parte superior se formaban charcos.

Aguardó. Finalmente llegaron otros, menos acostumbrados a los hombres. Dalut-hos-me era uno, que no compartía el optimismo de su compañera respecto a ellos. Pero incluso él había amado a Bennett.

No todos los hombres eran iguales. Eso, al menos, habían aprendido los hisa.

Satén se apoyó en Dalat-hos-me, nombre que significaba «el sol que brilla entre nubes», en la oscura noche de su larga vigilia, y con este gesto le complació. Había comenzado a dejar regalos ante su estera al inicio de aquel invierno, confiando en la primavera.

—Quieren hisa allá arriba —dijo ella—. Quiero ver cómo es aquello. Lo deseo.

Siempre lo había deseado, desde el tiempo en que oyera a Bennett hablar de aquel sitio. De allí procedían los Konstantin (y los Lukas, pero rechazó este pensamiento). Imaginaba que sería tan brillante y estaría tan lleno de regalos y cosas buenas como todas las naves que procedían de allí, trayéndoles bienes y buenas ideas. Bennett le había hablado de un gran lugar metálico que tendía sus brazos al sol para beber su fuerza, donde naves mayores que las que jamás habían imaginado entraban y salían como gigantes.

Todas las cosas fluían a aquel lugar y venían de él. Y ahora Bennett se había ido, abriendo un «tiempo» en la vida de Satén bajo el sol. Era una forma de peregrinaje, aquella travesía que ella deseaba realizar para señalar este «tiempo», como ir a las imágenes de la llanura, como la noche de sueño a la sombra de las imágenes.

También les habían dado a los humanos imágenes para el lugar de allá arriba, para que las contemplaran allí. Estaba en lo cierto al llamarlo un peregrinaje. Y el «tiempo» contemplaba a Bennett, que llegaba de aquella travesía.

—¿Por qué me lo dices? —le preguntó Dalut-hos-me.

—Mi primavera será allá arriba.

Él se aproximó, haciéndole sentir su calor. La rodeó con un brazo.

—Entonces también iré.

Era cruel, pero el deseo de aquel primer viaje era irreprimible. Y el deseo que Dalut sentía por ella crecería cuando pasara el gris invierno y empezaran a pensar en la primavera, en los vientos cálidos y la desaparición de las nubes. Y Bennett, frío en

la tierra, se habría reído con su extraña risa humana y les habría deseado la felicidad.  
En eso pensaban siempre los hisa, en la primavera y en el nido.

## XIII

### Pell: Sector azul cinco; 5/28/52

LA COMIDA ESTABA FRÍA DE NUEVO. TODOS ELLOS HABÍAN REGRESADO MUY tarde, extenuados por las tensiones de la jornada, el incremento de los refugiados y del caos. Damon comió en silencio y al fin, dándose cuenta de que estaba demasiado absorto, alzó la vista y descubrió que Elene también estaba sumida en sus reflexiones. Últimamente, aquello era un hábito entre ellos, algo que turbaba a Damon, el cual alargó la mano para tomar la de la mujer, que descansaba junto a su plato. Ella movió la mano para entrelazarla con la suya, el cansancio de las horas de trabajo excesivo reflejado en su rostro. Pero, en cierto modo, aquella fatiga era una especie de remedio, puesto que le impedía pensar demasiado. Nunca hablaba de la *Estelle*. En realidad, hablaba muy poco. Damon pensaba que tal vez tenía poco que decir porque trabajaba demasiado.

—Hoy he visto a Talley —le dijo él con voz ronca, tratando de romper el silencio, distraerla, por triste que fuera el tema—. Parecía... tranquilo, como si no sintiera la menor angustia.

Ella le apretó la mano.

—Entonces, después de todo, hiciste lo que era mejor para él, ¿verdad?

—No lo sé. Creo que no hay forma de saberlo.

—Él lo pidió.

—Sí, lo pidió.

—Hiciste cuanto estuvo en tu mano. No tenías otra alternativa.

—Te quiero.

Ella sonrió. Sus labios temblaron hasta que ya no pudieron retener la sonrisa.

—¿Elene?

La mujer retiró la mano.

—¿Crees que podremos conservar Pell?

—¿Temes que no sea posible?

—Temo que lo creas tú.

—¿Qué clase de razonamiento es ése?

—Hay cosas que no quieres comentar conmigo.

—No me vengas con acertijos. No los adivino con facilidad, ya lo sabes.

—Quiero un hijo. Ahora no estoy en tratamiento. Creo que tú aún lo estás.

Él sintió que se le encendía el rostro. Por un instante pensó en mentir.

—Lo estoy. No creía que fuera el momento para hablar de ello. Todavía no.

Ella se apretó los labios, aturdida.

—No sé qué quieres —dijo él—. No lo sé. Si Elene Quen quiere un bebé, de acuerdo. Dilo. No hay ningún problema. Pero confiaba en que fuera por razones que yo conociera.

—No sé de qué me hablas.

—Has estado pensando mucho. Te he observado. Pero lo has hecho sin decir palabra. ¿Qué quieres? ¿Qué he de hacer? ¿Dejarte embarazada y permitir que te vayas? Te ayudaría si supiera cómo. ¿Qué puedo decir?

—No quiero que discutamos. No quiero peleas. Te he dicho lo que quiero.

—¿Por qué?

Ella se encogió de hombros.

—No quiero esperar más. —Frunció el ceño. Por primera vez en varios días, él tuvo la impresión de que entraba realmente en contacto con Elene—. Y puedo ver que te importa, que te preocupan mis deseos.

—Sé que a veces no escucho todo lo que dices.

—Tener un hijo o no abordo de una nave es asunto mío. La familia que vive en una nave está más unida en ciertas cosas y más separada en otras. Pero tú y tu propia familia... Lo comprendo y lo respeto.

—También yo comprendo y respeto tu hogar. Ella le dirigió una débil sonrisa, que tal vez era un ofrecimiento.

—¿Qué me dices entonces al respecto?

Las oficinas de planificación emitían terribles advertencias, aconsejaban, *rogaban* para que se actuara de otra manera. No se trataba sólo del establecimiento de la cuarentena, sino que la guerra se aproximaba cada vez más. Y todas las reglas se aplicaban primero a los Konstantin. Él se limitó a asentir.

—Digo que hemos dejado de esperar.

Fue como si se disolviera una sombra. El fantasma de la *Estelle* abandonó el lugar, el pequeño apartamento en el sector azul cinco, que era más pequeño, en el que no encajaba su mobiliario, donde todo estaba averiado. Se habían instalado allí apresuradamente, la vajilla ocupaba los armarios roperos y en la sala de estar, que servía como dormitorio por la noche, había cajas en los rincones, cajas de mimbre construidas por los nativos, que contenían lo que debería estar en los armarios del vestíbulo.

Se tendieron en el sofá-cama, y ella habló, acurrucada entre sus brazos, habló por primera vez en varias semanas hasta altas horas de la noche, dando rienda suelta a un flujo de recuerdos que nunca había compartido con él, en todo el tiempo que llevaban juntos.

Damon intentó pensar en lo que ella había perdido en la *Estelle*, en su nave, como aún la llamaba. La hermandad, el clan. Los estacionados hablaban de la moral que reinaba en las naves mercantes, pero él no podía representarse a Elene entre los demás, como ellos, mercaderes pendencieros que salían de sus naves para correrse una juerga en los establecimientos de las plataformas y acostarse con cualquiera que

estuviese dispuesto. Jamás podría creer eso.

—Créelo —le dijo ella, y su aliento le rozó el hombro—. Así es como vivimos. ¿Qué deseas en lugar de eso? ¿La endogamia? En aquella nave estaban todos mis primos.

—Tú eras diferente —insistió él.

La recordó como era la primera vez que la vio, en su oficina, adonde había ido para hablar de un asunto relacionado con los líos de su primo... siempre más callada que las otras. Una conversación, un nuevo encuentro, y otro. Un segundo viaje... y Pell otra vez. Ella nunca había ido de parranda con sus primos, no había frecuentado los lugares favoritos de los mercaderes, sino que había ido a él, había pasado con él aquellos días en la estación. Y no volvió a subir a bordo. Los mercaderes rara vez se casaban. Elene lo había hecho.

—No —replicó ella—. *Tú eras diferente.*

—¿Hubieras aceptado el hijo de cualquier hombre?

Aquella idea le turbaba. No le había preguntado jamás a Elene ciertas cosas porque creía saberlas. Y Elene nunca le había hablado de aquel modo. Comenzó tardíamente a revisar todo aquello que creía saber, lo cual le hirió y le hizo rebelarse. No, él seguiría creyendo y confiando en Elene.

—¿Cómo si no podríamos conseguirlos? —preguntó ella, haciendo uso de una lógica extraña pero clara—. Los queremos, ¿crees que no? Ellos pertenecen a toda la nave. Pero ahora no hay ninguno. —De repente podía hablar de aquello, y Damon percibió que la tensión decrecía, se escapaba de ella con un suspiro—. Todos se han ido.

—Llamabas padre a Elt Quen, y madre a Tia James. ¿Era eso cierto?

—Él era mi padre, y ella lo sabía... Abandonó una estación para ir con él. Pocas lo hubieran hecho.

Nunca le había pedido a él que lo hiciera, y a Damon nunca se le había ocurrido esa posibilidad. Pedir a un Konstantin que abandonara Pell... Se preguntó si lo habría hecho, y sintió una honda inquietud. «Sí, lo habría hecho», se dijo. «Podría haberlo hecho».

—Sería duro —admitió—. Lo fue para ti. Ella asintió, moviéndose contra su brazo.

—¿Lo lamentas, Elene?

La mujer respondió con un ligero movimiento de la cabeza.

—Es tarde para hablar de estas cosas —dijo él—. Ojalá lo hubieses planteado. Ojalá hubiésemos sido lo suficientemente sinceros para plantear los problemas. Eran tantas las cosas que desconocíamos...

—¿Y eso te parece mal?

Él la atrajo hacia sí, la abrazó y la besó a través de un velo de cabello, que después apartó a un lado. Por un momento pensó en decir que no, pero entonces decidió no decir nada.



—Ya has visto a Pell. ¿Te das cuenta de que jamás he estado en una nave mayor que un transbordador? ¿Que nunca he salido de esta estación? Hay cosas que no sé cómo son, ni siquiera imaginarlas. ¿Me comprendes? No sabría qué preguntar sobre ellas.

—Hay cosas sobre las que yo tampoco sabría cómo preguntarte.

—¿Qué me preguntarías?

—Acabo de hacerlo.

—No sabría decir sí o no, Elene. No sé si podría haber abandonado Pell. Te quiero, pero ignoro si podría haber hecho eso... habiéndote tratado durante tan poco tiempo. Y eso me inquieta, porque es algo que nunca se me había ocurrido... ya que sólo pensaba en cómo podría hacerte feliz en Pell.

—Es más fácil para mí estar aquí durante cierto tiempo que para un Konstantin desarraigarse de Pell. Hacer una pausa es fácil, las hacemos continuamente. Pero jamás había pensado en desvincularme de la *Estelle*, como tú nunca te habías planteado adaptarte a lo que hay ahí afuera. Ya me has respondido.

—¿Cómo te he respondido?

—Diciéndome lo que te molesta.

Aquello le dejó perplejo. *Lo hacemos continuamente*. Le asustaba lo que implicaban estas palabras, pero ella siguió hablando, tendida junto a él, sobre algo más trascendente, sobre sentimientos profundos. Cómo era la infancia para quien vive en una nave mercante. La primera vez que había puesto pie en una estación, cuando tenía doce años, la asustaron los rudos estacionados, los cuales suponían que una muchacha de una nave mercante era presa fácil. Le habló de un primo suyo que murió en Mariner años atrás, acuchillado durante una pelea con un estacionado, sin comprender siquiera los celos del estacionado que le había matado.

Y una cosa increíble... que con la pérdida de su nave, se había resentido el orgullo de Elene. El *orgullo...*, la idea le hizo reflexionar, y por algún tiempo permaneció mirando el techo oscuro, pensando en ello.

El *nombre* había sido degradado... una posesión como la nave. Alguien lo había degradado, de un modo demasiado anónimo para que tuviera un enemigo determinado y el objetivo de hacer que se lo restaurase. Por un momento pensó en Mallory, en la gran arrogancia de una casta de élite, la aristocracia privilegiada. Mundos cerrados con leyes propias, donde nadie tenía propiedad y todos la tenían: la nave y todos cuantos pertenecían a ella. Los mercaderes que le escupirían a la cara de un jefe de plataforma, se retirarían gruñendo cuando lo ordenase una Mallory o un Quen. Ella sentía pesar por haber perdido la *Estelle*, y era lógico que así fuera, pero también sentía vergüenza, porque no había estado allí cuando importaba que estuviera. Pell la había colocado en las oficinas de las plataformas, donde podía utilizar la reputación que tenían los Quen, pero ahora no tenía nada a sus espaldas, nada salvo la reputación de que no había estado allí para prestar sus servicios. Su nombre extinguido, borrado de la nave. Tal vez percibía la comprensión de parte de

otros mercaderes, y aquello sería lo más amargo de todo.

Le había pedido una cosa, y él la había defraudado sin discutirlo, sin ver...

—El primer hijo —murmuró Damon, volviendo la cabeza en la almohada para mirarla— será un Qen. ¿Me oyes Elene? Pell ya tiene bastantes Konstantin. Mi padre puede enfurruñarse, pero lo comprenderá, y mi madre también. Creo que es importante que sea así.

Ella empezó a llorar, como nunca lo había hecho en su presencia, no sin tratar de impedirlo. Le rodeó con sus brazos y permaneció así hasta la mañana.

## XIV

### Estación Viking: 6/5/52

VIKING ESTABA A LA VISTA, RELUCIENTE A LA LUZ DE UNA ESTRELLA FURIBUNDA. Minería, industria de metales y minerales... ése era su sostén. Segust Ayres, en el puente del carguero, observaba la imagen en las pantallas.

Algo fallaba. En el puente se oían los susurros de alarma que pasaban de una estación a otra, y los ceñudos rostros de los tripulantes reflejaban la turbación que sentían. Ayres miró a sus tres compañeros. También ellos se habían percatado de que las cosas no iban bien y estaban inquietos, todos ellos procurando esquivar los procedimientos que obligaban a los oficiales a ir de una estación a otra con fines de supervisión.

Otra nave entraba con ellos. Ayres tenía suficientes conocimientos para interpretar lo que significaba. Avanzó hasta aparecer en las pantallas, y era evidente que las naves no podían navegar tan cerca, a tan escasa distancia de la estación. Era una nave grande, con muchas aspas.

—Está en nuestro pasillo —dijo el delegado Marsh. La nave se acercó más a ellos, y el capitán mercante se levantó de su asiento y se dirigió a los demás.

—Tenemos problemas. Nos están escoltando al interior. No reconozco a la nave que nos acompaña, pero es militar. Francamente, no creo que estemos ya en espacio de la Compañía.

—¿Va a cambiar de rumbo y huir? —preguntó Ayres.

—No. Puede usted ordenarlo, pero no lo haremos. No comprende cómo son las cosas. Estamos en el espacio abierto y a veces las naves tienen sorpresas. Aquí ha sucedido algo y nos hemos metido en ello. Estoy enviando constantemente avisos para que no disparen. Entraremos apaciblemente. Y si tenemos suerte, nos dejarán partir de nuevo.

—Cree que la Unión está aquí.

—Sólo existimos ellos y nosotros, señor.

—¿Y nuestra situación?

—Muy incómoda, señor. Pero es necesario correr el albur. No puedo darle seguridades de que no detendrán a su gente. No, señor. Lo siento.

Marsh empezó a protestar, pero Ayres le detuvo con un gesto de su mano.

—No. Le sugiero que vayamos a tomar un trago en la sala principal y nos limitemos a esperar allí, hablando del asunto.

Las armas ponían nervioso a Ayres. Caminando entre jóvenes armados con rifles por una plataforma muy similar a la de Pell, usando un ascensor a la vez que ellos.

Aquellos jóvenes tan parecidos a los de otras estaciones que conocía. Sintió que le faltaba aire y se preocupó por sus compañeros, que estaban aún custodiados cerca del ensambladero de la nave. Todos los soldados que había visto al cruzar la plataforma del Viking parecían salidos del mismo molde, con sus monos verdes a manera de uniforme, como un mar que anegaba la plataforma empequeñeciendo a los pocos civiles visibles. Había armas por todas partes, y más allá de la curva ascendente de las plataformas todo estaba desierto. No habían suficientes residentes, eran mucho menos numerosos que en Pell, a pesar de que toda la estación Viking estaba rodeada de cargueros ensamblados. Ayres pensó que estaban atrapados, aunque trataban cortésmente a las tripulaciones de los mercantes —los soldados que habían abordado su propia nave habían sido fríamente corteses— pero no le cabía duda alguna de que ninguna nave se iría de allí, ni la que les había llevado a ellos ni ninguna otra.

El ascensor se detuvo en un nivel superior.

—Salga —dijo el joven capitán, y le indicó el pasillo de la izquierda con un movimiento del cañón de su rifle.

El oficial no tendría más de dieciocho años. Tanto hombres como mujeres llevaban el pelo cortado al rape, y todos aparentaban más o menos la misma edad. Salieron tras él, en número muy superior al que requeriría un hombre de su edad y su estado físico. A lo largo del corredor que llevaba a unas oficinas con ventanas, se alineaban más guardianes, con los rifles preparados en una actitud de alerta. Todos de unos dieciocho años, con el mismo corte de pelo, con idéntico aspecto. Aquello fue lo que más llamó la atención: el aspecto agradable que todos tenían era algo extraño, como si la belleza hubiera muerto, como si ya no existiera distinción alguna entre unos seres y otros. Entre aquella gente, una cicatriz, un defecto de cualquier clase habría sido notorio por su exotismo. Entre ellos no había lugar para la gente poco agraciada. Las proporciones de hombres y mujeres figuraban dentro de ciertos límites, todas similares, aunque su color y sus facciones variaban. Eran como maniqués. Recordó a los soldados cubiertos de cicatrices del *Norway*, y al capitán de la nave, con el pelo grisáceo, el desprestigio de su equipo, los modales de los hombres, que no parecían tener idea de la disciplina, sucios, con cicatrices, viejos. En aquella estación no había nada semejante, ni rastro de imperfección.

Se estremeció en lo más hondo de su ser, sintió frío en las entrañas mientras caminaba entre los maniqués, entraba en las oficinas y continuaba hasta otra cámara donde algunos hombres y mujeres de más edad se sentaban ante la mesa. Le alivió ver que algunos tenían el pelo gris, defectos y exceso de peso.

—El señor Ayres —le anunció un maniquí, rifle en mano—. Delegado de la Compañía. —El maniquí se adelantó para depositar las credenciales que le había confiscado sobre el escritorio, delante de la figura central, una pesada mujer de pelo gris, la cual ojeó los papeles y alzó la cabeza con un leve fruncimiento de entrecejo.

—Me llamo Inés Andilin, señor Ayres —le dijo—. Supongo que esto ha sido una lamentable sorpresa para usted, ¿verdad? Pero estas cosas ocurren. ¿Nos echará ahora

una reprimenda en nombre de la Compañía por habernos apoderado de su nave? Es usted muy libre de hacerlo.

—No, ciudadana Andilin. En efecto, ha sido una sorpresa, pero no de proporciones devastadoras. He venido para ver cuanto pudiera, y he visto muchas cosas.

—¿Y qué es lo que ha visto, ciudadano Ayres? El aludido se adelantó unos pasos, los que le permitieron los rostros inquietos y el súbito movimiento de los rifles.

—Ciudadana Andilin, soy secretario segundo del Consejo de Seguridad en la Tierra. Mis compañeros pertenecen a los niveles más altos de la Compañía en la Tierra. Al inspeccionar la situación hemos visto la existencia de desorden y militarismo en la Flota de la Compañía, hasta tal punto que ha rebasado el límite de las competencias de la Compañía. Nuestros descubrimientos nos han consternado. Desautorizamos a Mazian; no deseamos retener territorios cuyos ciudadanos han decidido que desean ser gobernados de otro modo. Estamos ansiosos de liberarnos de un gravoso conflicto y una empresa sin beneficios. Usted sabe muy bien que posee este territorio. La cuerda está tensa y es demasiado delgada; no podemos obligar a los residentes del Más Allá a hacer algo que no quieren, y además, ¿por qué habría de interesarnos eso? No consideramos el encuentro en esta estación como un desastre. La verdad es que estábamos buscándoles.

En los rostros de los consejeros se reflejó cierta perplejidad. Ayres siguió hablando, alzando la voz.

—Estamos dispuestos a ceder formalmente todos los territorios disputados. Sinceramente, no estamos interesados en rebasar los límites actuales. El brazo móvil de la Compañía que llega a las estrellas se disuelve mediante la votación de los directores. Ahora nuestro único interés es separarnos ordenadamente de esas posesiones, retirarnos, y establecer una frontera firme que nos proporcione a ambos una libertad razonable.

Las cabezas de los consejeros se inclinaron, e intercambiaron murmullos. Hasta los maniqués que rodeaban la cámara parecían turbados.

—Nosotros somos una autoridad local —dijo finalmente Andilin—. Tendrá usted ocasión de presentar sus ofertas a niveles más altos. ¿Puede contener a las naves de Mazian y garantizar nuestra seguridad?

Ayres aspiró hondo.

—¿La Flota de Mazian? No, teniendo en cuenta a los que la mandan.

—Viene usted de Pell.

—En efecto.

—¿Y dice que tiene experiencia en el trato con los capitanes de Mazian?

Ayres se quedó un momento en blanco. No estaba acostumbrado a tales interrogatorios. Pero se dio cuenta enseguida de que los mercantes sabrían y dirían tanto como podía hacerlo él. Retener información era algo peor que inútil; era peligroso.

—Tuve un encuentro con el capitán del *Norway* —confesó—, una tal Mallory. Andilin inclinó la cabeza con gesto solemne.

—Signy Mallory. Un privilegio único.

—No para mí. La Compañía rechaza toda responsabilidad por el *Norway*.

—Desorden, mala administración, rechazo de responsabilidad... y Pell cuenta con una buena reputación por su orden. Su informe me asombra. ¿Qué ha sucedido allí?

—No voy a actuar como agente confidencial de ustedes.

—No obstante, desautoriza a Mazian y la Flota. Ese es un paso radical.

—Pero no pongo en litigio la seguridad de Pell. Ese es nuestro territorio.

—Entonces no está dispuesto a ceder *todos* los territorios en disputa.

—Por territorios disputados, naturalmente, entendemos los que empiezan con Fargone.

—Aja. ¿Y cuál es su precio, ciudadano Ayres?

—Una transición de poder ordenada, ciertos acuerdos que aseguren la salvaguarda de nuestros intereses. Andilin se echó a reír.

—Usted quiere un tratado con nosotros. Olvida sus propias fuerzas y busca un tratado con nosotros.

—Es una solución razonable para una dificultad mutua. Han transcurrido diez años desde que recibimos el último informe fiable del Más Allá, y muchos años más con una flota de la que no tenemos control, que rechaza nuestra dirección, en una guerra que consume el producto de lo que podría ser un comercio mutuamente beneficioso. *Eso* es lo que nos trae aquí.

Un silencio mortal pesó en la atmósfera de la estancia. Al fin Andilin hizo un gesto de asentimiento que sacudió su doble papada.

—Señor Ayres, vamos a envolverle en algodón en rama y a entregarle con la máxima suavidad a Cyteen, muy esperanzados de que al final alguien de la Tierra haya recuperado el sentido. Permítame una última pregunta. ¿Estaba Mallory sola en Pell?

—No puedo responderle.

—Entonces no ha desautorizado a la Flota.

—Retengo esa opción en las negociaciones. Andilin frunció los labios.

—No tiene que preocuparse por proporcionarnos una información vital. Los mercantes no nos negarán nada. Si le fuera posible impedir que las naves de Mazian efectúen sus maniobras inmediatas, le sugeriría que lo intentara, para demostrar la seriedad de su propuesta... al menos usted haría un gesto simbólico durante las negociaciones.

—No podemos controlar a Mazian.

—Sabe que va a perder —dijo Andilin—. Sabe, de hecho, que ya ha perdido, y está tratando de darnos lo que ya hemos ganado... y obtener concesiones por ello.

«Tenemos poco interés en continuar las hostilidades, la lucha por ganar o perder. Creemos que nuestro objetivo inicial era asegurarnos de que las estrellas eran una

empresa comercial viable; y es evidente que ustedes son viables. Tienen una economía con la que vale la pena comerciar, en una clase diferente de relación económica de la que teníamos antes, librándonos de una intervención del Más Allá que no deseamos. Podemos ponernos de acuerdo con respecto a una ruta, un punto de encuentro donde sus naves y las nuestras puedan ir y venir bajo un derecho común. Lo que ustedes hagan en su lado no nos interesa. Dirijan el desarrollo del Más Allá como les guste. Del mismo modo nosotros retiraremos algunos cargueros capacitados para el salto estelar, los mandaremos a casa al inicio de ese comercio. Si nos es posible asegurar cierta paralización de las actividades de Conrad Mazian, retiraremos también las naves que ahora nos son indispensables para nuestra defensa. Le estoy hablando con toda franqueza. Los intereses que perseguimos son tan distintos, que no hay ninguna razón lógica para que continúen las hostilidades. Usted tiene el reconocimiento absoluto de que es el gobernador legítimo de las colonias exteriores. Yo soy negociadora y embajadora interina si las negociaciones tienen éxito. No lo consideraremos como una derrota si la voluntad de la mayor parte de las colonias le ha apoyado; su calidad de gobernador de esas regiones es persuasiva al respecto. Extendemos a usted el reconocimiento formal de la nueva administración que se ha encargado de nuestros asuntos... situación que explicaré con más detalle a sus autoridades centrales. Y estamos preparados para abrir negociaciones comerciales al mismo tiempo. Se pondrá fin a todas las operaciones militares sobre las que tengamos poder de control. Por desgracia, no tenemos la posibilidad física de detenerlas, sino tan sólo de retirar nuestro apoyo y aprobación.

«Soy una administradora regional, separada un grado de nuestro directorio central, pero no creo, *embajador* Ayres, que el directorio abrigue duda alguna para iniciar una discusión abierta de estos asuntos. Al menos, tal como ve las cosas un administrador regional, eso es lo que debe hacerse. Permítame que le dé una cordial bienvenida.

—La rapidez... salvará vidas.

—Así es. Estos soldados le conducirán a un alojamiento seguro. Sus compañeros se reunirán con usted.

—¿Es un arresto?

—En absoluto. Todo lo contrario, es una protección. La estación acaba de ser tomada y aún es insegura. No queremos que corra ningún peligro. Ya se lo he dicho... algodón en rama, señor embajador. Vaya adonde quiera, pero siempre con una escolta de seguridad. Y si me permite que le dé un buen consejo, descanse. Partirá tan pronto como podamos despachar una nave. Ni siquiera es seguro que pueda descansar una noche completa antes de esa partida. ¿Está de acuerdo, señor?

—De acuerdo —dijo él, y Andilin llamó al joven oficial y habló con él.

El oficial le hizo una seña, esta vez con la mano. Todos los reunidos a la mesa le despidieron con gestos de cortesía, y Ayres salió sintiendo frío en la espalda.

Pensó en el sentido práctico de cuanto le rodeaba, los guardianes demasiado

iguales, la frialdad por todas partes. El consejo de Seguridad en la Tierra no había visto tales cosas cuando dio sus órdenes y trazó sus planes. La falta de estaciones intermedias en dirección a la Tierra, desde el desmantelamiento de las bases en las Estrellas Posteriores, hacía que la extensión de la guerra fuese logísticamente improbable, pero Mazian no había logrado impedir que se extendiera al Más Allá, lo cual había agravado la situación, haciendo que las hostilidades alcanzaran niveles peligrosos. La súbita perspectiva de que las fuerzas de Mazian reactivaran las estaciones de las Estrellas Posteriores en una acción de atrincheramiento detrás de Pell, le hacía sentirse enfermo.

Los aislacionistas se habían salido con la suya durante demasiado tiempo. Ahora había que tomar decisiones más difíciles, acercarse a la llamada Unión, llegar a acuerdos, trazar fronteras, barreras, elementos de contención.

Si la cuerda no se mantenía tensa, el desastre sería inevitable. Eran previsibles las posibilidades de que la misma Unión activara aquellas estaciones abandonadas en dirección a la Tierra, estableciendo bases convenientes. Había una flota en construcción en la estación Sol. Necesitaba tiempo. Mazian había sido pasto para las armas de la Unión hasta entonces. La misma Sol tendría que estar al frente de la próxima resistencia, Sol, y no aquella cosa acéfala en que se había convertido la Flota de la Compañía, que rechazaba las órdenes de ésta y hacía lo que le venía en gana.

Sobre todo tenían que conservar Pell, tenían que mantener aquella base.

Ayres se dejó conducir por su escolta y se acomodó en el apartamento que le habían destinado, varios niveles más bajos, dotado de excelentes comodidades que tuvieron la virtud de tranquilizarle. Hizo un esfuerzo para sentarse y parecer relajado mientras aguardaba a sus compañeros, cuya reunión con él le habían asegurado... y al fin llegaron, en grupo e inquietos por su situación. Ayres hizo salir a su escolta, cerró la puerta, y echó un vistazo a los rincones del apartamento, advirtiendo en silencio a sus compañeros de que no podían hablar libremente, ya que podrían tener micrófonos ocultos. Los demás, Ted Marsch, Karl Bela, Ramona Días, comprendieron y no dijeron nada. Él confió en que no hubieran exteriorizado hasta entonces sus pensamientos.

Alguien en la estación Viking, una tripulación de carguero, se encontraba en gran dificultad. De eso no tenía duda. Se suponía que los mercantes podían atravesar las líneas de batalla, sin que les ocurriera nada peor que el acompañamiento ocasional a puertos distintos de los que habían planeado; o a veces, si les detenía una de las naves de Mazian, la confiscación de parte de la carga o un hombre o mujer de la tripulación. Los mercantes estaban acostumbrados a ello. Y los que les habían llevado a Viking mantendrían, la detención hasta que aquello que habían visto en Pell y allí dejara de tener valor militar. Ayres confiaba en que ése fuera el caso. No podía hacer nada por ellos.

No durmió bien aquella noche, y antes de las primeras horas de la nueva jornada, tal como Andilin le había advertido, les hicieron levantarse de la cama para embarcar



en una nave que se internaría más en territorio de la Unión. Les habían prometido que su destino era Cyteen, el centro del mundo rebelde. Su suerte estaba echada. No podían volverse atrás.

## XV

### Prevención de Pell: Sector rojo; 6/27/52

ÉL HABÍA VUELTO. JOSH TALLEY MIRÓ POR LA VENTANA DE SU HABITACIÓN Y SE encontró con el rostro que estaba allí tan a menudo, recordando, de la manera vaga con que recordaba cualquier cosa reciente, que había conocido a aquel hombre y que formaba parte de lo que le había sucedido. Esta vez sostuvo la mirada de aquellos ojos y, sintiendo más curiosidad de la que hubiera deseado, se levantó de su litera, caminando con dificultad debido a la debilidad general de sus miembros, se acercó a la ventana y miró de cerca al joven. Acercó una mano a la ventana, anhelante, pues todos se mantenían alejados de él, y vivía por completo en un limbo blanco, donde estaban suspendidas todas las cosas, donde el sentido del tacto estaba embotado, los sabores eran inapreciables y las palabras parecían llegar de muy lejos. Y él iba a la deriva en esa blancura, indiferente y aislado.

«Salga», le habían dicho sus médicos. «Salga siempre que tenga ganas. El mundo está ahí fuera. Puede ir hacia él cuando quiera».

La suya era una seguridad como la del feto en la matriz. Allí aumentaba su fuerza. Hubo un tiempo en que se limitaba a permanecer tendido en la litera, sin el menor deseo de moverse, con los miembros pesados como plomo, lleno de fatiga. Ahora estaba mucho más fuerte; podía sentir deseos de levantarse y observar a aquel desconocido. Volvía a ser valiente. Por primera vez supo que estaba mejorando, y aquello le hizo sentirse aún más valiente.

El hombre que estaba al otro lado de la ventana se movió, alargó una mano y la colocó en la ventana, haciéndola coincidir con la de él, y Talley sintió en sus nervios embotados un cosquilleo de excitación, esperando el contacto, la sensación, por débil que fuera, de otra mano contra la suya. El universo existía más allá de la lámina de plástico. Estaba hipnotizado por esta revelación. Miró los ojos oscuros y el delgado rostro joven de un hombre vestido con un traje marrón, y se preguntó si aquel hombre que estaba fuera de la matriz era él mismo, pues las manos coincidían perfectamente, tocaban y no eran tocadas.

Pero él iba vestido de blanco, y no había ningún espejo.

Tampoco aquel rostro era el suyo. Recordaba imprecisamente su propio rostro, pero el recuerdo le traía la imagen de un muchacho, una vieja imagen de sí mismo. No podía recuperar al hombre. No era la mano de un muchacho la que se tendía, ni tampoco lo era la que se dirigía a él, con independencia de su voluntad. Le habían ocurrido muchas cosas y no podía abarcarlas todas. No quería hacerlo. Recordaba el miedo.

El rostro detrás de la ventana le sonrió, con una sonrisa débil y amable. Él la devolvió y tendió la otra mano para tocar el rostro, tras el frío plástico.

—Salga —le dijo una voz desde la pared.

Recordó que podía hacerlo. Vaciló, pero el desconocido seguía invitándole. Vio que los labios se movían al ritmo del sonido que salía de otra parte. Y cautamente se acercó a la puerta que, según decían, estaba abierta para que saliera siempre que lo deseara.

La puerta se abrió. De repente debía enfrentarse al universo sin seguridad. Vio al nombre allí de pie, mirándole. Y si le tocaba, notaría el frío del plástico; y si el hombre le miraba con el ceño fruncido, no tendría donde ocultarse.

—Josh Talley —dijo el joven—. Soy Damon Konstantin. ¿Me recuerdas?

*Konstantin*. Aquel era un nombre poderoso. Significaba Pell y poder. No sabía qué más podía significar, salvo que una vez habían sido enemigos y que ya no lo eran. Todo había sido borrado, perdonado. Y le había llamado Josh Talley. El hombre le conocía. Se sintió personalmente obligado a conocer a aquel Damon, pero no podía, y eso le azoraba.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó Damon.

No era fácil responder a la pregunta. Intentó resumir y no pudo. Era necesario asociar sus pensamientos y su dispersión en todas las direcciones a la vez.

—¿Quiere alguna cosa? —le preguntó Damon.

—Quiero pudín, con frutas.

Era su plato favorito. Lo tomaba con todas las comidas excepto el desayuno. Allí le daban todo lo que pedía.

—¿Y algunos libros? ¿Quiere que se los procure? Aquello no se lo habían ofrecido antes.

—Sí —replicó, animándose por el recuerdo de que había amado los libros—. Gracias.

—¿Me recuerdas? —le preguntó Damon. Josh meneó la cabeza.

—Lo siento —dijo desconsolado—. Probablemente nos hemos conocido, pero, mire, no recuerdo las cosas con claridad. Creo que debemos habernos visto después de mi llegada aquí.

—Es natural que lo haya olvidado. Me han dicho que se porta muy bien. He venido aquí varias veces para ver cómo seguía.

—Lo recuerdo.

—¿De veras? Cuando se ponga bien, quiero que venga de visita a mi apartamento alguna vez. A mi esposa y a mí nos agradaría.

Él pensó en el ofrecimiento y su universo se ensanchó, duplicándose, multiplicándose, de modo que no estuvo seguro del terreno que pisaba.

—¿La conozco también?

—No, pero ella le conoce a usted, porque le he hablado. Dice que quiere que nos visite.

—¿Cómo se llama?

—Elene. Elene Quen.

Talley repitió el nombre en silencio, moviendo los labios, para conservarlo. Era el nombre de un mercader. No había pensado en las naves, y ahora lo hizo. Recordó la oscuridad y las estrellas. Miró fijamente el rostro de Damon, para no perder contacto con él, con aquel punto de realidad en un mundo blanco y movedizo. Podría parpadear y estar a solas de nuevo. Podría despertar en su habitación, en su cama, y no tener nada de aquello a lo que aferrarse. Fijó en ello su pensamiento con toda su voluntad.

—Volverá usted de nuevo —dijo—, aunque yo le olvide. Por favor, venga y recuérdeme que ha estado aquí.

—Lo recordaré —replicó Damon—. Pero de todas formas, vendré.

Josh lloró, lo cual hacía con facilidad y frecuencia. Las lágrimas que se deslizaban por su rostro eran mero producto de la emoción, no de pesar o alegría, sino sólo de un alivio profundo. Una limpieza.

—¿Está bien? —inquirió Damon.

—Estoy cansado —dijo él, pues el tiempo que llevaba en pie le había debilitado las piernas y sabía que debía regresar a la cama antes de llegar a sentir vértigo—. ¿Quiere entrar?

—Debo quedarme en esta zona —dijo Damon—. Pero le enviaré los libros.

Ya se había olvidado de los libros. Asintió, complacido y azorado a un tiempo.

—Vuelva adentro —le dijo Damon, soltándole. Josh se volvió y regresó a su cuarto.

La puerta se cerró. Se dirigió a la cama, sintiéndose más mareado de lo que había creído. Tenía que andar más. Era preciso que dejara de permanecer tendido, si quería ponerse bien con mayor rapidez.

Damon. Elene. Damon. Elene.

Había en el exterior un lugar que se hizo real, al que por primera vez quería ir, un lugar al que dirigirse cuando hubiera superado la situación en la que se encontraba.

Miró a través de la ventana. Estaba vacía. Durante un terrible y solitario momento pensó que lo había imaginado todo, que era parte de un mundo de ensueño que tomaba forma en la blancura que le envolvía y que él había creado. Pero le había dado nombres; tenía detalles y sustancia independientes de sí mismo. Era real, o se estaba volviendo loco.

Llegaron los libros, cuatro cassettes para colocar en el magnetófono, y los oprimió contra su pecho, balanceándose atrás y adelante, sonriendo, riendo, con las piernas cruzadas sobre la cama, porque era cierto. Había tocado la realidad exterior y ésta le había tocado a él.

Miró a su alrededor y sólo vio una habitación, con paredes que ya no necesitaba.

## **LIBRO SEGUNDO**

# I

## Base Principal de Downbelow: 9/2/52

**E**L CIELO MATUTINO ESTABA DESPEJADO, CON SÓLO UNAS NUBECILLAS algodonosas en lo alto y una línea de ellas que avanzaba por el horizonte septentrional, más allá del río. El panorama era amplísimo; las nubes del horizonte solían tardar día y medio en descender a la base de Downbelow, y entonces se cernían sobre aquella brecha, rellenando el espacio dejado por el corrimiento de tierras que los había separado de la base cuatro y de todos los campamentos a lo largo de la cadena. Confiaban en que aquélla sería una última tormenta invernal. En las ramas de los árboles las yemas estaban hinchadas, a punto de eclosión, y las espigas, que la inundación había arrumbado contra los enrejados de palos transversales en los campos, pronto querrían que las entresacaran y trasplantaran en sus campos permanentes. La base principal sería la primera en secarse, y luego lo harían las bases situadas río abajo. Aquel día el nivel del río había descendido un poco, según decía el informe enviado desde el molino.

Emilio vio el tractor oruga de los suministros que avanzaba por la enfangada carretera paralela al río, volvió la espalda y caminó por un sendero muy hollado hacia el terreno más alto y las cúpulas hundidas en las colinas, cúpulas que habían llegado a estar el doble de pobladas que antes, por no mencionar a aquellos que habían sido transferidos a otros lugares, carretera abajo. Los compresores producían un ruido sordo y arrítmico, el pulso interminable de la humanidad que habitaba Downbelow. Las bombas se afanaban, aumentando el ruido, arrojando el agua que habían absorbido del interior de las cúpulas, a pesar de que se había hecho lo humanamente posible para impermeabilizar los suelos, y otras bombas trabajaban junto a los diques del molino y los campos. No cesarían hasta que emergieran en toda su longitud los troncos en los campos.

Estaban en primavera y probablemente el aire tenía un aroma delicioso para los nativos. A los humanos, que respiraban húmeda y entrecortadamente a través de las máscaras, el aroma les pasaba desapercibido. La caricia del sol en la espalda le resultaba agradable a Emilio, y se pasaba la mayor parte del día gozando de aquel suave calor. Los nativos se deslizaban a su alrededor, realizando sus tareas con menos destreza que exuberancia, y preferían realizar diez viajes ligeramente cargados que uno solo con una pesada carga completa. Reían y, a la menor excusa, dejaban caer sus pequeñas cargas para hacer travesuras. A Emilio le sorprendía francamente que siguieran trabajando pese a la llegada de la primavera. La primera noche clara mantuvieron a todo el campamento despierto con su cháchara: señalaban el

firmamento, llenos de júbilo, y hablaban con las estrellas. El primer alborar claro agitaron los brazos al sol naciente y saludaron a gritos la llegada de la luz..., pero también los humanos estaban de buen talante aquel día, al ver los primeros signos inequívocos de que finalizaba el invierno. Las hembras se habían vuelto coquetamente incitantes y los machos respondían con creciente frivolidad; se oían muchos cantos de nativos entre los arbustos y los árboles de las colinas, gorjeos, susurros y silbidos suaves y sensuales.

No era una excitación tan intensa como la que habría cuando los árboles florecieran plenamente. Llegaría una época en que los hisa perderían todo interés por el trabajo e iniciarían su peregrinación, primero las hembras solitarias y luego las seguirían tercamente los machos, a lugares en los que no se entrometían los humanos. Un buen número de hembras de la tercera estación pasarían el verano redondeándose cada vez más —al menos con la redondez a que podían llegar los filiformes hisa— para parir en invierno, escondidas en túneles abiertos en las laderas de las colinas, unos bebés rubicundos y de miembros peludos, que ya corretearían por su cuenta la próxima primavera, apenas entrevistados por los humanos.

Emilio pasó junto a grupos de hisa dedicados a sus juegos, subió por el sendero de piedra triturada en dirección a Operaciones, la cúpula más alta en la colina. Oyó ruido de pisadas sobre las piedrecillas y al mirar atrás vio a Satén que le seguía, con los brazos extendidos para mantener el equilibrio, los pies desnudos en las agudas piedras y una mueca de dolor, porque aquel camino había sido hecho para que lo pisaran botas humanas. Emilio sonrió al ver cómo imitaba sus pasos. Ella se detuvo y sonrió también. Vestía con desacostumbrada esplendidez, con finos pellejos, cuentas de vidrio y un trozo de paño sintético rojo.

—Llega transbordador, Konstantin-hombre.

Así era. Se esperaba un aterrizaje aquel día despejado. Y él le había prometido, contra lo que aconsejaba el buen sentido, pese al axioma de que las parejas de nativos eran inestables en la estación primaveral, que ella y su pareja podrían trabajar algún tiempo en la estación. Si había un nativo que se hubiera tambaleado bajo cargas demasiado pesadas, era Satén. Había intentado impresionarle a toda costa... «Mira, Konstantin-hombre, fíjate qué bien trabajo».

—Vaya, has hecho el equipaje —observó Emilio, al ver las pequeñas bolsas que colgaban de ella.

—Mis cosas —dijo la nativa, dando unos golpecitos a las bolsas, con una sonrisa radiante—. Vengo a ayudarte, Konstantin-hombre, a ti y a tu amiga.

Decía «amiga» y no esposa. Los hisa nunca habían comprendido la relación matrimonial.

—Anda, ven —le dijo él, conmovido por aquel gesto.

El placer iluminó los ojos de la nativa. A los hisa les asustaba la cúpula de Operaciones, y no se atrevían a acercarse. Era muy poco frecuente que invitaran a uno de ellos al interior. Emilio bajó los escalones de madera, se limpió las botas en la

estera, sostuvo la puerta abierta para que Satén entrara y esperó a que ella se colocara su respirador, que le colgaba del cuello, antes de abrir la puerta interior hermética.

Algunos humanos que estaban trabajando alzaron la vista, y más de uno frunció el ceño al ver a la nativa. Varios técnicos tenían sus oficinas en la cúpula, divididas por unas mamparas bajas de mimbre. La zona que Emilio compartía con Miliko era la situada más al interior, donde la única pared maciza de la gran cúpula les permitía a él y a Miliko un espacio residencial privado, una sección de tres metros y medio con una estera en el suelo, que servía a la vez como dormitorio y despacho. Abrió la puerta junto a los armarios y Satén le siguió, mirando a su alrededor como sino pudiera absorber la mirada de lo que veía. Emilio pensó que no estaba acostumbrada a los tejados e imaginó el gran cambio que supondría para un nativo que le enviaran de repente a una estación, sin vientos, sin sol, rodeado solamente de acero. Pobre Satén.

Miliko alzó la vista de una serie de gráficas extendidas sobre la cama.

—¡Vaya, a quién tenemos aquí! —exclamó.

—Te quiero —dijo Satén, y con absoluta confianza abrazó a Miliko, juntando su mejilla con la de ella a pesar del obstáculo del respirador.

—Te marchas —dijo Miliko.

—Vengo a tu hogar. A ver hogar de Bennett. —Vaciló y, tímidamente, enlazó las manos a la espalda y se balanceó un poco, mirando a uno y otro—. Amaba a Bennett-hombre. Veré su hogar, llenaré mis ojos con él y mis ojos se alegrarán.

A veces las palabras de los nativos tenían poco sentido; otras veces los significados surgían a través de su jergonza con sorprende claridad. Emilio la miró sintiéndose un poco culpable, porque aunque llevaban mucho tiempo tratando con los nativos, ninguno de ellos podía dominar más de algunas palabras del animado idioma de aquellos seres. Bennett fue el que aprendió más.

Los hisa amaban los regalos. Emilio pensó en uno que estaba en el estante al lado de la cama, una concha que había encontrado en la orilla del río. Se la dio y los ojos de Satén brillaron. Le echó los brazos al cuello.

—Te quiero —le dijo.

—También yo te quiero, Satén.

Y pasándole un brazo sobre los hombros la acompañó a través de las oficinas hasta la puerta hermética. Más allá del plástico, ella se quitó la máscara, le sonrió y le saludó agitando la mano.

—Me voy a trabajar —le dijo.

El transbordador estaba a punto de llegar. Un obrero humano no habría trabajado el día en que se marchaba, pero Satén cerró la delgada puerta de plástico y echó a andar con paso vivo, como si en aquella fecha tardía pudiera hacerse cambiar a alguien de idea. O tal vez era injusto adjudicarle motivaciones humanas. Tal vez se trataba de alegría o de gratitud. Los nativos no comprendían el sistema de salarios y jornales. Ellos siempre hablaban de *regalos*.



Bennett Jacint los había comprendido. Los nativos cuidaron de su tumba, en la que colocaron conchas perfectas y pieles, y erigieron las extrañas esculturas nudosas que significaban algo importante para ellos.

Emilio dio media vuelta, regresó al centro de operaciones y se reunió con Miliko en su apartamento. Se quitó la chaqueta, la colgó en la percha, con el respirador todavía colgado del cuello, un adorno que todos llevaban encima desde que se vestían por la mañana hasta que se desvestían por la noche.

—He recibido el parte meteorológico de la estación —le dijo Miliko—. Después de la próxima tormenta habrá otra al cabo de uno o dos días, una gran tormenta que está formándose en el mar.

Emilio lanzó un juramento. Aquella noticia era como un jarro de agua fría vertido sobre sus esperanzas de que llegara la primavera. Se hizo un hueco en la cama, entre los diagramas y los mapas, y miró los daños que ella había señalado con lápiz rojo, las áreas inundadas que la estación podía mostrarles, a lo largo de las cadenas de bolitas que eran los campamentos establecidos en caminos sin pavimentar, de los que se había eliminado a mano la maleza.

—Las cosas van a empeorar —dijo Miliko, mostrándole el mapa topográfico—. Según el ordenador, las lluvias de esta tormenta bastarán para inundar de nuevo las zonas azules, hasta las mismas puertas de la base dos. Pero la mayor parte de la carretera quedará sobre la inundación.

Emilio frunció el ceño y exhaló un tenue suspiro.

—Tengamos confianza. Los nativos están en lo cierto: dejarlo todo durante las lluvias de invierno, andar por ahí cuando florecen los árboles, hacer el amor, preparar un nido y esperar a que el grano madure.

La carretera era lo importante, pues los campos permanecerían inundados durante semanas, sin causar más daños que el retraso de sus programas. El grano de aquel lugar medraba con el agua, y dependía de ella en las primeras etapas de sus ciclos naturales. Los enrejados evitaban que las plantas jóvenes se fueran río abajo. Lo que más sufría era la maquinaria y el temperamento humano.

Miliko sonrió y siguió señalando los mapas. Emilio suspiró de nuevo, extendió la tabla de plástico que le servía como escritorio y comenzó su tarea, reordenando las prioridades del equipo. Pensó que, tal vez, si hablaba con los nativos y les hacía algunos regalos especiales, se quedarían un poco más antes de su deserción estacional. Lamentaba perder a Satén y Dienteazul, que le habían sido de gran ayuda, persuadiendo siempre a sus compañeros cuando se trataba de algo que Konstantinhombre deseaba mucho. Pero aquella ayuda tenía sus contrapartidas. Satén y Dienteazul querían irse, querían algo que él tenía ahora el poder de concederles, y estaban en su derecho a hacerlo, antes de que llegara la primavera y perdieran todo control de sí mismos.

Estaban dispersando a los obreros veteranos, los que se entrenaban y los asignados a cuarentena a las distintas bases alzadas a lo largo de la carretera,

procurando mantener unas proporciones que no dejaran al personal vulnerable a los alborotos. Trataban de transformar en trabajadores a la gente de la cuarentena, aunque éstos creían que los estaban manipulando. Procuraban trabajar con la moral alta. Sólo trasladaban a los que estaban dispuestos a hacerlo, y los más díscolos permanecían en la base principal, en aquella cúpula enorme, tantas veces agrandada y llena de parches que ya no merecía el nombre de cúpula, y que se extendía irregularmente por la próxima colina, constituyendo una continua dificultad para ellos. Los trabajadores humanos ocupaban varias cúpulas junto a ella, unas cúpulas de privilegio, muy cómodas, y siempre se mostraban reacios a que los transfiriesen a condiciones más primitivas en los pozos o los nuevos campamentos, con el bosque, las inundaciones, la cuarentena y los extraños hisa.

Las comunicaciones eran el mayor de los problemas. Estaban unidos por intercomunicadores, pero eso no les impedía tener una abrumadora sensación de soledad. Lo ideal para ellos hubiera sido estar comunicados por vía aérea, pero el único avión ligero que construyeron años atrás se estrelló en el campo de aterrizaje... Los aviones ligeros y las tormentas de Downbelow no casaban. Tenían que desbrozar una pista de aterrizaje para los transbordadores. Aquello estaba en el programa, al menos para la base tres, pero la tala de árboles debía realizarse con los nativos, y eso era delicado. Con el nivel técnico de que disponían en aquel mundo, los tractores oruga seguían siendo el modo más eficaz de salir adelante, paciente y lento, como siempre había sido el discurrir de la vida en Downbelow, traqueteando por el barro y el agua para maravilla y entretenimiento de los nativos. Petróleo y grano, madera y verduras invernales, pescado seco, un experimento para domesticar los *pitsu* que llegaban hasta la rodilla y que cazaban los nativos... («Vosotros malos», habían declarado al respecto los hisa, «los calentáis en vuestro campamento y los coméis. Eso no es bueno». Pero los nativos en la base uno se habían convertido en pastores y habían aprendido a comer carne de animales domésticos. Lukas lo había ordenado, y aquél era uno de los pocos proyectos de Lukas que había salido bien). Los humanos en Downbelow estaban bastante bien equipados y se alimentaban a sí mismos y a la estación entera, a pesar del enorme aumento de población. No era pequeña su tarea. Las manufacturas, tanto en la estación como en Downbelow, trabajaban sin descanso. Tenían que bastarse a sí mismos. Duplicar cada artículo que normalmente importaban, llenar todos los cupos no sólo para ellos mismos sino para la estación sobrecargada y almacenar lo que pudieran... Allí, en Downbelow, todo les caía sobre el regazo, el exceso de población, la carga de la gente que se había criado en la estación, los suyos y los refugiados, los cuales nunca habían estado en un mundo. Ya no podían depender del comercio que en otro tiempo entrelazaba a Viking y Mariner, Esperance, Pan-Paris, Russell, Voyager y otras estaciones en un Gran Círculo propio, en el que satisfacían mutuamente sus necesidades. Ninguna de las otras estaciones podría haberse desenvuelto por sí sola, ninguna tenía el mundo vivo que se necesitaba... un mundo vivo y gente que pudiera trabajarlo. Ahora había planes en

perspectiva, las primeras tripulaciones se ponían en movimiento para hacerse cargo de la actividad minera en el mundo, pospuesta durante mucho tiempo, y duplicar los materiales ya disponibles en todo el sistema de Pell..., por si las cosas iban peor de lo que nadie quería pensar. Aquel verano tendrían nuevos y extensos programas en funcionamiento, cuando estuvieran en condiciones de acercarse otra vez a los nativos. Y en el otoño, la estación laboral de los nativos, aquellos programas estarían en marcha. Los vientos fríos les harían pensar de nuevo en el invierno y trabajarían sin descanso, trabajarían para los humanos y para ellos mismos, acarreando cargas de musgo suave a sus túneles en las colinas llenas de árboles.

Downbelow iba a cambiar. Su población humana se había cuaduplicado. Emilio y Miliko lo lamentaban. Ya habían acotado algunas zonas en los omnipresentes mapas de Miliko, lugares que nunca deberían hollar los pies humanos, los sitios hermosos, cuyo carácter sagrado conocían, y los lugares vitales tanto para los ciclos reproductores de los hisa como de las especies salvajes.

Tenían que someter aquellos planes al consejo aquel mismo año, antes de que se incrementara la presión. Establecer protecciones para las cosas que habían de durar. La presión ya era evidente. La tierra ya mostraba cicatrices, el humo del molino, los tocones de los árboles, las feas cúpulas y los campos cultivados junto al río, las extensiones de tierra que se iban deforestando a lo largo de las enfangadas carreteras. Habían querido embellecerlo a medida que progresaban, hacer jardines, camuflar carreteras y cúpulas... pero ya había pasado la oportunidad.

Él y Miliko habían resuelto que no permitirían que los daños se repitieran. Amaban a Downbelow, a lo mejor y lo peor de aquel mundo, a los exasperantes hisa y la violencia de las tormentas. Los humanos podían refugiarse en la estación, cuyos antisépticos corredores y su mobiliario suave les aguardaban siempre. Pero a Miliko le agradaba tanto como a él estar allí. Era delicioso hacer el amor por la noche cuando la lluvia tamborileaba sobre el plástico de la cúpula, los compresores emitían su ruido sordo en la oscuridad y las criaturas nocturnas de Downbelow cantaban alocadas en el exterior. Disfrutaban de los cambios que hora tras hora se producían en el cielo, el sonido del viento en la hierba y el bosque a su alrededor, se reían de las travesuras de los nativos y dirigían aquel mundo con energía para resolverlo todo excepto el problema climático.

Añoraban su hogar, la familia y aquel mundo distinto y más amplio. Pero hablaban de otras cosas, incluso habían hablado de construirse una cúpula propia en su tiempo libre, en los próximos años, cuando allí se construyeran hogares, una esperanza que había estado muy próxima a cumplirse hacía uno o dos años, cuando el establecimiento en Downbelow había sido tranquilo y fácil, antes de que llegaran Mallory y los otros, antes de la cuarentena.

Ahora sólo pensaban en cómo sobrevivir en el nivel al que estaban viviendo. Se diseminaba a la población y la ponían bajo guardia, por temor a lo que pudieran tratar de hacer. Se abrían nuevas bases al nivel más primitivo, mal preparadas. Se intentaba

cuidar de la tierra y de los nativos a la vez, y fingir que nada iba mal en la estación.

Terminó la tarea, salió y entregó los papeles al expedidor, Ernst, el cual era también contable y programador del ordenador, pues allí todos hacían varios trabajos. Regresó a su oficina-dormitorio y contempló a Miliko y el montón de mapas sobre su regazo.

—¿Quieres que almorcemos? —le preguntó.

Tenía que ir al molino por la tarde y confiaba en poder tomar tranquilamente una taza de café y ser de los primeros en tener acceso al horno de microondas, que era otro lujo del rango bajo la cúpula... algún tiempo para sentarse y descansar.

—Casi he terminado —dijo ella.

Sonó un timbre, tres agudas vibraciones que acabaron con la quietud del ambiente. El transbordador llegaba temprano; él había supuesto que llegaría al anochecer. Movi6 la cabeza.

—Todavía hay tiempo para almorzar —le dijo a Miliko.

El transbordador aterrizó antes de que hubieran terminado. Todos en Operaciones habían llegado a la misma conclusión, y el expedidor, Ernst, dirigía las maniobras mientras daba cuenta de su bocadillo. Aquella era una dura jornada para todos.

Emilio tragó el último bocado, apuró el café y se puso la chaqueta. Miliko hizo lo propio.

—Nos traen más tipos para cuarentena —dijo Ernst desde su mesa, y un momento después, en voz lo bastante alta para que se oyera en toda la cúpula—. Doscientos de ellos, todos hacinados en esa maldita bodega como pescado seco. Transbordador, ¿qué tenemos que hacer con ellos?

Se oyó una serie de sonidos inarticulados seguidos de algunas palabras inteligibles. Emilio meneó la cabeza, exasperado, y se aproximó a Jim Ernst, inclinándose por encima de él.

—Avisa a la cúpula de cuarentena de que tendremos que aceptar a esa gente hasta que podamos efectuar algunas transferencias más a otras bases.

—La mayoría de los encargados de la cuarentena están almorzando en sus casas —le recordó Ernst. Tenían la norma de evitar los anuncios cuando todos los de cuarentena estaban reunidos, pues tendían a una histeria irracional.

—Hazlo —le dijo a Ernst, y éste envió la información.

Emilio se puso el respirador y se dirigió a la salida, seguido de cerca por Miliko.

El mayor de los transbordadores había descendido y ya estaban descargados los pocos suministros que habían pedido a la estación. La mayor parte de los productos que transportaba la nave iban en la otra dirección, cajas con géneros de Downbelow que aguardaban en las cúpulas del almacén a que las cargaran rumbo a Pell.

Los primeros pasajeros bajaron por la rampa en cuanto la nave se posó en el círculo de aterrizaje. Vestían monos, tenían aspecto fatigado y probablemente habían hecho la travesía mortalmente asustados, en la bodega de un carguero que apenas podía contenerlos a todos, pues su número era muy superior al necesario para que no

constituyeran un problema en Downbelow. Había algunos voluntarios de mejor aspecto, que habían salido perdiendo en aquella lotería y que intentaron caminar separados de los demás, pero los guardianes al pie del transbordador aguardaban con rifles para formar un grupo con los asignados a cuarentena. Había algunos viejos con ellos y al menos una docena de niños, familias y restos de familias que no sobrevivían adecuadamente en la cuarentena de la estación. Era la suya una transferencia humanitaria. Aquella gente necesitaba espacio y un compresor, y según su clasificación no se les podían confiar trabajos con máquinas delicadas. Había que encargarles trabajos manuales, todo el que pudieran soportar. En cuanto a los niños, por lo menos no eran tan pequeños que no pudieran trabajar o no entender la necesidad de usar respiradores o cómo cambiar apresuradamente el cilindro de un respirador.

—Muchos de ellos son demasiado débiles —dijo Miliko—. ¿Qué creerá tu padre que estamos haciendo aquí? Emilio se encogió de hombros.

—Supongo que estarán mejor aquí que en la cuarentena de la estación. Confío en que hayan llegado los nuevos compresores y las láminas de plástico.

—Apuesto a que no —dijo Miliko ásperamente.

Se oyeron unos gritos procedentes de lo alto de la colina y en dirección a la base y las cúpulas, chillidos de nativos, lo cual no era infrecuente. Emilio miró por encima del hombro y no vio nada, por lo que no prestó atención. Los refugiados que desembarcaban se habían detenido al oír los gritos. Los guardianes les hicieron moverse.

Los gritos subieron de tono, lo que ya no era normal. Emilio y Miliko se volvieron.

—Quédate aquí —dijo él—, controlando todo esto.

Echó a correr por el camino que subía a la colina y enseguida sintió vértigo, debido a las limitaciones del respirador. Llegó a lo alto y vio las cúpulas. Allí, ante la enorme cúpula de cuarentena, se había producido una especie de pelea; un anillo de nativos rodeaban un conflicto humano, y un número cada vez mayor de internos en cuarentena salían de la cúpula. Emilio aspiró aire y corrió de nuevo. Uno de los nativos se separó del grupo y se dirigió a él a toda prisa. Era Dienteazul, el compañero de Satén. Emilio conocía al individuo por su color, que era de un marrón rojizo muy poco frecuente en un adulto.

—Lukas-hombre —susurró Dienteazul, al llegar a su lado, tambaleándose de un modo que evidenciaba su ansiedad—. Todos los Lukas-hombres están furiosos.

Aquello no necesitaba traducción. Supo de qué se trataba en cuanto vio a los guardianes allí. Bran Hale y su grupo, los supervisores de campo. Había un grupo de gentes de cuarentena, todos gritando, y los guardianes les apuntaban con sus armas. Hale y sus hombres habían separado a un joven del grupo, despojándole de su respirador, por lo que estaba asfixiándose, y pronto dejaría de respirar si seguía en esas condiciones. Retenían al muchacho casi sin sentido como rehén, encañonado, y

apuntaban a los demás, mientras los de cuarentena y los nativos gritaban.

—¡Basta ya! —gritó Emilio—. ¡Dispersaos!

Nadie le miró, y se abrió paso entre la gente seguido por Dienteazul. Empujó a los hombres armados más de una vez, aunque era consciente de que él no estaba armado, se hallaba solo y no había más testigos que los nativos y la gente de cuarentena.

Los hombres retrocedieron. Emilio arrebató el muchacho a quienes lo retenían y el joven se derrumbó en el suelo. Se arrodilló, con una sensación de vulnerabilidad al dar la espalda a los guardianes, cogió el respirador que estaba en el suelo y lo aplicó al rostro del muchacho. Algunos internos de cuarentena trataron de acercarse, y uno de los hombres de Hale les disparó a los pies.

—¡He dicho que basta! —exclamó Emilio, y se levantó presa de temblores, mirando a las varias decenas de trabajadores de cuarentena y los que todavía no habían podido salir de la cúpula porque se lo impedía su mismo número. Miró también a los diez hombres armados que apuntaban con los rifles, y pensó en la posibilidad de un motín y en Miliko que le esperaba al pie de la colina—. ¡Atrás! ¡Volved adentro! —gritó a los hombres de la cuarentena, y luego se dirigió al joven, hosco e insolente Bran Hale—: ¿Qué ha ocurrido aquí?

—Trató de escapar —dijo Hale—. La máscara se le cayó durante la pelea. Intentó hacerse con un arma.

—Eso es mentira —dijeron al unísono las gentes de cuarentena, tratando de ahogar la voz de Hale.

—Es verdad —replicó Hale—. No quieren a más refugiados en su cúpula. Empezó una pelea y este alborotador intentó huir, pero lo cazamos.

Se alzó un coro de protestas entre la gente de cuarentena. Una mujer, en la primera fila, lloraba desconsolada.

Emilio miró a su alrededor, sintiendo dificultades para respirar. El muchacho caído a sus pies parecía recobrar el sentido, se retorció y tosía. Los nativos permanecían muy juntos y serios, sin perderse detalle de la escena.

—Dime, Dienteazul, ¿qué ha ocurrido? —preguntó Emilio. El nativo se limitó a mirar al hombre de Bran Hale.

—Mis ojos ven —dijo otra voz. Era Satén, que se abrió paso exteriorizando su congoja con varias sacudidas de su cuerpo. El tono de su voz era agudo y quebradizo—. Hale empujó al amigo, duro con arma, le dio golpe.

Tanto los hombres de Hale como los de cuarentena gritaron, y Emilio exigió silencio. Lo que Satén decía era cierto. Conocía a los nativos y a Hale. No le mentía.

—¿Le quitaron el respirador?

—Quitaron —dijo Satén, y cerró con firmeza la boca. Su mirada reflejaba el temor que sentía.

—Muy bien. —Emilio aspiró hondo y miró directamente las duras facciones de Bran Hale—. Será mejor que sigamos hablando de ello en mi oficina.

—Podemos hablar aquí —dijo Hale, deseoso de conservar la ventaja que suponía

estar rodeado de sus hombres. Emilio le miró de hito en hito. No podía hacer otra cosa, pues no estaba armado y carecía de fuerzas que le apoyaran—. La palabra de un nativo no es un testimonio. No va usted a insultarme aceptando la palabra de cualquier nativo, señor Konstantin.

Podía marcharse, volver abajo. Sin duda los de operaciones y los trabajadores podían ver lo que estaba ocurriendo. Tal vez lo habían observado desde sus cúpulas y preferían no darse por enterados. En aquel lugar podían ocurrir accidentes, incluso a un Konstantin. Durante largo tiempo Jon Lukas había sido máxima autoridad en Downbelow, Lukas y sus hombres cuidadosamente seleccionados. Podía alejarse, quizá llegar a Operaciones, solicitar ayuda del transbordador, si Hale le dejaba. Y durante el resto de su vida tendría que oír los comentarios sobre el modo en que Emilio Konstantin reaccionaba ante las amenazas.

—Prepare sus cosas —le dijo en voz baja—, váyanse en ese transbordador cuando parta. Todos ustedes.

—¿Por lo que ha dicho una perra nativa? —Hale perdió su dignidad y eligió gritar. Podía permitírselo. Algunos de los rifles apuntaban ahora a Emilio.

—Váyanse, porque lo digo yo. Suban a ese transbordador. Su trabajo aquí ha terminado.

Vio la tensión de Hale, el cruce de miradas con sus hombres. Alguno se movió. El disparo de un rifle hizo hervir el barro. Uno de los de cuarentena lo había derribado de un manotazo. Por un segundo pareció que iba a producirse un alboroto.

—¡Fuera! —repitió Emilio.

De repente varió el equilibrio de poder. Los obreros jóvenes estaban delante de los hombres de cuarentena, con su propio jefe de grupo, Wei. Hale miró a derecha e izquierda, calculó de nuevo las posibilidades y, finalmente, hizo un breve gesto con la cabeza a sus compañeros, los cuales se pusieron en movimiento. Emilio se quedó mirándolos mientras se retiraban contoneándose a los barracones comunes, sin poder creer todavía que hubiera superado las dificultades. A su lado, Dienteazul soltó un largo siseo y Satén produjo un sonido, como de un escupitajo. Los músculos de Emilio temblaban a causa de la pelea que había estado a punto de producirse. Oyó el ruido del aire expelido de la cúpula cuando salieron los restantes internos de cuarentena, y la cúpula se deshinchó como un globo que pierde parte de su aire. Emilio se enfrentó a los trescientos hombres.

—Vais a aceptar a estos nuevos transferidos en vuestra cúpula, sin altercados ni discusiones. Haremos más excavaciones; vosotros y ellos, y lo más rápido posible. ¿Queréis que duerman al raso? No me vengáis con tonterías.

—Sí, señor —respondió Wei al cabo de un momento.

La mujer que había llorado se adelantó. Emilio dio un paso atrás y ella se agachó para ayudar al muchacho golpeado, el cual hacía esfuerzos para sentarse. Emilio comprendió que era su madre. Otros se acercaron para ayudar al muchacho.

—Quiero que entres para que te vea el médico —le dijo Emilio, cogiéndole de un

brazo—. Dos de vosotros llevadle a Operaciones.

Los hombres vacilaron, puesto que adondequiera que fuesen tenían que escoltarles los guardianes. Pero Emilio se dio cuenta entonces de que no había guardianes. Acababa de ordenar a todas las fuerzas de seguridad de la base principal que se marcharan.

—Volved adentro —dijo a los restantes—. Quiero que esa cúpula vuelva a la normalidad. Ya hablaremos más tarde. —Y mientras aún retenía su atención añadió —: Mirad a vuestro alrededor. Hay aquí todo un mundo, maldita sea. Ayudadnos. Hablad conmigo si tenéis alguna queja. Haré que podáis comunicaros sin dificultad. Aquí estamos todos apretados, con poco espacio, todos sin excepción, y si no lo creéis venid a echar un vistazo a mis habitaciones. Si es preciso puedo mostraros a algunos de vosotros en qué estado se encuentran las instalaciones. Pasamos tantas estrecheces porque estamos construyendo. Ayudadnos a construir y las cosas mejorarán para todos.

Le miraron asustados, sin poder creerle. Habían llegado allí en naves sobrecargadas y remendadas. Allá, en la estación, habían estado confinados en la sección de cuarentena, y aquí vivían rodeados de barro, en unos habitáculos insuficientes e iban de un lado a otro bajo la amenaza de las armas. Emilio suspiró al tiempo que remitía su ira.

—Venga, dispersaos —les dijo—. Volved a vuestros quehaceres y haced espacio para esta gente.

Entonces se movieron. El muchacho, entre un par de jóvenes, se dirigió a Operaciones, y los restantes regresaron a su cúpula. Esta vez las delgadas puertas fueron abriéndose y cerrándose en secuencia, admitiendo a un grupo tras otro, hasta que todos estuvieron dentro, y la cúpula deshinchada empezó a perder parte de sus arrugas a medida que el compresor reponía el aire.

Los nativos seguían con Emilio, charlando en voz baja y agitando sus cuerpos. Tendió una mano y tocó a Dienteazul, el cual le tocó a su vez con una mano peluda y callosa, mientras los restos de excitación sacudían su cuerpo. Satén, a su otro lado, permanecía quieta, con la mirada sombría.

Todos los nativos que le rodeaban tenían aquella misma expresión preocupada. Las querellas humanas, la violencia, les eran ajenas. Los nativos podían golpear en un momento de ira, pero Emilio nunca los había visto pelearse en grupo, manejar armas... Sus cuchillos no eran más que utensilios e instrumentos de caza. Sólo mataban para procurarse el sustento, y Emilio se preguntaba qué pensarían, qué imaginarían al ver a los humanos encañonándose mutuamente con sus armas.

—Nos vamos allá arriba —dijo Satén.

—Sí, iréis. Habéis hecho bien los dos, Satén y Dienteazul, al avisarme.

Todos los hisa se agitaron, con aquellas breves convulsiones que les caracterizaban, y apareció en sus rostros una expresión de alivio, como si no hubieran estado seguros. Entonces pasó por la mente de Emilio que había ordenado a Hale y



sus hombres que partieran en aquel mismo transbordador, y que el despecho humano todavía podía tener consecuencias desagradables.

—Hablaré con el hombre que está al mando de la nave —les dijo—. Vosotros y Hale viajaréis en secciones distintas. No tendréis problemas, os lo prometo.

—Bueno, bueno, bueno —dijo Satén, abrazándole.

Él le acarició el hombro, se volvió y recibió también un abrazo de Dienteazul, al que palmeó el áspero pelaje. Luego los dejó y se dirigió a la cresta de la colina, donde estaba el lugar de aterrizaje, deteniéndose al ver allí a varias personas. Eran Miliko y otros dos, todos con rifles. Se sintió súbitamente aliviado al pensar que, después de todo, había alguien que le apoyaba. Hizo un gesto con la mano, dando a entender que todo iba bien, y se apresuró a su encuentro. Miliko corrió a él y se abrazaron. Los otros, dos guardianes del transbordador, llegaron poco después a su lado.

—Voy a enviar arriba algunas personas —les dijo—. Los he desautorizado y tengo quejas contra ellos. No quiero que estén armados. También envió algunos nativos, y no quiero que los dos grupos estén próximos en ningún momento.

—Sí, señor —dijeron los dos guardianes, sin hacer comentario alguno ni objetar nada.

—Podéis regresar. Haced que suban a bordo los asignados. Todo está bien.

Los hombres fueron a cumplir sus órdenes. Miliko conservó el rifle que alguien le había prestado, y permaneció a su lado, rodeándole firmemente con un brazo.

—La gente de Hale —explicó Emilio—. Los he despachado a todos.

—Entonces nos quedamos sin guardianes.

—Los causantes del alboroto no han sido los de cuarentena. —Sintió un nudo en el estómago, pues empezaba a reaccionar a lo ocurrido—. Supongo que te han visto en la colina. Quizá hayan cambiado de idea.

—En la estación hubo una llamada de alerta. Estaba segura de que se trataba de la cuarentena. Los del transbordador llamaron a la estación central.

—Entonces será mejor que vayamos a Operaciones y cancelemos la llamada.

Todavía abrazados, bajaron por la cuesta en dirección a la cúpula. Emilio tenía las rodillas débiles, como si se hubieran licuado.

—No estaba allá arriba —dijo ella.

—¿Dónde?

—En la colina. Cuando llegamos allí no había más que nativos y gente de cuarentena.

—Emilio soltó un juramento, maravillándose de que su jugada hubiera salido bien. Su actitud de firmeza había sido un farol que los otros se tragaron.

—Bueno, nos hemos librado de Bran Hale —comentó.

Llegaron a la brecha entre las colinas, cruzaron el puente sobre las conducciones de agua y ascendieron de nuevo. Dentro de Operaciones, el muchacho estaba bajo los cuidados del médico, y un par de técnicos armados con pistolas vigilaban nerviosos a los dos hombres de cuarentena que lo habían llevado allí. Emilio les hizo una seña y

los dos enfundaron sigilosamente las armas. Parecían conmocionados por el conjunto de la situación.

Emilio pensó que eran neutrales. Se hubieran ido con el ganador, cualquiera que fuese, en caso de que hubiera habido una pelea allá afuera, sin ponerse de su parte. Y esa certidumbre no le enfurecía, sólo le decepcionaba.

—¿Está bien, señor? —le preguntó Jim Ernst. Él asintió y permaneció de pie, mirando, con Miliko a su lado.

—Llama a la estación —ordenó al cabo de un momento—. Di que la situación está controlada.

Se acurrucaron en el espacio oscuro que les habían destinado los humanos, en la gran panza vacía de la nave, amedrentados por el retumbar de los motores. Tenían que utilizar los respiradores, lo cual era la primera entre las incomodidades que posiblemente les aguardaban. Se aferraron a los pasamanos, como los humanos les habían dicho que hicieran para asegurarse, y Satén abrazó a Dienteazul-Da-lut-hosme. Detestaba aquel lugar, el frío y la incomodidad de los respiradores, y estaba asustada porque les habían dado instrucciones para su seguridad. Nunca había pensado en las naves como objetos con paredes y techos, elementos que le causaban desasosiego, jamás había imaginado el vuelo de las naves como algo tan violento que pudiera causarles la muerte, sino como algo magnífico y delirante, como la sensación de libertad que deben experimentar los pájaros al remontarse en el cielo. Apoyada en los cojines que les habían dado los humanos, se estremecía sin remedio, y se daba cuenta de que Dienteazul temblaba también.

—Podríamos regresar —dijo él, pues no había sido idea suya aquel viaje.

Ella no dijo nada y apretó las mandíbulas para reprimir los deseos de gritar que sí, que deberían llamar a los humanos y decirles que dos nativos muy pequeños y desgraciados habían cambiado de idea.

Entonces se incrementó el sonido de los motores. Satén sabía qué era aquello, porque lo había oído con frecuencia. Y ahora le producía un profundo horror.

—Veremos el gran Sol —dijo a su compañero, ahora que ya no podían hacer nada—. Veremos el hogar de Bennett. Dienteazul la abrazó con más fuerza.

—Bennett —repitió. Aquel nombre los consolaba—. Bennett Jacint.

—Veremos las imágenes-espíritus de allá arriba.

—Veremos el Sol.

Tuvieron la impresión de un gran peso sobre ellos y notaron el movimiento. Dienteazul le apretó la mano hasta hacerle daño, pero ella oprimió la de su compañero con igual firmeza. A Satén se le ocurrió que podría aplastarles aquella gran fuerza que los humanos soportaban, que quizá los humanos los habían olvidado allí, en las profundas entrañas de la nave. Pero no podía ser, porque los nativos iban y venían, los hisa sobrevivían a aquella gran fuerza, volaban y veían todas las

maravillas de allá arriba, caminaban por un lugar desde donde podían ver, abajo, las estrellas, y miraban al gran Sol, llenaban sus ojos de cosas buenas. Estaban en primavera y ambos habían empezado a sentir el calor. Ella había elegido el viaje que haría, el más largo de todos, y el más alto de todos los lugares, donde pasaría la primavera.

La presión se suavizó, pero la sensación de movimiento continuaba y siguieron abrazados. Les habían advertido que volarían a un lugar muy lejano y que no debían soltarse hasta que llegara un hombre y se lo dijera. Los Konstantin les habían dicho lo que debían hacer, y sin duda estarían seguros. Satén lo creía así con una fe que aumentaba a medida que iba decreciendo aquella fuerza aplastante. Sabía que estaban en camino, que volaban.

Apretó la concha que le había dado Konstantin, el regalo que señalaba aquel Tiempo para ella. También se adornaba con el paño rojo que era su tesoro especial, lo mejor que poseía, después del honor que le había hecho Bennett al darle un nombre. Estas cosas le proporcionaban más seguridad, seguridad que extendía también a Dienteazul, por quien estaba cada vez más encariñada, hacia el que sentía un afecto verdadero y no sólo el calor primaveral del acoplamiento. No era el más grande ni tampoco el más apuesto, pero era inteligente y tenía las ideas claras.

Desde luego, tenía también sus rarezas. Y así, le vio buscar en una de las bolsas que llevaba, de la que extrajo una ramita cuyas yemas se habían abierto y se quitó el respirador para aspirar el aroma, tras lo cual se la ofreció a ella. Aquel olor les devolvió su mundo, el río, las promesas.

Satén sintió una oleada de calor que le hizo sudar a pesar de la frescura ambiental. No era lógico estar tan cerca de él y no tener la libertad de la tierra, espacio para correr, la inquietud que la adentraría más y más en las tierras solitarias donde sólo habitaban las imágenes. Estaban viajando, de una manera extraña y distinta, de una manera que el gran Sol contemplaba igualmente, por lo que ella no tenía que hacer nada. Aceptaba las atenciones de Dienteazul, primero nerviosamente y luego con creciente facilidad, porque estaba bien. Ya no necesitaba los juegos a que se habían entregado en la superficie de la tierra, hasta que él fue el último macho decidido a seguirla adonde ella fuera. Él era el que había llegado más lejos, y ahora estaba allí, lo cual era perfecto.

El movimiento de la nave cambió. Por un momento el temor les hizo abrazarse, pero los hombres les habían advertido y sabían que habrían de atravesar unos momentos en los que ocurrirían cosas raras. Rieron, se acoplaron y descansaron, sintiendo vértigo y júbilo. Se maravillaron de que la ramita flotara ante ellos en el aire, moviéndose cuando la empujaban por turno. Ella alargó cuidadosamente la mano, la cogió y rió de nuevo antes de dejarla libre otra vez.

—Aquí es donde vive el Sol —comentó Dienteazul.

Ella pensó que así debía ser e imaginó al Sol deslizándose majestuosamente a través de la luz de su fuerza, y a ellos nadando en la misma luz, hacia el lugar de allá

arriba, el hogar metálico de los humanos, con sus brazos extendidos para recibirles. Y se acoplaron una y otra vez, entre espasmos de alegría.

Al cabo de mucho tiempo se produjo otro cambio, sintieron leves tensiones en las juntas y poco a poco retornó aquella intensa sensación de peso.

—Estamos bajando —dijo Satén, pero permanecieron quietos, recordando lo que les habían dicho, que debían esperar a un hombre que les avisaría cuando llegara el momento.

Se produjeron una serie de saltos y ruidos terribles, y los dos nativos permanecieron acurrucados y abrazados. Pero ahora el suelo bajo ellos era sólido. En el altavoz por encima de sus cabezas se oyeron voces humanas que daban instrucciones, y ninguna parecía asustada. Su sonido era el habitual de los humanos, apresurado y seco.

—Creo que estamos bien —dijo Dienteazul.

—Hemos de quedarnos quietos —le recordó ella.

—Nos olvidarán.

—No lo harán —le aseguró Satén, pero tenía sus dudas, tan oscuro estaba el lugar y tan desolado, con sólo una lucecita sobre sus cabezas.

Se oyó un terrible chirrido metálico. La puerta por la que habían entrado se abrió, y afuera no se veían colinas y bosques, sino un pasadizo con nevadura, como una garganta, que les lanzaba aire frío.

Apareció un hombre con un traje marrón, que llevaba un megáfono en la mano.

—Venid —les dijo, y ellos se apresuraron a obedecer.

Al levantarse, Satén observó que le temblaban las piernas. Se apoyó en Dienteazul, el cual sufría también ligeras convulsiones. El hombre les dio regalos, unos cordones plateados para que se los colgaran.

—Son vuestros números —les dijo—. Llevadlos siempre. —Anotó sus nombres y les señaló el pasadizo—. Venid conmigo. Os llevaré a la recepción.

Le siguieron por el amedrentador pasadizo, hasta un lugar parecido al vientre de la nave en que habían viajado, metálico y frío, pero muy grande, enorme. Satén miró a su alrededor, temblando.

—Estamos en una nave más grande —dijo—. Esto también es una nave. —Se dirigió al humano—: Hombre, ¿estamos allá arriba?

—Esto es la estación —replicó el humano.

Un escalofrío recorrió a Satén. Ella había esperado panoramas, el calor del Sol. Se regañó a sí misma, diciéndose que debía tener paciencia y que ya llegarían las cosas hermosas que esperaba.

## II

### Pell: Sector azul cinco; 9/2/52

EL APARTAMENTO ESTABA ASEADO, LOS CACHIVACHES GUARDADOS EN CAPACHOS. Damon se puso la chaqueta, cuyo cuello alisó. Elene aún estaba vistiéndose, tratando de disimular la cintura, tal vez un poco descontrolada. Aquél era el segundo vestido que se probaba, y también parecía frustrarla. Él se le acercó por detrás, le rodeó el vientre con sus brazos y buscó su mirada en el espejo.

—Estás muy guapa. ¿Qué importa que se te note un poco?

—Está claro que es algo más que un ligero aumento de peso.

—Estás maravillosa —dijo él, esperando una sonrisa, pero Elene seguía pareciendo inquieta—. ¿Algo no va bien? —Pensó que se había preocupado demasiado por tener un buen aspecto y quedar bien, hasta había encargado artículos especiales en el economato y estaba nerviosa por la velada inminente; de ahí que se incomodara por las cosas más nimias—. ¿Te molesta que haga venir a Talley?

Ella deslizó lentamente los dedos sobre los suyos.

—No, no me molesta. Pero no sé si tendré algo que decirle. Nunca he hablado con alguien de la Unión.

Damon dejó caer los brazos y la miró a los ojos cuando ella se volvió. Los preparativos, el afán de complacer, le habían extenuado. No estaba entusiasmada, lo cual él ya había temido.

—Tú misma lo sugeriste. Te pregunté si estabas segura. Elene, si no estabas convencida del todo...

—Hace tres meses que el caso de ese muchacho te pesa en la conciencia. Perdona mis escrúpulos. Siento curiosidad, eso es todo.

Él sospechaba que Elene ponía un empeño especial en satisfacerle, aunque ciertas cosas no le agradaran. Quizá era por gratitud, o su modo de decirle que se preocupaba por él. Recordaba las largas tardes sentados cada uno en su lado de la mesa, ella pensando en *Estelle* y él en las vidas de las que era responsable. Le habló de Talley cierta noche en la que al fin acabó escuchándola a ella, y cuando llegó la ocasión... aquellos gestos eran muy propios de Elene. Él no recordaba haberle planteado más problema que aquél, y ella lo aceptó, trató de resolverlo, por difícil que fuera. Un hombre de la Unión. Damon no tenía manera de saber lo que ella sentía bajo aquellas circunstancias, aunque creyó saberlo.

—No pienses eso —dijo ella—, ya te he dicho que siento curiosidad. Lo que me preocupa es la situación social. ¿Qué puedo decirle? ¿Hablarle de los viejos tiempos? «¿No nos hemos visto antes, señor Talley?». «¿Tal vez nos liamos a tiros?». O

podríamos hablar de la familia...». ¿Qué tal está la suya, señor Talley?». O del hospital. «¿Ha disfrutado de su estancia en Pell, señor Talley?».

—Elene...

—Tú me has preguntado.

—Ojalá hubiera sabido lo que sientes.

—¿Y cómo te sientes tú? Sinceramente.

—Azorado —confesó, apoyándose en el mostrador—, pero, Elene...

—Si quieres saber lo que siento acerca de esta visita, te diré que estoy inquieta. Sólo eso. Tenemos que agasajar a ese hombre y, francamente, no sé qué vamos a hacer con él. —Se volvió de cara al espejo y tiró de la cintura del vestido—. Eso es lo que me inquieta, pero confío en que esté cómodo y todos tengamos una velada agradable.

Damon comprendió que no sería precisamente agradable, que se producirían largos silencios embarazosos.

—He de ir a buscarle. Estará esperando. —Y entonces se le ocurrió una buena idea—. ¿Por qué no vamos a la sala general? No importa lo que hayas preparado aquí. Así todo sería más fácil y ninguno de los dos tendríamos que hacer el papel de anfitriones.

Los ojos de Elene se iluminaron.

—¿Nos reuniremos allí? Conseguiré una mesa. Puedo guardar en el congelador todo lo que he preparado.

—Hazlo. —La besó en la oreja, única zona disponible, y tras darle unas palmaditas salió rápidamente.

Desde la consola de seguridad enviaron una llamada a Talley, el cual apareció enseguida en el vestíbulo, con ropas nuevas e impecables. Damon se acercó a él con la mano tendida. En el rostro de Talley apareció una sonrisa mientras la estrechaba, que se desvaneció con rapidez.

—Ya tiene autorización de salida —le dijo Damon, el cual recogió de la consola un pequeño carnet de plástico y se lo dio—. Cuando entre de nuevo, con esto todo será automático. Aquí tiene su documento de identidad, su tarjeta de crédito y una nota con el número de ordenador que le corresponde. Memorice el número y destruya la nota.

Talley echó un vistazo a los papeles, visiblemente conmovido.

—¿Tengo permiso?

Era evidente que nadie se lo había dicho. Le temblaban las manos, los finos dedos que recorrían las palabras en relieve impresas en las tarjetas. Se las miró, tomándose tiempo para asimilar la situación, hasta que Damon le tocó la manga y le hizo avanzar por el pasillo.

—Tiene buen aspecto —le dijo, y así era. Las puertas de acceso, más adelante,

reflejaban sus imágenes en la superficie plástica.

De repente pensó en Elene y sus temores, porque no sentía la menor inseguridad en presencia de Talley. No sólo en su aspecto físico, sino en toda su persona, en su expresión y sus ademanes, no había el menor rastro de culpabilidad, jamás lo había habido. Recordó las preguntas de Elene. ¿Qué podría decirle? ¿Que lo sentía? ¿Que lamentaba no haber leído nunca su expediente? ¿Que sentía haberle ejecutado... pero que les había apremiado el tiempo? ¿Que la perdonara, porque en general solía hacer mejor las cosas?

Abrió la puerta y Talley sostuvo su mirada al pasar, sin acusaciones, sin amargura. No se acordaba, no podía recordar.

—Su pase —le dijo Damon mientras se dirigían al ascensor—. Se le llama etiqueta blanca. ¿Ve los círculos de colores junto a aquella puerta? También hay uno blanco. Su tarjeta es una llave, lo mismo que su número de ordenador. Si ve un círculo blanco tiene acceso por medio de la tarjeta o el número. El ordenador la aceptará. No intente entrar en ningún sitio que no esté señalizado con el color blanco, porque entonces sonarían las alarmas y se pondrían al instante en movimiento las fuerzas de seguridad. ¿Conoce usted estos sistemas, verdad?

—Los comprendo.

—¿Recuerda sus conocimientos informáticos? Hubo una pausa de silencio.

—La técnica es especializada, pero recuerdo un poco de teoría general.

—¿Sólo un poco?

—Si me sentara ante un tablero... probablemente me acordaría.

—Y a mí, ¿me recuerda?

Habían llegado al ascensor. Damon oprimió los botones para una llamada privada, privilegio que le daba su rango, pues no quería estar rodeado de gente. Se volvió y su mirada se encontró con la de Talley, demasiado abierta. Los adultos normales vacilaban, movían los ojos, miraban a un lado y a otro, se centraban en uno u otro detalle. La mirada de Talley carecía de ese movimiento, como la de un loco, un niño o la estatua de un dios.

—Recuerdo que me ha preguntado eso en otra ocasión —dijo Talley—. Es usted uno de los Konstantin, los que poseen Pell, ¿verdad?

—No la poseemos, pero hace mucho tiempo que estamos aquí.

—En cambio, yo hace poco que estoy aquí, ¿verdad?

Bajo sus palabras subyacía un tono de preocupación. Damon sintió un escalofrío y se preguntó qué sentiría uno al saber que ciertos fragmentos de su mente habían desaparecido. ¿Cómo podía tener sentido algo?

—Nos conocimos cuando usted llegó aquí. Debería saberlo... Soy el que accedió a que se sometiera a Corrección, en la oficina de Asuntos Legales. Firmé los documentos de compromiso.

Entonces el joven pareció tener una leve reacción, pero en aquel momento llegó el ascensor. Damon sostuvo la puerta abierta.

—Usted me dio los documentos —dijo Talley. Entró en el camarín y Damon le siguió y dejó que la puerta se cerrara. El ascensor inició la ascensión hacia el nivel verde, cuyo botón había oprimido—. Usted me visitaba con frecuencia. Era el que estaba allí muy a menudo, ¿verdad?

Damon se encogió de hombros.

—No quería llegar a eso; no me parecía bien. Creo que lo comprende.

—¿Desea algo de mí?

En el tono de Talley estaba implícita su buena disposición, o al menos su aceptación de todas las cosas. Damon le devolvió la mirada.

—Tal vez su perdón —le dijo con cinismo.

—Eso es fácil.

—¿De veras?

—¿Por eso ha venido? ¿Ese ha sido el motivo de su visita? ¿Por lo que me ha pedido que le acompañara?

—¿Usted qué cree?

La amplia mirada se anubló un poco y pareció concentrarse.

—No lo sé. Ha sido usted amable al venir.

—¿Creía que podría no serlo?

—Desconozco cuál es la extensión de mi memoria. Sé que tiene lagunas. Es posible que le conociera a usted antes. Podría recordar cosas que no son ciertas. Todo es lo mismo. Usted no me hizo nada, ¿no es así?

—Pude haberlo impedido.

—Yo pedí la Corrección... ¿verdad? Creía que lo había pedido.

—Lo pidió, en efecto.

—Entonces recuerdo algo que es cierto. O acaso me lo dijeron. No lo sé. ¿Debo ir con usted o es esto todo lo que quería?

—¿Preferiría no venir conmigo?

Talley parpadeó repetidamente antes de responder.

—Pensaba... cuando no estaba muy bien... que tal vez le había conocido. Entonces carecía por completo de memoria. Me alegraba de que usted fuera a verme. Era alguien... del otro lado de los muros. Y los libros... gracias por los libros. Me alegré mucho al recibirlos.

—Míreme.

Talley le obedeció, con una ligera aprensión.

—Quiero que venga. Me gustaría que viniera. Eso es todo.

—¿Adónde dijo? ¿A conocer a su esposa?

—A conocer a Elene y a ver Pell, es decir, lo mejor que tiene Pell.

—De acuerdo. —La mirada de Talley siguió fija en él, una mirada que expresaba confianza.

—Le conozco —dijo Damon—. He leído los informes del hospital. Sé cosas de usted que ignoro de mi propio hermano. Creo que es justo decírselo.



—Todo el mundo las ha leído.

—¿Quién es... todo el mundo?

—Todas las personas que conozco. Los médicos... todos los del centro.

Damon pensó en ello. Le disgustaba profundamente que una persona hubiera de someterse a semejante intrusión.

—Se borrarán las transcripciones.

—Como me han borrado a mí. —Una débil y triste sonrisa curvó los labios del joven.

—No ha sido una reestructuración total —dijo Damon—. ¿Comprende?

—Sé lo que me han dicho.

El ascensor se detuvo finalmente en el sector verde. Las puertas se abrieron ante uno de los corredores de más tráfico de Pell. Otros pasajeros querían entrar. Damon cogió a Talley del brazo y le hizo pasar entre la gente. Algunas cabezas se volvieron hacia ellos, al ver a un desconocido de aspecto fuera de lo corriente, o el rostro de un Konstantin, con relativa curiosidad. Se oía rumor de voces y una música suave que llegaba de la sala general. Algunos trabajadores nativos estaban en el corredor, atendiendo las plantas que crecían allí. Damon y Talley avanzaron entre el anonimato de la gente que iba y venía por el amplio pasillo.

Este daba acceso a la sala general, que estaba a oscuras, y cuya única luz procedía de las enormes pantallas proyectoras que tenía por paredes y en las que se veían estrellas, la media luna de Downbelow, el resplandor del sol filtrado y las plataformas recogidas por las cámaras exteriores. La música era agradable, una mezcla de sonidos electrónicos, campaneos y de vez en cuando el trémolo de un bajo, todo ello equilibrado por el rumor de la conversación en las mesas que llenaban el centro de la sala curva. Las pantallas cambiaban con el giro incesante de Pell, y las imágenes pasaban de vez en cuando de una a otra de las pantallas que se extendían desde el suelo hasta el alto techo. El suelo y las diminutas figuras humanas sentadas a las mesas estaban a oscuras.

—Quen-Konstantin —dijo Damon a la joven que estaba tras el mostrador de la entrada.

Enseguida se acercó un camarero para conducirlos a la mesa reservada. Pero Talley se había detenido. Damon miró atrás y vio que miraba boquiabierto las pantallas.

—Josh. —Al ver que no reaccionaba le tocó suavemente un brazo—. Por aquí.

Algunos recién llegados a la sala general perdían el equilibrio a causa del lento giro de las imágenes que empequeñecían las mesas. Damon sostuvo el brazo del joven mientras avanzaban hacia la mesa, en primera fila, con una vista sin ningún obstáculo de las pantallas.

Elene se levantó cuando llegaron.

—Josh Talley —dijo Damon—. Elene Quen, mi esposa. Elene parpadeó, con la reacción común de cuantos veían a Talley. Tendió la mano lentamente, y él se la

estrechó.

—Josh, ¿verdad? Elene. —Se sentó de nuevo y ellos lo hicieron también. El camarero aguardaba—. Otro. —dijo Elene.

—Especial —añadió Damon, mirando a Talley—. ¿Tiene alguna preferencia o confía en mí?

Talley se encogió de hombros, al parecer incómodo.

—Dos —dijo Damon, y el camarero se marchó. Miró a Elene—. Esta noche hay mucha gente.

—Últimamente son pocos los residentes que van a las plataformas —comentó Elene.

Aquello explicaba la afluencia de público. Los mercantes estacionados habían ocupado en exclusiva un par de bares, lo cual creaba un problema de seguridad.

—Aquí sirven de cenar —dijo Damon, mirando a Talley—. Por lo menos bocadillos.

—Ya he comido —replicó el muchacho en un tono distante, apropiado para cortar toda conversación.

—¿Ha pasado mucho tiempo en estaciones? —le preguntó Elene.

Damon buscó su mano por debajo de la mesa, pero Talley movió la cabeza, sin afectarse lo más mínimo por la pregunta.

—Sólo he estado en Russell.

—Pell es la mejor —aseguró Elene, y Damon se preguntó si lo decía en 'serio—. No hay nada como esto en las otras.

—Quen... es un nombre de mercante.

—Lo fue. Los destruyeron en Mariner. Damon le apretó la mano sobre el regazo. Talley la miró compungido.

—Lo siento.

Elene movió la cabeza.

—Estoy segura de que usted no tuvo la culpa. Los mercantes reciben de uno y otro lado. Tuvieron mala suerte, eso es todo.

—No puede recordar —dijo Damon.

—¿No puede? —le preguntó Elene. Talley hizo un leve gesto negativo.

—Así pues, nadie tuvo la culpa. Me alegro de que haya podido venir. La Profundidad le envió. ¿Sólo un estacionado ha jugado a los dados con usted?

Damon estaba perplejo, pero Talley sonrió débilmente, como si aquél fuera un extraño chiste que parecía comprender.

—Supongo que sí.

—Qué suerte la suya —dijo Elene, mirando de soslayo a Damon y apretándole la mano—. Usted puede jugar a los dados y ganar en la plataforma, pero la vieja Profundidad carga los suyos, proporciona suerte a un hombre así, le da un toque especial. Este es un lugar para quienes sobreviven, Josh Talley.

¿Qué era todo aquello? ¿Una amarga ironía? ¿Un esfuerzo para darle la

bienvenida al joven? Era el humor de los mercantes, tan impenetrable como si fuera otro idioma. Pero a Talley parecía relajarle. Damon retiró la mano y se arrellanó en su silla.

—¿Han hablado con usted de algún trabajo, Josh?

—No.

—Ya no está usted retenido. Si no puede trabajar, la estación podrá mantenerle durante algún tiempo. Pero he hecho algunas gestiones, buscándole una tarea que pueda realizar por las mañanas, trabajar tanto como le sea posible en ello y regresar a casa a mediodía. ¿Qué le parece?

Talley no dijo nada, pero la expresión de su rostro, semiiluminado ahora por la imagen del sol, decía que le atraía la oferta, que se aferra a ella. Damon apoyó los brazos sobre la mesa, azorado porque lo que iba a ofrecer era muy poca cosa.

—Es posible que le decepcione, porque usted está cualificado para cosas más importantes. Se trata del salvamento de maquinaria pequeña, pero en todo caso es un trabajo... mientras espera algo mejor. Le he encontrado una habitación, en el albergue central de los mercantes, con baño pero sin cocina... no se puede pedir más en las presentes circunstancias. El crédito de su trabajo está garantizado por las leyes de la estación para que cubra sus necesidades básicas de alimentación y alojamiento. Como no tiene cocina, su tarjeta de crédito sirve para cualquier restaurante hasta cierto límite, rebasado el cual tendrá que pagar... pero siempre se aceptan voluntarios para diversos trabajos y podrá apuntarse a fin de obtener extras. Finalmente la estación le exigirá una jornada de trabajo completa por la manutención y el alojamiento, pero eso no ocurrirá hasta que certifiquen su capacidad, ¿Está de acuerdo?

—¿Estoy libre?

—Sí, lo está para todo aquello que sea razonable.

Llegaron las bebidas. Damon tomó su espumoso brebaje de frutas veraniegas y alcohol, y observó con interés mientras Talley bebía una de las exquisiteces de Pell y reaccionaba con placer.

—Usted no es estacionado —observó Elene tras una pausa de silencio.

Talley miraba más allá de ellos, a las paredes, al lento ballet de las estrellas. Damon recordó lo que una vez le dijo su mujer: «Cuando estás en una nave ves muy poco el exterior. No es lo que te parece. Estar allí, el funcionamiento de la nave, la sensación de atravesar distancias inmensas es lo que puede sorprenderte. Te sientes como una mota de polvo entre la magnitud sideral, atravesando ese vacío por tus propios medios, lo que no puede hacer ningún mundo, y sin nada que gire a tu alrededor. Hacer eso, sabiendo que el viejo duende de la Profundidad es lo que hay al otro lado de la pared metálica en la que te apoyas, es lo impresionante. A los estacionados os gustan vuestras ilusiones. Y la gente de los mundos, que viven bajo cielos azules, ni siquiera saben cuál es la realidad».

De repente Damon sintió un escalofrío, al ver la pareja que formaban Elene y aquel hombre frente a él, su esposa y la imagen de un dios que era Talley. No se

trataba de celos, sino de una especie de pánico. Bebió lentamente y observó a Talley, el cual miraba las pantallas como no lo hacía ningún estacionado, como un nombre que recordara la respiración.

«Olvídate de la estación», había oído en la voz de Elene. «Aquí nunca estarás satisfecho». Era como si ella y Talley hablaran un lenguaje distinto al suyo, aunque utilizaran las mismas palabras, como si un mercante que había perdido su nave por causa de la Unión, pudiera compadecerse de un unionista que había perdido la suya y que ahora estaba estacionado como ella. Damon buscó la mano de Elene por debajo de la mesa y la apretó.

—Tal vez no pueda darle lo que más desea —le dijo a Talley, negándose a sentirse herido, con deliberada cortesía—. Pero Pell no le retendrá para siempre, y si puede encontrar algún mercante que le acepte cuando sus papeles estén totalmente en regla... es posible que lo haga algún día en el futuro. Pero siga mi consejo y quédese aquí una larga temporada. Las cosas no se han solucionado y los mercantes no hacen más que viajes de ida y vuelta a las minas.

—Los elevadores permanecen inactivos en las plataformas —murmuró Elene—. No hacen más que beber, y se nos terminará el licor antes que el pan en Pell. Pero aún resistiremos bastante y las cosas mejorarán. Que Dios nos ayude, porque no podemos contener lo que hemos tragado para siempre.

—Elene.

—También él está en Pell, ¿no? ¿No estamos todos? Su vida depende de la estación.

—Yo no le haría ningún daño a Pell —dijo Talley. Su mano se movió sobre la mesa con un ligero tic. Aquella aversión era una de sus pocas implantaciones. Damon mantuvo la boca cerrada, pues conocía el bloqueo psíquico. No era menos real por el hecho de que se lo hubieran inculcado profundamente. Talley era inteligente; tal vez incluso podría llegar a comprender lo que le habían hecho—. Yo... —El joven movió de nuevo la mano—. No conozco este sitio. Necesito ayuda. A veces no estoy seguro de cómo me metí en esto. ¿Lo saben ustedes? ¿Lo sabía yo?

Aquella era una extraña conexión de los datos. Damon le miró inquieto, temeroso por un momento de que Talley cayera en alguna embarazosa clase de histeria, pues no estaba seguro de qué podría hacer con él en un lugar público.

—Tengo los registros —dijo, respondiendo a la pregunta de Talley—. Eso es todo cuanto sé.

—¿Soy su enemigo?

—Creo que no.

—Recuerdo Cyteen.

—Está usted haciendo conexiones que no puedo seguir, Josh.

—Tampoco yo puedo seguirlas —dijo él, con un temblor en los labios.

—Ha dicho usted que necesita ayuda. ¿En qué, Josh?

—Aquí. La estación. Usted no dejará de venir...

—Si se refiere a las visitas, ya no seguirá en el hospital. —De repente comprendió que Talley lo sabía—. ¿Quiere decir que le buscaré un trabajo y ya no me preocuparé más de usted? No. Le visitaré la próxima semana, puede contar con ello.

Elene intervino entonces.

—Iba a sugerir que proporciones a Josh un permiso para que pueda ponerse en contacto a través del ordenador. En cualquier momento puede tener problemas, y a cualquiera de nosotros le sería factible resolver una situación difícil. Legalmente somos responsables de él. Si no puede ponerse en contacto con Damon, llame a mi oficina.

Talley aceptó el ofrecimiento con un movimiento de cabeza. Las pantallas cambiantes continuaban su vertiginoso avance. Permanecieron largo tiempo sin decir nada, escuchando la música y tomando otra ronda de bebidas.

—Me gustaría que viniera a cenar el fin de semana —dijo al fin Elene—. Se arriesgara a probar mis platos. Y tengo un juego de cartas. Supongo que juega a las cartas.

Talley miró sutilmente a Damon, como si pidiera su aprobación.

—Celebramos esa velada de juego desde hace mucho tiempo —explicó Damon—. Una vez al mes mi hermano y su esposa combinaban turnos con nosotros. Hasta que se produjo la crisis y los transfirieron a Downbelow. —Entonces se dirigió a Elene—: Josh juega.

—Estupendo.

—No soy afortunado —dijo Talley.

—No apostaremos —replicó Elene.

—Iré.

—Muy bien —dijo ella.

Un instante después los ojos de Josh se entrecerraron. Él trató de vencer la modorra y se espabiló enseguida. Toda la tensión le había abandonado.

—¿Cree que podrá salir de aquí andando, Josh? —le preguntó Damon.

—No estoy seguro —replicó el muchacho, angustiado.

Damon y Elene se levantaron. Con mucho cuidado, Talley echó la silla atrás, se levantó y avanzó entre ellos. Damon pensó que la suave bebida que había ingerido no podía haberle hecho efecto, y que aquella reacción se debía a las pantallas y el cansancio. Una vez en el corredor, Talley se recuperó y pareció recobrar el aliento con la luz y la estabilidad que había allí. Los ojos redondos de tres nativos les miraron por encima de las máscaras.

La pareja acompañó al muchacho hasta el ascensor y le llevaron a las dependencias del sector rojo. Cruzó las puertas de vidrio y pasó a la custodia del puesto de seguridad. El guardián de turno era uno de los Muller.

—Compruebe que esté bien instalado —dijo Damon.

Al otro lado de la consola, Talley se detuvo, miró atrás, hacia ellos, con curiosa intensidad, hasta que llegó el guardián y le acompañó por el corredor.

Damon pasó un brazo sobre los hombros de Elene y emprendieron el regreso a su alojamiento.

—Ha sido una buena idea pedírselo —dijo él.

—Está azorado —comentó Elene—, pero ¿quién no lo estaría? —Le siguió a través de las puertas que daban al corredor, y caminaron cogidos de la mano—. La guerra tiene desagradables contingencias. Si cualquiera de los Quen hubiera salido bien librado del desastre del Mariner... habría sido así, precisamente el otro lado del espejo, ¿verdad?... para uno de los míos. Así pues, que Dios nos ayude y le ayude. Él podría ser uno de los nuestros.

Elene había bebido bastante más que él, y cada vez que lo hacía se ponía malhumorada. Pensó en el bebé, pero no era el momento de decirle nada desagradable. Le apretó la mano, le revolvió el cabello y se encaminaron a casa.

### III

## Estación Cyteen: Área de seguridad; 9/8/52

NI MARSH NI SU EQUIPAJE HABÍAN LLEGADO TODAVÍA. AYRES SE INSTALÓ CON los otros y eligió una de las cuatro habitaciones que se abrían, mediante particiones deslizantes, a una zona central. Todos los aposentos se formaban con unos papeles blancos móviles que se deslizaban sobre rieles plateados. También los muebles estaban sobre rieles, y eran escasos, eficaces y carentes de comodidad. Aquel era el cuarto cambio de alojamiento que habían sufrido en los últimos diez días, alojamiento que no era muy distinto del anterior y que no estaba menos custodiado por los jóvenes maniqués, omnipresentes y armados, en los corredores... Así había sido en los meses transcurridos en aquel lugar antes de que empezaran los traslados.

La verdad era que no sabían dónde estaban, si en alguna estación cerca de la primera u orbitando la misma Cyteen. Sus preguntas no obtenían más que respuestas evasivas. Les decían que los traslados se debían a razones de seguridad, y les pedían que tuvieran paciencia. Ayres mantenía la calma ante sus compañeros delegados, como había hecho ante los diversos dignatarios y agencias, tanto militares como civiles, si realmente existía esa distinción en la Unión, que les interrogaban, tanto individualmente como en grupo. Él había declarado las razones y las condiciones de su solicitud de paz hasta que las inflexiones de su voz se hicieron automáticas, hasta que hubo memorizado las respuestas de sus compañeros a las mismas preguntas, hasta que su actuación se convirtió en un fin en sí misma, algo que podían hacer indefinidamente, hasta el límite de la paciencia de sus anfitriones/interrogadores. Si hubieran estado negociando en la Tierra, hacía mucho tiempo que habrían renunciado, mostrado su disgusto, aplicado otras tácticas, pero aquella opción no era posible allí. Eran vulnerables y hacían lo que podían. Sus compañeros se habían portado bien en aquellas angustiosas circunstancias... excepto Marsh, el cual estaba cada vez más nervioso, inquieto y en tensión.

Y, naturalmente, Marsh fue aquel a quien los unionistas eligieron para dedicarle una atención especial. Cuando las sesiones eran individuales, Marsh permanecía ausente más tiempo que ningún otro. En las últimas cuatro ocasiones en que les habían trasladado, Marsh fue el último en instalarse. Bela y Días no habían comentado el hecho; no discutían o especulaban respecto a nada. Ayres no hacía ninguna observación, y se limitó a sentarse en uno de los sillones de la sala y contemplar el inevitable vídeo de propaganda que los unionistas les proporcionaban como entretenimiento. Tanto si se trataba de un circuito cerrado como si era el vídeo de la estación, mostraba unas mentalidades increíblemente tolerantes con el

aburrimiento... historias antiguas, relatos que catalogaban las supuestas atrocidades cometidas por la Compañía y su Flota.

Había visto antes todo aquello. Solicitaron acceso a las transcripciones de sus propias entrevistas con las autoridades locales, pero éstas se lo negaron. Incluso su material para los registros, incluso los objetos de escribir, habían sido sustraídos de su equipaje, y sus protestas fueron dejadas de lado e ignoradas. Aquella gente tenía una absoluta falta de respeto por las convenciones diplomáticas... Ayres pensó que era típico de la situación, de la autoridad apoyada por jóvenes armados de rifles, mirada fanática y dispuestos a recitar leyes y normas. Los jóvenes eran los que más le asustaban, aquellos muchachos con ojos de loco, fanáticos porque no conocían más que lo que les habían inculcado, grabado en su mente como si fuera una cinta magnetofónica, más allá de toda razón. «No habléis con ellos», había advertido a sus compañeros. «Haced lo que os pidan y discutid sólo con sus superiores.»

Hacía rato que había perdido el hilo de la emisión. Miró arriba y en torno suyo, a los lugares donde Dias estaba sentada con la mirada fija en la pantalla y Bela jugaba a un juego de lógica con piezas que él mismo se había fabricado. Ayres echó una mirada subrepticia a su reloj, que había tratado de sincronizar con las horas de los unionistas y que no eran las horas de la Tierra, ni las de Pell, ni el horario estándar de la Compañía. Había transcurrido una hora desde su llegada allí.

Se mordió los labios y volvió a centrarse testarudamente en las imágenes de la pantalla que no eran más que un anestésico y, por cierto, poco eficaz. Se habían acostumbrado a las calumnias. Si pretendían incomodarles con aquello no lo conseguían.

Finalmente se oyó ruido en la puerta y ésta se abrió. Entró Ted Marsh, llevando sus dos bolsas. Hubo un atisbo de dos guardianes jóvenes armados en el corredor. La puerta se cerró. Marsh entró con la mirada gacha, pero todas las puertas de los dormitorios estaban corridas.

—¿Cuál es el mío? —preguntó, obligado a detenerse y solicitar la información.

—Por aquel lado —dijo Ayres.

Marsh cruzó vigorosamente la estancia y dejó sus bolsas junto a la puerta. El cabello castaño le caía desordenado por encima de las orejas, y tenía el cuello arrugado. No miraba a los demás. Todos sus movimientos eran breves y nerviosos.

—¿Dónde has estado? —le preguntó secamente Ayres, antes de que pudiera escapar.

Marsh miró atrás.

—Me asignaron aquí por error. Su ordenador me tenía relacionado en otra parte.

Los demás alzaron la vista y escucharon. Marsh le miró fijamente. Estaba sudando.

¿Podía decirle que aquello era mentira? ¿Mostrar congoja? Todas las habitaciones estaban controladas, de eso no había duda. Podía llamar a Marsh embustero y aclarar que el juego estaba llegando a otro nivel. Podían... la idea le hizo estremecerse...



llevar aquel hombre al baño y meterle la cabeza en el agua hasta que dijera la verdad, interrogarle con tanta eficacia como lo había hecho la Unión. Los nervios de Marsh no lo resistirían si le hacían una cosa así. El beneficio era cuestionable.

Sintió lástima de él. Tal vez Marsh mantenía el silencio que le habían ordenado. Quizá quería confiar en ellos pero obedecía las órdenes de silencio que le habían dado, y su lealtad sufría. Lo dudaba. Era lógico que los unionistas se hubieran servido de él, porque no era un hombre débil pero sí el más débil de los cuatro. Marsh desvió la mirada, llevó sus bolsas a su habitación y cerró la puerta.

Ayres ni siquiera quiso intercambiar una mirada con los otros. Era probable que el control fuese también visual, y continuo. Contempló el vídeo en la pantalla.

Lo que necesitaban era tiempo, conseguido por aquel medio o por medio de negociaciones. Así la tensión era mucho más soportable. A diario discutían con la Unión, y había un desfile cambiante de funcionarios. En principio la Unión estuvo de acuerdo con sus propuestas, mostró interés, habló y discutió, les envió a uno y otro comité, usó subterfugios por cuestiones de protocolo. ¡De protocolo, cuando les robaban cosas de su equipaje! Todo estaba atascado en ambos lados, y él deseaba saber por qué lo estaba en el suyo.

Sin duda había una acción militar en curso, algo que no podría beneficiar a su lado en la negociación. El resultado caería sobre su regazo en alguna fase adecuadamente crítica, y esperarían que cedieran un poco más.

Pell, naturalmente. Lo más probable sería que les pidieran la cesión de Pell, lo cual no podrían permitir. La rendición de oficiales de la Compañía a la justicia revolucionaria de la Unión era otra probable exigencia. En realidad no era factible, aunque podría extenderse algún documento sin sentido como compromiso: quizá declaración de ilegalidad. Ayres no tenía intención de firmar los decretos de ejecución del personal de la Flota si podía evitarlo, pero condescender con la objeción o el enjuiciamiento de oficiales de estación clasificados como enemigos del estado... eso sería posible. De todos modos, la Unión haría lo que le pareciera. Y lo que sucediera a una distancia tan remota tendría un escaso impacto político en la Tierra. Lo que los medios audiovisuales no podían llevar a las casas no era probable que retuviera mucho tiempo la atención del público. Estadísticamente, una mayoría del electorado no podía leer asuntos complicados, o no se molestaba en hacerlo. Si no había imágenes, no había noticias, y si no había noticias no pasaba nada; ni gran simpatía por parte del público ni un interés sostenido por parte de los medios de comunicación: política segura para la Compañía. Por encima de todo no podían poner en peligro el apoyo mayoritario que habían conseguido sobre otros asuntos, el medio siglo de cuidadosas maniobras, el descrédito de los líderes aislacionistas... los sacrificios ya realizados. Eran inevitables otros más.

Escuchó el vídeo idiota, buscó entre la propaganda evidencias para clarificar la situación, escuchó los informes de los supuestos beneficios que la Unión proporcionaba a sus ciudadanos, sus vastos programas de mejoría interna. Habría

deseado enterarse de otras cosas, como la extensión del territorio de la Unión en otras direcciones aparte de la Tierra, el número de bases que poseían, lo que les había sucedido a las estaciones caídas, si estaban desarrollando activamente más territorios o si la guerra había exigido el total de sus recursos... Pero todas estas informaciones eran inalcanzables. Tampoco había información alguna que indicara la extensión de los rumoreados laboratorios genéticos, qué proporción de la ciudadanía producían o qué tratamiento recibían aquellos individuos. Mil veces había maldecido la obstinación de la Flota, y a Signy Mallory en particular, pues en última instancia no sabía si su acción, la de excluir a la Flota en sus operaciones, había sido acertada, lo que habría ocurrido si la Flota hubiera sido disciplinada. Ahora estaban donde debían estar, aunque fuera en aquel conjunto de habitaciones blancas como los demás conjuntos de los que tenían experiencia. Estaban haciendo lo que debían, sin la Flota, la cual podría haberles dado fuerza negociadora —aunque pequeña— o haber sido una tercera parte alarmantemente aleatoria en las negociaciones. La testarudez de Pell no había ayudado a Pell, que había preferido aplacar a la Flota. Con el apoyo de la estación podrían haber ejercido algún impacto en la mentalidad de las personas como Mallory.

Y así se planteaba de nuevo la cuestión de si una Flota que consideraba sus propios intereses por encima de todo estaría dispuesta a dejarse persuadir. Nunca se podría controlar a Mazian y los suyos durante el tiempo que tardaría la Tierra en preparar su defensa. Pero ellos no habían nacido en la Tierra, no se regían por las mismas leyes que él y no tenía derecho a juzgarlos a la ligera. Eran como el personal científico que reaccionó a los bandos de emigración de la Tierra y las llamadas para que regresaran a casa, allá en los viejos tiempos... desertando a lugares aún más profundos del Más Allá y, finalmente, a la Unión; o como los Konstantin, que habían sido tiranos durante largo tiempo en su pequeño imperio y sentían muy poca responsabilidad hacia la Tierra.

Y, cosa que le aterraba cuando se ponía a pensar en ello, no había esperado la *diferencia* que existía allí, la mentalidad de la Unión, que parecía inclinarse hacia algún ángulo de comportamiento que no era del todo paralelo ni opuesto al suyo propio. La Unión intentaba quebrar su resistencia, como lo evidenciaba aquel extraño juego con Marsh, que era un caso patente de «divide y vencerás». Por ello se negó a utilizar a Marsh. Este, lo mismo que Bela y Dias, carecía de información detallada; no eran más que oficiales de la Compañía, y lo que sabían no era peligroso. Él había enviado a la Tierra a los dos delegados que, como él mismo, sabían demasiado, con la misión de comunicar la imposibilidad de manejar a la Flota y que las estaciones se estaban derrumbando. Ya estaba hecho. Él y sus compañeros jugaban el juego que les presentaban, mantenían siempre un silencio monástico, sufrían sin comentarios los cambios de alojamiento y los trastornos que tenían la finalidad de desequilibrarles, una táctica dirigida simplemente a debilitarles en la negociación, o al menos eso era lo que Ayres esperaba, y no la posibilidad más sombría, el presagio de que se

apoderasen de sus personas para interrogarles. Hacían todo lo que les ordenaban y confiaban en que cada vez estaban más cerca de establecer con éxito un tratado.

Marsh realizaba las mismas acciones que ellos, se sentaba con ellos durante las sesiones, les miraba en privado con una extraña expresión dolida, sin su apoyo moral... porque pedir razones u ofrecer consuelo sería tanto como romper el silencio que era su muro defensivo. «¿Por qué?», había escrito Ayres una vez en la superficie de plástico de una mesa, junto al brazo de Marsh, con la grasa de la punta de un dedo, algo que, confiaba, ninguna lente podría recoger. No obtuvo ninguna reacción y entonces escribió: «¿Qué?» Marsh borró ambas palabras, no escribió nada y volvió el rostro, con los labios temblorosos, a punto de derrumbarse. Ayres no repitió las preguntas.

Ahora se levantó, fue a la puerta de Marsh y la abrió sin llamar. Lo encontró sentado en el lecho, completamente vestido, abrazándose el torso y mirando fijamente la pared, o más allá de ella.

Ayres se acercó a él y se agachó para hablarle al oído.

—En pocas palabras —le dijo en un susurro, sin estar seguro de que no pudieran oírle—. ¿Qué crees que ocurre? ¿Te han interrogado? Respóndeme.

Transcurrió un momento. Luego Marsh sacudió la cabeza lentamente.

—Responde —le instó Ayres.

—Parece que todos los retrasos recaen sobre mí —dijo Marsh, con voz entrecortada—. Nunca tienen en orden el lugar que me corresponde, siempre hay algo que falla, y me obligan a permanecer sentado, esperando, durante horas. Eso es todo, señor.

—Te creo —replicó Ayres.

No estaba seguro de creerle, pero se lo dijo de todos modos y le dio una palmada en el hombro. Marsh se echó a llorar; las lágrimas corrían por su rostro sin que pudiera evitarlo, e hizo un esfuerzo por serenarse, temeroso de las cámaras ocultas cuya existencia todos suponían.

Este gesto conmovió a Ayres, el cual sospechó que ellos mismos estaban torturando a Marsh tanto como los de la Unión. Salió de la habitación y se dirigió a la otra. Lleno de ira, se detuvo en medio de la estancia, volvió el rostro hacia el complicado aplique luminoso que muy probablemente era un dispositivo de control y dijo en voz alta:

—Protesto de este acosamiento planeado e inmerecido. Entonces se sentó y siguió contemplando el vídeo. Sus compañeros se habían limitado a alzar la vista, silenciosos.

A la mañana siguiente llegó un maniquí armado con la orden del día, y no hizo alusión alguna al incidente. Les informó que la reunión tendría lugar a las 0800. La jornada empezaba temprano. No hubo ninguna otra información, ni el tema de la reunión, ni las personas asistentes, ni el lugar, ni siquiera la mención de dónde almorzarían, datos todos que solían estar incluidos en los informes que les daban.

Marsh salió de su habitación, con los ojos rodeados de círculos oscuros, como si no hubiera dormido.

—No tenemos mucho tiempo para desayunar —dijo Ayres. Les llevaban el desayuno a sus aposentos a las 0730, y faltaban pocos minutos.

La luz de la puerta brilló por segunda vez. Se abrió desde el exterior, pero no fue para dar acceso al desayuno, sino a un trío de maniqués-guardianes.

—Ayres —dijo uno de ellos, sin ninguna cortesía—. Ven.

Contuvo una réplica airada. Era inútil discutir con ellos, y así se lo había dicho a su gente. Miró a los otros y fue a recoger su chaqueta en silencio, siguiéndoles el juego, tomándose tiempo, irritando adrede a los que esperaban. Cuando supuso que se había demorado lo suficiente, se dirigió a la puerta y se sometió a la custodia de los guardianes.

No podía dejar de pensar en Marsh. ¿Cuál sería su juego con él?

Le llevaron por el corredor hacia el ascensor, bajaron con éste y pasaron por corredores sin ninguna señalización, cruzaron salas de conferencia y oficinas que avivaron de inmediato sus aprensiones. Entraron en una estancia conocida y pasaron a una de las tres habitaciones donde tenían lugar las entrevistas. Esta vez se trataba de un militar. El hombre de pelo plateado que se sentaba ante la pequeña mesa circular llevaba en la pechera de su chaqueta suficiente metal para sumar los grados de todos los militares que había visto hasta entonces en aquel lugar. No sabía el significado de los complicados emblemas. En cierto modo era divertido que la Unión hubiera creado un sistema tan complejo de medallas e insignias, como si la finalidad de todo aquel metal fuera impresionar. Pero representaba autoridad y poder, y eso no tenía nada de divertido.

—Hola, delegado Ayres —le saludó el hombre, al tiempo que se levantaba y le tendía la mano, la cual Ayres aceptó solemnemente—. Seb Azov, del Directorio. Encantado de conocerle, señor.

Eran evidentes los efectos de la droga rejuvenecedora que debía tomar aquel militar, de facciones vigorosas y casi sin arrugas, una droga que era corriente allí y de la que en la Tierra no había más que sucedáneos inferiores.

Pertenecía al gobierno central. Ayres sabía que el Directorio era ahora un organismo de trescientos doce miembros. Desconocía si esta cifra guardaba relación con el número de estaciones y mundos. No sólo se reunía en Cyteen, sino en todas partes, y no sabía cómo se llegaba a pertenecer a aquella entidad. No cabía ninguna duda de que aquel hombre era militar.

—Lamento iniciar nuestro conocimiento con una protesta, ciudadano Azov —le dijo fríamente Ayres—, pero me niego a hablar hasta que se haya aclarado cierto asunto.

Azov enarcó las cejas y se sentó de nuevo.

—¿Cuál es ese asunto, señor?

—El hostigamiento a que está siendo sometido uno de mis hombres.

—¿Hostigamiento, señor?

Sabía que el otro esperaba que perdiera la serenidad y cediera al nerviosismo o el enojo. Se negó a ceder.

—El delegado Marsh y su ordenador parecen tener dificultades para localizar la habitación que se le asigna, cosa notable, ya que inevitablemente nos alojamos juntos. Creo que su eficacia técnica está por encima de tales fallos. Sólo puedo considerar como hostigamiento que a ese hombre se le haga esperar durante horas mientras se examinan unas supuestas discrepancias. Sostengo que esto es un hostigamiento con la finalidad de disminuir nuestra eficiencia por medio del cansancio. Me quejo de otras tácticas, como por ejemplo la incapacidad de su personal para proporcionarnos distracciones o espacio para hacer ejercicio, o la inevitable insistencia de su personal en que carecen de autorizaciones, o las respuestas evasivas de su personal cuando preguntamos el nombre de esta base. Nos prometieron que iríamos a Cyteen. ¿Cómo podemos saber si hablamos con personas autorizadas o simplemente con funcionarios de nivel inferior que carecen de competencia o autoridad para negociar los graves asuntos por los que hemos venido? Hemos recorrido una gran distancia, ciudadano, para resolver una deplorable y peligrosa situación, y hemos recibido muy poca cooperación por parte de las personas con las que nos hemos reunido aquí.

No era un discurso improvisado, sino que lo había preparado minuciosamente para cuando se presentara la ocasión, y aquel militar lleno de insignias era un blanco perfecto. Estaba claro que el ataque había cogido un poco por sorpresa a Azov. Ayres sostuvo una expresión de enojo, lo mejor que pudo, pues estaba aterrado. El corazón le latía con violencia, y confiaba en que su color no hubiera cambiado perceptiblemente.

—Se atenderá la queja —dijo Azov al cabo de un momento.

—Preferiría una seguridad más firme —dijo Ayres. Azov se quedó mirándole con fijeza.

—Tiene mi palabra. Su demanda será satisfecha. ¿Quiere sentarse, señor? Tenemos que tratar de algunos asuntos. Acepte mis excusas personales por las molestias causadas al delegado Marsh. Se investigarán y se les dará adecuada solución.

Ayres consideró las diversas posibilidades que tenía: salir de allí, discutir más o hacer lo que le pedía aquel hombre, y optó por esto último. Tomó asiento y Azov le miró, a su parecer, con cierto respeto.

—Acepto su palabra, señor —le dijo.

—Lamento este asunto. Por ahora no puedo decirle mucho más. Hay algo apremiante con respecto a las negociaciones. Nos hemos encontrado con lo que podríamos llamar... una situación. —Oprimió un botón de la consola—. Por favor, que venga el señor Jacoby.

Ayres miró hacia la puerta, lentamente, sin mostrar una fuerte inquietud, aunque la sentía. La puerta se abrió y un hombre vestido con ropas civiles, o al menos no

llevaba los uniformes o los trajes similares a uniformes que habían distinguido a todos aquellos con los que había tratado previamente.

—Les presentaré. El señor Segust Ayres, el señor Dayin Jacoby de la estación Pell. Creo que ya se conocen.

Ayres se levantó y tendió la mano al recién llegado con fría cortesía. Cada vez le gustaba menos lo que estaba ocurriendo.

—Tal vez fue un encuentro casual. Perdona, pero no le recuerdo.

—En el consejo, señor Ayres.

El hombre le estrechó la mano y la retiró sin calor. A un gesto del militar, Jacoby aceptó la tercera silla alrededor de la mesa redonda.

—Una conferencia triangular —murmuró Azov—. Sus condiciones, señor Ayres, reclaman Pell y las estaciones por anticipado, como territorio que desea proteger. Eso no parece de acuerdo con los deseos de los ciudadanos de esa estación... y según consta en nuestros informes, es usted partidario del principio de autodeterminación.

Ayres replicó sin mirar a Jacoby.

—Este hombre no es ninguna autoridad en Pell y no está facultado para llegar a acuerdos. Le sugiero que consulte con el señor Angelo Konstantin y efectúe las preguntas apropiadas al consejo de la estación. La verdad es que no conozco a esta persona, y si pretende formar parte del consejo, no puedo confirmar la veracidad de tal pretensión.

Azov sonrió.

—Tenemos una oferta de Pell que vamos a aceptar. Esto hace cuestionables las propuestas de discusión, dado que sin Pell, ustedes reclamarían una isla dentro del territorio de la Unión... estaciones que, permítame que se lo diga, ya forman parte del territorio de la Unión, mediante decisiones similares. Ustedes no tienen ningún territorio en el Más Allá.

Ayres permaneció inmóvil, sintiendo las extremidades como si se hubieran vaciado de sangre.

—Esto no es ya una negociación.

—Su flota no tiene ahora una sola base, señor. Les hemos cerrado el paso por completo. Le hemos llamado para llevar a cabo un acto humanitario. Debe informarles del hecho y de sus alternativas. No hay necesidad de la pérdida de naves y vidas en defensa de un territorio que ya no existe. Apreciaremos su cooperación, señor.

—Me siento ultrajado —exclamó Ayres.

—Es posible —replicó Azov—. Pero a fin de salvar vidas, puede que usted decida enviar ese mensaje.

—Pell no se ha entregado. Es probable que encuentre la situación real diferente de lo que imagina, ciudadano Azov, y cuando desee mejores condiciones de nosotros, cuando quiera ese comercio que podría beneficiarnos a ambas partes, se dará cuenta de lo que está rechazando.

—La Tierra es *un mundo*.

Ayres no dijo nada. No tenía nada que decir. No quería discutir sobre la situación de la Tierra.

—El asunto de Pell es fácil —dijo Azov—. ¿Conoce usted la vulnerabilidad de una estación? Y cuando la voluntad de la ciudadanía apoya a los de afuera, un asunto muy sencillo. Tenemos el propósito de evitar la destrucción, pero la Flota no operará con éxito en ausencia de una base... y ustedes no tienen ninguna. Firmamos los artículos que ustedes solicitan, incluida la designación de Pell como punto de reunión... pero en nuestras manos, no en las suyas. La verdad es que no hay diferencia, salvo la observación de la voluntad del pueblo, que ustedes afirman estimar tanto.

Era mejor de lo que podría haber sido, pero todo aquello había sido ideado para que pareciera así.

—Aquí no hay representantes de los ciudadanos de Pell, sino sólo un portavoz que se ha nombrado así mismo. Quisiera ver sus cartas de autorización.

Azov abrió un portafolio de cuero que tenía ante él.

—Esto podría interesarle, señor. El documento que nos ofreció, firmado por el gobierno y Directorio de la Unión y el consejo, tal como usted lo redactó, excepto el control de las estaciones que están ahora en nuestras manos y algunos pequeños detalles relativos a la condición de Pell: las palabras «bajo la dirección de la Compañía» se han eliminado, tanto aquí como en el documento comercial. Como ve, sólo unas palabras. Todo lo demás es suyo, tal como usted nos lo presentó. Creo que, debido a la distancia, está usted facultado para firmar en nombre de su gobierno y la Compañía.

Tenía la negativa en la punta de la lengua, pero reflexionó antes de hablar.

—Estoy sometido a la ratificación de mi gobierno. La ausencia de esas palabras sería causa de conflicto.

—Confío en que les urgirá para que acepten, señor, tras pensar detenidamente en ello. —Azov dejó el portafolio sobre la mesa y lo empujó hacia él—. Examínelo usted. Desde nuestro punto de vista, en firme, contiene todas las estipulaciones que ustedes deseaban, todas, para decirlo con franqueza, las que pueden pedir, dado que sus territorios ya no existen.

—Sinceramente lo dudo.

—Ah, está usted en su derecho, pero la duda no altera la realidad, señor. Le sugiero que se conforme con lo que ha ganado... acuerdos comerciales que nos beneficiarán a todos y cerrarán una larga brecha. ¿Qué otra cosa cree que puede pedir razonablemente, señor Ayres? ¿Que cedamos lo que los ciudadanos de Pell están dispuestos a darnos?

—Dice eso basándose en una falsa representación.

—Sin embargo, usted carece de medios para investigarlo, confesando así sus propias limitaciones de control y posesión. Dice usted que el gobierno que le ha

enviado desde la Tierra ha sufrido cambios profundos, y que debemos tratar con usted como una nueva entidad, considerando irrelevantes todos nuestros pasados motivos de agravio y olvidándolos. ¿Acaso esta nueva entidad se propone responder a la firma de su documento con más exigencias? Le sugiero, señor, que tome en consideración la debilidad de su fuerza militar, que no tiene medios de verificar nada, que se ha visto obligado a venir aquí en una serie de cargueros, a capricho de los mercantes, y que una postura hostil no es buena para su gobierno.

—¿Debo entender eso como una amenaza?

—Me limito a constatar realidades. Un gobierno sin naves, sin control de sus propios militares y sin recursos no está en posición de insistir en que se firme su documento sin cambios. Hemos eliminado unas cláusulas sin sentido y unas pocas palabras, dejando el gobierno de Pell esencialmente en manos del gobierno, cualquiera que sea, que deseen elegir los ciudadanos de Pell. ¿Cree que ante esto puede objetar algo el gobierno que usted representa.

Ayres permaneció un momento en silencio.

—Tengo que consultar con los demás miembros de mi delegación, y no estoy dispuesto a hacerlo si se controlan nuestras conversaciones.

—No hay semejante control.

—Nosotros creemos lo contrario.

—Tampoco tiene ningún medio de verificar esto. Ayres cogió el portafolio.

—No esperen que ni mi personal ni yo asistamos hoy a ninguna reunión. Estaremos en conferencia.

—Como quiera.

Azov se levantó y le tendió la mano. Jacoby permaneció sentado, sin ofrecer ningún gesto cortés.

—No le prometo la firma.

—Una conferencia. Lo comprendo, señor. Siga el curso que estime conveniente, pero le sugiero que considere seriamente los efectos de una negativa a este acuerdo. En la actualidad consideramos que Pell es nuestra frontera. Les dejamos a ustedes las Estrellas Posteriores, que, si lo desean, pueden explotar en su provecho. En caso de que fracase este acuerdo, estableceremos nuestras propias fronteras, y seremos vecinos directos.

El corazón de Ayres le latía con violencia. Aquello se estaba aproximando a un terreno del que él no quería discutir en absoluto.

—Además —dijo Azov—, por si desea salvar las vidas de su Flota y recuperar esas naves, hemos añadido a este portafolio un documento propio. Dependiente de su acuerdo para procurar el regreso de la Flota y ordenarles que se retiren a los territorios que han aceptado como frontera mediante la firma de este tratado, retiraremos todos los cargos contra ellos y contra otros enemigos del estado que ustedes puedan nombrar. Les permitiremos que se retiren bajo nuestra escolta y les acompañen a casa, aunque comprendemos que esto supone un riesgo considerable



para nosotros.

—No somos agresivos.

—Estaríamos más dispuestos a creerlo si no se negaran a llamar a sus naves, las cuales están atacando actualmente a nuestros ciudadanos.

—Le he dicho ya claramente que carezco de mando sobre la Flota y ningún poder para llamarla.

—Creemos que usted podría utilizar su gran influencia. Le daremos todas las facilidades necesarias para la transmisión de un mensaje. El cese de las hostilidades seguirá al cese del fuego por parte de la Flota.

—Consideraremos el asunto.

—Señor.

Ayres saludó con una inclinación de cabeza, salió de la estancia y se encontró con los omnipresentes guardianes, que empezaron a conducirlo a otro lugar entre las oficinas.

—La otra reunión ha sido cancelada —les informó—. Volvamos a mis habitaciones. He de reunirme con mis compañeros.

—Tenemos nuestras órdenes —le informó el jefe de los guardianes. Aquella parecía una respuesta mecánica.

Sólo sabría qué ocurría cuando llegara al lugar donde iba a celebrarse la reunión a las 0800, para reunirse con el resto del grupo. Un nuevo grupo de jóvenes guardianes les vigiló durante una larga espera, mientras aguardaban la emisión de las oportunas autorizaciones. Las cosas siempre eran así, lentas e ineficaces, y parecían proyectadas para volverles locos.

A Ayres le sudaba la mano que sujetaba el portafolios con los documentos firmados por el gobierno de la Unión. Pell estaba perdido. Tenía una oportunidad para recuperar por lo menos la Flota y una propuesta que podría destruirla. Mucho se temía que el gobierno de la Unión tuviera unos planes más extensos de lo que la Tierra imaginaba. El «Largo Panorama», con el que la Unión había nacido y que sólo ahora la Tierra estaba adquiriendo. Se sentía transparente y vulnerable. Imaginó los pensamientos tras el ancho y potente rostro de Azov: «Sabemos que están atascados, que quieren ganar tiempo, y por qué. Y eso, de momento, nos conviene. Así podemos llegar a un acuerdo trivial que revocaremos en cuanto nos parezca bien».

La Unión se lo había tragado todo con la intención de digerirlo... por ahora.

No podían permitirse el debate, la discusión de asuntos peligrosos en una intimidad de la que probablemente carecían. Sólo tenían que firmar el tratado y volver a casa. Lo que él tenía en su mente era lo importante. Sabían cómo era el Más Allá; les rodeaba en las personas de unos soldados con el mismo rostro y prácticamente la misma mentalidad; en el desafío del capitán del *Norway*, la arrogancia de los Konstantin, los mercantes que ignoraban una guerra que se había desarrollado a su alrededor durante generaciones... actitudes que la Tierra nunca había comprendido, porque allí gobernaban unos poderes y una lógica diferentes.

Generaciones que se habían sacudido de sus pies el polvo de la Tierra.

Volver a casa, mediante la firma de un documento sin sentido del que Mazian jamás haría caso, de la misma manera que Mallory no acudiría a la llamada... Regresar vivos era lo importante, hacer que comprendieran lo que habían visto. Para conseguirlo haría lo necesario, firmar una mentira y confiar.

## IV

### **Pell: Oficina del Jefe de la Estación, sector azul uno; 9/9/52; 1100 h.**

LA CUOTA COTIDIANA DE DESASTRES SE EXTENDÍA INCLUSO A REGIONES SITUADAS más allá de la estación. Angelo Konstantin apoyó la cabeza en una mano y estudió el papel listado que tenía ante él. Un cierre hermético había estallado en la mina Centauro, en la tercera luna de Pell IV, con el resultado de catorce hombres muertos. No pudo evitar el pensamiento de que se trataba de catorce trabajadores muy cualificados. Tenían a mucha gente pudriéndose en sus propias heces al otro lado de la línea de cuarentena, pero habían de perder a gente como aquellos operarios de primera clase. Los accidentes se debían a la falta de suministros; los materiales se deterioraban, y era preciso seguir trabajando con piezas que debieron haber sido sustituidas hacía mucho tiempo. Un costoso cierre hermético cedió y catorce hombres murieron en el vacío. Tecleó un memorándum para localizar trabajadores entre los técnicos de Pell que pudieran reemplazar a los perdidos; sus propias plataformas estaban inactivas, llenas de naves en los ensambladeros principales y los auxiliares, pero muy pocas entraban o salían, y los hombres estaban mejor allá en las minas, donde su experiencia podría servir de algo.

No todos los trabajadores transferidos tenían la habilidad necesaria para realizar lo que les pedían. Uno había muerto en Downbelow, aplastado mientras trataba de extraer un tractor oruga del fango donde lo había metido un compañero inexperto. Tenía que añadir sus condolencias a las que Emilio ya había remitido a la familia en la estación.

Se habían producido otros dos asesinatos en cuarentena, y en la vecindad de las plataformas se había descubierto un cuerpo a la deriva. Se suponía que a la víctima la habían lanzado viva al exterior. Se culpó a la sección de cuarentena. Los miembros de seguridad intentaban establecer la identidad de la víctima, pero el cuerpo estaba muy mutilado.

Hubo un caso de otra clase, un juicio que implicaba a dos familias residentes desde hacía mucho tiempo y que compartían su alojamiento en turnos rotatorios. Los primitivos residentes acusaron a los recién llegados de ratería y apropiación ilícita. Damon le envió el caso como ejemplo de un problema creciente. El consejo debería emprender alguna acción para establecer una responsabilidad clara en tales casos.

Un operario de plataforma asignado a su puesto estaba en el hospital, medio muerto por la tripulación del mercante militarizado *Janus*. Las tripulaciones militarizadas exigían privilegios de mercante y acceso a los bares, contra algunas

autoridades de la estación que intentaban someterlos a la disciplina militar. Los huesos rotos se restablecerían, pero las relaciones entre los funcionarios de la estación y las tripulaciones mercantes estaban en peor condición. El siguiente oficial estacionado que salió con las patrullas temía que le degollaran. Las familias mercantes no estaban acostumbradas a ver extraños a bordo. Angelo envió un mensaje a la oficina militar: «No se asignará personal a las naves militares sin permiso del capitán de la nave. Estas naves patrullarán bajo sus propios oficiales, en tanto no se resuelvan las dificultades morales.»

Esto sería causa de angustia en algunas dependencias pero produciría menos de la que crearía un motín, la revuelta de una nave mercante contra la autoridad de la estación que intentara dirigirla. Elene le había advertido, y ahora él había encontrado la ocasión de poner en práctica la advertencia, unas circunstancias en las que el jefe de la estación podría dejar de lado las opiniones del consejo para seguir manteniendo su autoridad sobre los cargueros armados.

Se producían crisis constantes en los suministros. Angelo firmaba autorizaciones cuando era necesario, algunas después de consumados los hechos, aprobando la inventiva de los supervisores locales, especialmente en las minas. Bendecía a los subordinados cualificados que habían aprendido a descubrir excedentes ocultos en otros departamentos.

Había necesidad de efectuar reparaciones en la sección de cuarentena y el departamento de seguridad pedía autorización para que fuerzas armadas desalojaran y cerraran una parte del sector naranja tres mientras durasen las tareas, lo cual significaba el traslado de numerosos residentes. Se calificaba como urgente pero sin que supusiera la amenaza de pérdida de vidas; en cambio sí que era una amenaza introducir un equipo de reparación sin cerrar la zona. Angelo estampó el sello de «Autorizado». Cerrar los sistemas de drenaje en aquel sector podía producir enfermedades.

—La capitana mercante Ilyko desea verle, señor.

Angelo contuvo el aliento y oprimió el botón de la consola, haciendo entrar a la mujer. Era robusta, de cabellos grises y con arrugas que las drogas de rejuvenecimiento no habían podido impedir a tiempo. O quizá estaba ya en el declive de su vida... Aquellas drogas no tenían efectos indefinidos. Angelo hizo un ademán para que tomara asiento, y la capitana lo aceptó agradecida. Había enviado la solicitud de entrevista una hora antes, mientras la nave se aproximaba. Procedía del *Ojo del Cisne*, un transporte de bidones con base en Mariner. Angelo conocía a la gente de allí, pero no a aquella mujer. Ahora era una más de los suyos, pues había sido militarizada, como indicaba el cordón azul que llevaba en las mangas.

—¿Cuál es el mensaje y de quién? —le preguntó. La mujer buscó en sus bolsillos y extrajo un sobre, que depositó sobre la mesa de Angelo.

—Es del *Hammer* de Olvigs, procedente de Viking. Nos hizo señales allá afuera y nos entregó esto en mano. Van a permanecer algún tiempo sin penetrar en el radio de

exploración de la estación... Tienen miedo, señor. No les gusta nada lo que ven.

—Viking. —La noticia de aquel desastre había llegado mucho tiempo atrás—. ¿Y dónde han estado desde entonces?

—Su mensaje podría aclararlo, pero afirman que han sufrido daños al salir de Viking. Efectuaron un salto corto y estuvieron vagando sin rumbo. Es lo que dicen. Desde luego, su nave presenta daños, pero llevan una carga. Ojalá hubiéramos tenido tanta suerte cuando huimos, así ahora no deberíamos realizar servicio militar para pagar el ensamblaje de nuestra nave en la plataforma.

—¿Sabe usted qué hay detrás de todo esto?

—Lo sé —dijo ella—, algo se está tramando y pronto lo veremos, señor Konstantin. A mi entender, la *Hammer* trató de saltar a la Unión, pero se arrepintieron antes de llegar. La Unión trató de apoderarse de ella, y emprendieron la huida. Ahora han llegado aquí y también están asustados. Querían que me adelantara a ellos y les diera el mensaje, a fin de tener las manos limpias. Imagine su posición si la Unión cree que han venido aquí para entregarles información sobre ellos.

Angelo miró el rostro redondo y los ojos hundidos y oscuros de la mujer, y asintió lentamente.

—Ya sabe lo que sucede aquí si su tripulación habla en la estación o en cualquier otra parte. Eso nos dificultaría mucho las cosas.

—Somos una familia y no hablamos con gente de fuera —dijo ella—. Señor Konstantin, estoy militarizada porque he tenido la mala suerte de venir sin carga y usted nos ha obligado a pagar de algún modo, y porque no podemos ir a ningún otro lugar. El *Ojo del Cisne* no es uno de los cargueros combinados, carece de reservas y aquí no tiene crédito, como otros. ¿Pero de qué servirá el crédito, señor Konstantin, si Pell deja de funcionar? A partir de ahora, no importan los créditos de su banco. Lo que quiero son suministros en mi bodega.

—¿Es esto un chantaje, capitana?

—Voy a salir con mi tripulación de patrulla y vigilaré su perímetro. Si vemos naves de la Unión, le avisaremos al instante y saltaremos con la mayor rapidez. Un transporte de bidones no puede esquivar a una nave rápida, y no voy a hacer ninguna heroicidad. Quiero la misma ventaja que tienen las tripulaciones de Pell, las cuales acaparan alimentos y agua que no figuran en los conocimientos de embarque.

—¿Hace usted una acusación en firme de acaparamiento?

—Señor jefe de la estación, usted sabe que hay acaparamiento en todas las naves que favorecen a la estación, y no va a poner en peligro esas relaciones procediendo a investigarlas. ¿Cuántos de sus funcionarios se manchan los uniformes haciendo un examen visual de las bodegas y los depósitos? Le pido con toda franqueza que me conceda para mi familia lo mismo que consiguen otros por mancomunarse con ustedes. Suministros. Luego nos marcharemos.

—Tendrá los suministros. —Angelo se volvió entonces y tecleó la petición a través del canal prioritario—. Salga de esta estación lo antes posible.

Cuando el jefe de la estación terminó y se volvió de nuevo hacia ella, la mujer asintió.

—Ha hecho bien, señor Konstantin.

—¿Adónde saltará, capitana, si tiene que hacerlo?

—A la fría Profundidad. Iré a un lugar que conozco, allá en la oscuridad, como hacen muchos cargueros. ¿No lo sabía, señor Konstantin? Vendrán largos y magros años si se produce la invasión. La Unión ayudará a quienes le hayan servido antes. Cuando ocurra habrá que agazaparse y confiar en que tengan una gran necesidad de naves, o dirigirse a la Tierra. Algunas lo harían.

—Usted cree de veras que eso va a ocurrir —dijo Angelo, con el ceño fruncido.

Ella se encogió de hombros.

—Noto la corriente de aire, jefe de la estación. No me quedaría aquí a cambio de nada si la línea no resiste.

—¿Muchos mercantes comparten sus opiniones?

—Nos hemos preparado —dijo ella en voz baja— durante cincuenta años. Pregunte a Quen, jefe de la estación. ¿También usted busca un lugar?

—No, capitana.

Ella se echó atrás y asintió lentamente.

—Mis respetos por ello, jefe de la estación. Puede estar seguro de que no saltaremos sin dar la alarma, lo cual es más de lo que otros de los nuestros harán.

—Sé que es un alto riesgo para usted. Tendrá sus suministros, todo cuanto necesite. ¿Algo más?

Ella negó con la cabeza, flexionando ligeramente su voluminoso cuerpo, y se levantó.

—Le deseo suerte —le dijo, tendiéndole la mano—. Los mercantes que están aquí y no al otro lado de la línea... han elegido su bando contra una fuerza superior; los que todavía se reúnen en la oscuridad y le consiguen suministros de la Unión, no lo hacen buscando beneficios. Aquí ya no hay beneficios, y usted lo sabe, señor jefe de la estación. En el otro lado habría sido más fácil... en algunos aspectos. Él estrechó la gruesa mano de la mujer.

—Gracias, capitana.

—No hay de qué —dijo ella, y tras un breve encogimiento de hombros salió de la estancia.

Angelo abrió el mensaje. Era una nota manuscrita, garabateada. Decía: «Vuelta de la Unión. Transportes que orbitan Viking, cuatro, quizá más. Se rumorea que Mazian se ha dado a la fuga. Naves perdidas: *Egipto, Francia, Estados Unidos*, puede que otras. La situación se desmorona.» No estaba firmado ni hacía mención del buque que lo había emitido. Angelo estudió el mensaje un momento y luego se levantó, abrió la caja fuerte y guardó en ella el papel. Notaba una sensación de náusea. Los observadores podían equivocarse. Era posible difundir la información, propalar deliberadamente los rumores. Aquella nave probablemente no entraría. El *Hammer*

observaría algún tiempo, tal vez intentaría entrar o se daría a la fuga. Cualquier intento de atraerlos para un interrogatorio directo sería una mala política con respecto a los demás mercantes. Los cargueros rodeaban Pell, esperando alimentos, agua y suministros de la estación, utilizando el crédito mancomunado que ellos debían aceptarles por temor a los alborotos: antiguas deudas con las estaciones desaparecidas. Usaban los suministros de la estación en vez de las preciosas mercancías acaparadas que tenían a bordo, en previsión del día en que tendrían que salir huyendo. Era cierto que algunos descargaban, pero eran más los que no lo hacían.

Envió un mensaje a la consola exterior: «Termino la jornada. Pueden encontrarme en casa. Si no hay nada urgente, esperen a que vuelva.»

Recogió algunos de sus documentos menos turbadores, los guardó en el maletín, se puso la chaqueta y salió haciendo una inclinación de cortesía a su secretaria y a los funcionarios que tenían sus despachos en la misma sala. En los últimos días había trabajado hasta muy tarde, y al menos se merecía la oportunidad de trabajar más cómodamente, leer los documentos que llevaba en el maletín sin interrupciones. En Downbelow habían tenido problemas. Emilio había enviado a los responsables la semana pasada, con una severa denuncia contra aquellas personas y la política que representaban. Damon ordenó que los enviaran de inmediato a las minas, lo cual era un modo rápido de cubrir los puestos vacantes. El consejo de defensa denunció la existencia de prejuicios en Asuntos Legales, y urgió que se borrarán las denuncias de las hojas de servicios y se procediera a la rehabilitación de los implicados. Las cosas estaban tomando un cariz preocupante. Jon Lukas había hecho ofertas y exigido contrapartidas, pero aquello ya estaba resuelto. Actualmente, había cincuenta historiales de residentes en cuarentena procesados provisionalmente. Angelo pensó detenerse en la sala de ejecutivos para tomar un trago y realizar allí parte del papeleo, desviando su atención de aquello que todavía le hacía sudar. Tenía un compaginador en el bolsillo, lo llevaba siempre, aunque pudiera confiar en el comunicador. Pensó en ello.

Llegó a su casa en el sector azul uno y abrió la puerta.

—¿Angelo?

Alicia estaba despierta. Dejó el maletín y la chaqueta sobre la silla al lado de la puerta.

—Ya estoy en casa —dijo él, sonriendo a la vieja nativa que salió de la habitación de Alicia a recibirle—. ¿Has tenido un buen día, Lily?

Lily asintió, devolviéndole la sonrisa, y fue a recoger las cosas que él había dejado en la entrada. Angelo penetró en la alcoba, se inclinó sobre la cama y besó a Alicia. Ella le sonrió, inmóvil como lo estaba siempre bajo las sábanas inmaculadas, con Lily para atenderla, darle la vuelta y cuidarla con el cariño acumulado en muchos años. Las paredes eran pantallas. La vista alrededor de la cama era de estrellas, como si colgaran en medio del espacio; estrellas y, a veces, el sol, las plataformas y

corredores de Pell, o imágenes de los bosques de Downbelow, la base, la familia, de todas las cosas que la complacían. Lily cambiaba las secuencias para ella.

—Damon ha estado aquí —murmuró Alicia—. Con Elene, durante *el* desayuno. Ha sido agradable. Elene tiene un buen aspecto, se siente muy feliz.

Con frecuencia la visitaban, uno u otro, sobre todo cuando Emilio y Miliko estaban lejos. Angelo recordó una sorpresa, una cinta que se había guardado en el bolsillo de la chaqueta por temor a olvidarla.

—He tenido un mensaje de Emilio. Te lo pondré.

—Angelo, ¿algo no va bien?

Él se detuvo y movió la cabeza tristemente.

—No se te escapa nada, querida.

—Conozco bien tu rostro, amor. ¿Malas noticias?

—No de Emilio. Las cosas van muy bien allá abajo, mucho mejor. Infoma que hay considerables progresos en los nuevos campamentos. No han tenido ningún problema con el personal de cuarentena, la carretera está expedita hasta la base número dos, y hay bastantes deseosos de que los transfieran.

—Creo que sólo me entero del mejor lado de los informes, pero también miro los corredores, Angelo, y puedo ver la expresión de la gente.

Él volvió la cabeza para que pudiera mirarle más cómodamente.

—Se está preparando la guerra. Eso es lo que ocurre. Los bellos ojos de la mujer, hermosos todavía, en un rostro delgado y pálido, no parpadearon.

—¿Está muy cerca?

—No tanto, pero los mercantes se ponen nerviosos. No hay señales de que se vaya a desencadenar enseguida, pero me preocupa la moral de la gente.

Ella miró a su alrededor y señaló las paredes.

—Haces que todo mi mundo sea bello, pero ¿lo es en realidad el que está ahí afuera?

—Por ahora Pell no corre peligro. No hay nada inminente. Sabes que soy incapaz de mentirte. —Se sentó en el borde de la cama y le cogió la mano—. Hemos visto encenderse la guerra otras veces y todavía estamos aquí.

—¿Están muy mal las cosas?

—He hablado con un mercante hace unos momentos, y me ha mencionado las actitudes de los mercantes, los lugares en la Profundidad, apropiados para esconderse y esperar. Se me ocurre que hay más estaciones de las que dejó Pell, pedazos de roca en sitios improbables... cosas que saben bien los mercantes y quizá Mazian, Sí, seguro que lo sabe. Lugares a los que pueden ir las naves para protegerse de las tormentas. Si llega a plantearse una situación grave, tendremos algunas opciones.

—¿Te marcharías? Él negó con la cabeza.

—Jamás, jamás, pero todavía tenemos la posibilidad de convencer a los muchachos para que lo hagan. Ya persuadimos a uno para que fuera a Downbelow. Intentémoslo ahora con el más joven y con Elene, que es nuestra mejor esperanza.



Ella tiene amigos allí, conoce a Damon y podría persuadirle.

Le apretó la mano. Alicia Lukas-Konstantin necesitaba a Pell, necesitaba la maquinaria, el equipo que una nave no podría mantener fácilmente. Estaba unida a Pell y a las máquinas. Y la transferencia de su cortejo de metal y técnicos sería público, supondría el anuncio del fin difundido por vídeo. Ella se lo había recordado. «Soy Pell», le había dicho riendo sin alegría. Una vez había estado a su lado. Él no se iba. Jamás lo haría sin ella, abandonando lo que su familia había construido a lo largo de los años, lo que ellos habían construido juntos.

—No está cerca —repitió, pero pensó que sí lo estaba.

## V

### **Pell: Plataforma Blanca; oficinas de la Compañía Lukas; 1100 h.**

**J**ON LUKAS RECOGIÓ LOS DOCUMENTOS Y MIRÓ A LOS HOMBRES APIÑADOS ANTE su mesa en la oficina de la plataforma. Fue una mirada larga, para dejar bien clara su posición. Luego dejó los papeles sobre la mesa y Bran Hale los recogió y los pasó a los otros.

—Se lo agradecemos —dijo Hale.

—La Compañía Lukas no necesitaba empleados. Ustedes lo comprenden. Procuren ser útiles. Esto es un favor personal, una deuda, si quieren. Aprecio la lealtad.

—No habrá ningún problema —dijo Hale.

—Es importante que mantengan la calma. El mal carácter ya les ha costado la pérdida de su permiso de libre circulación como miembros de seguridad. No demuestren ese mal carácter si trabajan para mí. Se lo advierto. Se lo advertí cuando trabajábamos juntos en Downbelow.

—Lo recuerdo —dijo Hale—, pero nos hicieron salir a toda prisa, señor Lukas, por razones personales. Konstantin buscaba una excusa. Está cambiando sus normas, deshaciendo todo lo que usted había hecho, y procuramos tener paciencia, señor.

—Eso es inevitable —dijo Jon—. No estoy allí y no puedo arreglar las cosas, y ahora tampoco ustedes. Habría preferido que Jacoby los hubiera sacado de allí en otras condiciones, pero el caso es que están aquí y ahora han de recurrir al empleo privado. —Se reclinó en su asiento—. Podría necesitarles. Piensen también en eso. Las cosas podrían haber sido peores... ahora, en la estación, se acabó el barro y los dolores de cabeza debidos a la mala atmósfera. Trabajan para la compañía en todo lo que se presente, y deben usar la mente y hacer las cosas bien.

—Sí, señor —dijo Hale.

—Y otra cosa, Lee... —Jon miró a Lee Quale y añadió—: Puede que de vez en cuando tenga que hacer guardia en la propiedad Lukas. Puede que tenga un arma, pero no se le ocurra disparar. ¿Sabe lo cerca que estuvo de Corrección a causa de eso?

—Un bastardo golpeó el cañón —murmuró Quale.

—Damon Konstantin dirige Asuntos Legales. Es el hermano de Emilio, de modo que, como pueden ver, Angelo lo tiene todo en el bolsillo. Si dispusiera de más cargos contra ustedes, podría haberles enviado al molino. Piensen en los riesgos la próxima vez que se enfrenten con los Konstantin.

Se abrió la puerta y entró Vittorio, el cual hizo caso omiso de la expresión de

Lukas, molesto por la interrupción. Se acercó a él y se inclinó para hablarle al oído.

—Ha llegado un hombre, en una nave llamada *Ojo del Cisne*.

—No conozco tal nave. Puede esperar.

—No —insistió Vittorio—. Escúchame. No estoy seguro de que esté autorizado.

—¿Cómo? ¿No autorizado?

—Los documentos. No estoy seguro de que tenga derecho a estar en la estación. Está ahí afuera. No sé qué hacer con él.

Jon soltó un bufido. Tanto la oficina como la plataforma estaban llenas de testigos.

—Hazle pasar —le dijo, y a Hale y sus hombres—: Salgan afuera. Rellenen los papeles y entréguenlos al personal. Hagan lo que les pidan. Salgan.

Los hombres le dirigieron miradas sombrías, sintiéndose ofendidos.

—Vámonos —les dijo Hale, acompañándoles al exterior. Vittorio se apresuró a salir tras ellos y dejó la puerta abierta.

Un momento después entró un hombre con atuendo de mercante y cerró la puerta tras él, sin más ni más, con un movimiento que no reflejaba temor ni disimulo, como si él mandara. Era el suyo un rostro vulgar, sin ningún rasgo sobresaliente, y aparentaba unos treinta años. Sus modales eran fríos y sosegados.

—Señor Jon Lukas —dijo el recién llegado.

—Soy yo.

El hombre dirigió miradas significativas al techo y las paredes.

—No hay micrófonos ocultos —le dijo Jon—. ¿Se presenta aquí públicamente y teme que haya escuchas?

—Tengo que protegerme.

—¿Cuál es su nombre? ¿Quién es usted?

El hombre se adelantó, se quitó un anillo de oro de un dedo y sacó del bolsillo un carnet de identidad de una estación. Depositó ambas cosas sobre la mesa. Era de Dayin.

—Usted hizo una proposición.

Jon permaneció sentado, inmóvil.

—Protéjame, señor Lukas.

—¿Quién es usted?

—He venido en el *Ojo del Cisne*. El tiempo es limitado. En cuanto hayan cargado los suministros se marcharán.

—Le he pedido su nombre. No trato con personas desconocidas.

—Deme usted un nombre. Uno de sus hombres que pueda ir al *Ojo del Cisne*, un rehén, uno que pueda tratar en su nombre si es necesario. Usted tiene un hijo.

—Vittorio.

—Envíele a él.

—Le echarán en falta.

El recién llegado le miró con frialdad y obstinación. Jon se guardó el carnet y el

anillo y oprimió el botón del intercomunicador.

—Vittorio.

La puerta se abrió y entró Vittorio, con una expresión aprensiva. Cerró la puerta de nuevo.

—La nave que me ha traído le llevará a usted —dijo el hombre—, le llevará a una nave llamada *Hammer*, Vittorio Lukas, en la periferia. No ha de temer a las tripulaciones de ninguna de las dos naves. Son de confianza. Incluso la capitana del *Ojo del Cisne* está muy interesada en su seguridad, pues quiere recuperar a su propia familia. Estará usted bien seguro.

—Haz lo que dice —ordenó Jon a Vittorio, que estaba pálido como la cera.

—¿Que vaya? ¿Así, sin más?

—No corres ningún riesgo. Estarás a salvo... mucho más que aquí cuando llegue lo que ha de llegar. Tus papeles, el carnet, la llave; déselo todo a él. Irás al *Ojo del Cisne* con una de las entregas. No pongas cara de culpabilidad y no salgas. Es bastante fácil.

Vittorio se quedó mirándolo.

—Te aseguro que estás a salvo —dijo el desconocido—. No tienes más que ir ahí afuera y esperar, actuar como enlace de nuestras operaciones.

—Nuestras...

—Me han dicho que me comprendes. Vittorio buscó en un bolsillo y sacó sus documentos. Parecía asustado.

—El número de ordenador —le instó el otro. Vittorio lo anotó en una hoja del bloc que estaba sobre la mesa.

—No te preocupes —dijo Jon—. Te digo que estarás mejor allí que aquí.

—Eso es lo que le dijiste a Dayin.

—Dayin Jacoby está perfectamente —dijo el desconocido.

—No lo estropees, hijo. Actúa bien. Si enredas las cosas acabaremos todos en Corrección. ¿Está claro?

—Sí, señor —replicó débilmente Vittorio.

Jon le indicó la puerta con un movimiento de cabeza. Vacilante, Vittorio le tendió la mano, que él estrechó maquinalmente... Ni siquiera ahora le gustaba, no podía gustarle, aquel hijo suyo. Tal vez ahora que Vittorio demostraba serle de alguna utilidad, cambiaría su opinión.

—Te lo agradezco —musitó, sintiendo que cierta cortesía evitaría heridas. Vittorio asintió.

—Es esta plataforma —dijo el desconocido mientras seleccionaba los papeles de Vittorio—. Ensambladero número dos. Date prisa.

Cuando salió Vittorio, el desconocido se guardó los documentos y el número de ordenador en el bolsillo.

—El uso del número periódicamente debería satisfacer al ordenador —dijo el hombre.

—¿Quién es usted?

—Llámame Jessad —replicó el otro—. Vittorio Lukas, supongo, por lo que respecta al ordenador. ¿Cuál es su residencia?

—Vive conmigo —dijo Jon, deseando que fuera de otro modo.

—¿Alguien más? ¿Alguna mujer, amigos íntimos que no comprenderían esto?

—Los dos solos.

—Es lo que indicó Jacoby. Residencia con usted... muy conveniente. ¿Provocará comentarios que vaya por ahí con sus ropas?

Jon se sentó en el borde de la mesa y se enjugó el sudor con la mano.

—No tiene por qué preocuparse, señor Lukas.

—Ellos... la Flota de la Unión... ¿van a venir?

—Tengo que arreglar algunas cosas. Soy un consejero, señor Lukas. Ese sería un término adecuado. Una persona prescindible. Un hombre, una o dos naves, es un pequeño riesgo en comparación con los beneficios. Pero quiero vivir, como puede comprender, y propongo que no prescinda de mí a la ligera. No quisiera que cambie de opinión, señor Lukas.

—Le han enviado aquí... sin apoyo...

—Habrá todo el apoyo necesario cuando llegue el momento. Hablaremos esta noche, en su residencia. Estoy totalmente en sus manos. Entiendo que no hay un fuerte vínculo entre usted y su hijo.

Jon se sonrojó.

—Eso no es asunto suyo, señor Jessad.

—¿No? —Jessad le miró lentamente de arriba abajo—. Se acerca la invasión, puede estar seguro de ello. Usted ha apostado por el lado vencedor. Está de acuerdo en realizar ciertos servicios por una posición. A mí me tocará evaluarle. Es un asunto muy comercial, comprenda el sentido, pero hará bien en seguir mis órdenes y no hacer nada sin mi consejo. Tengo cierta experiencia de situaciones como esta. Me han advertido de que usted no permite un control doméstico, que Pell es muy obstinada en este punto, que no hay aparato.

—No lo hay —dijo Jon, tragando saliva—. Va contra la ley.

—Eso es muy conveniente. Detesto estar controlado por las cámaras. Las ropas, señor Lukas. ¿Son aceptables en sus corredores?

Jon se volvió, buscó, en su escritorio y encontró el formulario adecuado. El corazón le latía con fuerza. Si detenían a aquel hombre, si había sospechas, su firma figuraría en el documento... pero ya era demasiado tarde. Si subían a bordo del *Ojo del Cisne* y lo registraban, si alguien notaba que Vittorio no abandonaba la nave antes de que ésta despegara de la plataforma...

—Tenga —le dijo, arrancando el pase—. No enseñe esto a nadie a menos que le detengan los agentes de seguridad—. Oprimió el botón del comunicador y se inclinó sobre el micro—. ¿Está Bran Hale todavía ahí? Háganle pasar. Solo.

—No necesitamos que nadie más participe en esto, señor Lukas —dijo Jessad.

—Me ha pedido consejo acerca de los corredores, pues ahí va. Si le detienen, dirá que es un mercante a quien le han robado los documentos. Se dirige a la administración para exponer el caso, y Hale le escolta. Deme los papeles de Vittorio. Yo puedo llevarlos. No se arriesgue a que le capturen con ellos, con esa historia. Lo arreglaré todo cuando llegue a mi apartamento esta noche.

Jessad le entregó los documentos a cambio del pase.

—¿Y que les hacen a los mercantes a quienes les han robado los papeles?

—Llaman a toda la familia de su nave y se produce una gran conmoción. Si las cosas llegan a ese punto, pueden acabar deteniéndole y sometiéndole a Corrección, señor Jessad. Pero aquí se sabe que el robo de documentos es frecuente, y ésta es una cobertura mejor que su plan. Si le detiene, acepte cuanto le digan y confíe en mí, porque dispongo de naves y puedo llegar a algún arreglo. Diga que pertenece a la *Sheba*. Yo conozco a la familia de esa nave.

Se abrió la puerta y apareció Bran Hale. Jessad se puso en guardia de inmediato. Si estaba a punto de decir algo, cerró la boca.

—Confíe en mí —repitió Jon, sintiendo una cierta satisfacción ante la desconfianza del desconocido—. Bran, ya puede hacer algo útil. Lleve a este hombre a mi apartamento. —Buscó la llave en su bolsillo—. Espere dentro con él hasta que yo llegue. Pónganse cómodos. No tardaré mucho. Si les detienen, él ya sabe lo que ha de decir. Usted límitese a seguirle. ¿De acuerdo?

Hale miró a uno y a otro, y asintió sin hacer preguntas. Era un hombre inteligente, aquel Hale.

—Puede confiar en este hombre, señor Jessad —le dijo Jon.

Jessad le dirigió una rígida sonrisa y le ofreció la mano. Jon la aceptó y se dio cuenta, por la firmeza del apretón, de que los nervios de aquel hombre no eran normales. Salió con Hale y Jon se quedó de pie junto a su mesa, mirando cómo se alejaban. El personal de la oficina era como Hale, gente de Lukas, de nivel administrativo y dignos de confianza. Hombres y mujeres que él había elegido... y no era probable que ninguno de ellos trabajase también en favor de Konstantin, pero a pesar de todas estas seguridades, Jon seguía sintiéndose inquieto. Desvió la vista de la puerta, abrió un armario y se sirvió un trago, pues si Jessad tenía una apariencia de serenidad increíble, a él le temblaban las manos a causa de aquel encuentro y las posibilidades que encerraba. Un agente unionista. Era una farsa y una consecuencia demasiado complicada de su intriga con Jacoby. Él había extendido una antena experimental y alguien había elevado los riesgos del juego a un nivel ridículo.

Las naves de la Unión se acercaban. Debían estar muy cerca para que corrieran el enorme riesgo de enviar a alguien como Jessad. Jon volvió a sentarse ante su mesa, tomó un trago y trató de pensar con coherencia. El engaño del computador no podría durar mucho. Calculó que Jessad sólo podría hacerse pasar por Vittorio unos cuantos días, y si algo iba mal a él, le cazarían a él y no a Jessad, pues éste no estaba registrado por el ordenador. Puede que Jessad fuese prescindible en los planes de la

Unión, pero él lo era más todavía.

Tuvo una súbita inspiración y empezó a llenar unos formularios para la utilización de un pequeño transporte. Lukas disponía de tripulaciones que no hablarían, como la de *Sheba*, hombres a quienes no les importaría ocultar a alguien a bordo, falsificar los conocimientos de embarque, la tripulación o la lista de pasajeros. El rastreo de las rutas del mercado negro había producido toda clase de datos interesantes que algunos capitanes querían conocer. Aquella tarde otra nave saldría hacia las minas, y el número de ordenador de Vittorio se cambiaría en el registro de la estación. El movimiento de una nave pasaría desapercibido. Nadie prestaba atención a los pequeños transportes. Sería un viaje de ida y vuelta a las minas con una nave que no amenazaba la seguridad porque carecía de velocidad, capacidad para el salto interestelar y armas. Puede que, aun así, tuviera que responder a algunas preguntas de Angelo, pero sabía todas las respuestas adecuadas. Transmitió la orden al ordenador, observó con satisfacción cómo se la tragaba la máquina y enviaba notificación a la Compañía Lukas de que cualquier nave que partiera tenía que llevar algunos artículos de la estación a las minas y que se trataba de carga libre. De ordinario, habría protestado por el volumen de la tasación por transporte libre, pues era excesiva, pero ahora tecleó: «Aceptado 1/4 carga de estación; partirá a las 1700».

El ordenador tomó los datos. Jon se reclinó en su asiento, con un suspiro de alivio, y el ritmo de su corazón se hizo más razonable. Tratar con el personal era fácil; conocía a los hombres adecuados.

Se puso a trabajar de nuevo, solicitando nombres al ordenador, eligiendo a la tripulación, una familia mercante que trabajaba para Lukas desde hacía tiempo.

—Haga pasar a los Kulin en cuanto lleguen a la oficina —ordenó a su secretaria a través del comunicador—. Hay un encargo esperándoles. Llène los documentos lo antes posible. Recoja *cualquier cosa* que podamos enviar y ordene la carga. Consiga luego un equipo de plataforma para cargar la nave, sin discusiones, deles lo que pidan. Asegúrese de que los documentos son intachables y que no hay ningún obstáculo, absolutamente ninguno, en las entradas del ordenador. ¿Comprendido?

—Sí, señor —respondió la secretaria, y un instante después—: Contacto efectuado con los Kulin. Están en camino y le agradecen el encargo, señor.

La *Annie* era conveniente, una nave lo bastante cómoda para una gira prolongada por las minas en las que Lukas tenía intereses, y lo bastante pequeña para pasar desapercibida. Había realizado giras como aquella en su juventud, cuando aprendía el oficio. Y eso era lo que haría Vittorio. Apuró el vaso y movió nervioso los papeles sobre su mesa.

## VI

### **Pell: Cilindro central; 9/9/52; 1200 h.**

**J**OSH SE TENDIÓ SOBRE LA COLCHONETA EN EL REDUCIDO GIMNASIO. DAMON SE inclinó sobre él, con las manos sobre las rodillas y el atisbo de una expresión divertida en el rostro.

—Estoy agotado —dijo Josh cuando pudo respirar, los costados doloridos—. Había hecho ejercicio, pero no tanto.

Damon se tendió también sobre la colchoneta, respirando a su vez con dificultad.

—Creo que ya tenemos bastante por hoy. ¿Necesitas ayuda?

Josh gruñó, dio media vuelta y se apoyó en los brazos para levantarse pesadamente, temblándole todos los músculos y sintiéndose un poco avergonzado ante los hombres y mujeres en mejor forma que pasaban por la empinada pista que rodeaba todo el núcleo interior de Pell. Había mucha gente y resonaba el rumor de las conversaciones. Estaba libre, y lo peor que podía temer allí era que se rieran un poco de él. Hubiera seguido corriendo de haber podido. Ya había corrido más de lo que debió, pero le molestaba que se hubiera terminado el tiempo.

Le temblaban las rodillas y le dolía el vientre.

—Vamos —dijo Damon, levantándose con más facilidad. Damon le cogió del brazo y le acompañó a los vestuarios—. Toma un baño de vapor. Eso, al menos, te relajará. Tengo un poco de tiempo antes de regresar a la oficina.

Entraron en el caótico vestuario, se desnudaron y arrojaron las ropas a la lavadora común. Había rimeros de toallas para usarlas a discreción. Damon le entregó un par y le mostró la puerta sobre la que se leía la palabra VAPOR. Tras una ducha rápida pasaron a una serie de cubículos envueltos en vapor, a los lados de un largo pasillo. Estaban ocupados en su mayor parte. Encontraron algunos libres hacia el final de la fila, entraron en uno y se sentaron en los bancos de madera. Josh pensó en la cantidad de agua que se desperdiciaba allí y observó cómo Damon vertía el agua sobre su cabeza y echaba el resto en un recipiente de metal caliente hasta que el vapor le envolvía en una nube blanca. Josh se lavó de manera similar y se secó con la toalla, falto de aliento y sintiéndose mareado por el calor.

—¿Estás bien? —le preguntó Damon.

Él asintió. No quería estropear la ocasión, deseaba a toda costa mantener la normalidad mientras estaba con Damon. Ponía todo su empeño en permanecer equilibrado, como si caminara por una cuerda floja y corriera el peligro de caer en un exceso de confianza a uno u otro lado. Le aterraba poner su confianza en alguien, sin reservas. Pero detestaba estar solo, nunca le había gustado la soledad. Era una



certidumbre que aparecía con frecuencia entre los jirones de su memoria mutilada, firme como una verdad. Damon se cansaría de él. La novedad se agotaría. Una compañía como la suya tenía que resultar inaguantable al cabo de algún tiempo. Y entonces estaría solo, con la mitad de su mente y una libertad simbólica, en la prisión que era Pell.

—Hay algo que te preocupe?

—No, no. —Quiso cambiar de tema desesperadamente—. Creí que Elene se reuniría con nosotros aquí.

—Empieza a notársele un poco el embarazo. No tiene ganas de venir.

—Ya.

Parpadeó y desvió la vista. Eran cosas demasiado íntimas y él se sentía como un intruso. En aquellos aspectos era un ingenuo. Las mujeres... Creía haber conocido a algunas, pero no embarazadas, no una relación como la que existía entre Damon y Elene, estable, duradera. Recordó a alguien a quien había amado, una relación antigua, pasada, un amor adolescente. Él era un niño entonces. Intentó seguir los hilos hasta ver adonde conducían, pero se enmarañaron. No quería pensar así en Elene, no podía. Recordó las advertencias, el deterioro psicológico, como lo habían llamado. Deterioro...

—¿Está bien, Josh?

Él parpadeó de nuevo, lo que podía llegar a convertirse en un tic nervioso si seguía haciéndolo.

—Algo te está fastidiando.

Él replicó con un gesto vago. No quería verse atrapado en una discusión.

—No lo sé.

—Estás preocupado por algo.

—No, por nada.

—¿No confías en mí?

El parpadeo oscurecía su visión. El sudor le cubría los ojos. Se enjugó el rostro.

—Como quieras —dijo Damon.

Se levantó y fue a la puerta del cubículo de madera, tratando de interponer una distancia entre ellos. Sentía náuseas en el estómago.

—Josh.

Un lugar oscuro, cerrado... Podía echar a correr, liberarse de aquella proximidad, de las exigencias a las que se veía sometido. Si lo hacía, le arrestarían, le harían volver al hospital, entre paredes blancas.

—¿Estás asustado? —le preguntó Damon sin ambages.

El muchacho hizo un gesto de impotencia. Las conversaciones de los demás cubículos formaban un rumor sostenido, ininteligible, que envolvía su celda como el vapor.

—¿Qué es lo que imaginas? —le preguntó Damon—. ¿Que no soy sincero contigo?

—No.

—¿Que no puedes confiar en mí?

—No.

—Entonces, ¿qué?

Josh estaba a punto de sentirse enfermo. Tenía ya experiencia de aquella sensación.

—Desearía que hablaras —le dijo Damon. El muchacho le miró, de espaldas a la partición de madera.

—Te detendrás cuando te canses del proyecto —le dijo débilmente.

—¿Detener qué? ¿Otra vez estás pensando en que voy a abandonarte?

—¿Entonces, qué es lo que quieres?

—¿Crees que eres una curiosidad? —le preguntó Damon. Él tragó la bilis que le había subido a la garganta.

—Esa es la impresión que tienes, ¿verdad? ¿Eso es lo que crees de Elene y de mí?

—No quiero pensar eso —logró decir el muchacho finalmente—, pero soy una curiosidad. ¿Qué otra cosa podría ser?

—No lo eres —negó Damon.

En su rostro empezó a agitarse un músculo. Se sentó en el banco y trató de detener el tic. Ya no tomaba píldoras, y deseaba tenerlas, para permanecer tranquilo y no pensar, para salir de allí y librarse del sondeo al que le sometían.

—Te tenemos simpatía —le dijo Damon—. ¿Hay algo de malo en eso?

Él siguió sentado, paralizado, el corazón martilleándole.

—Vámonos —dijo Damon, poniéndole en pie—. Ya has tenido bastante calor.

Josh se levantó. Tenía las rodillas débiles y la visión borrosa por el sudor, la temperatura y el reducido espacio de la sauna. Damon le ofreció una mano. Él la rechazó y caminó tras el otro hombre por el pasillo hasta el extremo de la estancia.

El aire más fresco le aclaró un poco la cabeza. Permaneció unos momentos más de los necesarios en la ducha, y salió un poco más calmado, envuelto en una toalla, hacia el vestuario. Damon estaba tras él.

—Lo siento —le dijo a Damon, por todo en general.

—Son los reflejos. —Con el ceño fruncido, le cogió del brazo antes de que pudiera volverse. Josh retrocedió y golpeó el armario con su cuerpo, produciendo un ruido resonante.

Un lugar oscuro. Un caos de cuerpos. Manos sobre él. Apartó su mente de todo aquello, se apoyó temblando en el metal, mirando fijamente el rostro inquieto de Damon.

—¿Josh?

—Lo siento —repitió—. Lo siento.

—Parece como si fueras a desmayarte. ¿Ha sido el calor?

—No lo sé —musitó—. No lo sé. —Se sentó en el banco para recobrar el aliento. Al cabo de un momento estaba mejor. La oscuridad retrocedió—. Lo lamento de

veras. —Estaba deprimido, convencido de que Damon no podría tolerarle más. La depresión iba en aumento—. Quizá será mejor que vuelva al hospital.

—¿Tan mal estás?

No quería pensar en su habitación, el sobrio apartamento de paredes desnudas, frías. En el hospital conocía a varias personas, los médicos le conocían y podrían tratarle cuando tuviera aquellos ataques de depresión, y él sabía que sus motivos se limitaban al cumplimiento del deber.

—Llamaré a la oficina —dijo Damon— y les diré que voy a llegar tarde. Te llevaré al hospital si crees que es necesario.

Él apoyó la cabeza en las manos.

—No sé por qué hago esto. Recuerdo algo, pero no sé qué es. Me provoca náuseas.

Damon se sentó a horcajadas en el banco y esperó a que continuara.

—Puedo imaginarlo —le dijo finalmente, y el muchacho alzó la vista, recordando con inquietud que Damon había tenido acceso a todos sus datos.

—¿Qué es lo que se imagina?

—Tal vez ha estado demasiado encerrado, y la celda del vapor se lo ha recordado. Muchos refugiados sienten pánico por los lugares cerrados y llenos de gente,

—Pero yo no llegué con los refugiados. Lo recuerdo.

—¿Y qué más?

Un tic contorsionó su rostro. Se levantó, empezó a vestirse y, al cabo de un momento, Damon le imitó. Otros hombres iban y venían a su alrededor. Gritos del exterior llegaron a la habitación cuando la puerta se abrió: el ruido normal del gimnasio.

—¿De veras quiere que le lleve al hospital? —le preguntó finalmente Damon.

Josh se puso la chaqueta.

—No, me pondré bien.

Damon juzgó que, efectivamente, se pondría bien, aunque observó que seguía teniendo la piel de gallina, incluso ahora que estaba totalmente vestido. Frunció el ceño e hizo un gesto hacia la puerta. Salieron a la fría cámara exterior y subieron al ascensor con media docena de personas. Cuando salieron, Josh se tambaleó un poco y se detuvo ante el denso tráfago que le rodeaba.

Damon le cogió por un codo y le condujo hasta un asiento junto a la pared del corredor. Al muchacho le satisfizo sentarse, descansar un momento y observar a la gente que pasaba ante ellos. No estaban en el nivel de la oficina de Damon, sino en el sector verde. Desde la sala general, en el extremo, les llegaban las notas de la música. Se habían detenido allí por idea de Damon. Estaban cerca de la pista que conducía al hospital... o tal vez Damon sólo había pretendido encontrar un lugar donde descansar un poco.

—Siento algo de vértigo —le confesó.

—Tal vez sería mejor que volviera al hospital para que le hagan un chequeo. No

debí haberle alentado a hacer esto.

—No es el ejercicio. —Josh se inclinó, apoyó la cabeza en las manos, aspiró aire varias veces, con lentitud, y finalmente se enderezó—. Damon, los nombres... conoce los nombres de mi historial. ¿Dónde nací?

—En Cyteen.

—¿Sabe cómo se llamaba mi madre? —Damon frunció el ceño.

—No, no lo dijo. Habló sobre todo de una tía. Se llamaba Maevis.

Josh recordó entonces el rostro de la anciana, y tuvo una cálida sensación de familiaridad.

—La recuerdo.

—¿Se había olvidado de ella?

El tic volvió a su rostro y él procuró ignorarlo, buscando a toda costa la normalidad.

—Como puede comprender, no tengo modo de saber lo que pertenece a su memoria y lo que es imaginado o soñado. No puedes saber a qué atenerte cuando desconoces la diferencia.

—Se llamaba Maevis.

—Sí, vivía en una granja.

Josh asintió, y de repente tuvo un atisbo de un camino soleado, una valla roída por la intemperie. A menudo, en sus sueños, se encontraba en aquel camino, con los pies descalzos en el polvo, y veía una casa, una cúpula prefabricada entre otras muchas, doradas bajo el sol.

—Una plantación, mucho mayor que una granja. Vivía allí... Viví allí hasta que fui a la escuela técnica. Fue la última vez que estuve en un mundo, ¿verdad?

—Nunca mencionó otro.

Josh permaneció callado un momento, recordando la imagen, excitado por ella, por algo hermoso, cálido y auténtico. Trató de recuperar los detalles. El tamaño del sol en el cielo, el color de las puestas de sol, el camino polvoriento que llevaba al pequeño poblado. Una mujer robusta, suave y agradable, y un hombre delgado y preocupado que dedicaba mucho tiempo a maldecir el clima. Las piezas encajaban. Aquel era su hogar y le inspiraba nostalgia.

—Damon... —Hizo acopio de valor, pues aquello era algo más que un sueño placentero—. No tiene ningún motivo para mentirme, ¿verdad? Sin embargo, lo hizo cuando le pedí que me dijera la verdad, hace poco, acerca de la pesadilla. ¿Por qué?

Damon parecía sentirse incómodo.

—Tengo miedo, Damon, me asustan las mentiras, ¿lo comprende? Y me asustan otras cosas. —Tartamudeaba sin poder contenerse, impaciente consigo mismo; los músculos se le contraían, su lengua se volvió torpe y su mente parecía un cedazo—. Deme los nombres, Damon. Ha leído el historial, lo sé. Dígame cómo llegué a Pell.

—Cuando Russell fue destruido, como todos los demás.

—No, empiece por Cyteen. Deme nombres. Damon extendió un brazo sobre el

respaldo del banco y le miró con el ceño fruncido.

—El primer servicio que mencionó era una nave llamada *Kite*. No sé cuántos años estuvo en ella. Tal vez fue la única nave. Por lo que puedo deducir, le hicieron salir de la granja para que estudiara en la escuela técnica y le entrenaron en sistemas de sondeo. Creo que la nave era muy pequeña.

—Una nave de reconocimiento —musitó el muchacho. Y vio en su mente el atestado interior de la *Kite*, donde la tripulación tenía que moverse en un ambiente con gravedad nula. Había pasado mucho tiempo en la estación Fargone... y de patrulla, en misiones de observación. Recordó a Kitha... Kitha y Lee... la infantil Kitha, por la que había sentido un afecto especial. Y Ulf. Recobraba los rostros y se alegraba al recordarlos. Habían trabajado juntos, en todos sentidos, pues aquel tipo de naves carecía de posibilidad de actividades privadas. Habían convivido juntos durante años.

Y ahora estaban muertos. Era como perderlos de nuevo.

Recordó el grito de advertencia de Kitha. También él había gritado algo, al darse cuenta de que eran un blanco perfecto, por un error de Ulf. Él había permanecido impotente ante el tablero de mandos. Sus armas no podían hacer nada para repeler el ataque. Se estremeció.

—Alguien me recogió.

—Les atacó una nave auxiliar llamada *Tigris*. Pero en la zona había un carguero que le albergó en su cápsula de señales.

—Continúe.

Damon permaneció silencioso un momento, como si pensara en ello, como si no fuera a continuar. Estaba cada vez más inquieto y sentía una gran tensión.

—Le trajeron a la estación —dijo al fin—, a bordo de un mercante, en camilla, pero sin lesiones. Supongo que la conmoción y el frío le habían afectado... El sistema de habitabilidad había comenzado a estropearse y estuvieron a punto de perderle.

Josh meneó la cabeza. Su mente no conservaba imágenes de aquello. Recordaba las plataformas, los médicos, el interrogatorio, las interminables preguntas, la multitud revuelta que gritaba, un guardia de plataforma que caía y alguien le disparaba fríamente al rostro, mientras estaba tendido en el suelo, aturdido. Muertos por todas partes, pisoteados, un montón de cuerpos ante él y hombres que le rodeaban, tropas armadas. «¡Tienen armas!», había gritado alguien, y entonces se había producido el pánico.

—Le recogieron en Mariner —dijo Damon—. Después de que estallara, cuando buscaban supervivientes.

—Elene...

—Le interrogaron en Russell —siguió diciendo Damon en voz baja, obstinadamente—. Se enfrentaban... no sé a qué. Estaban asustados, tenían prisa. Utilizaron técnicas ilegales, como la Corrección. Querían que les diera información, horarios, movimientos de las naves, todo eso. Pero no podía dárselo, porque estaba en

Russell cuando empezó la evacuación y le trasladaron a esta estación. Eso es lo que sucedió. Un sombrío cordón umbilical de la estación a la nave. Tropas y armas.

—Se llamaba *Norway*.

Josh sintió un nudo en el estómago. Mallory. Mallory y la *Norway*. Graff. Recordó. El orgullo se había extinguido allí, y el se convirtió en un cero a la izquierda. Quien era, lo que era... no les había importado a las tropas ni a la tripulación. Ni siquiera se trataba de odio, sino de amargura y hastío, la crueldad de que *él* no importaba, aunque era un ser vivo que experimentaba dolor y sentía vergüenza..., que gritaba cuando el horror le abrumaba y, al darse cuenta de que no le importaba a nadie, dejaba de gritar, de sentir, de luchar.

Podía oír el tono de la voz de Mallory. «¿Quieres volver con ellos? ¿Quieres volver?» Él no quiso. Entonces no quería nada, salvo no sentir en absoluto. Esa era la fuente de sus pesadillas, las figuras oscuras y confusas, lo que le hacía despertarse de noche.

Asintió lentamente, aceptándolo.

—Aquí le internaron en la prevención —dijo Damon—. Le recogieron. Pasó por Russell y la *Norway* hasta llegar aquí. No crea que hemos introducido algo falso en su Corrección. Tiene mi palabra. ¿Josh?

—Estoy bien —dijo el muchacho, aunque sudaba y le costaba respirar. Seguía sintiendo náuseas. La proximidad emocional o física le producía tales efectos. Ahora podía identificarlo y procuraba dominarse.

—Quédese aquí —le ordenó Damon, levantándose antes de que él pudiera objetar nada, y fue a una de las tiendas situadas a lo largo del corredor.

El muchacho se quedó obedientemente donde estaba, con la cabeza apoyada contra la pared, y su pulso fue serenándose. Se le ocurrió que era la primera vez que se quedaba solo, salvo en el recorrido desde su lugar de trabajo hasta su habitación. Tenía una peculiar sensación de desnudez. Se preguntó si los que pasaban junto a él sabían quién era. La idea le asustaba.

El médico le había dicho que recordaría ciertas cosas cuando dejaran de administrarle las píldoras, pero que podría distanciarse de ellas. Era curioso que pudiera recordar algunas cosas y otras no.

Damon regresó con dos vasos, se sentó y le ofreció uno. Era zumo de fruta con algo más, helado y azucarado, un brebaje que le suavizó el estómago.

—Va a llegar tarde —le recordó a su compañero. Damon se encogió de hombros y no dijo nada.

—Me gustaría... —Hablaba entrecortadamente, lo cual le avergonzaba—... llevarles a usted y a Elene a cenar. Ahora tengo mi trabajo y gano algunos créditos.

—De acuerdo. Se lo diré a Elene. Josh se sintió mucho mejor.

—Quisiera volver solo a casa.

—Como quiera.

—Necesito saber... lo que recuerdo. Discúlpeme.

—Estoy preocupado por usted —le dijo Damon.

Estas palabras conmovieron profundamente al muchacho.

—Pero puedo andar solo.

—¿Cuándo quiere que cenemos juntos?

—Decídanlo usted y Elene. Mi horario es bastante flexible.

Era un triste rasgo de humor. Damon sonrió y apuró su bebida. Josh tomó la suya y se levantó.

—Gracias.

—Hablaré con Elene. Mañana le diré la fecha. Cuídese, y llámeme si me necesita.

Josh asintió, dio media vuelta y echó andar entre la gente que podía conocer su rostro, la multitud que poblaba las plataformas igual que su memoria. No era lo mismo, sino un mundo diferente por donde él caminaba, a lo largo de su porción de corredor, como un nuevo propietario..., caminaba hacia el ascensor entre los nacidos en Pell y esperaba junto a ellos la cabina como si fuera uno más de los suyos.

—Verde siete —dijo una vez dentro, cuando la presión de la gente le impidió oprimir el botón, y alguien lo hizo amablemente por él.

En la atestada cabina estaba hombro contra hombro, pero se sentía bien. Cuando llegó a su nivel, pidió excusas a los demás pasajeros, que no le miraron por segunda vez, y salió al corredor, cerca de su hospedaje.

—Talley —dijo alguien, sobresaltándole. Miró a la derecha, a los guardias de seguridad uniformados. Uno de ellos le saludó con una afable inclinación. Su pulso se aceleró. El rostro le resultaba vagamente familiar—. ¿Ahora vives aquí? —le preguntó el hombre.

—Sí —dijo él en tono de disculpa—. No te recuerdo bien... de antes. Tal vez estabas aquí cuando llegué.

—Sí, estaba aquí —dijo el guardia—. Me alegro de ver que te has recuperado. Parecía decirlo en serio.

—Gracias —respondió Josh, y siguió su camino mientras los guardias se iban por su lado. Las sombras que habían avanzado retrocedieron.

Había creído que eran todos sueños, pero aquello no lo soñaba, sino que había sucedido. Pasó al otro lado del mostrador, a la entrada del hospedaje, y avanzó por el corredor hasta llegar a la habitación número 18. Utilizó su tarjeta para abrir; la puerta se deslizó y Josh entró en su refugio, un cuarto sencillo, sin ventanas... un extraño privilegio, por lo que había oído a través del vídeo acerca del hacinamiento que había en todas partes. Era otro arreglo de Damon.

De ordinario habría conectado el vídeo, utilizando su ruido para llenar el lugar con voces, pues los sueños llegaban cuando los ruidos no estaban presentes.

Se sentó en la cama y permaneció un rato en silencio, sondeando los sueños, los recuerdos y las heridas a medio cicatrizar.

La *Norway*. Signy Mallory. Mallory.

## VII

### **Pell: Plataforma Blanca; oficinas de la Compañía Lukas; 1830 h.; 0630 h.**

**N**O SE PRODUCÍAN PROBLEMAS. JON PERMANECIÓ EN LA OFICINA, LA MÁS interior de todas, recibió llamadas normales, trabajó en los informes y registros de los almacenes, mientras que una porción de su mente trataba de decidir lo que haría en caso de que sucediera lo peor.

Permaneció hasta más tarde lo habitual, después de que hubiera disminuido la iluminación de las plataformas, cuando buena parte del personal del primer turno se había marchado y había cesado la actividad de la jornada. Sólo quedaban algunos empleados en las otras oficinas para responder al comunicador y atender cualquier contingencia hasta que llegara el personal del turno de noche. A las 1446 el *Ojo del Cisne* salió sin que le pusieran ningún reparo; *Annie* y los Kulin salieron con los documentos de Vittorio a las 1703, sin producir ningún revuelo ni tener que responder más que a las preguntas rutinarias sobre horarios y rumbo. Entonces se sintió más tranquilo.

Y cuando la *Annie* se había alejado de las proximidades de la estación y ya no había ninguna posibilidad razonable de inquietud, cogió su chaqueta, se levantó y se dirigió a su casa.

Utilizó su tarjeta para abrir la puerta, a fin de que el ordenador registrara hasta sus menores movimientos, y encontró a Jessad y Hale sentados uno frente al otro, en silencio. Flotaba en la sala un reconfortante aroma de café. Jon se sentó en un sillón y se reclinó, tomando posesión de su casa.

—Tomaré una taza de café —le dijo a Bran Hale, el cual se levantó y fue a buscarla. Entonces se dirigió a Jessad—: ¿Ha pasado una tarde muy aburrida?

—Agradablemente aburrida. Pero el señor Hale ha hecho lo que ha podido para entretenerme.

—¿Han tenido algún problema para llegar aquí?

—Ninguno —dijo Hale desde la cocina. Regresó con el café y Jon tornó un sorbo. Se dio cuenta de que Hale aguardaba.

Pensó en despedirle y quedarse a solas con Jessad, pero no le pareció bien, como tampoco se lo parecía que Hale hablara demasiado libremente, ni allí ni en ninguna otra parte.

—Agradezco su discreción —le dijo a Hale, y con mucho tacto añadió—: Usted sabe que se está preparando algo. Verá como su esfuerzo tendrá una recompensa mejor que dinero. Procure tan sólo que Lee Quale no cometa indiscreciones. Le



informaré puntualmente de todo lo que averigüe. Vittorio se ha ido. Dayin... se ha perdido. Necesito que me ayuden personas inteligentes y dignas de confianza. ¿Me comprende, Bran?

Hale asintió.

—Hablaremos de esto mañana —le dijo entonces en voz baja—. Gracias.

—¿Está usted seguro aquí? —le preguntó Hale.

—Si no lo estoy, usted se encargará de ello. ¿De acuerdo?

Hale asintió y salió discretamente. Jon se reclinó, con un poco más de seguridad, y miró a su huésped, el cual permanecía sereno y relajado ante él.

—Veo que confía en esta persona y que quiere promoverle en sus asuntos —lo dijo Jessad—. Sabe elegir a sus aliados, señor Lukas.

—Conozco a los míos. —Tomó un sorbo de café caliente y prosiguió—: En cambio no le conozco a usted, señor Jessad o como quiera que se llame. No puedo permitir su plan de utilizar el documento de identidad de mi hijo. He preparado una cobertura diferente para él. Una gira por las posesiones de Lukas: una nave se dirige a las minas y sus papeles van en ella.

Esperó que el otro se enfureciera, pero se limitó a enarcar cortésmente las cejas.

—No tengo ninguna objeción que hacerle. Pero necesitaré documentos y no creo juicioso exponerme a un interrogatorio para hacerme con ellos.

—Los papeles pueden conseguirse. Ese es el menor de nuestros problemas.

—¿Y el mayor, señor Lukas?

—Quiero algunas respuestas. ¿Dónde está Dayin?

—Está a salvo, oculto. No tiene por qué preocuparse. Me han enviado en la suposición de que esta oferta es válida. De lo contrario, moriré... y confío en que no sea el caso.

—¿Qué puede ofrecerme?

—Pell —dijo Jessad en voz baja—. Pell, señor Lukas.

—Y usted está dispuesto a dármela. Jessad meneó la cabeza.

—Usted nos la va a entregar, señor Lukas. Esta es la proposición. Yo le dirigiré, pues tengo experiencia, mientras que usted posee el conocimiento preciso de este lugar. Me pondrá al corriente de la situación aquí.

—¿Y qué protección tengo?

—Mi aprobación.

—¿Cuál es su rango?

Jessad se encogió de hombros.

—No es oficial. Quiero detalles. Todo, desde los horarios de los envíos al despliegue de las naves y las actas de sesiones de su consejo... hasta los menores detalles de la gestión de sus oficinas.

—¿Tiene intención de vivir todo el tiempo en mi apartamento?

—No veo razón para cambiar. Puede que ello altere sus actividades sociales. ¿Pero hay algún lugar donde pudiera estar más seguro? ¿Es hombre discreto ese Bran

Hale?

—Trabajaba para mí en Downbelow. Lo echaron de allí por sostener mi política contra los Konstantin. Es leal.

—¿De confianza?

—Hale, sí. Tengo mis dudas sobre algunos de sus hombres... al menos en lo que respecta a su criterio.

—Entonces debe tener cuidado.

—Lo tengo.

Jessad asintió lentamente.

—Pero encuéntreme documentos, señor Lukas. Me sentiré mucho más seguro con ellos.

—¿Y qué le ocurrirá a mi hijo?

—¿Preocupado? Creí que no le quería mucho.

—Le he hecho una pregunta.

—Hay una nave esperando lejos de aquí... una que hemos tomado, registrada a nombre de la familia mercante Olvig, pero que en realidad es militar. Todos los Olvig están detenidos... como la mayoría de los tripulantes del *Ojo del Cisne*. La nave de Olvig, la *Hammer*, nos advertirá anticipadamente. Y no hay mucho tiempo, señor Lukas. En primer lugar, ¿me mostrará un esquema de la estación?

De modo que aquel hombre tenía experiencia. Un experto en tales asuntos, un hombre entrenado para misiones como aquella... Se le ocurrió un terrible y estremecedor pensamiento, que la caída de Viking se había producido desde dentro, que Mariner, por otro lado, había sido volada. Sabotaje desde el interior. Alguien lo bastante loco para destruir la estación en la que estaba... o que abandonaba.

Miró el rostro indefinido de Jessad, sus ojos implacables, y pensó que en Mariner había habido una persona así.

Luego apareció la Flota y la estación fue destruida premeditadamente.

## VIII

### **Pell: Zona de Cuarentena; naranja nueve; 1900 h.**

**A**ÚN HABÍA MUCHA GENTE EN EL EXTERIOR, UNA COLA QUE SE EXTENDÍA POR EL corredor noveno y llegaba a la plataforma. Vassily Kressich apoyó la cabeza en las manos, mientras el alborotador más reciente pasaba al rudo cuidado de uno de los hombres de Coledy. Era una mujer que le había gritado, quejándose de robo, y él había llamado a un hombre del grupo de Coledy. Le dolía la cabeza y la espalda. Detestaba aquellas sesiones, a las que no obstante asistía cada cinco días. Por lo menos eran una válvula de presión, la ilusión de que el consejero de cuarentena escuchaba los problemas, anotaba las quejas, procuraba hacer algo.

En cuanto a la queja de la mujer... poco podía hacerse. Jon conocía al hombre al que había acusado de robo. Probablemente era cierto. Le pediría a Niño Coledy que acabase con él de una vez por todas, y tal vez salvara a la mujer de lo peor. Había sido una locura quejarse. Quizá lo había hecho impulsada por la histeria, que tantos sufrían allí, cuando la ira era lo único que importaba, y conducía a la autodestrucción.

Hicieron pasar a un hombre, el siguiente de la fila. Era Redding. Kressich supo de inmediato que iba a tener dificultades y se reclinó en su asiento, preparándose para el encuentro semanal.

—Todavía lo estamos intentando —le dijo al hombretón.

—Pero he pagado... He pagado mucho por mi pase.

—No hay garantías en las solicitudes para Downbelow, señor Redding. La estación simplemente acepta a aquellos de los que tiene necesidad. Por favor, deje su nueva solicitud sobre mi mesa y yo la gestionaré. Más pronto o más tarde habrá una apertura...

—¡Quiero salir!

—¡James! —gritó Kressich, lleno de pánico.

El guardián entró al instante. Redding miró a su alrededor con expresión enloquecida y, para consternación de Kressich, se llevó una mano al cinto. Una hoja corta brilló en su mano, y no iba dirigida al guardián. Redding se apartó de James... y fue a por él.

Kressich se echó atrás en su sillón que se movía sobre rieles. Des James se abalanzó a la espalda de Redding y éste cayó de bruces sobre la mesa, despidiendo documentos en todas direcciones y lanzando salvajes y ciegas cuchilladas mientras Kressich se levantaba y se apoyaba en la pared. En el exterior se oyeron gritos, estalló el pánico y más personas entraron en la estancia.

Kressich se apartó a medida que la lucha se acercaba a él. Redding chocó contra

la pared. Niño Coledy había llegado con los demás. Algunos derribaron a Redding al suelo, mientras otros empujaban hacia atrás el torrente de curiosos y solicitantes desesperados. La gente agitaba formularios que esperaban entregar.

—¡Es mi turno! —gritó una mujer que blandía un papel y trataba de llegar a la mesa. Los guardianes la hicieron volver con los demás.

Redding estaba en el suelo, inmovilizado por tres hombres. Un cuarto le dio una patada en la cabeza, y el revoltoso se quedó más quieto.

Coledy, que tenía el cuchillo, lo examinó pensativamente y una sonrisa apareció en el rostro juvenil cruzado por cicatrices.

—Este no irá a la comisaría de la estación —dijo James.

—¿Está herido, señor Kressich? —le preguntó Coledy.

—No —dijo él, pasando por alto los cardenales, y volvió tambaleándose a su mesa. Seguían oyéndose gritos en el exterior. Volvió a acercarse la silla a la mesa y se sentó. Le temblaban las piernas—. Habló de que había pagado dinero —dijo, sabiendo muy bien lo que ocurría, que Coledy vendía los formularios y su precio estaba en función de la demanda—. Su historial en la estación es malo y no puedo conseguirle un pase. ¿Qué pretendéis vendiéndole la seguridad de un pase imposible?

Coledy le miró lentamente, desvió la mirada al hombre tendido en el suelo y volvió a mirarle.

—Bueno, ahora tiene mala reputación entre nosotros, y eso es peor. Sacadle de aquí. Llévadle al otro extremo del corredor.

—No puedo ver a nadie más —dijo Kressich, gimiendo y apoyando la cabeza en las manos—. Que se vayan. Coledy salió al corredor.

—¡Despejad! ¡Dispersaos!

Kressich pudo oír sus gritos por encima de las protestas y los sollozos. Los hombres de Coledy, algunos armados con barras de hierro, empezaron a obligarles a moverse. La multitud retrocedió y Coledy regresó a la oficina. Por la otra puerta se llevaron a Redding, empujándole para que se moviese, pues empezaba a recuperarse. La sangre le brotaba de una sien y le cubría el rostro de rojo.

Kressich pensó que le matarían. En algún momento, en las horas de menos tráfico, un cuerpo acabaría en algún lugar de la estación para que lo entregaran. Redding lo sabía, sin duda. Trataba de debatirse, de luchar otra vez, pero le hicieron salir a empujones y la puerta se cerró tras él.

—Limpia eso —ordenó Coledy a uno de los que quedaban, y el hombre buscó algo para limpiar el suelo.

Coledy volvió a sentarse en el borde de la mesa. Kressich abrió un cajón y sacó una de las botellas de vino que Coledy le había suministrado y dos vasos. Los llenó y tomó un sorbo de vino nativo, tratando de eliminar los temblores de sus miembros y las punzadas de dolor en el pecho.

—Soy demasiado viejo para esto —se quejó.

—No tiene que preocuparse por Redding —dijo Coledy, alzando su vaso.

—No pueden crear situaciones como ésta —comentó Kressich—. Sé lo que se proponen, pero no vendan los pases cuando yo no tengo posibilidades de conseguirlos.

Coledy sonrió con una expresión de excesiva complacencia.

—Redding lo habría pedido más pronto o más tarde. Así ha pagado por el privilegio.

—No quiero saber nada —dijo agriamente Kressich. Tomó un largo trago de vino—. No me dé detalles.

—Será mejor que le llevemos a su apartamento, señor Kressich, y que le mantengamos vigilado hasta que se arregle este asunto.

Apuró el vaso lentamente. Uno de los jóvenes del grupo de Coledy había recogido los documentos desparramados por el suelo durante la lucha, dejándolos sobre la mesa. Kressich se levantó entonces, con las rodillas todavía débiles, y desvió la mirada de la sangre que empapaba la estera.

Coledy y cuatro de sus hombres le escoltaron a través de la misma puerta por la que habían pasado Redding y sus guardianes. Recorrieron el pasillo hasta el sector donde Kressich tenía su pequeño apartamento, y usó la llave manual, pues el ordenador les había desconectado y allí no funcionaba nada salvo los controles manuales.

—No necesito su compañía —dijo secamente. Coledy le dirigió una sonrisa burlona y parodió una reverencia.

—Hablaemos luego.

Kressich entró, cerró la puerta y permaneció de pie, sintiendo un amago de náuseas. Finalmente se sentó en el sillón al lado de la puerta y trató de serenarse.

La locura se aceleraba en la sección de cuarentena. Los pases que eran la esperanza de algunos para salir de allí sólo aumentaban la desesperación de los que se quedaban, y entre éstos figuraban los más duros, de modo que la temperatura iba en aumento. Las bandas mandaban. Nadie que no perteneciera a alguna de las organizaciones estaba a salvo, nadie, hombre o mujer, podría caminar con seguridad por los pasillos a menos que se supiera que estaba protegido, y la protección se vendía, por comida, favores o cuerpos, cualquiera que fuese la moneda legal en curso. Circulaban las drogas, tanto medicinales como de otro tipo, el vino, los metales preciosos, cualquier cosa de valor... Todo salía de cuarentena y llegaba a la estación, y los guardianes de las barreras se aprovechaban.

Sólo existía la esperanza, cada vez menor, de Downbelow, y aquellos a los que rechazaban o postergaban se volvían histéricos con la sospecha de que existían mentiras sobre ellos grabadas en los archivos de la estación, señales negras que podrían tenerlos indefinidamente en cuarentena. El número de suicidios iba en aumento. Algunos se entregaban a excesos en las dependencias, que se convertían en sumideros de todos los vicios. Otros cometían los crímenes de los que temían ser acusados, y los más se convertían en las víctimas.

—Ahí abajo los matan —había gritado un joven rechazado—. No van a Downbelow, sino que los sacan de aquí para matarlos. Sí, van al matadero. No sacan a trabajadores, hombres jóvenes, sino a viejos y niños, y se libran de ellos.

—¡Cállate! —gritaron otros, y el joven fue golpeado, hasta sangrar, por tres que estaban en la cola antes de que la policía de Coledy pudiera separarlos.

Pero otros lloraban y seguían en la cola, aferrando en sus manos las solicitudes de pases.

Él no podía presentar una solicitud para marcharse. Temía que alguna filtración llegara a Coledy si llenaba una solicitud para él mismo. Los guardianes intercambiaban favores con Coledy, y él le temía demasiado. Tenía su mercado negro de vino, su seguridad actual, los guardianes de Coledy a su alrededor, de modo que si alguien resultaba lesionado en la sección de cuarentena, no sería Vassily Kressich, no hasta que Coledy sospechara que podía tratar de desligarse de él.

Se persuadió de que estaba haciendo lo mejor que podía, mientras siguiera en cuarentena, asistiera a las sesiones cada cinco días y permaneciera en una posición que le permitiera objetar contra los peores excesos. Coledy impediría algunas cosas, y sus hombres lo pensarían dos veces antes de que les pidieran responsabilidades. Kressich podía mantener cierto orden en cuarentena, salvar algunas vidas, evitar en parte aquello en que se convertiría la sección de cuarentena sin su influencia.

Y tenía acceso al exterior, tenía siempre la esperanza de que si la situación llegaba a ser verdaderamente insostenible, cuando se presentase la crisis inevitable, podría implorar asilo y salir de allí. No le condenarían a morir en aquel infierno.

Finalmente se levantó, fue en busca de la botella de vino que guardaba en la cocina y se sirvió, tratando de no pensar en lo que había ocurrido, en lo que ocurría y seguiría ocurriendo.

Por la mañana Redding estaría muerto. No podía sentir lástima. Sólo veía los ojos enloquecidos del hombre mientras se abalanzaba contra él, esparciendo los papeles, atacándole con el cuchillo... a él, y no a los guardianes de Coledy, como si él fuese el enemigo. Se estremeció y bebió el vino.

## IX

### **Pell: Residencia de los nativos; 2300 h.**

#### **C**AMBIO DE TRABAJADORES.

Satén estiró los músculos doloridos al entrar en el recinto débilmente iluminado, se quitó la máscara y se lavó minuciosamente con el agua fría de la jofaina que les habían proporcionado. Dienteazul, que nunca estaba lejos de ella, ni de día ni de noche, la siguió y se puso en cuclillas sobre su estera, apoyó una mano en su hombro y la cabeza contra ella. Estaban cansados, muy cansados, pues aquel día habían tenido que mover una gran carga, y aunque las grandes máquinas hacían la mayor parte del trabajo, el trabajo muscular de los nativos era el que cargaba las máquinas, mientras los humanos se encargaban de dar gritos. Satén le cogió la otra mano y expuso la palma, le besó las magulladuras, se irguió un poco y le lamió la mejilla, donde la máscara había producido una pequeña lesión en el pelaje.

—Lukas-hombres —gruñó Dienteazul.

Miraba con fijeza hacia adelante y tenía una expresión de enojo. Aquel día habían trabajado para los hombres de Lukas, los mismos que habían creado problemas en la base de Downbelow. A Satén le dolían las manos y los hombros, pero sólo se preocupaba por Dienteazul, cuya mirada le causaba alarma. No era fácil hacer salir de sus casillas a Dienteazul. Tendía a pensar mucho, y mientras pensaba no tenía ocasión de enfadarse, pero esta vez Satén se dio cuenta de que hacía ambas cosas, y cuando saliera de sus casillas correría peligro, entre humanos y con los hombres de Lukas alrededor. Acarició su áspera piel hasta que él pareció calmarse.

—Come —le dijo—. Ven a comer.

Dienteazul volvió la cabeza hacia ella, aplicó los labios contra su mejilla, lamió su pelaje y la rodeó con un brazo.

—Comer, sí —accedió, y los dos se levantaron y cruzaron el túnel metálico hasta la gran sala, donde siempre había comida dispuesta. Los jóvenes que estaban allí les dieron un cuenco colmado a cada uno, y ellos se retiraron a un rincón para comer con tranquilidad. Al fin Dienteazul, con el estómago lleno, recuperó el buen humor, se lamió los dedos a los que se habían pegado restos de las gachas de avena y en su rostro apareció una expresión satisfecha. Entró otro macho, cogió un cuenco y se sentó junto a ellos. Era el joven Gran-tipo, el cual les sonrió amistosamente, consumió un cuenco de gachas de avena cocidas con leche y fue a por otro.

Les gustaba Grantipo, que no hacía mucho había llegado de Downbelow, del margen de su propio río, aunque de otro campamento y otras colinas. Cuando regresó Grantipo se habían reunido otros nativos, formando un arco ante el rincón donde ellos

se sentaban. En su mayoría eran trabajadores temporales, que pasaban cierto tiempo en la estación y regresaban a Downbelow, trabajando con sus manos y sin saber gran cosa de las máquinas. Todos los de aquel grupo se mostraban amistosos con ellos. Aparte de aquellos amigos había otros hisa, los trabajadores permanentes, que no les hablaban apenas, que se sentaban en un extremo y permanecían en silencio, como si su larga estancia entre los humanos les hubiera convertido en algo distinto de los hisa. Casi todos eran viejos. Conocían el misterio de las máquinas, iban de un lado a otro por los túneles profundos y sabían los secretos de los lugares oscuros. Siempre estaban apartados.

—Hablar de Bennett —pidió Grantipo, pues él, como los demás que iban y venían, fuera cual fuese el campamento que los había enviado en Downbelow, habían pasado por el campamento de los humanos y conocido a Bennett Jacint. Y hubo grandes lamentaciones en la estación cuando les llegó la noticia de la muerte de Bennett.

—Hablo —dijo Satén, pues ella, la más nueva allí, se encargaba de contar aquella historia, entre las que contaban los hisa. Todos los atardeceres, desde su llegada, la conversación no había girado sobre los pequeños hechos de los hisa, cuyas vidas eran siempre lo mismo, sino acerca de los Konstantin, de cómo Emilio y su amiga Miliko habían hecho sonreír de nuevo a los hisa... y de Bennett, el fallecido amigo de los hisa. De todos los que habían ido a la estación y contado este relato, ninguno había sido testigo presencial de los hechos, y por eso se lo hacían repetir a Satén una y otra vez.

—Fue al molino —explicó, al llegar a la parte triste del relato—, y dice a los hisa de allí no, no, por favor, corred, humanos lo harán, humanos trabajarán para que el río no se lleve a los hisa. Y él trabaja con sus propias manos, siempre, siempre, Bennett-hombre trabaja con sus manos, nunca grita, no, quiere a los hisa. Le dimos un nombre, se lo di yo, porque, me dio mi nombre humano y mi buen humor. Le llamo «Viene de lo que brilla».

Hubo entonces un murmullo, de apreciación y no de censura, aunque aquella era una denominación religiosa aplicada al mismo sol. Estremecidos, los hisa se rodearon el cuerpo con los brazos, como hacían cada vez que Satén les contaba aquello.

—Y los hisa no abandonan a Bennett-hombre, no, no. Trabajan con él para salvar el molino. Entonces el viejo río se enfada con humanos y con hisa, siempre está enfadado, pero sobre todo porque los Lukas-hombres le desnudan las orillas y le quitan el agua. Y avisamos a Bennett-hombre que no debe confiar en el viejo río, y él nos escucha y vuelve; pero nosotros los hisa trabajamos para que el molino no se pierda y Bennett no esté triste. El viejo río se hace cada vez más grande y se lleva los postes. Y gritamos ¡rápido!, ¡rápido!, ¡volved!, a los hisa que trabajan. Yo, Satén, trabajo allí y veo.

Se golpeó el pecho y tocó a Dienteazul, hermozeando su relato.

—Dienteazul y Satén vemos, corremos para ayudar a los hisa, y Bennett y



hombres buenos, sus amigos, todos, todos corremos a ayudarles. Pero el viejo río se los bebe, y aunque corremos llegamos tarde, demasiado tarde. El molino se rompe, ¡craaac!, y Bennett busca a los hisa en brazos del viejo río, que se lo lleva también, con los hombres que ayudan. Gritamos, lloramos, imploramos al viejo río que nos devuelva a Bennett, pero no hace caso y se lo lleva. Devuelve a los hisa, pero se queda con Bennett-hombre y sus amigos. Nuestros ojos se llenan de esto. Muere. Muere cuando extiende los brazos para los hisa, su buen corazón le hace morir, y el viejo río, el malo y viejo río se lo bebe. Los humanos lo encuentran y lo entierran. Pongo encima de él los bastones-espíritu y le doy regalos. Vengo aquí, y mi amigo Dienteazul viene, porque hay un Tiempo. Vengo aquí en peregrinaje, adonde está el hogar de Bennett.

Hubo un murmullo de aprobación, un balanceo general de los cuerpos que les rodeaban. Las lágrimas brillaban en los ojos.

Y había sucedido algo extraño y alarmante, pues algunos de los hisa residentes en la estación se habían acercado al grupo y permanecían detrás, balanceándose también y observando.

—Él quiere —dijo uno de ellos, sobresaltando a los demás—. Él quiere a los hisa.

—Así es —convino Satén. Sintió un nudo en la garganta al escuchar aquella afirmación por parte de uno de los terribles extraños, los cuales escuchaban lo que acongojaba su corazón. Palpó sus bolsas, las que contenían los espíritus-regalo. Extrajo el paño brillante y lo sostuvo entre sus dedos.

—Este es mi espíritu-regalo, el nombre que él me da. Otro balanceo y un murmullo de aprobación.

—¿Cuál es tu nombre, narradora?

Ella apretó el espíritu-regalo contra su pecho y miró al desconocido que se lo había preguntado, al tiempo que aspiraba hondo. Le había llamado narradora. Tal honor por parte del Viejo desconocido le cosquilleó la piel.

—Soy Cielo-la-ve. Los humanos me llaman Satén. Alargó una mano para acariciar a Dienteazul.

—Yo soy Sol-que-brilla-a-través-de-las-nubes —dijo Dienteazul—, amigo de Cielo-la-ve.

El desconocido se balanceó sobre sus ancas. Todos los hisa extraños se habían reunido con ellos, provocando un murmullo de temor reverencial entre los otros, que se apartaron para hacerles sitio.

—Te escuchamos hablar de ese Viene-de-lo-que-brilla, ese Bennett-hombre. Bueno, bueno, fue ese humano, y buena tú que le diste regalos. Damos bienvenida a tu viaje y honramos tu peregrinaje, Cielo-la-ve. Tus palabras nos reconfortan, alegran nuestros corazones. Largo tiempo esperamos.

Ella se balanceó, respetando la edad del que había hablado y su gran cortesía. Los murmullos entre los otros iban en aumento.

—Este es el Viejo —le susurró Grantipo al oído—. No habla con nosotros.

El Viejo escupió y se frotó desdeñosamente el pelaje.

—Lo que dice la narradora tiene sentido. Marca un Tiempo con su viaje. Camina con los ojos abiertos, no sólo con las manos.

—Ah —murmuraron los otros, desconcertados, y Satén se sintió consternada.

—Alabamos a Bennett Jacint —dijo el Viejo. Nos alegra escuchar estas cosas.

—Bennett-hombre es *nuestro* humano —dijo con firmeza Grantipo—. Humano de Downbelow. Él me envió aquí.

—Nos amaba —dijo otro.

—Todos le amábamos —añadió un tercero.

—Nos defendió de los Lukas —dijo Satén—. Y Konstantin-hombre es su amigo, me envía aquí para mi primavera, en peregrinaje. Nos conocimos junto a la tumba de Bennett. He venido a ver el gran Sol, su rostro, el lugar de arriba. Pero, Viejo, sólo vemos máquinas y no una gran brillantez. Trabajamos duro, duro. No tenemos las flores de las colinas, mi amigo y yo, no, pero todavía confiamos. Bennett dice que esto es bueno, es hermoso, dice que el gran Sol está cerca de este lugar. Esperamos para ver, Viejo. Hemos preguntado por las imágenes que guardan aquí y nadie las ha visto. Dicen que los humanos nos las ocultan. Pero todavía esperamos, Viejo.

Hubo un largo silencio, mientras el Viejo se balanceaba de un lado a otro. Finalmente se detuvo y alzó una mano huesuda.

—Cielo-la-ve, las cosas que buscas están aquí. Nosotros hemos visitado el sitio donde se encuentran. Las imágenes están en el lugar donde los humanos importantes se reúnen, y las hemos visto. El Sol vigila este sitio, sí, eso es cierto. Tu Bennett-hombre no te engañó. Pero hay cosas aquí que te helarían los huesos, narradora. No hablamos de estas cosas secretas. ¿Cómo podrían entenderlas los hisa de Downbelow? ¿Cómo podrían soportarlas? Sus ojos no ven. Pero ese Bennett-hombre confortó tu corazón y te dio un nombre. ¡Ah! Mucho hemos esperado, mucho, mucho, y tú confortas nuestros corazones y te damos la bienvenida.

«Pero este sitio no es lo que parece. Recordamos las imágenes de la llanura. Las he visto. He dormido junto a ellas y he tenido sueños. Pero las imágenes que hay aquí... no son para nuestros sueños. Nos hablas de Bennett Jacint, y nosotros te hablamos, narradora, de uno de los nuestros a quien no veis. Lily, la llaman los humanos. Su nombre es Sol-la-sonríe, y ella es la Gran Vieja, con muchas más estaciones que yo. Las imágenes que les dimos a los humanos han llegado a ser imágenes humanas, y cerca de ellas una humana sueña en los lugares secretos de aquí arriba, en un lugar todo brillante. El Gran Sol acude a visitarla... nunca la mueve, no, pues el sueño es bueno. Está tendida, era la luz, sus ojos calentados por el sol. Las estrellas bailan para ella. Y ella contempla en sus paredes todo lo de aquí arriba, tal vez nos mira a nosotros en este momento. Ella es la imagen que nos contempla. La Gran Vieja cuida de ella, ama a ese ser sagrado. Bueno, bueno es su amor, y sueña en todos nosotros, en todo lo de aquí arriba, y su rostro sonrío al gran Sol. Ella es nuestra. La llamamos Sol-su-amigo.

—Ah —murmuraron los reunidos, asombrados por lo que oían, por la existencia de un ser que se relacionaba con el mismo gran Sol.

Satén murmuró con los otros, se abrazó, estremeciéndose, y se inclinó hacia adelante.

—¿Veremos a esta buena humana?

—No —dijo el Viejo secamente—. Sólo Lily va allí. Y yo. Una vez. Una vez vi.

Satén se sintió profundamente decepcionada.

—A lo mejor no existe esa humana —dijo Dienteazul. El Viejo echó atrás las orejas, y todos los que les rodeaban retuvieron el aliento.

—Es un Tiempo —dijo Satén—, y mi viaje. Hemos venido desde muy lejos, Viejo, y no podemos ver las imágenes ni podemos ver al soñador. Todavía no hemos encontrado la cara del Sol.

El Viejo frunció los labios y los distendió varias veces.

—Vosotros venís. Os mostraremos algo. Esta noche vosotros venís. La próxima noche mostraremos otras cosas... si no tenéis miedo. Nosotros os enseñaremos un lugar. Está vacío de humanos durante un poco de tiempo. Una hora. Según cuentan ellos. ¿Venís?

Dienteazul no emitió sonido alguno.

—Voy —dijo Satén, y notó la renuncia de su compañero al tirarle del brazo. Los otros no irían. Ninguno era tan atrevido... o no confiaba tanto en aquel extraño Viejo.

El Viejo se levantó, y dos de sus compañeros lo hicieron con él. Satén también lo hizo, y Dienteazul la imitó más lentamente.

—Yo también voy —dijo Grantipo, pero ninguno de sus compañeros se unió a ellos.

El Viejo los miró con una curiosa expresión burlona y les hizo una seña para que fueran, a través de los túneles, hacia otros caminos, túneles por los que los hisa no podían moverse sin máscara, lugares oscuros donde tenían que trepar por escalas metálicas y donde incluso los hisa tenían que agacharse para andar.

—Está loco —siseó finalmente Dienteazul al oído de Satén, jadeando—. Y nosotros estamos locos al seguir a este Viejo chiflado. Los que llevan mucho tiempo aquí son todos extraños.

Satén no dijo nada, pues no tenía más argumento que su deseo. Tenía miedo, pero siguió adelante, y Dienteazul la siguió. Grantipo avanzaba detrás de todos ellos. Jadeaban cuando debían avanzar un largo trecho agachados o trepar a gran altura. La fortaleza que demostraban el Viejo y sus dos seguidores era cosa de locura, como si estuvieran acostumbrados a tales sitios y supieran a donde iban.

O tal vez, y la idea le heló los huesos, tal vez el Viejo tenía la extravagante humorada de internarles en los oscuros caminos, donde podrían deambular sin rumbo y perderse, para dar a los otros una lección.

Y cuando ya estaba convenciéndose de este temor, el Viejo y sus compañeros hicieron un alto y se pusieron las máscaras, indicando que estaban en un lugar donde

se respiraba aire humano. Satén se colocó la suya, mientras que Dienteazul y Grantipo lo hacían en el último momento, pues la puerta se cerró tras ellos mientras se abría otra, delante, dando acceso a un pasillo brillante, con el suelo blanco y plantas verdes, un gran espacio por el que iban y venían algunos humanos, muy pocos. No se parecía en nada a las pobladas plataformas. Allí había limpieza y luz, y más allá de ellos, hacia donde quería llevarles el Viejo, una profunda oscuridad.

Dienteazul cogió la mano de Satén y Grantipo les siguió de cerca. El lugar oscuro era aún más amplio que el sitio brillante que acababan de abandonar, y allí no había paredes, sino sólo cielo.

Las estrellas giraban a su alrededor, deslumbrándoles con su movimiento, unas estrellas mágicas que cambiaban de un lugar a otro, con un brillo más nítido y firme del que percibía desde Downbelow. Satén soltó la mano de su compañero y se adelantó llena de temor reverencial, mirando en derredor.

Súbitamente brilló una luz intensa, un gran disco ardiente que tenía manchas oscuras y del que surgían llamaradas.

—El Sol —dijo el Viejo.

No había resplandor ni cielo azul, sino sólo oscuridad, estrellas y el terrible fuego cercano. Satén tembló.

—Hay oscuridad —objetó Dienteazul—. ¿Cómo puede haber noche cuando está el Sol?

—Todas las estrellas son semejantes al gran Sol —explicó el Viejo—. Esto es una verdad. La brillantez es ilusión. Esto es una verdad. El Gran Sol brilla en la oscuridad y es grande, tanto que nosotros somos polvo a su lado. Es terrible y sus fuegos espantan la oscuridad. Esto es verdad. Cielo-la-ve, éste es el cielo verdadero: éste es tu nombre. Las estrellas son como el gran Sol, pero lejos, lejos de nosotros. Esto lo hemos aprendido. ¡Mira! Las paredes nos muestran este sitio en que estamos, y las grandes naves, el exterior de las plataformas. Y allí está Downbelow. Ahora lo estamos viendo.

—¿Dónde está el campamento humano? —preguntó Grantipo—. ¿Dónde está el viejo río?

—El mundo es redondo como un huevo y parte de él mira a otra parte, oculta al sol. Esto hace que sea de noche en esa parte. Puede que si miras atentamente veas el viejo río. Yo creo haberlo visto, pero nunca he visto el campamento humano. Es demasiado pequeño en la superficie de Downbelow.

Grantipo se abrazó, estremeciéndose.

Pero Satén caminó entre las mesas, llegó al lugar claro, donde el gran Sol brillaba en su verdad, venciendo a las tinieblas... Era terrible, anaranjado como el fuego, y lo llenaba todo con su terror.

Pensó en la humana soñadora llamada Sol-su-amigo, cuyos ojos calentaba siempre aquella visión, y se le erizaron los pelos de la nuca.

Y entonces extendió los brazos y giró, abarcando todo el Sol y sus lejanos

parientes, perdida en ellos, pues había llegado al Lugar a cuyo encuentro había viajado. Se llenó los ojos con aquella visión, como el Sol la miraba a ella, y ya nunca jamás podría ser la misma.

## X

### **A bordo de la Norway: Punto nulo, espacio de la Unión; 9/10/52**

#### **P**UNTO OMICRON.

La *Norway* no era la primera nave que llegaba a la proximidad de aquella oscura masa de roca y hielo del tamaño de un planeta, sólo visible cuando tapaba las estrellas. Otras la habían precedido en aquella cita en un mundo sin sol. Omicron era errante, un fragmento de desecho entre estrellas, pero su localización era predecible y proporcionaba masa suficiente para dirigirse allí por medio del salto, un lugar que pasaba totalmente desapercibido, y que había sido descubierto casualmente por Sung de *Pacific* hacía mucho tiempo y utilizado por la Flota desde entonces. Era uno de esos fragmentos temidos por los cargueros que avanzaban a velocidad inferior a la de la luz y que las naves capaces del salto, dedicadas a negocios privados, atesoraban y mantenían en secreto.

Los sensores señalaban actividad, presencia de múltiples naves, transmisiones que surgían de aquella noche eterna. Los ordenadores entablaban su conversación electrónica a medida que se aproximaban, y Signy Mallory estudiaba los distintos datos telemétricos, luchando contra el hipnotismo producido por el salto y las drogas necesarias para efectuarlo. Corrigió el rumbo de la nave, dirigiéndose hacia aquellas señales y fuera del radio del salto, con la sensación peculiar que causaba la inercia de la altísima velocidad. Aquel cambio de la velocidad superior a la de la luz a una velocidad normal de aproximación era siempre un momento peligroso, y ella confiaba en la pericia de su gente para llevar la nave con exactitud al punto deseado. Un ligero error en el cálculo de la velocidad que era necesario perder y la *Norway* podría estrellarse contra una roca, o contra otra nave.

—Libre, libre, todos presentes ahora menos *Europe* y *Libya* —informó el comunicador.

Encontrar Omicron con tanta exactitud no era menguada hazaña de navegación, tras haber iniciado el salto a una enorme distancia, cerca de Russell. Un error en el cálculo del tiempo y todavía habrían avanzado con la velocidad del salto cuando otra nave apareciese en su camino, lo cual habría sido una catástrofe.

—Buen trabajo —emitió a todas las estaciones, mirando el cálculo efectuado por Graff que aparecía en su pantalla central—. Dos minutos menos de lo previsto, pero irrelevante en comparación con la distancia recorrida. No podríamos haber afinado mucho más. Se reciben buenas señales. Permanezcan a la escucha.

Revisó los datos relacionados con Omicron. Al cabo de media hora se recibió una

señal de la *Lybia*, que acababa de entrar. La *Europe* llegó un cuarto de hora después, desde otro plano.

La situación era insólita. Se encontraban a la vez en un lugar en el que no habían estado desde sus primeras operaciones. Aunque no era probable que una considerable fuerza de la Unión se presentara allí, seguían estando nerviosos.

Llegó una señal de ordenador procedente de la *Europe*. Les indicaban que podían descansar. Signy se reclinó en su asiento, se quitó el auricular del comunicador, así como el cinturón de seguridad, y se levantó, mientras Graff iba a ocupar el puesto que ella había dejado vacante. Su presencia no suponía una desventaja para nadie. La *Norway* era una de las naves que se regía por un horario artificial diurno, y su personal del mando principal seguía el mismo horario. Otras naves, *Atlantic*, *África* y *Libya*, tenían horario artificial nocturno, de modo que las horas de lanzamiento eran siempre predecibles y en cualquier horario se disponía de naves con sus principales tripulantes en actividad. Ahora, no obstante, todos seguían el horario artificial diurno, una sincronización que nunca habían realizado hasta entonces, y los capitanes de las naves con horario nocturno tenían que hacer frente a la combinación de salto y horario invertido, lo que requería una pericia considerable.

—Hazte cargo —le dijo Signy a Graff, y recorrió el pasillo, tocando los hombros de sus compañeros, pasó junto a su rincón en el corredor... y siguió adelante, hasta llegar a los aposentos de la tripulación, donde echó un vistazo. Era la tripulación de turno de noche, la mayoría de ellos dormidos mediante drogas, a fin de poder descansar a pesar de las tensiones del salto. Algunos de ellos, que tenían aversión a ese procedimiento, estaban despiertos y permanecían en la sala de la tripulación, con mejor aspecto del que deberían tener si dejaran salir al exterior lo que realmente sentían.

—Todo estable —les dijo—. ¿Os encontráis bien?

Ellos le confirmaron que así era. Ahora saldrían de su letargo artificial, a salvo, apaciblemente. Mallory les dejó y tomó el ascensor que conducía al casco exterior y las dependencias de la tropa, recorrió el corredor principal detrás de la zona de adaptación y se detuvo en cada aposento, donde interrumpió a los grupos de hombres y mujeres que estaban sentados, especulando sobre sus perspectivas, y que recibían su presencia con miradas culpables y sorprendidas. Algunos se ponían de pie de un salto, consternados al verse bajo el escrutinio de la capitana, otros buscaban frenéticamente las prendas de las que, según el reglamento, no deberían de haberse despojado, otros más escondían cosas que ella podría desaprobar. Lo cierto es que ella no desaprobaba nada, pero tanto la tripulación como los soldados tenían extrañas reticencias. También allí había personas dormidas bajo el efecto de drogas, inconscientes en sus literas, pero la mayoría estaban despiertos. En muchos compartimentos se entretenían jugando, mientras la nave echaba su propio dado en la Profundidad, cuando los cuerpos y la nave parecían disolverse y el juego continuaba al otro lado de un largo momento.

—Ahora vamos a ir un poco lentos —iba diciendo Mallory—. Efectuamos la aproximación con toda normalidad. Podéis seguir descansando, pero estad preparados para poneros en movimiento si es necesario en menos de un minuto. No hay ninguna razón para suponer que puede presentarse un problema, pero no vamos a correr riesgos.

Di Janz la interceptó en el corredor principal, tras la tercera de aquellas visitas, hizo una cortés inclinación de cabeza y anduvo con ella por su dominio privado, pareciendo complacido de la presencia de Mallory entre los hombres a su mando. Los soldados se ponían firmes cuando Di iba junto a ella. Mallory pensó que sería mejor proceder a una inspección, sólo para hacerles saber que el mando no les olvidaba. Lo que se aproximaba era la clase de operación que las tropas temían, un ataque de varias naves a la vez, con el riesgo de que les alcanzaran, y los soldados tenían que pasar por aquella experiencia a ciegas, impotentes, hacinados en la estructura interna de la nave que les ofrecía una escasa seguridad. Eran valientes cuando tenían que avanzar bajo un posible fuego y abordar un mercante o aterrizar en un terreno invadido. Tampoco les alteraba el ataque normal, cuando la *Norway* atacaba sola, golpeaba y huía. Pero ahora estaban nerviosos. Ella lo había percibido en los comentarios a media voz que se filtraban por el comunicador abierto... siempre abierto, pues era tradición en la *Norway* que todos supieran lo que sucedía, hasta el último soldado. Obedecían, desde luego, pero su orgullo sufría en esta nueva fase de la guerra, en la que no tenían utilidad. Por eso Mallory era consciente de la importancia de su presencia allá abajo. Se encontraban mal a causa del salto y las drogas, tenían la moral baja, y ella veía que una palabra suya, una palmada en el hombro al pasar, hacía que les brillaran los ojos, animándoles. Conocía a cada uno por su nombre... Allí estaba Mahler, un refugiado de Russell al que ella había recogido, que parecía especialmente serio y no poco asustado; Kee, de un mercante, igual que Di, el cual hacía años que estaba con ella. Y muchos, muchos más. Algunos se habían sometido a tratamientos de rejuvenecimiento, como ella, y la conocían desde hacía mucho tiempo... y ella sabía que conocían la situación tan bien como la conocían los mandos. Era una pena que no tuvieran ninguna participación, que no pudieran tenerla en esta fase crítica.

Entró en el oscuro limbo de la bodega delantera, alrededor del borde del cilindro, en el mundo de las tripulaciones de las naves auxiliares, un sitio que era como su hogar, que le traía recuerdos de otros tiempos, cuando ella vivía en un lugar parecido, aquella extravagante sección donde las tripulaciones de las naves de combate, sus mecánicos y equipos de mantenimiento vivían en su propio mundo privado. Allí había un grupo totalmente distinto, que en aquel momento estaba arriba, en rotación, mientras que en las raras ocasiones en que permanecían ensamblados estaban bajo techo. Había dos de las ocho tripulaciones, la de Quevedo y la de Almarshad, pertenecientes a las naves *Odin* y *Thor*. Cuatro estaban de permiso; dos se encontraban sobre la estructura de la nave principal, en el vacío... o en el interior de



sus naves, porque hacer pasar a las tripulaciones a través del ascensor especial fuera del cilindro de rotación requería una rotación del casco, y no disponían de ese tiempo si se encontraban de súbito con un problema. Mallory recordaba bien la experiencia de tripular una nave auxiliar durante el salto. No era la forma más agradable de viajar, pero siempre había alguien que hacía ese trabajo. No era su intención desplegar las naves auxiliares en Omicron, pues de lo contrario habrían tenido que disponer otras dos series en la lata, como llamaban a aquella sección de la nave principal.

—Descansad y no toméis licor —dijo Mallory a los tripulantes—. Aún estamos en reserva y seguiremos así mientras permanezcamos en este lugar. No sé cuándo nos ordenarán salir ni hasta qué punto nos advertirán. Puede que tengamos que pelear, pero es muy poco probable. Supongo que no vamos a emprender el salto sin haber descansado algún tiempo. Esta operación figura en nuestro programa, no en el de la Unión.

No había subterfugio alguno. Tomó el ascensor hasta el nivel principal y recorrió la corta distancia alrededor del pasillo número uno. Aún sentía las piernas débiles, pero se estaba disipando el efecto insensibilizador de las drogas. Se dirigió a la estancia que le servía de aposento y despacho, pasó algún tiempo deambulando de un lado a otro y finalmente se tendió en el camastro y descansó, cerró los ojos y dejó que la tensión fuera cediendo, la energía nerviosa que el salto siempre acumulaba en ella, porque generalmente significaba salir a combatir, tomar decisiones con rapidez, matar o morir.

Pero esta vez no. En esta ocasión todo estaba planeado. Durante meses habían efectuado pequeños ataques, incursiones que habían destruido instalaciones vitales, devastando y donde era posible hacerlo, y todo ello con un objetivo principal.

Tenía que descansar, dormir si podía. Pero no lo consiguió. Y cuando se produjo la llamada, se alegró.

Sintió una extraña sensación al encontrarse de nuevo en los corredores de la *Europe*, verse en compañía de todos los demás sentados en la sala del consejo de la nave insignia... una misteriosa sensación de pavor, en aquella reunión de todos los que habían trabajado juntos y hacía muchos años que no se veían, de los que tan celosamente habían evitado la proximidad de los demás excepto para breves citas a fin de transmitir órdenes de una nave a otra. En los últimos años era improbable que el mismo Mazian supiera dónde estaba el conjunto de su flota y si determinadas naves habían sobrevivido a las misiones que les habían sido encomendadas... o qué insensatas operaciones podrían haber emprendido por su cuenta. Habían sido menos una flota que una fuerza guerrillera, dedicada a emboscarse, atacar y huir.

Ahora estaban allí los diez últimos, los supervivientes de las maniobras: Ella misma; Tom Edger, de la *Australia*, enjuto y de expresión sombría; el robusto Mika Kreshov, de la *Atlantic*, con el ceño perpetuamente fruncido; Cario Méndez, de la *Polo Norte*, un hombre pequeño y moreno, de ademanes sosegados. Estaba Chenel, de la *Libya*, que se había sometido a tratamiento rejuvenecedor... su cabello se había

vuelto enteramente plateado desde la última vez que Mallory le vio, un año atrás; Porey, de piel oscura, procedente de la *África*, un hombre increíblemente torvo... La Flota no podía permitirse la cirugía estética cuando las heridas desfiguraban el rostro. También estaban: Ken, de la *India*, suave como la seda y confiado; Sung, de la *Pacific*, todo eficiencia; Kant, de la *Tibet*, tan eficaz como Sung.

Y Conrad Mazian, un hombre de pelo plateado, sometido a rejuvenecimiento, alto y apuesto, vestido de azul oscuro, con los brazos apoyados en la mesa mientras los recorría a todos con una lenta mirada. Quería causar efecto, pero tal vez aquella mirada franca evidenciaba una sincera amistad. El sentido dramático y Mazian eran inseparables. Aquel hombre lo necesitaba como el aire, y aunque Signy le conocía demasiado, no pudo evitar que se apoderase de ella la vieja excitación.

No hubo preeliminares ni palabras de bienvenida, sino sólo aquella mirada y una inclinación de cabeza.

—Las carpetas están delante de ustedes —dijo Mazian—. Contienen códigos y coordenadas, por lo que su seguridad debe ser máxima. Llévenselas y familiaricen a su personal clave con los detalles, pero no comenten nada de una nave a otra. Introduzcan en sus ordenadores las alternativas A, B, C, etcétera, y guíense por la más oportuna según la situación. Pero no creemos tener que usar esas alternativas. Las cosas están preparadas como es debido. Veamos, en esquema. ..

En la pantalla situada ante ellos apareció una imagen, la zona familiar de sus recientes operaciones, la cual, desguarnecida de técnicos esenciales y mediante el caos creado en las estaciones, dejaba una sola estación sin manipular, como el estrechamiento de un embudo hacia Pell, hacia la amplia dispersión de las Estrellas Posteriores. Una sola estación: Viking. Signy había imaginado el procedimiento mucho tiempo atrás, la táctica tan antigua como la Tierra, vieja como la guerra, que la Unión no podría resistir, pues no podían permitir un vacío de poder, ni que cayeran en el desorden las estaciones que tanto les había costado conquistar, despojada de técnicos, directores y fuerzas de seguridad; aquello significaría el derrumbe premeditado del sistema. La Unión había iniciado el juego de apoderarse de las estaciones, y ellos se lo habían puesto en bandeja. Entonces la Unión tuvo que instalarse en ellas para no perderlas, proporcionarles técnicos y personal especializado para sustituir a los evacuados, así como naves para protegerlas con rapidez, una tras otra. La Unión tuvo que extender más su monstruosa capacidad para abarcar todo aquello que habían puesto a su alcance.

Tuvieron que tomar Viking, con las complicaciones internas de una estación no evacuada..., tomarla lo más tarde posible, porque al facilitar a la Unión las estaciones en su propia secuencia rápida, habían dictado la secuencia y dirección de los movimientos de naves y personal de la Unión.

Viking fue la última. Una estación central rodeada de desolación, de estaciones que luchaban para sobrevivir.

—Todo indica que han decidido fortificar Viking —dijo Mazian—, lo cual es una

elección lógica, porque Viking es la única con los archivos de ordenador completos, la única en la que tienen oportunidad de encerrar a todos los disidentes, vencer toda resistencia, donde pueden aplicar sus tácticas policiales y encartar de inmediato a todo el mundo. Ahora está limpia y despejada a punto para ser su base de operaciones. Les hemos permitido que se vuelquen en esa estación. Y he aquí el plan: tomamos Viking y atacamos a las demás, que cuelgan de un hilo en cuanto a su viabilidad... y entonces no quedará nada más que espacio vacío entre nosotros y Fargone, entre Pell y la Unión. Haremos que la expansión sea inconveniente, costosa. Llevaremos a la bestia a sus pastos más extensos en la otra dirección... mientras podamos. Tienen sus instrucciones en las carpetas. Es posible que debamos improvisar los pequeños detalles dentro de ciertos límites, según lo que se presente en sus sectores respectivos. *Norway, Lybia, India*, unidad uno; *Europe, Tibet, Pacific*, dos; *Australia* tiene su propio cometido. Con suerte, no encontraremos ningún obstáculo detrás de nosotros, pero toda posible contingencia está cubierta. Esta será una larga sesión; .por eso les permito descansar, después de que hayan formulado sus preguntas.

Signy exhaló un suspiro y, en el silencio facilitado por Mazian para que se concentraran, abrió la carpeta y examinó los esquemas de la operación con los labios apretados. No habría necesidad de ejercicios. Sabían lo que tenían que hacer, y lo que les aguardaba eran variaciones sobre viejos temas que todos habían experimentado por separado. Pero un ataque en masa pondría a prueba su capacidad. La precisión de la llegada no estaría sincronizada, dependería de cada uno, y se produciría un desastre si las naves se aproximaban durante el salto, si un objeto de masa similar al enemigo aparecía en la vecindad. La presencia de cualquier nave enemiga donde estadísticamente no debería estar, el despliegue de naves desde la estación en configuraciones no habituales... toda clase de contingencias. También tendrían en cuenta las posiciones de mundos y satélites en el sistema la fecha de su llegada, para ocultarse donde fuera posible.

Se verían obligados a salir del salto espacial, con los nervios todavía embotados por la dura operación, y lanzarse al ataque de inmediato, poner en acción sus mentes aturcidas y procurar la localización de amigos y enemigos, para coordinar un ataque con tal precisión que a algunos el salto les llevaría más allá de Viking mientras que otros se quedarían rezagados, entrando a la vez desde todas las direcciones, desde el mismo punto de partida.

Tenían una ventaja sobre las nuevas y bruñidas naves de la Unión, las jóvenes tripulaciones no bregadas, entrenadas con vídeos y enseñanza profunda que les daba todas las respuestas. La Flota tenía experiencia y podía moverse con sus naves llenas de parches con una precisión que aún no había igualado el fino equipo de la Unión y un temple que el conservadurismo de la Unión y su adhesión al manual desaconsejaban a sus capitanes.

En esta clase de operación podían perder un transporte, tal vez más de uno,

aproximarse en exceso y eliminarse mutuamente. Grandes eran las posibilidades de que esto sucediera. Confiaban en que la suerte de Mazian lo impidiera. Les estimulaba el hecho de que iban a hacer lo que no haría nadie en su sano juicio, y la conmoción que iban a causar les ayudaría. Los gráficos aparecían uno tras otro. Los reunidos hicieron comentarios y, en general, escucharon y aceptaron, pues tenían objeciones que hacer. Comieron juntos, regresaron a la sala y reanudaron sus comentarios.

—Un día de descanso —les dijo Mazian—. Saldremos al alba, pasado mañana. Prográmenlo en sus ordenadores y verifíqueno una y otra vez.

Los capitanes asintieron y se separaron, cada uno hacia su nave. También había algo especial en aquella separación: la certeza de que cuando volvieran a encontrarse serían menos.

—Nos veremos en el infierno —musitó Chenel, y Porey sonrió.

Un día para introducir todos los datos en el ordenador... Y la cita esperaba.

## XI

### Estación Cyteen: Zona de seguridad; 9/14/52

**A**YRES SE DESPERTÓ, SIN SABER QUÉ LE HABÍA DESVELADO EN LA QUIETUD DEL apartamento. Marsh había vuelto, y recordó el último susto que habían tenido, cuando no se reunió con ellos después del tiempo de esparcimiento. La tensión afligía a Ayres. Se dio cuenta de que había pasado cierto tiempo durmiendo bajo aquella tensión, pues le dolían los hombros y tenía las manos agarrotadas. Permaneció tendido, inmóvil, con el rostro sudoroso, sin conocer la causa de su inquietud.

La guerra de nervios no había cesado. Azov tenía lo que quería, un mensaje convocando a Mazian. Ahora discutían ciertos puntos de acuerdos secundarios, para el futuro de Pell, que Jacoby aseguró que entregaría a la Unión. Por lo menos tenían su tiempo de esparcimiento, pero estaban inmovilizados en las conferencias, acosados por tácticas mezquinas, igual que antes. Era como si todas sus apelaciones a Azov sólo hubieran servido para agravar la situación, pues Azov no estuvo accesible durante los últimos cinco días. Personas con cargos inferiores al suyo insistían en que se había ido, y ahora las dificultades que les presentaban tenían un cariz malicioso.

Alguien se movía afuera, con suaves pisadas. La puerta se deslizó sin ningún anuncio, y la silueta de Dias apareció.

—Segust, ven —le dijo—. Tienes que venir. Se trata de Marsh.

Ayres se levantó, cogió su bata y siguió a Dias. A través de la puerta abierta del compartimiento contiguo vio a Karl Bela, que también se había levantado. La habitación de Marsh estaba delante de la sala, junto a la de Dias, y tenía la puerta abierta.

Marsh giraba lentamente, colgado de su cinturón, enrollado a un gancho que había sostenido una luz horrible. Ayres se quedó unos instantes paralizado. Luego empujó la silla que se había deslizado sobre sus rieles, se subió a ella y trató de descolgar el cuerpo. No tenían cuchillo ni nada que sirviera para cortar el cinturón, que estaba incrustado en la garganta de Marsh. Ayres no podía liberar el cuerpo y sostenerlo a la vez. Bela y Dias trataron de ayudar, sujetándole las rodillas, pero no sirvió de nada.

—Tenemos que avisar a Seguridad —dijo Dias.

Ayres bajó de la silla, respirando pesadamente, y les miró.

—Debí haberle detenido —añadió Dias—. Todavía estaba despierto. Oí el movimiento y mucho ruido. Luego unos sonidos extraños. Cuando finalizaron súbitamente y el silencio se prolongó, me levanté para ver lo ocurrido.

Ayres meneó la cabeza, miró a Bela y salió de la sala. Se acercó al panel de

comunicaciones, junto a la puerta, y oprimió los botones para entrar en contacto con seguridad.

—Ha muerto uno de los nuestros. Quiero hablar con alguien que pueda hacerse cargo de esto.

—Se transmitirá la solicitud —le respondieron—. Acudirá personal de seguridad. El contacto se interrumpió. No había sido más explícito que de costumbre.

Ayres se sentó, con la cabeza entre las manos, procurando no pensar en el horrible cadáver de Marsh girando lentamente en el compartimiento contiguo. Lo había visto venir, había temido lo peor..., que Marsh acabaría derrumbándose bajo el acoso de sus torturadores. Pero había sido un hombre valiente a su manera y había resistido. Ayres quería creer con todas sus fuerzas que había resistido. ¿O se había suicidado porque se sentía culpable? ¿Por remordimiento?

Dias y Bela se sentaron cerca, esperaron con él, sus rostros severos y sombríos, el cabello desordenado por el sueño. Ayres se peinó pasándose los dedos por la cabeza. Los ojos de Marsh... No quería pensar en su expresión.

Transcurría demasiado tiempo sin que apareciera nadie.

—¿Por qué no vienen? —preguntó Bela, y Ayres se recuperó lo suficiente para mirarle con dureza, regañándole por aquella demostración de humanidad. Era la vieja guerra que se reproducía allí, sobre todo después de lo ocurrido.

—Creo que deberíamos volver a la cama —dijo Dias.

En otros tiempos y otros lugares habría sido una sugerencia absurda, pero allí era la más sensata que podía ocurrírsele a uno. Necesitaban descansar, y quienes los retenían hacían un esfuerzo sistemático para impedirles el descanso. Un poco más y todos acabarían como Marsh.

—Probablemente tardarán en venir —convino Ayres—. Lo mejor será que nos acostemos.

En silencio, como si fuera lo más acertado del mundo, se retiraron a sus aposentos. Ayres se quitó la bata y la colgó del respaldo de la silla, al lado de la cama. Una vez más reconoció que estaba orgulloso de sus compañeros, que resistían tan bien, y que él odiaba a la Unión con toda su alma. Su cometido no era odiar, sino conseguir resultados. Marsh, al menos, se había liberado. Se preguntó qué haría la Unión con sus muertos. Tal vez los trituraban para fabricar fertilizante. Eso sería característico de una sociedad semejante. Pobre Marsh.

Estaba garantizado que la Unión sería perversa. Apenas se había acostado, reducido su mente a un nivel que excluía la claridad de pensamiento y cerrado los ojos para intentar dormir, cuando la puerta exterior se abrió, se oyó ruido de botas en la sala, la puerta de su compartimiento se deslizó rudamente y unos soldados armados se siluetearon contra la luz.

Ayres se levantó con estudiada calma.

—Vístase —le ordenó un soldado.

Él obedeció. No había discusión posible con los maniqués.

—Ayres —dijo el soldado, señalándole con su rifle.

Les habían trasladado a una de las oficinas, a él, Bela y Días, obligándoles a esperar cerca de una hora en unos duros bancos, a esperar a alguien con autoridad, como les habían prometido. Presumiblemente, los de seguridad tenían que examinar el apartamento con detalle.

—Ayres —dijo el soldado por segunda vez, ahora con aspereza, indicando que debía levantarse y seguirle.

Él obedeció, dejando a Días y Bela con cierta aprensión. Pensó que les acosarían y quizás incluso les acusarían del asesinato de Marsh. Quizás él mismo estaba a punto de sufrir semejante acusación.

Aquello sería otro intento de quebrar su resistencia. Y él podría estar en el lugar de Marsh, pues era el único al que habían separado de los otros.

Le sacaron de la oficina, y entre un pelotón de soldados le llevaron al corredor exterior, distanciándose apresuradamente de las oficinas, de todos los lugares ordinarios, hasta llegar a un ascensor, en el que bajaron, y prosiguieron su camino por otro corredor. Ayres no protestó. Si se detenía, le llevarían a rastras. No era posible discutir con aquellas mentalidades, y él era demasiado viejo para dejar que le arrastraran por los suelos.

Se dirigían a las plataformas... atestadas de fuerzas militares, pelotón tras pelotón de hombres armados, y naves a las que estaban cargando.

—No —dijo entonces, olvidando su propósito de no objetar nada.

Pero el cañón de un rifle le golpeó en un hombro, obligándole a avanzar por la fea plataforma utilitaria, la rampa y la especie de cordón umbilical que unía algunas naves a la plataforma. El aire era allí más frío que en las plataformas.

Pasaron por tres corredores, subieron en un ascensor y cruzaron numerosas puertas. La del extremo estaba abierta e iluminada, y le hicieron entrar allí. En la estancia dominaba el acero y el plástico, formas alargadas, sillas de antiguo diseño, bancos fijos y plataformas mucho más curvas que las de la estación, todo ello amontonado en forma caprichosa. Ayres se tambaleó, inseguro sobre sus pies, y miró sorprendido al hombre sentado ante la mesa.

Dayin Jacoby se levantó de su asiento para recibirle.

—¿Qué sucede? —le preguntó a Jacoby.

—La verdad es que lo ignoro —respondió ti otro, y parecía sincero—. Anoche me obligaron a levantarme y me trajeron a bordo. Llevo esperando media hora.

—¿Quién manda aquí? —preguntó Ayres a los maniqués—. Infórmenle de que quiero hablar con él.

No hicieron nada. Se limitaron a seguir en pie, con los fusiles preparados. Ayres se sentó lentamente, como lo hizo Jacoby. Estaba asustado. Tal vez el mismo Jacoby lo estaba. Cayó en su viejo hábito de silencio, sin saber, en cualquier caso, qué podría

decirle a un traidor. Era imposible una conversación cortés.

La nave se puso en movimiento, con un estrépito que resonó en el casco y los corredores, conmocionándolos. Los soldados se agarraron a los pasamanos cuando les afectó. Liberados de la gravedad de la estación, tardaron unos momentos en adquirir la suya propia, mientras entraban en funcionamiento los sistemas de la nave. Las ropas se aferraban a la piel, y se les revolvía el estómago; estaban convencidos de que la caída sería inminente, un lento hundimiento.

—Estamos abandonados —musitó Jacoby—. Entonces, esto está empezando.

—Ayres no dijo nada. Pensó con pánico en Bela y Días, que se habían quedado atrás... abandonados. Un oficial vestido de negro apareció en el umbral, y otro tras él. Era Azov.

—Marchaos —ordenó Azov a los maniqués, los cuales salieron en silencioso orden. Ayres y Jacoby se levantaron enseguida.

—¿Qué sucede? —preguntó directamente Ayres—. ¿Qué es esto?

—Estamos de maniobras defensivas, ciudadano Ayres —replicó Azov.

—Mis compañeros... ¿Qué va a ocurrirles?

—Están en lugar seguro, señor Ayres. Usted nos ha proporcionado el mensaje que deseábamos. Puede ser útil y, en consecuencia, está usted con nosotros. Su alojamiento está al lado, por ese corredor. Le ruego que permanezca ahí.

—¿Pero qué sucede? —inquirió él.

—Nos estamos preparando para entregar su mensaje a Mazian. Y creo que le conviene a usted estar disponible... por si se plantean más cuestiones. El ataque se aproxima. Barrunto dónde ocurrirá y también que será importante. Mazian no abandona estaciones a cambio de nada. Y nosotros, señor Ayres, vamos a colocarnos donde él nos ha obligado a estar... por encima de la apuesta, podríamos decir. No nos ha dejado alternativa, y él lo sabe, pero naturalmente, es de esperar que considerará la autoridad que usted tiene para convencerle. Si desea preparar un segundo y más enérgico mensaje, le facilitaremos todo lo necesario.

—Para que lo amaïen sus expertos. Azov le dirigió una tensa sonrisa.

—¿Quiere la Flota intacta? Francamente, dudo que pueda recuperarla. No creo que Mazian considere su mensaje, pero como se encuentra desprovisto de bases, todavía puede tener usted un papel humanitario que representar.

Ayres no dijo nada. Incluso ahora el silencio le parecía lo más sensato. El ayudante le cogió del brazo y le acompañó por el corredor, le hizo entrar en un desolado compartimiento con muebles de plástico y cerró la puerta.

Paseó un rato por la reducida estancia, hasta que le venció el cansancio y se sentó. Pensó que había actuado mal. Días y Bela estaban... no sabía dónde, en una nave o todavía en la estación, y él no sabía aún en qué estación habían estado. Podía suceder cualquier cosa. Se estremeció, percatándose súbitamente de que estaban perdidos, que los soldados y las naves se dirigían a Pell y a Mazian... pues también llevaban a Jacoby. Otra función «humanitaria». Su propia estupidez le había impulsado a actuar



para mantenerse vivo y regresar a casa, pero esto parecía cada vez menos probable. Estaban a punto de perderlo todo.

—Se ha firmado un tratado de paz —había dicho él durante la breve declaración que había dejado que grabaran, pues carecía de códigos esenciales—. Segust Ayres, representante del Consejo de seguridad de la Compañía de la Tierra, y el consejo de seguridad solicitan que la Flota se ponga en contacto para proceder a la negociación.

Era la peor de las ocasiones para entablar una gran batalla. La Tierra necesitaba a Mazian dondequiera que estuviese, con todas sus naves, atacando a la Unión de vez en cuando, incordiando, haciendo difícil que el brazo de la Unión se extendiera hacia la Tierra.

Mazian se había vuelto loco... Lanzar las pocas naves que tenía contra la extensa Unión, en un ataque a escala masiva, y perder... Si la Flota desaparecía, la Tierra carecería súbitamente del tiempo que él había ido allí a ganar. Sin Mazian ni Pell todo se vendría abajo.

¿Y acaso un mensaje como el que acababa de enviar no podría provocar alguna acción precipitada, o confundir las maniobras ya en curso, disminuyendo aún más las probabilidades de éxito de Mazian?

Se levantó y paseó de nuevo por el suelo curvo de lo que parecía su última prisión. Tendría que enviar un segundo mensaje, lo cual era una exigencia excesiva. Si la Unión estaba tan convencida de sí misma como lo estaban los maniquíes, tan fríamente convencidos de su propósito, podrían dejarlo pasar si se adaptaba a sus exigencias. Compuso mentalmente: «Consideren la fusión de los intereses de la Compañía con la Unión en acuerdos comerciales. Negociaciones muy avanzadas. Como prueba de buena fe en las negociaciones, cancelen todas las operaciones militares. Cesen el fuego y acepten una tregua. Estén a la espera de nuevas instrucciones.»

Traición... para hacer que Mazian se retirase y adoptara la clase de resistencia dispersa que la Tierra necesitaba en esta etapa. Era la única esperanza.

# LIBRO TERCERO

# I

## Aproximación a Pell: 10/4/52; 1145 h.

### PELL.

La *Norway* avanzaba con la Flota, dirigiendo su masa sincronizadamente al espacio real, es decir el espacio no comprimido, como ocurría durante el salto, y en el que las naves se deslizaban a velocidad convencional. El comunicador y el radar se pusieron en acción, buscando la mota que era la gigantesca *Tibet*, que había iniciado el salto antes que ellos, a modo de avanzada para evitar la confusión.

—Afirmativo —emitió el comunicador con consoladora rapidez.

La *Tibet* se encontraba donde debía estar, intacta, sin que la sonda hubiera sido afectada por ninguna actividad hostil. Las naves estaban diseminadas por el sistema, y pronto se habían evaporado las bravatas de una milicia que se había nombrado a sí misma. La *Tibet* había puesto en fuga a un mercante, que fue presa del pánico, y aquello era una mala noticia. No les convenía que informaran a la Unión, pero posiblemente éste era el último lugar adonde un mercante querría dirigirse en aquel momento.

Poco después llegó confirmación de la *Europe*, la nave insignia. Estaban en un lugar seguro, donde no era probable ninguna acción.

—Ahora obtenemos comunicación de la misma Pell —transmitió Graff al puesto de control de Signy—. Y parece buena.

Signy oprimió el botón para avisar a los capitanes de las naves auxiliares, que eran como parásitos adheridos al casco de la *Norway*, de que no se soltaran. Se recibían constantes y frenéticas peticiones de identificación por parte de las naves militares que salían confusamente de su rumbo proyectado al llegar con peligrosa rapidez, fuera del plano del sistema. La misma Flota estaba más que nerviosa, porque avanzaban como un sólo cuerpo, sondeando el espacio tras la última zona segura de la que confiaban haber salido.

Ahora eran nueve. La *Libya* de Chenel era un conjunto de chatarra y vapor, y la *India* de Keu había perdido dos de sus cuatro naves auxiliares.

Estaban en plena retirada, habían huido de la caída de Viking, buscando un lugar donde respirar. Todas presentaban cicatrices. Una de las aspas de la *Norway* arrastraba una nube de vísceras metálicas. Tenían muertos a bordo, tres técnicos que habían estado en la sección afectada. No tuvieron tiempo de lanzarlos al exterior, ni siquiera de limpiar la zona, porque su único afán era huir, salvar la nave y lo que quedaba del poder de la Flota. En los tableros de Signy todavía brillaban las luces rojas. Pasó la orden al control de daños para que se encargaran de los cadáveres, o lo

que pudieran encontrar de ellos.

También allí podría haberse producido una emboscada... pero no sería así. Signy miró las luces ante ella, en el tablero, con los sentidos todavía embotados por las drogas, y manipuló con dedos insensibles los controles para desligar a la *Norway* del gobierno sincronizado por ordenador. Apenas habían trabado combate en Viking, limitándose a girar la cola y huir, por decisión de Mazian. Ella no había objetado nada..., hacía años que respetaba el genio estratégico de aquel hombre. Tras perder una nave, él les había hecho huir, después de varios meses de planificación, de que la ejecución de las maniobras les hubiera exigido cuatro meses y numerosas vidas.

Mazian les hizo evitar un enfrentamiento que todavía conmocionaba sus nervios, una lucha que podrían haber ganado.

Signy no se atrevía a sostener la mirada de Graff ni a dirigir la suya a los rostros de los demás ocupantes del puente. No guardaba ninguna respuesta para ellos, ni para sí misma. Mazian había tenido otra idea, se le había ocurrido algo más... Signy quería creer desesperadamente que existía un buen motivo para la suspensión del plan.

Huir con rapidez, intentarlo de nuevo, replantearlo... sólo que esta vez habían sido empujados más allá de todas sus líneas de suministros, habían abandonado todas las estaciones de las que obtenían géneros.

Era posible que Mazian hubiera perdido su temple. Ella quería creer que no, pero interiormente sabía cuál habría sido su reacción de haber estado al mando de la Flota, lo que cualquiera de ellos habría decidido en lugar de lo que se había hecho. Todo salió de acuerdo con lo planeado, y Mazian había abortado la operación, Mazian, al que todos reverenciaban. Notó el sabor de la sangre: se había mordido el labio.

—Recibidas instrucciones de aproximación de Pell vía *Europe* —emitió el comunicador.

—Toma el mando, Graff —le dijo a su compañero.

Reservó su atención para las pantallas y el comunicador de emergencia cuyo auricular se había colocado, y que le permitiría un enlace directo con Mazian cuando finalmente se decidiera a utilizarlo, cuando él decidiera comunicarse con la Flota, lo que no había hecho hasta entonces, permaneciendo en silencio desde que les ordenara abandonar una batalla que no habían perdido.

Era una aproximación rutinaria. Signy recibió autorización a través del comunicador de Mazian, tecleó la orden a los capitanes de sus naves auxiliares, dispersando a las naves de combate de la *Norway* al tiempo que lo hacían las demás naves de la Flota, esta vez tripuladas por equipos de apoyo. Las naves auxiliares vigilarían a la milicia, dispararían contra cualquiera que amenazara con huir, y luego regresarían y se les unirían después de que los grandes transportes estuvieran a salvo, ensamblados en la estación.

El comunicador seguía emitiendo mensajes de Pell: que redujeran la velocidad, les suplicaban, porque había mucho tráfico en las proximidades de la estación. Mazian permanecía en silencio.

## II

### **Pell: Plataforma azul; 1200 h.**

**M**AZIAN... MAZIAN EN PERSONA, Y NO LA UNIÓN, NO OTRO CONVOY. LLEGABA toda la Flota.

La noticia corrió por los pasillos de la estación con la celeridad de todos los canales descontrolados, incluso en la sección de cuarentena, pues había filtraciones en las barreras y las pantallas mostraban cuál era la situación allí. Las emociones oscilaron desde el pánico, mientras existió la posibilidad de que se tratara de naves de la Unión... hasta un pánico de diferente especie, cuando conocieron la identidad de las naves.

Damon estudiaba los monitores y alternativamente paseaba por la plataforma del sector de mando azul. Elene estaba allí, sentada ante la consola de comunicación, con el auricular al oído y el ceño fruncido, concentrada en discutir con alguien. Los mercantes se hallaban en un estado de pánico. A los militarizados poco les faltaba para huir en desbandada, temerosos de que la Flota se apoderase de ellos, tripulaciones y naves, y los requisaran. Otros temían confiscaciones de suministros, armas, equipo y personal. Tales temores y quejas preocupaban a Damon. Habló con algunos de ellos, cuando podía ofrecerles cierta seguridad. Teóricamente, Asuntos Legales tenía que impedir las confiscaciones mediante requerimientos judiciales, mandamientos y decretos. Decretos... contra Mazian. Los mercantes sabían que eran papel mojado. Damon iba de un lado a otro, impaciente, hasta que se acercó al comunicador y utilizó otro canal para ponerse en contacto con seguridad.

—Llama al turno de noche, Dean —le dijo al encargado—. Si no podemos sacarlos de cuarentena, tampoco podemos dejar las plataformas de los cargueros abiertas a una fácil intrusión. Si no tienes bastante personal, uniforma a algunos de supervisión. Convocatoria general. Asegura las plataformas y cerciérate de que mantienes apartados a los nativos.

—¿Tu oficina lo autoriza?

—Sí, lo autoriza.

Hubo vacilación en el otro extremo. Necesitaban papeles, contrafirmas de la oficina principal. El jefe de la estación podía hacerlo, pero en la oficina del jefe estaban totalmente ocupados tratando de aclarar la situación. Su padre estaba ante el comunicador, tratando de esquivar a la Flota con argumentos.

—Consígueme un documento firmado en cuanto puedas —le dijo Dean Gihan—. Los enviaré ahí.

Damon exhaló un suspiro, cerró el contacto y reanudó sus paseos, hasta que se

detuvo tras el asiento de Elene y se apoyó en el respaldo. Ella se recostó un instante y se volvió a medias para tocarle la mano. Cuando Damon entró, estaba pálida, pero había recuperado el color y la serenidad. Los técnicos se mantenían en sus puestos, transmitiendo hasta los menores detalles de las órdenes a los equipos de las plataformas, los preparativos para que la estación central empezara a mover cargueros a fin de hacer sitio a la Flota. Era un verdadero caos... No sólo los cargueros ocupaban la plataforma, sino que también había un centenar de mercantes que tenían asignada una órbita permanente en la estación alrededor de Downbelow, una nube de cargueros en movimiento para los que no había espacio. Nueve naves de gran tamaño obligaban al desplazamiento de otras naves, que iban a incrementar aquel denso tráfico. El comunicador de Mazian lanzaba una letanía de preguntas y solicitudes de autorización a Pell, negándose todavía a especificar lo que quería o dónde deseaba ensamblar, si es que quería hacerlo.

¿Les tocaría ahora a ellos? La pesadilla ya se había producido. Evacuación. El embarazo no era el estado más apropiado para emprender un peregrinaje para refugiarse en algún lugar desconocido, a través del salto... en alguna estación de las Estrellas Posteriores abandonadas mucho tiempo atrás, a Sol, a la Tierra... Pensó en la *Hansford*, pensó en Elene en semejante situación, en lo que habían sido los hombres civilizados cuando empezaron.

—Tal vez hemos ganado —dijo un técnico.

Damon parpadeó, dándose cuenta de que también aquello era una posibilidad... pero no, siempre habían sabido que era imposible, que la Unión había crecido demasiado, que la Flota podía proporcionarles años, como hasta entonces, pero nunca la victoria. Los transportes no habrían acudido en tal número, por ninguna razón excepto la retirada.

Calculó sus posibilidades si Pell rechazaba la evacuación; pensó en lo que le esperaba a un Konstantin si caía en manos de la Unión. Los militares nunca le permitirían quedarse atrás.

Apoyó la mano en el hombro de Elene, el corazón latiéndole con fuerza, pues se daba cuenta de que podrían tener que separarse, y quizá la perdería, a ella y al niño. Si se producía una evacuación le harían subir a bordo bajo arresto, igual que había ocurrido en otras estaciones, a fin de evitar que personas esenciales cayeran en manos de la Unión, personas a las que introducirían en la primera nave que tuvieran a su alcance. Su padre y su madre... Pell era su vida, como también lo era para Emilio y Miliko. Sintió náuseas. Él era un estacionado, procedía de generaciones de estacionados, los cuales nunca habían querido la guerra.

Habría luchado por Elene, por Pell, por todos los sueños que se habían forjado.

Pero no sabía por dónde empezar.

### III

#### Norway: 1300 h.

SIGNY VEÍA AHORA EN PANTALLA EL ANILLO DE LA ESTACIÓN PELL, LA LUNA distante, la joya brillante de Downbelow envuelta en nubes. Ya hacía tiempo que habían reducido la velocidad y se movían con una gran lentitud en comparación con su velocidad anterior, mientras la forma suave de la estación iba resolviéndose en el caos de ángulos que era su superficie.

Los cargueros ocupaban todos los ensambladeros del lado visible, mientras que otros esperaban para entrar. El radar mostraba increíbles aglomeraciones, y se movían lentamente porque aquellas naves de tardos movimientos necesitaban mucho tiempo para despejar la zona. Todo mercante que no hubiera pasado a manos de la Unión tenía que estar en las inmediaciones, en la estación, o más lejos, cerniéndose en la profundidad exterior del sistema. Graff seguía ante los controles, lo cual era ahora una tarea aburrida. Había una acumulación y un tráfico sin precedentes, un verdadero caos. Signy sintió miedo al analizar su creciente tensión. La ira se había enfriado y ahora ella sentía una impotencia desacostumbrada... un deseo de que alguien muy juicioso, mucho tiempo atrás, hubiera hecho una opción distinta que les ahorrara a todos aquel momento.

Llegó entonces una notificación de la *Europe*: «Los transportes *Polo Norte* y *Tibet* se mantendrán a distancia de la estación y ejercerán funciones de vigilancia.»

Esto era vitalmente necesario, y Signy deseó en su fuero interno que le encargaran aquel cometido. Tendrían que tomar decisiones. No le gustaba la perspectiva de esta operación, como la de la estación Russell, donde el pánico de los civiles había anticipado la acción militar para el desmantelamiento de la estación, las masas en las plataformas... Su tripulación ya estaba harta de aquello, y a Signy le desagradaba la idea de dejar tropas sueltas en una estación, y en las condiciones en que estaban sus soldados.

Llegó otro mensaje. La estación Pell advertía que habían hecho salir de los ensambladeros a una serie de naves de carga para acomodar a las naves de guerra en una secuencia y sin vecinos inmediatos en las plataformas. Los cargueros desalojados se moverían entre las naves dispersas en órbita, en una dirección opuesta a su entrada en aquella dispersión. Intervino entonces la voz de Mazian, profunda y áspera, repitiendo la advertencia de que fueran cuales fuesen las interrupciones en la disposición de las naves alrededor de Pell, si algún carguero trataba de saltar al sistema sería destruido sin previo aviso.

La estación acusó recibo. Era todo cuanto podían hacer.

## IV

### **Pell: Cuarentena; 1300 h.**

**N**ADA PARECÍA FUNCIONAR EN LA SECCIÓN DE CUARENTENA. VASSILY KRESSICH oprimió una y otra vez los botones que no servían para nada, golpeó el comunicador y siguió sin obtener respuesta del comunicador de la estación central. Anduvo de un lado a otro de su pequeño apartamento. Las averías le enfurecían, le llevaban casi al borde de las lágrimas. Se producían a diario; el agua, los ventiladores, el comunicador, el vídeo, la presión de los cuerpos, la insensata violencia de la gente enloquecida por el hacinamiento y la incertidumbre. Él tenía su apartamento, sus posesiones, que mantenía meticulosamente en orden, limpiándolas con obsesiva frecuencia. Tenía pegado a la piel el olor de la cuarentena, por mucho que se lavara, fregara los suelos y cerrase el armario para evitar el olor omnipresente. Era un hedor antiséptico, de astringentes baratos y los productos químicos que la estación utilizaba para combatir la enfermedad y mantener en equilibrio la zona habitable.

Probó de nuevo el comunicador, esperanzado, pero fue en vano. Podía oír la conmoción en el corredor, y confió en que Nino Coledy y sus muchachos controlaran la situación. Había momentos, cuando se producían los disturbios, en que no podía salir de cuarentena, cuando las puertas se cerraban herméticamente y ni siquiera su pase de consejero bastaba para exceptuarle del encierro. Sabía dónde debería estar... en el exterior, restaurando el orden, dirigiendo a Coledy, tratando de refrenar los excesos de la policía en la cuarentena.

Y no iría. La mera idea de enfrentarse a las masas que aullaban, al odio y la fealdad, le ponía la carne de gallina. Más sangre y más crueldades que perturbarían su sueño. Soñaba con Redding y con otros, hombres a los que conocía personalmente y que habían aparecido muertos en los corredores o que habían sido lanzados al vacío. Era consciente de que esta cobardía sería su perdición. Luchaba contra ella, sabiendo a donde le llevaba, sabiendo que cuando descubrieran su debilidad estaría perdido... y, como lo sabía, a veces le resultaba difícil andar por aquellos pasillos, cuando se sentía falto de valor. Era uno de ellos, no distinto del resto, y si tenía un refugio no quería abandonarlo, cruzar siquiera aquel breve espacio necesario para llegar al puesto de seguridad y las puertas.

Le matarían, Coledy o alguno de sus rivales... O alguien que no tendría motivo alguno. Algún día, enfurecidos por los rumores que recorrían la cuarentena, le matarían. Alguien a quien no había aceptado una solicitud, que le odiaba porque veía en él un símbolo de autoridad. Ahora notaba un nudo en el estómago cada vez que abría la puerta de su apartamento. Aquella gente tenía muchas preguntas a las que él



no podía dar respuesta; exigencias que no podía satisfacer, miradas a las que no podía enfrentarse.

Si salía ahora tendría que regresar cuando el desorden hubiese aumentado. Nunca le permitían salir de cuarentena más de una vez al día. Había intentado ampliar el permiso, poniendo a prueba el crédito que les merecía, y finalmente se armó de valor para pedirles documentos a fin de salir de allí, días después del último disturbio, aunque sabía que Coledy podría enterarse y que aquello quizá le costara la vida. Y le habían negado los papeles. El grande y poderoso consejo del que era miembro no quiso escucharle. Angelo Konstantin le dijo que era de gran utilidad allí donde se encontraba, y en privado fingió suplicarle que se quedara. Él no insistió sobre el asunto, temiendo que se hiciera más público, pues de ser así no le quedaría mucho tiempo de vida.

En otra época había sido un hombre bueno y valiente, por lo menos antes del viaje. Antes de la guerra, cuando tenía a Jen y Romy. Le habían atacado dos veces en la cuarentena, una de ellas golpeándole hasta dejarle sin sentido. Redding había intentado matarle, y no sería el último intento. Estaba cansado y enfermo, y no le daban tratamiento de rejuvenecimiento; sospechaba qué era lo que le afligía, la tensión que le estaba matando. Había visto que en su rostro aparecían más arrugas y se reflejaba su depresión e impotencia. Ya no reconocía al hombre que había sido un año atrás. Tenía un temor obsesivo por su salud, pues conocía la calidad de los cuidados médicos en la cuarentena, donde robaban los medicamentos y podían adulterarlos, donde dependía de la generosidad de Coledy para disponer de fármacos así como de vino y alimentos decentes. Ya no pensaba en su hogar ni en el futuro. Sólo existía el día de hoy, tan horrible como el de ayer, y si le quedaba algún deseo era tener la seguridad de que la situación no empeoraría aún más.

Intentó utilizar de nuevo el comunicador, y esta vez ni siquiera se encendió la luz roja. Los vándalos desmantelaban las cosas en cuarentena con tanta rapidez como podían arreglarlas los equipos de reparación. Se requerían varios días para lograr que Pell enviara allí obreros, y algunas cosas permanecían rotas. Kressich tenía pesadillas en las que todo terminaba así, con el sabotaje de algo vital por parte de un maníaco al que no le parecía suficiente el suicidio personal. Toda la sección podía ser destruida así en unos instantes de crisis o en cualquier momento.

Paseó con creciente rapidez, y se apretó el estómago, que siempre le dolía cuando estaba en tensión. El dolor se intensificaba, borrando todos los demás temores. Finalmente se serenó, se puso la chaqueta, sin armas, como la mayoría en la cuarentena, pues tenía que pasar por el puesto de control. Trató de contener las náuseas mientras oprimía el botón para abrir la puerta e hizo un último esfuerzo para atreverse a salir al oscuro corredor con sus paredes llenas de pintadas. Cerró la puerta tras él. Todavía no le habían atracado, pero esperaba que lo hicieran, a pesar de la protección de Coledy, porque robaban a todo el mundo. Lo más seguro era tener pocas cosas, pero era de dominio público que él tenía muchas. Lo único que le daba

seguridad era que, para los otros, pertenecía a los hombres de Coledy... mientras no llegara a sus oídos que había solicitado marcharse de allí. Recorrió el pasillo y pasó junto a los guardianes, los hombres de Coledy. Salió a la plataforma y se mezcló con la multitud que hedía a sudor, a ropa sucia y spray antiséptico. La gente le reconocía y le tendían manos mugrientas, pidiéndole noticias de lo que sucedía en la estación principal.

—Todavía no lo sé. El comunicador de mi oficina no funciona. Voy a enterarme. Sí, lo preguntaré, señor, lo preguntaré.

Lo repitió una y otra vez, desasiéndose de las manos que se aferraban a él, librándose de los que le asaltaban con sus preguntas, algunos con la mirada enfebrecida, aturcidos por las drogas. Kressich no echó a correr, porque cundiría el pánico, habría alborotos, peligro de muerte. Y las puertas de la sección estaban delante, la promesa de seguridad, un lugar al que no podrían llegar los internos en la cuarentena, donde nadie podría entrar sin el pase precioso que él llevaba consigo.

En la plataforma de cuarentena corría el rumor de la llegada de Mazian, y se decía que se marchaban, que Pell entero se iba de allí y que les abandonaban a su suerte.

—Consejero Kressich —le dijo alguien, cogiéndole con firmeza del brazo y haciéndole volverse bruscamente. Miró el rostro de Sax Chambers, uno de los hombres de Coledy, y percibió la amenaza en el doloroso apretón—. ¿Adónde va, consejero?

—Al otro lado —dijo él sin aliento. Lo sabían. El estómago le dolió más—. El consejo se reunirá para tratar de la crisis. Dígaselo a Coledy. Es mejor que esté allí presente. De lo contrario no sabré lo que nos prepara el consejo.

Sax no dijo nada... no hizo nada de momento. La intimidación era una de las habilidades de Kressich. Se limitó a mirarle, lo suficiente para recordarle que él tenía otras habilidades, y le dejó ir.

No debía correr ni mirar atrás, evidenciando así su terror. Externamente estaba sereno, aunque tenía un nudo en el estómago.

Una muchedumbre se había reunido alrededor de las puertas. Se abrió paso entre ellos, ordenándoles que retrocedieran. Obedecieron a desgana y Kressich utilizó su pase para abrir la puerta, que cruzó rápidamente y cerró de nuevo con la tarjeta antes de que ninguno hiciera acopio de valor para seguirle. Por un momento se quedó en la rampa superior, junto al estrecho acceso, bajo una luz brillante, envuelto todavía por el olor de la cuarentena. Se apoyó en la pared, temblando y respirando agitadamente. Poco después bajó la rampa y oprimió el botón que debería atraer a los guardianes al otro lado de la cuarentena.

Aquel botón funcionó. Los guardianes abrieron, aceptaron su tarjeta y anotaron su presencia en Pell propiamente dicha. Pasó por descontaminación, y uno de los guardianes dejó su puesto para acompañarle, gesto rutinario cada vez que admitían al consejero en la estación, hasta que hubiera pasado los límites de la zona fronteriza. Entonces le permitían continuar solo.

Alisó sus ropas mientras caminaba, tratando de eliminar el olor, el recuerdo y los pensamientos de la cuarentena. Pero sonaba la alarma, luces rojas parpadeaban en los corredores y por todas partes se veía personal de seguridad y policías. Tampoco había paz en aquel lado.

## V

### **Pell: Estación central; oficina del comunicador central; 1300 h.**

LOS TABLEROS DEL COMUNICADOR CENTRAL ESTABAN ILUMINADOS DE UN extremo al otro, rebosante de llamadas desde todos los lugares de la central. Se habían interrumpido las comunicaciones normales entre los residentes, y en todas las zonas se habían encendido luces rojas, advirtiéndoles que permanecieran quietos.

No todos obedecían. En las pantallas aparecían algunos corredores vacíos, pero otros estaban atestados de residentes llenos de pánico. Lo que mostraba ahora la pantalla de la cuarentena era peor.

—Llamada de seguridad —ordenó Jon Lukas mientras contemplaba los monitores—. Azul tres.

El jefe de división se inclinó sobre el tablero y dio instrucciones al expedidor. Jon se dirigió al tablero principal, tras el puesto del acosado jefe de comunicaciones. Todos los miembros del consejo habían sido convocados a los puestos de emergencia que estuvieran más a su alcance, a fin de convenir las normas que debían seguirse. Él estaba cerca de aquel puesto y había llegado abriéndose paso entre el caos exterior. Hale, del cual esperaba fervientemente que hubiera obedecido las órdenes que le dieron, estaba sentado en su apartamento, con Jessad. Jon observó la confusión en el centro, fue de un tablero a otro, contempló los distintos pasillos en los que reinaba la confusión. El jefe de comunicaciones seguía tratando de llamar a través de la oficina del jefe de estación, pero ni siquiera él podía ponerse en contacto. Lo intentó a través del comunicador del mando de la estación, pero en la pantalla siguió apareciendo la frase «canal no disponible».

El jefe soltó un juramento y aceptó las protestas de sus subordinados. Era un hombre acosado en el ojo del huracán de una crisis.

—¿Qué sucede? —preguntó Jon. El hombre no le respondió enseguida, pues estaba atendiendo a un subordinado—. ¿Qué está usted haciendo? —le preguntó entonces.

—Tenemos las manos ocupadas, consejero Lukas —le dijo el hombre en un hilo de voz—. No hay tiempo.

—No puede conseguir comunicación.

—No, señor, no puedo. Están totalmente ocupados con las transmisiones del mando. Dispénsame.

—Déjeles que se atasquen —dijo cuando el supervisor empezó a volverse hacia el tablero, y cuando le miró, sorprendido—: Deme la transmisión general.

—Necesito la autorización —replicó el jefe de comunicaciones. Tras él empezaron a encenderse y multiplicarse las luces rojas—. Lo que necesito es la autorización, consejero. El jefe de la estación tiene que darla.

—¡Hágalo!

El hombre vaciló y miró a su alrededor, como si hubiera allí alguien más que pudiera aconsejarle. Jon le cogió de un hombro y le hizo mirar el tablero mientras iban encendiéndose más luces en los tableros obstruidos.

—Dese prisa —le ordenó Jon, y el jefe conectó un micrófono a un canal interno.

—Comunicación general a número uno —ordenó, y recibió aceptación al instante—. Comunicación por altavoz y vídeo.

La pantalla del comunicador central se encendió y la cámara entró en funcionamiento. Jon aspiró hondo y se inclinó hacia la cámara. La imagen iría a todas partes, y también a su propio apartamento, donde la vería un hombre llamado Jessad.

—Soy el consejero Jon Lukas —dijo a todo Pell, apareciendo en todos los canales, tanto de operaciones como residenciales, de las estaciones ocupadas en dirigir a las naves entrantes a las dependencias de cuarentena y a todas las zonas residenciales—. He de hacer un anuncio general. Se ha confirmado que la flota que se encuentra actualmente en nuestras proximidades es la de Mazian, y que está efectuando las operaciones normales para proceder al ensamblaje. Esta estación está segura, pero permanecerá bajo alarma roja hasta que se dé la señal de que ha pasado el peligro. Las operaciones en el comunicador central y en todas partes se efectuarán mucho mejor si los ciudadanos se abstienen de efectuar comunicaciones excepto en los casos de extrema necesidad. La seguridad es absoluta en todos los puntos de la estación y no se han producido daños ni crisis. Se registrarán las llamadas y se anotarán las infracciones a esta petición oficial. Todos los equipos de trabajo nativos se dirigirán a sus dependencias enseguida y esperarán a que alguien les dé instrucciones. Permanezcan fuera de las plataformas. Todos los demás trabajadores continuarán con las tareas que les han asignado. Si pueden resolver problemas sin llamar a la central, háganlo. Por ahora el único contacto que tenemos con la Flota es el referente a operaciones. En cuanto tengamos información disponible, la haremos pública. Por favor, permanezcan al lado de sus receptores; ésta será la fuente de noticias más rápida y exacta.

Se apartó del campo recogido por la cámara. Las luces de aviso se apagaron en la consola. Miró a su alrededor y vio que el caos en los tableros era mucho menor, pues por un momento toda la estación había estado ocupada en otra cosa. Algunas llamadas volvieron enseguida, presumiblemente necesarias y urgentes, pero eso fue todo. Aspiró hondo, pensando en lo que podría estar sucediendo en su apartamento o, peor aún, fuera de él... confiando en que Jessad estuviera allí y temiendo que le descubrieran. Nada menos que Mazian... y los militares, que podrían empezar a investigar los registros, y hacer preguntas delicadas. Y si descubrían que alojaba a Jessad...

—Señor —dijo el jefe de comunicaciones. La tercera pantalla de la izquierda estaba iluminada. Era Angelo Konstantin, colérico y sofocado. Jon oprimió el botón para recibir la llamada.

—Utilice los procedimientos correctos —se limitó a decir Angelo, e interrumpió la comunicación.

La pantalla se apagó, y Jon permaneció en pie con los puños apretados, tratando de adivinar si era porque Angelo le había sorprendido sin tener preparada una buena respuesta o porque Angelo estaba ocupado.

«Dejemos que ocurra lo que ha de ocurrir», pensó en un acceso de odio, el pulso golpeándole en las venas. Que Mazian evacuara a todos los que se quisieran ir. La Unión vendrá después..., tendría necesidad de aquellos que conocían la estación. Podría llegarse a un entendimiento. El suyo con Jessad pavimentaba el camino para llegar a eso. No había tiempo para andarse con timideces. Estaba metido en aquello y ahora no podía echarse atrás.

El primer paso era hacerse visible, hacer oír su voz tranquilizadora, y que Jessad lo supiera. Hacer que le conocieran, que su rostro resultara familiar en toda la estación. Esta era la ventaja que siempre habían tenido los Konstantin, el monopolio de la visibilidad pública y una imagen atractiva. Angelo tenía el aspecto de un importante patriarca, pero él no. No tenía sus modales ni el hábito de la autoridad cultivado durante toda una vida. Pero capacidad sí que tenía; y cuando empezó a serenarse, superado el miedo inicial de que estallaran desórdenes, descubrió una ventaja en el desorden, porque en cualquier caso, iría en contra de los Konstantin.

Sólo Jessad... Recordó la Mariner, que se extinguió cuando Mazian llegó con sus naves para sobrecargar la situación. Sólo una cosa les protegía ahora, que Jessad tuviera que confiar en él y en Hale como en sus brazos y sus piernas, pues todavía no tenía una red propia, y en aquel momento Jessad estaba aprisionado, tenía que confiar en él, porque no se atrevería a salir a los pasillos sin documentos... sobre todo cuando Mazian estaba llegando.

Aspiró hondo, pensando en el poder que tenía ahora en sus manos. Estaba en la mejor de las posiciones. Jessad podría proporcionarle seguridad... pues de lo contrario, ¿qué significaría un cuerpo más arrojado al vacío, otro cuerpo sin documentos, como les ocurría a veces a algunos internos de la cuarentena? Nunca había matado, pero supo desde el mismo momento en que aceptó la presencia de Jessad que aquella era una posibilidad.

## VI

### Norway: 1400 h.

EL ENSAMBLAJE DE TANTAS NAVES ERA UN PROCESO LENTO. PRIMERO *PACIFIC*, luego *África*, *Atlantic* e *India*. La *Norway* recibió autorización y Signy, desde su posición ventajosa en el puesto central del puente, pasó la orden a Graff en los controles. La *Norway* con impaciente diligencia, tras haber esperado tanto tiempo; abrió las puertas a los equipos de plataforma de Pell para que colocaran los umbilicales, mientras la *Australia* iniciaba la maniobra, y cuando el supertransporte *Europe* se deslizó en la plataforma, desdeñando la asistencia que quería proporcionarle la estación, la nave de Signy completaba las maniobras para asegurar el ensamblaje.

—Parece que aquí no hay problemas —dijo Graff—. Recibo informes de que no hay peligro alguno en la plataforma. Hay numerosas fuerzas de seguridad, ninguna señal de civiles asustados. Han logrado tranquilizarlos.

Aquello era cierto consuelo. Signy se relajó un poco, empezando a confiar en que reinara la cordura, por lo menos mientras la Flota llevaba a cabo su cometido.

—Mensaje —dijo entonces el comunicador—. Saludo general del jefe de la estación a la Flota ensamblada: bienvenidos a bordo y se inquiera si acudirán cuanto antes al consejo de la estación.

—La *Europe* responderá —murmuró Signy, y al cabo de un momento lo hizo el oficial de comunicaciones, solicitando una breve demora.

—A todos los capitanes —oyó al final Signy en el canal de emergencia que había controlado durante horas. Era la profunda voz de Mazian—. Conferencia privada e inmediata en la sala de información. Dejen todas las decisiones de mando a sus lugartenientes y vengan aquí.

Signy se levantó de su asiento acolchado.

—Toma el mando, Graff. Di, consígueme enseguida diez hombres para escolta.

La *Europe* seguía emitiendo órdenes: el despliegue de cincuenta soldados de cada nave en la plataforma, en orden de combate; el pase del mando de la Flota al segundo de la *Australia*, Jan Meyis, durante la conferencia; que las naves auxiliares de las naves ensambladas se dirigieran al control de la estación para recibir instrucciones de aproximación y entrar para volver a sus posiciones en las naves nodrizas. El trabajo de Graff consistía ahora en encargarse de todos estos detalles. Mazian tenía algo que decirles, las explicaciones que aguardaban desde hacía tanto tiempo.

Signy fue a su oficina, se detuvo sólo un momento para guardarse una pistola en el bolsillo, se apresuró a ir al ascensor y salió al corredor de acceso entre la afluencia

de tropas que Graff ordenaba ir a la plataforma y que ya estaban en orden de combate desde que se había iniciado la aproximación a la estación, dirigiéndose a la escotilla antes de que los ecos de la voz de Graff se hubieran extinguido en los corredores de acero de la *Norway*. Di estaba allí, y su propia escolta se separó para seguirla cuando Signy pasó junto a ellos.

Toda la plataforma les pertenecía. Salieron en el mismo momento en que las tropas de otras naves bajaban a la plataforma, y los miembros de seguridad de la estación retrocedieron confundidos ante el rápido avance de tropas armadas que conocían con precisión el perímetro que querían y se apropiaban de él. Los trabajadores de la plataforma iban de un lado a otro, sin saber dónde debían situarse.

—¡A trabajar! —gritó Di Janz—. ¡Llevad allá esas líneas de flotación!

Enseguida comprendieron que representaban muy poca amenaza, pues estaban muy cerca y eran demasiado vulnerables comparados con las tropas. Signy miraba a los guardianes armados de seguridad al otro lado de las líneas, observaba su actitud y las oscuras marañas de tuberías y estructuras de lanzamiento que podrían albergar a un francotirador. Su escolta la rodeaba, al mando de Bihan. Avanzó con ellos, rápidamente, junto a la fila de ensambladeros, donde una multitud de tubos umbilicales, estructuras de lanzamiento y rampas se extendía hasta perderse de vista en la curva ascendente de la plataforma, como reflejos de un espejo tan sólo obstaculizado por el arco ocasional de un cierre de sección y el horizonte hacia arriba... los mercantes ensamblados más allá de ellos. Las tropas formaban una pantalla a lo largo del camino entre la *Norway* y la *Europe*. Signy siguió a Tom Edger, de la *Australia* y su escolta. Los otros capitanes iban detrás, acudiendo con la mayor rapidez posible.

Llegó al lado de Edger en la rampa que conducía al acceso de la *Europe* y avanzaron juntos. Keu, de la *India*, se reunió con ellos cuando cruzaron el tubo articulado y llegaron al ascensor, y Porey, de la *África*, iba pisándole los talones a Keu. No decían nada, cada uno iba en silencio, tal vez con los mismos pensamientos y el mismo enojo, sin hacer especulaciones. Cada uno tomó a dos de sus guardianes, entraron en el camarín del ascensor y subieron en silencio, caminaron por el corredor del nivel principal que conducía a la sala del consejo. Sus pisadas retumbaban en aquellos corredores más amplios que los de la *Norway*, pues en la nave insignia todo era mayor. Sólo algunos soldados de la *Europe* permanecían rígidos, montando guardia.

Tampoco había nadie en la sala del consejo, ni señal de Mazian, sino sólo las luces brillantes indicándoles que les esperaban en la mesa circular.

—Esperad fuera —dijo Signy a sus hombres, y éstos salieron.

Se sentaron por orden de veteranía. Tom Edger primero, luego ella, tres asientos vacantes, y después Keu y Porey. Entonces llegó Sung, de la *Pacific*, y ocupó el noveno asiento. Kreshov, de la *Atlantic* se acomodó en el cuarto asiento, al otro lado de Signy.



—¿Dónde está? —preguntó finalmente Kreshov, en el extremo de su paciencia. Signy se encogió de hombros y cruzó los brazos sobre la mesa, mirando a Sung sin verle. Primero les habían hecho apresurarse y ahora les obligaban a esperar. Les hicieron abandonar el combate, manteniéndoles en un largo silencio, y ahora debían esperar de nuevo a que les dijeran por qué. Se concentró en el rostro de Sung, una máscara clásica curtida por la edad que jamás admitía la impaciencia. Pero su mirada era fosca. Signy se recordó a sí misma que todos estaban nerviosos. Estaban cansados, les habían arrancado del combate, haciéndoles emprender el salto para llegar allí. No era el momento más adecuado para hacer análisis profundos.

Finalmente entró Mazian, en silencio, y se sentó a la cabecera de la mesa, con expresión fatigada y ojeroso como todos ellos. Signy se preguntó si sería señal de derrota, sintiendo un nudo en la boca del estómago, como algo que no pudiera digerir. Entonces alzó la vista, vio la tirantez en la boca de Mazian y supo que se trataba de otra cosa. Reconoció la pequeña tensión, la máscara... Conrad Mazian representaba papeles, escenificaba sus apariciones de la misma manera que escenificaba emboscadas y batallas, representaba el papel de elegante o rudo según las circunstancias. Ahora representaba el papel de humilde, el más falso de todos, vistiendo con sencillez, sin la ostentación de las insignias. El cabello, aquella plata del rejuvenecimiento, era blanquísimo, el rostro delgado, la mirada trágica... mentía especialmente con los ojos, con la facilidad de un actor. Signy contempló el juego de expresiones, la maravillosa candidez que habría seducido a un santo. Mazian se estaba preparando para maniobrar con ellos. Apretó los labios.

—¿Estáis bien? —les preguntó—. ¿Todos?

—¿Por qué tuvimos que abandonar el combate? —preguntó ella sin preámbulos, mirando aquellos ojos en los que percibió un reflejo de cólera—. ¿Qué es lo que no podía comunicárenos.

Nunca había hecho preguntas, nunca había presentado objeciones a una orden de Mazian en toda su carrera. Ahora lo hizo y observó que la expresión de aquel hombre pasaba de la cólera a algo parecido al afecto.

—De acuerdo —dijo él—, de acuerdo. —Miró a su alrededor, deteniéndose en los asientos vacantes. Eran nueve, con dos de patrulla. Miró a los presentes uno tras otro—. Hay algo que tenéis que oír, algo que debemos considerar.

Oprimió los botones de la consola ante su asiento y activó las pantallas idénticas de las cuatro paredes. Signy contempló las últimas imágenes que habían visto en el punto Omicron, con un familiar sabor de bilis en la boca, miró la amplia zona y las estrellas familiares que se empequeñecían al aumentar la escala. Ya no había más territorio de la Compañía, ya no era suyo. Sólo estaba Pell. En una panorámica más amplia pudo ver las Estrellas Posteriores, pero no Sol, aunque no tardaría en aparecer. Signy sabía muy bien dónde estaba, si la escala seguía aumentando, pero en aquel momento la imagen se detuvo.

—¿Qué es esto? —preguntó Kreshov. Mazian no respondió y se limitó a .dejarles

mirar durante largo rato.

—¿Qué es esto? —preguntó Kreshov de nuevo.

Respirar en aquel silencio costaba un esfuerzo consciente. El tiempo parecía haberse detenido mientras Mazian les mostraba en silencio lo que ellos tenían ya en sus mentes.

Habían perdido. En otro tiempo gobernaban allí, y ya no gobernaban.

—Desde un solo mundo viviente —dijo Mazian, casi en un suspiro—, desde un solo mundo viviente en nuestros comienzos, la humanidad llegó a esta lejanía. Un estrecho tramo de espacio aquí, muy lejos de las posesiones de la Unión... las Estrellas Posteriores y Pell. Es defendible, y con el personal que sobrecarga Pell... posible.

—¿Y huir de nuevo? —preguntó Porey.

Un músculo se movió en la mandíbula de Mazian. A Signy le latía con fuerza el corazón y le sudaban las manos. Todo estaba cerca del derrumbe final.

—Escuchad —susurró Mazian, ya sin máscara alguna—. ¡Escuchad!

Oprimió otro botón. Una voz empezó a hablar, distante, grabada. Ella la conocía, conocía la inflexión extraña...

—Capitán Conrad Mazian —empezó a decir la voz grabada—. Soy el segundo secretario Segust Ayres del Consejo de Seguridad, autorización código Ornar serie tres, con autoridad del Consejo y de la Compañía. Cese el fuego. Cese el fuego. Se está negociando la paz. Como prueba de buena fe es necesario que cesen todas las operaciones y espere órdenes. Esta es una instrucción de la Compañía. Se están haciendo todos los esfuerzos para garantizar la seguridad del personal de la Compañía, tanto militar como civil, durante esta negociación. Repito: Capitán Conrad Mazian, soy el segundo secretario Segust Ayres...

La voz se extinguió abruptamente al oprimir el botón. Después se hizo el silencio. En los rostros se reflejaba la consternación.

—La guerra ha terminado —susurró Mazian—. La guerra ha terminado, ¿comprendéis?

Signy sintió que se le helaba la sangre. A su alrededor estaba la imagen de lo que habían perdido, la situación en que se encontraban.

—Al fin la Compañía ha decidido hacer algo —dijo Mazian—. Darles... esto. —Alzó una mano, señalando las pantallas, con un gesto que incluía el universo—. Grabé ese mensaje transmitido desde la nave insignia de la Unión, *ese mensaje*. Desde la nave de Seb Azov. ¿Comprendéis? La designación del código es válida. Mallory, esos hombres de la Compañía que querían pasaje... Eso es lo que nos han hecho. Ella contuvo el aliento. Estaba helada.

—Si no los hubiera aceptado a bordo...

—No podrías haberlos detenido, entiéndelo. Los hombres de la Compañía no toman decisiones en solitario. Ya se había decidido en otra parte. Si los hubieras matado allí mismo, no podrías haber detenido esto... sólo retrasarlo.

—Hasta que hubiéramos trazado una línea diferente —replicó Signy.

—Miró los ojos claros de Mazian y recordó las palabras que había intercambiado ella con Ayres, cada movimiento, cada entonación. Había permitido que aquel hombre se marchara e hiciera lo que había hecho.

—Así que de algún modo consiguieron pasaje —dijo Mazian—. Lo importante es conocer cuál fue el acuerdo al que llegaron primero, en Pell, y cuáles fueron sus cesiones a la Unión. Existe una gran posibilidad de que esos llamados negociadores no estén intactos. Si los hubiesen sometido a un lavado de cerebro, dirían y firmarían aquello que conviniese a la Unión. No podemos saber qué información han dado, qué códigos han descubierto, cuántas cosas han puesto en peligro... hasta con nuestro código interno es posible que haya problemas ¿y con los códigos de Pell? Ese es el motivo de que abortáramos la operación. Meses planificando, sí. Estaciones, naves y amigos desaparecidos, enormes sufrimientos humanos... todo eso por nada. Pero he tenido que tomar una decisión. La Flota no ha sufrido daños serios, ni Pell. Eso es lo que tenemos, para bien o para mal. Podríamos haber ganado en Viking, y habernos quedado inmovilizados allí, perdiendo Pell y toda fuente de suministros. Por eso nos marchamos.

Nadie dijo nada ni se movió. De súbito todo tenía sentido.

—Por eso no quería utilizar el comunicador —siguió diciendo Mazian—. A vosotros os toca decidir, porque aquí, en Pell, tenemos elección. ¿Queremos suponer que los hombres de la Compañía enviaron ese mensaje estando en su sano juicio? ¿Sin que les obligaran? ¿Que la Tierra todavía nos apoya? Todo esto está por saber, pero, amigos míos, ¿importa de veras?

—Pues ¿qué es lo que importa? —preguntó Sung.

—Mirad el mapa, miradlo de nuevo. Aquí... aquí hay un mundo, Pell. Y una potencia que puede sobrevivir sin él. La Tierra. Aquí tenéis vuestra alternativa: seguir las supuestas órdenes de la Compañía o quedarnos aquí, reunir recursos y emprender la acción. La *Europe* prescindirá de las órdenes. Si os quedáis bastantes de vosotros, estaremos en condiciones de hacer pensar dos veces a la Unión antes de que se decida a meter sus narices en Pell. No tienen tripulaciones que puedan contender con nuestro estilo de lucha. Aquí disponemos de suministros y recursos. Pero decidios —yo no os detendré— o podéis continuar como hasta ahora si lo consideráis vuestro deber. Y cuando se escriba la historia de lo que le sucedió aquí a la Compañía, que digan lo que quieran sobre Conrad Mazian. He hecho mi elección.

—Somos dos —dijo Edger.

—Tres —intervino Signy, al tiempo que los demás murmuraban su aceptación.

La mirada de Mazian pasó lentamente de uno a otro.

—Entonces nos quedaremos, pero tenemos que tomar la estación. Puede que encontremos cooperación y puede que no. Vamos a averiguarlo... Y todavía no están todos informados. Sung, quiero que vayas personalmente a la *Polo Norte* y la *Tibet* e informarles. Explícaselo como más te guste, y si hay muchos que disienten en alguna

tripulación o entre las tropas, les daremos nuestra bendición y les dejaremos que se vayan, que cojan una de las naves mercantes y se marchen. Dejo a los capitanes que se encarguen de ello.

—No disientirá nadie —dijo Keu.

—Es posible que sí —replicó Mazian—. En cuanto a la estación, saldremos y dispersaremos por todas partes nuestras propias fuerzas de seguridad y pondremos a nuestro personal en los puestos clave. Media hora será suficiente para que informen a sus tripulaciones. Sea lo que fuere lo que decidan hacer, no hay duda de que necesitamos ocupar Pell seguramente antes tendremos alguna cosa que hacer como despedir a una nave que decide marchar.

Se hizo un silencio que rompió Kreshov:

—¿Nos vamos entonces?

—Sí, podéis iros —dijo Mazian.

Signy retiró la silla y salió tras Sung, pasó al lado de las fuerzas de seguridad del propio Mazian, que estaban junto a la puerta, y se reunió con los dos hombres de su escolta, consciente de que los otros iban pisándole los talones. Aún seguía pesando en su mente la incertidumbre. Toda su vida había pertenecido a la Compañía, aunque la maldijera, odiara su política y sus cegueras, pero se sentía súbitamente desarraigada fuera de ella.

Pensó que la Compañía había pecado de timorata. A Signy le gustaba la historia y valoraba sus lecciones. Las peores atrocidades empezaban con medidas a medias, con excusas, comprometiéndose con el bando equivocado y rehuyendo lo que debía hacerse. La Profundidad y sus exigencias eran absolutas, y el compromiso por el que la Compañía había ido al Más Allá sólo duraría lo que durase la conveniencia del más fuerte, que era la Unión.

Se persuadió de que, con su acción, servían a la Tierra mejor de lo que la servían los agentes de la Compañía por medio de sus negociaciones.

## VII

### **Pell: Sector blanco dos; 1530 h.**

**L**AS LUCES DE AVISO DEBÍAN DE SEGUIR ENCENDIDAS EN EL CORREDOR. EL centro de salvamento mantenía un ritmo pausado. El supervisor caminaba por los pasillos entre las máquinas y silenciaba toda conversación en su presencia. Josh mantuvo cuidadosamente la cabeza baja, quitó un sello plástico de un pequeño y gastado motor, lo dejó en una bandeja para posterior clasificación, dejó las tenazas en otra bandeja y desarmó los componentes, clasificándolos en diversas categorías, para su nuevo uso o reciclaje según el grado de conservación y el tipo de material.

Desde el primer anuncio a través del comunicador, la pantalla de la pared no había emitido nada más. Tras el murmullo inicial de consternación ante la noticia, no se permitieron comentarios. Josh desvió la mirada de la pantalla y del policía de la estación apostado en la puerta. Pasaban más de tres horas desde el momento en que debió abandonar su turno. Deberían haber despedido a todos los que se ocupaban en actividades parciales. Tenían que haber llegado otros obreros. Llevaba allí más de seis horas, y no había provisiones para la comida. Al final, el supervisor encargó unos bocadillos y bebidas. Josh no interrumpió el trabajo para comer porque deseaba parecer absorto en su tarea.

El supervisor se detuvo un momento detrás de él. Josh no reaccionó, no interrumpió el ritmo de sus acciones. Oyó que el supervisor proseguía su camino y no se volvió a mirar.

Allí no le trataban de un modo distinto a los demás. Se persuadió de que era su mente transtornada lo que le hacía sospechar que le vigilaban particularmente. A todos los supervisaban. La muchacha que estaba a su lado, seria y de lentos movimientos, siempre muy cuidadosa, hacía el trabajo más complejo de que era capaz, y la naturaleza no le había concedido demasiada capacidad. Allí, en el centro de salvamento, muchos eran como ella. Algunos ingresaban jóvenes, quizá para encontrar la manera de acceder a ocupaciones más importantes, conseguir habilidades mecánicas elementales y ascender a puestos técnicos o trabajos de manufactura. Y había otros cuya conducta nerviosa indicaba que tenían otras razones para estar allí. Estaban inquietos, tenían una concentración obsesiva... era extraño observar en otros aquellos síntomas.

Pero él nunca había sido un criminal, como quizá lo fueran aquellos otros, y tal vez precisamente por eso confiaban menos en él. Le gustaba su trabajo, que le mantenía la mente ocupada y le proporcionaba independencia... le gustaba tanto, creía, como a la muchacha seria que trabajaba a su lado. Al principio, en su celo por

demostrar su pericia, trabajaba con febril celeridad. Luego se dio cuenta de que eso molestaba a la muchacha, porque no podía ponerse a su altura, jamás podría hacerlo como él, y entonces procuró que su eficiencia no resultara evidente. Era suficiente para sobrevivir. Durante un largo tiempo así le pareció.

Ahora, no obstante, sentía náuseas y deseaba no haber probado el bocadillo. Incluso en este trivial asunto no había querido parecer demasiado diferente de los que le rodeaban.

La guerra había llegado a Pell. Los de Mazian. La Flota estaba allí.

La *Norway*, y Mallory.

Ahuyentaba algunos pensamientos. Cuando le asediaban, trabajaba más intensamente y alejaba los recuerdos. Sólo... la guerra... Alguien cerca de él susurró que tendrían que evacuar la estación.

No era posible. No podía suceder.

¡Damon!, pensó, deseando poder levantarse y salir de allí, ir a la oficina, tranquilizarse. Pero no había donde tranquilizarse, y temía comprobarlo. La Flota de Mazian significaba la ley marcial. *Ella* estaba con ellos.

Si no tenía mucho cuidado podría sufrir un colapso nervioso. El equilibrio de su mente era delicado, y él lo sabía. Tal vez su petición de lavado de cerebro era en sí insensata, pero la Corrección no había disminuido su equilibrio personal. Nunca había sido una persona equilibrada. Sospechaba de todas sus emociones, y en consecuencia trataba de sentir lo menos posible.

—Descanso —dijo el supervisor—. Pausa de diez minutos.

Él siguió trabajando, como lo había hecho durante los anteriores períodos de descanso. La muchacha a su lado le imitó.

## VIII

### Norway: .1530 h.

—TENEMOS PELL EN NUESTRO PODER —DIJO SIGNY A SU TRIPULACIÓN Y A los soldados, los que estaban presentes con ella en el puente y los diseminados por la nave—. Nuestra decisión, la de Mazian, la mía y la de los demás capitanes, es conservar Pell. Los agentes de la Compañía han firmado un tratado con la Unión... les han entregado todo lo que hay en el Más Allá y nos han pedido que nos quedemos al margen mientras lo hacen. Han entregado a la Unión nuestro código de contacto. Esa es la razón por la que abortamos el ataque... y nos alejamos, puesto que no sabíamos cuál de nuestros códigos ha sido traicionado. —Dejó que los demás absorbieran las implicaciones de estas palabras, contemplando los rostros ceñudos de quienes la escuchaban—. Pell... las Estrellas Posteriores, todo este borde del Más Allá... esto es lo que ha quedado a salvo. No vamos a cumplir la orden de la Compañía. No vamos a aceptar la rendición, no importa de qué manera la disfracen. No nos tienen bajo su yugo y esta vez vamos a luchar a nuestra manera. Tenemos un mundo y una estación, y todo el Más Allá empezó con eso. Podemos reconstruir las estaciones de las Estrellas Posteriores, todo lo que existía entre aquí y el mismo Sol. Podemos hacerlo. Puede que la Compañía no sea tan lista como para querer ahora un amortiguador entre ellos mismos y la Unión, pero más adelante lo querrán, podéis creerme, y al menos se darán cuenta de que no deben jugar con nosotros. Ahora Pell es nuestro mundo. Tenemos nueve transportes para defenderlo. Ya no pertenecemos a la Compañía. Somos la Flota de Mazian y Pell es *nuestro*. ¿Alguna opinión en contra?

Esperó las reacciones, aunque conocía a su gente como si fuera su familia... Algunos podrían tener otras opiniones, ideas propias al respecto. Había razones para ello.

De súbito las tropas estallaron en vítores, que hallaron eco en toda la nave y se multiplicaron en los altavoces. Los que estaban en el puente se abrazaban y sonreían. Graff abrazó a Signy, y a continuación lo hicieron el sondista Tiho y otros oficiales que estaban con ella desde hacía muchos años. Asomaban las lágrimas en los ojos de Graff, pero ella, que también deseaba llorar, no lo hizo, se mantuvo firme y dominó su emoción. Abrazó a Graff por segunda vez y miró a su alrededor.

—Vamos a prepararnos —dijo acercándose al micrófono, para que la oyeran en toda la nave—. Vamos a hacernos con la estación central antes de que sepan lo que sucede. Apresúrate, Di.

Graff empezó a dar órdenes. El eco de su voz resonó en los corredores de la nave. El puente entró en actividad, los técnicos se abrieron paso a empujones por los

estrechos pasillos para ir a sus puestos.

—Diez minutos —gritó ella—. Armamento completo. Preparadas todas las tropas disponibles para salir.

Se oyeron gritos por todas partes. Los altavoces evidenciaban que las tropas se apresuraban a pertrecharse antes incluso de que les dieran oficialmente las órdenes. Signy regresó al pequeño aposento donde tenía su despacho y dormitorio y se protegió con un casco y una armadura para el cuerpo, pero no para los brazos y piernas, pues prefería correr riesgos a impedir la libertad de movimientos. Cinco minutos. Oyó a Di que contaba a través del altavoz, imponiéndose al caos que surgía de todos los puestos de mando. No importaba. La tripulación y las tropas sabían lo que tenían que hacer aunque fuese a oscuras y al revés. Allí todos formaban una familia. Los incompatibles quedaban pronto cribados por accidentes, y los restantes eran tan íntimos como hermanos, hijos, esposos.

Signy colocó su pistola en la funda abierta, salió de su aposento y tomó el ascensor. Las tropas con armadura que corrían por el pasillo se pegaron contra la pared para dejarla pasar en cuanto la reconocieron, a fin de que se pusiera al frente, donde tenía que estar.

—¡Signy! —gritaron llenos de júbilo tras ella—. ¡Bravo, Signy!  
Estaban vivos de nuevo, y lo sentían.



## IX

### Consejo de Pell: Sector azul uno

—NO —DIJO ANGELO ENSEGUIDA—. NO, NO TRATEN DE DETENERLOS. Retírense. Retiren sus fuerzas inmediatamente.

El mando de la estación notificó que se daba por enterado, y las pantallas en la sala del consejo empezaron a reflejar nuevas órdenes. La voz apagada del mando de seguridad transmitía informes. Angelo se hundió en su asiento, ante la mesa en el centro del consejo, entre las filas parcialmente ocupadas, los suaves murmullos de pánico entre aquellos que habían conseguido llegar allí a través de los corredores. Uni6 las manos, llevándose las a la boca, y observó los informes que aparecían en las pantallas en rápida secuencia, vistas de las plataformas, donde se acumulaban las tropas armadas. Algunos de los miembros del consejo habían esperado demasiado, no podían salir de las secciones donde habían trabajado o donde habían tomado un puesto de emergencia. Damon y Elene entraron juntos, sin aliento, buscando refugio, y se quedaron junto a la puerta, vacilantes. Angelo hizo una seña a su hijo y su nuera para que se acercaran, y ellos ocuparon dos de los lugares libres a la mesa.

—Hemos tenido que abandonar a toda prisa la oficina de la plataforma —dijo Damon en voz baja—. Hemos subido con el ascensor.

Tras ellos llegaron Jon Lukas y su grupo de amigos. Estos últimos se sentaron en las filas de asientos, mientras Lukas lo hacía ante la mesa. También llegaron dos de los Jacoby, con el pelo desordenado y los rostros brillantes de sudor. Aquello no era un consejo, sino un santuario donde refugiarse de lo que ocurría en el exterior.

Las pantallas mostraban que las cosas estaban empeorando. Las tropas se dirigían hacia el centro de la estación y los miembros de seguridad trataban de permanecer a la altura de las circunstancias por medio de control remoto, pasando apresuradamente de una cámara a la siguiente, lo que producía un constante parpadeo de imágenes.

—El personal quiere saber si cerramos las puertas del centro de control —dijo un consejero desde el umbral.

—¿Contra los rifles? —preguntó Angelo. Se humedeció los labios, movió lentamente la cabeza y miró la vertiginosa sucesión de imágenes captadas por las diferentes cámaras.

—Llamad a Mazian —dijo Dee, un recién llegado—. Protestad de esto.

—Lo he hecho, señor, y no tengo respuesta. Creo que está de acuerdo con lo que pasa.

«Desorden en cuarentena», les advirtió una pantalla. «Tres muertes comprobadas. Numerosos heridos...»

—Señor —dijo una voz, interrumpiendo el mensaje—. Están tratando de derribar las puertas de cuarentena, ¿Disparamos?

—No abráis —dijo Angelo. Su pulso se aceleró ante la evidencia de la locura donde hasta entonces había habido orden—. Negativo. No disparen a menos que derriben las puertas. ¿Qué queréis... dejarlos sueltos?

—No, señor.

—Entonces no lo hagáis.

El contacto se interrumpió. Angelo se enjugó el rostro, sintiéndose mal.

—Bajaré ahí —se ofreció Damon, empezando a levantarse de su asiento.

—No vas a ir a ninguna parte—dijo Angelo—. No quiero que caigas en ninguna redada militar.

—Señor —dijo entonces Kressich, en tono de inquietud—. Señor...

—Las comunicaciones con cuarentena no funcionan —advirtió el jefe de seguridad—. Las han estropeado de nuevo. Pero aún podemos ponernos en contacto mediante los altavoces de plataforma, a los que no pueden haber llegado.

Angelo miró a Kressich, aquel hombre ojeroso y pálido cuyo aspecto enfermizo se había intensificado en los últimos meses.

—¿Ha oído eso?

—Tienen miedo —dijo Kressich—. Temen que ustedes se marchen de aquí y permitan que la Flota los abandone a la Unión.

—Ignoramos cuáles pueden ser las intenciones de la Flota, señor Kressich, pero si hay alborotos y tratan de derribar esas puertas para irrumpir en las plataformas, no podremos hacer más que disparar. Le sugiero que se ponga en contacto con ellos en cuanto hayan restablecido las comunicaciones, y si hay algún altavoz que aún no hayan roto, acláreselo.

—Sabemos que somos parias pase lo que pase —replicó Kressich, temblándole los labios—. Hemos pedido una y otra vez que acelerasen las comprobaciones, expidieran documentos de identidad, saneasen sus registros, trabajasen más deprisa. Ahora es demasiado tarde, ¿verdad?

—No necesariamente, señor Kressich.

—Primero van a preocuparse de su propia gente, instalándola cómodamente en las naves disponibles. Van a apoderarse de nuestras naves.

—Señor Kressich...

—Hemos estado trabajando —intervino Jon Lukas—. Algunos de ustedes pueden tener documentos en orden. Yo no les pondría obstáculo alguno, señor.

Kressich guardó en silencio. Su mirada era incierta y el color de su rostro enfermizo. Le temblaban los labios, temblor que se extendía al mentón, y se apretaba las manos.

Angelo pensó que era más fácil tratar con los refugiados de cuarentena, ofrecer a todos sus dirigentes documentos en orden, razonar con ellos. Algunos así lo habían propuesto.

—Ya están ahí —musitó Damon.

Angelo siguió su mirada y a través de los monitores vio que los soldados armados se estacionaban a lo largo de los corredores.

—Mazian —dijo Jon—. Mazian en persona.

Angelo contempló el hombre de cabello plateado que estaba al frente, y contó mentalmente los minutos que aquella oleada de soldados tardarían en subir por las rampas espirales de emergencia hasta el nivel en el que estaban ellos, hasta las mismas puertas del consejo.

Mientras tanto, él seguía mandando en la estación.

## X

### Sector azul uno: Número 0475

**L**AS IMÁGENES CAMBIARON. LILY SE IMPACIENTÓ, SE PUSO EN PIE DE UN SALTO, dio un paso hacia los botones de la caja y otro hacia la soñadora, que tenía una expresión preocupada en sus ojos. Finalmente se atrevió a manipular la caja para cambiar el sueño.

—No —le dijo la soñadora vivamente, y ella miró atrás y vio el dolor... los bellos ojos oscuros en el rostro pálido, las sábanas muy blancas, todo luz a su alrededor, excepto en los ojos, que miraban fijamente las escenas de los pasillos. Lily se le acercó, interpuso su cuerpo entre el sueño y la soñadora y ahuecó la almohada.

—Te daré la vuelta —le ofreció.

—No.

Ella le acarició la frente con mucha suavidad.

—Te quiero, Dal-tes-elan, te quiero.

—Son soldados —dijo Sol-su-amiga, con aquella voz tan calma que sosegaba a los demás—. Hombres con armas, Lily. Hay disturbios. No sé qué puede pasar.

—Sueña que se vayan —suplicó Lily.

—No tengo poder para hacer eso, Lily. Pero mira, no usan las armas. Nadie recibe daño.

Lily se estremeció y permaneció cerca de ella. De vez en cuando aparecía el rostro del Sol en las paredes siempre cambiantes, y el rostro del mundo brillaba para ellas como la luna creciente. Y la línea de hombres con armadura crecía, llenando todos los caminos de la estación.

No hubo resistencia. Signy no había desenfundado su arma, aunque tenía la mano sobre ella, ni tampoco lo habían hecho Mazian, Kreshov ni Keu. Los soldados, con sus fusiles a punto, sin seguro, constituían suficiente amenaza. Sólo al principio hicieron unos disparos, de advertencia en las plataformas, disparos que no tuvieron continuación. Se movieron rápidamente, sin dar tiempo para pensar a aquellos con los que se encontraban, ni el menor signo de que era posible discutir. Pocos eran los que se quedaban en las distintas secciones para encontrarse con ellos. Angelo Konstantin había dado órdenes... Era la única alternativa sensata.

Cambiaron de niveles y subieron por una rampa en el extremo del corredor principal. En el ámbito vacío resonaban las pisadas de las botas. Las voces que informaban de los puestos ocupados gradualmente por las tropas también producían

un eco. Pasaron de la rampa de emergencia al área de control de la estación. Las tropas entraron también allí, al mando de los oficiales, con los rifles bajados, mientras otros destacamentos recorrían los pasillos laterales para invadir otras oficinas. Tampoco allí hubo ningún disparo. Siguieron avanzando por los corredores centrales, pasaron del frío acero y los plásticos a las alfombras que apagaban los sonidos, y entraron en la sala de las extrañas esculturas de madera, cuyos ojos tenían una expresión continuamente asombrada.

También los rostros humanos, el pequeño grupo reunido en la antesala de la cámara del consejo, les miraban con los ojos muy abiertos.

Los soldados pasaron por su lado y empujaron las puertas decoradas, las cuales se abrieron y dos soldados se colocaron junto a las hojas como estatuas, los fusiles a punto. Los escasos consejeros se levantaron, enfrentándose a las armas mientras Signy, Mazian y los otros se les acercaban. Su porte era de dignidad, casi de desafío.

—Capitán Mazian —dijo Angelo Konstantin—. ¿Puedo ofrecerle a usted y a sus capitanes asiento para que hablemos de la situación?

Mazian permaneció un momento en silencio. Signy estaba entre él y Keu, Kreshov al otro lado, observando a los consejeros. Ni siquiera estaban allí la mitad de los miembros.

—No les quitaremos demasiado tiempo —dijo Mazian—. Nos han pedido que viniéramos, así que aquí estamos.

Ninguno se había movido, ni para sentarse ni para cambiar de posición.

—Quisiéramos una explicación a esta... esta operación —dijo Konstantin.

—Queda decretada la ley marcial mientras dure la emergencia —replicó Mazian—. Y tendrán que responder de los acuerdos a que han llegado con ciertos agentes de la Compañía. Compromisos... con la Unión, y el flujo de información secreta a los servicios de inteligencia de la Unión. Traición, señor Konstantin.

Los consejeros palidecieron.

—No ha habido tales compromisos —dijo Konstantin—. Esta estación es neutral. Somos una estación de la Compañía, pero no permitimos que nos arrastren a una acción militar o que nos utilicen como una base.

—¿Y esas fuerzas militares que han esparcido a su alrededor?

—A veces la neutralidad necesita fuerza, capitán. La misma capitana Mallory nos advirtió acerca de los vuelos fortuitos de refugiados.

—Alega usted ignorancia de que se entregó información a la Unión... y que lo hicieron agentes civiles de la Compañía. ¿No han tomado parte en ningún acuerdo, arreglo o concesión que esos agentes puedan haber concertado con el enemigo?

—Hubo un momento de denso silencio.

—Desconocemos tales acuerdos. Si tenía que llegarse a alguno, no se informó de ello a Pell, y si nos hubieran informado, les habríamos desaconsejado que lo hicieran.

—Ahora ya lo saben —dijo Mazian—. Se pasó información, incluyendo palabras y señales codificadas que ponen en peligro la seguridad de esta estación. La

Compañía les ha entregado a la Unión. La Tierra está liquidando sus intereses aquí. Ustedes pensarán lo que quieran, pero no aceptamos semejante situación. Debido a lo que ya se les ha entregado, hemos perdido otras estaciones. Ustedes constituyen la frontera. Necesitamos Pell, y con las fuerzas que tenemos podemos defenderlo. ¿Me comprende?

—Tendrá toda nuestra cooperación —dijo Konstantin.

—Queremos el acceso a sus registros. Todo aquel que plantee un problema de seguridad será separado y puesto en cuarentena.

Konstantin miró un momento a Signy.

—Hemos seguido todas sus instrucciones tal como nos las dio la capitana Mallory. Meticulosamente.

—No habrá ninguna sección de esta estación, ningún registro, máquina ni apartamento a los que mi gente no pueda tener acceso si es necesario. Preferiría retirar a la mayor parte de mis fuerzas y dejar esto a cargo de las suyas, siempre que haya quedado bien claro que si hay problemas de seguridad o filtraciones, si una nave parte fuera de programación o si se produce la ruptura del orden en algún sitio, tenemos nuestros propios procedimientos; entre ellos, disparar. ¿Está claro?

—Perfectamente claro —respondió Konstantin.

—Mi gente se moverá a sus anchas, señor Konstantin, y dispararán si lo consideran necesario. Y si tenemos que entrar a tiros para despejar el camino a uno de los nuestros, lo haremos. Pero eso no ocurrirá. Ya se encargarán de que no suceda sus propias fuerzas de seguridad... o sus fuerzas con la ayuda de las nuestras. Ustedes dirán lo que prefieren.

Konstantin apretó la mandíbula.

—Está muy claro, capitán Mazian. Reconocemos su obligación de proteger a sus fuerzas y a esta estación. Cooperaremos y esperaremos que ustedes cooperen. A partir de ahora, cuando envíe un mensaje, llegará a su destino.

—Desde luego —dijo Mazian. Miró a derecha e izquierda y finalmente se encaminó a la puerta, mientras Signy y los otros continuaban frente al consejo—. Capitán Keu, puede usted seguir comentando los asuntos con el consejo. Capitana Mallory, tome el centro de operaciones. Capitán Kreshov, examine los registros y las normas de seguridad.

—Necesito a alguien enterado —replicó Kreshov.

—El director de seguridad le ayudará —dijo Konstantin—. Daré las órdenes oportunas.

—También yo —dijo Signy, mirando un rostro familiar en el centro de la mesa, el joven Konstantin, cuya expresión se alteró bajo aquel escrutinio. La joven que se sentaba a su lado le cogió de la mano.

—Capitana... —dijo él.

—Damon Konstantin... usted mismo, si quiere. Puede ser de ayuda.

Mazian se marchó, llevándose a algunos miembros de la escolta, para efectuar

una visita general a la zona o, más probablemente, emprender nuevas operaciones, tales como la ocupación de otras secciones, quizás el núcleo y su maquinaria. Jan Meyis, el segundo en mando de la *Australia*, se ocupaba de esta tarea delicada. Keu tomó posesión de un sillón y de la cámara. Kreshov siguió a Mazian.

—Vamos —dijo Signy, y el joven Damon se detuvo para dirigir una mirada a su padre, que estaba contrariado y apretaba los labios, separándose de la joven que le acompañaba. Signy pensó que no la tenían demasiado en cuenta. Aguardó unos instantes y luego se encaminó a la puerta donde se les unieron otros dos soldados de escolta, Kuhn y Detkin.

—Al centro de mando —ordenó a Konstantin, y éste le hizo un gesto para que pasara con incongruente y natural cortesía, pero sin decir nada.

—¿Es su esposa esa señora? —preguntó Signy, deseosa de recopilar detalles de todas las personas importantes.

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Elene Quen.

El nombre sorprendió a la capitana.

—¿Pertenece a una familia de la estación?

—A los Quen de *Estelle*. Se casó conmigo y no participó en su último viaje.

—Esa nave se ha perdido. Usted lo sabe.

—En efecto.

—Una lástima. ¿Tienen hijos? Damon tardó un momento en responder.

—Estamos esperando uno.

—Claro —dijo Signy, recordando las incipientes señales de gravidez de la mujer —. Ustedes, los hermanos Konstantin, son dos. ¿Me equivoco?

—No. Tengo un hermano.

—¿Dónde se encuentra?

—En Downbelow —respondió él, cada vez más inquieto.

—No tiene por qué preocuparse.

—No me preocupo.

La capitana le dirigió una sonrisa burlona.

—¿También están sus fuerzas en Downbelow? —preguntó él.

Signy siguió sonriendo sin decir nada.

—Le recuerdo de Asuntos Legales.

—Sí.

—Así pues, conoce usted los datos de ordenador necesarios para obtener los informes personales, ¿verdad?

La mirada que le dirigió el muchacho no reflejaba miedo sino enojo. Ella miró hacia delante, al corredor donde los soldados protegían el complejo acristalado de la central.

—Les hemos asegurado nuestra cooperación —le recordó.

—¿Es cierto que nos cedieron?

Ella siguió sonriendo, pensando que aquellos Konstantin eran gente muy lista y conocían su valor tanto como el de Pell.

—Confíe en mí —le dijo con ironía.

Vio un letrero que decía MANDO CENTRAL, con una flecha indicativa. Otro letrero decía: COMUNICACIONES, AZUL UNO, 01-0122.

—Hay que quitar todas estas indicaciones —dijo Signy.

—No es posible.

—Y también las claves de colores.

—La estación es demasiado complicada... incluso los residentes pueden confundirse y perderse... Los corredores son todos iguales y sin nuestras claves de colores...

—Lo mismo ocurre en mi nave, señor Konstantin, y no señalizamos los corredores para los intrusos.

—Tenemos niños en esta estación. Sin los colores...

—Pueden aprender. Es preciso eliminar todos los signos.

La central de la estación estaba abierta ante ellos... ocupada por soldados. Los rifles se movieron cuando entraron y luego volvieron a quietarse. Signy contempló el centro de mando, las hileras de consolas de control, los técnicos y funcionarios de la estación que trabajaban allí. Era evidente que las tropas se relajaban con su presencia. También los Civiles parecieron aliviados en sus puestos... al ver al joven Konstantin. Con ese propósito ella le había hecho acompañarle.

—Todo está en orden —dijo Signy a las tropas y los civiles—. Hemos llegado a un acuerdo con el jefe de la estación y el consejo. No evacuaremos Pell. La Flota establece aquí una base, la cual no vamos a abandonar. La Unión no podrá entrar aquí.

Se oyó un murmullo entre los civiles, que intercambiaron miradas de alivio. De súbito pasaban de rehenes a aliados. Los soldados habían apoyado sus rifles en el suelo.

«Mallory», oyó que susurraban de un extremo a otro de la sala. «Es Mallory». Y en el tono con que lo hacían no había afecto ni tampoco falta de respeto.

—Enséñeme esto —le pidió a Damon Konstantin.

La acompañó en su recorrido por el centro de control y fue nombrándole los puestos y el personal que los ocupaba, a muchos de los cuales recordaba Signy. Esta se detuvo un momento y miró a su alrededor, a las pantallas, donde se sucedían las imágenes de Downbelow punteadas de manchas verdes y rojas.

—¿Bases? —preguntó.

—Tenemos varios emplazamientos auxiliares —dijo él—, en los que tratamos de absorber y alimentar a lo que ustedes nos dejaron.

—¿Cuarentena? —Vio también el monitor correspondiente a aquella sección, con una hirviente masa humana que se agolpaba ante la puerta herméticamente cerrada,



entre humo y cascotes—. ¿Qué hacen con ellos?

—Ustedes no nos dieron esa respuesta —replicó él. Pocos empleaban aquel tono con Signy, y le divirtió.

Escuchó y observó el enorme complejo, las filas de tableros de instrumentos con funciones distintas a las de una nave estelar. Allí se dirigía el comercio y el mantenimiento de una órbita que tenía siglos de antigüedad, la catalogación de bienes y manufacturas, el control de poblaciones en la estación y el planeta, de los nativos y los humanos... una colonia llena de vida. Observó todo aquello conteniendo el aliento, con una sensación de propiedad. Habían luchado para mantener aquel mundo con vida.

De repente se oyó el comunicador central, que emitía un anuncio del consejo. Era la voz de Angelo Konstantin.

—...deseamos asegurar a los residentes de la estación que no tendrá lugar ninguna evacuación. La Flota está aquí para protegernos...

Era su mundo, y estaban allí sólo para mantenerlo en orden.

## XI

### **Downbelow: Base principal; 1600 h.tiempo oficial de la estación Alba local**

SE ACERCABA LA MAÑANA, UNA LÍNEA ROJA EN EL HORIZONTE. EMILIO ESTABA al aire libre, respirando pausadamente a través de la máscara, y llevaba una pesada chaqueta para resguardarse del frío perpetuo de la noche en aquella latitud y elevación. Las hileras se movían en la oscuridad, calladamente, encorvadas bajo el peso de las cargas, como insectos que salvaran huevos de la inundación, extrayéndolas de las cúpulas de almacenaje.

Los obreros humanos aún dormían, los de cuarentena y los que residían bajo las cúpulas. Sólo unos pocos miembros del personal ayudaban en aquella tarea. Podía verlos dispersos aquí y allá en el paisaje de cúpulas y colinas bajas, sus oscuras figuras más altas que los nativos.

Se le acercó un pequeño y jadeante nativo.

—¿Qué? ¿Me envías, Konstantin-hombre?

—¿Brincador?

—Yo Brincador —susurró el nativo, sonriente—. Buen corredor, Konstantin-hombre.

Emilio tocó el hombro delgado y peludo del nativo, y sintió entrelazado con el suyo un brazo aracnoide. Extrajo un papel plegado de un bolsillo y lo puso en la mano callosa del hisa.

—Corre, pues —le dijo—. Lleva esto a los campamentos humanos, haz que sus ojos lo vean, ¿de acuerdo? Y díselo a todos los hisa. A todos, desde el río a la llanura. Diles que envíen a sus corredores, incluso a los hisa que no van a los campamentos humanos. Diles que tengan cuidado con los hombres y desconfíen de los extraños. Diles lo que hacemos aquí. Que vigilen, pero que no se acerquen hasta oír una llamada que ellos conocen. ¿Comprenden los hisa?

—Vienen los Lukas —dijo el hisa—. Sí, comprendo, Konstantin-hombre. Yo *Brincador*. Soy viento. Nadie me coge.

—Ve. Corre, Brincador.

El nativo le abrazó con la temible fuerza de los hisa. La sombra se deslizó en la oscuridad, se movió rápidamente, corrió...

Emilio miró las demás figuras humanas que se afanaban en la colina. Había dado órdenes a su personal, sin confiarles nada de lo que ocurría, pues deseaba ahorrarles responsabilidades. Ahora las cúpulas de almacenaje estaban vacías en su mayor parte, ya que habían llevado los suministros que contenían a lugares profundos entre los

arbustos. Las noticias corrían a lo largo del río, por medios que no tenían nada que ver con las comunicaciones modernas, nada que pudieran controlar los oyentes, y que eran transmitidas con la velocidad de los hisa de un campamento a otro.

Se le ocurrió que quizá nunca hasta entonces los hisa habían tenido motivos para hablar entre sí de aquella manera. Jamás había habido guerra ni unidad entre las tribus dispersas, pero de algún modo el conocimiento del hombre se había difundido de un lugar a otro. Y ahora los humanos enviaban un mensaje a través de aquella extraña red. Imaginó el mensaje difundiéndose por las orillas del río y entre los matorrales, en encuentros ocasionales o acordados... fuera cual fuese el propósito que impulsaba a los apacibles y asombrados hisa. Y en toda la zona de contacto, los hisa, que no tenían concepto del robo, robarían, y aunque no sabían qué eran los salarios o la rebelión, abandonarían su trabajo.

Sintió frío a pesar de las ropas especiales que le aislaban de la helada brisa. Él no podía echar a correr, como Brincador. Era humano, y un Konstantin, y tenía que esperar, mientras la luz del alba recortaba las siluetas de los obreros cargados, mientras los humanos de las otras cúpulas empezaban a desperezarse para descubrir el pillaje sistemático de almacenes y equipo, mientras su personal permanecía inactivo, contemplando cómo sucedía. Las luces se encendieron bajo las cúpulas transparentes, los obreros salieron en tropel y pronto se detuvieron, asombrados.

Sonó una sirena. Emilio miró al cielo y no vio más que las últimas estrellas, pero algo se barruntaba en comunicaciones. Oyó ruido de pasos cerca de él, y un delgado brazo le rodeó la cintura. Atrajo a Miliko hacia sí, agradeciendo el contacto.

Hubo una llamada desde el otro lado de la cuesta. Los brazos se alzaron, señalando hacia arriba. La luz de la nave que descendía era visible en el cielo pálido... Llegaba antes de lo que esperaban.

—¡Coqueta! —llamó a una hembra hisa, y ella se le acercó sin soltar su carga, bajo la que se encorvaba—. Ocultaos. La hisa regresó a la fila y habló con sus compañeros.

—¿Adónde van? —preguntó Miliko—. ¿Lo han dicho?

—Ellos saben donde —respondió Emilio—. Sólo ellos. —La abrazó con más fuerza—. Y que vuelvan o no... dependerá de quién se lo pida.

—Si se nos llevan...

—Hacemos lo que podemos. Pero nadie de fuera les dará órdenes.

La luz de la nave se intensificó. No era uno de sus transbordadores, sino una nave mayor, más amenazante, militar: la sonda de aterrizaje de un transporte.

Uno de los trabajadores llegó corriendo a su lado.

—¿Es cierto, señor Konstantin, que Mazian está ahí?

—No sabemos lo que ocurre ahí arriba. Todos los indicios son de paz. Tenemos que mantener la calma y aceptar los acontecimientos como vengan. Que nadie hable de los suministros que faltan, ¿de acuerdo? Pero no vamos a dejar que la Flota se lo lleve todo y condenen a la estación a morirse de hambre. Pasa tú también el mensaje

y no aceptes órdenes de nadie excepto de mí y de Miliko. ¿Entendido?

—Sí, señor —dijo el hombre, y corrió a informar a los demás.

—Será mejor que hablemos con los de cuarentena —dijo Miliko.

Emilio asintió y se pusieron en camino. Sobre la colina, las luces de señalización orientaban el aterrizaje. Emilio y Miliko encontraron a Wei en la entrada de cuarentena.

—La Flota está ahí arriba —dijo Emilio. El otro acogió la noticia con una expresión de pánico—. Estamos tratando de almacenar comida para la estación y para nosotros mismos. Procuraremos impedir que la Flota se apodere de todo. Vosotros no habéis visto ni oído nada. Sois sordos y ciegos, y no tenéis ninguna responsabilidad. Yo me hago responsable.

Hubo un murmullo entre las filas de trabajadores residentes y los de cuarentena. Emilio y Miliko se volvieron por el camino que conducía a la zona de aterrizaje. Les habían rodeado su personal y un nutrido grupo de trabajadores residentes y miembros de la cuarentena. Nadie les detuvo. Ya no tenían guardianes, ni allí ni en los demás campamentos. Los de cuarentena se regían por los mismos horarios y normas que los demás trabajadores. Aquello no impedía las discusiones y las dificultades, pero no constituían una amenaza tan grande como la que llegaba ahora, con sus exigencias de provisiones para los transportes cargados de tropas y, quizá, también de personal.

Con un ruido atronador, la nave se posó en la zona de aterrizaje, rebasándola con su enorme volumen. Poco después se abrió la escotilla, descendió una rampa y las tropas armadas bajaron con los rifles dispuestos, apresurándose a tomar posiciones. Un oficial sin casco, sólo con la máscara del respirador, apareció en lo alto de la rampa. Era un hombre de piel oscura.

—Ese es Porey —susurró Miliko—. Tiene que ser Porey en persona.

Emilio se sobrepuso a la amenaza que representaba la inesperada visita. Quiso soltar la mano de Miliko, pero ella no soltó la suya. Juntos se dirigieron al encuentro del legendario capitán, deteniéndose a una distancia prudencial, conscientes de los rifles que les rodeaban.

—¿Quién está al cargo de esta base? —preguntó Porey.

—Emilio Konstantin y Miliko Dee, capitán.

—¿Son ustedes?

—Sí, capitán.

—Traigo un decreto de ley marcial. Todos los suministros de esta base quedan confiscados. Quedan suspendidos de toda función de gobierno tanto los humanos como los nativos. Entregarán ustedes de inmediato las relaciones de equipo, personal y suministros.

Emilio hizo un gesto irónico con la mano libre, ofreciendo las cúpulas esquilmadas. Pensó que aquello no iba a divertirle a Porey. También habían desaparecido ciertos libros de registro que se llevaban a mano. Temía por sí mismo y por Miliko, por los hombres y mujeres de aquella base y de otras, y también por los

hisa, que nunca habían visto la guerra.

—Permanecerán ustedes en este mundo para ayudarnos en cuanto sea necesario —dijo Porey.

Emilio sonrió rígidamente y apretó la mano de Miliko. Aquello era un arresto, ni más ni menos. El mensaje de su padre, que le había despertado en plena noche, le dio tiempo. Allí existían obreros que nunca habían pedido que les colocaran en aquella posición, a los que habían obligado a servirles. Confiaba menos en su silencio que en la celeridad de los hisa. Era incluso posible que los militares le pusieran a buen recaudo. Pensó en su familia, en la estación, en la posibilidad de que evacuaran Pell y que los hombres de Mazian arruinasen intencionadamente Downbelow antes de abandonarlo, destruyendo aquello que no querían ver en manos de la Unión e incorporando a la Flota a todos los hombres capaces. Pondrían armas en manos de los hisa si ello les servía para refrenar a la Unión.

—Discutiremos el asunto, capitán —replicó él.

—Las armas se entregarán a mis tropas. El personal se someterá a registro.

—Le sugiero que lo discutamos, capitán. Porey hizo un gesto brusco.

—Tráiganlos adentro.

Los soldados se dirigieron a ellos. Miliko le apretó la mano. Él tomó la iniciativa y se adelantaron, sometiéndose a un registro antes de que les hicieran subir por la rampa hasta el brillante interior de la nave, donde aguardaba Porey. Emilio se detuvo en el extremo superior de la rampa, con Miliko a su lado.

—Tenemos la responsabilidad de esta base —le dijo—. No quiero hacer de esto una discusión pública. Muy discretamente satisfaré las necesidades razonables de sus fuerzas.

—Está usted profiriendo amenazas, señor Konstantin.

—Me limito a hacer una declaración, señor. Díganos lo que quiere. Conozco este mundo. La intervención militar en su sistema en funcionamiento requeriría un tiempo valioso para actuar a su manera, y en algunos casos la intervención podría ser destructiva.

Miró a los ojos de Porey, y se dio cuenta de que a aquel hombre no le gustaba nada que le desafiaran. Era personalmente peligroso,

—Mis oficiales le acompañarán para que les entregue las relaciones —dijo el capitán.

## XII

### Pell: Sector blanco dos; 1700 h.

**H**ABÍA LLEGADO LA POLICÍA, UNOS HOMBRES SILENCIOSOS QUE SE QUEDARON junto a la puerta hablando con el supervisor. Josh les vio y mantuvo la cabeza baja, sin dejar de dar vueltas a la pieza que estaba extrayendo. La muchacha que trabajaba a su lado se había detenido por completo, y le oprimió las costillas con el codo.

—Eh —le dijo—. Eh, es la policía.

Cinco hombres. Josh no hizo caso del codazo y la muchacha le golpeó con más fuerza.

La pantalla del comunicador se iluminó, y Josh alzó la vista un instante para enterarse de otro anuncio general: El retorno de la libertad limitada de paso en la sección verde. Agachó la cabeza y prosiguió su trabajo.

—Miran hacia aquí —dijo la joven.

En efecto, los policías hacían gestos en aquella dirección. Josh alzó la vista de nuevo, pues habían entrado soldados provistos de armaduras. Tropas de la Compañía, de Mazian.

—Mira —dijo la muchacha, poniéndose a trabajar.

La sedosa voz que procedía de la central seguía hablando a través del comunicador, asegurando que no había nada que temer. Josh dejó de creerlo.

Se oyó ruido de pisadas en el pasillo, desde el otro lado, que se aproximaron hasta donde él estaba y se detuvieron a sus espaldas. Siguió trabajando con una última y enfebrecida esperanza, confiando en que fuera Damon.

Una mano le tocó el hombro y le hizo volverse. Se encontró ante el supervisor, varios policías de seguridad de la estación y un soldado con armadura que ostentaba la insignia de la Flota de Mazian.

—¿Quiere acompañarnos, señor Talley? —le preguntó uno de los policías.

Se dio cuenta de que la llave inglesa que sostenía podía parecer un arma, la dejó cuidadosamente sobre el mostrador, se secó las manos en el mono y se levantó.

—¿Adónde vas? —le preguntó la muchacha que estaba a su lado y cuyo nombre desconocía. Parecía triste—. ¿Adónde vas?

Él no respondió, pues lo ignoraba. Uno de los policías le cogió del brazo y les condujo por el pasillo del taller hasta la puerta. Todos les miraban.

—Tranquilos —dijo el supervisor, al oír el murmullo general.

Los policías y soldados le hicieron salir al corredor y se detuvieron allí. La puerta se cerró y un oficial militar, sólo con armadura en el torso, le hizo ponerse cara a la pared y le registró.

El hombre le extrajo los documentos del bolsillo. Josh dio media vuelta cuando le dejaron y permaneció de espaldas a la pared, mirando al oficial que revisaba los documentos. Su insignia decía *Atlantic*, y Josh sentía que le invadía una oleada de angustioso terror. Los soldados de la Compañía tenían los documentos en sus manos, y aquellos papeles eran la única prueba de su inocuidad, de lo que había sufrido y de que no representaba ningún peligro para nadie. Tendió la mano para recuperarlos y el oficial los mantuvo fuera de su alcance. Eran hombres de Mazian. La sombra regresó. Retiró la mano, recordando otros encuentros, el corazón latiéndole con fuerza.

—Tengo un pase —dijo, tratando de evitar el tic de su rostro, que afloraba cada vez que estaba trastornado—. Está con los papeles. Puede ver que trabajo aquí. Este es mi lugar.

—Sólo por las mañanas.

—Nos retuvieron a todos. Pregunte a los demás. Todos pertenecemos al turno de mañana.

—Usted vendrá con nosotros —dijo uno de los soldados.

—Pregunte a Damon Konstantin. Él se lo dirá. Le conozco. Él les dirá que tengo razón. Aquello les retrasó.

—Tomaré nota de eso —dijo el oficial.

—Probablemente es cierto —dijo uno de los policías de la estación—. He oído algo así. Es un caso especial.

—Tenemos nuestras órdenes. El ordenador nos ha proporcionado los datos. Tenemos que aclarar el asunto. Enciérrenlo en sus dependencias o lo haremos en las nuestras.

Josh abrió la boca para expresar su preferencia.

—Nos lo llevaremos —dijo el policía antes de que pudiera hablar.

—Mis papeles —pidió Josh. La vergüenza le hacía tartamudear y sonrojarse; aún era incapaz de controlar algunas reacciones. Alargó una mano, que le temblaba visiblemente—. Por favor, señor.

El oficial dobló los documentos y se los guardó en una cartera adosada al cinto.

—No los necesita, porque no va a ir a ninguna parte. Enciérrenlo y téngalo disponible si cualquiera de nosotros quiere verle. ¿Comprendido? Más tarde podría ir a cuarentena, pero no hasta que el mando haya tenido ocasión de revisar su caso.

—Entendido —dijo el policía, cogiendo a Josh del brazo para conducirlo por el corredor. Los soldados avanzaron hasta que al llegar a un cruce de corredores, cada grupo siguió una dirección distinta.

Había hombres de Mazian por todas partes, y Josh se sentía vulnerable. Tuvo una profunda sensación de alivio cuando los policías le hicieron entrar en un ascensor, sin soldados.

—Por favor, avisen a Damon Konstantin —les pidió—, o a Elene Quen... o a cualquiera de sus oficinas. Conozco los números.

No le respondieron de inmediato.

—Informaremos a través de los canales adecuados —dijo finalmente uno de los policías, sin mirarle.

El ascensor se detuvo en el sector rojo uno, perteneciente a la zona de seguridad. Flanqueado por los policías, Josh cruzó el panel divisorio transparente y se detuvo ante el mostrador de la entrada. También en el interior de aquella oficina había soldados, protegidos con armadura y armados, lo cual le hizo sentir una oleada de pánico, pues había esperado que al menos en aquel lugar hubiere una autoridad de la estación.

—Por favor —dijo al joven funcionario que estaba ante el mostrador, mientras le hacían entrar. Conocía al joven funcionario, le recordaba. Se inclinó hacia él y le pidió en voz baja, con un tono desesperado—; Por favor, llame a los Konstantin. Dígalos que estoy aquí.

Tampoco recibió respuesta, y vio que el joven, incómodo, desviaba la mirada. Todos los estacionados tenían miedo... les aterraban las tropas armadas. Los soldados le apartaron del mostrador y le condujeron por un pasillo a las celdas de detención, encerrándole en una de ellas. Era una estancia blanca, amueblada sólo con la instalación higiénica y un banco que era como un saliente de la pared. Le registraron de nuevo, esta vez desnudándole, y le dejaron allí, con sus ropas en el suelo.

Al quedarse solo, se vistió, se sentó en el banco, alzó las piernas y apoyó la cabeza en las rodillas, cansado y lleno de temor.



## XIII

### **Nave mercante Hammer: en el espacio profundo; 1700 h.**

VITTORIO LUKAS SE LEVANTÓ DE SU ASIENTO Y RECORRIÓ EL SUCIO PUENTE curvo de la Hammer. Vaciló al ver el bastón que sostenía el unionista que no le quitaba ojo de encima. No le dejarían aproximarse a los controles. En aquel pequeño y puntiagudo cilindro de rotación —la mayor parte de la fea masa de la *Hammer* era una enorme bodega con gravedad nula— había una línea señalada con cinta adhesiva que indicaba el recinto del que no podía pasar. Aún no había descubierto lo que ocurría si cruzaba aquella línea sin que le llamaran. No tenía intención de averiguarlo. Le permitían deambular por la mayor parte del cilindro, la pequeña estancia donde dormía, la diminuta sala principal... y hasta cierto punto de la zona de operaciones. Desde allí podía ver una de las pantallas y el radar por encima del hombro de los técnicos. Se quedó mirando, a espaldas de los hombres y mujeres que no eran mercantes pero que vestían como si lo fueran, con el vientre todavía revuelto por las drogas ingeridas y los nervios en tensión a causa del salto. Se había pasado la mayor parte del día vomitando.

El capitán estaba en pie, mirando las pantallas y, al verle, le hizo una seña para que se acercara. Vittorio vaciló. A la segunda señal penetró en la zona prohibida de operaciones, no sin mirar de soslayo al hombre con el bastón. Aceptó la mano amistosa del capitán sobre su hombro mientras miraba de cerca las pantallas. Aquel hombre tenía un aspecto saludable, próspero, y podría haber pasado por un hombre de negocios de Pell. Todos le trataban bastante bien, incluso con cortesía. Era su situación y los peligros potenciales que encerraba lo que le mantenía aterrado. Su padre habría dicho disgustado que era un cobarde. No se habría equivocado. Aquel no era lugar para él, ni aquellos hombres la compañía más adecuada.

—Pronto vamos a retroceder —dijo el hombre, un tal Abe Blass—. No hemos saltado muy lejos, sólo lo suficiente para estar fuera del alcance de Mazian. Relájese, señor Lukas. ¿Nota alguna mejoría en el estómago?

Él no replicó. La mención de sus molestias aumentaba sus náuseas.

—No se preocupe —le dijo Blass en voz baja, todavía con una mano en su hombro—. No ocurre absolutamente nada, señor Lukas. La llegada de Mazian no constituye ningún problema para nosotros.

Vittorio miró al hombre.

—¿Y si la Flota nos descubre cuando entremos de nuevo?

—Siempre podemos saltar —dijo Blass—. El *Ojo del Cisne* no se habrá apartado de su sitio, e Ilyko no hablará, pues sabe lo que le interesa. Procure descansar, señor

Lukas. Todavía parece mantener ciertos reparos respecto a nosotros.

—Si mi padre, en Pell, está en peligro...

—No es probable que eso suceda. Jessad sabe lo que hace, créame. Todo está planeado, y la Unión se preocupa de sus amigos. —Le dio unas palmadas en el hombro—. Lo está haciendo muy bien para un primer salto. Siga el consejo de un veterano y no se exceda. Relájese. Vuelva a la sala principal y le avisaré en cuanto nos dispongamos a entrar.

—Sí, señor —replicó él, e hizo lo que le ordenaban, regresando a la desierta sala principal.

Se sentó en el banco y apoyó los brazos en la mesa, tragando saliva con dificultad. No era a causa de las náuseas producidas por el salto. Estaba aterrado. «Sé un hombre», podía oír que le decía su padre, pero no podía evitar aquel pavor. No, aquel no era su sitio, entre gentes como Abe Blass y aquellos seres ceñudos todos demasiado iguales. Su padre le había obligado a arriesgar su vida. Si fuera ambicioso, trataría de ganar puntos en aquellas circunstancias, congraciándose con la Unión. Pero no lo era. Conocía sus capacidades y sus límites, y quería a Roseen, sus comodidades, un buen trago que no podía tomar con el organismo lleno de drogas.

Nada de aquello funcionaría. Le llevarían a la Unión, donde todo el mundo marcaba el paso, y aquello sería el fin de su mundo. Temía los cambios. Lo que tenía en Pell le satisfacía lo suficiente. Nunca le había pedido demasiado a la vida ni a nadie, y la idea de perder de súbito todos sus puntos de referencia le provocaba pesadillas. Pero no tenía elección. Su padre se había preocupado de que no la tuviera.

Finalmente llegó Blass, se sentó y con gesto solemne extendió mapas y gráficos sobre la mesa, explicándole las cosas como si fuera una persona de importancia. Él miró los diagramas y trató de comprender lo que estaban haciendo, aunque fue en vano.

—Debe tener confianza —le dijo Blass—. Le aseguro que está en un lugar menos peligroso que la misma estación.

—Usted es un alto oficial de la Unión, ¿verdad? Si no fuera así no le habrían encargado de esta misión. Blass se encogió de hombros.

—La *Hammer* y el *Ojo del Cisne*... ¿Son éstas todas las naves que tienen cerca de Pell?

Blass volvió a encogerse de hombros. Aquella era su respuesta.

## XIV

### Acceso blanco a mantenimiento 9-1042: 2100 h.

LOS HOMBRES ARMADOS Y VESTIDOS CON ARMADURAS LLEVABAN LARGO TIEMPO entrando y saliendo. Satén se ocultó más en las sombras, junto al montacargas. Muchos habían huido durante el tiempo en que gobernaron los Lukas, y huyeron de nuevo cuando llegaron los hombres extraños, por los estrechos caminos que los hisa siempre podían usar, los túneles oscuros donde los hisa podían respirar sin máscaras mientras que los hombres no. Los hombres de allá arriba conocían aquellos caminos, pero aún no se los habían mostrado a los extraños y los hisa estaban a salvo, aunque algunos de ellos lloraban quedamente en las oscuras profundidades, muy bajo para que los hombres no pudieran oírles.

Allí no había esperanza. Satén frunció los labios y retrocedió agachada, esperó mientras el aire cambiaba y regresó a la segura oscuridad. Unas manos la tocaron. Notó el olor de un macho. Soltó un bufido de reprobación y olfateó en busca del macho que le pertenecía. Dienteazul la estrechó entre sus brazos y ambos se consolaron mutuamente. No le preguntó nada. Sabía que no había ninguna noticia que dar.

La situación era alarmante. Los Lukas hablaban y daban órdenes, y los extraños amenazaban. El Viejo no estaba allí... como tampoco ninguno de los veteranos, todos los cuales habían ido a proteger cosas importantes, a cumplir con deberes encargados por los humanos y que tal vez concernían a los hisa.

Pero ellos habían desobedecido, no se habían presentado a los supervisores, como tampoco lo habían hecho los Viejos, que también odiaban a los Lukas.

—¿Regresamos? —preguntó alguien finalmente.

Si regresaban después de haber huido tendrían problemas. Los hombres se enfadarían con ellos, aquellos hombres que estaban armados.

—No —dijo Satén.

Los demás protestaron con murmullos, y Dienteazul volvió la cabeza para razonar la negativa.

—Pensad. Si vamos allí puede haber hombres. Hay peligro.

—Tengo hambre —protestó otro.

Nadie le respondió.

Lo que habían hecho podría enemistarles con los hombres, y ahora se daban cuenta de ello con claridad. Y sin aquella amistad, podrían permanecer en Downbelow para siempre. Satén pensó en los campos de Downbelow, las suaves nubes que en otro tiempo le parecían sólidas como si pudiera sentarse en ellas, la

lluvia, el cielo azul y las hojas grises, verdes y azules, las flores y los musgos, y sobre todo el aire que olía a hogar. Tal vez Dienteazul soñaba en todo ello, pues el calor de su primavera se había disipado y ella, como era joven, no se había estimulado en su primera estación adulta. Ahora Dienteazul veía las cosas con la cabeza más clara. A veces echaba de menos su mundo, igual que ella. Pero permanecer allí para siempre...

Su nombre verdadero era Cielo-la-ve, y ella había visto la verdad. El azul era falso, una cobertura que se extendía como una manta. La verdad era una inmensa negrura, y el rostro del gran Sol brillando en la oscuridad. La verdad colgaría siempre por encima de ellos. Sin el favor de los humanos, regresarían a Downbelow sin esperanza, sabiendo que quedarían eternamente separados del cielo. Ahora que habían mirado el Sol, ya no habría un hogar para ellos.

—Los Lukas se van de vez en cuando —murmuró Dienteazul en su oído.

Ella apoyó la cabeza contra él, tratando de olvidar que tenía hambre y sed, y no le respondió.

—Armas —dijo otra voz cerca de ellos—. Dispararán contra nosotros y nos perderemos para siempre.

—No si nos quedamos aquí —dijo Dienteazul—, y hacemos lo que yo digo.

—No son nuestros humanos —terció la voz profunda de Grantipo—. Estos hacen daño a nuestros humanos.

—Es una pelea entre hombres —replicó Dienteazul—. Los hisa no tenemos nada que ver.

Una idea cruzó entonces por la mente de Satén.

—Es una pelea con los Konstantin. Los buscaremos y les preguntaremos qué podemos hacer. Buscaremos a los Konstantin y también a los Viejos, cerca del lugar del Sol.

—Pregúntale a Sol-su-amigo —exclamó otro—. Ella debe saber.

—¿Dónde está Sol-su-amigo?

Hubo un silencio. Nadie lo sabía. Los Viejos preservaban aquel secreto.

—La encontraré —dijo Grantipo, el cual se les acercó y, en la oscuridad, cogió a Satén del hombro—. Voy a muchos sitios. Ven, ven.

Ella contuvo el aliento y tocó con labios inseguros la mejilla de Dienteazul.

—Vamos —accedió él de súbito, cogiéndola de la mano.

Grantipo avanzó delante de ellos en la oscuridad. Otros les siguieron por los corredores envueltos en sombras, las escalas y los lugares estrechos en los que no solía haber luz alguna. Algunos se rezagaron entre tuberías y lugares en los que el suelo ardiente quemaba sus pies descalzos, y pasaron junto a maquinarias que atronaban con sus amenazantes poderes.

A veces Dienteazul tomaba la delantera, soltando la mano de Satén. En otras ocasiones Grantipo le apartaba a un lado y se ponía de nuevo en cabeza. Satén dudaba de que Dienteazul tuviera la menor idea de dónde iba o qué camino les llevaría al encuentro de Sol-su-amigo. Habían estado en el lugar del Sol, y ella tenía

la vaga sensación que, como en la tierra, le decía dónde debía estar un lugar... Aquella sensación le decía que estaba arriba y a la izquierda, pero a veces los túneles no se curvaban a la izquierda y parecían zigzaguear. Los dos machos seguían avanzando, uno tras otro, hasta que todos jadeaban y andaban a tropezones, y cada vez eran más los que se quedaban atrás. Al final, el que iba tras ella le cogió la mano con gesto suplicante... pero Dienteazul y Grantipo seguían su camino y ella no quería perderlos. Se separó del último de sus seguidores y siguió andando con rapidez para darles alcance.

—No más —suplicó cuando llegó junto a ellos en los escalones metálicos—. No más. Regresemos. Os habéis perdido.

Grantipo no le hizo caso. Jadeando, emprendió la subida de los escalones. Ella tiró de Dienteazul, y éste soltó un bufido de frustración y siguió a Grantipo. La locura se había apoderado de ellos. Satén, desesperada, les siguió, intentando razonar, pero ellos no atendían a razones. Pasaron junto a paneles y puertas a través de las que podrían haber salido de aquel laberinto, pero al fin llegaron a un lugar donde se les ofrecían varias alternativas. Una luz azul brillaba encima de una puerta. Había escalas por todas partes.

—Aquí hay un camino —dijo Grantipo tras una ligera vacilación, palpando los botones de la puerta iluminada.

—No —gimió Satén—, no.

Dienteazul objetó también, quizás volviendo en sí, pero Grantipo oprimió el primer botón y penetró en la cámara de aire cuando se abrió la puerta.

—Vuelve —exclamó Dienteazul, y corrieron para detenerle, porque Grantipo estaba enloquecido por la rivalidad y hacía aquello por *ella* y por nada más. Fueron tras él y la puerta se cerró a sus espaldas. La segunda puerta se abrió bajo la mano de Grantipo cuando llegaron a su lado. Les sorprendió una luz cegadora.

De repente dispararon las armas y Grantipo cayó junto al umbral, con un olor a quemado. Gritó horriblemente, y Dienteazul giró en redondo y oprimió el botón de la otra puerta, tirando de Satén con fuerza mientras la puerta se abría y el viento se arremolinaba en torno a ellos. Se oyeron voces de hombres que daban la alarma, pero quedaron silenciadas en cuanto se cerró la puerta. Bajaron por las escalas y corrieron ciegamente a través de los pasadizos oscuros. Tenían puestos los respiradores, pero el aire olía de un modo extraño. Finalmente dejaron de correr, sudando y estremeciéndose. Dienteazul osciló y gimoteó en la oscuridad. Satén trató de localizar alguna herida y descubrió que le habían alcanzado en un brazo. Lamió el lugar lastimado, que estaba caliente y quemado, le consoló lo mejor que pudo, le abrazó y trató de mitigar la rabia que le hacía temblar. Estaban perdidos en aquellos caminos, y Grantipo había sufrido una muerte horrible. Dienteazul gemía de dolor y cólera, con los músculos sacudidos por temblores. Pero poco después se levantó, lamió la mejilla de Satén y la rodeó con sus brazos.

—Volvamos a casa —susurró—. Volvamos, Tam-utsa-pi-tan, y no veamos más a

los humanos. No más máquinas, ni campos, ni obras humanas. Sólo hisa para siempre. Volvamos a casa.

Satén no dijo nada. Era la causante del desastre, pues ella lo había sugerido. Grantipo la quería y Dienteazul aceptó el desafío de su atrevimiento, como si hubieran estado en las colinas. Ella había sido la única culpable. Y ahora el mismo Dienteazul hablaba de renunciar a su sueño y no deseaba seguirla. Las lágrimas acudieron a sus ojos. Se sentía llena de dudas y temía haber ido demasiado lejos. Ahora estaban en la peor parte de las situaciones, pues para encontrar su camino deberían subir de nuevo a los lugares del hombre, abrir una puerta y rogar auxilio, y ya habían visto cuál era el resultado de aquello. Se abrazaron y no se movieron de donde estaban.

Demacrada y con aspecto de fatiga, Mallory recorrió los interminables pasillos de la central de mando, mientras las tropas montaban guardia. Damon la observaba, apoyado en un mostrador, hambriento y cansado, pero pensó que aquello no era nada en comparación con lo que debía sentir el personal de la Flota, que habían pasado de la dura experiencia del salto a un tedioso deber de vigilancia policíaca. Los obreros, a los que no relevaban de sus puestos, estaban ojerosos y musitaban tímidas quejas... pero aquellos soldados no tenían a nadie que les relevara.

—¿Van a estar aquí toda la noche? —preguntó a Mallory.

Ella le miró fríamente, no respondió y siguió andando.

Damon la había observado durante varias horas. Su presencia en el centro imponía respeto. Tenía una forma silenciosa de moverse; no se trataba de una *pose*, no, pero quizá aquella actitud se debía a la suposición inconsciente de que no se movería nadie allá por donde ella pasara. Y así era, en efecto. Cuando un técnico tenía que levantarse, esperaba a que Mallory anduviera por otro pasillo. Ella nunca había formulado amenazas... Hablaba poco, y principalmente a las tropas, pero nadie sabía qué les decía. Incluso en ocasiones, y antes de que el paso de las horas hubiera aumentado su fatiga, era agradable. Pero no había duda que representaba una amenaza. La mayoría de los residentes en la estación nunca habían visto de cerca la clase de equipo que rodeaba a Mallory y sus soldados, nunca habían tocado un arma con su propias manos y difícilmente podrían describir lo que estaban viendo. Damon observó tres modelos distintos de armas portados por aquella pequeña selección: pistola ligera, pistola de cañón largo y rifle pesado, todas ellas de plástico negro y amenazantes simetrías, y la armadura que disolvía el fuego de aquellas armas y proporcionaba a los soldados el mismo aspecto mortífero que el resto de su maquinaria. Era imposible tranquilizarse entre aquellos individuos.

Un técnico se levantó en un extremo de la sala, miró por encima del hombro como para ver si alguna de las armas se había movido... y recorrió el pasillo como si estuviera minado. Dio a Damon un mensaje impreso y se retiró enseguida. Él sostuvo el papel en la mano, sin leerlo, consciente del interés de Mallory, la cual había dejado de pasear. Damon vio que no podía evitar su atención, desdobló la hoja y la leyó.

PSSCIA/PACPAKONSTANT INDAMON/AUI-1-1-1/1030/ 10/4/52/2136  
MD/0936A/ INICIO/DOCUMENTOS TALLEY CONFISCADOS Y TALLEY  
ARRESTADO POR ORDEN FLOTA/ OFICINA SEGURIDAD HA DADO  
ALTERNATIVA: DETENCIÓN LOCAL O INTERVENCIÓN MILITAR/ TALLEY  
CONFINADO EN ESTE PUESTO/ TALLEY SOLICITA SE ENVIÉ MENSAJE A  
FAMILIA KONSTANTIN/ CUMPLIMENTADO AHORA/ SOLICITUD  
INSTRUCCIONES/ SOLICITUD CLARIFICACIÓN POLÍTICA/  
SAUNDERSREDONE-SECOMSEG/ FINFINFIN.

Alzó la vista, con el pulso acelerado, debaiéndose entre el alivio porque no se trataba de algo peor y la congoja por lo ocurrido. Mallory le miraba fijamente, con una expresión curiosa y desafiante en su rostro. Se aproximó a él, y Damon pensó en decirle una mentira, confiando en que no insistiría en ver el mensaje. Pero consideró lo que sabía de aquella mujer y decidió no mentirle.

—Un amigo mío se encuentra con problemas. Tengo que ir a verle.

—¿Problemas relacionados con nosotros? Él pensó en mentirle por segunda vez.

—Más o menos.

Mallory tendió una mano. Él no le ofreció el mensaje.

—Tal vez pueda ayudar —le dijo fríamente, con la mano extendida y la palma hacia arriba. Y como él continuaba sin entregarle el papel, le preguntó—: ¿Hemos de suponer que se trata de algo embarazoso para la estación? ¿O tal vez algo peor?

Damon le entregó el papel, pensando que aún tenía alternativas. Ella lo leyó, pareció perpleja un momento y la expresión de su rostro cambió gradualmente.

—Talley —dijo—. ¿Josh Talley?

Él asintió, y Mallory frunció los labios.

—Amigo de los Konstantin. Cómo cambian los tiempos.

—Ha sido sometido a Corrección. Ella parpadeó.

—A petición propia —dijo él—. ¿Qué otra cosa le dejaron en Russell?

Ella siguió observándole, y Damon deseó poder mirar a otra parte, estar en otro lugar. La Corrección complicaba las cosas, hacía que Pell y Mallory estuvieran en una relación demasiado íntima.

—¿Qué tal está? —preguntó Mallory. Aquella pregunta le pareció a Damon demasiado desagradable y no respondió.

—Amistad —dijo ella—. Amistad y de unos polos tan opuestos. ¿O acaso es condescendencia? Él pidió que le sometieran a Corrección y ustedes accedieron, terminaron lo que se había iniciado en Russell... Percibo que eso ha ofendido su sensibilidad, ¿me equivoco?

—Aquí no somos como en Russell. Ella sonrió irónicamente.

—Qué mundo tan puro, señor Konstantin, donde aún existe tal capacidad de indignación, y donde existe una sección de cuarentena... en la misma estación, al alcance de la mano y administrada por su oficina. O quizás la misma cuarentena se debe a una compasión fuera de lugar. Sospecho que usted debe haber creado ese

infierno con sus medidas, ejerciendo su sensibilidad. ¿Es este unionista su motivo privado de ultraje, señor Konstantin? ¿Su sustituto de la moralidad o su declaración sobre la guerra?

—Quiero que le liberen y le devuelvan sus documentos. Ese hombre está definitivamente al margen de la política.

Nadie se dirigía a Mallory de aquel modo. Al cabo de unos instantes ella desvió la mirada y asintió lentamente.

—¿Se hace usted responsable?

—Acepto la responsabilidad.

—En ese caso... No, no, señor Konstantin, usted no irá. No es necesario que vaya en persona. Haré que le liberen a través de los canales de la Flota y le enviaré a casa... bajo su palabra de que las cosas son tal como usted dice.

—Puede ver los registros si lo desea.

—Estoy segura de que no contienen nada nuevo.

Movió ligeramente la mano, haciendo una señal a alguien que estaba detrás de él. Damon se estremeció al darse cuenta de que había tenido un arma apuntándole a sus espaldas. Ella se dirigió a la consola del comunicador, se inclinó por encima del técnico y tecleó para ponerse en comunicación con el canal de la Flota.

—Aquí Mallory. Liberen a Joshua Talley de la prevención y devuélvanle sus documentos. Transmítanlo a las autoridades correspondientes de la Flota y la estación. Corto.

Una voz impersonal y desinteresada acusó recibo.

—¿Puedo enviarle una llamada? —le preguntó Damon—. Necesitaré instrucciones claras...

—Señor —dijo uno de los técnicos desde su puesto, volviendo la cabeza—. Señor...

Damon miró distraídamente el rostro angustiado del técnico.

—Han disparado contra un nativo, señor. En el sector verde cuatro.

Damon se quedó sin aliento y por un momento con la mente en blanco.

Movió la cabeza, sintiendo que le invadía una náusea. Se volvió y dirigió una mirada furiosa a Mallory.

—No hacen daño a nadie. Ningún nativo ha alzado jamás la mano a un humano, salvo para escapar. Jamás.

—Ya no tiene remedio, señor Konstantin. Ocúpese de sus asuntos. Alguien ha disparado a pesar de las órdenes de no hacerlo. Eso es asunto nuestro y no suyo. Nosotros nos ocuparemos de él.

—Son *personas*, capitán.

—También hemos disparado contra personas —dijo Mallory sin inmutarse—. Le he dicho que se ocupe de sus asuntos. Este suceso queda bajo la ley marcial, y tomaré las medidas oportunas.

Damon se calló. Todos los presentes en el centro habían vuelto sus rostros hacia



ellos, y en los tableros brillaban numerosas luces a las que no respondían.

—Vuelvan al trabajo —ordenó Damon vivamente, y los técnicos le volvieron la espalda de inmediato—. Enviaré a un médico de la estación.

—Pone usted a prueba mi paciencia —dijo Mallory.

—Son ciudadanos nuestros.

—Tienen ustedes una amplia ciudadanía, señor Konstantin.

—Le digo que a esos nativos les aterra la violencia. Si quiere que se produzca el caos en esta estación, capitana, cause pánico a los nativos.

Ella reflexionó un momento y finalmente asintió.

—Si puede arreglar la situación, señor Konstantin, hágalo. Y vaya donde le parezca.

Damon se puso en movimiento y miró a Mallory con súbito temor. Aquella mujer podía abandonar una discusión pública. Él había perdido y sintió que le dominaba la cólera. Le había despedido como si su orgullo no contara para nada.

Se alejó con la turbadora sensación de que había hecho algo muy peligroso.

«Dejen el paso libre a Damon Konstantin», atronó la voz de Mallory a través de los corredores, y los soldados no le importunaron.

Salió corriendo del ascensor al llegar al sector verde cuatro, con su documento de identidad en la mano y la tarjeta, que mostró al celoso soldado que intentó cortar el paso. Los soldados se habían reunido más adelante, impidiendo toda visión. Le detuvieron de nuevo, bruscamente, pero mostró la tarjeta y se abrió paso entre los soldados.

—Damon.

Oyó la voz de Elene antes de verla, dio media vuelta y la abrazó aliviado, en medio de los soldados cubiertos con armaduras.

—Es uno de los temporeros —le informó ella—, un macho llamado Grantipo. Está muerto.

—Salgamos de aquí —le susurró, sin confiar en el buen sentido de los soldados.

Miró más allá de ella. Había bastante sangre en el suelo, junto al umbral de la puerta de acceso. Habían introducido al nativo muerto en un saco de plástico, tendiéndolo sobre una camilla para llevárselo. Elene, que le había cogido del brazo, no parecía tener intención de marcharse.

—Le alcanzaron las puertas —le dijo—, pero es posible que ya hubiera muerto a causa del disparo... El teniente Vanars, de la *India* —murmuró, refiriéndose a un joven oficial que se dirigía hacia ellos—. Está al mando de la unidad.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Damon al teniente.

—¿Es usted el señor Konstantin? Un error lamentable. El nativo apareció inesperadamente.

—Esto es Pell, teniente, y está lleno de civiles. La estación querrá un informe

completo sobre lo ocurrido.

—Para la seguridad de su estación, señor Konstantin, le sugiero que revise con urgencia sus sistemas de seguridad. Sus obreros saltaron la cerradura. £50 cortó al nativo por la mitad, cuando cedió el cierre de emergencia; alguien había abierto la puerta interna fuera de secuencia. ¿Hasta dónde llegan esos túneles? ¿A todas partes?

—Han huido —dijo Elene—, se han alejado de aquí. Probablemente son temporeros y no conocen bien los túneles. No creo que se atrevan a salir de nuevo con la amenaza de las armas aquí afuera. Se quedarán ocultos hasta morir.

—Ordéneles salir.

—Usted no comprende a los nativos —dijo Damon.

—Háganles salir de los túneles, y ciérrenlos.

—En esos túneles está la maquinaria de mantenimiento de Pell, teniente, y nuestros trabajadores nativos viven en esa red, con su propio sistema atmosférico. Los túneles no pueden cerrarse. Voy a entrar ahí —le dijo a Elene—. Puede que reaccionen.

Ella se mordió el labio.

—Estaré aquí hasta que salgas.

—Puede que tarde un poco —le dijo Damon a Vanars—. Los nativos no son fáciles de encontrar en Pell. Están asustados y pueden ocultarse en lugares donde es posible que mueran y nos causen verdaderos problemas. Si me ocurre algún percance, póngase en contacto con las autoridades de la estación y no envíe tropas ahí dentro. Podemos tratar con ellos. Si otro rifle se dispara en sus proximidades, existe el peligro que nos quedemos sin sistema de mantenimiento, señor. Nuestras instalaciones de habitabilidad y las suyas están vinculadas, constituyen un sistema en equilibrio preciso.

Vanars no dijo nada. No reaccionó. Era imposible saber si razonar servía de algo con aquel hombre y sus compañeros. Apretó la mano de Elene, se apartó y se abrió paso entre los soldados, procurando evitar el charco de sangre oscura mientras introducía su tarjeta en la ranura para abrir la puerta.

En cuanto entró en la cámara, la puerta se cerró a sus espaldas. Buscó el equipo de respiración para humanos que siempre colgaba a la entrada de aquellas cámaras y se aplicó la máscara antes de que pudieran afectarle los efectos de la atmósfera distinta. Inconscientemente asoció su aliento siseante a través del respirador, que resonaba en la cámara metálica, con la presencia de nativos. Abrió la puerta interior y el eco le llegó desde lejanas profundidades. Donde él estaba había una débil luz azul, pero se detuvo para abrir el compartimento junto a la puerta y sacar una linterna, cuyo haz luminoso reveló una inmensa telaraña de acero.

—¡Nativos! —gritó, y su voz levantó un agudo eco.

Sintió el frío mientras cruzaba la puerta y dejaba que se cerrase, y permaneció en la plataforma de distribución desde la que las escalas partían en todas direcciones.

—¡Nativos! ¡Soy Damon Konstantin! ¿Me oís? Responded si podéis oírme. Los

ecos se extinguieron muy lentamente.

—¿Dónde estáis?

Un gemido surgió de la oscuridad y su afilado eco le erizó el cabello en la nuca. ¿Sería un gemido de cólera?

Avanzó más, sujetando la linterna con una mano y la delgada barandilla con la otra. Se detuvo y aguzó el oído.

—¿Nativos?

Algo se movió en las oscuras profundidades. Se oyó un suave ruido de pisadas sobre el suelo metálico, a lo lejos.

—¿Konstantin? —balbució una voz extraña—. ¿Konstantin-hombre?

—Soy Damon Konstantin —dijo él de nuevo—. Salid, por favor. No estoy armado. Estáis a salvo.

Permaneció quieto, percibiendo el ligero temblor en el andamiaje, por donde se movían los nativos. Oyó el sonido de su respiración y tuvo un atisbo de pelaje a lo lejos y un brillo de ojos. Siguió muy quieto, sintiéndose frágil en aquellos oscuros lugares. Los nativos no eran peligrosos... pero nadie les había atacado con armas hasta entonces.

Les vio por fin ascender el último tramo, jadeantes, uno de ellos herido y el otro con una expresión aterrorizada en sus ojos muy abiertos.

—Ayuda, ayuda, ayuda, Konstantin-hombre —le pidió este último nativo con voz temblorosa.

Le tendieron sus manos, suplicantes. Damon dejó la linterna sobre el enrejado donde permanecía y los recibió como si fueran niños. Tocó al macho con sumo cuidado, pues el pobre sangraba a lo largo de un brazo y soltaba gruñidos de dolor.

—Estáis a salvo —les aseguró—. Os sacaré de aquí.

—Asustados, Konstantin-hombre. —La hembra acarició el hombro de su macho y miró a uno y otro con sus ojos redondos y oscuros—. Todos ocultos no encuentran camino.

—No te entiendo.

—Más, más, más de nosotros, muertos de hambre, muertos de medio. Por favor, ayúdanos.

—Llámales.

Ella tocó al macho con un elocuente gesto de preocupación. El macho le dijo algo, la empujó, y ella tocó a Damon.

—Esperaré aquí —le aseguró éste—. No os preocupéis.

—Te quiero —dijo ella en un susurro y retrocedió escalones abajo, con un ruido metálico, perdiéndose enseguida en la oscuridad.

Poco después se oyeron gritos y gorjeos en las profundidades, hasta que los ecos se redoblaron. Las voces se multiplicaron en otros lugares, profundas las de los machos y agudas las femeninas, hasta que en todo el ámbito resonó una alocada algarabía. El macho que estaba junto a Damon la silenció con un grito.

Los otros fueron ascendiendo, arrancando sonidos metálicos de los escalones, entre llamadas mutuas y lamentos horrendos. La hembra regresó corriendo para acariciar el hombro de su macho y tocar las manos de Damon.

—Yo, Satén. Te pido que le pongas bien, Konstantin-hombre.

—Tienen que pasar unos pocos cada vez, ¿comprendes? Mucho cuidado con esa puerta.

—Conozco la puerta —dijo ella—. Tendré cuidado. Ve, ve, yo los traeré.

La hembra volvió a bajar a toda prisa. Damon rodeó al macho con un brazo y le llevó a la puerta; le colocó la máscara, puesto que él estaba demasiado aturdido para hacerlo y rugía de dolor, pero no hacía intento alguno de debatirse o atacar. Se abrió la otra puerta, revelando la luz brillante y los hombres armados, y el nativo se sobresaltó, gritó y se aferró a Damon. Elene se abrió paso entre los soldados para ayudarles.

—Que se vayan las tropas —dijo Damon, cegado por la luz e incapaz de distinguir a Vanars—. Fuera de aquí. Que dejen de apuntarles con sus armas. Instó al nativo para que se sentara en el suelo, apoyándose en la pared, y Elene ordenó que se presentara un médico—. ¡Fuera estos soldados de aquí! —exclamó Damon de nuevo—. ¡Déjennos!

Transmitieron una orden. Con gran alivio vio que los soldados de la *India* empezaban a retirarse, y el nativo siguió sentado, se dejó persuadir para mostrar el brazo herido cuando llegó el médico con su maletín y se arrodilló a su lado. Damon se quitó la máscara del respirador y apretó la mano de Elene. Flotaba en el aire el acre olor que despedía el sudoroso y asustado nativo.

—Se llama Dienteazul —dijo el médico, tras leer la etiqueta. Tomó algunas notas rápidas y empezó a tratar la herida—. Quemadura y hemorragia. Pronóstico leve, con excepción del shock.

—Agua —suplicó Dienteazul, alargando una mano hacia el maletín. El médico lo apartó y le prometió agua en cuanto pudieran encontrarla.

Se abrió la puerta y entraron alrededor de una docena de nativos. Damon se incorporó, viendo por sus expresiones que estaban llenos de pánico.

—Soy Konstantin —dijo enseguida, pues sabía la importancia que los nativos daban a aquel nombre.

Fue a su encuentro con las manos tendidas y dejó que le abrazaran los peludos, sudorosos y agitados nativos. Elene también los abrazó, y al cabo de un momento llegaron más, formando un grupo que llenó el corredor y superó en número a los soldados que permanecían en el extremo. Los nativos lanzaron ansias miradas en aquella dirección, pero se mantuvieron juntos. Cuando la puerta se abrió por tercera vez, apareció entre los recién llegados la compañera de Dienteazul, la cual se apresuró a buscarle. Vanars se acercó a ellos.

—Se solicita de usted que los lleve a un lugar seguro lo antes posible —le comunicó.

—Utilice su comunicador y haga que nos dejen paso libre a través de las rampas de emergencia cuatro a nueve hasta las plataformas —replicó Damon—. Desde allí es posible llegar a las dependencias de los nativos. Nosotros les escoltaremos. Es lo más rápido y seguro para todos.

No esperó los comentarios de Vanars al respecto, sino que hizo un gesto a los nativos.

—Vamos —les dijo, y ellos guardaron silencio y empezaron a moverse.

Dienteazul llevaba el brazo herido en cabestrillo, y se apresuró a reunirse con los demás para no quedar rezagado, hablando con ellos. Satén habló también, y pronto la conversación se generalizó entre los nativos. Damon caminaba dándole la mano a Elene, y los nativos avanzaban a sus lados y detrás de ellos con el peculiar acompañamiento de los sonidos que producían sus respiradores, moviéndose rápida •>• vivazmente. Los escasos guardianes a lo largo de su camino permanecían muy quietos, como si se precavieran al verse de súbito en minoría, y los nativos charlaban con creciente libertad entre ellos mientras llegaban al extremo del pasillo y ascendían por la ancha rampa en espiral que conducía a las puertas del noveno nivel. Dienteazul y Satén pasaron por el lado de Damon, tomando la delantera. Satén gritó algo y le respondió un coro de voces. Habló de nuevo, su voz resonando en las alturas y profundidades, y de nuevo atronó el animado coro, mientras descendían por la rampa. Otro gritó desde atrás y le respondieron las voces de los demás. Damon apretó la mano de Elene, a la vez conmovida y alarmada por aquella conducta, pero los nativos estaban contentos porque iban con ellos, entonando lo que parecía una canción de marcha.

Llegaron al sector verde del nivel noveno y enfilaron el largo corredor, entrando en las plataformas con grandes gritos que levantaban ecos. La línea de soldados que montaban guardia junto a la nave se agitaron amenazantes, pero no hicieron nada.

—Permaneced a mi lado —ordenó Damon severamente a sus compañeros, y ellos le obedecieron, subiendo por el curvo horizonte hasta la zona donde habitaban. Allí se despidieron.

—Tened cuidado —les advirtió Damon—. No asustéis a los hombres armados.

Había esperado que echaran a correr, dispersándose en libertad como habían empezado a hacer a su alrededor, pero uno tras otro se acercaron y le abrazaron, lo mismo que a Elene, con tierno cuidado, de modo que la partida se prolongó cierto tiempo.

Los últimos en abrazarles fueron Satén y Dienteazul.

—Te quiero —le dijeron uno tras otro. Ni una palabra acerca del muerto.

—Grantipo se ha perdido —les dijo Damon, aunque sabía, por la herida de Dienteazul, que de algún modo habían tenido que ver con lo ocurrido—. Ha muerto.

Satén hizo una solemne reverencia.

—Le enviarás a casa, Konstantin-hombre.

—Sí, le enviaré —prometió él—. Ordenaré que lo hagan.

Los humanos muertos no merecían aquel transporte. No tenían fuertes vínculos con aquel suelo, con ningún suelo. Sentían un vago deseo de que les enterrasen, pero no si ello resultaba inconveniente. El envío del nativo era inconveniente, pero también lo era que le asesinaran a uno lejos de su hogar.

—Te quiero —dijo Satén, y le abrazó por segunda vez, tocó suavemente el vientre de Elene y se alejó con Dienteazul, corriendo hacia la puerta que conducía a sus túneles.

Elene se quedó inmóvil con su propia mano en el vientre, mirando sorprendida a Damon.

—¿Cómo ha podido saberlo?

—Se nota un poco.

—¿Ellos también lo notan?

—A las nativas se les nota poco cuando están embarazadas. —Miró más allá de ella, a las plataformas y las hileras de soldados—. Vamos. No me gusta esta zona.

Ella miró en la misma dirección, a los soldados y los grupos que ocupaban el curvo horizonte de las plataformas, cerca de los bares y restaurantes. Eran mercantes que no apartaban la vista de los militares, en una plataforma que les habían arrebatado.

—Los mercantes han sido los dueños de este lugar desde el principio de Pell —dijo ella—, lo mismo que los bares y los dormitorios. Están cerrando los establecimientos y las tropas de Mazian lo pasarán mal. Las tripulaciones de los cargueros y las de Mazian, en un mismo bar y dormitorio... Los servicios de seguridad tendrán que estar muy alertas cuando estos soldados anden por ahí libremente.

—Vamos —dijo él, cogiéndola del brazo—. Quiero que salgas de aquí. No es un sitio apropiado...

—Tampoco los túneles son un sitio adecuado.

—Pero los conozco.

—Y yo conozco las plataformas.

—¿Qué hacías ahí, en el sector cuatro?

—Me dirigía aquí cuando llegó la llamada. Le pedí a Keu un pase y me lo dio. También designó al teniente para que cooperase con las oficinas de las plataformas. Como ves, hice un buen trabajo. Y cuando llegó la llamada a través del comunicador de la Flota, hice que Vanars fuese allí antes de que alguien más resultara herido.

Él la abrazó agradecido y se encaminó con ella al sector azul noveno. Había soldados estacionados a intervalos, y nadie circulaba por los corredores.

—Josh —dijo Damon de súbito, dejando caer el brazo.

—¿Qué?

Él siguió andando, en dirección al ascensor, extrajo los documentos del bolsillo, pero los soldados eran de la *India* y les dejaron pasar sin mirar los papeles.

—Cogieron a Josh. Mallory sabe que está aquí.

—¿Qué vas a hacer?

—Mallory accedió a soltarle. Es posible que ya le hayan liberado. He de comprobar dónde se encuentra, si sigue en la prevención o ha vuelto a su apartamento.

—Podría alojarse con nosotros. Damon pensó en ello y no dijo nada.

—Si no es así, no creo que podamos dormir tranquilos.

—Tampoco estaremos muy tranquilos si le tenemos con nosotros. Además, el apartamento es demasiado pequeño. Sería como tenerle en nuestra propia cama.

—No olvides que estoy acostumbrada al hacinamiento. Puede que tenga que alojarse con nosotros más de una noche. Si le ponen las manos encima...

—Mira, Elene, es la estación la que debe cursar la protesta. La Flota tiene algo personal con Josh...

—¿Algo secreto?

—Cosas que no salen a la luz, que Mallory puede no querer que se sepan, ¿comprendes? Es peligrosa. He hablado con muchos asesinos que tienen la sangre menos fría.

—Es capitana de la Flota, Damon, lo cual significa que pertenece a una casta. Pregúntale a cualquier mercante. Es probable que algunos de los soldados tengan parientes entre los mercantes de la estación, pero no romperán filas para saludar a sus madres, no. Lo que la Flota toma... se lo queda para siempre. No me dices nada que no sepa acerca de la Flota. Puedo decirte que si queremos hacer algo, debemos hacerlo ahora.

—Si le alojamos con nosotros, nos arriesgamos a que eso figure en los archivos de la Flota...

—Creo que sé lo que quieres hacer.

Era una mujer testadura. Damon reflexionó un momento, se detuvo ante el ascensor y oprimió el botón.

—Creo que lo mejor será que vayamos a buscarle.

—Eso había pensado —dijo ella.

## XV

### **Pell: Sector blanco cuatro; 2230 h.**

**J**ON LUKAS CAMINÓ NERVIOSAMENTE POR LOS CORREDORES VACÍOS, A PESAR DEL pase que Keu les había proporcionado a todos en la cámara del consejo. Los soldados se retirarían de una manera progresiva a partir del alba, según le habían prometido. Tenían que retirarse, pues muchos de ellos ya estaban extenuados y les era imprescindible descansar, siendo sustituidos por miembros de las tripulaciones, sin armadura. Todo estaba en silencio. Solamente le dieron el alto una vez, al salir del ascensor, y caminó hasta su puerta, utilizando la tarjeta para abrirla.

No había nadie en la sala principal. El corazón le dio un vuelco con el temor repentino a que su huésped espontáneo se hubiera ido, pero entonces apareció Bran Hale y pareció aliviado al verle.

—Todo está en orden —le dijo Hale.

Jessad entró, seguido por dos hombres de Hale.

—Llega a tiempo —dijo Jessad—. Esto estaba poniéndose aburrido.

—Las cosas van a seguir así —respondió Jon de malhumor—. Todo el mundo ha de quedarse aquí esta noche: Hale, Daniels, Clay... No quiero que la puerta de mi apartamento se habrá al trasiego de una horda de visitantes bajo las narices de los soldados. Se habrán ido por la mañana.

—¿La Flota? —preguntó Hale.

—Los soldados en los pasillos.

Jon fue al bar de la cocina, examinó una botella que había estado llena cuando se marchó y en la que ahora apenas quedaban dos dedos de licor. Se sirvió un trago y suspiró. Los ojos le escocían de cansancio. Fue a su sillón favorito y se sentó mientras Jessad lo hacía frente a él, al otro lado de la mesa baja, y Hale y sus hombres buscaban otra botella en el bar.

—Me alegro de que haya sido prudente —le dijo a Jessad—. Estaba preocupado.

—Es comprensible. Es de presumir que en algún momento ha pensado usted en soluciones... y quizá sigue pensando en ello. ¿Le parece que lo comentemos?

Jon frunció el ceño y miró a Hale y sus hombres.

—Confío en ellos más que en usted. Eso es un hecho.

—Es probable que haya pensado en librarse de mí —dijo Jessad—, y no me sorprendería que en este momento le preocupe más dónde puede hacerlo que el mismo hecho de llevarlo a cabo. Podría desembarazarse de mí sin dejar rastro.

Aquella franqueza le perturbaba.

—Dado que usted habla del asunto, supongo que tiene alguna cobertura para el



caso. Jessad siguió sonriendo.

—En primer lugar, no represento un riesgo inminente; tal vez quiera usted pensarlo con más detenimiento. En segundo lugar, no me trastorna le llegada de Mazian.

—¿Por qué?

—Porque esa contingencia está cubierta.

Jon se llevó el vaso a los labios y tomó un sorbo.

—¿De qué modo?

—Cuando uno salta para aterrizar en la Profundidad, señor Lukas, puede hacerlo de tres maneras seguras: en primer lugar, no saltar con una carga excesiva, si uno se encuentra en regiones que conoce muy bien; o utilizar la fuerza gravitatoria de un astro para avanzar... o la masa en algún punto con gravedad nula. ¿Sabe usted que hay mucha chatarra en la vecindad de Pell? No es nada muy grande, pero sí lo suficiente.

—¿De qué me está usted hablando?

—De la Flota de la Unión, señor Lukas. ¿Cree usted que no existe un motivo para que Mazian haya reagrupado sus naves por primera vez en varias décadas? Pell es todo lo que les queda, y la Flota de la Unión está ahí y saben a donde van.

Hale y sus hombres se habían reunido, sentándose en el sofá o sobre el respaldo. Jon revisó la situación en su mente. Pell una zona de batalla, el peor de todos los posibles escenarios.

—¿Y qué nos ocurrirá cuando se descubra que no hay manera de desalojar a Mazian?

—Es posible alejarle. Y cuando eso se haga, ya no tendrá ninguna base. Estará acabado, y tendremos paz, señor Lukas, con todas las recompensas que ello conlleva. Por eso estoy aquí.

—Le escucho.

—Hay que hacer salir a los oficiales, y a los Konstantin, y usted debe ocupar su lugar. ¿Es usted capaz de eso, señor Lukas, a pesar de sus relaciones? Sé que hay un... parentesco entre ustedes, la esposa de Konstantin...

Lukas se apretó las manos, estremeciéndose como siempre que pensaba en Alicia. No podía hacer frente a la situación, nunca había podido. La vida de Alicia, dependiente de unas máquinas, no era verdadera vida. Se enjugó el rostro.

—Mi hermana y yo no nos hablamos desde hace años. Es una inválida. Supongo que se lo diría Dayin.

—Sí, lo sé. Me refiero a su marido y sus hijos. ¿Es usted capaz, señor Lukas?

—Sí, lo soy, siempre que el plan tenga sentido.

—Hay un hombre en esta estación llamado Kressich. Lukas aspiró lentamente, apoyando el vaso en el respaldo del asiento.

—Vassily Kressich, consejero electo de la sección de cuarentena. ¿Le conoce bien?

—Dayin Jacoby nos dio su nombre... como consejero de esa zona, y figura en los

archivos. Ese hombre, Kressich... viene de cuarentena cuando el consejo se reúne. ¿Tiene un pase que le autoriza a hacerlo o basta con una inspección visual?

—Ambas cosas. Hay guardianes.

—¿Es posible sobornar a los que realizan la inspección?

—Para algunas cosas, sí. Pero los estacionados, señor Quienquiera-que-sea, son de natural reacios a hacer nada que pueda perjudicar a la estación donde viven. Puede usted introducir drogas y licor en cuarentena, pero un hombre... la conciencia de un guardián con respecto al contrabando de licor y su instinto de conservación son cosas diferentes.

—Entonces nuestros encuentros con él tendrán que ser muy breves, ¿verdad?

—Aquí no.

—Eso depende de usted. Quizá baste con prestarle un documento de identidad y los papeles necesarios. Estoy seguro de que algo puede arreglarse entre sus fieles empleados, algún apartamento cerca de la zona de cuarentena...

—¿A qué clase de encuentros se refiere? ¿Y qué espera de Kressich? Es un hombre más bien cobarde.

—¿Cuántos empleados tiene usted en total que sean tan fieles y de confianza como estos hombres aquí presentes? —le preguntó Jessad—. Hombres capaces de correr riesgos, de matar si es preciso. Necesitamos esa clase de gente.

Jon miró a Bran Hale. Sentía que le faltaba el aire.

—Bien, Kressich no es el tipo. Se lo digo.

—Kressich tiene contactos. ¿Acaso puede un hombre tener la máxima responsabilidad de la cuarentena sin ellos?

## XVI

### **Pell: Sector verde siete; hospedaje de los mercantes; 2241 h.**

SONÓ EL TIMBRE DEL COMUNICADOR Y SE ENCENDIÓ LA LUZ INDICADORA. JOSH miró el aparato y dejó de pasear por su habitación. Le habían dejado ir, diciéndole simplemente que volviera a casa, y él así lo había hecho, a través de corredores custodiados por policías y hombres de Mazian. En aquel momento sabían dónde se encontraba, y ahora alguien llamaba a su habitación, poco después de su llegada.

Insistían en la llamada, la luz roja seguía parpadeando. Josh no quería responder, pero tal vez querían comprobar que estaba allí y temía lo que podría ocurrirle si no contestaba. Cruzó la habitación y oprimió el botón de respuesta.

—Josh Talley —dijo al micrófono.

—Soy Damon, Josh. Me alegro de oírte. ¿Estás bien? Se apoyó en la pared, conteniendo el aliento.

—¿Josh?

—Sí, estoy bien. Ya sabes lo que me ha ocurrido, Damon, ¿verdad?

—Lo sé. Me llegó tu mensaje. Me he hecho personalmente responsable de ti. Esta noche vendrás a nuestro apartamento. Recoge lo más imprescindible. Iré a buscarte.

—No, Damon, no. No te mezcles en esto.

—Ya lo hemos hablado y no hay problema. No discutas.

—No lo hagas, Damon. No dejes que lo anoten en sus registros...

—Somos tus fiadores legales, Josh. Ya está registrado.

—No lo hagas.

—Elene y yo vamos a ir ahora mismo.

El contacto se interrumpió. Josh se enjugó el rostro. Tenía un nudo en la garganta. Dejó de ver las paredes de la estancia. No veía más que superficies metálicas y a Signy Mallory, con el rostro joven y el cabello plateado por la edad, y sus ojos viejos y apagados. Damon, Elene y el niño que esperaban... Iban a correr un riesgo por él.

No tenía armas. No las necesitaría si estuviera a solas con ella, como ocurrió en sus aposentos. Entonces estaba interiormente muerto, pero sobrevivió y odió su existencia. Ahora empezaba a sentir la misma clase de parálisis... Dejar las cosas como estaban, aceptar, ponerse a cubierto mientras le ofrecían la posibilidad de hacerlo. Siempre era lo más fácil. Él no había amenazado a Mallory, pues no tenía nada por lo que luchar.

Se apartó de la pared, se palpó el bolsillo, asegurándose de que contenía sus papeles. Salió al vestíbulo y pasó ante el mostrador sin personal del hospedaje. Una

vez fuera, los miembros de seguridad le detuvieron. Vio a un soldado que montaba guardia en el corredor.

—¡Tú! —gritó, rompiendo el silencio del pasillo. Los policías y el soldado reaccionaron. Un rifle le apuntó de inmediato. Josh tragó saliva y alzó las manos—. Tengo que hablar contigo.

El soldado le hizo un gesto con el rifle. Él se dirigió al encuentro del militar cubierto de armadura, con las manos bien a la vista.

—Quédate ahí —le ordenó el soldado—. ¿Qué ocurre? La insignia del soldado decía *Atlantic*.

—Soy amigo de Mallory, de la *Norway*. Dile que Josh Talley quiere hablar con ella ahora mismo.

El soldado le miró con incredulidad y finalmente frunció el ceño. Pero apoyó el rifle en el brazo doblado y oprimió el botón de su comunicador.

—Informaré al oficial de guardia de la *Norway* —le dijo—. En cualquier caso entrarás ahí, ya sea para verla si es cierto que te conoce o para investigación general en caso contrario.

—Me verá —replicó él.

El soldado pidió instrucciones y recibió la respuesta a través de los auriculares adosados a su casco. Sólo él sabía lo que le habían dicho, pero sus ojos parpadearon.

—Verifíquelo entonces —dijo al miembro de la *Norway* que estaba al otro lado de la línea. Y al cabo de un momento añadió—: Central de mando. Entendido, corto. — Se colgó del cinto el comunicador e hizo una seña a Josh con el cañón de su rifle—. Sigue andando por ese pasillo y sube la rampa. El soldado que está allí se encargará de que veas a Mallory.

Josh echó a andar con rapidez, pues sabía que Damon y Elene no tardarían mucho en llegar al hospedaje.

Le registraron, como era natural. Lo soportó por tercera vez en el mismo día y en esta ocasión no le molestó. Estaba frío por dentro, y las cosas externas no le turbaban. Alisó sus ropas y subió con el soldado por la rampa, pasando ante los centinelas apostados en todos los niveles. Al llegar al verde dos subieron a un ascensor que les llevó hasta el cercano sector azul uno. Ni siquiera le habían pedido los documentos que él mostró, y apenas los revisaron lo suficiente para asegurarse de que la carpeta no contenía más que papeles.

Recorrieron una corta distancia por el pasillo enmoquetado. Había en la atmósfera olor a sustancias químicas. Unos hombres se afanaban en quitar todas las señales indicativas. La sección acristalada, que contenía el equipo electrónico servido por algunos técnicos, estaba especialmente custodiada con tropas de la *Norway*, las cuales abrieron la puerta y permitieron el paso a Josh y sus guardianes.

Mallory, sentada en el extremo de los mostradores, se levantó para recibirles y le sonrió fríamente.

—¿Y bien? —le preguntó.

Josh había creído que ver a aquella mujer no le afectaría, pero no fue así. Sintió que se le revolvía el estómago.

—Quiero regresar a la *Norway*.

—¿Ah, sí?

—No soy un estacionado. Este no es mi lugar. ¿Quién si no me aceptaría?

Mallory le miró sin decir nada. Josh sintió que empezaba a temblarle la rodilla izquierda y deseó poder sentarse. Dispararían contra él si hacía un solo movimiento. Estaba seguro de que lo harían. Aquel tic amenazaba el mantenimiento de su serenidad, torciéndole la comisura de la boca. Mallory le miró de nuevo y río secamente.

—¿Le ha convencido Konstantin de que haga esto?

—No.

—Ha sido usted sometido a Corrección, ¿no es así? Él se limitó a asentir. No quería responder con voz entrecortada.

—Y Konstantin se hace responsable de su buen comportamiento.

Todo estaba saliendo mal.

—Nadie es responsable de mí —dijo atropelladamente—. Quiero una nave. Si la *Norway* es la única disponible, la aceptaré.

Trató de imaginar lo que pensaba Mallory, sabiendo que no diría nada allí, delante de las tropas.

—¿Le han registrado? —preguntó a los soldados.

—Sí, señora.

Ella reflexionó durante un largo momento, desvanecida ya la sonrisa.

—¿Dónde se aloja?

—Tengo una habitación en el hospedaje.

—¿Proporcionada por los Konstantin?

—Trabajo. Pago por ella.

—¿A qué se dedica?

—Rescate de piezas pequeñas.

En el rostro de Mallory se dibujó una expresión entre sorprendida y burlona.

—Quiero dejar eso —dijo Josh—. Creo que usted me lo debe.

Hubo una interrupción, movimiento a sus espaldas. Mallory soltó una risa cansada e hizo una seña a alguien.

—Entre, Konstantin. Venga a buscar a su amigo. Josh se volvió. Damon y Elene estaban allí, enrojecidos, agitados, sin aliento. Le habían seguido.

—Si está confuso debe ir al hospital —dijo Damon. Se aproximó y puso una mano sobre el hombro del muchacho—. Vamos, vamos, Josh.

—No está confuso —replicó Mallory—. Ha venido aquí a matarme. Llévase a su amigo a casa, señor Konstantin, y no le quite el ojo de encima, pues de lo contrario llevaré las cosas a mi manera.

—Lo tendré en cuenta —dijo Damon tras una larga pausa, clavando los dedos en

el hombro de Josh—. Vamos, vamos.

Josh se puso en marcha, caminó con él y Elene, pasando por delante de los guardianes y siguió por *el* largo corredor con olor a productos químicos donde trabajaban los operarios. Las puertas de la central se cerraron tras ellos. Ninguno dijo nada. Damon le cogió de un codo, acompañándole al ascensor, y descendieron la corta distancia hasta el nivel quinto. Había más guardianes en aquel corredor, junto con policías de la estación. Pasaron sin que nadie les detuviera a los corredores residenciales, hasta llegar a la casa de Damon. Una vez dentro, cerraron la puerta. Josh se quedó en pie, esperando, mientras Damon y Elene encendían las luces y se quitaban las chaquetas.

—Mandaré que envíen aquí tus ropas —le dijo Damon—. Ven, ponte cómodo.

No era la bienvenida que se merecía. Cogió una silla de cuero, pensando en sus ropas de trabajo manchadas de grasa. Elene le ofreció una bebida fría y él la bebió sin saborearla.

Damon se sentó en el brazo del sillón, junto a él. Se notaba que estaba furioso en el fondo, y Josh se miró los pies.

—Nos has hecho dar vueltas en tu busca. No sé cómo lograste despistarnos.

—Pedí que me dejaran salir.

Damon se tragó lo que quería decir. Elene se acercó, sentándose en el sofá, frente a él..

—¿Qué pensabas hacer? —le preguntó Damon en tono neutro.

—No quería que estuvierais implicados en esto.

—¿Así que huiste de nosotros? Él se encogió de hombros.

—Josh... ¿Tenías intención de matarla?

—Probablemente, en algún lugar, en algún momento...

No supieron qué decirle. Finalmente Damon movió la cabeza y desvió la vista, y Elene se acercó a Josh por detrás y depositó con suavidad una mano sobre su hombro.

—No salió bien —dijo el muchacho con voz entrecortada—. Todo fue mal desde el principio. Me temo que ella cree ahora que me habéis impulsado a hacer eso. Lo siento mucho, de veras.

Elene le revolvió el pelo y volvió a colocar la mano en su hombro. Damon se limitaba a mirarle como si no le hubiera visto hasta entonces.

—Que no se te vuelva a ocurrir algo así —le dijo.

—No quería perjudicaros, no quería que tuvierais que soportarme. Piensa en lo que a ellos debe parecerles que estemos juntos.

—¿Crees que Mazian es el dueño absoluto de esta estación? ¿Crees que un capitán de la Flota va a romper las relaciones con los Konstantin, cuya cooperación necesita Mazian, por una cuestión personal?

El muchacho reflexionó. Quería creer en que las cosas eran así, y por lo mismo sospechaba que no lo eran.

—No va a ocurrir —le dijo Damon—, así que olvídale. Ningún soldado entrará

en este apartamento, puedes estar seguro de ello. Pero no les des excusas para que quieran hacerlo, ¿comprendes? Lo peor que puedes hacer es darles un pretexto. Mira, Josh, te liberaron de la prevención gracias a una orden de Mallory. Yo se lo pedí. Lo hizo por segunda vez... como un favor. No confíes en que pueda haber una tercera.

El muchacho asintió, estremecido.

—¿Has comido hoy?

Al principio le costó recordarlo. Luego pensó en el bocadillo y cayó en la cuenta de que al menos parte de su malestar se debía a la falta de alimento.

—Me perdí la cena —admitió.

—Te daré algunas ropas mías. Lávate y descansa. Mañana volveremos a tu apartamento y recogeremos lo que necesites.

—¿Cuánto tiempo estaré aquí? —preguntó Josh mirando alternativamente a los dos. El espacio era muy reducido, y su presencia sería un inconveniente—. No puedo alojarme indefinidamente con vosotros.

—Estarás aquí hasta que pase el peligro —le dijo Damon—. Si hemos de hacer más arreglos, los haremos. Mientras tanto revisaré tus papeles o buscaré excusa para evitar que tengas que ir a trabajar los próximos días.

—¿No volveré al taller?

—Cuando hayamos arreglado las cosas. Mientras tanto no vamos a perderte de vista. Si quieren echarte el guante, se verán obligados a crear un incidente grave. Informaré también a mi padre, para que no sorprendan a nadie con peticiones inesperadas. Pero te pido por favor que no hagas nada que pueda provocarles.

—De acuerdo.

A una seña de Damon, acompañó a éste en busca de ropa limpia. Luego se bañó y fue sintiéndose mejor a medida que se desvanecía el recuerdo de la celda donde había estado detenido. Cuando salió del baño, envuelto en la bata que Damon le había dado, le recibió el aroma de la cena.

Comieron apretados en la mesa minúscula, hablando de lo que habían visto en sus distintas secciones. Por fin Josh podía hablar sin inquietud, sintiendo que no estaba solo en medio de la pesadilla.

Se acomodó en el extremo de la cocina, preparándose un lugar para dormir con las abundantes ropas de cama que Elene le proporcionó. Le prometió que al día siguiente conseguirían un camastro o, al menos, una hamaca. Y una vez acostado se sintió seguro, creyendo al fin lo que Damon le había dicho... que estaba en un refugio que ni siquiera la Flota de Mazian podía violar.

## XVII

### **Downbelow: Sonda de aterrizaje de la África; base principal; 2400 h. en la nave; 1200 h. horario local**

**R**ECOSTADO EN SU SILLÓN, EMILIO MIRABA RESUELTAMENTE AL CEÑUDO POREY, aguardando mientras éste tomaba notas en el papel listado que tenía ante él. Cuando se lo entregó, Emilio leyó la solicitud de suministros y asintió lentamente.

—Puede que necesitemos un poco de tiempo —comentó.

—Por ahora me limito a transmitir informes y actuar de acuerdo con las instrucciones —dijo Porey—. Usted y su personal no están cooperando. Tómese todo el tiempo que le parezca.

Estaban sentados en la pequeña zona personal de la nave de Porey, con su cubierta plana, que no había sido diseñada para un prolongado vuelo espacial. Porey había respirado el aire de Downbelow, había visto las cúpulas, el polvo y el barro, y disgustado por todo ello se había retirado a su nave, haciendo que Emilio fuera a visitarle en vez de acudir él a la cúpula principal. A Emilio no le habría importado en absoluto tener que ser él quien se desplazara si también se hubieran retirado las tropas. Pero los soldados continuaban en el exterior, protegidos con sus máscaras y armados. Tanto los miembros de cuarentena como los residentes trabajaban en los campos bajo la amenaza de las armas.

—También yo recibo instrucciones —dijo Emilio— y actuó de acuerdo con ellas. Lo mejor que podemos hacer, capitán, es reconocer que ambas partes somos conscientes de la situación y que su razonable solicitud será satisfecha. Ambos estamos supeditados a las órdenes.

Un hombre razonable podría haberse sosegado, pero Porey no, y siguió con el ceño fruncido, que quizá era su expresión natural. Existía la posibilidad de que sufriera los efectos de una prolongada vigilia. Los cortos intervalos en que eran relevadas las tropas del exterior indicaban que no habían descansado.

—Tómese el tiempo que necesite —repitió Porey, y era evidente que recordaría el tiempo que Emilio se tomara... el día en que tuviera ocasión de hacer las cosas a su manera.

—Con su permiso —dijo Emilio, sin obtener respuesta alguna del capitán, por lo que se levantó y salió.

Los guardianes le dejaron ir por el corto corredor hasta el ascensor que llevaba a la panza de la nave, donde estaba la compuerta para salir a la atmósfera de Downbelow. Se puso la máscara y descendió por la rampa.

Aún no habían enviado fuerzas de ocupación a los otros campamentos. Emilio



pensó que les gustaría hacerlo, pero que sus fuerzas eran limitadas y en aquellos lugares no había zonas de aterrizaje. En cuanto a la petición de suministros que le había hecho Porey, calculó en que reuniría las cantidades solicitadas. Aquello iba a reducir sus reservas y las de la estación, pero su resistencia y el estado ruinoso de las cúpulas habían logrado que la Flota redujera sus exigencias a unas proporciones tolerables.

Recordó el mensaje más reciente de su padre: «La situación ha mejorado. No se planea evacuación. La Flota tiene la intención de establecer una base permanente en Pell.» Esta no era la mejor ni la peor de las noticias. Durante toda su vida había considerado la guerra como algo ineludible que se presentaría un día, en alguna generación, que Pell no podría mantener para siempre la neutralidad. Cuando los agentes de la Compañía estaban con ellos, confió desesperadamente que alguna fuerza exterior estuviera preparada para intervenir. Pero en vez de eso se presentó Mazian, que estaba perdiendo una guerra que la Tierra no podía financiar, que no podía proteger una estación que quizás decidiera financiarle, que no sabía nada de Pell y le tenía por completo sin cuidado el delicado equilibrio de Downbelow.

Cuando los soldados le preguntaron dónde estaban los nativos, él les respondió que los desconocidos les asustaban. No había señal de ellos por ninguna parte, lo cual era lo más conveniente. Se metió la solicitud de suministros de Porey en el bolsillo de su chaqueta y ascendió por el sendero de la colina. Podía ver a los soldados armados con rifles y apostados aquí y allá, entre las cúpulas, a los trabajadores a lo lejos, en los campos, obligados a continuar en el tajo sin que se tuviera en consideración su turno, su edad o su estado de salud. Había tropas en el molino y en la estación de bombeo. Interrogaban a los operarios acerca de las cifras de producción. Hasta entonces no habían puesto objeciones a la explicación básica, que la estación había absorbido todo lo que producían. Allá arriba había muchas naves, todos aquellos mercantes que orbitaban alrededor de la estación. No era probable que Mazian empezara a requisar los suministros de los mercantes... no cuando eran tan numerosos.

Pero a Emilio le aguijoneaba el molesto pensamiento de que Mazian, que hasta entonces se había mostrado bastante más sagaz que los mandos de la Unión, no iba a dejarse engañar por él.

Se dirigió al centro de operaciones, cuya puerta estaba abierta, y vio que salía Miliko y se quedaba allí esperándole, su negro cabello ondeando a causa del frío viento. Había querido ir a la nave con él, temiendo que estuviera a solas con Porey, sin testigos. Él la había convencido para que se quedara. La saludó agitando un brazo, para hacerle saber que todo iba bien, y Miliko fue a su encuentro. Todavía estaban al frente de Downbelow.

## XVIII

**Azul uno: 10/5/52; 0900 h.**

UN SOLDADO MONTABA GUARDIA EN LA ESQUINA. JON LUKAS VACILÓ, LO CUAL sin duda alguna llamaría la atención. El soldado se llevó una mano a las proximidades de su pistola. Jon avanzó nerviosamente, tarjeta en mano, la presentó y el soldado, robusto y de piel oscura, la miró con el ceño fruncido.

—Es una autorización del consejo —dijo Jon.

—Sí, señor.

Jon tomó la tarjeta y echó a andar por el pasillo, con la sensación de que el soldado seguía mirándole la espalda.

—Señor.

Él se volvió.

—El señor Konstantin está en su oficina, señor.

—Su esposa es mi hermana. Hubo un momento de silencio.

—Sí, señor —dijo el soldado en voz baja, y continuó hierático. Jon prosiguió su camino.

Pensó amargamente que Angelo vivía muy bien, en un espacio amplio. Sus aposentos, y los de Alicia, eran los más grandes de la estación. Se detuvo ante la puerta, vaciló, con un nudo en el estómago. Había llegado hasta allí y no podía retroceder, pues de lo contrario el soldado le interrogaría por su extraño comportamiento. Oprimió el botón del comunicador y esperó.

—¿Quién es? —le preguntó una voz chillona, sobresaltándole.

—Jon Lukas.

Se abrió la puerta y apareció una nativa delgada y grisácea, con los redondos ojillos enmarcados en arrugas.

—Soy Lily —se presentó.

Jon pasó por su lado, miró a su alrededor en la sala débilmente iluminada, espaciosa y provista de muebles lujosos. La nativa se había quedado junto a la puerta cerrada, y parecía inquieta. Jon se volvió y vio más allá una habitación de suelo blanco, con la ilusión de ventanas abiertas al espacio.

—¿Viene a verla? —le preguntó Lily.

—Dile que estoy aquí.

—Se lo diré.

La vieja nativa hizo una reverencia y se alejó con paso vivo. El lugar estaba silencioso, hasta un extremo inquietante. Jon esperó en el oscuro cuarto de estar, sintiéndose cada vez más angustiado.

Se oyeron voces en la habitación, una de ellas la de Alicia que pronunciaba su nombre, «Jon». Se estremeció, sintiéndose físicamente mal. Nunca había estado en aquellos aposentos. Había visto a Alicia a través de una pantalla, pequeña, marchita, un esqueleto mantenido por las máquinas. Y ahora había ido allí, sin saber por qué... pero sí lo sabía, para descubrir la verdad, para saber si podía llegar a un trato con ella, si estaba realmente viva. Durante varios años sólo había visto de ella frías imágenes a las que de algún modo podía enfrentarse, pero estar allí en la misma habitación, mirarla al rostro y tener que hablar con ella...

Lily regresó con las manos enlazadas e hizo una reverencia.

—Venga, venga ahora.

Él obedeció, aproximándose a la estancia de baldosas blancas, la habitación estéril y silenciosa, con un nudo en la garganta.

Pero no llegó a entrar. De súbito dio media vuelta y se dirigió a la puerta exterior.

—¿Entra? —le preguntó la asombrada nativa—. ¿Entra, señor?

—Él oprimió el botón y salió, dejando que la puerta se cerrara a sus espaldas, y aspiró el aire más fresco del corredor.

Se alejó de allí, de los silenciosos aposentos, de los Konstantin.

—Señor Lukas —le dijo el soldado de guardia cuando llegó a la esquina, con una expresión de curiosidad en la mirada.

—Estaba durmiendo —dijo él; tragó saliva y siguió andando, procurando con cada paso eliminar de su mente el apartamento y la habitación blanca. Prefería recordar a su hermana de pequeña, de muchacha, como si nunca hubiera crecido.

## XIX

### **Pell: Sector azul uno; Cámara del Consejo; 10/6/52; 1400 h.**

LA REUNIÓN DEL CONSEJO SE CLAUSURÓ PRONTO, TRAS HABER APROBADO TODAS las medidas para cuya aprobación se había reunido. Keu, de la *India*, estaba allí como testigo de cuanto se decía y hacía, silencioso y serio como una estatua. Aquel tercer día de la crisis, Mazian presentó sus exigencias, que se aceptaron sin chistar.

Kressich recogió sus notas y bajó de la fila más alta al centro de la cámara. Se quedó allí en medio del tráfago de los consejeros, mirando inquieto a Angelo Konstantin, que estaba hablando con Nguyen, Landgraf y algunos de los demás representantes. Keu permanecía sentado a la mesa, escuchando. Su rostro bronceado parecía una máscara. Kressich le temía, le daba miedo decir lo que tenía que decir delante de él.

No obstante se aproximó a la cabecera de la mesa, hasta llegar al grupo que rodeaba a Konstantin, aquel grupo en el que sabía muy bien que no tenía un lugar, porque era el representante de la cuarentena y les recordaba problemas que nadie tenía tiempo de resolver. Aguardó mientras Konstantin terminaba de hablar con los otros, mirándole fijamente hasta que Konstantin se dio cuenta y, en vez de marcharse en compañía de Keu, que se había levantado, se acercó a él.

Kressich sacó una hoja de papel de una carpeta y se la ofreció a Konstantin.

—Mis medios son limitados, señor Konstantin. El ordenador y la impresora son inaccesibles donde vivo, y usted lo sabe. La situación ahí... —Se humedeció los labios, inquieto al ver el entrecejo fruncido de Konstantin—. Anoche estuvieron a punto de asaltar mi oficina. Por favor, señor... ¿puedo asegurar a mi gente que continuarán las asignaciones a Downbelow?

—Eso se está negociando, señor Kressich. La estación realiza todos los esfuerzos para conseguir que las cosas vuelvan a la normalidad. Se está revisando la política y las orientaciones a seguir.

—Es la única esperanza. —Evitó la mirada de Keu y mantuvo los ojos fijos en Konstantin—. Sin eso... no tenemos ninguna esperanza. Nuestra gente irá a Downbelow, a la Flota, a cualquier lugar que les acepte. Pero es preciso que admitan las solicitudes. Tienen que ver que existe la posibilidad de salir. Por favor, señor.

—¿Qué es esto? —preguntó Konstantin, alzando el papel para que todos lo vieran.

—Un documento que no estoy en condiciones de reproducir para someterlo a la consideración del consejo. Confiaba en que su personal...

—Con respecto a las solicitudes.

—Exactamente, señor.

—El programa sigue en pie —le interrumpió Keu fríamente—. Está discutiéndose.

—Lo tendremos en cuenta —dijo Konstantin, colocando el papel entre los otros que sujetaba—. Pero no puedo arreglar esto enseguida, señor Kressich. Debe comprenderlo. No hasta que los problemas básicos hayan sido resueltos a otros niveles. Lo tendré en cuenta, y le ruego encarecidamente que no saque a relucir esta cuestión mañana, aunque, naturalmente, *puede* hacerlo. Un debate público podría dificultar las negociaciones. Es usted un hombre experimentado en asuntos de gobierno y me comprende. Le aseguro que si es factible plantear esto en alguna reunión futura... Naturalmente, haré que mi personal prepare este y otros documentos para su distribución. Creo que comprende mi posición, señor.

—Sí, señor —replicó él, sintiendo náuseas—. Gracias. Se volvió. Había abrigado tenues esperanzas. También había confiado en tener ocasión de solicitar ayuda, seguridad y protección de la estación. No quería la clase de protección que podía darle Keu. Pero no se atrevió a pedirlo. Habían visto muestras de la generosidad de la Flota, en las personas de Mallory, Sung y Kreshov. Las tropas entrarían y, para empezar, se apoderarían de la organización de Coledy. Así terminaría su seguridad, toda la protección que tenía.

Salió al vestíbulo de la cámara del consejo, pasó ante las estatuas de Downbelow, con sus miradas burlonas y sorprendidas, cruzó las puertas de vidrio para salir al corredor y, sin que le molestaran los guardianes, se dirigió al ascensor que le llevaría al nivel azul noveno, y desde allí regresaría a su hogar, en la cuarentena.

Ahora el tráfico por los corredores del sector principal de la estación parecía normal, no tan intenso como de costumbre, pero los residentes de la estación habían vuelto a sus tareas habituales y se movían libremente aunque con cautela. Nadie se quedaba más tiempo del necesario en ninguna parte.

Sintió que le empujaban en una intersección. Una mano estrechó la suya, apretando contra la palma una tarjeta. Él se detuvo, con la confusa impresión de haber visto a un hombre, cuyo rostro no había llegado a vislumbrar. Aterrado resistió el impulso de mirar a su alrededor. Fingió que arreglaba los papeles de su carpeta, siguió andando, y más adelante examinó la tarjeta: era una tarjeta de acceso, con un trozo de cinta magnética adherida a su superficie. Verde nueve 0434. Una dirección. Siguió caminando, dejó caer la mano con la tarjeta a un lado, sintiendo el golpeteo del corazón contra la caja torácica.

Podía hacer caso omiso y seguir su camino hacia la cuarentena. Podía devolver la tarjeta, decir que se la había encontrado, o decir la verdad: que alguien quería ponerse en contacto con él sin que los demás lo supieran. Debía haber una razón política. Alguien, dispuesto a correr el riesgo quería algo del representante de la cuarentena. Una trampa... o una esperanza, un intercambio de influencia. Alguien que sería capaz

de eliminar las obstrucciones.

Podía llegar al sector verde nueve; no tenía más que apretar por error el botón correspondiente. Se detuvo ante la placa de llamada del ascensor, a solas, codificó verde y se colocó ante la placa de madera de manera que ningún transeúnte pudiera observar la brillante luz verde. Llegó el camarín y se abrieron las puertas. Kressich entró y una mujer llegó corriendo en el último momento y oprimió un botón de la placa interior para codificar verde dos. Las puertas se cerraron. Kressich dirigió a la mujer una mirada furtiva mientras el ascensor empezaba a moverse, y la desvió rápidamente. La mujer bajó en la sección dos; él se quedó mientras entraban más pasajeros desconocidos para él. El ascensor se detuvo en la sección seis, en la siete, y admitió más gente. En la ocho bajaron dos. Al llegar a la nueve Kressich salió con otros cuatro y caminó hacia las plataformas, sujetando la tarjeta con dedos sudorosos. Pasó junto a algunos soldados, los cuales vigilaban el flujo general de tráfico en los corredores. No era probable que ninguno de ellos se fijara en un hombre normal que caminaba por un corredor, se detenía ante una puerta y utilizaba una tarjeta para entrar. Era la más natural de las acciones. Se acercaba a la cuarta intersección, donde no había vigilancia. Caminó más despacio, pensando desesperadamente, acelerándosele los latidos del corazón. Empezó a considerar la posibilidad de pasar de largo.

Alguien que caminaba tras él le cogió de la manga y le empujó bruscamente hacia adelante.

—Venga —le dijo el hombre, y dobló la esquina con él.

Kressich no opuso resistencia, temeroso de que le acuchillaran, obedeciendo a un instinto que había adquirido en la cuarentena. Naturalmente, el que le había dado la tarjeta también había bajado... o tenía algún compinche. Se movió como una marioneta y cruzó el corredor hasta llegar a la puerta. Ya libre, pues el transeúnte había seguido caminando, utilizó la tarjeta.

Entró en el apartamento, que era pequeño, con la cama sin hacer y ropa desperdigada por todas partes. Un hombre salió del nicho que constituía la cocina, un hombre indescriptible, de treinta y cinco o cuarenta años.

—¿Quién es usted? —le preguntó el hombre. La pregunta cogió a Kressich por sorpresa. Empezó a guardarse la tarjeta en el bolsillo, pero el hombre tendió la mano, exigiéndosela, y él no tuvo más remedio que dársela.

—¿Nombre?

—Kressich —y añadió desesperadamente—: Tengo que irme. Me echarán de menos en cualquier momento.

—Entonces no le entretendré demasiado. Usted es de la Estrella de Russell, señor Kressich, ¿verdad?

—Creí que no me conocía.

—Tiene esposa. Se llama Jen Justin; y un hijo, Romy.

Palpó a su lado, encontró un sillón abarrotado de cosas y se apoyó en el. El

corazón le latía con tanta fuerza que le hacía daño.

—¿De qué está hablando?

—¿Estoy en lo cierto, Vassily Kressich? Él asintió.

—La confianza de sus conciudadanos de la cuarentena ha sido depositada en usted... para que represente sus intereses. Naturalmente, respetan su iniciativa... en lo que concierne a sus intereses.

—Dígame qué quiere.

—Sus votantes están en apuros... con los papeles embrollados. Y cuando la seguridad militar sea más rígida, como lo será bajo el control de las fuerzas de Mazian... me pregunto, señor Kressich, qué clase de medidas podrán adoptarse. Todos ustedes se han opuesto a la Unión de una u otra manera, algunos, claro, impulsados por una auténtica repulsa, otros por interés propio y otros por las circunstancias. ¿A cuál de estas categorías pertenecía usted?

—¿De dónde saca su información?

—Fuentes oficiales. Sé muchas cosas de usted que no figuran en los datos que entregó al ordenador. He investigado un poco. A decir verdad, he visto a su esposa y su hijo, señor Kressich. ¿Está interesado?

Él asintió, incapaz de hacer otra cosa. Se apoyó aún más en el sillón, tratando de respirar.

—Están bien. Los he visto en una estación cuyo nombre conozco. Aunque puede que ya no estén allí, que los hayan trasladado. La Unión se ha dado cuenta de su posible valor, pues conocen al hombre que representa a un número tan formidable de gente en Pell. La búsqueda mediante el ordenador dio con ellos, pero no los perderán de nuevo. ¿Le gustaría verlos, señor Kressich?

—¿Qué quiere de mí?

—Un poco de su tiempo, unos pequeños preparativos para el futuro. Puede protegerse a sí mismo, a su familia y a sus votantes, que son unos parias bajo Mazian. ¿Qué ayuda podría conseguir de Mazian para localizar a su familia? ¿O cómo podría llegar hasta ellos? Y seguramente hay otras familias divididas, que ahora pueden arrepentirse de una decisión precipitada, una decisión que Mazian les obligó a tomar contra el verdadero interés de todo habitante del Más Allá que es el propio Más Allá.

—Usted es de la Unión —dijo Kressich para eliminar toda duda.

—Soy del Más Allá, señor Kressich. ¿No lo es usted? Se sentó en el brazo del sillón, pues le temblaban las rodillas.

—¿Qué es lo que quiere?

—Sin duda existe una estructura de poder en cuarentena, algo que no escapa a su conocimiento. Seguramente un hombre como usted... está en contacto con ella.

—Tengo contactos.

—¿E influencia?

—También.

—Más tarde o más temprano estará usted en manos de la Unión. Dese cuenta de

ello... si Mazian no toma sus propias medidas. ¿Sabe lo que podría hacer si decide quedarse aquí? ¿Cree que va a mantener la cuarentena cerca de sus naves? No, señor Kressich, por un lado usted representa mano de obra barata, y por otro una molestia, según la situación. Tal como van a ir las cosas muy pronto, usted constituirá un riesgo para él. ¿Qué medio puedo usar para ponerme en contacto con usted, señor Kressich?

—Ya se ha puesto en contacto conmigo.

—¿Dónde está su oficina?

—Naranja nueve 1001.

—¿Hay allí comunicador?

—El de la estación. Sólo puede llamarse a través de la estación, y siempre está estropeado. Cada vez que quiero llamar he de hacerlo a través del comunicador central. No hay otra manera. Usted no puede... llamarme. Como le digo, siempre está averiado.

—En cuarentena tienden a las revueltas, ¿verdad? Él asintió.

—Dígame, señor consejero de cuarentena... ¿Podría usted preparar una de esas revueltas?

Kressich asintió por segunda vez. El sudor le corría por el rostro y los costados.

—¿Puede usted sacarme de Pell?

—Cuando haya hecho lo que tiene que hacer por mí, tiene garantizado un billete de salida, señor Kressich. Reúna sus fuerzas. Ni siquiera me interesa saber quiénes son, pero usted me conoce. Un mensaje mío utilizará la palabra Vassily. Eso es todo. Sólo esa palabra. Y si llega esa llamada, usted se ocupará de que haya... disturbios inmediatos e importantes.

—¿Quién es usted?

—Váyase ahora. No ha perdido más de diez minutos de su tiempo. Puede justificarlos en su mayor parte. Dese prisa, señor Kressich.

Él se levantó, miró atrás y salió apresuradamente de la estancia. Sintió en el rostro el aire fresco del corredor. Nadie lo detuvo, nadie reparó en él. Echó a andar por el corredor principal y decidió que si le preguntaban qué había hecho durante aquellos minutos, diría que había hablado con Konstantin y otras personas en el vestíbulo, que se había sentido mal y había hecho un alto en una sala de descanso. El mismo Konstantin atestiguaría que le había visto transtornado. Se enjugó el rostro con la mano, notando que su visión tendía a empañarse, dobló la esquina para salir a la plataforma verde, siguió andando hacia la zona azul y el límite de la cuarentena.

Se oyeron unos golpes en la puerta. Hale fue a abrir y Jon se volvió tenso desde donde estaba, junto al bar de la cocina, dejando escapar un profundo suspiro de alivio cuando entró Jessad y la puerta se cerró tras él.

—No hay problemas —dijo Jessad—. Están cubriendo todas las señales, preparándose para la acción dentro de la estación. Así dificultan a los invasores orientarse.

—¿Cómo ha ido con Kressich?



—Muy bien.

Jessad se quitó la chaqueta y la arrojó a Keifer, el hombre de Hale, que había salido del dormitorio. Keifer palpó enseguida el bolsillo de la chaqueta y recuperó sus documentos con un alivio comprensible.

—No le detuvieron —dijo Keifer.

—No. Me limité a ir hasta su apartamento, entré, envié a su compañero con la tarjeta... todo a pedir de boca.

—¿Y él ha accedido? —preguntó Jon.

—Claro que sí.

Jessad estaba de un humor desacomunado, sintiendo un residuo de excitación, y en sus ojos normalmente apagados brillaba una chispa de buen humor. Se acercó al bar y se sirvió una bebida.

—Mis ropas —objetó Keifer.

Jessad se echó a reír, tomó un sorbo, dejó el vaso y empezó a quitarse la camisa.

—Ahora ha vuelto a cuarentena. Y nosotros la controlamos.

## Transporte de la Unión Unity, entre la flota de la Unión: Espacio profundo

**A**YRES ESTABA SENTADO A LA MESA EN LA SALA PRINCIPAL. IGNORANDO A LOS guardianes, apoyó la cabeza en las manos y trató de recuperar el equilibrio. Permaneció así unos momentos, luego se levantó y caminó hasta el depósito de agua que estaba junto a la pared, con paso inseguro. Humedeció los dedos y se lavó la cara con agua fría, tomó un vaso de papel y bebió para apaciguar su estómago.

Alguien entró en la estancia. Ayres le miró y enseguida frunció el ceño, pues era Dayin Jacoby, el cual se sentó ante la única mesa. Ayres no habría vuelto a ella, pero sus piernas estaban demasiado débiles para aguantar mucho tiempo en pie. No había soportado bien los trastornos del salto. Jacoby había salido mejor librado, y eso también se lo reprochaba.

—Ya se acerca —dijo Jacoby—. Tengo una idea bastante aproximada de dónde estamos.

Ayres se sentó, esforzándose para centrar la vista. Las drogas hacían que todo le pareciese distante.

—Debería sentirse orgulloso de sí mismo.

—No confían en mí, pero es de sentido común que él... ¿Están grabando lo que decimos?

—No tengo ni idea. ¿Qué más da? El hecho, señor Ayres, es que usted no puede retener Pell para la Compañía, no puedo protegerles. Ha tenido usted su oportunidad y la ha perdido. Y en Pell no querían a Mazian. Preferían la Unión a Mazian.

—Dícales eso a mis compañeros. Jacoby se inclinó hacia adelante.

—Pell se merece algo mejor que lo que puede darle la Compañía. Mejor que lo que va a darle Mazian, desde luego. Yo busco *nuestro* interés, señor Ayres, y negociamos como debemos hacerlo.

—Pudo haber negociado con nosotros.

—Lo hicimos... durante siglos.

Ayres se mordió el labio y se negó a seguir discutiendo. Las drogas que había tenido que tomar para el salto le impedían pensar con claridad. Ya había hablado, a pesar de su resolución de no hacerlo. Querían algo de él, pues de lo contrario no le habrían sometido a confinamiento ni llevado a aquel nivel de la nave. Apoyó la cabeza en una mano y trató de razonar para salir de su aturdimiento mientras aún hubiera tiempo.

—Estamos preparados para entrar —le acució Jacoby—. Y usted lo sabe.

Jacoby trataba de asustarle. Había estado postrado de terror durante la última maniobra. Había soportado el salto por dos veces, con la sensación de que sus entrañas estaban retorcidas y vueltas del revés. No quería pensar en otro salto.

—Creo que van a tener una charla con usted —dijo Jacoby—. Se trata de un mensaje para Pell, algo que dé la impresión de que la Tierra ha firmado un tratado. La Tierra apoya el derecho de los ciudadanos de Pell a elegir su propio gobierno. ¿Qué le parece?

Ayres le miró, dudando por primera vez de dónde estaba la verdad y dónde la mentira. Jacoby era de Pell. Fueran cuales fuesen los intereses de la Tierra, no era posible servir todos los deseos en contrario, acabaría ocupando un alto puesto en el gobierno de Pell.

—Puede que le interesen los acuerdos que conciernen al mismo Pell. Si la Tierra no quiere quedarse aislada... y usted afirma que busca el comercio... tiene que pasar por Pell, señor Ayres. Somos importantes para usted.

—Eso lo sé muy bien. Hábleme de ello cuando sea usted una autoridad en Pell. Por ahora la única autoridad en Pell es la de Angelo Konstantin, y aún he de ver algo que lo contradiga.

—Negocie ahora y espere el acuerdo —dijo Jacoby—. La parte que represento puede asegurarle la salvaguardia de sus intereses. Somos un punto de partida, señor Ayres, para la Tierra y el hogar. Una discreta toma de posesión de Pell, su discreta estancia allí en espera de que lleguen sus compañeros para regresar a casa en una nave que será fácil contratar en Pell. Eso o... dificultades, prolongadas dificultades, resultantes de un largo y dificultoso asedio. Pérdidas... posiblemente la destrucción de Pell. Yo no quiero eso. Y pienso que usted tampoco. Usted es muy humano, señor Ayres. Le estoy rogando, y lo hago por Pell. Esa es la verdad. Hágales ver claro que existe un pacto, que su elección debe decantarse por la Unión, que la Tierra les permite hacerlo.

—Desde luego, trabaja usted a conciencia para la Unión.

—Quiero que mi estación sobreviva, señor Ayres. Miles y miles de personas... podrían morir. ¿Sabe lo que significa que Mazian la utilice para protegerse? Puede retenerla para siempre, pero también puede arruinarla.

Ayres permaneció sentado, mirándose una mano, sabiendo que no podía razonar bien en su estado, que la mayor parte de lo que le habían dicho durante su estancia entre ellos era mentira.

—Quizá deberíamos trabajar juntos, señor Jacoby, si en ese caso pudiéramos asegurar el fin de todo esto sin más derramamiento de sangre.

Jacoby parpadeó, tal vez sorprendido.

—Es probable —continuó Ayres—. Los dos somos realistas, señor Jacoby... Al menos supongo que usted lo es. Autodeterminación es un buen término para nombrar la última alternativa posible, ¿no cree? Comprendo perfectamente sus argumentos. Pell carece de defensas. La estación es neutral... lo cual significa que usted está con

quien gane.

—Usted lo ha dicho, señor Ayres.

—Igual que yo. Orden... el Más Allá... comercio beneficioso, y eso en interés de la Compañía. Era de esperar que aquí se produjera la independencia. Habría sido reconocida hace mucho tiempo de no haberse interpuesto la ceguera de las ideologías. Es posible que vengan tiempos mejores, Jacoby. Ojalá vivamos para verlos.

Era la mentira más creíble que jamás había dicho. Se reclinó en su asiento, sintiendo que le acometía la náusea por los efectos combinados del salto y del puro terror.

—Señor Ayres.

Se volvió hacia la puerta. Era Azov. El oficial de la Unión entró en la estancia, resplandeciente en su traje negro y plateado.

—Nos controlan —observó Ayres ásperamente.

—No me engaño a mí mismo confiando en su afecto, señor Ayres. Sólo apelo a su buen sentido.

—Está bien. Grabaré lo que ustedes quieran. Azov meneó la cabeza.

—Ya nos hemos manifestado, pero por medio de una advertencia distinta. No creemos que todas las naves de Mazian estén ensambladas en la estación. Les hemos traído con nosotros, en primer lugar, por las fuerzas de Mazian, y luego porque al tomar la estación Pell será útil disponer de una voz que haya tenido autoridad.

Él asintió con gesto de fatiga.

—Si eso sirve para ahorrar vidas, señor.

Azov se limitó a mirarle. Luego frunció el ceño.

—Tómese el tiempo que necesiten para recobrar su equilibrio, señores, y para considerar lo que podrían hacer en beneficio de Pell.

Cuando Azov salió, Ayres miró a Jacoby y vio que éste también podía inquietarse.

—¿Dudas? —le preguntó con aspereza.

—Tengo familia en esa estación —replicó Jacoby.

# LIBRO CUARTO

# I

**Pell: 10/10/52; 1100 h.**

**R**EGINABA MÁS SOSIEGO EN LA ESTACIÓN. HABÍAN EMPEZADO LAS SOLICITUDES A Asuntos Legales, y eso era un buen síntoma claro de que disminuía la tensión. El archivo de entradas estaba rebosante de preguntas acerca de acciones militares, amenaza de litigios, protestas indignadas de mercaderes afincados en la estación, los cuales consideraban que debían indemnizarles por los daños y perjuicios que les ocasionaba el continuado toque de queda en las plataformas. Había protestas de la nave mercante *Finity's End* con respecto a un joven desaparecido, lo cual había ocasionado considerable inquietud, pues se temía que le hubieran apresado los militares. En realidad, el joven debía de haber hecho alguna conquista y probablemente se encontraría en algún lugar recóndito de la estación durmiendo con una tripulante de otra nave. Los ordenadores efectuaban una investigación sobre el uso de tarjetas, una tarea nada fácil porque los pases de los mercaderes no se utilizaban con tanta frecuencia como las tarjetas de los estacionados.

Damon tenía esperanzas de encontrar al joven sano y salvo, y se negó a dar la alarma hasta que tuviera los datos de la investigación. Había visto muchos casos parecidos y siempre se descubría que un joven mercader se había peleado con su familia o había bebido en exceso y no podía atender las instrucciones de la pantalla. Todo el asunto se reducía a un problema de seguridad, pero el departamento correspondiente estaba desbordado de trabajo, y sus funcionarios hacían turnos de guardia, ojerosos e irascibles. En Asuntos Legales podían, por lo menos, oprimir los botones del ordenador y resolver así esa parte onerosa del trabajo. Otra muerte en la sección de cuarentena. Era deprimente, y no podían hacer absolutamente nada salvo tomar nota del hecho. Había un informe de un guardián suspendido en sus funciones, acusado de pasar de contrabando a cuarentena una caja de vino nativo. Algún oficial había decidido que el problema no podía esperar, cuando era más que probable que se dieran casos de pequeño contrabando en todas partes entre los mercaderes estacionados. Habían hecho un escarmiento en aquel hombre.

Por la tarde tenía tres juicios pospuestos. Era probable que los volvieran a posponer, porque el consejo iba a reunirse y la junta de jueces tenía que estar presente. Decidió ponerse de acuerdo con el defensor y envió el mensaje, reservando la tarde para revisar más peticiones que no podía resolver en los niveles inferiores de la oficina.

Y tras haber hecho esto, hizo girar su sillón y miró a Josh, el cual estaba sentado leyendo tranquilamente un libro en la unidad auxiliar y procurando no parecer tan

aburrido como debía estarlo.

—Eh —le dijo Damon. Josh le miró—. ¿Quieres comer? Podríamos tomarnos un descanso e ir al gimnasio.

—¿Podemos ir allí?

—Está abierto.

Josh apagó la máquina.

Damon se levantó, dejó en funcionamiento los canales del ordenador, cogió su chaqueta y la palpó para asegurarse de que las tarjetas y los documentos estaban en su sitio. Los soldados de Mazian montarían guardia por todas partes y serían tan poco razonables como siempre.

Josh también se puso una chaqueta prestada, pues los dos tenían más o menos la misma talla. El muchacho aceptaba los préstamos, si no los regalos, aumentando su pequeño vestuario para poder entrar y salir de las oficinas sin llamar una atención indebida. Damon oprimió el botón de la puerta y dio instrucciones a la oficina exterior para que retuvieran las llamadas durante un par de horas.

—¿Estará de regreso a la una? —dijo la secretaria, y se volvió para atender una llamada.

Damon indicó a Josh la puerta par salir al corredor.

—Media hora en el gimnasio y luego tomaremos un bocadillo en el vestíbulo abierto. Tengo apetito.

—Muy bien —dijo Josh, mirándole nerviosamente.

Damon le devolvió la mirada, inquieto. Aún había muy poco tráfico en los corredores. La gente no confiaba en la situación. Los soldados montaban guardia a cierta distancia.

—Habría que retirar a las tropas este fin de semana —le dijo a Josh—. Nuestras propias fuerzas de seguridad se están haciendo cargo de todo el sector blanco, y puede que dentro de un par de días se ocupen del verde. Ten paciencia. Estamos en ello.

—Aún así harán lo que quieran —dijo sombríamente Josh.

—¿Lo hizo Mallory, después de todo? El rostro de Damon se nubló.

—No lo sé, y si pienso en ello sigo sin saberlo. Créeme.

Habían llegado al ascensor, que estaba vacío. Había un soldado en una esquina del corredor, pero no parecía amenazante. Damon marcó el código para ir al núcleo de la estación.

—Esta mañana he tenido buenas noticias. Me ha llamado mi hermano y dice que las cosas van mejor ahí abajo.

—Me alegro —murmuró Josh.

El soldado se movió de repente, dirigiéndose a ellos. Damon observó que otros soldados apostados más lejos en el corredor también se acercaban con rapidez.

—Dejen eso —dijo el primer soldado cuando llegó a su lado, y oprimió los botones del panel—. Nos han llamado de arriba.

—Puedo darles prioridad —dijo Damon para librarse de ellos.

Aquel movimiento indicaba que se habían producido disturbios. Damon pensó que iban a concentrar estacionados en otros niveles.

—Hágalo.

Se sacó la tarjeta del bolsillo, la introdujo en la ranura y codificó la prioridad. A continuación se encendieron las luces rojas. Los soldados restantes llegaron en el mismo momento que el ascensor, y unos hombros recubiertos de armadura les hicieron a un lado mientras las tropas llenaban el camarín, dejándoles allí solos. El ascensor partió hacia su destino y no quedó ningún soldado en el corredor. Damon miró a Josh, cuyo rostro estaba pálido y demudado.

—Tomaremos el próximo ascensor —dijo Damon, encogiéndose de hombros. También él estaba inquieto, y codificó en silencio el nivel azul noveno.

—¿Llamas a Elene? —le preguntó Josh.

—Quiero ir allí abajo. Ven conmigo. Si hay disturbios es probable que acaben en la plataforma. Quiero estar allí.

El ascensor tardó en llegar. Damon esperó unos momentos y finalmente utilizó de nuevo su tarjeta, solicitando una segunda prioridad. Se encendieron las luces rojas, indicadoras de la llamada de prioridad, y a continuación parpadearon, lo cual señalaba que no había ningún camarín disponible. Damon golpeó la pared con el puño y miró de nuevo a Josh. Estaban lejos para ir andando; era mejor esperar a que quedara un camarín libre... a la larga sería más rápido.

Se dirigió al comunicador más próximo y tecleó el código de prioridad, mientras Josh esperaba junto a las puertas del ascensor.

—Si llega, mantén las puertas abiertas —le dijo a Josh. Marcó el código de llamada—. Comunicador central, aquí Damon Konstantin llamando con carácter de emergencia. Vemos salir tropas a la carrera. ¿Qué sucede?

Hubo un largo silencio.

—Señor Konstantin —dijo al fin una voz—. Esto es un comunicador público.

—No en este momento, central. ¿Qué sucede?

—Alerta general. A los puestos de emergencia, por favor.

—¿Qué ocurre?

La comunicación se interrumpió y empezó a sonar una sirena. Las luces rojas se encendían y apagaban de un modo intermitente. La gente salía de las oficinas, mirándose unos a otros como si confiaran en que se tratara de un simulacro o un error. La propia secretaria de Damon había salido y estaba en el extremo del pasillo.

—Vuelve adentro —le gritó él— y cierra esas puertas.

La gente retrocedió, retirándose al interior de las oficinas. La luz roja junto al hombro de Josh todavía parpadeaba, indicando que no había ningún ascensor disponible: todos debían de haberse atascado en las plataformas.

—Vamos —le dijo a Josh, llevándole hacia el extremo del pasillo. El muchacho parecía confuso mientras caminaba cogido del brazo de Damon.



Había otras personas más lejos, en el corredor. Damon les ordenó bruscamente que se apartaran, aunque en el fondo las comprendía... Había otros, además de Konstantin, que tenían seres queridos desperdigados por la estación, niños en escuelas y guarderías, enfermos en el hospital. Algunos corrían delante de ellos, incumpliendo las órdenes. Un agente de seguridad de la estación gritó otra orden de alto; como no le hicieron caso, se llevó la mano a la pistola.

—Déjelos —le ordenó Damon—, que se vayan.

—Señor. —El policía se serenó y la mueca de pánico desapareció de su rostro—. Señor, no consigo establecer contacto a través del comunicador.

—No desenfunde ese arma. ¿Aprende de los soldados esa clase de reflejos? Siga en su puesto y apacigüe a esta gente. Ayúdeles en lo que pueda. Hay un conflicto en marcha. Pero también es posible que se trate de un simulacro.

—Señor.

Siguieron caminando hacia la rampa de emergencia por el silencioso pasillo, sin correr. Un Konstantin no podía correr y extender el pánico. Caminó tratando de dominar su terror.

—No hay tiempo —dijo Josh entre dientes—. Cuando llegue aquí la alerta tendremos las naves encima. Si Mazian ha sido capturado en la plataforma.

—Se llevó soldados y dos transportes de la estación —dijo Damon, y recordó enseguida quién era Josh. Contuvo el aliento y le dirigió una mirada desesperada; Josh estaba tan preocupado como él—. Vamos.

Llegaron a la rampa de emergencia y, al abrir las puertas, oyeron fuertes gritos. La gente corría por la rampa procedente de otros niveles.

—¡No se apresuren! —gritó Damon a los que pasaban por su lado.

Y así lo hicieron, pero tras ellos venían muchos más, el ruido aumentaba y los recién llegados corrían despavoridos. El sistema de transporte se atascaba en todas partes y de todos los niveles surgían personas que se amontonaban junto a los huecos de los ascensores.

—¡Tranquílícense! —gritó Damon, cogiendo a algunos por los hombros y procurando que no se precipitaran, pero la avalancha era cada vez más rápida, los cuerpos se apiñaban, hombres, mujeres y niños, y ahora incluso era imposible salir de aquel río humano. Las puertas estaban llenas de gente que intentaba descender.

—¡Las plataformas! —oyó que gritaban.

Y como el fuego, con las luces rojas de alarma encendidas en lo alto, se extendió la certeza que había estado latente en Pell desde la llegada de las tropas, que algún día ocurriría: la estación sufría un ataque y se procedía a la evacuación. La masa presionaba hacia abajo, y no era posible detenerla.

## II

### Norway: 1105

CFX/CABALLERO/189-8989-687/FACILFACILFACIL/ ESCORPIÓN  
DOCE CEROCEROCERO/FINTRANS.

Signy tecló su aceptación del mensaje y se volvió hacia Graff con un amplio gesto de la mano. «¡Lo conseguimos!», transmitió Graff. Y la señal de avance sonó en toda la nave. En la plataforma se encendieron las luces de advertencia. Las tropas situadas en el exterior terminaron de desprender los umbilicales.

—No podemos aceptarlos —dijo Signy cuando surgió la voz asustada de Di Janz a través del comunicador. Le enfermaba abandonar a los hombres—. Están perfectamente bien.

—Umbilicales expeditos —gritó Graff.

—La *Europe*, que había abandonado a sus soldados, se disponía a partir en cuanto pudiera, mientras que la *Pacific* ya estaba en movimiento, y la nave auxiliar de la *Tibet* estaba en una posición peligrosa, que no corregían porque no les había llegado todavía el mensaje emitido una hora antes.

En el tablero de mandos de la *Norway* se encendió una hilera de luces verdes, y Signy oprimió el botón para que las abrazaderas dejasen libre a la *Norway*, mientras los soldados que habían subido a bordo se apresuraban a buscar seguridad. La *Norway* se deslizó un momento ingrávida bajo el suave impulso de las aspas direccionales y de despegue, su estructura continuó girando y se desprendió de la estación ocupando por un instante parte del espacio reservado para el despegue de la *Australia*, lo cual probablemente accionó las alarmas en todo Pell. Adquirieron gravedad, el cilindro interior entró en sincronización de combate y giró para compensar las tensiones.

Se dirigieron a la cabeza del convoy, con una agrupación de mercantes en un plano inferior. La *Europa* y la *Pacific* iban delante de ellos, la *Australia* detrás. La *Atlantic* se movería en cualquier momento; Ken, de la *India*, estaba en la estación y se dirigía a su nave. Porey, de la *África*, se encontraba en Downbelow. La *África* se pondría en movimiento a las órdenes de su segundo para acudir a la cita con Porey que llegaría en un transbordador.

Iba a ocurrir lo inevitable. Aquella nave auxiliar no había recibido a tiempo el mensaje de la *Tibet* y sus medidas de seguridad se habían retrasado. El mensaje se confundía ahora con la voz que procedía de la *Polo Norte* y la alarma de las naves militares que se hallaban impotentes en la trayectoria del choque. La *Tibet* intentaba lograr que la flota que se acercaba redujera la velocidad. La *Polo Norte* avanzaba.

Las naves mercantes convertidas en militares alteraban su rumbo y avanzaban muy despacio en comparación con la flota entrante. Podrían aminorar la velocidad si no perdían los nervios.

—La nave auxiliar ha girado —dijo el operador de radar al oído de Signy.

Ella lo vio en la pantalla. La nave había recibido el mensaje unos minutos antes. El radar de largo alcance señalaba el resto del arco, y la borrosa línea amarilla que partía de la línea roja de aproximación indicaba el nuevo cálculo de la posición de la nave; el cálculo anterior se desvaneció en un borrón azulado, mera advertencia de que era preciso vigilar aquella línea de aproximación por lo que pudiera ocurrir. Las naves de la flota descendían en línea recta, y la nave auxiliar se vio obligada a orientarse al nadir.

Signy se mordió el labio, advirtió a los operadores de radar y ordenador que observaran los acontecimientos en toda la extensión de la esfera, temiendo que Mazian les hubiera encerrado en un solo vector. «Vamos», dijo para sus adentros, con el sabor del peligro en la boca. «No más catástrofes como la de Viking. Danos algunas opciones, hombre.»

CFX/CABALLERO/189-9090-687/NUEVENUEVENUEVE/  
ESFINGE/DOSDOSDOS/TRIPLE/DOBLE/CUARTO/ JIRON/FINTRANS.

Nuevas órdenes. Les estaban dando los otros vectores. La *Pacific*, la *Atlantic* y la *Australia* adoptaron nuevos rumbos, avanzando con precavida lentitud.

### III

## Pell: Oficina del Jefe de la Estación

**M**ERCANTE HAMMER A ECS EN VECINDAD/  
MAYDAYMAYDAYMAYDAY/TRANSPORTES DE LA UNION  
MOVIÉNDOSE/DOCE TRANSPORTES NUESTRA VECINDAD/DISPONEMOS  
SALTO/OJO DE CISNE A TODAS LAS NAVES/CORRANCORRAN CORRAN ..  
ECS TIBET A TODAS LAS NAVES/ TRANSMITAN...

El mensaje había sido enviado hacía más de una hora, repitiéndose en los comunicadores de todas las naves como un eco en un manicomio. Angelo se inclinó sobre la consola del ordenador y tecleó un mensaje a la plataforma, donde la conmoción de un despegue masivo hacía que la gente siguiera acudiendo a la llamada de emergencia. Los militares se habían dedicado a mantener el orden a su manera, desparramándose por las plataformas. El caos reinaba en la central, y sería inevitable una pérdida de gravedad si los sistemas no se adaptaban al despegue masivo. Había evidentes inestabilidades. El comunicador estaba atascado y durante casi dos horas la situación en el borde del sistema solar había seguido su curso, mientras el mensaje avanzaba a la velocidad de la luz hacia ellos.

Quedaban soldados en la plataforma. La mayoría habían subido a bordo, parapetándose en las naves; algunos no lo habían conseguido, y los canales militares en la estación lanzaban airados e incomprensibles mensajes ¿Por qué habían movido las tropas? ¿Por qué se habían retrasado para admitir a bordo a cuantos pudieran, cuando se aproximaba un ataque?... La implicación de que la Flota era libre de despegar dejándoles abandonados. La orden de Mazian...

«Emilio», pensó distraídamente. El esquema de Downbelow apareció a la izquierda de la pantalla de la pared, con un punto revoloteando el transbordador de Porey. No podía llamar, nadie podía, por orden de Mazian... El comunicador debía permanecer en silencio. Control de tráfico ordenaba a los mercantes que mantuvieran la formación en órbita. Era todo lo que podían decir. Las peticiones a través del comunicador inundaban a los mercantes en la plataforma, con más rapidez de la que tenían los operadores para responder rogando que se tranquilizaran.

La Unión debía estar metida en aquello. «Anticipado», había transmitido Mazian en cuanto consiguió comunicarse. Durante días los capitanes habían permanecido cerca de las naves, dentro de las que se hacinaban las tropas, y no por cortesía hacia la estación, no como respuesta a sus peticiones de que mantuvieran a las tropas fuera de los corredores.

Estaban preparados para despegar, a pesar de todas las promesas.

Angelo tendió la mano hacia el botón del comunicador para llamar a Alicia, pues tal vez ella estaría siguiendo todo aquello a través de las pantallas.

—Señor. —Su secretario, Mills, apareció en la pantalla del comunicador—. Seguridad solicita su presencia en el comunicador central. Hay un cambio de situación en el sector verde.

—¿Qué clase de cambio?

—Una verdadera muchedumbre, señor.

—Angelo se levantó de la mesa y cogió su chaqueta.

—Señor...

Se volvió hacia la puerta de su oficina, abierta sin que le hubieran pedido permiso para hacerlo. Mills estaba allí, protestando por la intrusión de Jon Lukas y un acompañante.

—Lo siento, señor —dijo Mills—. El señor Lukas insistió... Le dije...

Angelo frunció el ceño, molesto por la intrusión y a la vez confiando en recibir ayuda, pues Jon era un hombre capacitado, aunque sólo se interesaba por sí mismo.

—Necesito ayuda —empezó a decir, y se fijó alarmado en el breve movimiento del acompañante, que se llevó la mano a la chaqueta, y el súbito brillo del acero.

Mills no llegó a verlo... Angelo lanzó un grito cuando el hombre acuchilló a Mills, y retrocedió cuando el atacante se abalanzó contra él. De repente reconoció su rostro: era Hale.

Mills gritó, sangrando, y cayó en el umbral de la puerta abierta. Se oían gritos en la oficina exterior. Angelo sintió el golpe. Intentó coger la mano de quien se lo había asestado y encontró el arma que sobresalía de su pecho. Miró incrédulo a Jon... con expresión de asombro. Había otros en el umbral.

La incomprensión creció en él, al tiempo que la sangre manaba de la herida.

## IV

### Cuarentena

—VASSILY —DIJO LA VOZ A TRAVÉS DEL COMUNICADOR—. ¿ME OYE, Vassily?

Kressich permaneció paralizado ante su mesa. Coledy, uno de los que se sentaban a su alrededor, que aguardaba encorvado, alargó la mano y oprimió en botón correspondiente.

Le escucho —dijo Kressich con un nudo en la garganta. Miró a Coledy. Oía el zumbido de voces en las plataformas, de gente ya asustada que amenazaba con alborotarse.

—Manténle a salvo —dijo Coledy a James, que estaba con otros cinco que esperaban afuera—. Que esté bien seguro.

Y Coledy salió. Habían esperado alrededor del comunicador, uno de ellos siempre al lado de la máquina, reunidos allí, en medio de la confusión. Y la revuelta se les echaba encima. Al cabo de un momento aumentó el ruido de la multitud en el exterior, un sonido sordo, bestial, que estremecía las paredes.

Kressich se cubrió el rostro con las manos y permaneció así largo tiempo, negándose a saber lo que ocurría.

—Las puertas —oyó al fin; alguien gritaba desde fuera—. ¡Las puertas están abiertas!

## V

### Verde noveno

**C**ORRÍAN TROPEZANDO, SIN RESUELLO, EMPUJANDO A OTROS EN EL CORREDOR, un mar de gentes presas del pánico, envueltas en la luz roja de las alarmas. La sirena seguía sonando. Las oscilaciones de la gravedad, mientras los sistemas de la estación se esforzaban por mantenerse estables, les producían náuseas.

—Son las plataformas —dijo Damon, con la visión borrosa. Uno de los que corrían chocó con él y tuvo que apartarlo bruscamente para seguir su camino, con Josh pisándole los talones, hacia la apertura de la rampa en el noveno nivel—. Mazian ha salido para atacar.

La partida de Mazian para el ataque era lo único que tenía sentido.

Se oyeron gritos y se produjo un retroceso masivo en la multitud que hizo detenerse la presión. De repente el tráfico se dirigió hacia el otro lado; algo hacía retroceder a la gente. Los gritos eran frenéticos y los cuerpos se apretujaban contra ellos.

—¡Damon! —gritó Josh a sus espaldas.

No sirvió de nada. Les empujaban hacia atrás, contra los otros cuerpos. Se oyó ruido de disparos por encima de sus cabezas, y toda la masa apretujada se estremeció y estalló en alaridos. Damon extendió los brazos a modo de palancas, para evitar que le asfixiaran..., parecía que la presión iba a aplastarle la caja torácica.

Entonces la retaguardia de la multitud dio media vuelta, huyendo despavorida por alguna posible vía de escape. La muchedumbre era como una corriente impetuosa y desbordada. Damon intentó resistir para que no se lo llevaran, pues tenía su propia dirección que seguir. Una mano le cogió del brazo y Josh apareció a su lado, tambaleándose mientras la multitud empujaba y los dos hombres trataban de avanzar contra corriente.

Más disparos. Un hombre cayó al suelo... No sería el único alcanzado. El fuego se dirigía contra la multitud.

—¡Alto el fuego! —gritó Damon, todavía con una muralla humana ante él, una muralla que iba reduciéndose como segada por una guadaña—. ¡Dejen de disparar!

Alguien le cogió por detrás y tiró de él al caer al suelo alcanzado por el fuego. Damon estuvo a punto de perder el equilibrio, pero Josh le sujetó y los dos hombres siguieron corriendo. A menos de un metro delante de ellos otro hombre cayó con la espalda destrozada, y los que huían en desbandada le pisotearon.

—¡Por aquí! —gritó Josh, tirando de él hacia la izquierda, por un corredor lateral por donde huían algunos otros.

Corriendo a través del laberinto de corredores secundarios, en dirección al nivel noveno, cruzaron tres intersecciones. En todas ellas había gente despavorida, tambaleándose a causa de las oscilaciones de la gravedad. Se oyeron nuevos gritos.

—¡Cuidado! —gritó Josh, cogiendo a Damon. Este aspiró hondo y se volvió, corriendo hacia la curva elevación del corredor, en la que se alzaba el muro de división del sector.

Por un momento temió que no hubiera ninguna abertura en el muro, pero sí la había. Josh vio el pasadizo y le cogió de la manga, instándole a apresurarse hacia la pesada puerta que daba acceso a uno de los sectores habitados por los nativos.

Damon se apoyó en la pared, buscó su tarjeta y la introdujo en la ranura. La puerta se abrió emitiendo una vaharada de aire corrompido, y los dos hombres entraron en un ámbito frío y oscuro.

La puerta se cerró. Empezó el intercambio de aire y Josh miró a su alrededor, asustado. Damon buscó las máscaras en la hornacina, ofreció una a Josh, se puso otra en el rostro y respiró un poco. Estaba temblando y le costaba ajustarse la máscara a la cabeza.

—¿Adónde vamos? —le preguntó Josh, su voz alterada por la máscara—. ¿Ahora qué?

Había una linterna en la hornacina. Damon la cogió y la encendió. Buscó el interruptor de la puerta interna y abrió ésta, con un ruido que resonaba en lo alto. La luz de la linterna iluminó unos andenes. Estaban en un enrejado, y había una escala que llevaba más abajo, hasta un tubo. La disminución de la gravedad le producía vértigo. Se cogió de la barandilla.

Elene... Elene estaría en la peor de las situaciones. Tendría que ir a la superficie a cerrar las puertas de la oficina. Tenía que hacerlo. A Damon no le sería posible llegar allí, y, no obstante tenía que ayudar, alcanzar un punto desde donde pudiera hacer que las fuerzas de seguridad detuvieran la desbandada. Era preciso subir a los niveles superiores. Al otro lado de la partición estaba el sector blanco. Intentó encontrar un acceso, pero la luz de la linterna no descubrió ninguno. No había una conexión directa de una sección con otra, excepto en las plataformas, excepto en el nivel número uno. Recordó el complicado sistema de cierres... Los nativos sabían dónde estaba, él no. Pensó que debería ponerse en contacto con la central, subir a un corredor superior y alcanzar el comunicador. Todo iba mal, la gravedad desequilibrada, la Flota había despegado, quizá también los mercantes, trastornando su estabilidad, y la central no lo corregía. Algo iba absolutamente mal allá arriba.

Se volvió, tambaleándose por la súbita irrupción de la gravedad, se aferró de una barandilla inclinada hacia arriba y empezó a trepar. Josh le siguió.



## VI

### Plataforma verde

NO HABÍA RESPUESTA DE LA CENTRAL. EL COMUNICADOR MANUAL SEGUÍA indicando a la espera, entre continuas interferencias. Elene lo apagó y dirigió una frenética mirada a las filas de soldados que bloqueaban la entrada del sector verde nueve.

—Mensajero —llamó. Un joven llegó a su lado de inmediato. La avería del comunicador les había obligado a utilizar recaderos—. Ve a todas las naves ensambladas, una tras otra y tan rápido como puedas y diles que pasen el aviso a través de su propio sistema de comunicación. Diles que se queden donde están, diles... ya sabes lo que has de decirles. Hay problemas ahí afuera y se meterán de cabeza en ellos si despegan. ¡Vete!

Era muy probable que tampoco funcionaran los radares. Elene había calculado la extensión del apagón generalizado ocasionado por la Flota. La *India* y la *África* habían partido, dejando tropas para dominar la plataforma, tropas a las que no podían embarcar por falta de espacio. La señal seguía sufriendo interrupciones. No sabía qué información estaban recibiendo los mercantes, o qué mensajes podrían haber recibido las tropas a través de su propio comunicador. No sabía quién estaba al frente de las tropas abandonadas, si algún alto oficial o algún desesperado y confuso suboficial. Había una muralla de ellos en las entradas del noveno nivel en las plataformas azul y verde... un muro de soldados frente a los horizontes curvos que cerraban aquellas mismas plataformas a cada lado, los rifles dispuestos. Elene temía tanto a aquellos hombres como al mismo enemigo. Habían disparado contra la muchedumbre enloquecida, habían matado gente. Aún se oían disparos esporádicos. Elene tenía un grupo de doce colaboradores y faltaban seis de ellos... el apagón del sistema de comunicaciones la había aislado. Los demás dirigían los esfuerzos de los equipos en las plataformas para revisar los umbilicales abandonados, tratando de localizar brechas fatales. Toda la sección debería estar bajo un cierre hermético de precaución... si sus colaboradores que estaban arriba, en el control azul, podían solucionarlo. Los interruptores no funcionaban; todo el sistema estaba atascado. Las oscilaciones de la gravedad todavía les afectaban a intervalos. La masa fluida de los depósitos tenía que ser trasvasada tan pronto como pudieran funcionar las tuberías, llenando los depósitos de compensación para estabilizar la gravedad. La estación disponía de pilotos automáticos y podrían utilizarlos. En un espacio enorme como el de las plataformas, eran aterradores los altibajos del peso, inquietante premonición de que en cualquier momento podrían sufrir un flujo de uno, dos o más kilos.

—¡Señora Quen!

Elene se volvió. El mensajero no había podido pasar: algún asno en la línea de tropas debía de haberle hecho volver. Se apresuró a ir a su encuentro, hacia la línea que súbitamente, de un modo inexplicable, se había vuelto hacia ellos, los rifles apuntándoles.

Un griterío rugió a sus espaldas. Volvió la vista y, en el curvado horizonte vio una informe oleada de gente que corría, bajando por aquella pared aparente hacia ellos, más allá del arco que cubría la sección. *Revuelta*.

—¡El cierre hermético! —gritó Elene al inútil comunicador manual.

Las tropas se movieron. Elene se encontraba entre los soldados y la gente que corría. Se dirigió hacia la maraña de estructuras metálicas, el corazón golpeando con violencia, mirando atrás para ver el avance de las tropas, que estrecharon su perímetro, pasaron por su lado, algunos soldados tomando posiciones entre las estructuras metálicas. Elene oprimió los botones del comunicador manual, tratando desesperadamente de ponerse en contacto con su oficina.

—¡Bajad el cierre!

Pero la muchedumbre había rebasado el control del sector azul, su ruido crecía, era como una marea avanzando hacia ellos mientras otros seguían bajando por el horizonte, una masa interminable. De repente Elene se dio cuenta del aspecto de aquellos rostros, que no reflejaban pánico sino odio. Aquella gente estaba provista de armas, trozos de tuberías y porras...

Las tropas abrieron fuego. Surgieron gritos mientras caía la primera fila. Elene estaba paralizada, a menos de veinte metros de la retaguardia de las tropas, viendo que eran más y más los revoltosos que avanzaban hacia ellos por encima de sus muertos.

Eran los internos de cuarentena, que se habían liberado. Blandían armas y gritaban de un modo ensordecedor. Y su número era interminable.

Elene se volvió y echó a correr, tambaleándose por el flujo de la gravedad, siguiendo a sus propios equipos de plataforma y a los nativos desperdigados que al ver el conflicto entre humanos huían en busca de refugio.

El ruido aumentó a sus espaldas.

Redobló la velocidad de su carrera, una mano en el vientre, tratando de suavizar la conmoción producida por el esfuerzo en unas condiciones de gravitación fluctuantes. Oía gritos a sus espaldas, casi ahogados por el fragor. Superarían a las tropas, se apoderarían de los rifles, ganarían por la pura fuerza numérica. Miró atrás y vio que del sector verde noveno surgían gentes que corrían y pasaban por el lado de las tropas, sus rostros reflejando pánico. Elene aspiró hondo y siguió corriendo, a pesar del dolor que sentía en el arco pélvico, trotando cuando podía y tambaleándose con los accesos de gravedad. La gente que corría empezó a rebasarla, primero unos pocos avanzados, luego otros más, como una inundación que pasó con ella bajo el arco del sector blanco. Y en el horizonte, delante de ella, una oleada humana irrumpía

en las intersecciones, procedentes de las entradas al noveno nivel, miles y miles de ellos que barrían el horizonte y corrían hacia las naves mercantes en la plataforma, sus gritos mezclándose con los gritos de la muchedumbre que corría detrás, hombres y mujeres chillando y empujándose entre sí.

Aquellas personas pasaron por su lado en número cada vez mayor... ensangrentados, vomitando, blandiendo armas, gritando. Elene sintió un golpe en la espalda y cayó sobre una rodilla. El hombre que había chocado con ella siguió corriendo. Otro chocó después... se tambaleó y siguió corriendo. Ella se levantó del suelo, con un brazo insensible, e intentó sujetarse en las estructuras metálicas, bajo el refugio de tuberías y vigas de sostén. Desde uno de los accesos a las naves surgieron disparos.

—¡Quen! —gritó alguien. No sabía quién era, miró a su alrededor, trató de avanzar contra la corriente humana y cayó al suelo en medio de la muchedumbre.

—¡Quen!

Una mano la cogió del brazo y la levantó. Un arma disparó por encima de su cabeza. Otros dos la cogieron, arrastrándola entre la multitud. Algo le golpeó la cabeza, sólo levemente, y ella se tambaleó, antes de caer junto con los hombres que la sujetaban entre la maraña de tuberías y estructuras metálicas. Se oían gritos y disparos. Otros se abalanzaron en su busca y ella se puso tensa, dispuesta a luchar, creyendo que eran revoltosos, pero una muralla de cuerpos la cubrió, junto con los hombres que estaban con ella, todos mercaderes.

—Atrás, atrás —gritaba alguien—. ¡Están entrando!

Subieron por una rampa a una escotilla abierta y penetraron en un tubo articulado y frío, con un resplandor blanco amarillento. El acceso a una nave.

—¡No quiero subir a bordo! —protestó ella, pero no le quedaba aliento para rebelarse y no tenía más opción que la nave o los revoltosos.

La arrastraron por el tubo, y los que habían guardado la entrada entraron tras oprimir el cierre, apretándose unos contra otros en el reducido espacio. Quedaron hacinados cuando entraron los últimos desesperados. La puerta siseó y se cerró con un sonido metálico, y Elene se estremeció... por algún milagro la puerta no había atrapado los miembros de alguno de los últimos en entrar.

La escotilla interior les dio acceso a un corredor con ascensores. Un par de hombres corpulentos empujaron a los otros y sujetaron a Elene para que no cayera, mientras una voz atronaba órdenes a través del comunicador. A Elene le dolía el vientre y los muslos; se apoyó en la pared y descansó hasta que uno de los hombres le tocó un hombro con suavidad.

—Estoy bien —dijo ella—. Completamente bien.

La tensión de la huida remitía. Se echó el cabello hacia atrás, miró a los hombres, a los dos que habían estado allá fuera con ella, ayudándole a abrirse paso entre la marea humana y apartando alborotadores de su camino. Los conocía, como conocía el parche que llevaban, negro, sin emblema: *Finity's End*, la nave que había perdido

uno de sus tripulantes en la estación; los hombres con los que había tratado aquella mañana. Quizá se dirigían a su nave, y se habían desviado para librar a una Quen de aquella situación.

—Gracias —les dijo—. El capitán, por favor... Tengo que hablar con él enseguida.

No pusieron objeciones. El hombretón, Tom —recordó su nombre—, le puso un brazo alrededor de los hombros y la ayudó a caminar. Su primo abrió la puerta del ascensor y oprimió un botón interior. Salieron a un amplio centro, ligeramente inclinado en aquel momento debido a la falta de rotación. La sala principal y el puente de mando estaban abajo, el puente delante, y los dos hombres la acompañaron allí. Ahora se sentía mucho mejor. Entró sin ayuda en el puente y avanzó entre las hileras de maquinaria y la tripulación reunida. La familia de aquella nave se llamaba Neihart y su base había estado en Viking. Los mayores estaban en el puente. Había también algunos jóvenes; los niños debían estar recogidos en algún lugar seguro. Elene reconoció a Wes Neihart, el jefe de la familia, con cicatrices y el cabello blanco, el rostro pesaroso.

—Hola, Quen.

—Señor. —Estrechó la mano del hombre, rechazó la oferta de asiento y se apoyó en el respaldo del sillón—. Ha habido un levantamiento en cuarentena; los internos se han liberado. Y el comunicador está fuera de servicio. Por favor, póngase en contacto con las demás naves... páseles el aviso... No sé lo que ocurre en la central, pero Pell está en un grave conflicto.

—No vamos a aceptar pasajeros —dijo Neihart—. Hemos visto cuál es el resultado, y usted también. Así que no lo pida.

—Escúcheme. La Unión está ahí afuera. Nosotros somos un cascarón... alrededor de esta estación. Tenemos que estarnos quietos. ¿Me dejará usar el comunicador?

Hablaba por Pell, lo había hecho con aquel capitán y con todos los demás; pero estaba bajo la protección de aquel hombre, no en Pell, y ella era una mendiga que no tenía una nave.

—Es un privilegio del jefe de plataforma —concedió el capitán de súbito, y señaló los tableros—. El comunicador es suyo.

Ella hizo un gesto de gratitud y los hombres le indicaron el tablero más próximo. Al sentarse notó un calambre en el bajo vientre, y se llevó una mano allí, rogando que no se tratara del bebé. Tenía un brazo insensibilizado y le dolía la espalda, donde la habían golpeado. Veía borrosos los instrumentos mientras se colocaba el audífono, y parpadeó para enfocar el tablero, tratando de enfocar su mente al mismo tiempo que su visión. Oprimió los botones para comunicar de nave a nave.

—Aviso a todas las naves para que lo graben y transmitan. Les habla Elene Quen, del control de plataforma de Pell y enlace de la estación, a bordo de la nave *Finity's End* del capitán Neihart en la plataforma blanca. Solicito a todos los mercantes ensamblados que activen los cierres herméticos y no —repito: negativo— admitan a

ningún estacionado en sus naves. Pell no está en evacuación. Transmitan esto al exterior si pueden hacerse oír por los altavoces. El comunicador de la estación está averiado. Aquellas naves ensambladas en la plataforma, si pueden soltarse con seguridad desde el interior, háganlo; pero no abandonen la plataforma. Y las naves que estén en formación, manténgala. La estación compensará y tendrá de nuevo estabilidad. Repito, Pell no está en evacuación. Hay una acción militar en curso dentro del sistema. Evacuar la estación no servirá de nada. Por favor, si es posible transmitan lo siguiente al exterior: Atención. Por orden del jefe de la estación, se requiere que todas las fuerzas de la misma hagan cuanto puedan a fin de restablecer el orden en las zonas en que se encuentren. No intenten ir a la central. Quédense donde están. Ciudadanos de Pell: corren serio peligro de revuelta. Levanten barricadas en todas las entradas de las secciones y prepárense para defenderlas evitando el movimiento de los grupos destructores. Los internos de cuarentena se han liberado. Si huyen presa del pánico contribuirán a aumentar la revuelta y pondrán sus vidas en peligro. Defiendan las barricadas. Podrán defender la estación zona por zona. El comunicador general de la estación no funciona a causa de la intervención militar, y el flujo gravitacional se debe al despegue no autorizado de naves militares. La estabilidad se restablecerá lo antes posible. A los refugiados que han salido de cuarentena: apelo a ustedes para que contribuyan con sus esfuerzos al establecimiento de líneas de defensa y barricadas junto con los ciudadanos de Pell. La estación negociará con ustedes respecto a su situación. Su cooperación en esta crisis causará una profunda impresión en Pell, y así se aseguran ustedes una consideración favorable cuando se estabilice esta situación. Por favor, quédense donde están, defiendan sus zonas y recuerde que esta estación también mantiene sus vidas. A todos los mercaderes: por favor, cooperen conmigo en esta emergencia. Si disponen de información, pásenmela a la *Finity's End*. Esta nave servirá como cuartel general durante la emergencia. Les ruego que se comuniquen de nave a nave y retransmitan los avisos apropiados a los sistemas exteriores. Espero su contacto.

Llegaron numerosos mensajes, frenéticas solicitudes de más información, ásperas demandas, amenazas de abandonar la plataforma enseguida. Alrededor de Elene, los tripulantes de la *Finity's End* efectuaban sus propios preparativos para emprender el vuelo.

Elene confiaba que en cualquier momento el comunicador volvería a funcionar, transmitiendo las instrucciones de la central y permitiendo el contacto con el mando... con Damon, quien podría estar o no en la central. Esperaba que no estuviera en aquellos corredores en medio de los alborotadores huidos de cuarentena. Era mediodía, la peor de todas las horas, cuando los corredores de Pell estaban rebosantes de transeúntes que salían de oficinas y talleres...

El puesto de emergencia de Damon era la plataforma azul. Tal vez habría tratado de llegar allí. Lo habría intentado, pues ella la conocía bien. Las lágrimas empañaron sus ojos. Apretó el puño sobre el brazo del sillón, tratando de olvidar el dolor de su

vientre, que iba disminuyendo.

—Acaba de ser activado el cierre hermético de la sección blanca —les transmitieron desde *Sita*, que estaba situada en un buen lugar de observación.

Otras naves transmitieron informes de otros cierres herméticos en funcionamiento. Pell se había segmentado para defenderse, y aquélla era la primera señal de que aún le quedaban reacciones defensivas.

—Hay algo en el radar —le dijo con voz trémula un miembro de la tripulación que estaba detrás de ella—. Podría ser un mercante fuera de formación. O podría no serlo.

Elene se enjugó el rostro y trató de concentrarse en las venas de sus manos.

—Que todo el mundo permanezca quieto —dijo—. Si rompemos esos umbilicales mataremos a miles ahí afuera. Utilicen los mecanismos manuales de cierre hermético. Pongan el máximo cuidado para no romper esas conexiones.

—Eso requiere tiempo y quizá no lo tengamos —dijo alguien.

—Por eso hay que empezar a hacerlo.

## VII

### **Pell: Sector azul-uno; Mando central**

**H**ABÍA DISMINUIDO EL NÚMERO DE LUCES ROJAS ENCENDIDAS EN LOS TABLEROS. Jon Lukas iba de un puesto a otro y observaba las manos de los técnicos, miraba el radar, contemplaba la actividad en todos los lugares donde todavía les funcionaba el monitor. Hale montaba guardia al otro lado de las ventanas, en la central del comunicador, con Daniels. Clay estaba allí, a un lado de la estancia, Lee Quale en el otro, y había más miembros de seguridad de la Compañía Lukas, ninguno perteneciente a la estación. Los técnicos y directores no cuestionaban nada y se dedicaban febrilmente a trabajar en las emergencias que se producían.

Flotaba un temor en la estancia que superaba al miedo del ataque exterior. La presencia de armas, el apagón que se prolongaba... Jon pensó que sabían muy bien que el silencio de Angelo Konstantin era anormal, que había algo extraño en el hecho de que ninguno de los Konstantin o sus lugartenientes estuviesen presentes.

Un técnico le entregó un mensaje y regresó precipitadamente a su puesto sin mirarle a los ojos. Era una repetida petición desde la base principal de Downbelow. Aquel era un problema que podían posponer, pues ahora estaban en poder de la central y las oficinas, y Jon no tenía intención de responder a la solicitud. Dejaría que Emilio pensara que el silencio de la central se debía a órdenes militares.

Las pantallas de radar mostraban una siniestra falta de actividad. Estaban sentados allá afuera, esperando. Recorrió de nuevo la estancia y miró abruptamente cuando se abrió la puerta. Todos los técnicos se quedaron inmóviles, olvidados sus deberes, paralizados sus movimientos al ver el grupo que apareció allí. Civiles armados con rifles, con otros a sus espaldas.

Eran Jessad, dos de los hombres de Hale y un agente de seguridad ensangrentado. Era uno de los suyos.

—El área está segura —informó Jessad.

—Señor. —Un director se levantó de su puesto—. Consejero Lukas... ¿qué está ocurriendo?

—Que se siente ese hombre —ordenó secamente Jessad, y el director se aferró al respaldo de su asiento y dirigió a Jon una mirada de débil esperanza.

—Angelo Konstantin ha muerto —dijo Jon, mirando una tras otra las caras asustadas—. Ha muerto en el alboroto, con todo su personal. Unos asesinos irrumpieron en las oficinas. Sigán trabajando. Aún no hemos terminado con esto.

Los rostros y las espaldas se volvieron, y los técnicos trataron de hacerse invisibles mediante su eficiencia. Nadie hablaba. Su obediencia infundió ánimo a Jon.

Volvió a recorrer la sala y se detuvo en el centro.

—Sigan trabajando y escúchenme —dijo alzando la voz—. El personal de la Compañía Lukas se encarga de la seguridad de este sector. En todas partes tenemos la clase de situación que ven ustedes en las pantallas. Vamos a reparar el comunicador, solamente para transmitir desde este centro, y los anuncios que se hagan deberán tener todos mi visto bueno. En este momento no hay otra autoridad en la estación que la Compañía Lukas, y con el fin de evitar daños a la estación, dispararé contra quien sea. Tengo hombres a mi mando que lo harán sin vacilación. ¿Está claro?

No hubo comentarios, ni siquiera se movió una sola cabeza. Tal vez era algo que aceptaban temporalmente, con los sistemas de Pell en equilibrio precario y los huidos de cuarentena alborotando en las plataformas.

Jon respiró hondo y miró a Jessad, el cual le hizo un gesto tranquilizador de satisfecho asentimiento.

La maraña de escalas se extendía por delante y detrás, un laberinto de tubos por encima de sus cabezas, y la temperatura era muy baja. Damon dirigía la linterna en todas direcciones, sin encontrar una salida. Se apoyó en una barandilla y se sentó en el enrejillado, mientras Josh lo hacía junto a él. Ambos respiraban pesadamente y estaban extenuados. Les latía la cabeza. No había aire suficiente para compensar el gasto de oxígeno debido a sus movimientos. Y el laberinto en el que se encontraban se dividía en varios ramales, pero con una lógica, pues los ángulos eran precisos. Se trataba de contar. Damon procuró no olvidar el camino que habían seguido.

—¿Nos hemos perdido? —le preguntó Josh jadeante.

Él movió la cabeza y dirigió la linterna hacia arriba, mostrando la dirección que deberían seguir. Había sido una locura meterse allí, pero estaban vivos e íntegros.

—El siguiente nivel... deberían ser dos, supongo... Saldremos, echaremos un vistazo y veremos cómo van las cosas por ahí...

Josh asintió. Se habían detenido las oscilaciones de la gravedad. Aún oían ruido, pero en aquel laberinto no podían estar seguros de dónde procedía. Gritos distantes. En una ocasión oyeron un fuerte chirrido resonante, y Damon pensó que podían ser los grandes cierres herméticos. Parecía que todo iba mejor, confiaba en que así fuera... Se puso en movimiento sobre la estructura metálica, se cogió de nuevo a la barandilla y empezó a trepar por el último tramo. Estaba inquieto por Elene, por todo aquello de lo que se había separado al internarse en aquel laberinto. Fueran cuales fueran los riesgos, tenía que salir.

Hubo un barboteo de sonido radiofónico mezclado con interferencias que atronó a través de los túneles.

—El comunicador —dijo Damon—. Vuelve a funcionar.

«Esto es un anuncio general. Nos estamos aproximando a la estabilización de la gravedad. Pedimos a todos los ciudadanos que no se muevan de las zonas en las que



se encuentran y no intenten cruzar los límites de las secciones. Todavía no se tienen noticias de la Flota y no es de esperar ninguna todavía. No hay indicio alguno en los radares. No prevemos ninguna acción militar en las inmediaciones de la estación... Con gran pesar comunicamos el fallecimiento de Angelo Konstantin a mano de los alborotadores y la violenta desaparición de otros miembros de la familia. Si alguno de ellos está a salvo, se le ruega que se ponga en contacto con la central de la estación lo antes posible. Todo familiar de Konstantin, o quien conozca su paradero, por favor póngase en contacto inmediatamente con la central. El consejero Jon Lukas actúa como jefe de la estación en funciones en esta crisis. Por favor, presten plena cooperación al personal de la Compañía Lukas que se encarga de las tareas de seguridad en esta emergencia».

Damon se sentó en los escalones. Sentía un frío más intenso que el del ambiente. No podía respirar. Se dio cuenta de que estaba llorando, y las lágrimas empañaban la luz y le sofocaban el aliento.

«...anuncio —empezó a repetir el comunicador—. Nos estamos aproximando a la estabilización de la gravedad. Pedimos a todos los ciudadanos...»

Una mano se posó en su hombro y le hizo volverse.

—Damon —le dijo Josh por encima del ruido. Estaba entumecido. Nada tenía sentido.

—Muerto —dijo estremeciéndose—. Oh, Dios mío...

Josh le miró y le quitó la linterna de la mano. Damon se levantó para trepar el último tramo, hacia el acceso que según pensaba, debería estar allí.

Josh le retuvo con fuerza y le obligó a volverse contra la pared metálica.

—No vayas —le dijo en tono de súplica—. Damon, no salgas ahora.

Las pesadillas paranoicas de Josh. Ahora las tenía reflejadas en el rostro. Damon se apoyó en la pared, su mente girando en todas direcciones, sin una orientación clara. Pensó en Elene.

—Mi padre... mi madre... están en azul uno. Nuestros guardias estaban en ese sector. Nuestros propios guardias.

Josh no dijo nada.

Damon intentó pensar, pero la confusión seguía dominándole. Había habido movimiento de tropas. La Flota había partido. Se habían producido asesinatos... allí donde mayor era la seguridad de Pell...

Se volvió hacia el otro lado, aquel por el que habían llegado hasta allí, las manos temblándole tanto que apenas podía sujetarse a la barandilla. Josh le alumbró con la linterna y lo cogió de un hombro para detenerle. Él se volvió y miró el rostro de Josh distorsionado por la luz, como una máscara.

—¿Adónde vas? —le preguntó el muchacho.

—No sé quien tiene el control ahí arriba. Dicen que es mi tío. No lo sé.

Hizo un gesto para apoderarse de la linterna. Josh se la entregó sin resistencia y Damon dio media vuelta y empezó a bajar los escalones tan rápidamente como podía,

Josh le siguió desesperadamente.

Bajaron de nuevo. Era fácil descender. Damon se apresuró hasta el límite de su aliento y su equilibrio, hasta que sintió vértigo y la luz de la linterna giró alocada alrededor de la estructura y los túneles. Tropezó, se irguió de nuevo y siguió bajando.

—Damon —protestó Josh.

No tenía aliento suficiente para discutir. Siguió bajando hasta que la falta de aire le nubló la visión, se sentó en los escalones tratando de aspirar suficiente aire a través del respirador para continuar su camino sin perder el conocimiento. Sintió que Josh se apoyaba a su lado, jadeando, en la misma condición crítica que él.

—Las plataformas —dijo Damon—. Bajaremos allí... iremos a las naves. Elene ha de estar allí.

—No podemos pasar.

Miró a Josh y se dio cuenta de que arrastraba con él a otra persona, cuya vida estaba poniendo en peligro. Pero no tenía alternativa. Se levantó y empezó a bajar de nuevo, sintiendo la vibración de los pasos de Josh tras él.

Las naves estarían herméticamente cerradas. Elene se encontraría a bordo de alguna o encerrada en las oficinas, o muerta. Si las tropas la habían atacado... si por alguna insensata razón... estaban reduciendo la estación a la impotencia en previsión de su toma por parte de la Unión...

Pero al parecer Jon Lukas estaba allí arriba, en la central.

¿Había fracasado alguna acción? ¿Había impedido Jon de alguna manera que atacaran la central?

Perdió la cuenta de las paradas para respirar, de los niveles por los que pasaban. *Abajo, abajo*, era como una obsesión. Por fin llegó al fondo, un enrejado súbitamente más amplio, y no se dio cuenta de lo que era hasta que buscó con la linterna y vio que ya no había más escalas. Caminó a lo largo del enrejado, vio el débil resplandor de una luz azul que estaba sobre una puerta de acceso. Llegó a ella y oprimió el interruptor; la puerta se deslizó con un siseo y Josh le siguió a la luz más intensa de la cámara. La puerta se cerró y comenzó el intercambio de aire. Damon se quitó la máscara y respiró hondo, un aire frío y levemente hediondo. La cabeza le latía con violencia. Su vista borrosa se posó en el rostro sudoroso de Josh, todavía con la máscara, turbado.

—Quédate aquí —le dijo apenado—. No te muevas. Si soluciono esto, volveré. En caso contrario, decide tú mismo lo que has de hacer.

Josh se apoyó en la pared, los ojos vidriosos.

Damon dirigió su atención a la puerta, esperó a que su respiración volviera a la normalidad, se frotó los ojos para aclarar su visión y finalmente oprimió el botón y accionó la puerta. Le cegó la luz. Se oían gritos allí afuera, alaridos, olía a humo. «El área de habitabilidad», pensó con un escalofrío... se encontró en uno de los pasillos menores y echó a correr. Oyó ruido de pasos tras él y miró atrás.

—Vuelve —le dijo a Josh—. Regresa ahí adentro. No tenía tiempo para discutir

con él. Siguió corriendo por el pasillo. Debía estar en el sector verde y aquella dirección debía conducir al nivel noveno... todas las señales indicadoras habían desaparecido. Vio que había disturbios más adelante, gente que corría alocada por los corredores, algunas personas provistas de trozos de tubería, y había un cuerpo tendido en el suelo... Lo esquivó y siguió adelante. Los alborotadores no parecían de Pell. Estaban sucios, sin afeitar... De repente supo quienes eran, y corrió con todas las fuerzas que era capaz de reunir, dobló una esquina del pasillo y siguió adelante hacia las plataformas, avanzando por el lugar más próximo posible sin penetrar en el corredor principal. Al final no tendría más remedio que hacerlo y se mezclaría con los que corrían como si fuera uno de ellos. Había más cadáveres en el suelo, y los saqueadores campaban por sus respetos. Se abrió paso entre hombres que portaban trozos de tuberías y cuchillos. Algunos de ellos tenían armas de fuego...

La entrada a la plataforma estaba cerrada, con el cierre hermético. Damon lo vio, y se hizo a un lado cuando un saqueador se acercó blandiendo una tubería contra él, sin más motivo que el hecho de estar en medio del camino.

El atacante siguió avanzando, trazó un semicírculo y acabó contra la pared... Josh le golpeó la cabeza en la pared y se apoderó del trozo de tubería.

Damon giró sobre sus talones y echó a correr en dirección a las puertas cerradas. Se llevó una mano al bolsillo en busca de la tarjeta que le permitiría superar el hermetismo del cierre.

—¡Konstantin! —gritó alguien tras él.

Se volvió y vio a un hombre que le apuntaba con un arma. Desde algún lugar salió disparado un trozo de tubería que alcanzó al hombre, y un grupo de saqueadores se abalanzaron sobre el cuerpo caído para apoderarse del arma. Presa del pánico, Damon se volvió e introdujo la tarjeta en la ranura. Se abrió la puerta que daba acceso a la vasta plataforma, por donde corrían otros saqueadores. Damon corrió, aspirando el aire frío, en dirección al sector blanco, donde vio otros grandes cierres colocados, los cierres de plataforma, dos niveles altos y estancos. Estuvo a punto de caer de agotamiento, pero hizo un esfuerzo para mantener el equilibrio y seguir adelante, ascendió por la curva que se abría ante él, oyendo las pisadas de alguien que le seguía y confiando en que fuera Josh. La tirantez que había empezado a sentir en un costado, empezó a convertirse en un dolor lacerante... Pasó al lado de tiendas saqueadas, las oscuras puertas abiertas, llegó a la pared de al lado de los enormes cierres, buscó la pequeña cerradura personal e introdujo en ella su tarjeta.

La cerradura no funcionaba. Empujó con más fuerza, pensando que podría haber fallado el contacto, insertó otra vez la tarjeta. No había corriente. Al menos deberían haberse iluminado los botones, dándole oportunidad de marcar un código de prioridad, o mostrar la roja señal de peligro.

—¡Damon! —Josh llegó a su lado, le cogió del hombro y le hizo volverse. Había gente moviéndose tras ellos, treinta, medio centenar, surgiendo por todos los lados de la plataforma... desde el sector verde noveno, en número cada vez mayor.

—Saben que has abierto una puerta —le dijo Josh—. Saben que tienes la posibilidad de lograr acceso.

Él los miró. Sacó la tarjeta de la ranura. Era inútil; desde control habían inutilizado su código.

—Damon.

Cogió a Josh y corrió, y la muchedumbre empezó a seguirles aullando. Se dirigió a las puertas abiertas, a las tiendas, al umbral oscuro de la más próxima. Una vez dentro oprimió el botón de cierre hermético. Aquello al menos funcionaba.

El primer alborotador golpeó la puerta, la aporreó. Rostros despavoridos se apretaron contra la superficie de plástico, la golpearon con los trozos de tubería, rayándola; pero el cierre era de seguridad, como en todas las tiendas de las plataformas... estaban presurizadas y no tenían ventanas, salvo un círculo de doble grosor.

—Aguantará —dijo Josh.

—No creo que podamos salir —dijo Damon—. No creo que podamos hacerlo hasta que vengan a buscarnos.

Josh le miró; estaba cerca de la ventana circular, pálido a la luz que entraba por el plástico transparente.

—Han anulado el código de mi tarjeta y ya no funciona. Quien quiera que esté en la central de la estación ha inutilizado mi tarjeta. —Miró la superficie de plástico, en la que iban ahondándose las muescas—. Creo que nos hemos metido en una trampa.

Los golpes continuaron. Los hombres del exterior estaban enloquecidos. No eran asesinos, no les impulsaba la toma de rehenes. No eran más que gente desesperada que tenía un punto en el que centrar su desesperación. Residentes de cuarentena con un par de estacionados al alcance de la mano. Las cicatrices eran más y más hondas en el plástico, y ya casi oscurecían los rostros, las manos y las armas. Existía la remota posibilidad de que pudieran quebrar el duro material y entrar en la tienda.

Y si eso ocurría, no habría necesidad de asesinos.

## VIII

### Norway: 1300 h.

AHORA TODO CONSISTÍA EN UN JUEGO: ESPERAR, SONDEAR Y DESVANECERSE. Como espectros, pero bastante sólidos allá afuera, en algún lugar más allá de los límites del sistema. La *Tibet* y la *Polo Norte* habían perdido contacto con el enemigo que se aproximaba. La Unión había dado media vuelta, al coste de una de las naves auxiliares de la *Tibet*... y otra de la Unión. Pero el juego distaba mucho de haber terminado. Los mensajes seguían surgiendo del comunicador de ambos mercantes, mensajes serenos, tranquilizadores. Signy se mordió el labio y miró las pantallas ante ella. La *Norway* mantenía su posición junto con el resto de la Flota, tras haber reducido velocidad, deslizándose por el impulso adquirido, todavía no demasiado alejada de las masas de Pell IV y III y de la misma estrella. Habían evitado que les atrajeran las masas y permanecían detenidos. Ahora era preciso utilizar la masa para protegerse de una llegada repentina. No era probable que la Unión fuese tan arriesgada como para entrar mediante el salto —no era ése su estilo— pero tomaron la precaución. Allí, donde estaban, seguían constituyendo un blanco. Si esperaban mucho más incluso los conservadores comandantes de la Unión podrían rodear el círculo cubierto por los radares para encontrar nuevas líneas de ataque, tras los oportunos sondeos; los lobos rodearían la hoguera, tratarían de penetrar en el círculo iluminado donde ellos permanecían, visibles, inmóviles y vulnerables. La Unión disponía de espacio allá afuera y podía iniciar una buena carrera, demasiado rápida para que ellos pudieran reaccionar.

Durante algún tiempo habían llegado malas noticias de Pell, interrupciones del silencio, rumores de graves desórdenes.

Mazian permanecía en silencio, y uno de ellos se atrevió a romperlo con un mensaje inquisitivo. «Vamos», pensó Signy dirigiéndose mentalmente a Mazian, «déjanos libres a algunos para ir de caza». Las naves auxiliares colgaban de la *Norway* en un amplio despliegue, al igual que en las otras naves. Veintisiete naves auxiliares y siete transportes, y treinta y dos naves militares tratando de mantenerse en formación, algunas de ellas indistinguibles en el radar de las naves auxiliares, dos de ellas transportes convertidos en naves de guerra. Mientras la Flota permaneciera inmóvil, sin revelarse con bruscos movimientos y velocidad, cualquiera que observase el radar tenía que preguntarse si algunas de aquellas naves lentas no serían naves de guerra que disfrazaban sus movimientos. La nave auxiliar de la *Tibet* había regresado a la nave nodriza, y la *Tibet* y *Polo Norte* tenían siete auxiliares y once naves militares en su área, todas ellas incapaces de adquirir la velocidad adecuada y

que se utilizaban militarmente por necesidad. No podrían apartarse del camino, por lo que aparecían inevitablemente en la pantalla, como si pudieran confiar en que el ataque vendría por aquella dirección. La Unión las había percibido. Aguijoneó la formación y desapareció del radio de alcance. Probablemente era Azov quien estaba allí, uno de los veteranos de la Unión, de los mejores. Ligero como una pluma, daba el golpe y se escabullía sin dejar rastro. De ese modo había acabado con la vida de más de un buen comandante que no merecía morir de aquél modo.

Los nervios iban en aumento. Los técnicos del puente miraban a Signy de vez en cuando. El silencio a bordo era parejo al silencio entre las naves, y la inquietud se contagiaba.

Un técnico de comunicación se volvió en su asiento y miró a Signy.

—La situación empeora en Pell.

Se alzó un murmullo entre los demás técnicos.

—Ocupaos de vuestros asuntos —dijo ella acremente—. Es probable que el ataque se produzca desde cualquier lado. Olvidaos de Pell o nos los encontraremos encima antes de darnos cuenta. ¿Me oís? Echaré al vacío a aquel que sueñe despierto. —Entonces se dirigió a Graff—: Estado de preparación.

En lo alto se encendió la luz azul. Eso los espabilaría. Una luz brilló en el tablero de Signy, indicando la entrada en funcionamiento de la sonda. El sondista y sus ayudantes estaban preparados.

Alargó la mano al teclado del ordenador y tecleó un código para grabar instrucciones. La sonda de la *Norway* empezó a apuntar hacia la estrella de referencia, para proceder a la identificación y refugiarse en ella, por si acaso... por si surgía algo imprevisto en sus planes y Mazian, que también habría recibido aquel informe de Pell, pensara en huir. La *Europe* aún no transmitía nada. Mazian reflexionaba, o ya había adoptado una decisión y confiaba en que sus capitanes tomarían precauciones. Signy grabó una señal para el técnico de salto. El tablero se iluminó. Los monitores de las aspas generadoras reflejaron el incremento de potencia que les daba la posibilidad de efectuar el salto si era necesario. Si la Flota salía del área de Pell, podría ocurrir que no todos llegaran al lugar que les habían indicado, en el punto más cercano sin gravedad. Y eso significaría el fin de la Flota y la desaparición de todo obstáculo entre la Unión y Sol.

Los mensajes que captaba el comunicador, procedentes de Pell, eran realmente sombríos.

## IX

### Acceso de los nativos

**HOMBRES-CON-ARMAS.** LOS OÍDOS DE KEEN TODAVÍA CAPTABAN LOS GRITOS EN el exterior, la terrible lucha. Satén se estremeció cuando algo golpeó contra la pared. Temblaba sin poder encontrar una razón a lo que sucedía... pero los Lukas eran los causantes, y los Lukas daban órdenes, tenían poder allá arriba. Dienteazul la abrazó, le susurró algo, la instó, y ella acudió, tan silenciosa como los otros. Por encima y por debajo de ellos se oían las pisadas de los pies desnudos de los hisa, que se movían en la oscuridad, como una corriente continua. No se atrevían a utilizar luces, que podrían descubrir a los hombres donde se encontraban.

Había algunos delante de ellos y otros detrás. El Viejo en persona los dirigía, el extraño hisa que había descendido de los altos lugares y les daba órdenes sin decirles por qué. Algunos se habían rezagado, temiendo a los extraños, pero había armas de fuego detrás, humanos enloquecidos, y no tardarían en unirse apresuradamente a sus compañeros.

Se oyó una voz humana a lo lejos, en los túneles, resonante. Dienteazul siseó y empujó, avanzó con más rapidez en su ascensión, y Satén le siguió tan rápidamente como podía, sofocada por el esfuerzo, su pelaje húmedo y sus manos resbalando en las barandillas recubiertas por el sudor de otras manos.

—Deprisa —susurró una voz de hisa desde los altos y oscuros lugares, y unas manos les ayudaron a subir todavía más, hasta llegar a un sitio donde brillaba una luz mortecina, silueteando al hisa que esperaba allí. Había un acceso. Satén se puso la máscara y subió hacia las puertas, cogió a Dienteazul de la mano, por temor a perderle en el lugar donde llegó primero el Viejo.

Llegaron a la antecámara del acceso y todos se apretujaron en el reducido espacio. El cierre hermético interior cedió a la masa de cuerpos marrones de los hisa, aupados apresuradamente por otros hisa que permanecían en pie, de cara al exterior, protegiéndolos de lo que había más allá.

Tenían armas, trozos de tubería, como los que llevaban los hombres. Satén estaba aturdida y tendió la mano atrás para buscar a Dienteazul, aferrándose a su presencia en medio de aquella muchedumbre pululante y airada, bajo la luz blanca de los humanos. En aquel corredor no había más que hisas, llenándolo hasta las puertas cerradas en el extremo. Una de las paredes estaba manchada de sangre, cuyo olor no les llegaba a través de las máscaras. Satén miró despavorida en la dirección a que les empujaba la muchedumbre, y notó una mano suave en su brazo, que no era de Dienteazul, y que la dirigía. Cruzaron una puerta y entraron en una sala de los

humanos, vasta y poco iluminada. La puerta se cerró tras ellos.

—Silencio —les dijeron sus guías.

Satén miró a su alrededor llena de pánico para ver si Dienteazul seguía con ella, y él le cogió una mano. Caminaron nerviosamente en compañía de sus guías mayores, a través del espacioso lugar humano, con mucho cuidado, porque temían y respetaban las armas y la cólera del exterior. Otros, todos Viejos, surgieron de entre las sombras y les saludaron.

—Narradora —le dijo uno de los Viejos, tocándola en señal de bienvenida.

Le dio un abrazo, y otros salieron de un umbral muy brillante y la abrazaron también, lo mismo que a Dienteazul. Aquel honor la dejó perpleja.

—Venid —les dijeron.

Entraron en aquel espacio brillante, una sala sin límites con una cama blanca en la que yacía un humano dormido, y una hisa muy vieja agachada a su lado. La oscuridad y las estrellas rodeaban la estancia, pues las paredes parecían estar y no estar a la vez, y de repente, el gran Sol se asomó por encima de ellos y de la Soñadora.

—Ah —exclamó Satén, consternada, pero la vieja hisa se levantó y le tendió las manos en ademán de bienvenida.

—La Narradora —decía el Viejo, y la más vieja de todos dejó un momento a la Soñadora para abrazarla.

—Muy bien, muy bien —dijo tiernamente la más vieja.

—Lily —llamó la Soñadora, y la más vieja se volvió, se arrodilló al lado de la cama para atenderla y le acarició el cabello grisáceo.

Unos ojos maravillosos se volvieron hacia ellos, vivaces en un rostro blanco y sereno, el cuerpo envuelto en ropas blancas, todo era blanco allí, excepto la hisa llamada Lily y la negrura que se expandía a su alrededor, tachonada de estrellas. El sol se había desvanecido. Ahora estaban solos.

—Lily repitió la Soñadora—. ¿Quiénes son?

La Soñadora la miraba precisamente a ella, a Satén, y Lily le hizo un gesto para que se acercara. Satén se arrodilló, y Dienteazul a su lado, mirando con reverencia los afables ojos de la Soñadora, la Soñadora del Mundo Superior, la compañera del gran Sol, que danzaba en sus paredes.

—Te amo —susurró Satén—. Te amo, Sol-ella amiga.

—Te amo —dijo a su vez la Soñadora—. ¿Qué ocurre afuera? ¿Hay peligro?

—Estamos a salvo —dijo con firmeza el Viejo—. Todos, todos los hisa dan seguridad a este lugar. Hombres-con-armas se quedan fuera.

—Están muertos. —Las lágrimas brotaron de los ojos magníficos, que miraron a Lily—. Es cosa de Jon. Angelo... Damon... Emilio, tal vez... pero no yo, todavía no. No me abandones, Lily.

Con exquisita ternura Lily rodeó a la Señora con un brazo y aplicó su mejilla recubierta de pelo grisáceo contra el cabello gris de la Soñadora.

—No —le dijo—. Te amo, nunca te dejo, no, no, no. Sueña que se van, esos



hombres-con-armas. Todos los nativos defienden tu sitio. Sueña con el gran Sol. Somos tus manos y tus pies, somos muchos, fuertes, rápidos.

Las paredes habían cambiado. La violencia se reflejaba ahora en ellas, se veían a los hombres luchando entre sí, todos ellos apiñándose, temerosos. Las imágenes pasaron y sólo la Soñadora permaneció tranquila.

—Lily, este Mundo Superior, como vosotros decís, corre peligro de morir. Necesitará a los hisa, cuando la pelea haya terminado os necesitará, ¿comprendéis? Sed fuertes. Defended este lugar. Quedaos conmigo.

—Luchamos, luchamos si los hombres vienen aquí.

—Vivid. No se atreverán a mataros, ¿comprendéis? Los hombres necesitan a los hisa. No entrarán aquí.

La pasión oscureció los ojos brillantes de la mujer, pero pronto reapareció en ellos el sosiego. Había vuelto el sol, su rostro temible llenando toda la pared, silenciando la ira. Se reflejaba en los ojos de la Soñadora, teñía con su color la blancura.

—Ah —suspiró Satén, y se agitó de un lado a otro. Sus acompañantes se unieron a ella, bamboleándose y emitiendo un suave lamento.

—Ella es Satén —le dijo el Viejo a la Soñadora—. Dienteazul, su amigo. Amigo de Bennett-hombre. Le vio morir.

—De Downbelow —dijo la Soñadora—. Emilio os envió aquí.

—¿Konstantin-hombre tu amigo? Le amamos, todos, los nativos. Bennett-hombre su amigo.

—Sí, lo era.

—Ella lo dice —dijo el Viejo, y en el lenguaje de los hisa añadió—: Narradora, Cielo-la-ve, cuenta la historia para la Soñadora, haz que brillen sus ojos de deseo por esas buenas cosas. Llegamos, vimos, tan ancho, tan grande y oscuro, vimos el Sol sonreír en la oscuridad, el sueño de Downbelow, el cielo azul. Bennett nos hizo ver, nos hizo venir, nos hizo nuevos sueños.

—¡Ah! Yo, Satén, os hablo del tiempo en que llegaron los humanos. Antes de los humanos no había tiempo, sólo sueños. Esperábamos y no sabíamos que esperábamos. Vimos humanos y vinimos al Mundo Superior. ¡Ah! El tiempo en que llegó Bennett era frío, y el viejo río estaba quieto...

Los ojos oscuros, encantados, estaban fijos en ella, interesados, pendientes de sus palabras, como si ella tuviera la habilidad de los antiguos cantores. Contó la verdad lo mejor que pudo, su verdad, y no las terribles cosas que estaban sucediendo en todas partes, haciéndolo más y más verosímil, para que la señora se lo creyera, para que en los ciclos giratorios, aquella verdad pudiera surgir de nuevo como lo hacían las flores y las lluvias y todas las cosas duraderas.

## X

### Estación Central

LOS TABLEROS SE HABÍAN ESTABILIZADO. LA CENTRAL DE LA ESTACIÓN SE HABÍA adaptado al pánico como a una condición perpetua, que se evidenciaba en la febril atención a los detalles y la negativa de los técnicos a darse por enterados de las idas y venidas de hombres armados en el centro de mando.

Jon patrullaba por los pasillos, el ceño fruncido, desaprobando cualquier movimiento que no fuera estrictamente necesario.

—Otra llamada del mercante *Finity's End* —le dijo un técnico—. Habla Elene Quen en solicitud de información.

—Denegada.

—Señor...

—Denegada. Dígales que sigan a la espera. Que no hagan más llamadas sin autorización. ¿Espera acaso que transmitamos información que podría ayudar al enemigo?

El técnico volvió a su trabajo, esforzándose notoriamente por no ver las armas.

Quen, la joven esposa de Damon. Estaba con los mercantes y ya creaba conflictos, presentaba exigencias, se negaba a salir. La información ya había proliferado y la Flota ya debía de estar recogiénola de los mercantes en formación que estaban alrededor de la estación. A aquellas alturas Mazian ya debía estar al corriente de lo sucedido. Quen con los mercantes y Damon en la plataforma de la sección verde; los nativos apelotonados alrededor del lecho de Alicia, bloqueando el cruce de la sala cuatro en aquella zona. Dejaría que se quedase con su guardia nativa: la puerta de la sección estaba cerrada. Juntó las manos a la espalda y trató de parecer sosegado.

Un movimiento llamó su atención cerca de la puerta. Jessad había vuelto tras una breve ausencia y estaba allí, llamándole en silencio. Jon caminó en aquella dirección. No le gustaba la sombría seriedad del semblante de Jessad.

—¿Alguna novedad? —le preguntó a Jessad, saliendo al exterior.

—He localizado al señor Kressich —dijo Jessad—. Está aquí con una escolta. Quiere conferenciar.

Jon frunció el ceño y miró hacia el corredor donde Kressich esperaba con un grupo de guardias a su alrededor y un número igual de sus propias fuerzas de seguridad.

—La situación sigue como estaba en el sector azul uno cuatro —dijo Jessad—. Los nativos lo tienen bloqueado todavía. Podríamos producir una descompresión y

acabar con ellos.

—Los necesitamos —dijo Jon tensamente—. Dejémoslos.

—¿Por *ella*? Son medidas a medias, señor Lukas...

—Necesitamos 9 los nativos, y ella los tiene. Le he dicho que los dejemos. El verdadero problema lo constituyen Damon y Quen. ¿Qué hace usted a ese respecto?

—Es imposible hacerse con nadie de esa nave. Ella no sale y la tripulación no abre. En cuanto a él, sabemos dónde está. Ya nos ocupamos de eso.

—¿Qué significa «nos ocupamos de eso»?

—La gente de Kressich —susurró Jessad—. Tenemos que pasar por ahí, ¿me comprende? Seréense y hable con él. Prométale cualquier cosa. Él tiene a los revoltosos en la mano. Puede hacer uso de su influencia. Háblele.

Jon miró al grupo reunido en el corredor, con sus pensamientos a la deriva: Kressich, Mazian, la situación de los mercantes... la Unión. La Flota de la Unión tenía que avanzar pronto, era preciso.

—¿Qué quiere decir eso de que tienen que pasar por ahí? Sabe donde se encuentra, ¿no?

—Tenemos algunas dudas —admitió Jessad—. Dejamos sueltos a los revoltosos, él se confundió con ellos y ahora no será fácil localizarlo. Y necesitamos hacerlo, créame. Hable con Kressich, y dese prisa, señor Lukas.

Miró a Kressich, sostuvo la mirada de éste, asintió y el grupo se aproximó... Kressich tenía un aspecto tan pálido y enfermizo como siempre. Pero los que le rodeaban eran otra cosa: jóvenes, arrogantes, de porte altivo.

—El consejero quiere parte en esto —dijo uno de ellos, un hombre de baja estatura y cabello oscuro, con una cicatriz en el rostro.

—¿Habla usted por él?

—Señor Niño Coledy. —Kressich le identificó, sorprendiéndole con una respuesta directa y una mirada más dura que ninguna de las que Kressich se había atrevido a exhibir en el consejo—. Les aconsejo que le escuchen, señor Lukas y señor Jessad. El señor Coledy está al frente de la seguridad de cuarentena. Tenemos nuestras propias fuerzas y podemos establecer el orden cuando lo deseemos. ¿Está usted preparado para ello?

Jon, molesto, miró a Jessad, pero no obtuvo correspondencia: el rostro de aquel hombre estaba totalmente inexpresivo.

—Si puede detener a los revoltosos... hágalo.

—Sí —dijo Jessad en voz baja—. La tranquilidad nos sería muy beneficiosa en estos momentos. Bienvenido a nuestro consejo, señores Kressich y Coledy.

—Deme acceso al comunicador —dijo Coledy—. Aviso general.

—Haga lo que le dice —ordenó Jessad.

Jon aspiró hondo, con súbitas preguntas que le temblaban en los labios. ¿Qué clase de juego estaba jugando Jessad al empujar a aquellos dos al círculo interno? ¿El hombre de Jessad, así como Hale era el suyo? Se tragó las preguntas y la cólera,

recordando lo que había allá afuera, lo frágil que era todo.

—Vengan conmigo —les dijo, dirigiéndose al interior.

Coledy ocupó un asiento ante el tablero del comunicador más próximo. Desde allí era visible el radar, y Mazian seguía inmóvil, en formación. Era demasiado esperar que pudieran desembarazarse fácilmente de Mazian. La Flota tenía la zona en el bolsillo... Las naves de Mazian punteaban aquí y allí el halo de varios niveles que constituía la órbita de los mercantes alrededor de Pell.

—Apártese —le dijo a un técnico, desplazándolo de su sitio para ponerse al lado de Coledy y oprimir los botones que ponían en funcionamiento el comunicador central. El rostro de Brau Hale apareció en la pantalla.

—Tengo una llamada para que la envíes al exterior —le dijo a Hale—. Esta anula a cualquier otra.

—De acuerdo —dijo Hale.

—Señor Lukas. —Alguien rompió el silencio generalizado en la central. El aludido miró a su alrededor. Las pantallas de radar brillaban con alerta de intersección.

—¿Dónde está? —exclamó.

La pantalla no mostraba nada definido. Una neblina amarillenta advertía de la aproximación de algo a gran velocidad. El ordenador empezó a disparar las sirenas de alarma. Se oyeron gritos, maldiciones, y los técnicos se abalanzaron sobre los tableros de instrumentos.

—¡Señor Lukas! —gritó alguien. Era una apelación desesperada.

## XI

### Finity's End

SONARON LAS ALARMAS. ELENE VIO EL PARPADEO EN LA PANTALLA DE RADAR Y dirigió una mirada frenética a Neihart.

—Soltémonos —dijo el capitán, evitando su mirada—. ¡Rápido!

El aviso voló de una nave a otra. Elene se sujetó para protegerse de la sacudida de la nave al partir. Era demasiado tarde para correr a la plataforma. Hacía rato que se habían cerrado los umbilicales y las naves estaban sujetas por una mera amarra.

Una segunda sacudida. Estaban libres, alejándose de la estación, seguidos por todas las naves mercantes que habían permanecido en la plataforma, rodeando el borde de la estación en sentido contrario al de las agujas del reloj. Cualquier error en el sistema de cierre desde el interior de la nave podía significar la rotura de un umbilical, con el resultado de la descompresión de secciones enteras de la plataforma. Elene permaneció sentada e inmóvil, percibiendo las sensaciones familiares que no habría creído volver a experimentar jamás. Era libre, estaba suelta, como la nave, en dirección opuesta a lo que se aproximaba a ellos; y lo sentía como si le arrancaran una parte de su ser.

Pasó un segundo invasor., llegó al cénit y desbarató la imagen del radar, accionando las alarmas... Enseguida desapareció, camino de la Flota. Estaban vivos, deslizándose a una velocidad inevitablemente lenta, apartándose del rumbo acordado, junto con las demás naves que se habían desprendido de la plataforma. Elene se rodeó el vientre con un brazo y observó las pantallas ante ella en el centro de mando de la *Finity's End*, pensando en Damon, en todo lo que dejaba atrás.

Tal vez había muerto. Habían anunciado la muerte de Angelo. Puede que Alicia también hubiera muerto, y Damon... Intentó aceptar la idea serenamente, aceptarla, si era posible, y alimentar la venganza. Aspiró hondo, pensando en la *Estelle*, en todos los suyos. Y ella había superado una segunda posibilidad de morir, como si tuviera un don especial para sobrevivir a los desastres. Era Quen y Konstantin a la vez, nombres que significaban algo en el Más Allá, nombres que no le resultarían cómodos a la Unión en el futuro, porque ella les daría motivos para recordarlos.

—Sáquenos de aquí —le dijo a Neihart, en tono frío y furioso; y cuando el capitán la miró, al parecer sorprendido por aquel cambio de idea, añadió—: Sáquenos de aquí, prepárese para el salto. Dé el aviso. Vamos a Punta Matteo. Transmita el mensaje a todo el sistema. Nos marchamos, directamente a través de la Flota.

Era una Quen y una Konstantin, y Neihart obedeció. La *Finity's End* pasó más allá de la estación y continuó navegando, emitiendo instrucciones a todos los

mercantes cerca y lejos del sistema. Mazian, la Unión, Pell... ninguno de ellos podría detenerlos.

Los instrumentos se difuminaban ante sus ojos, y los aclaró con un parpadeo.

—Después de Matteo —le dijo a Neihart—, saltamos de nuevo. Habrá otros en la Profundidad, gentes que se han cansado, que no irían a Pell. Los encontraremos.

—No espere encontrar a nadie de los suyos allí, Quen.

—No —convino ella moviendo la cabeza—. Ninguno de los míos. Se han ido. Pero conozco las coordenadas, como todos los demás. Yo le ayudé, mantuve llenas sus bodegas y jamás puse la menor objeción a sus conocimientos de embarque.

—Los mercaderes lo saben.

—La Flota también conocerá estos lugares, y por eso estamos juntos, capitán. Avanzamos juntos.

Neihart frunció el ceño. No era característico de los mercantes estar juntos para hacer nada, salvo alguna riña en la plataforma de la estación.

—Tengo un hijo en una de las naves de Mazian.

—Y yo tengo un marido en Pell —replicó ella—. ¿Qué nos queda ahora más que ajustar las cuentas por esto? Neihart reflexionó un momento y finalmente asintió.

—Los Neihart seguirán sus instrucciones.

Elene miró la pantalla ante ella. En el radar veían los elementos del sistema interno de la Unión, como espectros que cruzaban velozmente la pantalla. Era una pesadilla. Al igual que la estación Mariner, donde pereció la *Estelle* y todos los Quen, que se habían quedado en una estación condenada hasta que fue demasiado tarde, destruidos por un ataque de la Flota o por algún desastre interno... Pero esta vez los mercaderes no permanecían inactivos en sus naves, esperando la catástrofe.

Decidió observar el radar hasta el fin, para verlo todo hasta que la estación fuera destruida o alcanzaran el punto desde donde emprenderían el salto, lo que primero ocurriera.

Pensó en Damon y maldijo a Mazian, a éste más que a la Unión, que les había llevado a aquel desastre.

## XII

### Plataforma verde

**P**OR SEGUNDA VEZ SE PRODUJO UN DESEQUILIBRIO DE LA GRAVEDAD. COGIDO POR sorpresa, Damon trató de apoyarse en la pared, y Josh tendió los brazos para aferrarse a él, pero la variación fue poco intensa, a pesar de los gritos de pánico fuera de la puerta llena de muescas. Damon se volvió de espaldas a la pared e inclinó fatigado la cabeza.

Josh no le hizo preguntas. Ninguna era necesaria. Las naves se habían desprendido en el resto del borde de la estación. Incluso allí donde estaban se oían las sirenas. Sabía la posibilidad de una grieta, y era alentador que pudieran oír las sirenas, porque eso significaba que todavía había aire en la plataforma.

—Se marchan—dijo ásperamente Damon.

Elene se alejaba con aquellas naves. Quería creerlo así. Era lo más sensato, y Elene se habría portado con sensatez. Tenía amigos, personas que la conocían, que la ayudarían cuando él no pudiera. Se había ido... para volver tal vez cuando las cosas se hubieran arreglado... si es que llegaban a arreglarse. Tal vez tenían razón en Downbelow, quizá Elene iba en aquellas naves. Era su única esperanza. Si se equivocaba... no querría saberlo jamás.

Volvió a oscilar la gravedad. Habían cesado los gritos y los golpes en la puerta. La amplia plataforma no era un lugar adecuado para permanecer en medio de una crisis gravitacional. Todos los que conservaban el juicio habían huido a lugares más pequeños.

—Si los mercantes han despegado —dijo Josh con voz débil—, es que han visto algo... saben alguna cosa. Creo que Mazian debe tener las manos llenas.

Damon le miró, pensando en las naves de la Unión, de Josh... uno de ellos.

—¿Qué ocurre ahí afuera? ¿Puedes calcularlo?

El rostro de Josh estaba empapado en sudor y brillaba bajo la luz que se filtraba a través de la puerta magullada. Se apoyó en la pared y miró al techo.

—Mazian es capaz de hacer cualquier cosa. Es impredecible. La Unión no gana nada destruyendo esta estación. De lo que hemos de preocuparnos es de un disparo accidental.

—Podemos resistir muchos impactos. Podemos perder secciones, pero mientras dispongamos de energía motriz y el eje esté intacto, podemos solucionar los daños.

—¿Con los internos de la cuarentena sueltos? —le preguntó ásperamente Josh.

Se produjo otra variación de la gravedad que les retorció las entrañas. Damon tragó saliva, empezando a experimentar náuseas.

—Mientras esto continúe, no tenemos que preocuparnos de la cuarentena. Tenemos que correr el riesgo, tratar de salir de este atolladero.

—¿Y adonde iremos? ¿Qué podremos hacer?

Hizo un sonido gutural, profundo. Estaba aturdido. Esperó la próxima variación gravitacional, que no golpeó con la fuerza anterior. Habían empezado de nuevo a recuperar el equilibrio. Las bombas habían resistido a pesar de la tensión, los motores funcionaban. Damon retuvo el aliento.

—Lo único que podemos hacer es salir de aquí. Ya no hay naves que puedan provocar estas variaciones gravitacionales. No sé hasta cuándo resistiríamos estos desequilibrios.

—Podrían estar esperando ahí afuera —dijo Josh.

Ya había pensado en ello. Alzó una mano y oprimió el interruptor. No sucedió nada. La puerta se había cerrado herméticamente. Damon se sacó la tarjeta del bolsillo, titubeó, la insertó en la ranura y los botones continuaron sin iluminarse. Si alguien de la central deseaba saber dónde se encontraba, acababa de darles la información necesaria para que fueran en su busca. Lo sabía.

—Parece que nos quedamos aquí —dijo Josh.

Las sirenas habían cesado de sonar. Damon se acercó a la ventana circular y miró al exterior, tratando de ver a través de las muescas y rasguños que habían vuelto opaco el plástico y la difracción de la luz. Algo se movía en un extremo de las plataformas, primero una figura furtiva, luego otra. El comunicador, por encima de sus cabezas, emitió una serie de ruidos amorfos, como si quisiera funcionar, y quedó de nuevo en silencio.



## XIII

### Norway

LOS CARGUEROS MILITARES DESPARRAMADOS ERAN LA PESADILLA DE LA estación. Uno de ellos estalló como un pequeño sol, brilló en las pantallas y se extinguió mientras el comunicador emitía sonidos ininteligibles a causa de las interferencias. La granizada de partículas ardió en la ruta de la *Norway* y algunas de las mayores golpearon el casco, haciendo vibrar toda la nave.

Los sondistas se afanaban en buscar el punto óptimo en el que convergían todos los datos para que el fuego diera en el blanco elegido. Una nave auxiliar de la Unión cruzó el espacio que había ocupado un mercante, y cuatro naves auxiliares de la *Norway* giraron sobre el cilindro rotatorio y salieron disparadas por un vector concertado con la nave nodriza, lanzando una andanada que llenó de agujeros a un transporte de la Unión que por un instante avanzó paralelo a ellos.

—¡Alcánzale! —gritó Signy al sondista cuando cesó el fuego.

La descarga salió apenas había dado la orden y estalló en el lugar que *el* transporte había ocupado el instante anterior. Obligaron a la Unión a maniobrar, a reducir la gravitación para salvarse. Se alzaron gritos de júbilo que ahogaron las sirenas cuando el timón se descontroló y la nave dio una brusca vuelta. El ordenador reaccionó con más rapidez de lo que podía hacerlo el cerebro humano a velocidades estelares. Signy se hizo de nuevo con el control y colocó la nave paralela a su presa. El sondista centró el blanco y soltó la andanada, que alcanzó la panza de la nave. El radar empezó a mostrar una mancha informe que se desvanecía con rapidez.

—¡Muy bien! —exclamó a través del comunicador general el oficial de observación—. Buen disparo...

La *Norway* efectuó medio giro sobre sí misma y entró en un nuevo zigzag. Los mercantes fueron pasando por su lado, aunque no parecían moverse, como si fueran un cuadro escénico inmovilizado en el espacio. *Ellos* eran los que se movían, lanzados a toda velocidad entre los intersticios de aquella carrera inmóvil, y fueron tras las naves de la Unión, obligándolas a zigzaguear, impidiéndoles disponer de espacio suficiente para emprender la huida.

Esquivar el golpe y atacar; con idéntica actuación. Una nave para atraerlos y el ataque desde otro vector. La *Tibet* y la *Polo Norte* se dirigían a interceptar, se habían puesto en camino desde el primer momento en que les había llegado la imagen del radar. El radar de largo alcance acababa de revisar su posición, estableciendo que estaban mucho más próximos y calculando que su velocidad les permitiría llegar a tiempo.

Los de la Unión se movieron. El radar les había informado en el mismo momento. Cambiaron de vector, pero se encontraron con el fuego de varias naves... La Unión perdió naves auxiliares, recibió daños, se dirigió al extremo del campo de batalla a pesar del fuego, en pos de la *Tibet* y la *Polo Norte*. Se oyó un sonoro juramento a través del comunicador, la voz de Mazian emitía una corriente de obscenidades. Quedaban doce cargueros de los catorce que habían entrado, una nube de naves auxiliares y naves ultrarrápidas, que habían tomado de la estación y unido a sus líneas.

—¡Písales los talones! —dijo la potente voz de Porey a través del comunicador.

—Negativo, negativo —replicó Mazian—. Mantengan sus posiciones.

El ordenador todavía los tenía sincronizados. Sin querer, la potente señal de mando de la *Europe* les había puesto en comunicación con Mazian. Vieron que la Flota de la Unión rebasaba su zona de fuego, dirigiéndose a la *Tibet* y la *Polo Norte*. Tras ellos surgió un resplandor de energía: las interferencias habían cesado.

—¡Le alcanzamos! —dijo el comunicador.

La *Pacific* debía de haber dejado fuera de combate a aquel tullido transporte de la Unión unos minutos antes. Podían ocurrir otras cosas al otro lado del sistema, que no podrían controlar. Podían perder Pell. Un disparo podría eliminar la estación, si eso era lo que pretendía el adversario.

Signy flexionó una mano, se enjugó el rostro, oprimió los botones para informar a Graff, y éste se hizo cargo al instante de los controles. Volvían a reducir la velocidad, maniobrando de acuerdo con las instrucciones de Mazian. Se oyeron protestas a través del comunicador. «Negativo», repitió Mazian. Todos los tripulantes de la nave murmuraron.

—No tienen ninguna posibilidad —musitó Graff de un modo demasiado audible—. Debían haber entrado antes...

—Eso es percepción tardía, señor Graff. Tome las cosas como vienen. —Signy movió el mando para hablar por el comunicador general—. No podemos movernos de aquí. Si es una maniobra fingida, una nave podría acercarse y acabar con Pell. No podemos ayudarles... no podemos arriesgar más naves de las que ya estamos a punto de perder. Tienen una opción... aún les queda espacio para huir.

Pensó que lo harían, porque el radar de largo alcance empezó a mostrar que se disponían a virar y emprender el salto. Si los técnicos de la *Tibet* y la *Polo Norte* introducían los datos correctos en el ordenador, si la imagen de sus radares se mostraban a Mazian y seguían reflejando la cola de la formación unionista, interpretando mal su maniobra, como si fuera de seguimiento...

La Flota aminoró más su velocidad. El radar mostró un difuminamiento entre los mercantes, indicativo de que el vuelo ralentizado había alcanzado el límite para el salto. Su pérdida era una hemorragia para Pell, una fuerza vital que se volatilizaba en el espacio profundo.

Signy conjeturó el factor tiempo, la velocidad de la Unión, la proliferación de su

imagen, la velocidad que podían adquirir la *Tibet* y la *Polo Norte*. En aquellos momentos la *Tibet* ya debía de haberse dado cuenta de que la Unión iba a por ellos, si su radar les decía la verdad...

Su propio radar siguió mostrándoles la situación en curso durante un momento, luego permaneció estacionario, pues el radar de largo alcance no podía efectuar más especulaciones. A través de una neblina amarilla, unas líneas rojas señalaban las trayectorias de las naves.

Se iban acercando. La línea roja alcanzó el punto crítico de decisión y siguió avanzando de cabeza. Signy permaneció inmóvil, observando, como todos los demás. Tenía el puño cerrado y hacía esfuerzos para no golpear algo, el tablero, el asiento, lo que fuera.

Y ocurrió. Vieron lo que ocurría, lo que ya había ocurrido, la inútil defensa, el asalto abrumador. Dos transportes. Siete naves auxiliares. En más de cuarenta años la Flota jamás había perdido naves de una manera tan miserable.

La *Tibet* atacó. Kant lanzó su transporte a velocidad de salto cerca de la masa de sus enemigos, desintegrando sus propias naves auxiliares y un transporte de la Unión... Se abrió una súbita brecha en el radar, y aquello fue motivo de triste júbilo, que se repitió cuando la *Polo Norte* y sus naves auxiliares se lanzaron en medio de los unionistas...

Casi pudieron pasar a través del agujero abierto por Kant. Entonces aquella imagen se rompió en mil fragmentos. La señal de ordenador que la *Polo Norte* había empezado a emitir cesó abruptamente.

Signy no había lanzado ningún viva, sino que se había limitado a asentir lentamente a nadie en particular, recordando a los hombres y mujeres que iban a bordo, nombres conocidos... despreciando la situación en que ellos estaban inmersos. La imagen del radar de largo alcance se difuminó, una vez respondida la pregunta formulada a través del ordenador. Las restantes imágenes que pertenecían a la Unión siguieron corriendo, emprendieron el salto y se desvanecieron de las pantallas. Los unionistas volverían, con refuerzos, con más naves. La Flota había ganado, había resistido, pero se había quedado reducida a sólo siete naves.

Y lo mismo ocurriría la próxima vez y la siguiente. La Unión podía permitirse el sacrificio de naves, que merodeaban en los bordes del sistema, y ellos no se atrevían a ir a darles caza. «Hemos perdido», dijo Signy a Mazian en silencio. «¿Sabes una cosa? Hemos perdido.»

La voz de Mazian apareció serena a través del comunicador.

—Pell está bajo condiciones de revuelta. Desconocemos cuál es la situación allí. Nos enfrentamos con desórdenes. Mantengan la formación. No podemos descartar otro ataque.

Pero de repente se encendieron las luces en los tableros de la *Norway*. Todo un sector se levantó con una renovada independencia. La *Norway* quedó separada de la sincronización por ordenador, lo mismo que la *África*. Las órdenes habían aparecido

en la pantalla del ordenador: ASEGUREN BASE. Dos naves iban a regresar y tomar una estación en desorden mientras las restantes se mantenían en su perímetro y espacio para maniobrar.

Signy oprimió los botones para transmitir a través del comunicador general.

—Prepara el armamento, Di. Vamos a tener que apoderarnos de un ensambladero de la estación. Que todos los hombres estén listos para el combate. Dispón un equipo para vigilar las plataformas. Vamos a buscar a las tropas que tuvimos que dejar.

Se oyó un griterío, las voces de los soldados enojados y frustrados a los que volvían a necesitar de repente, para algo que estaban deseando hacer.

—Graff —llamó Signy. Su segundo asintió y se dispuso a partir.

La nave emprendió el rumbo a la estación, seguida de cerca por la *África* de Porey.

## XIV

### Central de Pell

—DENNOS ACCESO PARA ENSAMBLAR —DIJO MALLORY A TRAVÉS DEL comunicador—, y abran las puertas de la central, o empezaremos a tomar secciones de esta estación.

En las pantallas apareció la advertencia *Colisión*. Los técnicos permanecían en sus puestos, pálidos, y Jon se aferró al respaldo del asiento ante la unidad del comunicador, paralizado al darse cuenta de que los transportes se dirigían a la línea media de Pell.

—¡Señor! —gritó alguien.

Las masas brillantes llenaban toda la pantalla. Eran como monstruos que se precipitaban contra ellos, una oscura muralla que finalmente se dividió y rebasó las cámaras por encima y por debajo de la estación. Los tableros se llenaron de interferencias y sonaron las sirenas mientras los transportes pasaban en vuelo rasante sobre la superficie de la estación. Una de las terminales se apagó y una alarma de daños empezó a sonar, avisando con su lamento de que se había producido una despresurización.

Jon giró sobre sus talones, buscando a Jessad, que había estado hasta entonces cerca de la puerta. Sólo vio a Kressich, boquiabierto, aturdido por el lamento de las sirenas.

—Esperamos una respuesta —dijo otra voz más profunda a través del comunicador.

Jessad se había ido. Jessad, o algún otro, había fracasado en Mariner y la estación desapareció.

—¡Busca a Jessad! —gritó Jon a uno de los hombres de Hale—. ¡Tráele aquí inmediatamente!

—¡Vienen de nuevo! —gritó un técnico. Jon se volvió, miró las pantallas y trató de hablar, pero sólo pudo gesticular como un loco.

—Enlace de comunicación —gritó, y el técnico le entregó un micrófono. Tragó saliva, mirando los grandes monstruos que cruzaban la pantalla—. Tienen acceso —gritó al micrófono, procurando en vano dominar su voz—. Repito: soy Lukas el jefe de la estación. Tienen acceso.

—Dígalo de nuevo —replicó la voz de Mallory—. ¿Quién es usted?

—Jon Lukas, jefe de la estación en funciones. Angelo Konstantin ha muerto. Ayúdenos, por favor.

Hubo silencio al otro lado. Las imágenes del radar empezaron a alterarse, las

grandes naves se desviaron del rumbo que amenazaba colisión, reduciendo perceptiblemente su velocidad.

—Nuestras naves auxiliares estacionarán primero —dijo Mallory—. ¿Me recibe, estación Pell? Las naves auxiliares estacionarán previamente para servir como transporte de los equipos de plataforma. Deles su ayuda para entrar y luego manténganse fuera de su camino, pues de lo contrario se expondrán a que les disparen. Por cada disturbio con que tropecemos abriremos un agujero en la estación.

—Hay una revuelta aquí —arguyó Jon—. Los internos de cuarentena se han escapado.

—¿Recibe usted mis instrucciones, señor Lukas?

—Pell recibe con claridad. ¿Entiende nuestro problema? No podemos garantizar la carencia de disturbios. Algunas de nuestras plataformas están selladas herméticamente. Aceptamos la asistencia a sus tropas. Estamos asolados por la revuelta. Tendrán nuestra cooperación.

Hubo una larga y vacilante pausa. Otras señales habían aparecido en la pantalla de radar, las naves auxiliares que escoltaban a los transportes.

—Recibimos —dijo Mallory—. Iremos y desembarcaremos con tropas. Procure que mi nave auxiliar número uno quede ensamblada con seguridad. De lo contrario nos abriremos nosotros mismos un acceso y volaremos sección por sección, sin dejar supervivientes. Elija usted mismo.

—Recibimos. —Jon se enjugó el rostro. Las sirenas se habían extinguido y no había más que un aterrado murmullo en el centro de mando—. Deme tiempo para obtener la mayor seguridad posible en la plataforma más segura. Corto.

—Dispone de media hora, señor Lukas.

Jon se volvió e hizo una seña a uno de los guardias de seguridad que estaban al lado de la puerta.

—Pell recibe. Media hora. Les prepararemos una plataforma.

—Azul y verde, señor Lukas. Téngalo en cuenta.

—Plataformas azul y verde —repitió él con voz ronca—. Haremos cuanto podamos.

Mallory cortó la comunicación. Jon alargó la mano para oprimir los botones del comunicador principal.

—Hale —exclamó—. Hale.

El rostro de Hale apareció en la pantalla.

—Mensaje general. Todas las fuerzas de seguridad a las plataformas. Preparen las plataformas azul y verde para la operación.

—Entendido —dijo Hale, y cortó.

Jon cruzó la estancia hasta el umbral donde todavía se encontraba Kressich.

—Hable por el comunicador. Diga a toda esa gente a quien controla, según dice, que permanezca quieta. ¿Me oye?

Kressich asintió. Tenía la mirada perdida, con una expresión de locura en ella. Jon

le cogió de un brazo y le llevó hasta el tablero del comunicador, cuyo técnico se apartó apresuradamente. Jon hizo sentarse a Kressich, le dio un micrófono y escuchó mientras Kressich se dirigía a sus lugartenientes por su nombre, pidiéndoles que despejaran las plataformas afectadas. El pánico persistía en los corredores donde todavía funcionaban las cámaras. En el sector verde noveno se veían multitudes pululantes y humo; y por mucho que despejaran, las muchedumbres llenas de pánico penetrarían como aire en el vacío.

—Alerta general —dijo Jon a la jefa del puesto número uno—. Haga sonar la alarma de gravitación nula.

La mujer se volvió, abrió el dispositivo de seguridad y oprimió el botón correspondiente. Empezó a sonar una alarma, distinta y más apremiante que todas las demás señales de aviso que habían sonado en los corredores de Pell.

—Busquen un lugar seguro —decía una voz a intervalos—. Eviten las grandes zonas abiertas. Vayan al compartimento más cercano y busquen asideros de emergencia. Si se produce una pérdida de gravedad extrema, recuerden las flechas de orientación y obsérvenlas mientras la estación se estabiliza... Busquen un lugar seguro...

El pánico en los corredores se convirtió en una huida a la desbandada. La muchedumbre se agolpaba ante las puertas, gritando.

—Descompense la gravedad —ordenó Jon al coordinador de operaciones—. Denos una variación que puedan percibir ahí afuera.

Brillaron las luces de recepción de la orden, y por tercera vez la estación se desestabilizó. El corredor verde noveno empezó a despejarse a medida que la gente corría hacia lugares más pequeños. Jon volvió a ponerse en comunicación con Hale.

—Envíe fuerzas ahí afuera y despeje las plataformas. Le he dado su oportunidad, maldita sea.

—Señor —dijo Hale, y su imagen se desvaneció en la pantalla.

Jon se volvió, miró inquieto a los técnicos, a Lee Quale, que se aferraba a un asidero junto a la puerta. Hizo una seña a Quale, le cogió de la manga y le atrajo hacia sí.

—El trabajo aún no está acabado en la plataforma verde. Vaya allí y termínelo. ¿Entendido? *Termínelo.*

—Sí, señor —dijo Quale, y se fue a toda prisa... Sin duda sabía que sus vidas dependían de ello.

Era posible que la Unión ganase. Hasta entonces habían proclamado la neutralidad de la estación, aferrándose a lo que podían. Jon recorrió el pasillo, sujetándose a los asientos y los mostradores cuando las variaciones de la gravedad eran intensas, procurando evitar que cundiera el pánico en la central. Pell era suya. Ya tenía lo que la Unión le había prometido, y lo conservaría bajo la autoridad de Mazian y también bajo la Unión, si tenía cuidado. Y lo había tenido, mucho más de lo que Jessad le había ordenado. No quedaban testigos vivos en la oficina de Angelo,

ninguno en Asuntos Legales, tras aquel ataque. Sólo Alicia... la cual no sabía nada, era inofensiva, no tenía voz, y sus hijos...

Damon era el peligro. Damon y su esposa. Él no tenía control sobre Quen. Pero si el joven Damon empezaba a hacer acusaciones...

Miró por encima del hombro y de súbito echó en falta a Kressich. Kressich y dos hombres encargados de vigilarle. La deserción de los suyos le enfureció, pero la huida de Kressich le aliviaba. Aquel hombre se mezclaría con las hordas de la cuarentena, asustado e inalcanzable.

Solamente Jessad... Si no le habían capturado, si estaba suelto, cerca de algún punto vital de la estación...

El radar mostraba la proximidad de las naves auxiliares. A Pell le quedaba todavía un poco de tiempo antes de que llegaran las tropas de Mazian. Un técnico le entregó una identificación positiva de las naves que esperaban allá afuera. Mallory y Porey, los dos verdugos de Mazian. Eran célebres, la una por su crueldad y el otro por gozar de la destrucción. Aquello era una mala noticia.

Permaneció inmóvil, sudoroso, esperando.



## Plataforma verde

**A**LGO OCURRÍA EN EL EXTERIOR. DAMON CRUZÓ EL SUELO CUBIERTO DE escombros de la tienda a oscuras y procuró ver de nuevo a través de la ventana opaca por las innumerables muescas. Sufrió una sacudida cuando la roja explosión de un disparo se distorsionó en las muescas. Se oían gritos mezclados con el ruido de maquinaria en funcionamiento.

—Quienquiera que esté ahora ahí afuera, vienen hacia aquí y tienen armas.

Se apartó de la puerta, avanzando con precaución a causa de la gravedad disminuida. Josh se agachó, cogió una de las varillas que habían formado parte de un exhibidor destrozado y se la ofreció. Damon la aceptó y Josh se hizo con otra. Los dos se colocaron cada uno a un lado de la puerta, de espaldas a la pared. No oían ningún sonido próximo a ellos desde el exterior. El griterío parecía lejano. Damon se arriesgó a mirar, pues la luz venía desde el otro lado, y retrocedió de nuevo al ver figuras humanas cerca de la ventana magullada.

La puerta se abrió. Alguien provisto de una tarjeta de prioridad la había accionado desde el exterior. Entraron dos hombres armados. Damon golpeó a uno en la cabeza con la varilla, sin mirar lo que le hacía, por el horror que le producía aquella violencia, y Josh golpeó desde el otro lado. Los hombres cayeron lentamente debido a la escasa gravedad, y una de las armas quedó suelta. Josh la recogió y disparó dos veces para asegurarse. Uno de los hombres se agitó, moribundo.

—Coge el arma —le ordenó Josh, y Damon se agachó, empujó aprensivamente el cuerpo y encontró el plástico de la culata en una mano muerta. Josh, de rodillas, hizo rodar el otro cuerpo y empezó a desvestirlo—. Ropas, tarjetas, identificaciones válidas.

Damon dejó el arma a un lado y, haciendo un gran esfuerzo, desnudó el cuerpo inmóvil, se quitó su traje y se puso el mono ensangrentado. Los corredores estarían llenos de hombres con las ropas ensangrentadas. Buscó en los bolsillos y encontró unos documentos y la tarjeta donde la había dejado caer la mano del muerto. Alzó el documento de identificación hacia la luz. *Lee Antón Quale... Compañía Lukas...*

*Quale.* El Quale del motín en Downbelow... y era un empleado de Jon Lukas. Y Jon controlaba el ordenador cuando se abrieron las puertas de la cuarentena, cuando mataron a su padre en el lugar más seguro de todo Pell... cuando su tarjeta dejó de ser útil y los asesinos supieron dónde localizarle... Jon estaba allá arriba.

Una mano se cerró sobre su hombro.

—Vamos, Damon.

Se levantó, estremeciéndose cuando Josh disparó su arma para dejar irreconocible el rostro de Quale y a continuación el del otro cadáver. El propio rostro de Josh estaba bañado en sudor que brillaba a la luz filtrada a través de la puerta de plástico, rígido de horror, pero sus reacciones eran correctas, las de un hombre cuyos instintos sabían lo que estaba haciendo. Se dirigió a la plataforma y Damon corrió con él, salió a la luz y aminoró enseguida su marcha, pues las plataformas estaban prácticamente vacías. El cierre hermético de la plataforma blanca estaba en su lugar, el de la plataforma verde se ocultaba en el horizonte. Caminaron a paso vivo a lo largo del enorme cierre del sector blanco, se introdujeron entre las estructuras metálicas que bordeaban la plataforma y avanzaron bajo aquella cobertura, mientras el horizonte descendía, mostrándoles un grupo de hombres que trabajaban en la maquinaria de ensamblaje, moviéndose lenta y cuidadosamente a causa de la gravedad reducida. Cadáveres, papeles y escombros estaban esparcidos por las plataformas, en espacios abiertos a los que sería difícil llegar sin ser vistos.

—Hay suficientes tarjetas tiradas por ahí para proporcionarnos una gran cantidad de nombres —dijo Josh.

—Para cualquier cerradura que no funcione mediante la voz —murmuró Damon.

No perdieron de vista a los hombres que trabajaban y los que montaban guardia junto a la entrada del sector verde nueve, visible desde donde estaban, mientras se dirigían precavidamente al cadáver más próximo, confiando en que fuera realmente un cadáver y no alguien aturdido o fingiendo estar muerto. Damon se arrodilló, observando todavía a los trabajadores, palpó los bolsillos del caído y extrajo una tarjeta y algunos papeles. Se los guardó en un bolsillo y se acercó a otro cadáver, mientras Josh saqueaba a otros muertos. Luego, incapaz de dominar más sus nervios, se apresuró a ponerse bajo cubierto, y Josh se reunió con él enseguida. Siguieron avanzando por la plataforma.

—El recinto del sector azul está abierto —dijo al ver aquel arco bajo el horizonte.

Por un momento alentó la esperanza de que podrían esconderse y llegar al sector azul cuando el tráfico en los corredores volviera a la normalidad; irían a azul uno y harían preguntas a punta de pistola. Pero aquello era una fantasía. No parecía probable que llegaran a vivir lo suficiente para hacer aquello.

—Damon.

Miró en la dirección que le indicaba Josh, a través de las estructuras metálicas hasta el primer ensambladero del sector verde. Se había encendido una luz verde. Se aproximaba una nave, ya fuera de Mazian o de la Unión. Atronaron los altavoces, lanzando instrucciones al vacío. El cono de ensamblaje de la nave se aproximaba con celeridad.

—Vamos —le susurró Josh, tirándole del brazo, insistiendo en abrirse paso hacia verde nueve.

—La gravedad no disminuye —murmuró, resistiéndose al apremio de Josh—.

¿No ves que es una trampa? La central ha despejado los corredores para que sus propias fuerzas puedan desplazarse por ellos. Esas naves no ensamblarían con una gravedad totalmente inestable; no se arriesgarían con una nave grande. Lo único que han hecho es producir una ligera variación de la gravedad para acabar con los disturbios, pero los corredores no permanecerán despejados. Si corremos por ellos nos encontraremos en medio del lío. No. Quedémonos quietos.

—ECS501 —oyó entonces a través del altavoz, y el corazón le dio un vuelco.

—Una de las naves auxiliares de Mallory —musitó Josh a su lado—. Mallory. La Unión se ha retirado.

Damon miró a Josh, al odio que ardía en su rostro demacrado y angelical ante la desaparición de la esperanza.

Transcurrieron los minutos. La nave se acercó. El equipo de plataforma corrió a asegurar los umbilicales y colocar las conexiones. El acceso se unió al cierre con un siseo audible en todo el vasto ámbito vacío. La maquinaria empezó a zumbar, poniendo el cierre en funcionamiento, y los miembros auxiliares del equipo de plataforma echaron a correr.

Un grupo de hombres surgió de la oscura periferia de las estructuras metálicas, sin armaduras. Dos de ellos corrieron a un extremo, para tomar posiciones con los rifles preparados. Se oyó más ruido de carreras, y el comunicador se puso de nuevo en funcionamiento, transmitiendo las advertencias de la *Norway*.

—Agacha la cabeza —susurró Josh, y Damon se movió lentamente, se arrodilló junto a la abrazadera de uno de los depósitos móviles tras los que Josh se había puesto a cubierto y trató de ver lo que sucedía más lejos, pero se lo impedía una madeja de umbilicales.

Mallory utilizaba a sus propios hombres para las tareas de ensamblaje en la plataforma, pero Jon Lukas debía seguir al mando allá arriba, en la central, cooperando con Mazian, y bajo la presión del ataque unionista. Mazian preferiría la eficacia a la justicia. ¿Era sensato salir de allí, acercarse a los soldados armados y nerviosos de la Compañía, acusar de asesinato y conspiración a Jon Lukas mientras éste dominaba en la estación y en la central y Mazian sólo pensaba en la Unión?

—Podría salir —dijo, inseguro de sus conclusiones.

—Te comerían vivo —replicó Josh—. No tienes nada que ofrecerles.

Damon le miró a la cara. Del hombre dulce y amable que había salido de Corrección no quedaba nada, salvo quizá el dolor. Una vez le había dicho que si le colocaba ante un tablero de ordenador podría recordar cómo manejarlo; y si le colocaban en una batalla sus instintos también sabrían reaccionar. Las delgadas manos de Josh apretaron el arma entre sus rodillas, y su mirada se fijó en el arco de la plataforma, donde la *Norway* se disponía a ensamblar. En su rostro pálido y serio se reflejaba el odio. Podría hacer cualquier cosa. Damon notó la culata de la pistola en su mano derecha y llevó el dedo índice al gatillo. Un unionista sometido a Corrección que estaba recobrando su personalidad anterior, que odiaba, que podría proseguir por

su cuenta. Aquel era un día de asesinatos. Había demasiados muertos tendidos en el suelo para poder contarlos, y no servían de nada las reglas, ni el parentesco, ni la amistad. La guerra había llegado a Pell, y él había sido un ingenuo toda su vida. Josh era peligroso —le habían entrenado para serlo— y la Corrección a que fue sometido no había cambiado las cosas.

El comunicador anunció la llegada. Se notó la vibración del contacto. Josh tragó saliva, la mirada inmóvil. Damon tendió la mano izquierda y le cogió del brazo.

—No, no hagas nada, ¿me oyes? No puedes alcanzarla.

—No tengo intención de hacerlo —dijo Josh sin mirarle—. Sería una locura.

Dejó el arma a un lado, retirando lentamente el dedo del gatillo, ron un sabor de bilis en la boca. La *Norway* ya estaba sólidamente ensamblada, tras una segunda vibración producida por el choque de cierres y juntas. Siseó el cierre hermético de unión.

Los soldados salieron a la plataforma, formaron, con gritos de órdenes, y tomaron posiciones relevando a los miembros armados del equipo. Cubiertos por sus armaduras todos eran iguales e implacables. Y de súbito apareció otra figura en lo alto de la curva. Un grito, y otros soldados salieron de los resguardos de tiendas y oficinas, los bares y dormitorios, uniéndose a sus camaradas de la Flota, transportando a sus heridos o muertos con ellos. Hubo cierta agitación en las líneas disciplinadas que los recibieron, abrazos y vivas. Damon se apretó todo lo que pudo a la maquinaria que le ocultaba, y Josh se agachó a su lado.

Un oficial dio órdenes y los soldados empezaron a avanzar ordenadamente desde las plataformas hacia la entrada al sector verde noveno, y mientras algunos la protegían con los rifles preparados, otros se internaron en el sector.

Damon retrocedió, adentrándose en las sombras, y Josh se movió con él. Les llegaron gritos, el sonido de voces resonantes a través de un altavoz. «Despejen el corredor». De repente hubo gritos, chillidos y disparos. Damon apoyó la cabeza en la maquinaria y escuchó, con los ojos cerrados, notó un par de veces que Josh se estremecía ante aquellos sonidos ya familiares, y no logró saber si también él temblaba.

«Se está muriendo», pensó con una calma propiciada por la fatiga, sintiendo que las lágrimas le corrían por el rostro. Finalmente se estremeció. Podían decir lo que quisieran, pero Mazian no había ganado. No existía ninguna posibilidad de que las escasas naves de la Compañía hubieran derrotado definitivamente a la Unión. Aquello no era más que una escaramuza. Y habría otras similares, hasta que no quedara ni una sola nave de la Flota, la Compañía dejara de existir y lo que quedara de Pell estuviera en otras manos. El perfeccionamiento del salto interestelar había restado utilidad a las grandes estaciones. Ahora había mundos, y había cambiado el orden y la prioridad de las cosas. Los militares lo habían visto. Sólo a los Konstantin les había pasado por alto. Su padre tampoco se había dado cuenta, aquel hombre que en cierto sentido no creyó ni en la Compañía ni en la Unión, sino en Pell, que

mantuvo la confianza en el mundo al que orbitaba, que desdeñó las precauciones en su interior, que valoró la confianza por encima de la seguridad, que trató de mentirse a sí mismo y creer que los valores de Pell sobrevivirían en tales tiempos.

Había algunos que podrían pasar de un lado a otro, plegarse a cualquier política vigente. Jon Lukas, por ejemplo. Era evidente que lo había hecho. Si Mazian tenía buen sentido para juzgar a los hombres, seguramente recompensaría a Jon Lukas como tenía merecido. Pero Mazian no necesitaba hombres honrados, sino sólo hombres que le obedecieran y a los que pudiera imponer su propia ley.

Y Jon sería un superviviente, en uno u otro lado. Tenía la misma testarudez que su hermana, la madre de Damon, que se negaba a morir. Tal vez la propia testarudez de Damon, que nunca quiso aproximarse a su tío, al margen de lo que hubiera hecho. Quizá en aquellos días Pell necesitaba un gobernador que pudiera cambiar fácilmente de camisa y sobrevivir, negociando todo lo que era negociable.

Pero él no podría hacer eso. Si en aquel momento hubiera tenido a Jon ante él... El odio, en la medida en que lo sentía, era una experiencia nueva para él, aquel era un odio irremediable, como el de Josh, que le llevaría a la venganza si vivía lo suficiente. No deseaba perjudicar a Pell, sino impedir que los proyectos de Lukas llegaran a realizarse. Mientras viviera un solo Konstantin, quienquiera que dominase Pell no podría sentirse seguro. Mazian, la Unión, Jon Lukas... ninguno de ellos poseería Pell hasta que le hubiese capturado. Y él iba a dificultarles su captura durante tanto tiempo como le fuera posible.

## XVI

### Base principal de Downbelow: 1300 h.; noche local

SEGUÍA SIN HABER RESPUESTA. EMILIO APRETÓ LA MANO DE MILIKO CONTRA SU hombro y siguió mirando la pantalla del comunicador, por encima de Ernst, rodeado de otros miembros del personal. No había ninguna noticia de la estación ni de la Flota. Porey y todas sus fuerzas habían despegado del planeta y su silencio era persistente.

—Déjalo ya —le dijo a Ernst, y cuando el resto de los reunidos murmuró les dijo —: Ni siquiera sabemos quién está al mando ahí arriba. No nos dejemos llevar por el pánico, ¿me oís? No quiero que cometáis esa tontería. Si queréis quedaros en la base principal y esperar a que la Unión aterrice, muy bien. No pondré objeciones. Pero no sabemos nada. Si Mazian pierde podría apoderarse de estas instalaciones, ¿comprendéis? Podría desear destruirlas para que nadie sacara provecho de ellas. Quedaros ahí sentados si queréis. Yo tengo otras ideas.

—No podemos huir muy lejos —dijo una mujer—. No podemos vivir ahí afuera.

—Tampoco tenemos muchas posibilidades aquí —replicó Miliko.

El murmullo adquirió tintes de pánico.

—Escuchadme —les dijo Emilio—. Prestadme atención, por favor. No creo que les resulte fácil aterrizar en los chaparrales, a menos que dispongan de un equipo del que no tenemos noticia. Y quizá traten de volar este sitio, en cuyo caso preferiría no estar dentro. Miliko y yo vamos a irnos por la carretera. No estamos dispuestos a trabajar para la Unión, si así terminan las cosas. O quedarnos aquí y tratar con Porey cuando regrese.

Esta vez los murmullos fueron menos intensos; el miedo sustituía al pánico.

—Señor —dijo Jim Ernst—. ¿Quiere que me quede junto al comunicador?

—¿Quieres quedarte aquí?

—No —replicó Ernst.

Emilio asintió lentamente y los miró a todos.

—Podemos llevarnos los compresores portátiles, la cúpula de campaña... y excavar cuando encontremos algún sitio seguro. Podemos sobrevivir ahí afuera. Si nuestras nuevas bases sobreviven en lugares inhóspitos, nosotros también podemos.

Sus compañeros asintieron con semblantes aturridos. Era demasiado difícil imaginar aquello con lo que iban a enfrentarse. Ni siquiera el propio Emilio podía imaginarlo, y lo sabía.

—Podemos alejarnos con rapidez por la carretera que abrimos para extender las bases. Desmantelar las instalaciones o permanecer aquí. Los que quieran quedarse

aquí que lo hagan. No obligaré a nadie a ir a los chaparrales si no lo desea. Hay algo de lo que ya tenemos experiencia, y es que la Unión no pondrá sus manos en los nativos. Pues bien, asegurémonos ahora de que no nos cogerán a nosotros. Disponemos de la comida almacenada que no le mencionamos a Porey. Nos llevamos el comunicador portátil y algunas piezas esenciales de las máquinas que no podamos trasladar enteras... Nos damos un paseo por la carretera, nos internamos en el bosque. Vamos en los camiones hasta donde podamos y luego ocultamos el material pesado y nos lo llevamos poco a poco a nuestro nuevo refugio. Podrían bombardear la carretera y los camiones, pero cualquier otra solución va a llevarles bastante tiempo. Si alguien quiere quedarse aquí y trabajar para la nueva dirección... o para Porey, si aparece de nuevo, que lo haga. No deseo luchar con nadie, y no me interesa intentarlo.

Se hizo un silencio casi absoluto. Luego alguien se separó del grupo y empezó a recoger sus pertenencias personales. Otros le imitaron. A Emilio le latía el corazón con fuerza. Empujó a Miliko hacia sus aposentos para recoger los pocos objetos que iban a llevarse. Las cosas podían suceder de otra manera: sus compañeros podrían entregarles a los nuevos amos, ganando puntos con la oposición. Podían hacerlo perfectamente si se lo proponían, porque eran muchos y, además, estaban los miembros de cuarentena y los trabajadores.

No tenía ninguna noticia de su familia. De haber podido, su padre habría enviado algún mensaje.

—Date prisa —le dijo a Miliko—. Esto va a saberse enseguida en todas partes.

Se metió en un bolsillo una de las pocas pistolas de la base y se puso su chaqueta más recia. Recogió un caja de cilindros para los respiradores, una cantimplora y el hacha de mango corto. Miliko tomó un cuchillo y un par de mantas enrolladas, y salieron de nuevo. El personal se dedicaba a hacer alijos de objetos personales con mantas.

—Cierra la bomba —ordenó Emilio a uno de los hombres— y quítale el conector.

Dio otras instrucciones y hombres y mujeres se movieron, algunos hacia los camiones y otros para realizar actos de sabotaje.

—Rápido —les gritó—. Nos vamos dentro de quince minutos.

—¿Qué hacemos con los de cuarentena? —preguntó Miliko.

—Les daremos la misma oportunidad. También hay que decírselo a los otros trabajadores, si aún no se han enterado.

Cruzaron la puerta hermética, la antecámara, la segunda puerta y subieron por los escalones de madera hasta salir al caos nocturno. La gente se movía con tanta rapidez como le permitía la escasez de aire. Se oyó el sonido de un vehículo oruga que se ponía en movimiento.

—Ten cuidado —le gritó a Miliko cuando sus caminos divergieron.

Emilio bajó por el sendero de grava y se dirigió al montículo en cuya cima se

levantaba la cúpula de cuarentena. A través del plástico se filtraba una débil luz amarillenta. La gente estaba en el exterior, vestida, y no parecían tener más sueño que los demás aquella noche.

—Viene Konstantin —gritó uno, alertando a los demás, y el aviso penetró en la cúpula con la violencia de un portazo.

Él siguió andando y se abrió paso entre sus filas, con el corazón en la garganta.

—A ver, quiero que todo el mundo esté presente —les gritó.

Todos empezaron a salir, unos ciñéndose las chaquetas, otros ajustándose las máscaras. Poco después la cúpula empezó a deshincharse, emitiendo una vaharada de aire caliente que se unió al calor de los cuerpos que rodeaban a Emilio.

—Vamos a marcharnos de aquí —les dijo—. No tenemos ninguna noticia de Pell y es posible que haya caído en poder de la Unión. No lo sabemos. —Hubo gritos de consternación, y algunos ordenaron silencio a sus propios compañeros—. Digo que no lo sabemos. Tenemos más suerte que los habitantes de la estación, porque estamos en un planeta y disponemos de alimentos. Y si tenemos cuidado... también hay aire para respirar. Los que hemos vivido aquí mucho tiempo sabemos que es posible resistir estas condiciones atmosféricas incluso al aire libre. Tenéis la misma alternativa que nosotros. O quedaros aquí y trabajar para la Unión o veniros. Las cosas no van a ser fáciles ahí fuera, y no se lo recomendaría a los niños ni a los viejos, pero tampoco estoy seguro de que vaya a haber aquí mayor seguridad. Si nos alejamos tenemos una oportunidad, pues considerarán que es demasiada molestia ir en nuestra busca. Eso es todo. No vamos a sabotear ninguna máquina que sea necesaria para vuestra vida. Esta base es vuestra si la queréis. Pero si os unís a nosotros seréis bien recibidos. Nos vamos... no os importa adonde, a menos que vengáis con nosotros. Y si venís, será en iguales condiciones que los demás. Ahora, de inmediato.

Se hizo un silencio absoluto. Emilio estaba aterrado. Había sido una locura introducirse sólo en aquel grupo de hombres. Si eran presa del pánico, ni armando todas las fuerzas del campamento se les podría detener.

Alguien detrás de la multitud abrió la puerta de la cúpula, y de súbito hubo un murmullo de voces y los hombres entraron por ella. Alguien gritando que necesitarían mantas y todos los cilindros. Una mujer se lamentaba porque no podía caminar. Emilio permaneció allí inmóvil mientras todos los miembros de la cuarentena desaparecían en el interior de la cúpula, y luego se acercó a la cuesta para mirar las otras cúpulas, de las que salían apresurados hombres y mujeres, transportando mantas y otros objetos, formando una riada humana que bajaba por las laderas, acompañada por los chirridos de los motores, e iluminada por los cascos provistos de lámparas. Ya tenían los camiones preparados. Emilio bajó rápidamente hacia el caos que se arremolinaba en torno a los camiones. Estaban cargando la cúpula de campaña y plásticos de repuesto. Un hombre le mostró una lista de embarque con la misma actitud que si estuvieran cargando los camiones para un viaje de suministro. Algunos



trataban de cargar sus bultos personales en los camiones, y el personal discutía con ellos, y los miembros de cuarentena llegaban ya, algunos acarreamo más cosas de las que podían poseer en Downbelow.

—Los camiones son para los materiales esenciales —gritó Emilio—. Todas las personas que estén en condiciones irán andando. Los que sean demasiado viejos o estén muy enfermos pueden acomodarse sobre el equipaje o en cualquier espacio disponible. Hay que cargar los objetos pesados en los camiones... pero vais a compartir las cargas, ¿me oís? Nadie irá con las manos vacías. A ver, ¿quién no puede andar?

Se oyeron gritos de algunos de cuarentena que acababan de llegar y presentaban a los niños más frágiles y algunos ancianos. Dijeron que todavía faltaban algunos, gritando, dominados por el pánico.

—¡Tranquilizaos! Los recogeremos a todos. No nos desplazaremos con demasiada rapidez. A un kilómetro carretera abajo empieza el bosque, y no es probable que las tropas se internen en él para buscarnos.

Sintió la mano de Miliko sobre su hombro y la atrajo hacia sí, abrazándola con fuerza. Tenía una ligera sensación de vacío. Era lo menos que uno podía sentir cuando su mundo terminaba. Los habitantes de la estación estaban o prisioneros, o muertos. Empezó a pensar también en esa posibilidad, obligándose a tenerla en cuenta. Sintió náuseas en la boca del estómago y le estremeció un acceso de cólera visceral, disociado de su pensamiento. Sentía deseos de golpear a alguien... pero no había nadie a mano.

Cargaron la máquina del comunicador, bajo la supervisión de Ernst. Por medio de la energía de emergencia y el generador portátil podrían disponer de información... si es que llegaba alguna.

Finalmente, con mantas y sacos hicieron un nido protector para la gente que iría en los camiones. Se movían a la carrera, jadeando, pero parecía haber disminuido el pánico. Aún faltaban dos horas para el alba. Las luces estaban encendidas, gracias a la energía almacenada, y las cúpulas seguían envueltas en un débil fulgor amarillento. Pero faltaba un sonido entre el ruido que producían los vehículos orugas. Los compresores estaban silenciosos.

—En marcha —ordenó Emilio al fin, y los vehículos empezaron a deslizarse lentamente por la carretera.

La gente iba detrás, una columna que seguía la carretera paralela del río. Pasaron ante el molino y entraron en el bosque, donde colinas y árboles cerraban el paisaje de la derecha, aún envuelto en las sombras de la noche. Toda aquella procesión tenía algo de irreal, los faros de los camiones iluminando los juncos, la hierba y los troncos de los árboles, con las siluetas humanas avanzando lentamente detrás, el ruido de los respiradores, los siseos de aspiración y expulsión en un curioso unísono, entre el rumor de los motores. No había quejas, y aquello era lo más extraño, ni objeciones, como si una locura se hubiera apoderado de todos, haciéndoles aceptar aquello. Ya

habían tenido un indicio de cómo era el gobierno de Mazian.

La hierba se agitó al lado de la carretera, una línea serpenteante entre los junquillos que llegaban a la cintura. Las hojas se movieron entre los arbustos en el lado de la carretera que miraba a las colinas. Miliko señaló aquel fenómeno. Otros lo habían visto, lo señalaban y murmuraban con aprensión.

Emilio apretó la mano de Miliko, luego la dejó y caminó hacia la hierba, internándose en ella en dirección a los árboles al pie de las colinas, mientras los camiones y la columna continuaban su marcha.

—¡Hisa! —gritó—. ¡Hisa, soy Emilio Konstantin! ¿Nos veis?

Algunos nativos salieron de su escondite, avanzando tímidamente hacia las luces. Uno de ellos tendió los brazos, y Emilio hizo lo mismo. Cuando el nativo llegó a su lado le abrazó enérgicamente.

—Te quiero —dijo el joven macho—. ¿Te vas, Konstantin-hombre?

—¿Saltarín? ¿Eres Saltarín?

—Yo Saltarín, Konstantin-hombre. —El rostro en sombras le miró, y la débil luz de los camiones que se habían detenido iluminaron una amplia sonrisa—. He corrido mucho para verte otra vez. Con todos nuestros ojos podrás estar seguro.

—Te quiero, Saltarín, te quiero. El hisa se bamboleó complacido.

—¿Se van andando?

—Huimos, amigo mío. Hay disturbios en el Mundo Superior, hombres-con-armas. Es posible que vengan a Downbelow. Huimos como los hisa, viejos, jóvenes, algunos de los nuestros no están fuertes, Saltarín. Buscamos un lugar seguro.

Saltarín se volvió hacia sus compañeros, gritó algo que recorrió todos los tonos de la escala musical y los demás le respondieron entre los árboles y las ramas. La extraña y fuerte mano de Saltarín cogió la suya mientras los hisa empezaban a dirigirse a la carretera, donde toda la columna se había detenido. Los más rezagados se habían aproximado para ver.

—Señor Konstantin —gritó un miembro del personal desde la cabina de un camión, en tono nervioso—. ¿No hay peligro si vienen con nosotros?

—No hay peligro alguno —dijo él. Y se dirigió a los otros—: Podéis alegraros porque los hisa han vuelto. Los nativos saben quién es bien recibido en Downbelow y quién no, ¿no es cierto? Nos han estado observando todo este tiempo, esperando para ver qué hacíamos. Eh, vosotros, ¿entendéis? Los hisa conocen todos los lugares a los que podríamos huir, y están dispuestos a ayudarnos, ¿me oís?

Hubo un murmullo de consternación.

—Ningún nativo a dañado jamás a un humano —gritó a la oscuridad, por encima del paciente rumor de los motores.

Apretó con más firmeza la mano de Saltarín, echó a andar junto a ellos, y Miliko, al otro lado, le cogió del brazo. Los camiones reanudaron la marcha, y los hombres caminaron al mismo paso lento. Los hisa empezaron a unirse a la columna, manteniéndose a su lado sobre la hierba, al borde de la carretera. Algunos humanos

se apartaban de ellos. Otros toleraban el tímido contacto de una mano ofrecida, incluso los miembros de cuarentena, siguiendo el ejemplo del personal veterano, a los que afectaba menos el aspecto de los hisa.

—Son buena gente —dijo uno de los trabajadores—. Dejémosles que vayan donde quieran.

—Saltarín —dijo Emilio—, queremos un lugar seguro... buscar a todos los humanos de los campamentos, llevarlos a muchos lugares seguros.

—Quieres seguridad, quieres ayuda, ven, ven.

La fuerte mano de Emilio retuvo la del hisa, pequeña en comparación, como si fueran padre e hijo. Por su juventud y tamaño debería ser al revés... Ahora los humanos eran como niños. Iban por una carretera humana hacia un lugar no humano, pero no regresarían, tal vez no regresarían jamás.

—Ven a nuestro lugar —dijo Saltarín—. Tú nos diste seguridad. Soñamos que los hombres malos se iban, y se fueron. Y ahora vienes y nosotros soñamos. No es sueño hisa ni sueño humano; sueño de los dos juntos. Ven al lugar del sueño.

Emilio no comprendía sus palabras. Había lugares más allá de los cuales los humanos nunca habían ido entre los hisa. Lugares de sueño... Ya era un sueño aquella huida de humanos e hisa mezclados, en la oscuridad, tras el desmoronamiento de todo lo que había sido Downbelow.

Habían salvado a los nativos, y en los largos años de dominio de la Unión, cuando llegaran humanos a los que no les importaran nada los hisa... también habían habido otros que los protegieron.

—Vendrán algún día —le dijo a Miliko— y querrán cortar los árboles, levantar sus fábricas, construir presas en el río y todo lo demás. Eso es lo que harán, ¿verdad? Si se lo permitimos. —Agitó la mano de Saltarín y miró el pequeño rostro del nativo—. Vamos a advertir a otros campamentos, pues quiero llevar a todos los humanos a los árboles, con nosotros, para dar un paseo muy, muy largo. Necesitamos agua buena y buena comida.

—Los hisa la encontrarán —sonrió Saltarín, como si le divirtiera una broma que compartían hisa y humanos—. No escondáis buena comida.

Algunos insistían en que los nativos no podían conservar una idea durante mucho tiempo. Quizá el juego terminaría cuando los humanos no tuvieran más regalos que darles. Tal vez perderían su temor reverencial por ellos y les abandonarían. Tal vez no. Los hisa no eran ya los mismos que cuando llegaron los humanos.

Tampoco los humanos eran los mismos que cuando llegaron a Downbelow.

## XVII

### Mercante Hammer: Espacio profundo; 1900 h.

VITTORIO SE SIRVIÓ UNA COPA, LA SEGUNDA DESDE QUE EL ESPACIO A SU alrededor se había llenado súbitamente con una flota exhausta por la batalla. Las cosas no habían ido como deberían. En la *Hammer* reinaba el silencio, el triste silencio de una tripulación que percibía a un enemigo entre ellos, un testigo de su humillación nacional. Él no sostenía sus miradas, no opinaba... sólo deseaba anesthesiarse lo antes posible y no tener que dar consejos ni opiniones.

Era claramente un rehén. Su padre lo había dispuesto así. Y se le ocurrió que su padre podría haberles traicionado a todos, que él podría ser ahora algo peor que un rehén inútil. Pero podría tener una carta por jugar.

Había intentado decirles que su padre le odiaba, pero ellos no dieron al hecho la menor importancia. No eran quienes tomaban las decisiones. Aquel hombre, Jessad, lo había hecho. ¿Y dónde estaba Jessad ahora?

Parecía que un visitante, alguien de importancia, se dirigía a la nave.

¿Sería el mismo Jessad, para informar de su fracaso y acabar con el inútil rehén que viajaba en la nave?

Tuvo tiempo para terminar la segunda copa antes de que la actividad de la tripulación y un leve golpe en el casco indicaran que se había efectuado el contacto. Se oyeron los sonidos de la maquinaria, el ruido del ascensor y un chirrido cuando el camarín sincronizó con el cilindro de rotación. Alguien subía. Vittorio permaneció inmóvil con el vaso ante él y deseó estar más borracho de lo que estaba. La cubierta, curvada hacia arriba, impedía ver la salida del ascensor, más allá del puente. Vittorio no podía ver lo que ocurría, y sólo observó la ausencia de algunos tripulantes de la *Hammer* de sus puestos. Alzó la vista con súbita consternación cuando oyó que se acercaban por el otro lado, a su espalda, y entraban en la cámara principal a través del aposento de la tripulación.

Blass, de la *Hammer*, con dos equipos. Una serie de militares desconocidos y algunos sin uniforme detrás de ellos. Vittorio se irguió y les miró, procurando disimular su nerviosismo. Era un oficial de cabello gris, rejuvenecido, resplandeciente con su uniforme plateado y las insignias metálicas. Y Dayin... Dayin Jacoby.

—Vittorio Lukas —le identificó Blass—. El capitán Seb Azov, al mando de la flota. El señor Jacoby, de su propia estación, y el señor Segust Ayres, de la Compañía Tierra.

—Del Consejo de Seguridad —le interrumpió el último.

Azov se sentó a la mesa y los demás se acomodaron en los bancos, a su alrededor. Vittorio se sentó también, los dedos insensibles sobre la superficie de la mesa, dispuesto a hacer frente a la situación con el aplomo que le daba el alcohol ingerido. Procuró mostrar naturalidad. Habían ido hasta allí para verle, y no era posible que les dé ayuda, ni a ellos ni a nadie.

—La operación ha empezado, señor Lukas —dijo Azov—. Hemos eliminado dos naves de Mazian. No se irán fácilmente. Permanecen cerca de la estación. Hemos solicitado más naves de refuerzo. Pero hemos dispersado a todos los mercantes de gran tonelaje. Sólo quedan los de pequeño tonelaje de Pell, que sirven como camuflaje.

—¿Qué quieren de mí? —preguntó Vittorio.

—Señor Lukas, usted conoce los mercantes con base fuera de la estación. Ha dirigido la Compañía Lukas, al menos hasta cierto punto... y conoce las naves.

Él asintió con aprensión.

—Su nave, *Hammer*, señor Lukas, va a regresar para atraer la atención de Pell, y por lo que respecta a los mercantes, usted será el operador de comunicaciones de la *Hammer*... no bajo su nombre verdadero, claro. Se le proporcionará información completa sobre la familia de esta nave, que usted estudiará atentamente, y usted responderá como uno de ellos. Pero si los mercantes ocupados por militares, o Mazian, detuvieran a la *Hammer*, su vida dependería de su habilidad e inventiva. La *Hammer* sugerirá a los otros mercantes que la mejor manera de sobrevivir sería llegar al borde del sistema y no intervenir en este asunto, apartarse totalmente del camino y poner fin al comercio con Pell. Queremos que esas naves desaparezcan de la zona, señor Lukas. No queremos que se sepa que hemos manipulado a la *Hammer* y la *Ojo del Cisne*, ¿comprende?

Vittorio pensó que las tripulaciones de aquellas naves nunca quedarían libres, no sin pasar previamente por Corrección. Se le ocurrió que su propia memoria era peligrosa para la Unión, que nunca sería beneficioso para los políticos que los mercantes supieran que la Unión había violado su neutralidad, lo cual consideraban un pecado exclusivo de Mazian, que habían confiscado no sólo personal, encarcelándolo, sino naves enteras y nombres, sobre todo los nombres, la confianza, las personalidades de aquella gente. Acarició el vaso vacío ante él, se dio cuenta de lo que hacía y se detuvo en el acto, procurando parecer sobrio y juicioso.

—Mis propios intereses van en esa dirección —replicó—. Mi futuro en Pell no está asegurado ni mucho menos.

—¿Cómo es eso, señor Lukas?

—Abrigo ciertas esperanzas de labrarme una carrera en la Unión, capitán Azov. —Miró el rostro sombrío de su interlocutor, confiando en parecer tan tranquilo como intentaba estar—. Mis relaciones con mi padre... no son precisamente afectuosas, por lo que me entregó a ustedes con gran satisfacción por su parte. He tenido tiempo para pensar, mucho tiempo. Prefiero llegar personalmente a un entendimiento con la

Unión.

—Pell se está quedando sin amigos —observó en voz baja Azov, mirando al cariacontecido Ayres—. Ahora la abandonan. La voluntad de los gobernados, señor embajador.

Ayres miró de soslayo a Azov.

—Hemos aceptado esa situación. La misión que yo encabecé nunca se propuso obstruir la voluntad de las personas residentes en estas zonas. Únicamente me siento inquieto por la seguridad de la estación Pell. Hablamos de millares de vidas, señor.

—Se trata de un asedio, señor Ayres. Les interrumpiremos los suministros y obstaculizaremos sus operaciones hasta que se sientan incómodos. —Azov volvió hacia Vittorio y le miró un momento—. Señor Lukas... hemos de evitar que accedan a los recursos mineros y al mismo Downbelow. Un ataque allí... es posible, pero desde el punto de vista militar sería costoso, como también lo serían sus efectos. Por eso nuestro procedimiento consiste en desenredar. Mazian tiene acogotado a Pell. En caso de que pierda dejará destrucción tras sí, se irá de Downbelow y de la misma estación, hacia las Estrellas Posteriores... hacia la Tierra. ¿Quiere que su precioso planeta natal sea utilizado como base por las naves de Mazian, señor Ayres?

Ayres le miró inquieto.

—Ah, es capaz de hacerlo —dijo Azov, sin apartar de Vittorio su mirada fría, penetrante—. Señor Lukas, en eso consiste todo su deber. Reunir información... disuadir a los mercaderes de que sigan comerciando. ¿Comprende? ¿Cree que está capacitado para ello?

—Sí, señor. Azov asintió.

—Ahora, señor Lukas, usted y el señor Jacoby nos permitirán que les excusemos.

Vittorio titubeó, un poco aturdido, percibiendo vagamente que se trataba de una orden y que la fría mirada de Azov no admitía la posibilidad de otras sugerencias. Se levantó de la mesa. Dayin lo hizo también y Ayres, Blass y Azov se quedaron reunidos en consejo. El capitán de la *Hammer* se preparó para recibir órdenes cuya naturaleza estaba deseando conocer.

Se habían perdido naves. Azov no había dicho toda la verdad. Había oído las habladurías de la tripulación. Faltaban transportes enteros. Y ellos iban a ser enviados al centro del conflicto.

Se detuvo donde la curva cerraba la zona de reunión, miró a Dayin y se sentó en un banco ante la mesa de la sala de la tripulación.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó a Dayin, por el que nunca había sentido demasiado afecto; pero un rostro familiar era un alivio en aquel lugar frío y en aquellas circunstancias.

Dayin asintió.

—¿Y tú? —Era más cortesía de la que generalmente había obtenido del tío Dayin.

—Bien.

Dayin se sentó frente a él.

—Dime la verdad —le preguntó Vittorio—. ¿Cuántas naves han perdido ahí afuera?

—Han recibido daños muy graves. Creo que Mazian les ha causado algunas bajas. Sé que faltan naves... Creo que los transportes *Victory* y *Endurance* han desaparecido.

—Pero la Unión puede construir más. Están pidiendo refuerzos. ¿Hasta cuándo va a seguir esto?

Dayin movió la cabeza y dirigió una mirada significativa hacia arriba. El zumbido de los ventiladores hacía que se diluyeran las conversaciones de las zonas vecinas, pero no evitaban que los sensibles aparatos de escucha recogieran todo lo que decían.

—Lo tienen acorralado —dijo entonces Dayin—. Pueden conseguir suministros indefinidamente, pero Mazian está inmovilizado ahí. Lo que Azov ha dicho es cierto. A la Unión le ha resultado muy costoso, pero a Mazian todavía más.

—¿Y qué me dices de nosotros?

—Francamente, prefiero estar aquí que en Pell.

Vittorio se echó a reír. Se le empañó la visión, sintió un súbito dolor en la garganta y agitó la cabeza.

—Lo he dicho en serio —dijo para aquellos que podrían estar escuchándoles—. Daré a la Unión todo lo mejor que tengo. Es lo mejor que me ha ocurrido jamás.

Dayin le miró de un modo extraño, con el ceño fruncido quizá comprendiendo lo que quería decir. Por primera vez en sus veinticinco años sintió una especie de afinidad con alguien. Le sorprendía que tuviera que ser Dayin, el cual tenía tres décadas más que él y una experiencia diferente. Pero un cierto tiempo en la Profundidad podía convertir en camaradas a los individuos más distintos, y quizá, pensó, quizá Dayin ya había efectuado su elección y Pell no era ya el hogar de ninguno de los dos.

## XVIII

### **Pell: Plataforma verde; 2000 h. d.; 0800 h. n.**

**E**L FUEGO ALCANZÓ LA PARED. DAMON SE ACURRUCÓ MÁS EN EL RINCÓN QUE ocupaban, pero Josh le cogió y le hizo incorporarse de un salto para emprender una carrera, avanzando entre la muchedumbre despavorida que retrocedía desde el sector verde nueve a las plataformas. Un hombre resultó alcanzado por un disparo y rodó por el suelo a sus pies. Ellos saltaron por encima del cuerpo y siguieron corriendo, en la dirección en que querían dirigirles las tropas.

Residentes de la estación, fugados de la cuarentena... no había diferencia entre ellos. El fuego barría las estructuras de apoyo y las fachadas de las tiendas, explosiones silentes en el caos de gritos. Los disparos iban dirigidos a las estructuras y no al vulnerable casco de la estación, pasaban por encima de sus cabezas, sobre aquella multitud en desbandada. Damon y Josh avanzaron más despacio al encontrarse en la plataforma blanca, y se abrieron paso entre la gente desorientada y presa de pánico que seguía corriendo. Los últimos que, en su terror, parecían pensar que continuaban los disparos. Damon atisbo un refugio entre las tiendas, junto a la pared interior, y se dirigió allí con Josh pisándole los talones. Llegaron al ancho umbral de un bar que había sido cerrado herméticamente contra los revoltosos, un lugar donde sentarse tranquilamente, donde no llegarían disparos hechos al azar.

Varios cuerpos estaban tendidos en la plataforma delante de ellos. No podía decir si llevaban allí algún tiempo o si acababan de caer. La visión de los cadáveres se había convertido en algo normal en las últimas horas. Hubo actos ocasionales de violencia mientras permanecieron sentados al abrigo de aquel umbral, peleas entre estacionados y posibles internos de cuarentena. La mayoría de la gente iba sin rumbo, a veces pronunciando nombres, padres en busca de sus hijos, amigos o parejas buscándose. A veces se producían alegres reuniones... y en una ocasión un hombre identificó a uno de los muertos y se puso a gritar y sollozar. Damon ocultó la cabeza entre los brazos. Finalmente algunas personas se llevaron a aquel hombre.

Y por fin los militares enviaron destacamentos de soldados con armadura a la zona, para reunir a los equipos de trabajo y ordenarles la recogida de los cadáveres para lanzarlos al vacío. Damon y Josh se acurrucaron en lo más profundo del amplio umbral y esquivaron aquella tarea; los soldados elegían a los activos e incansables.

Entonces los nativos salieron de sus escondites, tímidamente, con pasos precavidos y lanzando temerosas miradas a su alrededor. Se encargaron, sin que nadie se lo pidiera, de limpiar las cubiertas, frotando hasta eliminar los signos de la muerte, fieles a sus deberes cotidianos de limpieza y orden. Damon les miró con una débil



esperanza, pues era la primera cosa buena que veía en muchas horas... el regreso de los afables nativos al servicio de Pell.

Dormitó un poco, como lo hicieron otros sentados en la zona de las plataformas, como lo hizo Josh a su lado, acurrucado contra el marco de la puerta. De vez en cuando lo despertaban los anuncios del comunicador general sobre horarios restaurados o la promesa de que se enviaría comida a todas las zonas.

Comida. Aquel pensamiento empezaba a obsesionarle. No decía nada al respecto, pero se abrazaba las rodillas y sentía los miembros débiles a causa del hambre. Lamentó no haberse preocupado de comer antes, pues no estaba acostumbrado al ayuno. Como mucho se había saltado una comida en un día de intenso trabajo. En tales casos era una inconveniencia, un malestar, pero ahora empezaba a ser algo más, cambiaba su naturaleza, haciéndole oponer resistencia a todo. Jugaba con su mente, preveía nuevas dimensiones de sufrimiento. Si le capturaban y reconocían era probable que fuese en una cola para obtener comida; pero tenían que salir de su refugio para alimentarse, o se morirían de hambre. Su misma permanencia se hizo aún más evidente cuando el aroma de la comida se difundió por las plataformas y otros se movieron, cuando pasaron los carritos empujados por nativos. La gente los asaltaba, arrebatando cosas a gritos; pero entonces los escoltaron los soldados y cesó el desorden. Los carros de comida se iban aproximando. Damon y Josh se pusieron en pie, apoyados en el umbral del bar.

—Voy a salir —dijo finalmente Josh—. Quédate aquí. Diré que estás herido. Conseguiré suficiente comida para los dos.

Damon movió la cabeza. Estaba sudoroso, despeinado, vestido con un mono manchado de sangre. Si no podía cruzar la plataforma por temor al arma de un asesino o a que le reconociera un soldado, iba a volverse loco. Por lo menos no parecían pedir los documentos de identidad para repartir la comida. Tenía tres tarjetas, aparte de la suya propia que no se atrevería a usar. Josh tenía dos más la suya, pero las fotos no coincidían.

Era un acto sencillo: avanzar bajo la mirada de un guardia, coger un bocadillo frío y un envase de zumo de fruta tibio y retirarse. Pero cuando lo hizo regresó al refugio de la tienda con una sensación de triunfo, y se agachó allí para comer mientras Josh se le unía... Comió y bebió, sintiendo con aquel acto trivial como si hubiera pasado gran parte de la pesadilla, y se vio inmerso en una nueva realidad en la que ya no contaban los sentimientos humanos, sino sólo la cautela animal.

Oyó entonces el agudo y ondulante lenguaje de los nativos. El que empujaba el carrito de la comida hablaba con otros de su especie, al otro lado de la plataforma. Damon se sobresaltó; los nativos eran generalmente tímidos cuando las cosas estaban en calma a su alrededor. El soldado de escolta se inquietó también; bajó el rifle y miró a su alrededor. Pero no había nada, sólo sosiego, gente atemorizada y serios nativos de ojos redondos, que se habían detenido y ahora seguían con sus ocupaciones. Damon terminó el bocadillo mientras el carrito pasaba por la elevación

curva de la plataforma en dirección al sector verde.

Un nativo se acercó a ellos, arrastrando una caja en la que echaba los recipientes de plástico. Josh le miró inquieto mientras el nativo tendía la mano, y él le entregaba los envoltorios. Damon echó los suyos en la caja y alzó la vista asustado cuando el nativo posó suavemente una mano en su brazo.

—Tú Konstantin-hombre.

—Vete —susurró él ásperamente—. No digas mi nombre, nativo. Me matarán si me descubren. Calla y márchate rápido.

—Yo *Dienteazul*. Dienteazul, Konstantin-hombre.

—Dienteazul —recordó él. Los túneles, el nativo al que habían disparado. Los fuertes dedos del nativo le apretaron más.

—Nativa de nombre Lily nos envió a Sol-su-amiga, tú llamas «Licia». Envió a nosotros para parar a los Lukas, no entrar en su morada. Te amo, Konstantin-hombre. «Licia» segura, nativos rodean a ella, mantienen a salvo. Te llevamos, ¿quieres?

A Damon le costó respirar por unos instantes.

—¿Viva? ¿Está viva?

—«Licia» segura. Envió a buscarte, para estar seguro con ella.

Damon trató de pensar, aferrado a la mano peluda, mirando fijamente los ojos redondos y marrones, deseando saber mucho más de lo que podía decirle el nativo en su inglés chapurreado.

—No, no. Ella correrá peligro si vamos allí. Hombres-con-armas, ¿entiendes, Dienteazul? Los hombres me buscan. Dile... dile a Alicia que estoy a salvo. Dile que me escondo y que Elene se marchó con las naves. Todos estamos bien. ¿Me necesita, Dienteazul? ¿Me necesita?

—Segura en lugar. Nativos con ella, todos los nativos aquí arriba. Lily con ella. Satén con ella. Todos, todos.

—Dile... dile que la quiero. Dile que tanto Elene como yo estamos bien. Te amo, Dienteazul.

Los brazos marrones le abrazaron. Él también abrazó fervorosamente al nativo y éste le dejó y se escabulló como una sombra, dedicándose rápidamente a recoger desperdicios mientras se alejaba. Damon miró a su alrededor, temeroso de que pudieran haberles observado, pero no encontró otra cosa que la mirada asombrada de Josh. Él desvió la vista, se enjugó los ojos con el brazo que descansaba sobre su rodilla. El aturdimiento disminuyó y empezó a sentir miedo de nuevo. Tenía algo por lo que temer, alguien a quien aún podían dañar.

—Tu madre —dijo Josh—. ¿Hablabas de ella? Él asintió sin hacer comentarios.

—Me alegro de que esté bien —le dijo el joven sinceramente.

Damon asintió por segunda vez. Parpadeó, tratando de pensar, sintiendo como si su cerebro estuviera sometido a continuas sacudidas que le harían perder el juicio.

—Damon.

Él alzó la vista y miró en la dirección de la mirada de Josh. Surgían del horizonte

pelotones de soldados, procedentes de la plataforma verde, en formación, con aspecto de disponerse a alguna acción inmediata. Lentamente, disimulando, Damon se levantó, se sacudió la ropa y se volvió de espaldas a la plataforma para proporcionar cobertura a Josh mientras se incorporaba. Con el mayor disimulo empezaron a dirigirse en la dirección contraria.

—Parece que van a reunirse aquí —dijo Josh.

—No corremos peligro —le aseguró Damon. No eran los únicos en movimiento. El corredor de la sección blanca no estaba lejos. Avanzaron entre otros que parecían tener el mismo motivo, encontraron un lugar público para descansar cerca de uno de los bares que estaba en la esquina del nivel blanco noveno. Josh dobló la esquina y Damon le siguió. Ambos descansaron un momento y prosiguieron su camino, a paso normal. Había guardias apostados en las intersecciones del corredor con la plataforma, pero no hacían nada, sólo mirar. Siguieron caminando por el nivel noveno y se detuvieron ante una unidad pública de comunicación.

—Tápame —dijo, y Josh se inclinó contra la pared entre ellos y la abertura del nivel noveno, donde estaban los guardias.

—Voy a ver qué tarjetas tenemos, cuántos créditos y quienes eran sus propietarios. No necesito mi propia tarjeta de dirigente para hacerlo, sólo un número de registro.

—De una cosa estoy seguro —dijo Josh en voz baja—, y es de que no parezco un ciudadano de Pell. Y tu cara...

—Nadie quiere que se fijen en él; nadie puede entregarnos sin hacerse notar. Eso es lo mejor que tenemos. Todo el mundo quiere pasar desapercibido.

Colocó la primera tarjeta en la ranura y oprimió las teclas. Altener, Leslie, 789,90 créditos en cuenta, casado, un hijo, empleado, concesión de ropas. Se guardó aquella tarjeta en el bolsillo, pues no quería robar a los supervivientes. Lee Antón Quale, soltero, tarjeta de personal en la Compañía Lukas, con permiso de circulación restringido, 8967,89 créditos... una cantidad sorprendente para semejante hombre. William Teal, casado, sin hijos, jefe de carga, 4567,67 créditos, permiso de circulación en los almacenes.

—Veamos las tuyas —le dijo a Josh.

Este le entregó sus tarjetas y Damon introdujo la primera febrilmente en la ranura, preguntándose si tantas solicitudes seguidas desde una terminal pública no pondrían sobre aviso a los operadores de la central de ordenadores. Secil Sazon, soltero, 456,78 créditos, maquinista y cargador en ocasiones, privilegios en los aposentos del personal; Louis Diban, divorciado tras cinco años de matrimonio, sin personas a su cargo, 3421,56, capataz de equipo de plataforma. Se metió las tarjetas en el bolsillo y echó a andar seguido por Josh, el cual llegó a su altura al doblar una esquina que les dio acceso a un cruce de pasillos. Torcieron a la derecha y encontraron un almacén. Todas las plataformas eran idénticas en los corredores centrales e inevitablemente había en todas un almacén de mantenimiento. Damon encontró la puerta, de la que

habían desprendido los indicativos, utilizó la tarjeta del capataz para abrirla y encendió las luces. Había ventilación en aquel almacén de papel, artículos de limpieza y herramientas. Josh entró tras él y oprimió el botón para cerrar la puerta.

—Un agujero donde escondernos —le dijo, y se guardó la tarjeta que había usado, pensando que era la mejor de las llaves que poseían.

—Vamos a quedarnos aquí y, pasadas unas horas, entraremos en turno de día. Dos de las tarjetas pertenecían a personas de ese turno, solteras, con permisos de circulación en las plataformas. Sentémonos. Las luces se apagarán enseguida. No podemos mantenerlas encendidas... El ordenador descubrirá que hay luz en un almacén y nos delatará... Es muy económico.

—¿Estamos seguros aquí?

Damon rió amargamente, se sentó, apoyándose en la pared, las piernas dobladas a fin de hacerle sitio a Josh frente a él entre la multitud de bultos. Aún tenía el arma en el bolsillo, y la palpó para asegurarse de su presencia. Aspiró hondo.

—No hay ningún lugar seguro.

La cara de ángel estaba manchada de grasa, el pelo revuelto. Josh parecía aterrado, además de exhausto, aunque había sido su instinto lo que les habían salvado bajo el fuego. Entre los dos, uno conociendo los accesos y el otro con los reflejos adecuados, constituirían un considerable problema para Mazian.

—Antes te han disparado —le dijo—. No sólo en una nave... más cerca de aquí. ¿Lo sabes?

—No lo recuerdo.

—¿De veras?

—He dicho que no.

—Conozco la estación, cada agujero, cada pasadizo; y si los transbordadores empiezan a moverse de nuevo, si las naves empiezan a ir y venir de las minas, utilizaremos las tarjetas para acercarnos lo suficiente a las plataformas, unimos a un equipo de carga, introducimos en una nave...

—¿Y adonde iremos entonces?

—A Downbelow, o a las minas de los asteroides. En ninguno de esos lugares nos harán preguntas. —Era un sueño que creaba a fin de consolarse y consolar a Josh—. O tal vez Mazian decida marcharse de Pell. Todo es posible.

—Antes de irse destrozaría la estación, y las instalaciones de Downbelow con ella. ¿Querría dejar a la Unión una base que usarían contra él cuando retrocediera?

Aquella verdad, que ya conocía, hizo fruncir el ceño a Damon.

—¿Tienes una mejor sugerencia sobre lo que deberíamos hacer?

—No.

—Podría entregarme, negociar para recuperar el control, evacuar la estación.

—¿Crees que eso es viable?

—No, —Era algo que ya había descartado—. No lo creo. Las luces se apagaron. El ordenador las había cerrado. Sólo continuó la ventilación.

## XIX

### **Pell: Central de la estación; 2130 h. d.; 0930 h. n.**

—PERO NO HAY NECESIDAD —DIJO POREY EN VOZ BAJA, IMPLACABLE SU rostro moreno cruzado por una cicatriz—. No necesitamos ya su presencia, señor Lukas. Ha cumplido usted con su deber cívico. Ahora vuelva a sus aposentos. Uno de mis hombres se encargará de que llegue allí con seguridad.

Jon miró a su alrededor en el centro de control, a los soldados que estaban allí, con los seguros de sus rifles levantados, la mirada fija en el nuevo turno de técnicos que manejaban los controles, mientras los demás dormían bajo custodia. Hizo acopio de valor para transmitir órdenes al jefe de ordenadores, se detuvo en seco cuando un soldado hizo un movimiento preciso, el leve crujido de la armadura, el rifle apuntándole.

—Señor Lukas —dijo Porey—. Tenemos la norma de disparar contra quienes ignoran las órdenes.

—Estoy cansado —dijo él nerviosamente—. Me alegro de irme, señor. No necesito escolta.

Porey hizo un gesto. Uno de los soldados que estaban junto a la puerta se hizo cortésmente a un lado, dejándole pasar. Jon salió, el soldado tras él, luego a su lado imponiéndole una compañía no deseada. Pasaron junto a otros soldados que montaban guardia en el tranquilo sector azul uno, que mostraba las huellas de los disturbios.

Estaban ensamblando más naves de la Flota. Se habían aproximado en un perímetro más estrecho, decidiendo finalmente ensamblar en las plataformas, lo cual le parecía a Lukas una locura de los militares, un riesgo que no comprendía. El riesgo de Mazian, y el suyo propio. Y el de Pell, porque Mazian había vuelto.

Era posible que hubieran castigado seriamente a la Unión, aunque le resultaba difícil creerlo. Tal vez había cosas mantenidas en secreto. Puede que se produjera un retraso en la toma de la estación por parte de las fuerzas unionistas. Le preocupaba pensar que el dominio de Mazian podría prolongarse.

De repente salieron unos soldados del ascensor en el sector azul uno, soldados que exhibían una insignia distinta. Le interceptaron y presentaron a su escolta un papel.

—Venga con nosotros —le ordenó uno de ellos.

—He recibido instrucciones del capitán Porey... —objetó, pero otro hombre le empujó con el cañón de su pistola y le hizo avanzar hacia el ascensor. *Europa*, decían sus insignias. Tropas de la *Europa*. Mazian había llegado.

—¿Adónde vamos? —les preguntó presa del pánico. Habían dejado atrás al soldado de la *África*—. ¿Adónde me llevan?

No obtuvo respuesta. Era una intimidación deliberada. Sabía a donde iban... sus sospechas se confirmaron cuando, tras descender en el ascensor, le acompañaron por el corredor del sector azul nueve a las plataformas, hacia el brillante tubo de acceso de una nave ensamblada.

Nunca había estado a bordo de una nave de guerra. Estaba tan abarrotada como un carguero, y Lukas sintió claustrofobia. Los rifles en manos de los soldados a su espalda no le hacían sentirse mejor, y cada vez que titubeaba, al girar a la izquierda, al entrar en el ascensor, le empujaban con los cañones de las armas. Se sentía enfermo de miedo.

No le abandonaba la idea de que lo sabían. Trataba de persuadirse de que lo habían llevado allí por cortesía militar, que Mazian había decidido reunirse con él en su condición de nuevo jefe de la estación y que quería jactarse o intimidarle. Pero en aquel lugar podrían hacer lo que quisieran. Podían arrojarle al vacío espacial a través de un conducto de evacuación de basuras, y sería indistinguible de los centenares de cadáveres que ahora flotaban a la deriva, congelados, y que constituían una molestia en la vecindad de la estación. Un vehículo recogedor espacial tenía que actuar sobre toda aquella materia congelada y arrojarla lejos. No, habría la menor diferencia. Lukas trató de serenarse para mantener sus reflejos en funcionamiento, pues serían su única posibilidad de sobrevivir.

Le hicieron salir del ascensor a un pasillo vigilado por soldados, y entraron en una sala más amplia que las anteriores, con una mesa redonda ante la que no se sentaba nadie. Le obligaron a sentarse en una de las sillas y se quedaron esperando con los rifles sobre sus brazos.

Entró Mazian, con un uniforme azul oscuro sin ningún distintivo, el rostro ojeroso. Jon se puso en pie, en señal de respeto. Conrad Mazian le hizo un gesto para que se sentara de nuevo. Entraron otros que fueron ocupando sus lugares alrededor de la mesa, oficiales de la *Europe*, ninguno de los capitanes. La mirada de Jon iba de uno a otro.

—Jefe de estación en funciones —dijo Mazian en tono sosegado—. Veamos, señor Lukas, ¿qué le ocurrió a Angelo Konstantin?

—Murió —dijo Jon, haciendo lo posible para que sus reacciones no resultaran sospechosas—. Los alborotadores invadieron las oficinas de la estación. Le mataron junto con todo su personal.

Mazian se limitó a mirarle, con expresión inescrutable. Jon sudaba.

—Creemos que puede haber existido una conspiración —continuó Jon, adivinando los pensamientos del capitán... el ataque a los demás oficiales, la apertura de la puerta de cuarentena, el cronometraje de todo ello—. Estamos investigando.

—¿Qué han descubierto?

—Nada todavía. Sospechamos la presencia de agentes de la Unión que de algún

modo se infiltraron en la estación mientras se procesaba a los refugiados. Puede que dejaran pasar a algunos porque tenían amigos o parientes en cuarentena. Aún no comprendemos cómo pudieron pasar los contactos. Sospechamos confabulación con los guardias de barrera... conexiones de mercado negro.

—Pero no han encontrado nada todavía.

—Aún no.

—Y no descubrirán nada pronto, ¿verdad, señor Lukas?

El corazón empezó a latirle muy fuerte. Se esforzó para que el pánico no se reflejara en su rostro. Creyó que lo conseguía.

—Pido disculpas por la situación, capitán, pero hemos estado bastante ocupados, enfrentándonos a la revuelta, con los daños sufridos por la estación... trabajando últimamente a las órdenes de sus capitales Mallory y...

—Sí. Una buena jugada, los medios que utilizó usted para eliminar los disturbios de los corredores. Pero la revuelta ya había amainado por entonces, ¿no es cierto? Creo que se dejó pasar a residentes de cuarentena a la central.

A Jon le costaba respirar. Se hizo un silencio prolongado. No se le ocurría nada que decir. Mazian hizo una señal a uno de los guardias apostados junto a la puerta.

—Estábamos en crisis —dijo Jon, cualquier cosa para llenar aquel terrible silencio—. Puede que haya actuado arbitrariamente, pero se nos presentó una oportunidad de controlar una situación peligrosa. Sí, traté con el consejero de esa zona, el cual no creo que estuviera implicado en la situación, pero su autoridad podía calmar los ánimos... no había nadie más en el...

—¿Dónde está su hijo, señor Lukas? Él se quedó mirándole en silencio.

—¿Dónde está su hijo?

—En las minas. Lo envié a las minas en un carguero de pequeño tonelaje. ¿Está bien? ¿Ha tenido noticias suyas?

—¿Por qué lo envió, señor Lukas?

—Francamente, para mantenerlo lejos de la estación.

—¿Por qué?

—Porque últimamente había estado al frente de las oficinas de la estación mientras yo estaba en Downbelow. Al cabo de tres años surgieron ciertos problemas con respecto a lealtades y autoridades y canales de comunicación en las oficinas que tiene aquí la compañía. Pensé que una breve ausencia ayudaría a solucionar las cosas, y quería tener a alguien allá en las minas que pudiera hacerse cargo si se interrumpían las comunicaciones. Una jugada política, por razones internas y por seguridad.

—¿No fue para equilibrar la presencia en la estación de un hombre llamado Jessad?

Tuvo la sensación de que se le iba a detener el corazón. Movi6 la cabeza con calma.

—No sé de qué me habla, capitán Mazian. Si tiene la bondad de decirme cuál es la fuente de su información...

Mazian hizo un gesto y alguien entró en la sala. Jon alzó la vista y vio a Bran Hale, el cual desvió la mirada.

—¿Se conocen ustedes? —preguntó Mazian.

—Este hombre estaba confinado en Downbelow por mala administración y motín. Tuve en cuenta su historial y le contraté. Me temo que fue una equivocación otorgarle mi confianza.

—El señor Hale se acercó a la *África* con la idea de enrolarse... Afirmó que tenía cierta información. Pero usted niega totalmente conocer a un hombre llamado Jessad.

—Que el señor Hale hable por sus propios conocidos. Esto no es más que una invención.

—¿Y un tal Kressich, consejero de cuarentena?

—Como le he explicado, el señor Kressich estaba en el centro de control.

—También lo estaba ese Jessad.

—Podría haber sido uno de los guardias de Kressich. No le pregunté sus nombres.

—¿Qué dice usted, señor Hale?

El rostro de Bran Hale se ensombreció.

—Me atengo a lo que he dicho, señor.

Mazian asintió lentamente y sacó lentamente su pistola. Jon se echó atrás en un movimiento brusco, y los hombres a su espalda le hicieron sentarse de nuevo con violencia. Se quedó mirando la pistola, paralizado.

—¿Dónde está Jessad? ¿Cómo efectuó el contacto con él? ¿Adónde puede haber ido?

—Esta ficción de Hale es...

Mazian alzó el seguro de la pistola, con un ruido leve y mortífero.

—Me amenazó —dijo Jon con voz entrecortada—. Me amenazó para que cooperase. Se apoderaron de un miembro de mi familia.

—Así que le entregó a su hijo.

—No tuve alternativa.

—Hale —dijo Mazian—. Usted, sus compañeros y el señor Lukas pueden ir al compartimiento vecino. Y grabaremos todo lo que digan. Les dejaremos a usted y al señor Lukas solucionar su discusión en privado, y cuando lo hayan resuelto, volverán aquí de nuevo.

—No —dijo Jon—. No. Le daré la información, todo lo que sé.

Mazian rechazó la oferta agitando una mano. Jon intentó aferrarse a la mesa. Los hombres a su espalda le pusieron en pie. Él se resistió, pero se lo llevaron, cruzando la puerta, al corredor. El equipo de Hale estaba allí afuera.

—Hará lo mismo con ustedes —gritó Jon en dirección a la sala donde seguían reunidos los oficiales de la *Europe*—. Acéptenlo y les servirá de la misma manera. ¡Está mintiendo!

Hale le cogió del brazo y le llevó a la habitación que les aguardaba. Los demás entraron tras ellos. La puerta se cerró.



—Estás loco —dijo Jon—. Estás loco, Hale.  
—Has perdido —replicó Hale.

## XX

### **Mercante Finity's End: Espacio profundo; 2200 h. d.; 1000 h. n.**

**E**L PARPADEO DE LAS LUCES, EL RUIDO DE LOS VENTILADORES, EL BORBOTE Ocasional de comunicaciones desde otras naves... todo aquello tenía una familiaridad que era como un sueño, como si Pell nunca hubiera existido, como si estuviera de nuevo en la Estelle y la gente que la rodeaba pudiera volverse y presentarle unos rostros familiares, conocidos desde su infancia. Elene se abrió paso a través del abarrotado centro del control de la *Finity's End* y se introdujo en el hueco de una consola colgante para obtener una visión del radar. Todavía tenía sus sentidos embotados por las drogas. Se llevó una mano al vientre, sintiendo unas náuseas desacostumbradas. El salto no le haría daño alguno al feto. Las mujeres de los mercantes habían demostrado una y otra vez la fuerza de su constitución y su tolerancia a las tensiones que se sucedían durante toda su vida. Las nueve décimas partes de sus molestias se debían a los nervios, pues las drogas no eran demasiado fuertes. No perdería el bebé, ni siquiera pensaría en esa posibilidad. Poco después, su pulso, que se había acelerado por el breve desplazamiento desde la cámara principal, se serenó de nuevo y las oleadas de náusea cedieron. Observó las nuevas señales en la pantalla. Los mercantes se aproximaban, deslizándose sin energía, al punto de gravedad nula, de manera similar a su partida de Pell, a fin de avanzar en el espacio real tan velozmente como pudieran para ir por delante de las naves que avanzaban como una ola hacia una playa. Bastaría que algún piloto se equivocara y entrara en el espacio real demasiado cerca del punto para que tanto ellos como el recién llegado dejaran de existir, convertidos en una miríada de fragmentos. Elene siempre había pensado que aquel destino era especialmente desagradable. Durante los próximos minutos seguirían corriendo aquel riesgo.

Pero ahora llegaban en número cada vez mayor, abriéndose paso hasta aquel refugio en un orden razonable. Era posible que hubieran perdido algunas naves al atravesar la zona de batalla. Ella no sabría decirlo.

La náusea la afectó de nuevo. Iba y venía con cierta regularidad. Tragó saliva varias veces, decidida a hacer caso omiso, y miró desazonada a Neihart, el cual había dejado los controles de la nave a su hijo y se acercaba a verla.

—Tengo una proposición —le dijo ella tragando saliva varias veces más—. Déjeme de nuevo el comunicador. No podemos correr desde aquí. Mire lo que hay detrás de nosotros, capitán. La mayor parte de los mercantes que transportaban cargas para las estaciones de la Compañía. Somos muchos, ¿no le parece? Y si nos lo

proponemos, podemos conseguir más.

—¿Qué se le ocurre?

—Que nos defendamos y salvaguardemos nuestros intereses, que empecemos a preguntarnos en serio lo que estamos haciendo antes de desperdigarnos por ahí. Hemos perdido las estaciones a las que servíamos. Y estamos dejando que la Unión nos absorba, que nos imponga su voluntad... ¿por qué estamos pasados de moda si nos comparamos con sus nuevas naves militares? Esa es la idea que podríamos producirles si les pedimos licencia para servir a sus estaciones. Pero mientras las cosas estén inseguras tenemos voz y voto, y apuesto a que algunos de los llamados mercantes de la Unión se dan cuenta también de lo que les espera, tan claramente como nosotros. Podemos interrumpir el comercio con todos los planetas y estaciones, podemos dejarlos aislados. Llevamos medio siglo dejándonos avasallar, Neihart, medio siglo siendo el blanco de cualquier nave de guerra que no está de humor para respetar nuestra neutralidad. ¿Y qué conseguiremos cuando los militares lo tengan todo? ¿Quiere darme acceso al comunicador?

Neihart reflexionó un largo momento.

—Cuando las cosas vayan mal, Quen, se sabrá en todas partes cuál fue la nave que incitó a la revuelta. Tendremos problemas.

—Lo sé —dijo con voz ronca—. Pero aún así se lo pido.

—Puede disponer del comunicador si lo desea.

## XXI

### **Pell: Plataforma azul; a bordo de la Norway; 2400 h. d.; 1200 h. n.**

**S**IGNY SE VOLVIÓ INQUIETA Y CHOCÓ CON UN CUERPO DORMIDO, UN HOMBRO, UN brazo inerte. Por un momento no pudo recordar quién era, todavía confusa por el sueño. Finalmente pensó que era Graff. Volvió a tenderse, apoyada cómodamente en él. Habían terminado juntos su turno. Mantuvo un instante la mirada fija en la oscura pared, la hilera de cajones bajo la tenue luz procedente de un lugar situado sobre su cabeza. No le gustaban las imágenes que se proyectaban en sus párpados, cuando cerraba los ojos, las sombras de la muerte que no podía apartar de su memoria...

Pell era suyo. Las naves *Atlantic* y *Pacific* efectuaban su patrulla solitaria con todas las naves auxiliares de la flota, por lo que la capitana y su segundo se atrevían a dormir. Signy deseaba vivamente que la *Norway* estuviera de patrulla. El pobre Di Janz tenía el mando en las plataformas y dormía en el acceso delantero cuando podía conciliar el sueño. Sus soldados estaban esparcidos por las plataformas, de mal talante. Diecisiete de ellos habían resultado heridos y nueve muertos durante los disturbios de la cuarentena, lo cual no contribuía a mejorar su estado de ánimo. Hacían guardia por turnos, pero no tenían otros planes. Cuando llegaran las naves de la Unión, subirían a bordo y la Flota reaccionaría tal como lo había hecho en lugares cuyas posibilidades eran tan malas como allí... Fuego contra los objetivos alcanzables y mantener abiertas las restantes opciones tanto tiempo como fuera posible. Era una decisión de Mazian, no suya.

Finalmente cerró los ojos y exhaló un apacible suspiro. Graff se movió contra ella y quedó inmóvil de nuevo, una amistosa presencia en la oscuridad.

## XXII

**Pell: Sector azul uno, número 0475; 2400 h. d.; 1200 h. n.**

—DUERME —DIJO LILY,

Satén aspiró hondo y se rodeó las rodillas con los brazos. Habían complacido a Sol-su-amiga. La Soñadora había llorado de alegría al oír la noticia que Dienteazul le había traído: Konstantin-hombre y su amigo estaban a salvo... Era tan asombroso ver las lágrimas correr por aquel rostro sereno... Y los hisa se sintieron muy apenados hasta que comprendieron que las lágrimas eran de felicidad. Ahora brillaban los ojos oscuros y vivaces, y todos se habían apiñado para verlos. «Os quiero», había susurrado la Soñadora. «Os quiero a todos.» Y añadió: «Mantenedle a salvo.»

Entonces sonrió al fin y cerró los ojos.

—Sol-brilla-a-través-de-las-nubes. —Satén dio un suave codazo a Dienteazul, y éste, que se había aplicado a acicalarse, procurando en vano poner en orden su pelaje por respeto al lugar, la miró—. Vuelve y vigila a ese joven Konstantin-hombre. Los hisa de ahí arriba son otra cosa; tú eres muy rápido, muy listo cazador de Downbelow. Le observas. Anda, vete.

—Bien —accedió Lily—. Bien, manos fuertes. Vete.

Él se volvió tímidamente, como joven macho que era, pero los otros se apartaron haciéndole sitio. Satén le miró con orgullo, porque hasta los viejos desconocidos se daban cuenta de su valía. Y era cierto: su amigo tenía un ingenio agudo y rápido. Tocó a los Viejos y a ella, y luego con pasos silenciosos abandonó la reunión.

Y la Soñadora durmió, segura entre los hisa, aunque por segunda vez los humanos habían luchado contra otros humanos y el mundo seguro de allá arriba se había balanceado como una hoja en la corriente del río. El Sol la miraba, y las estrellas todavía ardían a su alrededor.

## XXIII

### **Downbelow: 10/11/52; día local**

LOS CAMIONES AVANZARON LENTAMENTE A TRAVÉS DE LA ZONA DESPEJADA, solitaria, las cúpulas abatidas, los almacenes vacíos y, por encima de todo, el silencio de los compresores que era la señal inequívoca de abandono. Era la base número uno, el primer campamento después de la base principal. Un ligero viento hacía oscilar las puertas abiertas. Ahora la cansada columna caminaba dispersa, todos mirando la desolación, y Emilio lo contempló sintiendo una punzada en el corazón, porque él había ayudado a construir lo que ahora era una ruina. No había la menor señal de que habitara alguien allí. Se preguntó hasta dónde habrían llegado carretera abajo, y cuál sería su situación.

—¿Los hisa vigilan aquí también? —le preguntó a Saltarín, casi el único hisa que permanecía con la columna, junto a él y a Miliko.

—Nuestros ojos ven —respondió Saltarín, lo cual le dijo a Emilio menos de lo que quería saber.

—Señor Konstantin. —Un hombre llegó a su lado desde la cola de la columna, un trabajador de cuarentena—. Tenemos que descansar, señor Konstantin.

—Después de atravesar el campamento —le prometió él—. Hemos de hacer lo posible para no permanecer en campo descubierto. ¿De acuerdo?

El hombre permaneció inmóvil, dejando que pasara la columna hasta que llegó su propio grupo. Emilio dio una palmadita en el hombro de Miliko y anduvo con más rapidez hacia los dos vehículos oruga que encabezaba la comitiva; rebasó a uno en el claro, y alcanzó al otro cuando llegaban a los últimos tramos de la carretera, llamó la atención del conductor y le hizo señas para que se detuviera medio kilómetro más adelante. Entonces se paró y dejó que la columna avanzara hasta que Miliko se reunió con él. Se daba cuenta de que algunos de los trabajadores de más edad y los niños podrían hallarse en los límites de sus fuerzas. Aunque caminaran con los respiradores puestos, no podían aguantar un esfuerzo sostenido durante tantas horas. Se detenían para descansar y las peticiones de hacer un alto eran cada vez más frecuentes.

Empezaron a dispersarse, algunos quedándose demasiado rezagados. Emilio llevó a Miliko a un lado y observó el paso de la columna.

—Descansaremos más adelante —iba diciendo a cada grupo que cruzaba ante él. Seguid avanzando hasta que lleguemos allí.

Poco después llegó el final de la columna, una hilera de caminantes extenuados que iban a la zaga. Los más viejos, pacientes y tenazmente decididos y un par de miembros del personal que iban en último lugar.

De repente apareció otro miembro del personal que venía del otro extremo de la hilera, corriendo, tropezando con otros que le hacían preguntas. Emilio y Miliko corrieron hacia él.

—Hemos recibido un mensaje a través del comunicador —dijo el hombre jadeando, y Emilio siguió corriendo por el inclinado margen de la carretera, doblando las curvas bordeadas de árboles, hasta que vio los camiones y la gente reunida alrededor de ellos. Se abrió paso entre la multitud, hacia el camión delantero, en el que estaba sentado Jim Ernst con el ordenador y el generador. Subió a la caja del camión, pasó entre los equipajes, los fardos y los viejos que no podían caminar, hasta llegar al lado de Ernst, y se quedó inmóvil mientras Ernst se volvía hacia él, apretando con una mano el auricular a su oreja, con una expresión en los ojos que sólo prometía desgracia.

—Muerto —dijo Ernst—. Tu padre... Disturbios en la estación.

—¿Y mi madre y mi hermano?

—No hay noticias, ni tampoco de otras bajas. Es un mensaje militar, de la Flota de Mazian. Quieren ponerse en contacto con nosotros. ¿Respondo?

Estremecido, aspiró hondo, consciente del silencio que se había hecho a su alrededor, de la gente que le miraba, entre ellos un puñado de residentes de la cuarentena cuyas miradas eran tan solemnes como las imágenes de los hisa.

Alguien más subió a la caja del camión y se acercó a él, rodeándole con un brazo. Era Miliko y él agradeció su presencia. El cansancio y la conmoción le hacían estremecerse. Ya había previsto que ocurría aquello; ahora tenía la confirmación.

—No, no respondas —ordenó. Se alzaron murmullos entre la multitud. Se volvió a ellos—: No hay noticias de más víctimas —les gritó, ahogando los rumores—. Ernst, diles lo que has recibido.

Ernst se puso en pie y se lo dijo. Emilio abrazó a Miliko, cuyos padres y hermana estaban allá arriba, sus primos y tíos. Los Dee podrían sobrevivir o morir sin que lo registraran los mensajes. Había más esperanza para ellos. No eran objetivos a eliminar como los Konstantin.

La Flota había controlado la estación e impuesto la ley marcial. La cuarentena... Ernst titubeó y luego prosiguió tenazmente, ante todos los rostros alzados hacia él... La cuarentena se había rebelado y se habían escapado de su sección, con destrucción y pérdida de vidas, tanto de internos como de estacionados.

Uno de los viejos internos de cuarentena lloraba. Emilio pensó entristecido que quizá también ellos tenían por quien preocuparse.

Miró hilera tras hilera de rostros serios, los de su propio personal y los trabajadores, los miembros de cuarentena y algunos hisa. Ahora nadie se movía ni decía nada. No había más que el viento entre las hojas y el rumor del río más allá de los árboles.

—Así que van a venir aquí —dijo esforzándose por mantener la voz firme—. Volverán y querrán que les cultivemos la tierra y trabajemos en los molinos y los

pozos, y la Compañía y la Unión seguirán luchando, pero no ya por Pell, que ya no estará en sus manos, sino que podrán apoderarse de lo que cultivemos para llenar sus bodegas. Si nuestra propia Flota viene aquí y nos hace trabajar a punta de pistola... ¿qué ocurrirá cuando la Unión venga después de ellos? Querrán más y más trabajo, y ninguno de nosotros podrá intervenir para nada en lo que ocurra en Downbelow. Volved si queréis, trabajad para Porey hasta que llegue aquí la Unión. Pero yo sigo adelante.

—¿Adónde, señor?

Quien le formuló la pregunta era el muchacho, cuyo nombre había olvidado, aquel al que Hale había intimidado el día del motín. Su madre estaba con él, rodeándole con un brazo. No se trataba de desafío sino de un sincero deseo de saber.

—No lo sé —admitió Emilio—. A cualquier lugar seguro a que nos lleven los hisa, si existe alguno, para estar allí, excavar y vivir. Cultivar para nosotros mismos.

Un murmullo se extendió entre ellos. El temor era siempre un sentimiento omnipresente en aquellos que no conocían Downbelow, temor a la tierra, a los lugares donde el hombre estaba en minoría. Los hombres que no se preocupaban de los hisa en la estación, les temían en el campo abierto porque allí dependían de ellos. La pérdida de un respirador, un fallo... En Downbelow se moría por cosas así. El cementerio situado en la base principal había crecido al mismo ritmo que el campamento.

—Los hisa jamás han hecho daño a los humanos —les dijo de nuevo—. Y eso a pesar de las cosas que hemos hecho, a pesar de que aquí somos extraños. —Bajó del camión, golpeó los blandos surcos de la carretera, alzó las manos a Miliko, sabiendo que ésta, por lo menos, estaba de su parte. Ella bajó sin decir nada—. Podemos dejaros en el campamento anterior. Al menos haremos eso por aquellos que quieran arriesgarse a trabajar para Porey. Y pondremos en funcionamiento los compresores.

—Señor Konstantin.

Emilio alzó la vista. Era una de las mujeres ancianas, desde la caja del camión.

—Soy demasiado vieja para trabajar tanto, señor Konstantin. No quiero quedarme atrás.

—Muchos de nosotros seguiremos adelante —dijo un hombre.

—¿Alguien desea volver? —preguntó uno de los capataces de la cuarentena—. ¿Es necesario que hagamos volver a uno de los camiones con alguien?

Se hizo un silencio. Las cabezas se agitaron. Emilio los miró a todos, fatigado.

—Saltarín —dijo a uno de los hisa que esperaban al borde del bosque—. ¿Dónde está Saltarín? Lo necesito.

Saltarín salió de entre los árboles en la ladera de la colina.

—Ven —le gritó el hisa, haciéndole señas hacia la colina y los árboles—. Venid todos.

—Estamos cansados, Saltarín. Y necesitamos las cosas de los camiones. Si vamos en esa dirección no podremos llevar los camiones, y a algunos de nosotros nos es



imposible caminar. Hay enfermos, Saltarín.

—Los hisa llevamos enfermos. Muchos, muchos hisa. Robamos buenas cosas de los camiones, Konstantin-hombre. Robamos para ti. Venid.

Emilio miró los rostros consternados y dubitativos de los demás.

Los hisa les rodearon. Salieron más y más del bosque, algunos incluso con pequeños hisa, a los que los humanos raramente veían. Que se atrevieran a salir de aquel modo era una prueba de confianza. Toda la compañía debió entenderlo así, porque no hubo protestas. Ayudaron a los viejos y los enfermos a bajar de los camiones. Fuertes jóvenes hisa entrelazaron las manos para ayudarles. Otros cargaron con las provisiones y el equipo.

—¿Y qué ocurrirá cuando nos localicen? —musitó Miliko preocupada—. Tenemos que encontrar un refugio profundo, y rápidamente.

—Se necesitan detectores muy sensibles para distinguir a los humanos de los hisa. Tal vez no les parecerá rentable ir en nuestra busca... de momento.

Saltarín llegó a su lado, le tomó de la mano y arrugó la nariz, gesto que en los hisa correspondía a un guiño.

—Anda, vamos.

No estaban en condiciones de hacer un largo camino, por mucho que las noticias hubieran renovado su fortaleza y sus temores. Una pequeña ascensión por la colina y luego la marcha entre los arbustos y los brezos bastó para que todos jadearan, y algunos de los que habían iniciado la marcha por su propio pie tuvieron que ser acarreados por los hisa. Poco después los mismos hisa empezaron a andar con más lentitud. Y al final, cuando el número de humanos a los que tenían que cargar superó sus posibilidades, hicieron un alto y se tendieron a dormir entre los brezos.

—Hay que buscar refugio —le instó Emilio a Saltarín—. Las naves nos localizarán. Es peligroso.

—Duerme ahora —se limitó a decir Saltarín, acurrucándose en el suelo, sin que nada pudiera ponerle en movimiento, ni a él, ni a los otros.

Emilio se quedó mirándole impotente, recorrió con la vista la ladera en que hisa y humanos yacían tras haber dejado en el suelo sus cargas, algunos arrebujados en sus mantas y otros demasiado cansados para tenderlas. Emilio utilizó la suya a modo de almohada y se tendió al lado de Miliko, atrayéndola hacia él bajo el sol que se filtraba a través de las ramas. Saltarín se acercó a ellos y rodeó a Emilio con un brazo. No pudo hacer más que abandonarse a un sueño profundo y reparador.

Las sacudidas de Saltarín le despertaron, y vio a Miliko agachada, con las manos en las rodillas. Una leve niebla humedecía las hojas. Anochecía, el cielo estaba encapotado y amenazaba lluvia.

—Pensé que debería despertarte, Emilio. Creo que vienen unos hisa muy importantes.

Emilio se incorporó, entrecerrando los ojos para ver entre la fría niebla, mientras otros humanos se despertaban a su alrededor. Los hisa visitantes eran Viejos que

habían salido de entre los árboles. Tres de ellos con abundantes cabellos blancos en su pelaje. Emilio les hizo una reverencia, que le pareció apropiada en la tierra y los bosques de aquellos seres. Saltarín hizo una reverencia y se bamboleó, pareciendo más serio de lo que Emilio habría deseado.

—No hablan lenguaje humano —le advirtió—. Dicen que vayamos con ellos.

—De acuerdo. Miliko, haz que se levanten los demás.

Miliko fue a despertar a los pocos que seguían durmiendo, y pronto todos los humanos dispersos por la ladera de la colina, cansados y humedecidos por la niebla, se levantaron y recogieron sus pertenencias. Llegaron más hisas. Los bosques parecían rebosantes de ellos, y era probable que cada tronco ocultara un cuerpo de pelaje marrón.

Los Viejos desaparecieron entre los árboles. Saltarín esperó a que los demás estuvieran dispuestos y se puso en marcha. Emilio se echó al hombro la manta de Miliko y lo siguió.

Cada vez que un humano parecía rezagarse y andaba penosamente, rozando las hojas mojadas y las ramas goteantes, los hisa estaban allí para ayudar, cogerles de la mano y hablarles afectuosamente. Incluso aquellos que no podían comprender el lenguaje humano. Tras ellos llegaron los otros, los hisa ladrones, cargando con la cúpula hinchable, los compresores, los generadores, su propia comida y todo lo que habían podido llevarse de los camiones, aunque no supieran como utilizarlo, como un enjambre de insectos carroñeros.

Cayó la noche, y siguieron caminando durante gran parte de ella, siempre a través del bosque, pero los hisa los guiaban para que ninguno pudiera extraviarse, y se apiñaban a su alrededor cuando se detenían, a fin de que no les afectara tanto el frío.

Y en una ocasión se oyó un trueno en los cielos que no tenía nada que ver con la lluvia.

«Aterrizaje». La palabra pasó de unos a otros. Los hisa no preguntaron nada. Sus aguzados oídos podrían haberlo captado mucho antes.

Porey había regresado. Probablemente era Porey. No perderían mucho tiempo inspeccionando la base abandonada y enviarían coléricos mensajes a Mazian. Tendrían que conseguir información mediante los detectores, decidir qué hacer con ella y solicitar la aprobación de Mazian... Todo aquel tiempo sería precioso para ellos.

Siguieron su marcha, descansando a intervalos, y cuando no podían más, los amables nativos estaban allí para tenderles una mano, instarles a seguir, persuadirles. Sentían el frío y la humedad cuando se paraban, aunque no llovía. Y agradecieron la llegada de la mañana, la primera aparición de la luz entre los árboles, que los nativos saludaron con gorjeos, parloteo y renovado entusiasmo.

De súbito disminuyeron los árboles, la luz del día se hizo más y más clara en una ladera que descendía hacia una vasta llanura. Llegaron a lo alto de una pequeña elevación y vieron que los hisa salían de entre los árboles y se internaban en aquel ancho valle... Con repentina inquietud, Emilio se dio cuenta de que era el santuario, la

zona que los hisa siempre habían pedido que permaneciera suya, libre de hombres, una gran extensión sólo suya y para siempre

—No —protestó Emilio, mirando a su alrededor en busca de Saltarín. Le hizo una señal para que se acercara, y el joven hisa se apresuró a obedecerle—. No, Saltarín, no debemos salir al campo abierto. No debemos, ¿me oyes? Los hombres-con-arms vienen en naves. Sus ojos verán.

—Los Viejos dicen que vengáis —replicó Saltarín, sin dejar de caminar, como si dicho esto no hubiera nada que argumentar.

Empezaba ya el descenso, todos los hisa bajando como una marea marrón de los árboles, cargando con humanos y el equipaje de éstos, seguidos por más y más humanos, hacia la soleada llanura.

—¡Saltarín! —Emilio se detuvo, y Miliko a su lado—. Los hombres-con-arms nos encontrarán aquí. ¿Me comprendes, Saltarín?

—Comprendo. Ven a todos, hisa, humanos. Nosotros vemos también.

—No podemos ir ahí abajo. Nos matarán, ¿me oyes?

—Ellos dicen que vayamos.

Los Viejos. Saltarín se apartó de él y siguió ladera abajo, miró atrás y llamó con una seña a Emilio y Miliko.

Emilio echó a andar, sabiendo que era una locura, sabiendo que existía una manera hisa de hacer las cosas que no correspondía a la humana. Los hisa nunca habían alzado sus manos contra los invasores de su mundo, se habían sentado, mirando, y eso era lo que harían ahora. Los humanos les habían pedido ayuda y ellos se la prestaban a su modo.

—Les hablaré —dijo a Miliko—. Hablaré con los Viejos y se lo explicaré. No podemos ofenderles, pero escucharán... Saltarín, espera, Saltarín.

Pero Saltarín siguió andando, delante de ellos. Los hisa prosiguieron su descenso imparable por la herbosa ladera hacia la llanura, en cuyo centro, por donde parecía correr un arroyo, había algo parecido a un puño de roca en posición vertical y un círculo pisoteado, una sombra, que finalmente Emilio distinguió como un círculo de seres reunidos alrededor de aquel objeto.

—Deben estar reunidos todos los hisa junto a ese río —dijo Miliko—. Es una especie de lugar de encuentro, como un santuario.

—Mazian no lo respetará, y no es probable que la Unión lo haga tampoco.

Preveía una matanza, un desastre, los hisa allí sentados, impotentes, mientras se producía el ataque. Pensó que los ilativos, su misma amabilidad, habían hecho de Pell lo que era. Hubo un tiempo en que los humanos de la Tierra estaban aterrados por las informaciones de vida extraterrestre. Se hablaba incluso de colonias abandonadas por temor a otros descubrimientos... pero no terror en Downbelow, nunca allí, donde los hisa iban con las manos vacías al encuentro de los humanos y les infectaban con su confianza.

—Tenemos que persuadirles para que salgan de aquí.

—Estoy contigo —dijo Miliko.

—¿Os ayudo? —preguntó un hisa, tocando la mano de Miliko, pues andaba cojeando y apoyada en Emilio. Ambos negaron con la cabeza y siguieron andando juntos, ahora detrás de la muchedumbre de hisa, pues la mayoría de los otros se habían adelantado, arrebatos por la locura generalizada, incluso los viejos, transportados por los hisa.

El descenso era largo y descansaron mientras el sol pasaba al cenit, siguieron su marcha descansando a intervalos, y el sol se deslizó hacia abajo y brilló más allá de las colinas bajas y redondeadas. El cilindro de la máscara de Emilio dejó de funcionar estropeado por la humedad y los mohos del bosque, mal augurio para los otros. Jadeó contra la obstrucción, buscó otro cilindro, contuvo la respiración mientras efectuaba el cambio y volvió a ponerse la máscara. Ahora caminaban lentamente por la llanura.

A lo lejos se alzaba una masa en forma de pez, una columna irregular que sobresalía de un mar de cuerpos hisa... y no solo hisa. Había humanos allí, los cuales se levantaron y fueron a su encuentro. Allí estaba Ito, de la base dos, con su personal y trabajadores, y Jones, de la base uno, con los suyos. Les tendieron las manos, con un aspecto tan sorprendido como el de ellos.

—Dijeron que viniéramos aquí —explicó Ito—. Dijeron que vendríais.

—La estación ha caído —dijo Emilio. La marea viviente seguía avanzando, hacia el centro, y los hisa le instaban a seguir, a él y a Miliko sobre todo—. Nos hemos quedado sin alternativas, Ito. Mazian está al frente... esta semana. No sé lo que ocurrirá la próxima.

Ito se quedó atrás, y Jones, con su propia gente. Había otros humanos, muchos centenares, reunidos allí, todos en pie, serios, como paralizados. Emilio vio a Deacon, del equipo de los pozos; a Mcdonald, de la base tres, a Herbert y Tausch de la cuatro; pero los hisa se lo llevaron, y cogió la mano de Miliko para no separarse en medio de la multitud. Ahora estaban rodeados únicamente de hisa. La columna se acercaba más y más, revelando que no era una columna, sino un grupo de imágenes, como aquellas que los hisa habían regalado a la estación, rechonchas y globulares unas, altas otras, cuerpos con múltiples rostros hisa, bocas abiertas en expresión de sorpresa y ojos muy abiertos mirando eternamente al cielo.

Era una obra antigua de los hisa, y Emilio se sintió presa de un temor reverente. Miliko redujo el paso y alzó la vista, rodeada por los hisa, y se sintió igual que Emilio perdida, pequeña y extraña ante aquella alta y antigua estatua de piedra.

—Ven —le ordenó una voz de hisa. Era Saltarín, que le cogió la mano y le llevó al pie de la imagen.

Estaban allí sentados los hisa más viejos de todos, los rostros y los hombros plateados, rodeados de pequeños palos clavados en la tierra, con rostros grabados y cuentas colgantes. Emilio vaciló, sin decidirse a entrar en aquel círculo, pero Saltarín le llevó a presencia de los Viejos.

—Siéntate —le ordenó Saltarín.

Emilio y Miliko hicieron sendas reverencias y se sentaron con las piernas cruzadas ante los cuatro ancianos. Saltarín habló en la lengua hisa y le respondió el más frágil de los cuatro.

Y entonces, con mucho cuidado, el Viejo alargó una mano para tocar primero a Miliko y luego a Emilio, como si los bendijera.

—Es buena vuestra venida —dijo Saltarín, quizá traduciendo—. Os saludan cariñosamente.

—Dales las gracias, Saltarín. Dales muchísimas gracias, pero diles que hay peligro desde el Mundo Superior. Que los ojos de allí arriba miran este lugar y los hombres-con-armas pueden venir aquí y hacer daño.

Saltarín habló. Cuatro pares de ojos les miraron serenamente. Uno respondió.

—Si viene una nave de arriba, les traeremos aquí. Vendrán, verán, se irán.

—Estáis en peligro. Por favor, haz que lo comprendan. Saltarín tradujo. El más viejo alzó una mano hacia las imágenes apiladas por encima de ellos y respondió:

—Lugar hisa. Llega la noche. Dormimos, soñamos que se van.

Habló entonces otro de los ancianos. Entre lo que decía se distinguía un nombre humano: Bennett. Y luego otro: Lukas.

—Bennett —corearon los más próximos—. Bennett, Bennett, Bennett.

El murmullo rebasó los límites del círculo, moviéndose como el viento entre los reunidos.

—Robamos comida —dijo Saltarín, sonriente—. Aprendemos a robar bien. Robamos para ti, te ponemos a salvo.

—Armas —protestó Miliko—. Armas, Saltarín.

—Aquí a salvo. —Saltarín hizo una pausa para captar algo de lo que decían los Viejos—. Os dan nombres: El-viene-de-nuevo, y Ella-alza-las-manos. To-he-me; Mihan-tisar. Vuestro espíritu bueno. Aquí estáis seguros. Os amamos. Bennett-hombre nos enseñó a soñar sueños humanos. Ahora nosotros os enseñamos sueños hisa. Os amamos, To-he-me, Mihan-tisar.

No supo qué decir y se limitó a mirar las grandes imágenes de ojos redondos dirigidos al cielo. Después paseó la vista en torno suyo, sobre los reunidos que parecían extenderse hasta el horizonte, y por un momento le pareció que era posible, que aquel lugar tenía una cualidad reverencial y temible que impediría la proximidad de cualquier enemigo.

Los Viejos empezaron a entonar un cántico, que se extendió poco a poco entre todos los demás. Los cuerpos empezaron a oscilar, siguiendo el ritmo del canto.

—Bennett... —decían una y otra vez.

—Nos enseñó a soñar sueños humanos... Te llaman El-viene-de-nuevo.

Emilio se estremeció, rodeó a Miliko con un brazo, bajo aquel susurro que paralizaba la mente, como el golpear de un martillo sobre bronce o el suspiro de algún gran instrumento que llenaba el cielo crepuscular.

El sol declinó al fin. La desaparición de la luz dejó pasar el frío y un suspiro de

incontables gargantas, interrumpiendo el cántico. Luego la aparición de las estrellas levantó entre ellos suaves gritos de alegría.

—Aquella se llama Ella-sale-primero —les dijo Saltarín, y fue nombrando una tras otra a las estrellas, mientras los demás hisa las saludaban como si fueran amigos que volvían. Andan-juntas, Sale-en-primavera, Siempre-danza...

El cántico volvió a animarse, en tono menor, y los cuerpos oscilaron.

La fatiga se apoderó de ellos. A Miliko se le cerraban los ojos. Emilio trató de sostenerla, de permanecer él mismo despierto, pero los hisa cabeceaban también, y Saltarín les dio unos golpecitos, haciéndoles saber que podían descansar.

Emilio durmió y al despertar encontró a su lado alimentos y bebida. Se quitó la máscara para comer y beber, comiendo y respirando alternativamente. En todas partes los pocos que estaban despiertos se movían entre la multitud dormida, para hacer sus necesidades. Emilio sintió las suyas propias y se deslizó entre la inmensa multitud hacia los bordes, donde dormían otros humanos, y más allá, hasta las trincheras sanitarias excavadas por los hisa. Permaneció algún tiempo en los límites del campamento, hasta que llegaron otros y recobró el sentido del tiempo, y volvió a ver las estatuas, el cielo estrellado y la muchedumbre dormida.

Emilio captó la respuesta hisa. Estar allí, sentados bajo los cielos, hablando con los cielos y sus dioses viéndolos a ellos... Los humanos tenían esperanza. Sabía en el fondo que era una locura, pero dejó de temer por sí mismo y hasta por Miliko. Aguardaban un sueño, todos ellos; y si los hombres dirigían sus armas contra los dulces soñadores de Downbelow, entonces la esperanza moriría. Por eso los hisa los habían desarmado al principio... con las manos vacías.

Regresó hacia Miliko, hacia Saltarín y los Viejos, creyendo de un modo absurdo que estaban a salvo, de una manera que nada tenía que ver con la vida y la muerte, que aquel lugar estaba allí desde tiempo inmemorial y había esperado mucho antes de que llegaran los hombres, mirando a los cielos.

Se tendió al lado de Miliko y miró las estrellas, pensando en sus alternativas.

Y por la mañana llegó una nave.

No hubo pánico entre los millares de hisa, ni tampoco entre los humanos, sentados entre ellos. Emilio se levantó, cogiendo a Miliko de la mano y observó cómo se posaba la nave, primero la sonda de aterrizaje, al otro lado del valle, donde podía encontrar terreno despejado.

—Debería ir a hablar con ellos —dijo a los Viejos a través de Saltarín.

—No hables —respondió el viejo—. Espera. Sueña.

—Me pregunto si realmente quieren llevarse a todo Downbelow allá arriba, a la estación —observó plácidamente Miliko.

Otros humanos se habían levantado. Emilio se sentó con Miliko, y todos los demás empezaron a sentarse de nuevo, a esperar.

Al cabo de largo tiempo se oyó el sonido distante de un altavoz.

—*Hay humanos aquí* —atronó la voz metálica a través de la llanura—. *Somos del*

*transporte África. Por favor, la persona que esté al frente que venga y se identifique.*

—No lo hagas —le pidió Miliko cuando Emilio se movió para levantarse—. Podrían disparar.

—Podrían disparar si no voy a hablar con ellos, atacar a toda esta gente. Nos han atrapado.

—*¿Está aquí Emilio Konstantin? Tengo noticias para él.*

—Conocemos sus noticias —musitó él, y cuando Miliko empezó a levantarse, la retuvo—. Miliko... Voy a pedirte algo.

—No.

—Quédate aquí. Voy a ir. Eso es lo que quieren... que la base vuelva a trabajar. Voy a dejar aquí a aquellos que no lo pasarán bien a las órdenes de Porey, la mayoría de nosotros. Te necesito aquí, a cargo de ellos.

—Eso es una excusa.

—No y sí. Para dirigir esto, para librar una batalla si llega el caso, para quedarte con los hisa, advertirles y mantener a los extraños alejados de este mundo. ¿En quién podría confiar si no es en ti? ¿A quién más comprenderían los hisa como nos comprenden a ti y a mí? ¿Al resto del personal? —meneó la cabeza y la miró a los ojos oscuros—. Hay una manera de luchar, como lo hacen los hisa. Y voy a regresar, si eso es lo que piden. ¿Crees que quiero abandonarte? ¿Pero quién más hay aquí que pueda encargarse de esto? Hazlo por mí.

—Te comprendo —dijo ella con voz ronca.

Los dos se levantaron y ella le abrazó y besó durante tan largo tiempo que a él le resultó más difícil que antes marcharse. Pero al fin ella le soltó. Emilio se sacó la pistola del bolsillo y se le entregó. Pudo oír de nuevo el sonido del altavoz. Repetían el mensaje.

—Transmitid este aviso —gritó a los hombres reunidos—. Necesito algunos voluntarios.

El grito se extendió. Los hombres llegaron, abriéndose paso desde el extremo más alejado de la reunión, procedentes de las diversas bases. Tardaron tiempo en reunirse. Los soldados que habían avanzado por el otro lado esperaban, pues sin duda podían ver el movimiento, y el tiempo y la fuerza estaban a su lado.

Hizo que los miembros de su personal se volvieran de espaldas a aquella dirección y se juntasen más, dificultando así la posible observación desde la nave. Los hisa que les rodeaban miraban con sus ojos redondos, interesados.

—Quieren gente —les dijo en voz baja—, y la reparación de lo sabotado. Sólo pueden estar aquí por eso. Necesitan espaldas fuertes que carguen en su nave los suministros incluidos en su lista. Quizá lo único que les interese sea la base principal, porque no pueden utilizar las otras. No creo que sea indicado enviar a los de cuarentena para que sustraigan más suministros. Es una cuestión de tiempo, de resistencia, de disponer de hombres suficientes para impedir cualquier movimiento contra Downbelow... o quizá sólo para conservar la vida. Ya me comprendéis.

Supongo que quieren aprovisionar sus naves, así como la estación. Y mientras lo consiguen salvaremos algo. Esperaremos a que las cosas se arreglen en la estación y salvaremos lo que podamos. Quiero a los hombres más altos de cada unidad, los de constitución más fuerte que puedan hacer más, coger más y no perder los estribos... trabajo de campo, no sé qué otro. No sabemos. Son necesarios unos sesenta hombres de cada base, con todo lo que puedan llevar consigo. Ese ha sido mi cálculo.

—¿Tú vas?

Él asintió. Jones y otros miembros del personal también asintieron a desgana.

—Yo iré —dijo Ito.

Todos los demás oficiales de la base se habían ofrecido voluntarios. Emilio hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No en esta ocasión. Todas las mujeres se quedarán aquí, bajo el mando de Miliko, sin discusión. Desplegaos y comunicadlo. Unos sesenta voluntarios de cada base. Daos prisa. No esperarán eternamente ahí afuera. Todos se dispersaron corriendo.

—*Konstantin* —dijo de nuevo la voz metálica. Él miró en dirección a los soldados cubiertos de armaduras, a considerable distancia de los hombres sentados. Se dio cuenta de que tenían un telescopio y le veían perfectamente—. *Se nos está agotando la paciencia.*

Se demoró para besar a Miliko una vez más, y oyó a Saltarín cerca, traduciendo rápidamente a los Viejos. Empezó a andar a través del campamento en dirección a los soldados. Otros empezaron a caminar entre los hisa sentados y fueron a reunirse con él.

Y no sólo miembros del personal y trabajadores residentes. Llegaron hombres de cuarentena, tantos como residentes. Emilio rebasó los últimos grupos de la reunión y vio que Saltarín iba tras él, con varios de los machos hisa más corpulentos.

—No es necesario que vengáis —les dijo.

—Amigo —replicó Saltarín.

Los hombres de cuarentena no dijeron nada, pero no mostraron inclinación a volverse.

—Gracias —les dijo Emilio.

Ahora las tropas podían verles claramente, en el mismo límite de la reunión. Eran realmente tropas de la *África*; podía distinguir las letras.

—*Konstantin* —dijo el oficial a través del altavoz—. *¿Quién saboteó la base?*

—Yo lo ordené —replicó él—. *¿Cómo iba a saber que no vendría la Unión aquí? Puede arreglarse. Tengo las piezas. Supongo que quieren que volvamos.*

—*¿Qué hace en ese lugar, Konstantin?*

—Es una zona sagrada, un santuario. Puede ver que en los mapas está señalada como zona restringida. Tengo un equipo reunido. Estamos dispuestos a volver y reparar la maquinaria. Dejamos a nuestros enfermos con los hisa. Abriremos la base principal sólo hasta que sepamos que ha terminado la alerta de ataque allá arriba. Las



otras bases son experimentales y agrícolas y no producen nada útil para ustedes. Este equipo es suficiente para ocuparse de la base principal.

—*¿De nuevo establece condiciones, Konstantin?*

—Llévennos a la base principal y tengan preparadas sus listas de suministros. Nos ocuparemos de proveerlos de lo que necesiten, rápidamente y sin quejas. De ese modo están protegidos tanto sus intereses como los nuestros. Los trabajadores hisa cooperarán con nosotros. Conseguirán todo cuanto quieran.

Se hizo el silencio al otro lado. Por un momento, nadie se movió.

—*Consiga las piezas de maquinaria que faltan, señor Konstantin.*

Él se volvió, hizo un movimiento con la mano. Uno de los miembros de su equipo, Haynes, fue a reunir cuatro hombres.

—*Si no están todas, no espere que tengamos paciencia, señor Konstantin.*

Él no se movió. Su personal lo había oído y era suficiente. Permaneció ante el pequeño destacamento, diez hombres con rifles, más allá de los cuales estaba la sonda de aterrizaje, cuajada de armas, algunas apuntadas en su dirección. Otros soldados estaban al lado de la escotilla abierta. Persistía el silencio. Tal vez esperaban que ahora hiciera preguntas, que sucumbiera a la conmoción al enterarse del asesinato, de la muerte de su familia. Ansiaba saberlo, pero no lo preguntaría. No hizo el menor movimiento.

—*Su padre ha muerto, señor Konstantin; y su hermano se da también por muerto; su madre sigue con vida en una zona de seguridad sellada, bajo custodia protectora. El capitán Mazian le transmite su pesar por lo ocurrido.*

Sintió que la cólera le encendía el rostro y le invadía la rabia, pero había pedido a quienes iban con él que conservaran el dominio de sí mismos. Permaneció inmóvil como una roca, esperando el regreso de Haynes y los otros.

—*¿Me ha entendido, señor Konstantin?*

—Mis saludos al capitán Mazian y el capitán Porey —replicó él.

Entonces se hizo el silencio. Esperaban. Finalmente regresaron Haynes y los otros, llevando consigo una gran cantidad de equipo.

—Saltarín —dijo Emilio en voz baja, mirando al hisa que estaba cerca con sus compañeros—. Si vienes, será mejor que camines hacia la base. Los hombres van en la nave, ¿me escuchas? Allí están los hombres-con-armas. Los hisa pueden caminar.

—Voy rápido —convino Saltarín.

—*Adelántese, señor Konstantin.*

Caminó lentamente, delante de los otros. Los soldados se hicieron a un lado, vigilando su avance con los rifles preparados. Y suavemente al principio, como una brisa, un murmullo, un cántico se alzó de la multitud que rodeaba la columna.

El cántico fue en aumento hasta que estremeció el aire. Emilio miró atrás, temeroso de la reacción de los soldados. Permanecían inmóviles, rifles en mano. En aquel momento debían sentirse en inferioridad de condiciones, a pesar de sus armaduras y sus armas.

El cántico prosiguió hasta llegar a la histeria, un elemento en el que se movían. Millares de hisa agitaron sus cuerpos al ritmo de aquella melodía, como se habían bamboleado bajo el cielo nocturno.

—El-viene-de-nuevo. *El-viene-de-nuevo*.

Lo escucharon mientras se aproximaban a la nave, con su enorme acceso abierto y las tropas que les rodeaban. Era un sonido que estremecía incluso al Mundo Superior, cuando transmitieran los mensajes... algo que no les gustaría oír a los nuevos amos. Se dejó arrastrar por el poder de aquellas voces innumerables, pensando en Miliko, en su familia asesinada... Lo que había perdido, perdido estaba, y se dirigió con las manos vacías, como iban los hisa, hacia los invasores.

# LIBRO QUINTO

# I

## **Pell: Plataforma azul; a bordo de la ESC 1 Europa; 29/11/52**

SIGNY SE RECLINÓ EN SU SILLÓN ANTE LA MESA DEL CONSEJO EN LA *EUROPA*, cerró un momento los ojos y apoyó los pies en el sillón vecino. La paz duraba poco. Apareció Tom Edger, con Edo Porey, los cuales se sentaron en sus sitios. Signy abrió un ojo y luego el otro, con los brazos todavía cruzados sobre el vientre. Edger se había sentado detrás de ella y Porey en el sillón del que ella había retirado los pies. Cedió con gesto cansado a la cortesía, apoyó los pies en el suelo y se inclinó contra la mesa, mirando con expresión vacía la pared del fondo, sin ganas de conversar. Entró Keu y tomó asiento, y a continuación Mika Kreshov se sentó entre ella y Porey. Sung, de la *Pacific* todavía estaba de patrulla, con los infortunados capitanes de las naves auxiliares desplegados bajo su mando en servicio perpetuo, ensamblando por turnos para el cambio de tripulaciones. No bajarían la guardia, por muy largo que resultara el asedio. No tenían noticias de las naves de la Unión que sabían que estaban allá afuera. Había una sola nave, una mota llamada *Hammer*, un mercante que con toda seguridad no era tal mercante, detenido en el borde del sistema, emitiendo propaganda... era una nave de gran tonelaje y podía saltar con la suficiente celeridad para que ellos no pudieran alcanzarle con su fuego. Era una nave de observación, y lo sabían. Podría haber otra, una nave llamada *Ojo de Cisne*, un mercante como el *Hammer* que no tenía fines comerciales, y otra cuyo nombre desconocían, un fantasma que aparecía asiduamente en el radar de largo alcance y desaparecía de nuevo, y que muy bien podría tratarse de una nave de guerra de la Unión... o más de una. Los cargueros de pequeño tonelaje que permanecían en el sistema mantenían las minas en funcionamiento, y procuraban estar alejados de Pell y de lo que sucedía alrededor del borde. Eran mercantes desesperados que buscaban sus propios intereses prescindiendo del sombrío conjunto de la situación, la ausencia de naves de gran tonelaje, la Flota que recorría como una nube de espectros el borde del sistema, y las naves de observación que les tenían vigilados.

Lo mismo ocurría en la estación, tratando de volver a la normalidad en algunas de sus secciones, con soldados de servicio y de descanso yendo de un lado a otro entre ellos. El mando de la Flota se había visto obligado a darles permiso. No era posible mantener tropas o tripulaciones encerradas durante meses en las plataformas, con los lujos de Pell al alcance de la mano, cuando el espacio vital de los transportes era en exceso austero y estaba abarrotado durante una estancia prolongada en la plataforma de ensamblaje.

Y aquello tenía sus dificultades.

Entró Mazian, inmaculado como siempre, y tomó asiento. Extendió unos documentos ante él sobre la mesa... miró a su alrededor. Por último su mirada se detuvo en Signy, durante más tiempo que en los demás.

—Capitana Mallory. Creo que será mejor oír primero su informe.

Sin apresurarse, Signy extendió los papeles ante ella y se puso en pie.

—El 28 de noviembre del 52, a las 23.14 horas, entré en el número 0878 azul de esta estación, un número residencial en una sección restringida, actuando de acuerdo con un rumor que había llegado hasta mí, en compañía de mi comandante de tropa, mayor Dison Janz y veinte soldados armados a mi mando. Descubrí allí al teniente Benjamín Goforth, al sargento Bila Mysos, ambos de la *Europe* y a otros catorce individuos de tropa que ocupaban aquel apartamento de cuatro habitaciones. Era evidente la existencia de drogas y licor. Los soldados y oficiales del apartamento protestaron verbalmente de nuestra entrada e intervención, pero los soldados Mila Erton y Tomas Centia estaban intoxicados hasta tal grado que eran incapaces de reconocer la autoridad. Ordené un registro del lugar, en el curso del cual descubrimos a otros cuatro individuos, varones de veinticuatro, treinta y uno y veintinueve años, respectivamente, y una mujer de diecinueve, todos civiles, desnudos y mostrando señales de quemaduras y otras lesiones, encerrados en una habitación. En una segunda habitación había garrafas que contenían licor y medicinas tomadas de la farmacia de la estación, como así lo indicaban sus etiquetas, junto con una caja que contenía ciento trece artículos de joyería y otra que contenía ciento cincuenta y ocho documentos de identidad de Pell y tarjetas de crédito. También había una relación que he añadido al informe reseñando artículos de valor y cincuenta y dos tripulantes y soldados de la Flota, aparte de los presentes en el local, poseedores de ciertos artículos de valor. Presenté estos hallazgos al teniente Benjamín Goforth y le pedí una explicación de las circunstancias. Sus palabras fueron: Si quiere una parte no hay necesidad de toda esta conmoción. ¿Qué debo darle para satisfacerla? Le respondí: Señor Goforth, está usted bajo arresto; usted y sus compañeros serán entregados a sus capitanes respectivos para que se les apliquen los castigos correspondientes. Se está efectuando una grabación que será utilizada en el juicio. Ante esto sus palabras fueron: Maldita zorra asquerosa, di cuánto quieres. Al llegar a este punto dejé de discutir con el teniente Goforth y le disparé en el vientre. La cinta mostrará que las protestas de sus compañeros cesaron en ese instante. Mis soldados los arrestaron sin más incidentes y los devolvieron al transporte *Europa*, donde permanecen bajo custodia. El teniente Goforth murió en el apartamento tras hacer una confesión detallada, que se adjunta. Ordené que los artículos encontrados allí se entregaran a la *Europa*, lo cual se ha hecho. Ordené la liberación de los civiles de Pell tras intensivos procedimientos de identificación, con una seria advertencia de que serían arrestados si cualquier detalle de este asunto llegaba a ser de conocimiento público. Devolví nota del apartamento a los archivos de la estación una vez quedó vacío. Final del

informe. Siguen apéndices.

Mazian la había escuchado con el ceño fruncido.

—¿Estaba el teniente Goforth intoxicado según su observación?

—Según mi observación, había estado bebiendo. Mazian movió ligeramente una mano, indicándole que se sentara. Ella obedeció, cejijunta.

—No indica usted la razón específica de esa ejecución. Preferiría que lo declarase, por razones de claridad.

—Fue su negativa a aceptar un arresto proveniente no sólo de un jefe de tropa sino de un capitán de la Flota. Su acción fue pública. Mi respuesta también lo fue.

Mazian asintió lentamente, todavía sombrío.

—Yo valoraba al teniente Goforth, y según es práctica normal de la Flota, capitana Mallory, existe un cierto entendimiento de que los soldados no están sometidos a una disciplina tan estricta como la tripulación. Esta... ejecución, capitana, supone una grave carga para otros capitanes que ahora se ven obligados a tomar decisiones propias que pueden llevarles hasta estos castigos extremos. Los obliga usted a apoyar su dureza contra sus propios soldados y tripulaciones... o a mostrarse abiertamente en desacuerdo dejando ir a los soldados con la reprimenda que tales actividades merecían normalmente, con lo cual parecían débiles.

—Lo importante de este asunto, señor, es la negativa a aceptar una orden.

—Así está anotado y esa será la queja presentada. Los soldados a los que el consejo de guerra determine que han participado en esa negativa se enfrentarán a los castigos más severos. Los cargos contra los demás serán menos importantes.

—Cargos de quebrantar la seguridad con conocimiento de causa y contribuir a crear una situación peligrosa. Estoy adelantando con el nuevo sistema de tarjetas, señor, pero las antiguas siguen siendo válidas en amplias zonas de esta estación, y el personal del apartamento estaba directamente implicado en un tráfico de documentos de identidad, un mercado negro que iba en detrimento de mis operaciones. Los otros emitieron murmullos de protesta, y la expresión de Mazian se agrió aún más.

—Se encontró usted con una situación inmediata que tal vez no tenía más respuesta que la que le dio. Pero quisiera señalarle, capitana Mallory, que existen otras interpretaciones que afectan a la moral de esta Flota: el hecho de que no hubo ningún miembro del personal de la *Norway* arrestado, ni en la infamante lista. Podría pensarse que se trató de un rumor que hicieron llegar deliberadamente a usted por algún interés rival de sus propios soldados.

—No había personal de la *Norway* implicado.

—Estaba usted operando fuera de los límites de su propia competencia. La seguridad interna corresponde al capitán Keu. ¿Por qué no se le advirtió antes de llevar a cabo esa operación?

—¿Porque estaban implicados soldados de la *India*? —Signy miró directamente al rostro adusto de Keu y a los demás, antes de volver a Mazian—. No parecía tratarse de algo tan importante.

—Sin embargo sus propios soldados no cayeron en la red.

—No estaban implicados, señor.

Se hizo un denso silencio por un momento.

—Se considera virtuosa, ¿verdad?

Ella se inclinó hacia adelante, los brazos sobre la mesa, y miró a Mazian de hito en hito.

—No permito a mis tropas que duerman en la estación y mantengo un estricto seguimiento de su paradero. Y no hay personal de la *Norway* implicado en el mercado negro. Ya que se me piden explicaciones, también quisiera dejar algo en claro: desaprobé las libertades generales cuando se propusieron al principio y desearía que se revisara esa política. Las tropas disciplinadas tienen un exceso de trabajo por un lado y un exceso de libertad por el otro. Hacer que aguanten hasta que se caen de agotamiento y darles libertad hasta que se caen borrachos es la actual política, que no he permitido entre mi propio personal. Las guardias se turnan a horas razonables y las libertades están confinadas a esa estrecha zona de plataforma bajo la observación directa de mis propios oficiales durante el breve tiempo de asueto que se les concede. Y el personal de la *Norway* no participó en absoluto en la situación que estamos tratando.

Mazian la miró furioso, y ella contempló cómo se le hinchaban las aletas de la nariz.

—Nos conocemos desde hace mucho, Mallory. Usted siempre ha sido una tirana sanguinaria. Esa es la reputación que se ha labrado, y usted lo sabe.

—Es muy posible.

—Disparó contra algunos de sus soldados en Eridu. Ordenó que una unidad abriera fuego contra otra.

—La *Norway* tiene sus normas. Mazian aspiró hondo.

—También las tienen otras naves, capitana. Sus normas pueden ser efectivas en la *Norway*, pero nuestros mandos distintos tienen exigencias diferentes. Trabajar de una manera independiente es algo natural en nosotros. Lo hemos hecho durante largo tiempo. Ahora yo tengo la responsabilidad de soldar de nuevo a la Flota y hacer que funcione. Tengo la clase de maldita propensión a la independencia que hizo permanecer ahí afuera a la *Tibet* y la *Polo Norte* en vez de hacerlas entrar como el sentido común habría dictado. Dos naves *muertas*, Mallory. Ahora me presenta usted una situación en la que una nave se comporta de un modo distinto a las otras y decide por su cuenta una batida contra una actividad que sabe ilícita e implica a todas las demás tripulaciones de la Flota. Se habla de que había una segunda página en esa lista, ¿lo sabía? Y que fue destruida. Eso constituye un problema moral. ¿Se da cuenta?

—Comprendo el problema, y lo lamento. Niego que hubiera otra página y protesto enérgicamente porque se considere a mis tropas motivadas por los celos al informar de esta situación. Eso es ponerlos en entredicho de una manera que me

niego a aceptar.

—A partir de ahora las tropas de la *Norway* seguirán el mismo programa que el resto de la Flota. Signy volvió a sentarse.

—Me encuentro ante una política que nos ocasiona grandes problemas. ¿Se me obliga ahora a seguirla?

—Hay algo destructivo en esta compañía, Mallory, y no es el pequeño mercado negro que pueda tener lugar, porque, seamos realistas, eso es inevitable cada vez que las tropas salen de las naves, sino la suposición por parte de un oficial y una nave de que pueden hacer lo que les parezca y actuar en rivalidad con otras naves. Eso conduce a la división, lo cual no podemos permitirnos, Mallory, y me niego a tolerarlo bajo cualquier nombre. Hay un comandante de esta Flota... ¿o acaso quiere usted constituirse en oposición?

—Acepto la orden —musitó ella.

El orgullo de Mazian, el orgullo tan exquisitamente sensible de Mazian. Habían llegado a la línea que no se podía cruzar, cuando su mirada adquiría aquel matiz especial. Sintió una contracción en el estómago, un ardiente deseo de romper algo. Se acomodó sosegadamente en su asiento.

—El problema moral existe, en efecto —siguió diciendo Mazian, con más calma, acomodándose a su vez en el sillón con uno de aquellos gestos desenvueltos, teatrales que utilizaba para descartar lo que había decidido no discutir—. Es injusto achacarlo sólo a la *Norway*. Discúlpeme. Soy consciente de que tiene usted razón en gran parte... pero todos trabajamos en una situación difícil. La Unión está ahí afuera y lo sabemos, como también lo sabe Pell. Desde luego las tropas también lo saben, aunque no con los detalles que nosotros conocemos, y eso les mantiene en un estado de nerviosismo. Toman sus placeres donde pueden. Ven en la estación una situación no demasiado buena: carencias, un mercado negro desenfrenado, hostilidad por parte de los civiles. Sobre todo hostilidad por parte de los civiles. No están en contacto con las operaciones que llevamos a cabo para remediar la situación. Y aunque lo estuvieran, sigue estando ahí la Flota de la Unión, esperando su momento para atacar. Hay una nave espía de la Unión y no podemos hacer nada al respecto. Ni siquiera podemos normalizar el tráfico en las plataformas de esta estación. Estamos empezando a atacarnos entre nosotros... y eso es precisamente lo que la Unión espera, confiando en que si nos mantienen aquí indefinidamente, sin salida, acabaremos por pudrirnos. No quieren enfrentarse a nosotros en un conflicto abierto; eso sería caro, aunque logran expulsarnos de aquí. Y no quieren correr el riesgo de que nos dispersemos y volvamos a acosarlos con operaciones de guerrilla... porque está Cyteen, está su capital, demasiado vulnerable si uno de nosotros decide atacarla a toda costa. Saben lo que se les escapa de las manos ni nos vamos. Por eso esperan, nos mantienen en la inseguridad. Confían en que permaneceremos aquí alimentando una falsa confianza y nos ofrecen la tranquilidad suficiente para que no sintamos la tentación de movernos. Probablemente están reuniendo fuerzas, ahora que saben



dónde estamos. Y tienen razón... necesitamos el descanso y el refugio. Es lo peor para las tropas, ¿pero cómo si no podemos actuar? Tenemos un problema. Y propongo dar a nuestras tropas errantes un sabor del conflicto, algo para despertarlas y persuadirlas de que todavía es posible la acción. Vamos a salir en busca de algunas de las cosas que escasean en Pell. Las naves de pequeño tonelaje que se mantienen tan cuidadosamente fuera de nuestro camino... no pueden ir lejos ni con rapidez. Y las minas tienen otras cosas, los suministros que las apoyan. Vamos a enviar un segundo transporte en misión de patrulla.

—Después de lo que le sucedió a la *Polo Norte*... —musitó Kreshov.

—Con las debidas precauciones. Mantendremos preparados todos los transportes al lado de la estación y no nos alejaremos demasiado del radio de cobertura. Hay un rumbo que puede llevar a un transporte cerca de las minas sin apartarse en exceso de la cobertura. Kreshov, con su admirable sentido de la precaución, puede encargarse de esa tarea. Conseguir los suministros que necesitamos y dar algunas lecciones si es necesario. Una cierta acción agresiva por nuestra parte satisfará y mejorará la moral.

Signy se mordió el labio durante un momento, y finalmente se inclinó hacia adelante.

—Me ofrezco voluntaria para esa misión. Deje a Kreshov al margen.

—No —dijo Mazian, y enseguida alzó una mano con gesto apaciguador—. No hay menor menoscabo en esta negativa, al contrario. Su trabajo es vital aquí y está usted haciendo una excelente tarea. La *Atlantic* se encarga de la patrulla. Encabeza una línea de transportes y restaura el tráfico de la estación. Destroce uno si tiene que hacerlo, Mika, usted ya me comprende. Y páguelos con certificados de la Compañía.

Todos se rieron menos Signy, que permaneció sombría.

—No parece muy conforme, capitana Mallory.

—Los tiroteos me deprimen —dijo cínicamente—, lo mismo que la piratería.

—¿Otro debate sobre la normativa?

—Antes de emprender cualquier operación de esa clase a gran escala, quisiera ver que se hace algún esfuerzo para enrolar a los transportes de pequeño tonelaje en vez de destrozarlos. Están de nuestra parte contra la Unión.

—No podrían apartarse del camino. Hay una diferencia considerable, Mallory.

—Habría que recordar eso... cuáles de ellos estaban ahí afuera con nosotros. Podríamos enfocar esas naves de un modo diferente.

Mazian no estaba de humor para atender a sus razones, aquel día no. Tenía las mejillas encendidas y la mirada hosca.

—Déjeme aprobar las órdenes amiga mía. Eso se toma en consideración. Todo mercante de esa categoría obtendrá privilegios especiales cuando esté ensamblado en la estación; y suponemos que cualquier mercante de esa categoría no estaría entre aquellos que rechacen nuestras órdenes de venir aquí.

Ella asintió y el enojo fue disipándose de su rostro. Era peligroso tratar con altanería a Mazian, porque era un hombre dominado por una enorme vanidad, tanto

que a veces ésta desequilibraba sus mejores cualidades. Haría lo que fuera juicioso, como siempre había hecho. Pero a veces el enojo permanecía durante mucho tiempo.

Terció entonces la voz profunda de Porey.

—Quisiera señalar, contrariamente a las expectativas de ayuda local que tiene la capitana Mallory, que nos encontramos con un problema en Downbelow. Emilio Konstantin maneja a sus trabajadores allá abajo y hace cuanto quiere de ellos. Nos proporciona los suministros que necesitamos y nos conformamos con ello, pero ese hombre está esperando. Aguarda simplemente, y sabe que en este momento nos es necesario. Si traemos a todos esos cargueros de pequeño tonelaje a la estación, habremos traído otros «Konstantines» en potencia, sólo que los tendremos aquí con nosotros, ensamblados al dado de nuestras naves.

—No es probable que pongan en peligro a Pell —dijo Keu.

—¿Y qué me dice si uno de ellos es un unionista? Sabemos muy bien que se han infiltrado entre los mercantes.

—Es un punto digno de consideración —dijo Mazian—. He pensado en ello... lo cual es una razón, capitana Mallory, por la que soy reacio a dar pasos firmes para reclutar a esos transportes. Constituyen problemas potenciales. Pero necesitamos los suministros, y no todo lo que necesitamos se encuentra en cualquier parte. Aguantaremos lo que tengamos que aguantar.

—Así pues, daremos un ejemplo —dijo Kreshov—. Dispararemos contra el bastardo. No es más que un problema a la espera.

—En estos momentos, Konstantin y su equipo trabajan dieciocho horas al día... —dijo Porey lentamente—, trabajo eficiente, rápido y hábil. No podemos conseguir eso por otros métodos. Es posible conseguir de él lo que no sería factible para nosotros.

—Y él ¿lo sabe?

Porey se encogió de hombros.

—Le diré cuál es la situación respecto a Downbelow. Tenemos un lugar con millares de nativos y un numeroso grupo de humanos, todos en el mismo sitio, todos ellos constituyendo un blanco único. Y Konstantin lo sabe.

Mazian asintió.

—El de Konstantin es un problema menor. Tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos. Y ese es el segundo asunto de la orden del día. Si podemos evitar otra redada entre nuestras propias tropas... Preferiría concentrarme en el paradero de los subversivos escondidos en la estación y en el personal fugitivo.

A Signy se le encendió el rostro, pero mantuvo la voz calmada.

—El nuevo sistema avanza hacia el pleno uso tan rápidamente como es posible. El señor Lukas está cooperando. Hemos identificado y fichado 14.947 individuos esta mañana. Esto es, con un sistema totalmente nuevo de tarjetas y nuevos códigos individuales, con cerraduras accionadas por la voz en algunas dependencias. Me gustaría hacerlo mejor, pero las unidades de Pell no dan para más, de lo contrario no

habríamos tropezado ya desde el principio con este problema de seguridad.

—¿Y las posibilidades de que haya fichado a ese tal Jessad?

—No, no es una probabilidad razonable. La mayoría o todos los fugitivos se mueven por áreas no reorganizadas, donde todavía sirven sus tarjetas robadas... por algún tiempo. Los encontraremos. Tenemos un boceto de Jessad y fotografías de los otros. Calculo que en una o dos semanas iniciaremos el empujón definitivo.

—¿Pero todas las zonas de operaciones son seguras?

—Las disposiciones de seguridad para la central de Pell son de risa. He hecho recomendaciones para el logro de una seguridad aceptable.

Mazian asintió.

—Cuando dispongamos de trabajadores que ya hayan terminado las tareas de reparación de daños. ¿Nos ocupamos de la seguridad?

—Hay alguien, excepcionalmente protegido por la presencia de nativos en la zona herméticamente cerrada del sector azul uno cuatro. La viuda de Konstantin y hermana de Lukas. Es una inválida incurable, y los nativos cooperan en todo mientras asegure su bienestar.

—Ahí tenemos una brecha —dijo Mazian.

—He conseguido un enlace a través del comunicador con ella. Coopera totalmente enviando nativos a las zonas necesarias. En este momento es de alguna utilidad, al igual que su hermano.

—Mientras los dos lo sean... —dijo Mazian—.

Había detalles, estadísticas, asuntos tediosos cuyo trato podría haberse dejado al ordenador. Signy lo soportó con el rostro sombrío, incubando un dolor de cabeza mientras la presión sanguínea distendía las venas de sus manos, tomaba notas minuciosas y contribuía con sus propias estadísticas.

Agua, alimentos, piezas de maquinaria... Cargaban al máximo todas las naves, preparándose para huir de nuevo si se veían obligados a hacerlo. Reparaban los daños principales y se ocupaban de los desperfectos menores que habían quedado pospuestos cuando emprendieron la acción para tomar Pell. Efectuaban una puesta a punto total mientras mantenían la Flota con la mayor movilidad posible.

Los suministros constituían una dificultad abrumadora. Semana tras semana disminuía la esperanza de que los cargueros de gran tonelaje más atrevidos se aventurasen a entrar en la estación. Ellos tenían siete transportes para mantener una estación y un planeta, pero con sólo cargueros de pequeño tonelaje para abastecerlos. Y lo único que podían proporcionales eran algunos artículos manufacturados... los mismos que aquellos cargueros llevaban a bordo para su propio uso.

Estaban encerrados allí, bajo asedio, sin mercantes para ayudarles, sin los cargueros de gran tonelaje que habían ido y venido libremente durante lo peor de la guerra. Ahora no podían confiar en llegar a las estaciones de las Estrellas Posteriores... de las cuales quedaba muy poco, devastadas, saqueadas, algunas probablemente inestables debido al largo tiempo transcurrido sin regulación. Las

naves de guerra por sí solas no podían encargarse de las pesadas tareas de arrastre de piezas que requería la construcción en gran escala. Sin los mercantes de gran tonelaje, Pell era la única estación en funcionamiento que les quedaba aparte de la misma Sol.

Signy tenía desagradables pensamientos mientras permanecía allí sentada, pensamientos como los que tenía con demasiada frecuencia desde que las operaciones de Pell empezaron a ir mal. De vez en cuando alzaba la vista hacia Mazian, hacia el rostro delgado y serio de Tom Edger. La *Australia* de Edger acompañaba a la *Europa* con más asiduidad que cualquier otra nave... un viejo equipo, realmente veterano. Edger era el segundo en veteranía y ella la tercera, pero había un gran abismo entre el segundo y la tercera. Edger nunca hablaba en el consejo, nunca tenía nada que decir. Hablaba con Mazian en privado, compartiendo opiniones, era el poder al lado del trono, por así decirlo. Signy lo sospechaba desde hacía mucho tiempo. Si había algún hombre en la sala que realmente conociera la mente de Mazian, ese era Edger.

Pell era la única estación en funcionamiento aparte de Sol.

Pensó sombríamente que eran solamente tres quienes lo sabían, y mantuvo la boca cerrada al respecto. Habían recorrido un largo camino... desde la Flota de la Compañía a esto. Los bastardos de la Compañía en la Tierra y la estación Sol iban a llevarse una buena sorpresa cuando tuvieran una guerra en sus umbrales... cuando se apoderasen de la Tierra como lo habían hecho de Pell. Y siete transportes podían hacerlo, contra un mundo que había abandonado el vuelo interestelar, que como Pell, sólo contaba con cargueros de pequeño tonelaje y unas pocas naves de guerra que operaban dentro de los límites de su sistema con la Unión pisándoles los talones. Era una casa de cristal, la Tierra. No podía luchar... y ganar.

No había perdido el sueño pensando en ello. Ni pensaba perderlo. Cada vez estaba más convencida de que la única finalidad de la operación de Pell era tenerlos ocupados, de que Mazian podría estar haciendo precisamente lo que ella había aconsejado desde el principio, mantener a las tropas ocupadas, mantener ocupados a los capitanes y las tripulaciones, mientras la verdadera operación allí era la de Downbelow y lo que proponía con las minas y los cargueros de pequeño tonelaje, la recogida de suministros, las reparaciones, la clasificación del personal de la estación para identificación y captura de todos los fugitivos que podrían salir a la superficie y hacer que a la Unión le resultara fácil y barato la toma de la estación. Ese era su trabajo.

Pero allí no había mercantes a los que pudieran presionar para que sirvieran como transportes, y ningún transporte iba a dejarse convertir en nave de refugiados. No podían. No tenían espacio. No era de extrañar que Mazian no hablara, que se negara a decir nada sobre los planes de contingencia que bajo numerosos pretextos ya estaban entrando en acción. Una trama bien construida: el ordenador de la estación fuera de uso, pues ahora ellos tenían todas las nuevas claves de ordenador; la base de Downbelow sumida en el caos mediante la eliminación del único hombre que la mantenía unida y la ejecución de todas aquellas multitudes de humanos y nativos, de

modo que los nativos nunca volvieran a trabajar para los humanos; la misma estación sumida en órbita descendente; y ellos corriendo hacia un punto de salto con una pantalla de cargueros de pequeño tonelaje que sólo podían servir como peligros de navegación. El salto hacia las Estrellas Posteriores y, en rápida sucesión, hacia la misma Sol...

Mientras la Unión debería decidir si salvaba a una estación llena de gente y una base, y combatir el caos de Downbelow... o dejar que Pell muriera e ir a un ataque libre de trabas, no teniendo tras ellos ninguna base más cercana que Viking... a una inmensa distancia de la Tierra.

«Bastardo», le dijo mentalmente a Mazian, mirándole con rabia. Era característico de Mazian preparar jugadas que serían para la oposición hechos consumados y pensar lo inimaginable. Era el mejor. Siempre lo había sido. Ella le sonrió cuando le dio órdenes escuetas y precisas sobre la catalogación, y tuvo la alegría de ver que, por un instante, el gran Mazian perdía el hilo de su pensamiento. Pero lo recuperó y continuó hablando, mirándola de vez en cuando con perplejidad y luego con mayor afecto.

De modo que ahora, con toda seguridad, eran tres los que sabían.

—Seré franca con vosotros —les dijo a los hombres y mujeres que se habían reunido acucillados y de pie en el vestuario de la cubierta inferior, el único lugar de la *Norway* donde podía ver a la mayoría de las tropas reunidas sin nada que le obstruyera la visión, apretados como estaban hombro contra hombro—. No se sienten contentos de nosotros. El mismo Mazian no está satisfecho con mi manera de dirigir esta nave. Parece que ninguno de vosotros está en la lista. Parece que ninguno de nosotros está implicado en el mercado negro. Parece que otras tripulaciones están molestas con vosotros y conmigo, y hay rumores por ahí de que hemos amañado la lista, acerca de un informe dado por debajo de cuerda debido a alguna rivalidad por el mercado negro entre la *Norway* y otras naves... ¡Tranquilos! Por eso doy órdenes desde arriba. Tenéis *libertades*, con el mismo programa y las mismas condiciones que las demás tropas. Vuestro servicio se rige también por el mismo horario. No voy a hacer comentario alguno, excepto para felicitaros por vuestro excelente trabajo, y deciros dos cosas más: me siento halagada en nombre de toda esta nave de que la *Norway* no estuviera implicada en ese escándalo del sector azul, y en segundo lugar, os pido que evitéis discusiones con las otras unidades, sean cuales fueren los rumores que corran y por mucho que os provoquen. Al parecer hay ciertos resentimientos, de los que asumo la responsabilidad personal. Al parecer... bien, dejemos las cosas así. ¿Alguna pregunta? Se hizo un profundo silencio. Nadie se movió.

—Confío en que comunicaréis la noticia al turno entrante, sin que tenga que hacerlo yo en persona. Mis disculpas por lo que otros consideran al parecer parcialidad con el personal a mi mando. Asunto concluido.

La tripulación siguió sin moverse. Ella giró sobre sus talones y se dirigió al

ascensor, para ir a sus aposentos en el nivel principal.

—Lancémoslos al vacío —musitó alguien en voz audible. Ella se detuvo en seco, dándoles la espalda.

—¡*Norway!* —gritó alguien, y otro—: ¡Signy!

Un instante después toda la nave retumbaba de voces.

Ella reanudó su marcha hacia el ascensor abierto y aspiró hondo, satisfecha. Los lanzarían al vacío, desde luego, si Conrad Mazian creía que podría poner su mano en la *Norway*. Ella había comenzado con las tropas. Di Janz también tendría algo que decirles. Lo que amenazaba la moral de la *Norway* amenazaba vidas, amenazaba los reflejos que había adquirido durante años.

Y su orgullo. Eso también. El rostro le ardía aún mientras se dirigía al ascensor y oprimía el botón. Los gritos que resonaban en los corredores eran un alimento para su orgullo que, como ella misma admitía, igualaba al de Mazian. Seguiría las órdenes, sí; pero había calculado el efecto en las tropas y en su tripulación, y nadie le daba órdenes con respecto a lo que sucedía en el propio interior de la *Norway*. Ni siquiera Mazian.

## II

### Pell: Sector verde nueve; 6/1/53

EL NATIVO VOLVÍA A ESTAR CON ÉL, UNA PEQUEÑA SOMBRA MARRÓN CUYA presencia era bastante normal entre el tráfico del sector nueve. Josh se detuvo en el corredor que exhibía las huellas de la revuelta y apoyó el pie en una moldura, fingiendo que se ajustaba la bota. El nativo le tocó el brazo, se agachó arrugando la nariz y le miró.

—¿Konstantin-hombre está bien?

—Está bien —le respondió. Era el nativo llamado Dienteazul, que les seguía casi a diario y transmitía los mensajes que se dirigían Damon y su madre—. Ahora tenemos un buen lugar donde ocultarnos. No hay problemas. Damon está a salvo.

La mano fuerte y peluda buscó la suya y le entregó un objeto.

—¿Se lo llevas a Konstantin-hombre? *Ella* lo ha dado, dice que lo necesita.

El nativo se diluyó entre el tráfico tan rápidamente como había llegado. Josh se enderezó, resistiendo la tentación de mirar a su alrededor o al objeto metálico que tenía en la mano hasta que estuvo a cierta distancia del corredor. Era un broche de un metal que podría ser oro. Se lo guardó pensando en el tesoro que representaba para ellos, algo vendible en el mercado, algo que no necesitaba tarjeta, que sobornaría a alguien insobornable por otros medios... como el propietario de su alojamiento actual. El oro tenía otros usos aparte de la joyería: los metales preciosos valían vidas... según las tarifas vigentes. Y se acercaba el día en que haría falta un enorme poder de persuasión para mantener a Damon oculto. La madre de Damon era una mujer con un gran sentido. Tenía oídos y ojos a su servicio; los de cada nativo inofensivo que se deslizaba por los corredores. Y ella conocía su desesperación... ofreciéndole, a pesar del peligro, un refugio que Damon no aceptaría porque, por encima de todo no quería que sometieran a registro los recintos de los nativos.

La red se cerraba sobre ellos. La zona de corredores utilizables iba disminuyendo. Se estaba instalando un nuevo sistema, nuevas tarjetas, y las secciones evacuadas por las tropas seguían evacuadas. Cuando las tropas sellaban una sección, reunían a sus moradores y los cotejaban con las listas de personas buscadas, dando nuevos documentos de identidad a la mayoría de ellos. Algunos desaparecían, y no había que hacer demasiadas conjeturas para suponer lo que les había ocurrido. Y el nuevo sistema de tarjetas golpeaba el mercado negro con más dureza a medida que se extendía. El valor de tarjetas y documentos descendió, pues sólo valdrían durante el período en que se efectuara el cambio, y la gente ya empezaba a mostrarse cautelosa con los viejos documentos. De vez en cuando se encendía una alarma silenciosa en el

ordenador, y las tropas iban a algún establecimiento y empezaban a buscar a alguien encartado... como si la mayoría de la gente en secciones inseguras utilizaran sus propias tarjetas. Pero las tropas hacían preguntas y verificaban los documentos de identidad en aquellas acciones, mantenían las zonas abiertas a sus redadas y a la población aterrada y sospechando unos de otros, lo cual servía a los propósitos de Mazian.

Aquello también les proporcionaba un medio de vida. El recurso usual de Josh y Damon era la purificación de tarjetas, su valor dentro de la organización del mercado negro. Un comprador quería estar seguro de que una tarjeta no accionaría las alarmas del ordenador, alguien deseaba el número de código bancario para revisar los valores... Los bares y las habitaciones de las plataformas estaban llenos de gentes cuyos rostros no coincidían con los de sus documentos de identidad. Y Damon tenía los números de acceso para solucionarlo. También él había aprendido el oficio, de modo que ahora trabajaban en sociedad y ninguno de ellos tenía que aventurarse por los corredores con demasiada frecuencia. Su tarea se había convertido en algo científico... Utilizaban los túneles de los nativos e incluso cruzaban las secciones a través de las barreras —Dienteazul les había enseñado a hacerlo— de manera que ninguna terminal de ordenador presentara un número sospechoso de solicitudes. Nunca se les había disparado una alarma, aunque algunas de las tarjetas habían estado a punto de hacerlo. Eran buenos profesionales; tenían un oficio —irónicamente una creación de Mazian— que los alimentaba, los albergaba y los ocultaba con todas las protecciones que el mercado negro podía ofrecer a sus valiosos operadores. Josh tenía en aquel momento el bolsillo lleno de tarjetas, el valor de cada una de las cuales conocía de acuerdo con el nivel de compensación y la cantidad en la cuenta de crédito. En la mayoría de los casos no había nada en la cuenta. Los familiares de personas desaparecidas no habían perdido el tiempo y el ordenador de la estación había atendido sus peticiones de inmovilizar el acceso a un número determinado... Eso era lo que se rumoreaba, y probablemente era cierto. Ahora la mayoría de las tarjetas constituían un problema. Josh disponía de algunas utilizables entre todas las que tenía y una colección de números de código. Las tarjetas que habían pertenecido a personas solteras o cuentas independientes eran las únicas que seguían siendo válidas.

Pero había presagios de cambios rápidos. Quizá se trataba de su imaginación, pero aquel día los corredores en todos los niveles del sector verde parecían más llenos de gente. Tal vez se tratara de eso; todos aquellos que no se atrevían a someterse a identificación y nuevo fichaje se habían reunido en espacios cada vez más reducidos... los sectores verde y blanco seguían abiertos, pero a él, personalmente, le ponía nervioso el blanco y no quería permanecer allí más del tiempo estrictamente necesario. No había oído rumores, pero se notaba algo en el aire, algo indicativo de que iban a sellar otra zona... y lo más probable era que se tratase del sector blanco.

La sección verde era la que tenía grandes vestíbulos abiertos, y los pocos cuellos



de botella problemáticos donde una resistencia decidida podía luchar de una sala a otra, de uno a otro pasillo... si llegaba a entablarse la lucha. Josh imaginaba otro final para ellos. Suponía que cuando todos los problemas que Mazian tenía en Pell hubiesen sido reunidos en una última sección, se limitarían a destruirla, abrirían las puertas de par en par y los arrojarían al vacío. Morirían sin posible defensa y sin la menor oportunidad.

Algunos chalados se habían conseguido trajes presurizados, el artículo más caro del mercado negro, y permanecían cerca de ellos, armados, la mirada enfebrecida, confiando en sobrevivir contra toda lógica. Los demás solamente esperaban morir. Había una atmósfera de desesperación en todo el sector verde. Todos aquellos que al fin se habían resignado a que les capturasen habían pasado voluntariamente al sector blanco. El verde y el blanco eran cada vez más extraños, las paredes llenas de pintadas con curiosas frases, algunas obscenas, otras religiosas y algunas patéticas. «Vivíamos aquí», decía una. Eso era todo.

Pocas luces de los corredores se habían salvado del destrozo general, por lo que todo estaba envuelto en una semipenumbra, y la estación ya no reducía las luces para los turnos entre día y noche artificiales, porque la oscuridad habría sido demasiado peligrosa. Las luces de algunos corredores laterales estaban apagadas, y nadie se aventuraba en aquellas madrigueras a menos que habitara en ellas... o que le arrastraran allí. Había bandas que luchaban entre sí para hacerse con el poder. Los más débiles se aferraban a ellas, pagándoles con todos sus recursos para que no les hicieran daño y quizá para tener la oportunidad de perjudicar a otros. Algunas de las bandas habían empezado a formarse en la sección de cuarentena. Había entre ellas bandas de Pell cuyo fin inicial era la defensa y que se habían dedicado a otros negocios. Josh las temía a todas sin discriminación, temía su violencia sin razón por encima de todo. Se había dejado crecer el cabello y la barba, andaba un poco encorvado y lo más sucio posible. Se cambiaba sutilmente las facciones con cosméticos... artículos que también se vendían caros en el mercado. La comedia que tenía lugar en aquel sitio sombrío era que la mayoría de la gente de las inmediaciones hacía exactamente lo mismo, que la sección estaba llena de hombres y mujeres que procuraban desesperadamente no ser reconocidos y que evitaban sus miradas con un continuo titubeo mientras deambulaban por los pasillos. Algunos fanfarroneaban y trataban de amenazar, a menos que hubiera soldados a la vista... Muchos huían como espectros abatidos, escabulléndose con la evidente esperanza de que nadie gritara que había que emprender la persecución pública de un delincuente.

Tal vez Josh había cambiado tanto de aspecto que nadie le reconocía. Nadie le había señalado en público, ni a Damon tampoco. Quizá quedaba aún cierta lealtad en Pell... o su participación en el mercado los protegía. O bien algunos de los que les conocían estaban demasiado asustados para iniciar algo. Bastantes bandas estaban vinculadas con el mercado.

De vez en cuando entraban soldados en los corredores, y también en el nivel

nueve dos, pero su presencia era tan normal como la de los nativos que iban a sus asuntos. La plataforma verde estaba aún abierta hasta el extremo de la plataforma blanca, y la *África* y en ocasiones la *Atlantic* o la *Pacific* ocupaban los dos primeros ensambladeros del sector verde, mientras que las otras naves ensamblaban en la plataforma azul, y las tropas iban y venían libremente a través del acceso personal junto a los cierres herméticos de la sección en aquel extremo del sector verde. Los soldados de permiso o en servicio entraban en los sectores verde y blanco, mezclándose con los condenados... y los condenados sabían que todo lo que tenían que hacer para escapar era subir hacia aquellas tropas o a las puertas de acceso de la zona despejada y regresar. Algunos no creían que los hombres de Mazian descompresionaran la sección, simplemente por aquella asociación íntima y casi amistosa. Cuando estaban de permiso, los soldados se despojaban de su armadura, caminaban riendo, ocupaban los bares... Delimitaron un par de establecimientos para ellos solos, era cierto... pero se mezclaban con la gente en otros bares, y a veces dirigían una sonrisa benevolente al mercado.

Josh pensó que para ellos era mucho más fácil conllevarse con las víctimas hasta que llegara el momento de darles el golpe fatídico. Todavía les quedaban alternativas, seguían el juego a las tropas, esquivaban y luchaban... pero sólo se requería que alguien oprimiera un botón en la central, sin atacar directamente, sin contemplar sus rostros mientras morían. Todo científico y distante.

Damon y él habían hecho proyectos alocados e intrascendentes. Se rumoreaba que el hermano de Damon estaba vivo. Hablaban de introducirse como polizones en uno de los transbordadores, apoderarse de la nave, ir a Downbelow y ocultarse en la espesura. Sus posibilidades de robar un transbordador custodiado por soldados armados eran tantas como ir a Downbelow andando, pero la planificación ocupaba sus mentes y les daba esperanzas.

También se les ocurrían cosas más realistas... Podían tratar de pasar los cierres de las secciones despejadas, arriesgarse a cruzar las puertas provistas de alarmas, la seguridad reglamentada, los puntos de control en cada esquina, el uso de una tarjeta en cada movimiento... así era como se vivía allí. La hazaña de Mallory. Lo habían investigado. «Demasiados hombres-con-armas», les había advertido Dienteazul. «Su mirada es fría.»

Fría, desde luego.

Y entre tanto disponían del mercado y de Ngo.

Se aproximó al bar en verde nueve, no por los túneles que llevaban al corredor al que daba la puerta trasera de Ngo, pues aquella era para emergencias y a Ngo no le gustaba que nadie utilizara el acceso trasero sin un motivo justificado... No quería que se viera a nadie en la sala principal si no había entrado por la puerta delantera, y no quería ningún acceso que pudiera poner en funcionamiento las alarmas del ordenador. El establecimiento de Ngo era un lugar donde florecía el mercado, y por tal motivo procuraba ser más limpio que la mayoría, uno entre casi una veintena de

bares y locales de entretenimiento a lo largo de la plataforma verde y el acceso al nivel noveno, que en otro tiempo medraba con el tráfico de los mercantes... una sucesión de habitaciones, salas de vídeo, zonas de descanso, restaurantes y una anómala capilla al final. La mayoría de los bares estaban abiertos; las salas de vídeo, la capilla y algunas habitaciones habían ardido y estaban reducidas a escombros, pero los bares funcionaban y casi todos, como el de Ngo, servían también de restaurantes, los canales por los que la estación seguía alimentando a sus habitantes. Y el mercado negro de alimentos suplía lo que la estación no estaba en condiciones de suministrar.

Lanzó cautas miradas a uno y otro lado mientras se aproximaba a la puerta delantera del local de Ngo. No daba la impresión de que observaba para prevenir un posible peligro, sino que parecía un hombre que trataba de decidirse en cuál de los bares entrar.

Un rostro llamó su atención, abruptamente, deteniendo por un instante su corazón. Miró hacia el local de Mascari, al otro lado del corredor, en el lugar donde el nivel noveno daba a las plataformas. Un hombre alto que había estado allí de pie, se movió de forma repentina y entró en el bar de Mascari.

Algo oscureció la visión de Josh, un recuerdo tan vivido que se tambaleó y olvidó sus precauciones. En aquel instante era vulnerable, presa del pánico... Ciegamente se volvió hacia la puerta del bar de Ngo y la cruzó. Había en el local una luz atenuada, sonaba una música vibrante y flotaban los olores del alcohol, la comida y la clientela que había abandonado el hábito de lavarse.

El viejo en persona atendía el bar. Josh se dirigió al mostrador y se apoyó en él, pidió una botella. Ngo se la dio sin pedirle la tarjeta. Luego lo arreglarían, en la habitación trasera. Pero a Josh le temblaba la mano al coger la botella y Ngo se apresuró a cogerle la muñeca.

—¿Problemas?

—Uno bastante reciente —mintió él... aunque quizá estaba diciendo una verdad—. He podido librarme. Un lío entre bandas. No te preocupes. Nadie me ha seguido. No es nada oficial.

—Será mejor que estés seguro.

—No hay nada que temer. Son sólo los nervios.

Cogió la botella y se dirigió al fondo, se detuvo un momento ante la puerta de la cocina y esperó para asegurarse de que nadie observaba su salida.

Tal vez uno de los hombres de Mazian. El corazón todavía le latía con fuerza. Alguien que vigilaba el establecimiento de Ngo. No, no podía ser. Era fruto de su imaginación. Los hombres de Mazian no necesitaban ser tan sutiles. Abrió la botella y tomó un trago de vino nativo, un tranquilizante barato. Tomó un segundo trago largo y empezó a sentirse mejor. A veces cruzaban por su mente aquellos recuerdos repentinos, pero no con frecuencia. Siempre eran malos. Cualquier cosa podía desencadenarlos, normalmente algo nimio y sin importancia, un olor, un sonido, un modo momentáneamente erróneo de mirar a una cosa familiar o a una persona

común. Lo que más le inquietaba era que hubiese ocurrido en público. Podrían haberlo observado. Tal vez le habían visto. Decidió que aquel día no volvería a salir. No estaba seguro de si lo haría al día siguiente. Tomó un tercer trago y lanzó una última mirada a la docena de mesas. Entonces entró en la cocina, donde estaban guisando la esposa y el hijo de Ngo. Les miró disimuladamente, recibiendo a cambio miradas hoscas, y siguió andando hasta el almacén. Abrió la puerta con el dispositivo manual.

—Damon —dijo, y la cortina detrás de los armarios se abrió. Damon salió y se sentó entre las cajas que usaban como mobiliario, a la luz de la linterna que utilizaban para escapar a la memoria infalible y economizadora del ordenador. Josh se sentó con gesto de fatiga y pasó a Damon la botella. Su compañero tomó un trago. Los dos estaban sin afeitarse y tenían el mismo aspecto de la muchedumbre sucia y deprimida que se reunía en aquella zona.

—Te has retrasado —le dijo Damon—. ¿Intentas provocarme una úlcera?

Josh se sacó las tarjetas del bolsillo, las ordenó de memoria y tomó unas rápidas notas con un lápiz grasiento antes de olvidarse. Anotó en el papel que le dio Damon los detalles de cada una. Mientras lo hacía, los dos guardaban silencio.

Al terminar, dejó el montón de tarjetas sobre la caja más cercana y cogió la botella de vino. Tomó otro trago.

—Me encontré con Dienteazul. Dice que tu madre está bien. Te envía esto.

Sacó el broche del bolsillo y observó cómo Damon lo tomaba en sus manos con la expresión melancólica indicadora de que el objeto podría tener un significado que iba más allá del valor del oro. Damon asintió tristemente y se lo guardó. No hablaba mucho de su familia, ni de los vivos ni de los muertos, nunca los evocaba.

—Lo sabe —dijo Damon—. Sabe lo que se avecina. Lo puede ver en sus pantallas de vídeo, se lo dicen los nativos... ¿Te ha dicho Dienteazul algo concreto?

—Sólo que tu madre creía que lo necesitarías.

—¿Ninguna noticia de mi hermano?

—No me habló de él. No estábamos en un lugar donde pudiéramos detenernos a conversar.

Damon asintió, aspiró hondo y apoyó los codos en la rodillas, la cabeza gacha. Aquellas noticias llenaban su vida. Cuando le faltaban se sentía profundamente deprimido, y los dos sufrían. Josh sentía como si hubiera abierto la herida.

—Las cosas se están endureciendo ahí afuera —dijo Josh—. Hay mucha inquietud. Me entretuve un poco por el camino, escuchando, pero no había ninguna noticia. Todo el mundo está asustado, pero nadie sabe nada.

Damon alzó la mano, cogió la botella y bebió la mitad del vino restante casi de un trago.

—No sé qué vamos a hacer, pero sea lo que fuere, hemos de hacerlo pronto. O vamos a las secciones aseguradas... o intentamos apoderarnos del transbordador. No podemos seguir aquí.

—O nos fabricamos una burbuja en los túneles —dijo Josh.

Le parecía que aquella era la única idea realista. La mayoría de los humanos tenían un miedo patológico a los túneles. A los pocos que intentaran internarse en ellos... quizá podrían ahuyentarlos. Tenían las armas. Podrían vivir allí, pero se les estaba terminando el tiempo... para intentar cualquier alternativa. No era aquella una forma de existencia muy deseable. «Y tal vez tendremos suerte», pensó tristemente, mirando a Damon, el cual tenía la vista fija en el suelo, perdido en sus propios pensamientos: «Puede que se limiten a destruir la zona.»

Se abrió la puerta del almacén y entró Ngo, se acercó a ellos y recogió las tarjetas, leyó las anotaciones, frunciendo a la vez los labios y el entrecejo.

—¿Estás seguro?

—No hay errores.

Ngo rezongó decepcionado por la calidad de la mercancía, como si fuera defectuosa, y se dispuso a marcharse.

—Ngo —le llamó Damon—, he oído el rumor de que el mercado se interesa por los nuevos documentos. ¿Es cierto?

—¿Dónde has oído eso? Damon se encogió de hombros.

—Dos hombres hablaban ahí delante. ¿Es cierto, Ngo?

—Están soñando. Si ves una manera de poner las manos en el nuevo sistema me lo dices.

—Estoy pensando en ello. Ngo rezongó algo más y salió.

—¿Es verdad eso? —le preguntó Josh. Damon meneó la cabeza.

—Me pareció que debía dejar una puerta entornada. O Ngo se entera o no hay modo alguno de que lo sepa nadie.

—Apostaría por lo último.

—También yo. —Damon se llevó las manos a las rodillas, suspiró y alzó la vista—. ¿Por qué no salimos a comer algo? No hay nadie ahí afuera que pueda molestarnos, ¿verdad?

El recuerdo que le había abandonado, regresó a la memoria de Josh con sombría fuerza. Abrió la boca para decir algo, pero de súbito se oyó un ruido sordo que hizo temblar el suelo, un retumbar al que siguieron gritos en el exterior.

—Los cierres herméticos— dijo Damon, poniéndose en pie.

Continuaron los gritos, los salvajes chillidos, el ruido de las sillas volcadas en la sala delantera. Damon se precipitó a la puerta del almacén y Josh corrió con él. Llegaron a la puerta trasera, donde Ngo, su esposa y su hijo se habían reunido para salir. Ngo tenía en la mano sus notas del mercado.

—No —dijo Josh—. Esperad... Habrán sido las puertas de acceso al sector blanco... Estamos encerrados, pero también había soldados en el nivel noveno, y no los habrían dejado aquí si fueran a apretar el botón...

—El comunicador —exclamó la esposa de Ngo.

Surgía un anuncio de la unidad de vídeo en la sala principal. Corrieron en aquella

dirección, entrando en el restaurante, donde un grupo de gente se había reunido en torno al vídeo y un saqueador se afanaba en coger botellas del bar.

—¡Eh! —gritó Ngo, indignado, y el hombre cogió un par de botellas más y echó a correr.

La imagen de Jon Lukas estaba en la pantalla, como siempre que Mazian tenía que hacer un anuncio oficial a la estación. El hombre se había convertido en un esqueleto, un ser patético de ojos rodeados de círculos oscuros.

...—ha sido cerrada herméticamente —decía Lukas—. A los residentes en la zona blanca y otros que deseen marcharse se les dejará salir. Vayan al acceso de la plataforma verde y se les permitirá pasar.

—Están reuniendo aquí a todos los indeseables —dijo Ngo, su rostro arrugado bañado en sudor—. ¿Y qué me dice de los que trabajamos aquí, señor jefe de estación Lukas? ¿Qué pasa con la gente honesta atrapada aquí?

Lukas repitió todo el anuncio. Probablemente se trataba de una grabación; era dudoso que le dejaran hablar en directo.

—Vamos —dijo Damon, cogiendo a Josh del brazo. Salieron por la puerta principal y doblaron la esquina para salir a la plataforma verde, recorrieron la curva dirigida hacia arriba, donde se había reunido una gran masa de gente que miraba hacia el sector blanco. No eran los únicos. Habían soldados que se movían a lo largo de la pared más alejada, junto a los ensambladeros y las estructuras metálicas.

—Nos van a disparar —musitó Josh—. Damon, salgamos de aquí.

—Mira las puertas. Mira las puertas.

Josh las miró. Las enormes válvulas estaban herméticamente unidas. El acceso de personal en el lado no estaba abierto. No se abría.

—No van a dejarlos pasar —dijo Damon—. Era una mentira... para hacer que los fugitivos se dirigieran a las plataformas.

—Regresemos —le suplicó Josh.

Alguien disparó. Una andanada pasó por encima de sus cabezas y alcanzó las fachadas de las tiendas. La gente chilló y empujó, y los dos hombres huyeron con la muchedumbre por la plataforma, hasta el nivel nueve, cruzando el umbral del establecimiento de Ngo mientras estallaban los disturbios en el corredor. Algunos más trataron de seguirles, pero Ngo se hizo con un palo y los rechazó, mientras maldecía a Josh y Damon por entrar en su bar con los revoltosos pisándoles los talones.

Cerraron la puerta, pero la multitud en el exterior estaba más interesada en correr, siguiendo el camino de la menor resistencia. Se encendieron las luces en el local cubierto de sillas volcadas y platos tirados por el suelo.

Ngo y su familia empezaron a poner orden en silencio.

—Toma —le dijo Ngo a Josh, y le arrojó un trapo húmedo, empapado en el caldo del cocido.

Luego Ngo miró a Damon con el ceño fruncido, aunque no le dio ninguna orden:

un Konstantin todavía tenía algunos privilegios. Pero Damon empezó a recoger platos, enderezar sillas y fregar como los demás.

En el exterior había vuelto la calma, y sólo de vez en cuando se oía algún golpe en la puerta. Los rostros les miraban a través del plástico del escaparate, rostros de gentes que sólo querían entrar, agotados y asustados, ansiosos de un lugar donde refugiarse.

Ngo abrió las puertas, maldijo y gritó, les dejó entrar, se puso detrás de la barra y empezó a distribuir bebidas sin pensar en conceder crédito por el momento.

—Vais a pagar —advirtió a todos en general—. Sentaos y prepararemos los tickets.

Algunos se marcharon sin pagar, otros obedecieron y se sentaron. Damon cogió una botella de vino y llevó a Josh a una mesa en el rincón más alejado de la entrada, donde había un recodo en forma de L. Era su lugar habitual, desde donde veían la puerta principal y tenían acceso sin obstrucciones a la cocina y su escondite. El hilo musical se había restablecido, y los altavoces emitían una melodía nostálgica y romántica.

Josh apoyó la cabeza en las manos y deseó atreverse a beber hasta emborracharse. Pero no podía, porque entonces le asaltaban los sueños. Damon no se retuvo y bebió hasta que sus ojos se cubrieron por una neblina anestésica que causó la envidia de su amigo.

—Mañana voy a salir —dijo Damon—. Ya he permanecido demasiado tiempo en ese agujero... Voy a salir, tal vez hablaré con algunas personas, procuraré efectuar algunos contactos. Tiene que haber alguien a quien no hayan evacuado del sector verde, alguien que aún le deba a mi familia algunos favores.

Ya lo había intentado antes.

—Hablaemos de ello —le dijo Josh.

El hijo de Ngo les sirvió la cena, estofado, en la mayor cantidad posible. Josh tomó un tenedor y tocó a Damon con el pie cuando se sentó. Damon cogió el suyo, pero su mente aún parecía en otra parte.

Quizá pensaba en Elene. A veces, mientras dormía, Damon pronunciaba su nombre. A veces el de su hermano. O quizá pensaba en otras cosas, en los amigos perdidos, en personas probablemente muertas. No iba a hablar y Josh lo sabía. Pasaban largas horas en silencio, cada uno sumido en su pasado. Él pensaba en sus propios sueños más felices, lugares agradables, una carretera iluminada por el sol, polvorientos campos de cereales en Cyteen, gentes que lo habían amado, rostros que había conocido, viejos amigos, viejos camaradas, lejos de aquel lugar. Sus horas estaban llenas de aquellos recuerdos, las largas y solitarias horas que pasaban ocultos, las noches, con la música que les llegaba desde el bar de Ngo, estremeciendo las paredes durante la mayor parte del día y de la noche artificiales, una música interminable, enervante, o dulzona. Dormían en los momentos de quietud y permanecían tendidos, inmóviles, en los demás. Josh no se entrometía en las fantasías

de Damon ni éste en las suyas. Nunca negaban su importancia, porque eran el mejor consuelo que tenían en aquel lugar. Ninguno de los dos pensaba ya en la posibilidad de entregarse. Habían visto el rostro de Lukas en la pantalla, aquella calavera que era un ejemplo del trato que Mazian daba a sus marionetas. Si Emilio Konstantin estaba aún vivo, como se rumoreaba... Josh se preguntaba para sus adentros si eso sería una buena o una mala noticia, pero no decía nada.

—He oído por ahí que algunos hombres de Mazian se dejan comprar —habló finalmente Damon—. A lo mejor se podría conseguir de ellos algo mejor que mercancías. Si hay algún agujero en su nuevo sistema...

—Eso es absurdo. No les interesa. Piensa que no estás hablando de un saco de harina. Haz esa clase de preguntas y los tendrás sobre nosotros.

—Probablemente tienes razón.

Josh empujó el bol y se quedó mirando el borde del recipiente. Se les estaba agotando el tiempo, eso era todo. Con el cierre hermético del sector blanco también ellos quedaban encerrados. Todo lo que los otros necesitaban ahora era una redada desde la plataforma o el sector verde uno, hacer pasar a los que estaban dispuestos a rendirse y disparar contra los demás.

Ocurriría cuando tuvieran en orden el sector blanco. Y ya estaba empezando.

—Tendría que acercarme a la Flota —concluyó Josh—. Es más probable que los soldados te reconozcan a ti que a mí, mientras me mantenga alejado de las tropas de la *Norway*...

Damon se quedó en silencio un momento, quizá sopesando las probabilidades.

—Déjame intentar otra cosa. Pensaré en ello. Tiene que haber un modo de llegar a los transbordadores. Voy a echar un vistazo a los equipos de plataforma y veré quiénes trabajan ahí.

No iba a salir bien. Siempre había sido una idea alocada.



### III

## Mercante Finity's End: Espacio profundo; 6/1/53

**E**NTRABA OTRO MERCANTE. LAS LLEGADAS ERAN BASTANTE CORRIENTES. ELENE oyó el informe y se levantó del sofá, recorriendo los estrechos espacios de la *Finity's* para ver lo que Wes Neihart tenía en pantalla.

—¿Cómo están las cosas aquí? —preguntó al cabo de un rato una voz meliflua.

El carguero había procedido al salto a una distancia respetuosa, con toda precaución. Tardaría algún tiempo en recorrer el trayecto hasta finalizar el salto. Elene se sentó en uno de los sillones ante el radar, fastidiada inconscientemente por la pesadez de su cuerpo; era una molestia con la que había aprendido a vivir. El bebé, aquella interna e impredecible compañía, le daba patadas. Ella le ordenó mentalmente que se estuviera quieto, dio un respingo y se concentró en la pantalla. Neihart se acercó para ver.

—¿No va a responderme nadie? —preguntó el recién llegado, ahora mucho más cerca.

—Deme su identificación —dijo una voz desde otra nave—. Aquí el mercante *Osito*. ¿Quiénes son ustedes? Sigam avanzando y limítense a darnos su identificación.

Pasó el tiempo de respuesta, ahora aún más corto, y otros mercantes habían empezado a moverse. Había un grupo de observadores cada vez más nutrido en el puente de la *Finity's*.

—Esto no me gusta —musitó alguien.

—Aquí *Genevieve*, procedente de la Unión, de Fargone. Hay rumores de que ocurre algo ahí. ¿Cuál es la situación?

—Déjame responder —intervino otra voz—. *Genevieve*, aquí *Pixie II*. Déjame hablar con el viejo, ¿de acuerdo, muchacho?

Hubo un silencio más largo de lo que habría sido normal. A Elene empezó a latirle el corazón aceleradamente, y giró en su asiento haciendo un torpe y frenético gesto a Neihart, pero ya sonaba la alarma general y Neihart pasaba la señal a su sobrino, que estaba ante el ordenador.

—Aquí Sam Dentón, de la *Genevieve* —retornó la voz.

—¿Cómo me llamo, Sam?

—Hay soldados aquí —transmitió la *Genevieve* y al instante se cortó la emisión. Elene alargó frenéticamente la mano hacia el comunicador, mientras por todas partes sonaban órdenes de que las naves permanecieran quietas o dispararían contra ellas.

—*Genevieve*, *Genevieve*, aquí Quen, de la *Estelle*. Responda.

Nadie disparaba. En la pantalla, los centenares de naves que giraban dentro de la

zona de gravitación nula, se reorientaron para rodear al intruso.

—Aquí el teniente Marn Oborsk, de la Unión —dijo al fin una voz—. A bordo de la *Genevieve*. Esta nave será destruida antes que capturada. Los Dentón están a bordo. Confirмен su identidad. Los Quen han muerto y la *Estelle* es una nave desaparecida. ¿En qué nave está usted?

—*Genevieve*, no está en condiciones de exigir nada. Haga salir a los Dentón de su nave. Se hizo otra larga pausa.

—Quiero saber con quién estoy hablando.

Ella no respondió de inmediato. A su alrededor, en el puente, había una actividad frenética. Se orientaban las armas y se calculaban las posiciones relativas para velocidad, deriva y el uso probable de los reactores de plataforma para aumentarla.

—Habla Quen. Le exigimos que deje salir a los Dentón de esa nave. Escuche esto: si la Unión pone sus manos en otro mercante, el diablo andará suelto. El puerto de origen de cualquier nave atacante o que se apodere de un mercante estará sujeto a las sanciones de nuestra alianza. Eso es lo que ocurre aquí. Observe su situación, teniente Oborsk. Nos estamos extendiendo y superamos en número a sus naves de guerra. Si quiere un solo kilo de mercancía transportado de un lado a otro, de ahora en adelante tendrá que tratar con nosotros.

—¿Desde qué nave me habla?

Podían empezar a disparar en vez de hacer preguntas. Tenía que calmarlos, mantenerlos estables. Elene se enjugó el rostro y miró a Neihart, el cual asintió. Los cálculos estaban hechos.

—Quen es todo lo que necesita saber, teniente. Nuestro número es muy superior al suyo. ¿Cómo encontró este lugar? ¿Se lo informaron los Dentón? ¿O se puso en contacto con ustedes una nave que no debía hacerlo? Le diré esto: la alianza de mercantes actuará como una unidad, y si quiere que haya problemas serios, señor, ponga las manos en otra nave mercante. Ustedes y la Flota de Mazian pueden hacer entre sí lo que gusten. Nosotros no pertenecemos a la Compañía ni a la Unión. Somos el tercer lado en este triángulo y a partir de ahora vamos a negociar en nuestro propio nombre.

—¿Qué se proponen aquí?

—¿Puede usted negociar o llevar mensajes a los suyos? Hubo una larga pausa.

—Teniente —prosiguió ella—, cuando los negociadores autorizados estén dispuestos a acercarse a nosotros, estaremos plenamente preparados para hablar con ellos. Mientras tanto le rogamos que deje salir a los Dentón. Si está dispuesto a hablar razonablemente, verá que somos amistosos. Pero si se perjudica a cualquier otro mercante, tomaremos represalias. Y esto es una promesa.

Transcurrió el tiempo previsto antes de la respuesta.

—Aquí Sam Dentón —dijo finalmente otra voz—. Tengo instrucciones para decirle que esta nave va a cambiar de virada y que a bordo hay un dispositivo de destrucción. Tengo aquí a toda la familia, Quen. Eso también es cierto.

De repente se produjo una desintegración. Elene miró la pantalla y el telémetro, vio la explosión registrada, su crecimiento súbito, convirtiéndose en una mancha inconfundible incluso en la pantalla. Sintió que el estómago se le ponía tenso y el bebé se movía... Se llevó una mano al vientre y, presa de náuseas, contempló las pantallas, mientras el comunicador seguía emitiendo interferencias.

Una mano, la de Neihart, se posó sobre su hombro.

—¿Quién disparó? —le preguntó ella.

—Aquí Pixy II —dijo una voz áspera, cargada de emoción—. He disparado yo. Se acercaban al cénit, hacia el vacío, con los motores ardiendo. Un poco más y muchos habríamos estallado.

—Recibido, *Pixy*.

—Vamos a rastrear la zona —dijeron desde otra nave.

Cabía al menos la posibilidad de una cápsula... Que la Unión hubiera permitido salvarse al menos a los niños de los Dentón. Pero no era muy probable que la cápsula hubiese soportado la deflagración.

Como lo ocurrido con la *Estelle*, allá en Mariner. El rastreo sería inútil. No iban a encontrar nada.

Aparecieron otras señales en la pantalla, presencias fantasmales en la oscuridad que rodeaba al punto de la explosión, sólo definidas por leves destellos, parpadeos o raudas luces y sombras en la pantalla, ocultando las estrellas. Eran amigos, centenares de naves moviéndose en la zona de rastreo.

—Ahora estamos metidos en ello —murmuró Neihart—. La Unión no tendrá descanso.

Pero todos lo sabían, desde el momento en que empezó a correr la noticia, en cuanto los mercantes empezaron a pasarse el aviso del lugar adonde tenían que ir y el nombre que les había convocado... una nave desaparecida y un nombre extinto, a causa de un desastre que todos conocían. Era inevitable que la Unión se enterase; seguramente ya habrían observado la curiosa ausencia de naves de sus estaciones, mercantes que no se movían de acuerdo con el programa establecido. Tal vez sentirían pánico, al percibir desapariciones en zonas donde no podía haber acción militar, con Mazian inmovilizado en Pell. La Unión tenía naves apropiadas —lo habían demostrado— y antes de que llegara aquella nave podría haber comunicado su rumbo a otras. El paso siguiente sería el envío de una nave de guerra... si la Unión podía distraer una de Pell.

Y la noticia no se había extendido solamente por el espacio de la Unión. Había llegado a Sol... pues *Winifred* había recordado sus vínculos con la Tierra, arrojando su carga al vacío, y apresurándose a adquirir la masa necesaria para proceder al salto lo antes posible... Habían emprendido aquel viaje largo e incierto, sin saber qué recibimiento obtendrían. «Habladles de Mariner», les había pedido Elene. «Y de Russell, de Viking y Pell. Hacedles comprender.» Lo hicieron obedientemente, porque ya habían pertenecido una vez a la Tierra. Pero fue un gesto solamente. No

llegaba respuesta alguna.

No encontraron una cápsula, sino sólo residuos y chatarra.

## IV

### **Downbelow: Santuario de los hisa; 6/1/53; noche local**

**D**ESDE EL PRINCIPIO LOS HISA HABÍAN ESTADO YENDO Y VINIENDO, UNA silenciosa migración que entraba y salía del grupo reunido al pie de las imágenes, aislados y por parejas, en actitud reverente, respetando a los soñadores reunidos allí en gran número. Habían acudido de día y de noche, llevándoles alimentos y agua, haciendo cosas pequeñas y necesarias.

Ahora había cúpulas para los humanos, zanjás excavadas por los hisas, y los compresores producían su ruido sordo, con el pulso de la vida bajo las cúpulas toscas y llenas de parches, pero que servían para cobijar a viejos y niños, y a todos los demás mientras el breve verano cedía ante el otoño, los cielos se nublaban y eran cada vez menos los días soleados y las noches tachonadas de estrellas.

Las naves les sobrevolaban, transbordadores que iban y venían. Ya estaban acostumbrados y no les asustaba.

«Ni siquiera en los bosques debéis reuniros —había explicado Miliko a los Viejos a través de intérpretes—. Sus ojos ven las cosas cálidas, incluso a través de los árboles. La tierra profunda puede ocultar a los hisa. Pero ellos ven incluso cuando el sol no brilla.»

Los nativos se habían sorprendido mucho al oír aquello. Habían hablado entre sí, de los Lukas. Pero parecieron comprender.

Día tras día habló con los Viejos, habló hasta enronquecer y fatigar a sus intérpretes, intentando hacerles comprender a qué se enfrentaban. Y cuando se fatigaba, unas manos extrañas le tocaban los brazos y el rostro y los ojos redondos de los hisas la miraban con profunda ternura. A veces eso era todo lo que podían hacer.

Y los humanos... de noche se acercaba a ellos. Estaba Ito, Ernst y los demás, cada día de peor humor... Ito porque todos los demás oficiales se habían ido con Emilio; y Ernst porque, como era de baja estatura, no le habían elegido. También estaba uno de los hombres más fuertes de todos los campamentos, Ned Cox, el cual no se había ofrecido voluntario y ahora empezaba a avergonzarse. Había una especie de malestar que se extendía entre ellos, vergüenza quizá, cuando escuchaban las noticias de la base principal, que no decían más que desgracias: un centenar de personas sentadas fuera de las cúpulas, eligiendo el tiempo frío y el alivio de los respiradores, como si al rechazar la comodidad se demostraran algo unos a otros y a sí mismos. Se habían vuelto silenciosos, y sus ojos, como decían los nativos, eran brillantes y fríos. Día y noche en aquel santuario, en el lugar de las imágenes hisa, sentados ante las cúpulas en las que otros vivían, en las que otros esperaban ansiosos que les tocara su turno,

pues no todos cabían a la vez. Permanecerían allí porque no tenían más remedio, ya que cualquier deserción sería observada desde el cielo. Habían elegido el santuario y no había nada más que hacer salvo permanecer allí sentados y pensar en los otros. Pensar y juzgarse a sí mismos.

A aquella actitud los hisa la llamaban soñar. Era lo mismo que ellos hacían.

«Usad la cabeza», les había dicho Miliko los primeros días, cuando estaban más inquietos y hablaban sin tino de emprender alguna acción. «Tenemos que esperar.» Cox le preguntó qué tenían que esperar, y eso empezó a turbar los propios sueños de Miliko.

Aquella noche los hisa bajaban por la cuesta, unos nativos a los que habían enviado días atrás. Aquella noche ella se sentó con los otros y los vio llegar, las manos en el regazo, observó los cuerpos pequeños y distantes moviéndose por la oscuridad de la llanura, sintiendo una curiosa tirantez en las entrañas. Eran hisa para cubrir el número de los humanos; de modo que quienes exploraban el campamento no notaran su ausencia. Miliko llevaba el arma en un bolsillo impermeable, y las ropas con que se cubría la mantenían caliente. Aún así, la incertidumbre de las cosas le hizo estremecerse. Se había quedado aquí para cuidar de los hisa, pero éstos le habían pedido que se fuera, porque estaba apenada y tenía los ojos fríos como los demás.

Irse o perder a la gente que mandaba. De otro modo no podría retenerlos más.

—«¿Temeréis que os deje?», había preguntado a los humanos que se quedarían, los silenciosos y retirados, los viejos, los niños, los que tenían seres queridos y aquellos que, tal vez, estaban más en su juicio que los que esperaban fuera. Se sentía culpable por ellos. Su misión consistía en protegerlos, y no podía hacerlo, ni siquiera podía dirigir al grupo del exterior... simplemente huía al frente de aquellos locos. Muchos de los que se quedarían eran miembros de cuarentena, refugiados que habían presenciado demasiado horror y estaban demasiado cansados, que nunca habían pedido encontrarse allí. Miliko imaginaba que debían tener miedo. Los viejos hisas podían ser perversamente extraños, y si la gente de Pell estaba acostumbrada a los nativos, para ellos eran aún inquietantes alienígenas. Pero una anciana le había dicho: «No, por primera vez desde Mariner no tengo miedo. Aquí estamos seguros. Quizá no de las armas, pero sí del miedo.» Y otras cabezas habían asentido, mientras sus ojos la miraban con la paciencia de las imágenes hisa.

Ahora un pequeño grupo de hisa se acercaban. Primero se detuvieron junto a ella e Ito y miraron a los otros que aguardaban detrás.

Escogieron a algunos más, que fueron a reunirse con los demás hisa cuesta arriba, mientras se aproximaba otro grupo. Aquella noche se irían ciento veintitrés humanos, y otros tantos hisa acudirían al campamento para ocupar su lugar. Miliko confiaba en que los hisa lo comprendieran. Finalmente pareció que lo entendían, y sus ojos se iluminaron de alegría por la broma que gastaban a los humanos que les espiaban desde arriba.

Fueron por la ruta más rápida, pasaron junto a otros hisa que les llamaban

alegremente. Miliko avanzaba con tanta rapidez como podía, jadeando, decidida a no descansar, porque tampoco descansaban los hisa. Todos habían acordado prescindir del descanso. Miliko se tambaleó mientras emprendían la ascensión final por el margen del bosque, ayudada por las jóvenes hembras hisa que los rodeaban... Allí estaban Ella-camina-rápido, Viento-en-los-árboles y otras cuyos nombres no podía descifrar del todo ni las hisa decírselo. Ella le había dado a una el nombre de Pie Rápido y a la otra Susurro, pues a los nativos les encantaban los nombres humanos. Había intentado llamarlas por sus nombres nativos, pero su lengua no podía dominarlos y sus intentos hacía que las hisa arrugaran la nariz y estallaran en carcajadas.

Suspendieron su marcha hasta que salió el sol. Se quedaron entre los árboles y los brezos, bajo un saliente rocoso. Cuando rompió el alba volvieron a ponerse en camino, ella, Ito, Ernst y los hisa que los guiaban, mientras otros hisa habían conducido a otros de ellos al bosque, por otra parte. Los hisa se movían como si no hubiera enemigos en todo el mundo, jugando entre ellos. Una vez se produjo una emboscada que les detuvo el corazón... una broma de Pie Rápido. Miliko frunció el ceño, como los demás humanos, y entonces los hisa se dieron cuenta de que no estaban para bromas y se sosegaron, al parecer perplejos. Miliko cogió a Susurro de la mano y trató de hacerle comprender una vez más, pero la nativa tenía menos conocimiento del lenguaje humano que los hisa con los que estaban acostumbrados a tratar.

Al final, desesperada, cogió un palo y se agachó, arrancando helechos para hacer un pequeño claro.

—Mira —le dijo, trazando una línea en el suelo con el palo—. Este es el río. —Entonces apretó el palo para hacer una marca al lado de la línea—. Aquí está el campamento de Konstantin-hombre. —Decían los hombres que era improbable que ningún símbolo dibujado penetrara en la imaginación de los hisa; las líneas y señales que no guardaban relación con el objeto real no entraban en su modo de ver las cosas—. Hacemos un círculo, así, nuestros ojos vigilan el campamento humano. Ven a Konstantin. Ven a Saltarín.

Susurro asintió, súbitamente entusiasmada, haciendo oscilar con rapidez todo su cuerpo. Tendió un brazo en dirección a la llanura.

—Ellos... ellos... ellos... —Cogió el palo y lo agitó hacia arriba. Era el ademán más próximo a la amenaza que Miliko había visto jamás en un hisa—. Son malos —dijo al tiempo que lanzaba el palo al cielo. Saltó varias veces, batió palmas y se golpeó el pecho—. Yo amiga Saltarín.

La compañera de Saltarín. Miliko contempló la fiera expresión de la joven hembra, comprendiendo de súbito, y Susurro le cogió una mano y se la palmeó. Pie Rápido le palmeó el hombro. Todos los hisa se pusieron a hablar en su barboteante idioma con mucha rapidez, y de pronto parecieron tomar una decisión, se separaron por parejas y cada uno cogió a un humano de la mano.

—Miliko —protestó Ito.

—Confía en ellos. Sigámosles la corriente. Los hisa no se perderán; nos mantendrán en contacto y nos traerán de regreso cuando sea preciso. Te enviaré un mensaje. Espéralo.

Los hisa les instaban para que se separasen y cada uno avanzara en una dirección diferente. Ernst se volvió a mirarla.

—Ten cuidado —le dijo antes de desaparecer entre los árboles.

Miliko, Ernst e Ito tenían la mitad de todas las armas que había en Downbelow, aparte de las que poseían los soldados y los otros tres que iban con ellos. Seis armas y un poco de material explosivo para arrancar tocones... ése era todo su arsenal. Miliko había instado a los hisa para que no formaran grupos de más de tres, procurando que sus movimientos parecieran ordinarios en las pantallas de los sensores que les vigilaban. Y los hisa, siguiendo su curiosa lógica, los habían acompañado en grupos de tres: ella, Susurro y Pie Rápido, tres humanos y seis hisa, y ahora tres grupos de tres que se encaminaban rápidamente en distintas direcciones.

Las bromas habían cesado. De repente, Pie Rápido y Susurro se habían puesto muy serias. Avanzaban deslizándose entre los matorrales, y cuando Miliko hacía demasiado ruido, o así lo juzgaban sus sensibles oídos, se volvían hacia ella para advertirla. No podía evitar el siseo del respirador, pero ponía cuidado en romper ramas, imitando los pasos deslizantes de los hisa, la suavidad con que se detenían e iniciaban de nuevo la marcha, y Miliko pensó al fin que era como si la estuvieran enseñando.

Descansaba cuando debía hacerlo, y sólo entonces. Una vez, tras haber caminado demasiado, se cayó y los hisa se apresuraron a recogerla, tranquilizándola mediante palmaditas en los hombros y caricias en el cabello. La sostuvieron del mismo modo que se sostenían unos a otros, envolviéndola en su calor, pues el cielo estaba nublado y soplaba un viento frío. Empezó a llover. Miliko se levantó en cuanto pudo e insistió en *avanzar* con la misma celeridad que antes. Los nativos aplaudieron su ímpetu.

Por la tarde se encontraron con más hisa, varias hembras y un par de machos. Surgieron repentinamente de un montículo entre los bosques y de los árboles, como sombras marrones bajo la bruma y la lluvia, el agua perlado sus pelajes. Susurro y Pie Rápido hablaron con ellos, sin soltar a Miliko, y recibieron una respuesta.

—Dicen... que vienen de muy lejos, Escucha. Son muchos. Sus ojos se alegran de verte, Mihan-tisar.

Eran doce en total. Uno tras otro se acercaron, tocaron las manos de Miliko, la abrazaron, se agitaron e hicieron corteses reverencias. Lo que dijo Susurro fue largo, y obtuvo largas respuestas de uno y otro.

—Ellos ven —dijo Pie Rápido, que escuchaba mientras Susurro hablaba—. Ven lugar humano. Allí hisas y humanos heridos.

—Tenemos que ir ahí —dijo Miliko, llevándose la mano al corazón—. Todos mis humanos van allí, se sientan en las colinas, vigilan. ¿Comprendéis? ¿Me oís bien?



—Oímos —dijo Pie Rápido, y pareció traducir.

Los otros empezaron a andar, poniéndose en cabeza. Miliko no sabía qué harían cuando llegaran allí. La asustaba la furia de Ito y de los otros. Seis pistolas no bastaban para apoderarse de un transbordador, ni tampoco el resto de ellos cuando llegaran... desarmados y sin ningún medio para enfrentarse a tropas bien pertrechadas y con trajes blindados. No podrían hacer más que mirar, permanecer allí y confiar...

Caminaron durante todo el día, bajo una lluvia fría que se filtraba a través de las hojas. Y el viento lanzaba las gotas contra ellos cuando no llovía. Los arroyos desbordados y de superficie burbujeante corrían libremente. Los matorrales eran cada vez más espesos.

—El lugar humano —les recordó Miliko finalmente, desesperanzada—. Tenemos que encontrar el campamento.

—Vamos al lugar humano —le confirmó Susurro, y un instante después se había ido, deslizándose entre los matorrales con tal rapidez que engañaba la vista.

—Corre bien —le aseguró Pie Rápido—. Hace ir lejos a Saltarín para alcanzarla. Él se cae muchas veces, ella camina.

Miliko frunció el ceño, perpleja, como solía ocurrirle cuando le hablaban los hisa. Pero Susurro se había ido para hacer algo serio, o así lo parecía, y ella se esforzó en seguir caminando.

Al cabo de largo rato vio un claro entre los árboles y avanzó hacia allí con las pocas fuerzas que le quedaban, pues había humo en el aire, el humo de los molinos, y poco después pudo distinguir el brillo crepuscular de una cúpula. Se puso de rodillas en el borde del bosque y tardó un momento en comprender dónde estaba. Era la primera vez que veía el campamento desde aquel ángulo, desde lo alto de las colinas. Se apoyó allí, mientras Pie Rápido le palmeaba la espalda. Jadeaba y tenía la visión borrosa. Se palpó el bolsillo izquierdo, donde guardaba tres cilindros de recambio y confió en que no se hubiera estropeado el que llevaba colocado en la máscara. Había calculado que podrían vivir allí, al aire libre, durante semanas. Tenían que utilizar con cuidado los respiradores.

El sol se ponía. Pudo ver que se encendían las luces en el campamento, y mientras avanzaba por el filo de un saliente erosionado, distinguió las figuras que se movían bajo las luces, una fila de personas con pesadas cargas a cuestas que iban y venían entre el molino y la carretera.

—Ella viene —dijo de pronto Pie Rápido.

Miliko miró atrás y de repente echó en falta a los otros, que habían estado detrás de ellos, entre los árboles, y ahora no se veían por ninguna parte. Parpadeó de nuevo cuando se separaron las ramas de unos matorrales y Susurro cayó al suelo, jadeando.

—Saltarín —balbuceó la nativa, balanceándose mientras jadeaba—. Sufre, sufre, trabajo muy duro. Konstantin-hombre sufre. Te da esto.

Tenía un trozo de papel en el puño apretado, peludo y húmedo. Miliko cogió el fragmento empapado, y lo alisó cuidadosamente y secó, aunque la lluvia volvió a

mojarlo enseguida, haciéndolo frágil como papel de seda. Tuvo que inclinarse mucho y ladearse para poder leerlo a la luz del crepúsculo. Las palabras habían sido garabateadas apresuradamente. Decía: «Las cosas aquí están bastante mal. No hay que fingir. Permaneced alejados, por favor. Te dije lo que tenías que hacer. Dispersaos y seguid fuera de su alcance. Me temo que querrán más mano de obra. Estoy bien. Por favor, volved, no os metáis en líos.»

Las dos hisa la miraban con expresión de asombro. Aquellos signos en un papel las confundían.

—¿Os ha visto alguien? —les preguntó Miliko—. ¿Algún hombre?

Susurro frunció los labios.

—Yo nativa —dijo con altivez—. Muchos nativos vienen aquí, llevan sacos al molino. Aquí está Saltarín. Humano no sabe. ¿Quién soy yo? Nativa. Saltarín dice tu amigo trabaja muy duro. Hombres matan a hombres. Dice te ama.

—También yo le amo.

Se guardó la nota en un bolsillo de la chaqueta y siguió agachada entre las hojas, con la cabeza cubierta por la capucha y la mano dentro del bolsillo, sobre la culata de la pistola.

Cualquier acción que emprendieran empeoraría las cosas, significaría la muerte de todos los que estaban allí. Aunque pudieran hacerse con una de las naves, sólo les acarrearía represalias. Un ataque masivo, allí y en el santuario. Vidas por vidas. Emilio trabajaba para salvar a Downbelow, lo que pudiera salvar. Y lo último que querría sería algún movimiento precipitado por su parte.

—Pie Rápido —llamó—. Corre, busca a los nativos y a todos los humanos que salieron conmigo. ¿Entiendes? Diles... Miliko habla con Konstantin-hombre. Diles que todos esperen, que esperen y no se muevan.

Pie Rápido trató de repetirlo, pero le resultaba difícil con su parco vocabulario. Pacientemente, Miliko lo intentó de nuevo, y al final Pie Rápido se bamboleó demostrando que comprendía.

—Les digo *sentarse* —dijo con excitación—. Tú hablas con Konstantin-hombre.

—Sí, sí —dijo Miliko, y la nativa echó a correr.

Los nativos podían ir y venir. Como Susurro decía, los hombres de Mazian no veían ninguna diferencia entre unos y otros, no podían distinguirlos. Y esa era la única esperanza que tenían, mantener la comunicación entre ellos, hacer saber a los hombres que no estaban solos. Emilio sabía que ella estaba allí. Tal vez, aunque deseara que estuviera en otra parte, aquello era algún consuelo.

## V

### **Pell: Sector verde nueve; 8/1/53; 1800 h.**

LOS RUMORES SE EXTENDÍAN POR TODO EL SECTOR VERDE, PERO NO HABÍA señales de un cierre inminente, ni registros ni amenaza de crisis. Las tropas entraban y salían de los lugares habituales. La música a todo volumen trepidaba en los bares de la plataforma, y los soldados de permiso se relajaban bebiendo, algunos incluso bebiendo demasiado. Josh echó un vistazo cauteloso a la puerta del local de Ngo y se escondió de nuevo cuando un pelotón de soldados marciales, sobrios, vestidos con armaduras avanzó por el corredor con unas intenciones definidas. Josh se sintió un poco nervioso, como le ocurría cuando presenciaba tales movimientos en ausencia de Damon. Aguantaba la espera en el refugio, su turno de sudar en el almacén de Ngo, saliendo a la sala principal sólo a las horas de comer... pero ya era la hora de la cena, casi pasada, y su preocupación empezaba a ir en aumento. Damon había insistido en salir el día anterior y aquel mismo día, siguiendo pistas, buscando un contacto... hablando con gente y corriendo el riesgo de meterse en líos.

Paseó inquieto por el reducido ámbito de la sala, y se dio cuenta de que Ngo le miraba desde el bar con el ceño fruncido. Procuró calmarse y finalmente regresó al interior, asomó la cabeza a la cocina y le pidió la cena al hijo de Ngo.

—¿Cuántos? —le preguntó el muchacho.

—Uno —dijo él. Necesitaba una excusa para permanecer en la sala principal. Calculó que cuando Damon regresara podría encargarse de otra cena. Su crédito era bueno, la única comodidad de su existencia. El hijo de Ngo le señaló con una cuchara, indicándole que saliera.

Fue a su mesa de costumbre y se sentó, mirando de nuevo hacia la puerta. Dos hombres habían entrado en el local, lo cual no tenía nada de raro. Pero también miraban a su alrededor, y empezaron a avanzar hacia el fondo. Josh agachó la cabeza y trató de camuflarse en las sombras. Eran tipos del mercado, tal vez amigos de Ngo..., pero el movimiento le alarmó. Y los hombres se detuvieron junto a su mesa y uno de ellos retiró una silla. Él alzó la vista, lleno de aprensión, al ver que el hombre se sentaba mientras el otro permanecía de pie.

—Talley —dijo el hombre sentado, un joven de facciones duras con una cicatriz de quemadura que le cruzaba la mejilla—. Es usted Talley, ¿verdad?

—No conozco a ningún Talley. Usted se confunde.

—¿Quiere salir fuera un momento? Vaya hacia la puerta.

—¿Quién es usted?

—Hay un arma apuntándole. Le sugiero que se mueva.

Era la pesadilla largo tiempo esperada. Josh pensó en lo que podría hacer, pero cualquier cosa provocaría sus disparos. Cada día morían hombres en el sector verde, y no había otra ley que las tropas, a las cuales no iba a pedir auxilio. Aquellos no eran hombres de Mazian. Se trataba de alguna otra cosa.

—Muévase.

Josh se levantó, separándose de la mesa. El segundo le cogió del brazo y le acompañó a la puerta. Salieron a la brillante luz del exterior.

—Miré hacia allí —le dijo el hombre a su espalda—. Mire a la puerta de enfrente, al otro lado del corredor. Dígame si nos hemos equivocado de hombre.

Él obedeció. Era el hombre al que había visto antes, el que le había estado observando. Se le empañó la vista y sintió que la náusea le atenazaba el estómago, a causa de un reflejo condicionado.

Conocía a aquel hombre. No recordaba su nombre, pero le conocía. Su acompañante le cogió por el codo y le hizo avanzar en aquella dirección, al otro lado del corredor, y mientras el otro hombre entraba, le llevó al interior del bar de Mascari, en el que flotaban los efluvios del licor y el sudor y sonaba una música que estremecía el suelo. Las cabezas se volvieron, las de los clientes del bar que podían verle mejor de lo que le permitía verlos a ellos su visión momentáneamente deslumbrada, y sintió que le sobrecogía el pánico, no sólo porque le podían reconocer, sino también porque había algo en aquel lugar que *él* reconocía, a pesar de que no debería conocer nada de Pell, después de lo ocurrido, al otro lado del abismo que habían cruzado.

Le empujaron a un rincón de la sala y le hicieron entrar en uno de los compartimentos cerrados. Dos hombres estaban allí, uno de edad mediana que no provocaba en él ninguna alarma... y el otro... el otro...

Volvió a sentirse mal: un nuevo asalto de reflejo condicionado. Tanteó en busca del respaldo de una silla de plástico y se apoyó en él.

—Sabía que eras tú —dijo el hombre—. Josh, ¿verdad? ¿Eres tú?

—Gabriel.

El nombre surgió de su pasado bloqueado, y estructuras enteras se tambalearon. Vio de nuevo su nave... su nave y sus compañeros... y aquel hombre... aquel hombre entre ellos...

—Jessad —le corrigió Gabriel, el cual le tomó del brazo y le miró de un modo extraño—. ¿Cómo llegaste aquí, Josh?

—Los de Mazian.

Le hicieron pasar al fondo del recinto cerrado por una cortina, un lugar íntimo, una trampa. Volvió la cabeza y vio que los otros bloqueaban la salida, y cuando volvió a mirar en la penumbra apenas pudo distinguir el rostro de Gabriel... igual que aquella vez en la nave, cuando se separaron, cuando él transfirió Gabriel a Blass, en la *Hammer*, cerca de Mariner. Gabriel apoyó suavemente una mano en su hombro, haciéndole sentarse en una silla alrededor de una pequeña mesa circular. Gabriel se

sentó ante él y se inclinó hacia delante.

—Aquí mi nombre es Jessad. Estos caballeros... el señor Coledy y el señor Kressich... El señor Kressich era consejero de esta estación, cuando había consejo. Ustedes perdonarán señores. Quiero hablar con mi amigo. Esperen fuera. Procuren que nadie nos moleste.

Los otros se retiraron, y los dos hombres se quedaron a solas bajo la luz mortecina de una bombilla. Josh no quería estar allí solo con aquel hombre, pero la curiosidad le hacía seguir sentado, más que el temor al arma de Coledy, una curiosidad que contenía la premonición del dolor.

—Somos socios, ¿no es cierto, Josh? —le preguntó Gabriel/Jessad.

Podía ser una trampa o ser verdad. Movié la cabeza con un gesto de impotencia.

—Me han lavado la mente. Mi memoria... El rostro de Gabriel se contrajo, como si lo lamentara, y le cogió de un brazo.

—Josh... Entraste, ¿verdad? Trataste de efectuar la recogida. La *Hammer* me recogió cuando salió mal. Pero no lo sabías, ¿verdad? Hiciste entrar a la *Kite* y ellos te cogieron. Lavado de cerebro... Josh, ¿dónde están los otros? ¿Dónde está el resto, Kitha y...?

Él meneó la cabeza, frío por dentro, vacío.

—Muertos. No puedo recordar claramente. He perdido la memoria.

La náusea se intensificó un poco, liberó la mano y se la llevó a la boca, al tiempo que se reclinaba sobre la mesa, tratando de dominar sus reacciones.

—Te vi en el corredor —dijo Gabriel—. No lo creía, pero empecé a hacer preguntas. Ngo no quiere decir con quién estás, pero es alguien al que también persiguen, ¿verdad? Te has hecho amigos aquí. Un amigo. No es uno de nosotros... es alguien más importante, ¿no es cierto?

No podía pensar. Las antiguas amistades y las nuevas batallaban entre sí. Su mente estaba llena de contradicciones. Miedo por Pell... Se lo habían inculcado. Y destruir estaciones... aquella era la misión de Gabriel. Gabriel estaba allí como había estado en Mariner...

Elene y *Estelle*, la nave que había sido destruida en Mariner.

—¿No es cierto?

Josh se estremeció y miró a Gabriel, parpadeando.

—Te necesito —susurró Gabriel—. Tu ayuda, tus habilidades...

—Yo no era nada —dijo él. La sospecha de que le estaban mintiendo se hizo aún más fuerte. El hombre le conocía y afirmaba cosas que no eran ciertas, que nunca lo serían—. No sé de qué me hablas.

—Formábamos un equipo, Josh.

—Era sondista, en la nave sonda...

—Eso era una cobertura —dijo Gabriel, cogiéndole de la muñeca y agitándosela violentamente—. Eres Joshua Talley, de servicios especiales. Has recibido un gran entrenamiento. Procedías de los laboratorios de Cyteen...

—Tuve madre y padre. Vivía en Cyteen con mi tía. Se llamaba...

—De los laboratorios, Josh. Te entrenaron a todos los niveles. Te dieron una identidad falsa, una ficción, un engaño... algo para mentir, para salir del paso, mentiras que podías decir si era necesario. Y así ha sido, ¿verdad? Todo está cubierto.

—Tenía una familia. Les quería...

—Eres mi socio, Josh. Procedemos del mismo programa. Nos crearon para el mismo trabajo. Eres mi apoyo. Hemos trabajado juntos, estación tras estación, en reconocimiento y operaciones.

Josh se soltó de la mano de Gabriel, parpadeó, sus ojos estaban llenos de lágrimas. La granja, el paisaje soleado, la infancia, todo aquello empezaba a desmoronarse, irrecuperablemente.

—Hemos nacido en el laboratorio —continuó Gabriel—. Los dos. Cualquier otra cosa... otro recuerdo... nos lo grabaron en la mente y pueden grabar algo más la próxima vez. Cyteen era real. Soy real... hasta que cambien las cintas, hasta que me convierta en otra cosa. Han enterrado la única cosa que es real. Les dijiste la mentira y se desvaneció de tu memoria. Pero la verdad está ahí. No has olvidado el manejo del ordenador. Has sobrevivido aquí, y conoces esta estación.

Josh permaneció inmóvil, los labios apretados contra el dorso de la mano, las lágrimas deslizándose por su rostro, aunque no sollozaba. Estaba paralizado y las lágrimas seguían brotando.

—¿Qué quieres que haga?

—¿Qué puedes hacer? ¿Quiénes son tus contactos? No está entre las tropas de Mazian, ¿verdad?

—¿Quién?

Permaneció inmóvil un momento. Las lágrimas cesaron, su fuente se secó en algún lugar de su interior. Toda su memoria parecía en blanco, la prevención y algún lugar distante confundidos en su mente, celdas blancas y asistentes uniformados, y por último supo que se había sentido bastante feliz en la detención porque era su hogar, la institución universal, igual a uno y otro lado de la línea divisoria de la política y los bandos en guerra. Su hogar.

—Supón que trabajo a mi manera —le dijo—. Supón que hablo con mi contacto. ¿De acuerdo? Podría conseguir alguna ayuda. Te costaría...

—¿Cuánto costaría?

—Josh se recostó en la silla y señaló con la cabeza el exterior del reservado, donde aguardaban Coledy y Kressich.

—Tienes fuerzas propias, ¿no? Supón que contribuyo con mi parte. ¿Qué habrás conseguido? Supón que puedo conseguirte casi todo en esta estación... y no tengo fuerza suficiente para manejarlo.

—Yo sí la tengo —dijo Gabriel.

—Y yo tengo lo otro. Hay una sola cosa que no puedo conseguir sin fuerza: un transbordador. Para ir a Downbelow cuando sea el momento.

Gabriel permaneció un minuto en silencio.

—¿Tienes esa clase de acceso?

—Te dije que tengo un amigo. Y quiero salir de aquí.

—Tú y yo podríamos tomar esa opción.

—Y ese amigo mío.

—¿Ese con quien trabajas el mercado?

—Especula cuanto quieras. Te conseguiré los accesos que necesites. Tú haz planes para conseguir que salgamos de esta estación.

Gabriel asintió lentamente.

—Tengo que volver —dijo Josh—. Empieza a actuar. No hay mucho tiempo.

—Ahora los transbordadores ensamblan en el sector rojo.

—Puedo hacer que entres ahí..., donde quieras. Lo que necesitamos es fuerza suficiente para tomarlo cuando lleguemos.

—¿Mientras están ocupados los de Mazian?

—Mientras ellos están ocupados. Hay maneras. —Miró un momento a Gabriel—. Vais a volar esta estación. ¿Cuándo? Gabriel pareció meditar en si debía responder.

—No tengo tendencias suicidas. Quiero encontrar una forma de salir de aquí tanto como cualquiera, y no hay ninguna posibilidad de que esta vez la *Hammer* pueda recogernos a tiempo. Un transbordador, una cápsula, cualquier cosa que pueda permanecer en órbita lo suficiente...

—De acuerdo —dijo Josh—. Ya sabes dónde encontrarme.

—¿Hay un transbordador ensamblado ahora?

—Lo averiguaré.

Josh se levantó, cruzó el oscuro reducto y salió al ruidoso exterior, donde Coledy, su hombre y Kressich se levantaron de una mesa cercana con cierta aprensión, pero Gabriel había salido tras él y le dejaron pasar. Se abrió camino entre las mesas ocupadas por clientes dedicados a comer y beber.

El aire exterior era como una muralla de fresco y luz. Aspiró hondo, trató de aclarar su cabeza, mientras en el suelo se cuadrículaban las sombras, surgían destellos aquí y allá, se entrelazaban la verdad y la mentira.

Cyteen era una mentira. Como él. Parte de él funcionaba como el autómatas que le habían entrenado para ser... tenía instintos en los que nunca había confiado, sin saber por qué los tenía... Volvió a aspirar, procurando pensar, mientras su cuerpo avanzaba por el corredor en busca de refugio.

Sólo cuando regresó a su mesa en el local de Ngo, donde se le había enfriado la comida, cuando se sentó en aquel lugar familiar, de espaldas al rincón y la realidad de Pell entraba y salía del bar ante él, la parálisis empezó a ceder. Pensó en Damon, en aquella vida que él podría salvar.

Podía matar. Para eso le habían creado. Para eso existían los que eran como Gabriel y como él mismo. Joshua y Gabriel. Comprendía el cruel humor de sus nombres, sintiendo un nudo en la garganta. Tragó saliva y pensó en los laboratorios.

Aquel era el blanco vacío en el que había vivido, la blancura de sus sueños. Cuidadosamente aislado de la humanidad. Adiestrado con cintas magnetofónicas... le habían proporcionado habilidades, mentiras que contar... acerca de su condición de ser humano.

Sólo que había un fallo en aquellas mentiras que se inculcaban en carne humana, con instintos humanos, y a él le habían encantado las mentiras. Y las había vivido en sus sueños.

Tomó la cena, que se resistía a pasar por su garganta, la hizo bajar con café frío y se sirvió otra taza de la jarra térmica.

Podría sacar a Damon de allí. Los demás tendrían que morir. Para salvar a Damon tenía que guardar silencio, y Gabriel tenía que engañar a los que le seguían, prometiéndoles a todos la vida, prometiéndoles una ayuda que nunca llegaría. Todos morirían, excepto él mismo y Gabriel, y Damon. Se preguntó cómo podría persuadir a Damon para que se marchara, y si lo conseguiría. Si debía utilizar la razón... ¿qué razón?...

Alicia Lukas-Konstantin. Pensó en ella, en aquella mujer que le había ayudado para ayudar a Damon. Ella no podría marcharse, ni los guardias que le habían dado dinero en el hospital, ni el nativo que les siguió y vigiló para que estuvieran a salvo, ni la gente que había sobrevivido al infierno de las naves y de la cuarentena, ni los hombres, las mujeres y los niños...

Lloró, apoyando la cabeza entre las manos, mientras en algún profundo lugar de su interior, todavía funcionaban los instintos con fría inteligencia, sabiendo cómo acabar con un lugar como Pell, sabiendo que esa era la única razón de su existencia.

Ya no creía en el resto.

Se enjugó los ojos, bebió el café, permaneció sentado y esperó.



## VI

### Transporte de la Unión Unity: Espacio profundo; 8/1/53

**R**ODÓ EL DADO, SALIÓ UN DOS, Y AYRES SE ENCOGIÓ DE HOMBROS, malhumorado, mientras Dayin Jacoby se anotaba otra serie de puntos y Azov preparaba otra ronda. Los dos guardianes asignados perpetuamente en la sala principal de la cubierta inferior les observaban desde los bancos adosados a la pared, sus rostros jóvenes e inmaculados totalmente inescrutables. Ayres y Jacoby, y alguna que otra vez Azov, jugaban por puntos imaginarios apostando créditos auténticos que obtendrían cuando llegasen a algún lugar civilizado, lo cual, pensaba Ayres, era un elemento tan azaroso como el rodar del dado.

El tedio era el único enemigo presente. Azov estaba cada vez más sociable. Ataviado de negro, se sentaba con ellos a la mesa, jugaban juntos, pues no se rebajaba a jugar con los miembros de su tripulación. Tal vez los maniqués se divertían por su parte en algún otro lugar. Ayres no podía imaginarlo.. Nada les afectaba, nada iluminaba aquellos ojos apagados y odiosos. Solamente Azov se les unía de vez en cuando y se sentaban en la sala principal, donde transcurrían tediosas veladas de ocho o nueve horas, allí sentados, pues no había trabajo alguno que hacer, ningún ejercicio al que someterse. Se pasaban la mayor parte del tiempo sentados en la única estancia que les permitían ocupar, y hablaban... finalmente hablaban.

Jacoby no se reprimía en su conversación; vertía confidencias de su vida, sus asuntos, sus actitudes. Ayres oponía resistencia a los intentos de Jacoby y Azov para hacerle hablar de su mundo natal. Eso sería peligroso. Pero de todos modos hablaba acerca de sus impresiones de la nave, de la situación actual, de cualquier nadería que no le pareciese perjudicial, de la abstracción de las leyes y la economía, en cuya teoría los tres hombres compartían ciertos conocimientos, y bromeaban acerca del cambio al que deberían pagar sus apuestas. Azov se reía francamente. Era un alivio inefable tener alguien con quien hablar, intercambiar chanzas con otros. Tenía un vínculo con Jacoby... un lazo de afinidad que no había escogido pero al que no podía renunciar. Cada uno constituía la cordura del otro. Finalmente empezó a aceptar que era concebible semejante vínculo también con Azov, pues le parecía un hombre comprensivo y de buen carácter. Aquello era también peligroso, y lo sabía. Jacoby ganó la siguiente partida. Azov anotó pacientemente los puntos y se volvió hacia los maniqués.

—Jules, trae una botella, ¿quieres?

Uno de los jóvenes se levantó y salió de la sala.

—Habría dicho que en vez de nombres tenían números —comentó Ayres en voz

baja. Ya habían dado cuenta de una botella. Y entonces se arrepintió de su franqueza.

—Hay muchas cosas en la Unión que usted no ve —dijo Azov—. Pero puede tener ocasión de hacerlo.

Ayres se rió, y de repente sintió un escalofrío en las entrañas. *¿Cómo?*, estuvo a punto de decir, pero se contuvo. Habían bebido mucho juntos. Azov no había admitido nunca las ambiciones de la Unión, ningún otro proyecto más allá de Pell. No pudo evitar que su expresión cambiara aunque muy ligeramente, lo que también le ocurrió a Azov. Ambos mostraron consternación durante un momento que duró demasiado. Sus reacciones fueron lentas a causa del alcohol. Y allí estaba Jacoby, un tercero no dispuesto a participar.

Haciendo un esfuerzo, Ayres rió de nuevo, procurando no mostrar su sentimiento de culpabilidad, se reclinó en su asiento y miró a Azov.

—Cómo, ¿es que también juegan? —preguntó, tratando de mostrar que interpretaba mal las palabras del otro.

Azov apretó los labios hasta formar una fina línea, le miró y sonrió como si le resultara divertido.

«No voy a casa», pensó Ayres desalentado. «No habrá información al respecto. Eso era lo que quería decir.»

## VII

### **Pell: Túneles de los nativos; 8/1/53; 1830 h.**

EL OSCURO LUGAR ESTABA ABARROTADO DE CUERPOS. DAMON ESCUCHABA, SE sobresaltó al oír que uno se movía cerca de él, y luego una mano le tocó el brazo en la negrura del túnel. Enfocó la linterna, estremeciéndose en el frío.

—Soy Dienteazul —le susurró la voz familiar—. ¿Vienes a verla?

Damon titubeó durante largo rato, miró las escalas que se elevaban como hilos de telaraña, rebasando el límite que alcanzaba la luz de la linterna.

—No —replicó tristemente—. No. Sólo estoy de paso. He estado en el sector blanco. Lo único que deseo es cruzar.

—Ella pide que vayas. Lo pide siempre.

—No —susurró Damon con voz áspera, pensando que las ocasiones iban disminuyendo, que pronto ya no habría ninguna oportunidad—. No, Dienteazul. La amo y no iré. ¿No sabes que sería peligroso para ella que yo fuese allí? Entrarían los hombres-con-armas. No puedo. No puedo, por mucho que lo desee.

La cálida mano del nativo palmeó la suya.

—Dices buena cosa.

Damon se sorprendió. El nativo razonaba, y aunque sabía que aquellos seres lo hacían, le causó extrañeza su manera de pensar tan parecida a la humana. Tomó la mano de Dienteazul y la estrechó, agradecido por su presencia en unos momentos en que no tenía ningún otro consuelo. Se sentó en los escalones metálicos, aspiró lentamente a través de la máscara, sentado con quien, a pesar de todas las diferencias, se había convertido en un amigo. Los hisa se agachaban en la plataforma ante él, sus ojos oscuros brillando en la luz indirecta, y le daban unas palmadas en la rodilla, en señal de amistad.

—Me vigiláis continuamente —les dijo Damon. Dienteazul asintió y se bamboleó ligeramente.

—Los hisa sois muy amables, muy buenos.

Dienteazul ladeó la cabeza y arrugó la frente.

—Tú bebé de ella. —Los lazos de parentesco eran un concepto muy difícil para los nativos—. Tú bebé de Licia.

—Lo fui, sí.

—Ella tu madre.

—Lo es.

—Milio su bebé.

—Sí.

—Le amo.

Damon sonrió tristemente.

—Contigo no valen las cosas a medias, ¿eh, Dienteazul? O todo o nada. Eres un buen tipo. ¿Qué más saben los hisa? ¿Conocen a otros humanos ...o sólo a los Konstantin? Creo que todos mis amigos están muertos, Dienteazul. He intentado encontrarlos. Y o bien están ocultos o han muerto.

—Me pones tristes los ojos, Damon-hombre. Tal vez hisa los encuentren. Dinos sus nombres.

—Pregunta por cualquiera de los Dee, o los Ushant, o los Muller.

—Pregunto. Quizá alguno conoce. —Dienteazul se llevó un dedo a su nariz chata —. Los encuentro.

—¿Cómo?

Dienteazul tendió una mano y le tocó la barba cerdosa.

—Tu cara como los hisa, pero hueles igual a humano. Damon sonrió, divertido a pesar de su depresión.

—Ojalá tuviera el aspecto de un hisa. Entonces podría ir y venir. Esta vez casi me cazan.

—Has venido aquí con miedo —dijo Dienteazul.

—¿Puedes oler el miedo?

—Veo tus ojos. Mucho dolor. Huelo sangre, huelo dura carrera.

Damon iluminó su codo; la tela estaba rasgada y ensangrentada.

—Me di con una puerta —explicó. Dienteazul se inclinó hacia delante.

—Haré que no duela más.

Recordó cómo trataban los hisa sus propias heridas y movió la cabeza.

—No, pero ¿puedes recordar los nombres que te he dicho?

—Dee, Ushant, Muler.

—¿Les encontrarás?

—Lo intentaré —replicó Dienteazul—. ¿Los traigo?

—Ven a buscarme para ir a su encuentro. Los hombres-con-armas están cerrando los túneles hacia el sector blanco, ¿Lo sabías?

—Lo sé. Nosotros, los nativos, andamos por los grandes túneles de afuera. ¿Quién nos mira?

Damon suspiró a través de la máscara, se puso en pie y abrazó al hisa con un brazo mientras con el otro recogía la linterna.

—Te amo —murmuró.

—Te amo —replicó Dienteazul, y se escabulló en la oscuridad, sin más que un ligero movimiento, una vibración en los escalones metálicos.

Damon palpó su camino, contando las curvas y los niveles, dispuesto a no cometer la menor imprudencia. Ya había estado a punto de cometer una al tratar de introducirse en el sector blanco, donde había hecho sonar una alarma. Temía que aquello pudiera provocar una investigación en los túneles, y crear problemas a los

nativos y a su madre. Aún le temblaban las rodillas, aunque no había vacilado en disparar cuando se vio obligado. Tuvo que hacerlo contra un guardia sin armadura, tal vez lo había matado..., al menos esa fue su intención.

Aquello le ponía enfermo.

Y aún confiaba en haber evitado que la alarma se relacionara con su nombre, en que el testigo estuviera realmente muerto.

Seguía temblando cuando llegó al acceso del corredor donde estaba el local de Ngo. Entró en la pequeña cámara, se quitó la máscara, usó la tarjeta que no pasaba por el registro de seguridad y que sólo utilizaba para casos de extrema urgencia. La puerta se abrió sin que sonara ninguna alarma. Se apresuró por el pasillo estrecho y desierto y utilizó una llave manual para abrir la puerta trasera.

La esposa de Ngo, que estaba ante el mostrador de la cocina, se volvió a mirarle y salió al instante a la sala principal. Damon dejó la puerta trasera cerrada, abrió la del almacén y dejó allí el respirador. En su pánico se había olvidado de dejarlo en la antecámara, lo cual daba la medida de su sensatez. Se lavó las manos y la cara en el fregadero de la cocina, tratando de borrar también el olor de la sangre, el miedo y el recuerdo.

—Damon.

—Hola, Josh. —Dirigió una mirada de cansancio hacia la puerta de la sala principal y se secó el rostro con la toalla colgada allí—. Hay problemas. Pasó por el lado de Josh, entró en la sala y se dirigió al bar—. Una botella —le pidió a Ngo.

—Entra de nuevo ahí... —le susurró nervioso Ngo.

—Emergencia —dijo Damon. Josh se acercó a él y le cogió del brazo.

—No pienses ahora en la bebida, Damon. Vamos ahí, quiero hablar contigo.

Fueron al discreto rincón que era su territorio, a salvo de las miradas de los comensales. Se oía ruido de platos en la cocina, donde se había retirado la esposa de Ngo y su hijo. La sala olía al inevitable estofado de Ngo.

—Escucha —le dijo Josh cuando se sentaron—. Quiero que vengas conmigo al otro lado del corredor. He encontrado un contacto que creo que puede ayudarnos.

Damon pareció tardar un momento en comprender.

—¿Con quién has estado hablando? ¿A quién conoces?

—No se trata de mí. Es alguien que te ha reconocido, que quiera tu ayuda. No conozco todos los detalles. Un amigo tuyo. Hay una organización... que se extiende entre los miembros de cuarentena y los estacionados. Una serie de personas que saben que podrías tener la habilidad necesaria para ayudarles.

Damon reflexionó, tratando de sacar algo en claro.

Ya sabes el riesgo que corremos con la gente de cuarentena... ¿Contra los soldados? ¿Y por qué han recurrido precisamente a ti, Josh? Tal vez temen que yo pueda reconocer los rostros y deducir algo más de lo que quieren decirnos. No me gusta esto.

—¿Con cuánto tiempo podemos contar, Damon? Es una posibilidad. A estas

alturas todo supone un riesgo. Ven conmigo. Por favor, ven conmigo.

—Van a registrar todo el sector blanco. He tropezado allí con una alarma... Es posible que haya matado a alguien. Van a moverse, buscarán la persona que utiliza los accesos...

—¿Cuánto tiempo nos queda entonces para pensarlo? Si no lo hacemos... —Se detuvo y miró seriamente a la esposa de Ngo, que les traía los platos de estofado—. Vamos a ir a un sitio. Mantennos la comida caliente.

Los ojos oscuros de la mujer se posaron en los dos. Silenciosamente, como todo lo que hacía, recogió los platos y los llevó a otra mesa.

—No tardaremos en averiguarlo, Damon, por favor —dijo Josh.

—¿Qué se proponen hacer? ¿Atacar la central?

—Causar problemas. Llegar al transbordador. Organizar la resistencia en Downbelow... un pequeño número de nosotros, Damon, todo se base en tus conocimientos, tu habilidad con el ordenador y tu experiencia en los pasadizos.

—¿Disponen de un piloto?

—Creo que hay uno, sí.

Damon intentó hacer acopio de sensatez y meneó la cabeza.

—No.

—¿Qué significa ese no? Tú mismo hablaste de un transbordador, lo planeaste.

—Pero no para tener otra revuelta en la estación, con más muertos, para seguir un plan que nunca saldría bien.

—Ven a hablar con ellos, ven conmigo. ¿O no confías en mí? Damon, Damon, ¿cuánto tiempo podemos esperar a que se presente una oportunidad? Ni siquiera has escuchado el plan con detalle.

Damon suspiró.

—De acuerdo, iré. Muy pronto empezarán a revisar los documentos de identidad en el sector verde. Tengo miedo. Hablaré con ellos. Tal vez conozca mejores modos de hacerlo, más discretos. ¿Está lejos ese sitio?

—El local de Mascan.

—Al otro lado del corredor.

—Sí, vamos.

Se abrieron paso entre las mesas y al pasar por el lado del bar, Ngo les llamó.

—Vosotros... No volváis aquí si tenéis líos. ¿Me oís? Os he ayudado y no quiero esa clase de pago. ¿Entendido?

—Entendido —dijo Damon.

No había tiempo para suavizar la situación. Josh esperaba junto a la puerta. Se dirigió hacia él, miró a izquierda y derecha y los dos hombres cruzaron el corredor hacia el interior más oscuro y ruidoso del local de Mascari.

Un hombre, que estaba a la izquierda de la entrada, se levantó y les indicó el camino. Como Josh entró sin vacilaciones, Damon se tragó sus protestas y les siguió hasta el fondo de la sala, donde estaba tan oscuro que resultaba difícil no tropezar con

las sillas.

En un reservado cubierto por una cortina brillaba una luz débil. Damon y Josh entraron, pero su guía desapareció.

Un momento después entró un hombre, joven y con una cicatriz en el rostro. Damon no lo conocía.

—Ya vienen —dijo el recién llegado, y enseguida volvieron a retirarse las cortinas y entraron otros dos hombres.

—Kressich —musitó Damon. Al otro no lo había visto nunca.

—¿Conoce al señor Kressich? —le preguntó el recién llegado.

—Sólo de vista. ¿Quién es usted?

—Me llamo Jessad... El señor Konstantin, ¿verdad? El menor de los Konstantin.

Cualquier clase de reconocimiento le ponía nervioso. Miró a Josh, confuso, perplejo. Era de suponer que conocían su identidad.

—Este hombre es de la cuarentena, Damon —dijo Josh—. Hablemos de los detalles. Siéntate.

Damon se sentó a la mesita, inseguro y aprensivo, mientras los otros se acomodaban junto a él. Miró a Josh por segunda vez. Confiaba en él, con una confianza por la que arriesgaría su vida. Incluso le daría su vida si se la pidiera, pues no tenía nada mejor en que utilizarla. Y Josh había mentido. Se sentía seguro de que Josh le estaba mintiendo.

Se preguntó frenéticamente si estarían sometidos a alguna amenaza, buscando alguna disculpa para aquella situación.

—¿De qué clase de plan estamos hablando —preguntó, con el único deseo de poder salir de allí, llevarse a Josh con él y poner las cosas en claro entre los dos.

—Cuando Josh dijo que tenía contactos, no sospeché de quién se trataba —dijo lentamente Jessad—. Eres mucho mejor de lo que me habría atrevido a esperar.

—¿De veras? —Resistió la tentación de mirar otra vez a Josh—. ¿Qué es lo que espera exactamente de cuarentena, señor Jessad?

—¿No se lo ha dicho Josh?

—Josh me ha dicho que tendría interés en hablar con ustedes.

—¿Acerca de encontrar la manera de volver a poner esta estación en sus manos?

La expresión de su rostro no cambió lo más mínimo.

—Usted cree que tiene los medios para hacer eso.

—Tengo hombres —dijo Kressich—, y Coledy también. Podemos disponer de mil hombres en cinco minutos.

—Usted sabe lo que ocurriría entonces —dijo Damon—. Ya estamos hasta el cuello de tropas. Los corredores quedarían llenos de cadáveres, si no nos echaban a todos al vacío.

—Ya sabe usted que la estación es suya —intervino sosegadamente Jessad—, para hacer lo que les venga en gana. Excepto usted, no hay ninguna autoridad que pueda hablar por el viejo Pell. Lukas está acabado. Sólo hace lo que Mazian le

ordena. Va a todas partes rodeado de guardias. Una alternativa son los cadáveres en el corredor, es cierto, pero la otra es lo que han hecho con Lukas. ¿No le parece? También le darían a usted notas preparadas para que las leyera. Le harían alternar con Lukas, y le eliminarían a usted. Después de todo, tienen a Lukas y él cumple las órdenes..., ¿no es cierto?

—Lo ha dicho claramente, señor Jessad. —Se reclinó en la silla, pensando en que no decían ni una palabra del transbordador. Miró a Josh, el cual le respondió con una mirada inquieta—. ¿Cuál es su propuesta?

—Consíganos acceso a la central. Nosotros nos ocuparemos del resto.

—Nunca saldrá bien —dijo Damon—. Hay naves de guerra ahí afuera. Si toma la central no podrá seguir manteniéndolas a distancia. Nos atacarán. ¿Ha contado con eso?

—Tengo medios para asegurarme de que salga bien.

—Hablemos entonces. Dígame claramente cuál es su proposición y déjeme pensarlo esta noche.

—¿Dejarle andar por ahí conociendo nombres y rostros?

—Usted conoce los míos —le recordó a Jessad, en cuyos ojos apareció un leve centelleo.

—Confía en él —le dijo Josh—. Saldrá bien.

Se oyó un estrépito en el exterior, un ruido que se impuso a la estridencia de la música. Se abrieron las cortinas hacia adentro, y Coledy cayó sobre la mesa con un agujero en la frente. Kressich se puso en pie de un salto, gritando aterrado. Damon se echó atrás y golpeó la pared, con Josh a su lado, y Jessad se llevó una mano al bolsillo. Los gritos punteaban la música del exterior, y unos soldados armados, rifles en ristre, llenaron el umbral del reservado.

—¡Quietos! —ordenó uno de ellos.

Jessad sacó rápidamente la pistola. Un rifle disparó y se notó un olor a quemado mientras Jessad caía al suelo, retorciéndose. Damon miraba horrorizado y atónito a los soldados. Josh, a su lado, no se movía.

Un soldado levantó a otro hombre por el cuello... Era Ngo, que desvió la vista al ver a Damon. Parecía como si estuviera a punto de vomitar.

—¿Son estos? —le preguntó el soldado. Ngo asintió.

—Me obligaron a esconderlos. Me amenazaron, a mí y a mi familia. Queríamos ir al sector blanco, todos nosotros.

—¿Quién es este? —le preguntó el soldado señalando a Kressich.

—No lo sé —respondió Ngo. —No lo conozco, ni tampoco a los otros.

—Sacadles fuera y registradles —ordenó el oficial—. A los muertos también.

Había terminado. Docenas de pensamientos pasaron por la mente de Damon... Sacar el arma que guardaba en el bolsillo... echar a correr, tan lejos como pudiera antes de que le abatieran.

Y Josh... su madre y su hermano...



Le pusieron de cara a la pared y le hicieron abrir las piernas, con Josh y Kressich a su lado. Le registraron los bolsillos y sacaron las tarjetas y el arma, cuya presencia era causa suficiente para una ejecución sumaria.

Le hicieron volverse y lo miraron con más atención.

—¿Es usted Konstantin?

No respondió. Un soldado le golpeó en el vientre y él se dobló; con el hombro adelantado y bajo arremetió contra el soldado, arrastrando una silla en su caída. Una bota le golpeó la espalda y se vio enzarzado en una pelea que tenía lugar por encima de él. Se liberó del hombre al que había dejado inconsciente, trató de levantarse apoyándose en el borde de la de la mesa y un disparo pasó rozándole el hombro y alcanzó a Kressich en el estómago.

Le golpearon con un rifle. Se le aflojaron las rodillas, negándose a seguir manteniéndole en pie. Recibió un segundo golpe, en el brazo tendido sobre la mesa, y se tambaleó, doblándose mientras le daban puntapiés, y siguió doblado bajo los golpes hasta quedar medio inconsciente. Entonces le alzaron entre dos hombres.

—¿Josh? —preguntó débilmente—, ¿Josh?

También habían alzado a Josh. Dos hombres le sostenían y trataban de hacerle volver en sí. A Damon le daba vueltas la cabeza como si estuviera borracho, y la sangre le manaba de una sien. No se apresuraron a recoger a Kressich; todavía se movía, el vientre agujereado y desangrándose con rapidez. Le dejaron abandonado.

Salieron a la sala general y Damon miró a su alrededor. Ngo había huido o se lo habían llevado. Los clientes habían desaparecido. Había algunos cuerpos tendidos y varios soldados con rifles.

Les sacaron al corredor. Había algunos mirones junto al local de Ngo, y Damon giró el rostro, avergonzado de que se lo llevaran detenido ante la gente.

Pensó que le conducirían a las naves, al otro lado de las plataformas.

Y entonces doblaron la esquina y se encaminaron a la izquierda: no les llevaban a donde él creía. Había un bar que los soldados habían ocupado sólo para ellos, un cuartel general, un lugar que los civiles evitaban.

Música, drogas, licor... todo lo que el sector civil tenía para ofrecer. El interior estaba lleno de humo, y sonaba una música atronadora. Por increíble que pareciera, había un escritorio, que le daba al antro cierto carácter oficial. Los soldados les hicieron acercarse a la mesa, ante la que estaba sentado un hombre que sostenía una copa, y que les miró de arriba abajo.

—Hemos encontrado algo interesante —dijo el jefe del grupo que les había hecho entrar—. La Flota busca a estos dos. Este es Konstantin, y aquí tenemos a un unionista, un hombre que ha pasado por Corrección, según se rumorea... Pero le hicieron el trabajo en Pell.

—Unionista. —El sargento, que tal era la graduación del hombre sentado ante el escritorio, miró más allá de Damon y dirigió una sarcástica sonrisa Josh.

—¿Cómo pudo introducirse en Pell una persona como tú? ¿Tienes una buena

historia, unionista? Josh no dijo nada.

—Yo sí —dijo una voz áspera desde la puerta—. Es propiedad de la *Norway*.

Las risas y las conversaciones se detuvieron, aunque no la música. Los recién llegados, cubiertos con armadura, al contrario que la mayoría de los presentes, entraron con una brusquedad que sobresaltó al resto.

—*Norway* —musitó alguien—. Salid de aquí, cabrones de la *Norway*.

—¿Cómo te llamas? —gritó el recién llegado.

—¿Es que vais a disparar contra todos nosotros?

El hombre de la voz áspera oprimió el botón del comunicador que le colgaba del hombro y dijo algo ininteligible a causa de la música, se volvió e hizo un gesto a la docena de soldados que le acompañaban, los cuales se desplegaron. Entonces miró lentamente a los demás.

—Ninguno de vosotros está en condiciones de hacer nada. Poned en orden esta pocilga. Si hay alguno de los nuestros aquí dentro lo despellejo. ¿Hay alguien?

—Busca en otro sitio —gritó una voz—. Esto es territorio de la *Australia*. La *Norway* no tiene autorización para pasarnos revista.

—Entregadme los prisioneros —dijo el hombre.

Nadie se movió. Los rifles de los soldados de la *Norway* les apuntaron, y se oyeron gritos de sorpresa y rabia entre las tropas de la *Australia*. Damon continuó con la visión borrosa mientras dos de los hombres se acercaron a él y a Josh, una mano le cogió violentamente del brazo y le arrancó de la mano que le había sujetado hasta entonces, arrastrándole hasta la puerta. Josh se puso en marcha sin oponer la menor resistencia. Mientras estuvieran juntos... Era todo lo que les quedaba.

—Sacadlos afuera —gritó el oficial a sus hombres.

Les empujaron para que salieran deprisa. Dos soldados se quedaron con su oficial, en el bar. Cuando cruzaban el corredor del sector nueve, otras tropas les interceptaron, también de la *Norway*.

—Id al puesto de la *Australia* —gritó uno a los demás. Era una voz de mujer—. Al local de McCarthy. Di los tiene a todos retenidos a punta de rifle. Necesita algunos hombres allí, y rápidamente.

Los soldados echaron a correr. Cuatro de los que les escoltaban siguieron adelante, llevándolos hacia la puerta de acceso a la plataforma azul, donde montaban guardia unos centinelas.

—Déjenos pasar —pidió el oficial de su escolta—. Ahí detrás tenemos una situación potencial de revuelta.

Los guardias eran de la *Australia*. El letrero y el emblema así lo proclamaba. A regañadientes, los centinelas abrieron las puertas de emergencia y les dieron paso.

Entraron en la plataforma azul, donde la *Norway* ocupaba un ensambladero al lado de la *India*, la *Australia* y la *Europa*. Damon caminaba mientras empezaba a sentir la conmoción de los golpes sufridos, sino dolor. Allí sólo había militares, tropas que iban y venían, y equipos de soldados en uniforme de faena que cargaban fardos.

El tubo de acceso a la *Norway* se abrió ante ellos. Entraron en la rampa y recorrieron el frío pasadizo hasta la antecámara. Otros salieron a su encuentro, soldados con el emblema de la *Norway*.

—Talley. —Dijo uno, sorprendido y sonriente—. Bienvenido de nuevo, Talley.

Josh echó a correr de súbito. Logró llegar a la mitad del tubo de acceso antes de que le cogieran.

## VIII

### Pell: Norway; Plataforma azul; 8/1/53; 1930 h.

SIGNY ALZÓ LA VISTA DE SU MESA, REDUJO UN MOMENTO EL VOLUMEN DEL comunicador, los informes de sus soldados en las plataformas y otras partes. Dirigió una vaga sonrisa a los guardias y a Talley. El muchacho no podía ir más desastrado... sin afeitar, mugriento, ensangrentado. Tenía una hinchazón en la mandíbula.

—¿Vienes a verme? —le dijo en tono burlón—. No creía que lo intentaras de nuevo.

—Damon Konstantin... lo tienen a bordo. Las tropas lo han cogido. Pensé que querría hablar con él. Estas palabras la dejaron perpleja.

—Intentas entregarle, ¿no?

—Está aquí. Nos han detenido a los dos. Sáquele de ahí. Ella se echó atrás, mirándole con curiosidad.

—De modo que hablas sin ambages. Antes nunca hablabas. Y ahora él no tenía nada que decir.

—Jugaron con tu mente —observó Signy—. Y ahora eres amigo de Konstantin, ¿verdad?

—Se lo suplico —dijo él con voz débil.

—¿Por qué razón?

—Es útil para usted. Y le matarán. Ella le miró con los ojos entornados.

—Contento de estar de vuelta, ¿no?

Parpadeó la luz de una llamada, algo que sin duda el comunicador podía solucionar por sí solo. Ella movió el mando del sonido y escuchó la llamada: «Hay una pelea en el local de McCarthy.»

—¿Está Di ahí? Ponedme con él.

«Está ocupado», le respondieron. Signy hizo un gesto a los guardianes para que se llevaran a Talley. Se encendió otra luz.

—¡Mallory! —le gritó Talley, pero los soldados le obligaron a salir. «Te requieren en la *Europa*», oyó a través del comunicador. «Mazian está al habla.»

Signy oprimió el botón correspondiente. Se habían llevado a Talley, confiaba en que para encerrarlo en alguna parte.

—*Europa*, aquí Mallory. «¿Qué sucede ahí?»

—Tengo problemas en la plataforma, señor. Janz necesita instrucciones. Con su permiso, señor.

Cerró la comunicación con la *Europa*. «Ha caído», oía por otro canal. «Capitana, han disparado contra Di.»

Signy apretó un puño y lo retiró de la máquina.

—Hacedle salir, hacedle salir. ¿Con qué oficial hablo? «Aquí Uthup», dijo una voz de mujer. «Uno de la *Australia* ha disparado contra Di.» Ella apretó otro botón.

—¡Ponedme con Edger! ¡Rápido!

«Hemos cruzado la puerta», oyó decir a Uthup. «Tenemos a Di.»

«Alerta general a las tropas de la *Norway*. Tenemos problemas en la plataforma. ¡Salid de ahí!»

«Aquí Edger», oyó entonces. «Mallory, retire a sus esbirros.»

—Retire a los suyos, Edger, o les dispararé nada más verlos. Han disparado contra Di Janz.

«Los detendré», replicó la voz, y la comunicación se cortó.

Por los corredores de la *Norway* sonaba la ALERTA, una sirena estridente acompañada del centelleo de unas luces azules. Los tableros y las pantallas en la cámara de Signy volvían a iluminarse mientras la nave se colocaba en disposición de emergencia.

«Estamos entrando», dijo la voz de Uthup. «Aún está con nosotros, capitana.»

—Entradle, Uthup, entradle.

«Bajamos ahí, capitana», dijo otra voz. Era Graff, que se dirigía a la plataforma. Ella empezó a oprimir botones, buscando alguna pantalla utilizable y maldiciendo a los técnicos. Alguien debería grabar lo que estaba pasando. Al final pudo captar la imagen, el grupo que entraba arrastrando a varios de los suyos, las tropas de la *Norway* descendiendo apresuradamente a la plataforma y tomando posiciones alrededor de los umbilicales y los accesos.

—Localizad a un médico por el comunicador —ordenó.

«Médico dispuesto», oyó decir, y vio que una figura familiar llegaba al lado de las tropas y se hacía cargo de los heridos. Graff estaba allí Signy pudo respirar con más calma.

«La *Europa* sigue a la espera», le advirtió el comunicador. Oprimió el botón de aquel canal.

«Capitana Mallory. ¿Qué guerra está usted librando ahí afuera?»

—Aún no lo sé, señor. Voy a averiguarlo en cuanto pueda tener a mis tropas a bordo.

«Tiene prisioneros de la *Australia*. ¿Por qué?»

—Damon Konstantin es uno de ellos, señor. Volveré a ponerme en contacto en cuanto tenga noticias de Janz. Con su permiso, señor.

«Mallory».

—Señor.

«La *Australia* tiene dos bajas. Quiero un informe.»

—Se lo daré en cuanto sepa lo que ha ocurrido, señor. Mientras tanto mando las tropas a la plataforma verde antes de que tengamos cualquier clase de problemas con los civiles de allí.

«La *India* está haciendo entrar fuerzas. Deje las cosas así, Mallory, y mantenga sus tropas fuera. Que se vayan de las plataformas. Retírelas a todas. Quiero verla lo antes posible. ¿De acuerdo?»

—Con un informe, señor. Con su permiso, señor.

La luz y el contacto se desvanecieron. Signy golpeó la consola con el puño, empujó la silla y se dirigió al cubículo de la enfermería a mitad del corredor que conducía al ascensor principal.

La situación no era tan mala como había temido. Di mantenía el pulso normal bajo los cuidados médicos, y no parecía dispuesto a morir. Tenía una herida en el pecho y algunas quemaduras. Había perdido mucha sangre, pero Signy había visto destrozos mucho peores. Había tenido la mala suerte de que el proyectil alcanzara una juntura, las partes más débiles de la armadura. Se dirigió a la puerta donde estaba Uthup, con su armadura manchada de sangre de la cabeza a los pies.

—Sacad de aquí vuestras sucias personas —les dijo, indicándoles el corredor—. La enfermería está esterilizada. ¿Quién disparó primero?

—Los cerdos de la *Australia*, borrachos y alborotados.

—Capitana.

—Capitana —dijo Uthup quedamente.

—¿Te han alcanzado, Uthup?

—Quemaduras, capitana. Con su permiso, haré que me examinen cuando hayan terminado con el mayor y los otros.

—¿No te dije que estuvierais fuera de ese territorio?

—Oímos por el comunicador que habían cogido a Konstantin y Talley, capitana. Un sargento estaba al frente, y los encontramos borrachos como mercaderes de la estación. El mayor entró y nos dijeron que allí no podíamos entrar nosotros.

—Es suficiente —musitó Signy—. Quiero un informe, soldado Uthup, y te apoyaré. Te habría desollado viva si hubieras retrocedido ante los bastardos de Edger. Puedes citar estas palabras cuando te parezca.

Siguió andando por el corredor, entre los soldados.

—Todo va bien. Di está entero, así que salid de aquí y dejad que los médicos trabajen. Volved a vuestro sitio. Voy a tener unas palabras con Edger, pero si vosotros o quien sea sale a la plataforma, dispararé yo misma, podéis estar seguros. ¡Abajo!

Los soldados se dispersaron. Signy se dirigió al puente y miró a la tripulación que la rodeaba. Graff estaba allí, también bastante manchado de sangre.

—Límpiate —le dijo—. Volved a vuestros puestos. Morio, regresa ahí y entrevista a la soldado Uthup y a los demás de ese destacamento. Quiero los nombres y datos de identidad de esos soldados de la *Australia*. Quiero una queja formal, y ahora mismo.

—Sí, capitana —replicó Morio, partiendo al instante.

Signy permaneció en el puente y miró a su alrededor hasta que todos volvieron a sus tareas respectivas. Graff había salido para adecentarse. La capitana siguió recorriendo el pasillo hasta que se dio cuenta de lo que hacía y se detuvo.

Tenía que ocuparse de su apariencia antes de ir a ver a Mazian. Había sangre en su uniforme, sangre de Di. Finalmente decidió ir sin limpiarse.

—McFarlane —llamó bruscamente—. Graff está al mando. Necesito una escolta hasta la *Europa*. Date prisa.

Se dirigió al ascensor, oyendo el eco de la orden en los corredores. Los soldados se reunieron con ella a la salida del corredor, quince de ellos con equipo completo. Avanzó entre las tropas que montaban guardia en la rampa de acceso, en las plataformas. No llevaba armadura. Aquella era una plataforma segura y no necesitaba blindaje para transitarla, pero en aquel momento se habría sentido más segura caminando desnuda por la plataforma verde.

## IX

### **Pell: Europa; Plataforma azul; 8/1/53; 2015 h.**

**E**STA VEZ MAZIAN NO TARDÓ EN APARECER. SÓLO DOS PERSONAS ASISTÍAN A LA reunión: Signy y Tom Edger, el cual había llegado primero, como era de esperar.

—Siéntese —le ordenó Mazian. Ella ocupó una silla en el lado opuesto de la mesa de conferencias, frente a Edger. Mazian se había sentado en la cabecera, apoyado sobre los brazos cruzados, y miraba con fijeza a la capitana.

—¿Y bien? ¿Dónde está el informe?

—No tardará en llegar —dijo ella—. Necesito tiempo para efectuar las entrevistas y recoger los datos de identidad. Di tomó nombres y números antes de que le disparasen.

—¿Le ordenó usted que fuera allí?

—Las órdenes que tienen mis tropas son que no retrocedan ante los problemas si éstos se les presentan. Señor, mis hombres han sido acosados sistemáticamente desde el incidente con Goforth. Fui yo quien disparó a ese hombre, y hostigan a mi gente, la responsabilizan sutilmente, hasta que alguien está demasiado borracho para conocer la diferencia entre el hostigamiento y el motín abierto. Pidieron su número a un soldado y éste se negó abiertamente a darlo. Entonces le arrestaron y sacó su arma, abriendo fuego contra un oficial.

Mazian miró a Edger y de nuevo a Signy.

—He oído otra historia, la de que se alienta a sus tropas para permanecer cohesionadas, que siguen bajo sus órdenes aun cuando tengan una supuesta libertad al estar de permiso, que van en pelotones y al mando de oficiales que patrullan la plataforma, que toda la actividad de las tropas y el personal de la *Norway* es violenta y provocativa, desafiando directamente mi orden.

—No he encargado servicio alguno a mis soldados mientras están de permiso. Si van en grupo es sólo para protegerse, porque hay bares que están abiertos a todos excepto al personal de la *Norway*. Esa es la clase de conducta que se alienta entre otras tripulaciones. Mi queja sobre este asunto está en su mesa desde hace una semana.

Mazian se quedó mirándola un momento y tamborileó sobre la mesa, con gesto lento y nervioso. Finalmente miró a Edger.

—He vacilado en presentar una protesta —dijo Edger—, pero ahí afuera se está creando una mala atmósfera. Parece que hay cierta diferencia de opinión sobre cómo se ordena el conjunto de la Flota. Las lealtades a las naves —lealtades a determinados capitanes— se alientan en ciertos medios por razones que no quiero suponer, tal vez



por ciertos capitanes.

Signy aspiró hondo y apoyó las manos en los brazos de la silla, como si fuera a levantarse, pero hizo un gran esfuerzo y se dominó. Edger y Mazian siempre habían sido íntimos... lo eran en un aspecto que había sospechado durante mucho tiempo y en el que no podía intervenir. Su respiración se serenó, se recostó en su asiento y miró únicamente a Mazian. Era la guerra; un paso tan angosto como ningún otro de los que había tenido que recorrer la *Norway*, los estrechos de la ambición de Mazian y Edger.

—Cuando empezamos a dispararnos unos a otros, hay algo que va muy mal —le dijo—. Con su permiso... somos los más antiguos de la Flota, los que más hemos sobrevivido. Y le diré lisa y llanamente que sé lo que se está preparando y me he plegado a su charada, interviniendo en la organización de esta estación, que no va a tener la menor importancia cuando la Flota se vaya. He seguido sus instrucciones para tener a la gente activa, y las he seguido bien. No he dicho ni una palabra ni a mis soldados ni a la tripulación sobre lo que sé, y comprendo que a las tropas se les permita hacer lo que quieran en esta estación porque a la larga eso carece de importancia. Porque Pell ha dejado de interesar, y ahora su supervivencia es contraria a los intereses de usted. Ahora tenemos en perspectiva algo diferente. O quizá siempre ha sido así, y usted nos ha empujado a ello gradualmente, para no conmocionarnos demasiado cuando al fin nos proponga lo que realmente tiene en su mente, la única alternativa que nos ha dejado. Sol, ¿verdad? La Tierra. Va a ser un largo y peligroso viaje, lleno de problemas cuando lleguemos allí. La Flota se apoderará de la Compañía. Así que tal vez está en lo cierto. Quizá sea lo único factible. Puede que tenga sentido y lo haya empezado a tener hace mucho tiempo, cuando la Compañía dejó de apoyarnos. Pero no llegaremos allí si Pell destruye la disciplina gracias a la cual esta Flota ha funcionado durante décadas. No llegaremos allí si las unidades están homogeneizadas dentro de algo que no pueden hacer por separado. Y eso es lo que ocurre con este hostigamiento. Me dice cómo dirigir la *Norway*. Si empieza eso, todo se viene abajo. Les quitan a los soldados sus insignias y sus designaciones, su identificación y su espíritu, y todo se va... Llámelo como guste, pero eso es lo que está ocurriendo aquí, cuando se le pide a una nave que se adapte a una situación contra todas las reglas que siempre ha seguido, cuando los capitanes de esta Flota alientan sutilmente a sus soldados para que hostiguen a los míos, y se aplican a ello en ausencia de otro enemigo. La Flota como conjunto no ha existido durante décadas, pero en eso radicaba nuestra fuerza... la libertad para hacer lo que debía hacerse, de un lado a otro de esta inmensa distancia. Homogenícenos y nos haremos predecibles. Y por pocos que seamos... estaremos acabados.

—Resulta sorprendente que alguien como usted acabe arguyendo por la separación de las tripulaciones —dijo suavemente Mazian—, cuando es usted la única que se queja de la falta de disciplina. Es usted una sofista asombrosa.

—Me ordenan que me meta en vereda, que cambie todas las normas y el orden que existen en mi nave. Mis tropas lo perciben como insulto a la *Norway*, y se

resienten de ello. ¿Qué otra cosa esperaba, señor?

—La actitud de las tropas suele reflejar la de los oficiales que están al mando y la del capitán, ¿no le parece? Tal vez usted la ha fomentado.

—Y quizá se ha fomentado lo ocurrido en ese bar.

—Señor.

—Con todo respeto... señor.

—Sus hombres entraron y se llevaron a los prisioneros que custodiaban los soldados que efectuaron el arresto. Eso parece un intento de arrebatarnos su crédito.

—Se llevaron los prisioneros que retenía un grupo de soldados borrachos que estaban de permiso en un bar.

—Era el centro de reunión en la plataforma —musitó Edger—. Dígalo claro, Mallory.

—Los soldados estaban borrachos y alborotados en su centro de reunión, y uno de los prisioneros era propiedad de la *Norway*. No había ningún oficial comisionado en ese centro de plataforma. Y el otro prisionero era valioso, alguien a quien podría utilizar en mis operaciones para mantener a la gente activa en las plataformas. La cuestión es por qué llevaron a los prisioneros a ese llamado centro de reunión, en lugar de las dependencias de la plataforma azul o a la nave más cercana, que era la *África*.

—Los soldados que habían efectuado el arresto estaban informando a su sargento, el cual estaba presente cuando el jefe de sus fuerzas irrumpió en el lugar.

—Sugiero que esa actitud contribuye a la atmósfera que provocó el disparo al mayor Janz. Si aquel era el centro de reunión oficial de las tropas en la plataforma, el mayor Janz estaba en todo su derecho para entrar allí y tomar el mando de la situación. Pero nada más entrar le dijeron que el llamado centro de reunión de la plataforma era territorio exclusivo de la *Australia*, y el sargento de esa nave, allí presente, no puso objeciones a esa insubordinación. Ahora dígame, ¿es que el centro de reunión de tropas ha de ser el coto privado de una nave? ¿Es posible que otros capitanes insten a sus fuerzas al separatismo?

—Tenga cuidado, Mallory —le advirtió Mazian.

—La cuestión, señor, es que el mayor Janz dio una orden adecuada para la entrega de los prisioneros a su custodia y no recibió cooperación del sargento de la *Australia*, que había contribuido a crear el problema.

—Dos de mis soldados fueron muertos en ese intercambio —dijo Edger en tono tenso—, y todavía se está investigando cómo empezó.

—También por mi parte, capitán. Espero la información de un momento a otro, y haré que le entreguen una copia en cuanto llegue.

—Capitana Mallory —dijo Mazian—, entrégueme ese informe lo antes posible. En cuanto a los prisioneros, no me importa lo que haga con ellos. El problema no es que estén aquí o allí. El problema es la disensión, la *ambición*... por parte de los capitanes individuales de la Flota. Tanto si le gusta como si no, capitana Mallory, se

someterá usted a la disciplina general. Está en lo cierto, hemos actuado separadamente, y ahora tenemos que funcionar como un solo cuerpo. Eso les crea problemas a ciertos espíritus libres entre nosotros, a los que les disgusta aceptar órdenes. Es usted valiosa para mí. Sabe ver el fondo de las cosas, ¿no es cierto? Sí, se trata de Sol. Y al decirme eso, confía en formar parte de los consejos, ¿verdad? Quiere que le consulte, quizá estar en la línea sucesoria. Eso está muy bien. Pero para llegar ahí, capitana, tiene que aprender a tener disciplina.

Ella permaneció inmóvil y sostuvo la mirada de Mazian.

—¿Y no saber a donde voy?

—Usted sabe a donde vamos. Ya lo ha dicho.

—De acuerdo —dijo ella con voz cansada—. No soy contraria a aceptar órdenes. —Miró sarcásticamente a Tom Edger y luego de nuevo a Mazian—. Las cumpla tan bien como los demás. Puede que no hayamos trabajado juntos en el pasado, pero estoy dispuesta a ello.

Mazian asintió, con una expresión muy afectuosa, quizá demasiado, en su apuesto rostro de actor.

—Muy bien, entonces queda zanjado el asunto. Se levantó, fue al armario, sacó una botella de coñac y unas copas, sujetas con unas grapas especiales, y sirvió las bebidas—. Confío en que quede zanjado de una vez por todas. —Tomó un sorbo y añadió—: Es imprescindible que sea así. ¿Alguna queja más?

Tal vez Tom Edger tenía alguna más. Signy le vio sombrío mientras engullía el coñac. Sonrió levemente, Edger no respondió.

—El otro asunto que ha salido ha relucir —dijo Mazian—, la disposición de la estación... es el caso. Y confío en que esa información quede entre nosotros.

—«Esta es la razón de todo este espectáculo», pensó Signy, y en voz alta:

—Sí, señor.

—Sin formalidades. A su debido tiempo, todos los capitanes recibirán las instrucciones precisas. Es usted una estratega, y en muchos aspectos la mejor. La habría puesto antes en antecedentes, y usted lo sabe. Ya lo habría sabido, pero a causa del desgraciado incidente con Goforth y la operación del mercado tuve que posponerlo.

Signy sintió que se le encendía el rostro. Dejó la copa sobre la mesa.

—Ese temperamento, amiga mía —dijo Mazian en voz baja—. También yo tengo el mío. Conozco mis defectos. Pero no puedo permitir que se separe de mí, no puedo aceptar eso. Nos estamos preparando para irnos, dentro de esta misma semana. La carga ya está casi terminada. Y nos iremos antes de lo que espera la Unión... tomaremos la iniciativa, les crearemos un problema.

—Pell.

—Exactamente. —Mazian apuró su copa—. Tiene usted a Konstantin. No puede regresar; también hemos de llevarnos a Lukas, así como a todos los técnicos en activo y los que están en la prevención, a todos los que puedan manejar el ordenador y la

central y hacer que Pell vuelva al orden. Hay que manipular la estación para que se paralice y no dejar vivo a nadie que pudiera corregirlo, y especialmente Konstantin, el cual es peligroso en dos aspectos: el ordenador y la publicidad. Arrójele al vacío.

Ella sonrió tensamente.

—¿Cuándo?

—Ese hombre constituye ya un riesgo. Que no sea nada público, sin la menor exhibición. Porey se encargará del otro... Emilio Konstantin. Hay que hacer limpieza, Signy, no dejar nada que ayude a la Unión, que no consigan refugiados de este lugar.

—Le comprendo. Tomaré las medidas pertinentes.

—Usted y Tom, a pesar de sus enfrentamientos, han hecho un buen trabajo. Me preocupaba mucho tener a Konstantin en paradero desconocido. Han hecho un trabajo excelente. Lo digo en serio.

—Sabía lo que se proponía hacer —dijo Signy en tono neutro—. Por eso el ordenador ya ha sido debidamente manipulado; una clave convenida puede estropearlo por completo. Faltan un par de operaciones de ordenador. Me propongo cerrar el sector verde mañana. O se rinden, o lanzo al vacío a todos los ocupantes de esta sección, lo cual arregla las cosas de todos modos. Tengo las huellas de los operadores que faltan. Arrestaré al informador Ngo y su gente. Los interrogaré y determinaré con precisión lo que pueda antes de que nos vayamos. Si los agentes logran localizar a los operadores que faltan para que estemos absolutamente seguros, tanto mejor.

—Mis hombres cooperarán —dijo Edger. Ella asintió.

—Así es como debe hacerse —comentó jovialmente Mazian—. Eso es exactamente lo que espero de usted, Signy. Basta de disputas por las prerrogativas. ¿Ahora se pondrán los dos manos a la obra?

Signy apuró su copa y se levantó. Edger hizo lo mismo. Ella sonrió y asintió a Mazian, pero no a Edger, y salió con una deliberada suavidad en sus movimientos.

«Cabrón», pensó. No oyó los pasos de Edger tras ella. Cuando entró en el ascensor y empezó a bajar para reunirse con su escolta, Edger no estaba con ella. Se había quedado atrás para hablar con Mazian.

El ascensor la dejó en la salida del nivel. Sus soldados estaban donde los había dejado, rígidos y evitando cuidadosamente cualquier altercado con las tropas de la *Europa* que entraban y salían del vestuario. Tres soldados de la *Europa* dejaron de sonreír en cuanto la vieron avanzar entre ellos.

Reunió su escolta y cruzó la puerta hermética, hacia el acceso a la plataforma y las filas de sus propios soldados que aguardaban.

## X

**Pell: Norway; Plataforma azul; 8/1/53; 2300 h. d.; 1100 h. n.**

SE SINTIÓ MEJOR CUANDO TUVO OCASIÓN DE RELAJARSE Y BAÑARSE, UNA VEZ solucionado el desbarajuste de la plataforma y redactados los informes. No acariciaba ilusiones de que le hicieran nada al soldado de la *Australia* que había disparado contra Di. Pero el causante haría bien en no acercarse a las tropas de la Norway mientras viviera.

Di había salido ya de la enfermería y se recuperaba rápidamente. Estaba furioso, lo cual era una señal saludable. Le habían empalmado una costilla y buena parte de la sangre que corría por su cuerpo era prestada, pero podía mirar la pantalla y soltar juramentos con coherencia. Esta situación reconfortaba a Signy. Graff estaba con él, y había una lista de oficiales y tripulantes dispuestos a hacer compañía a Di y mantenerle tranquilo. Una exhibición de interés hacia él que podría perturbar mucho al mayor si se daba cuenta de su magnitud.

Habría paz durante algunas horas, y al día siguiente se realizarían las operaciones en el sector verde. Signy apoyó los pies en su cama, sentada a un lado de la mesa de su propio aposento, y se sirvió un segundo trago, lo cual hacía en raras ocasiones. Y cuando lo hacía continuaba hasta tomar una tercera una cuarta y una quinta, y deseaba que Di o Graff estuvieran allí, sentados con ella, charlando. Podría haber ido a sentarse con ellos, pero Di aún no se encontraba bien del todo, y su presión arterial iría en aumento mientras le contaba lo ocurrido. No sería bueno para Di.

Había otras diversiones. Reflexionó un momento, vacilando entre dos opciones, y finalmente oprimió el botón para comunicarse con el puesto de guardia.

—Traedme a Konstantin —ordenó.

Los soldados acusaron recibo de la orden. Signy permaneció sentada, sorbiendo la bebida, sin dejar de observar los indicadores de control para asegurarse de que todas las operaciones tenían lugar como debían y que la cólera bajo las plataformas seguía contenida. La bebida no la tranquilizaba; seguía sintiendo la necesidad de pasear de un lado a otro, aunque no disponía de mucho espacio para hacerlo. Mañana...

Se propuso no seguir pensando en ello. Ciento veintiocho civiles muertos al estabilizar el sector blanco. En el verde sería mucho peor, porque allí todos tenían un verdadero motivo para temer la identificación y ponerse a cubierto. Podían lanzar al vacío a todo el sector si los dos técnicos especializados en ordenadores no aparecían a tiempo. Era la solución más juiciosa. Una muerte rápida, aunque indiscriminada; un medio para asegurarse de que tenían a todos los fugitivos... y más piadoso para

aquellos individuos que ser abandonados en una estación en deterioro. La *Hansford* a gran escala, ése era el regalo que le dejarían a la Unión, cadáveres en putrefacción y el increíble hedor que despedían...

Se abrió la puerta. Signy alzó la vista y vio a tres soldados y a Konstantin..., limpio, vestido con un uniforme de faena y algunos trozos de esparadrapo en el rostro, aplicados por los sanitarios. Pensó vagamente que no tenía mal aspecto, y se inclinó hacia adelante, apoyándose en un brazo.

—¿Quiere hablar o no? —le preguntó.

Damon no respondió pero tampoco mostró una disposición agresiva. Signy hizo una seña a los soldados para que se marcharan. La puerta se cerró y Konstantin permaneció allí de pie, mirando fijamente algún punto más allá de la mujer.

—¿Dónde está Josh Talley? —preguntó finalmente.

—En algún sitio a bordo de esta nave. Hay un vaso en aquel armario. ¿Quiere beber algo?

—Quiero salir de aquí —replicó él—. Quiero que devuelvan esta estación a su legítimo gobierno y tener una relación de los civiles que han asesinado.

—Vaya —dijo ella, riendo, y volvió a mirar de arriba abajo al joven Konstantin. Luego sonrió irónicamente y empujó la cama con el pie, retirando un poco su sillón hacia atrás. Eso es lo que quiere, ¿eh? Ande, siéntese, señor Konstantin.

Damon obedeció y se quedó mirándola con la misma expresión sombría y enojada de su padre.

—Naturalmente, no se hace usted ninguna de esas ilusiones, ¿verdad?

—Ninguna.

Ella asintió, lamentándolo por él. Un joven de rostro agradable, inteligente, que sabía expresarse bien. Él y Josh eran muy parecidos. Algunas de las pérdidas que ocasionaba aquella guerra la enfermaban. Jóvenes como aquellos convertidos en cadáveres. Si fuera algún otro... Pero se llamaba Konstantin, y eso le condenaba. Pell reaccionaría a aquel nombre, y tenía que desaparecer.

—¿Quiere el trago?

Damon no lo rechazó. Ella le pasó su propio vaso y se quedó con la botella.

—Jon Lukas es su marioneta, ¿verdad? No había necesidad de atormentarle con la verdad. Signy asintió.

—Cumple órdenes.

—¿Su próximo objetivo será el sector verde? Ella asintió de nuevo.

—Déjeme hablar con ellos por el comunicador. Déjeme que intente razonar con ellos.

—¿Para salvar su vida? ¿O para sustituir a Lukas? No saldrá bien.

—Para salvar las de ellos.

Signy le dirigió una mirada larga y triste.

—Usted no va a salir a la superficie, señor Konstantin. Va a desaparecer muy discretamente. Creo que ya lo sabe. —Llevaba un arma a la cadera, y apoyó la mano

en ella, por si acaso, aunque no creía que el joven intentara nada—. Digamos que si puedo encontrar a dos individuos no lanzaré al vacío a toda la sección. Se llaman James Muller y Judith Crowell. ¿Dónde están? Si pudiera localizarlos enseguida... Eso salvaría vidas.

—No lo sé.

—¿No los conoce?

—No sé dónde están. No creo que sigan vivos, si se supone que están en el sector verde. Conozco muy bien la zona. Tenía medios para encontrarlos si hubieran estado ahí.

—Entonces lo siento —dijo ella—. Haré lo que pueda y tan razonablemente como pueda, se lo prometo. Es usted un hombre civilizado, señor Konstantin, de una casta que ya ha desaparecido. Si descubro algún modo de hacerle salir de esto, lo haré, pero estoy rodeada por todas partes.

Damon no respondió. Ella siguió mirándole, bebiendo de la botella. Él se llevó el vaso a los labios.

—¿Qué me dice del resto de mi familia? —le preguntó al fin.

—Están bien, muy bien, señor Konstantin. Su madre hace cuanto le pedimos y su hermano no puede hacer daño alguno allá donde está. Los suministros llegan según los plazos previstos y no tenemos motivo alguno para poner objeciones a su presencia allá abajo. Es otro hombre civilizado, pero por fortuna no tiene acceso a las grandes muchedumbres y los sofisticados sistemas de la estación donde nuestras naves están ensambladas.

Con labios temblorosos, Damon apuró su vaso. Ella se inclinó para servirle un poco más de licor. Corrió el riesgo deliberado de acercarse más a él; era un atrevimiento que igualaba los platillos de la balanza. Ya era hora de dar por terminado el juego. Si aquel hombre seguía vivo al día siguiente, sabría demasiadas cosas de lo que iba a ocurrir, y eso sería cruel. Signy tenía en la boca un sabor amargo que el coñac no podía disipar. Le ofreció la botella.

—Llévesela. Ahora le dejaré irse a su aposento. Adiós, señor Konstantin.

Algunos hombres habrían protestado, llorado y suplicado; otros se habrían abalanzado contra ella, lo cual era una forma de acelerar las cosas. Damon se levantó y, sin coger la botella, se dirigió a la puerta, mirando atrás cuando ésta no se abrió. Signy oprimió el botón para llamar al oficial de guardia.

—Recojan al prisionero. —Le acusaron recibo de la orden, y entonces, como si acabara *de* ocurrírsele, Signy añadió—: Y traigan a Josh Talley, ya que están en ello.

Un destello de pánico apareció en la mirada de Konstantin.

—Lo sé —dijo ella—. Está mentalizado para matarme. Pero ha sufrido algunos cambios, ¿no es cierto?

—Él la recuerda.

Signy frunció los labios y luego sonrió vagamente.

—Está vivo para recordar, ¿verdad?

—Déjeme hablar con Mazian.

—Es poco práctico, y él no querría escucharle. ¿Acaso ignora, señor Konstantin, que él es la fuente de sus problemas? Mis órdenes proceden de él.

—Una vez la Flota perteneció a la Compañía. Era nuestra. Creíamos en ustedes. Las estaciones —todos nosotros— creíamos en ustedes, si no en la Compañía. ¿Qué sucedió?

Ella bajó la vista sin querer, y encontró difícil alzarla de nuevo y mirarle a los ojos.

—Alguien está loco —dijo Konstantin. «Es muy posible», pensó ella. Se reclinó en el sillón, sin saber qué decir.

—Pell no es exactamente como las demás estaciones —añadió él—. Siempre ha sido diferente. Por lo menos acepte mi consejo. Deje a mi hermano a cargo de Downbelow. Obtendrán más de los nativos si hacen las cosas sin precipitarse. Dejen que él los maneje. No son fáciles de comprender, pero tampoco ellos nos entienden fácilmente. Déjenles hacer las cosas a su manera y trabajarán diez veces más. No son belicosos, le darán cualquier cosa que les pida, si lo pide y no se lo quita.

—Su hermano se quedará allí —dijo ella.

Se encendió la luz al lado de la puerta. Signy apretó una tecla para abrirla. Habían traído a Josh Talley. Permaneció sentada, observando... un intercambio de miradas en silencio, un intento de hacer preguntas sin preguntar nada.

—¿Estás bien? —le preguntó Josh. Konstantin asintió.

—El señor Konstantin se marcha— dijo ella—. Pasa, Josh. Vamos, entra.

Él obedeció, dirigiendo una última mirada inquieta a Konstantin. La puerta se cerró entre ellos. Signy cogió de nuevo la botella y vertió más licor en el vaso que Konstantin había dejado sobre la mesa.

También aquel joven estaba más aseado. Era delgado y tenía los pómulos muy salientes. Sus ojos... estaban vivos.

—¿Quieres sentarte? —le preguntó ella.

No sabía qué esperaba de él. Siempre se había mostrado condescendiente en todo. Ahora Signy le observaba, previendo algún acto descabellado, recordando la ocasión en que había ido a buscarla a la estación, gritándole desde la puerta. El joven tomó asiento, sosegado.

—Por los viejos tiempos —dijo ella, y se llevó el vaso a los labios—. Es un hombre decente, este Damon Konstantin.

—Así es —dijo Josh.

—¿Todavía interesado en matarme?

—Los hay peores que usted.

Ella sonrió sombríamente, y su sonrisa se desvaneció enseguida.

—¿Conoces a un par llamados Muller y Crowell? ¿Conoces a alguien por esos nombres?

—Los nombres no significan nada para mí.



—¿Tienes algunos contactos en Pell que pudieran manejar el ordenador de la estación?

—No.

—Esa es la única pregunta oficial. Siento que no lo sepas. —Tomó un sorbo de licor y añadió—. Considera que el bienestar de Konstantin depende de tu buen comportamiento. ¿Qué me dices?

No hubo respuesta. Pero era cierto. Ella le miró a los ojos y se dio cuenta de que le había dicho la verdad.

—Quería formularle la pregunta —le dijo—. Eso es todo.

—¿Quiénes son... esas personas a las que busca? ¿Por qué? ¿Qué han hecho?

Preguntas. Josh nunca había preguntado nada.

—La Corrección se puso de acuerdo contigo —dijo ella—. ¿Qué te proponías hacer cuando te capturaron los hombres de la *Australia*?

Silencio.

—Están muertos, Josh. ¿Importa eso ahora?

La mirada del muchacho se extravió, recuperó aquella vieja expresión ensimismada. Signy pensó que era hermoso, como lo había pensado un millar de veces. Y era otro de los que no podrían salvarse. Ella había creído que podría, pero no había contado con su cordura. Cuando Konstantin desapareciera se volvería muy peligroso. Pensó que debería hacerse al día siguiente sin falta.

—Soy de la Unión —dijo él—. No un soldado regular... no lo que mostraban los antecedentes. Pertenezco a servicios especiales. Usted misma me trajo aquí. Y hubo otro de nosotros que encontró su propio camino... en Mariner. Se llamaba Gabriel, y arruinó Pell. Él fue quien actuó contra usted, no los Konstantin. Fueron él y su grupo los que asesinaron al padre de Damon, y le hicieron perder a su esposa... No sé cómo sucedió todo. Yo no intervine en eso. Pero sean cuales fueren las suposiciones que ustedes hayan hecho, el poder que ustedes han puesto ahora al frente de la estación... fue sobornado por Gabriel para asesinar. Lo sé porque conozco la táctica. Se han equivocado de prisionero, Mallory. Lukas fue el hombre de Gabriel antes de serlo de ustedes.

El alcohol se esfumó con fría celeridad del cerebro de Signy. Permaneció sentada con el vaso en la mano, miró los claros ojos de Josh y notó que se le entrecortaba la respiración.

—Ese Gabriel... ¿dónde está?

—Muerto. Le han matado junto con un hombre llamado Coledy y un tal Kressich. En la estación conocían a Gabriel con el nombre de Jessad. Fueron muertos por los soldados que nos hicieron prisioneros. Damon no sabía... no sabía ni una palabra de todo esto. ¿Cree que habría estado allí reunido con ellos de haber sabido que eran los asesinos de su padre?

—Pero tú le llevaste allí.

—Así es.

—¿Sabía algo de ti?

—No.

Signy aspiró hondo y exhaló el aire.

—¿Crees que supone alguna diferencia para nosotros el modo como Lukas llegó a su puesto? Es nuestro ahora.

—Se lo digo para que sepa que está acabado, que ya no hay nada más que buscar. Ustedes han ganado. No hay necesidad de matar más.

—¿Debo aceptar la palabra de un unionista de que no hay nada más que cazar?

No hubo respuesta, pero el joven no se sumía en algún limbo remoto. Los ojos estaban vivos, rebosantes de dolor.

—Representaste un buen papel ante mí, Josh.

—No fue una actuación. Nací para hacer lo que hago. Todo mi pasado es un entrenamiento hecho con cintas. No tenía nada cuando se comunicaron conmigo en Russell. Soy uno de sus hombres huecos, Mallory. Nada real. No tengo nada dentro. Pertenezco a la Unión porque programaron mi cerebro de esa manera. Carezco de lealtades.

—Excepto de una, quizá.

—Damon.

Ella consideró el asunto. Bebió hasta que le escocieron los ojos.

—¿Por qué entonces le relacionaste con ese Gabriel?

—Creí ver una manera de escapar de Pell, conseguir un transbordador e ir a Downbelow. Sáquele de aquí por lo menos.

—¿A espaldas del control de Pell?

—Usted misma lo ha dicho. La boca de Lukas se mueve cuando ustedes le proporcionan las palabras. Eso es todo lo que quieren, lo que siempre han querido. Sáquele de aquí, sano y salvo. ¿Qué le cuesta?

Josh sabía lo que aguardaba, al menos respecto a las posibilidades de Konstantin. Miró al joven y luego al vaso de nuevo.

—¿Por tu gratitud? Crees que existe una cierta falta de juicio por mi parte, ¿no te parece? Vaya negocio. ¿Están funcionando en ti todas esas profundas enseñanzas que te condicionan?

—Al final supongo que sí. ¿Qué piensa hacer? Ella apretó el botón.

—Vengan a buscarle.

—Mallory... —dijo Josh.

—Pensaré en tu propuesta —dijo ella—. Lo pensaré.

—¿Puedo hablar con él?

Signy pensó un momento y al final asintió.

—Eso no cuesta nada. ¿Vas a decirle cómo están las cosas?

—No —dijo él con un hilo de voz—. No quiero que sepa nada de esto. En las cosas pequeñas, Mallory, confío en usted.

—Y me odias a muerte.

Él se levantó y movió la cabeza, mirándola. La luz de la puerta se encendió.

—Sal —le dijo, y al soldado que apareció en el umbral—: Alójelo con su amigo, y proporcióneles cualquier comodidad razonable que soliciten.

Josh salió con el guardián. La puerta se cerró herméticamente. Ella permaneció inmóvil, y finalmente apoyó los pies en la cama.

Se le había ocurrido la idea de que Konstantin pudiera ser útil en la última etapa de la guerra. Si la Unión picaba el anzuelo, si se apoderaban de Pell y lo restauraban. Entonces podría ser útil poner a un Konstantin en sus manos... si fuera como Lukas. Pero no era así. No había utilidad con él. Mazian nunca lo aceptaría. El transbordador era una forma de aclarar el dilema. Y la operación no se sabría... si la Flota se marchaba pronto. Pasaría largo tiempo antes de que la Unión pudiera buscar al joven Konstantin entre la espesura de Downbelow, tiempo suficiente para que funcionara el resto del plan, para que Pell se extinguiera, privando de una base a la Unión, o sobreviviera, causando a la Unión perturbaciones de organización. La idea de Josh podría salir bien. Se sirvió otro vaso y permaneció sentada, apretándolo, los nudillos blancos.

La Unión operativa. Se sentía francamente azorada. Indignada. Irónicamente divertida. Tenía cierta capacidad para la humildad.

Y aquello era a lo que se reducía el Más Allá... una Flota renegada y un planeta que alimentaba a criaturas como Josh.

¿Quién podría hacer lo que Josh había hecho? ¿Lo que Gabriel/Jessad había tratado de hacer? ¿Lo que ellos se preparaban para llevar a cabo?

Se cruzó de brazos y miró la superficie de su mesa. Finalmente tomó un sorbo, alargó la mano y tecleó en el ordenador: *Asignaciones de tropas*. En la pantalla aparecieron lugares y listas. Estaban todos en la nave excepto una docena que vigilaban los accesos. Tecleó un mensaje para el oficial de guardia. «Ben, sal a dar un paseo y haz entrar a esos doce que están en la plataforma. No uses el ordenador. Infórmame por el ordenador cuando lo hayas hecho.»

Marcó un nuevo código: *Asignaciones de la tripulación*. Los datos aparecieron ante ella. Estaba de servicio el turno de noche. Graff seguía con Di.

Volvió a teclear para ponerse en comunicación con Graff. «Ve al puente. Deja un sanitario con Di. Y tú, Di, quédate quieto.»

Entonces empezó a compaginar llamadas para todos los demás a través del comunicador. Se había puesto en contacto con el sondista Tiho cuando el oficial de guardia informó de que había cumplido la misión. El sondista acusó recibo del mensaje. Signy tomó un último trago y se levantó, con la cabeza notablemente clara. Por lo menos la cubierta no se inclinaba.

Se puso la chaqueta y salió de su cámara, avanzando por el pasillo hasta el puente. Permaneció allí y miró a su alrededor mientras los sorprendidos turnos de día y noche se volvían a mirarla.

—Abran la comunicación interna —ordenó—. Todos los puestos y dependencias

conectados.

El técnico de comunicación oprimió el mando principal. Signy se colgó un pequeño micrófono en el cuello como hacía cuando realizaban operaciones imprevistas. Se colocó en su puesto de control, al lado de Graff, en el centro de los pasillos curvados.

—Todo el mundo a bordo. Tripulación, tropas, todo el mundo a bordo. El turno de día a sus puestos, el de noche en reserva. Ocupen los puestos de combate. Nos vamos de aquí.

Los hombres permanecieron un momento en silencio, sorprendidos. Ninguno se movía. De repente todos lo hicieron, cambiando de asientos, colocándose ante los controles y el ordenador, los técnicos dirigiéndose a los puestos laterales cerrados durante el ensamblaje. Los tableros vibraban al ser usados; se encendieron las luces rojas y sonó la sirena.

—No vamos a desensamblar. Nos soltamos directamente. —Se enderezó en su asiento y buscó el cinturón de seguridad. Pensó en colocarse el casco, pero de momento prefirió confiar en sus reflejos—. Señor Graff, separe la nave de Pell y desconéctela totalmente... —Aspiró hondo—. No establezca ningún rumbo. Luego tomaré yo el control.

—Instrucciones —pidió Graff con calma—. ¿Si disparan respondemos?

—Todas las defensas son plausibles, señor Graff. Separe la nave.

Llegaban preguntas a través del ordenador de la nave, oficiales de las tropas bajo las plataformas que querían conocer la emergencia. Las naves auxiliares estaban patrullando. No iban a hacerlas volver para consulta. No las harían regresar. Graff establecía su secuencia de órdenes, comprobando las posiciones de todo y asegurándose de que el ordenador tenía todos los datos. En las pantallas apareció un rumbo propuesto, un ascenso tangencial a la estación para salir por el lado contrario.

—Ejecuten —dijo Graff.

Se oyó un estrépito, el cierre hermético, el desenganche de emergencia, y una sacudida que les separó bruscamente del lento girar de Pell. Ascendieron hacia el cénit y los cables seccionados golpearon el casco de la nave. Siguieron acelerando, con el lado oscuro de Downbelow alzándose ante ellos.

«¡Mallory!», gritó una voz por el comunicador de nave a nave.

Era la noche artificial de la estación y los capitanes dormían. Tripulaciones y tropas estaban dispersas por la plataforma, y habían roto los umbilicales...

Signy apretó los dientes mientras la *Norway* pasaba por encima de Pell y tomaba un rumbo demasiado cercano a la atmósfera del planeta. Retuvo el aliento y escuchó las maldiciones que emitía el comunicador. Habían ordenado a la *Pacific* y la *Atlantic* que la interceptaran, pero no estaban preparados en aquel momento y, por poco tiempo que perdiera, les sería imposible darle alcance. El resto de la Flota estaba fuera de la estación, y no tenían posibilidades. La *Australia* estaba separándose de la estación, sin obstrucciones entre ellos, y aquél era el verdadero peligro.

—Sondista —ordenó Signy—. Pantallas de popa. Ese es Edger. A por él.

Tiho no perdió tiempo en acusar recibo. Rápidamente oprimió los botones para visualizar en las pantallas la zona de popa.

No tenían naves auxiliares para cubrirse la cola. La *Australia* no tenía ninguna en la popa. Los cierres de combate de la *Norway* ocuparon sus posiciones, segmentándolos. La gravedad aumentaba a medida que el sincronizador del cilindro calculaba la posibilidad de maniobra. A través del comunicador llegó una frenética llamada de una de sus propias naves auxiliares, pidiendo instrucciones. Signy no respondió.

En las pantallas aparecía *Downbelow* y seguían acelerando al máximo. Se encendieron las luces de aproximación. La *Australia* era la nave mayor, y la que corría más peligro.

Las pantallas y las luces centellearon. Les estaban disparando.

## XI

### **Pell: Plataforma azul; Europa; 2400 h. d.; 1200 h. n.**

**M**AZIAN, JUNTO A SU PUESTO, SE APRETABA EL AURICULAR CONTRA LA OREJA, mientras el puente se hallaba sumido en el caos.

—No, quédese donde está y espere para recoger tropas. Advierta a todos los soldados que han abierto una brecha en la plataforma azul. Recoja a todos los soldados que estén en el sector verde, no importa de qué nave. Corto.

Las naves enviaban continuamente acuses de recibo de los mensajes. El caos se había extendido por Pell, con toda una plataforma abierta, el aire escapando por los umbilicales y la presión descendía. Unos restos flotaban entre la *Europe* y la *India*, los cuerpos de los soldados que habían estado en la plataforma y que fueron absorbidos cuando un acceso de dos metros por dos fue arrancado de sus amarras sin aviso. La plataforma está vacía. Todo había desaparecido. Las puertas de las naves se habían cerrado automáticamente en cuanto se produjo la despresurización, aislando incluso a aquellos más cercanos a las zonas de seguridad.

—Informa, Keu —pidió Mazian.

—He dado las órdenes necesarias —replicó la voz imperturbable—. Todos los soldados de Pell se dirigen al sector verde.

—A la carrera... Porey, ¿aún estás en contacto, Porey?

—Aquí Porey. Cambio.

—Pasa las órdenes: destruir la base de Downbelow y ejecutar a todos los trabajadores.

—Sí señor —dijo Porey. La ira vibraba en su tono—. Hecho.

«Mallory», pensó Mazian, una palabra que se había convertido en una maldición, una obscenidad.

Las órdenes no se diseminaban todavía, los planes no eran firmes. Ahora tenían que suponer lo peor y actuar en consonancia, desorganizando los controles de la estación. Sacar de allí a las tropas y emprender la persecución... Tenían que hacerse con ellos, destruir todo cuanto fuera útil.

El Sol. La Tierra. Tenía que ser ahora.

Y Mallory... si alguna vez podían ponerle las manos encima.

## XII

### Central de Pell: 2400 h. d.; 1200 h. n.

**J**ON LUKAS, QUE HABÍA CONTEMPLADO LA DEVASTACIÓN EN LAS PANTALLAS, SE volvió para mirar el caos en los tableros, los técnicos que se afanaban para transmitir llamadas a los controles de daños y seguridad.

—Señor —le pidió uno—, señor, hay tropas atrapadas en el sector azul, un compartimiento cerrado herméticamente. Quieren saber cuándo podemos llegar hasta ellos. Cuánto tiempo han de estar allí.

Lukas permaneció inmóvil. Ya no tenía respuesta alguna. Las instrucciones no llegaban. Sólo estaban los guardianes, que siempre le rodeaban, Hale y sus compañeros, siempre con él, día y noche, su pesadilla personal e incommovible.

Ahora apuntaban a los técnicos con sus rifles. Lukas se volvió y miró a Hale con la intención de pedirle que usara el comunicador del casco para conectar con la Flota y pedir información, de si se trataba de un ataque o de una avería, o el motivo, fuera cual fuese, de que un transporte de la Flota se hubiera desprendido y pasado sobre sus cabezas, con otros tres en su cola.

De repente, Hale y sus hombres se detuvieron, todos al mismo tiempo, escuchando algo que sólo ellos podían oír. Y todos se volvieron a la vez, con los rifles apuntados.

—¡No! —gritó Jon.

Dispararon.

## XIII

### **Base principal de Downbelow: 2400 h. d.; 1200 h, n.; noche local**

**T**ENÍAN POCAS OCASIONES PARA DORMIR. LO HACÍAN CUANDO PODÍAN, HOMBRES y hisas, unos agazapados en la cúpula de cuarentena y los otros sobre el barro del exterior, durmiendo lo mejor que les era posible, turno tras turno, vestidos, con las mismas mantas sucias de barro y hediondas. Los molinos nunca se detenían, y el trabajo continuaba día y noche.

Se oyeron golpes en las delgadas puertas, una tras otra, y Emilio permaneció tendido, rígido y silencioso, su aprensión confirmada... un ruido le había despertado. Con toda seguridad, no era hora de levantarse. Tenía la impresión de que se había echado a dormir sólo unos minutos antes. Oía el golpeteo de la lluvia sobre el plástico de la cúpula, y luego el ruido de unas botas que pisoteaban la grava en el exterior. No había llegado ningún transbordador, en cuyo caso harían levantarse a los dos turnos sólo para proceder a la carga.

—Levantaos y salid —gritó un soldado.

Emilio se movió. Oyó lamentos a su alrededor. Los demás se despertaban, cubriéndose los ojos para protegerse de la luz intensa que dirigían hacia ellos. Saltó del camastro e hizo una mueca de dolor: todos sus músculos se quejaban, y le dolían los pies llenos de ampollas que intentaba introducir en las botas rígidas por el agua. Sentía miedo. Había pequeñas cosas extrañas, distintas de otras ocasiones en que les despertaban en plena noche. Se vistió, buscó la máscara del respirador, que siempre le colgaba del cuello. La luz volvió a herirle, provocando los lamentos de otros. Se dirigió a la puerta entre la fila que subía por los escalones de madera hasta salir al exterior. Más luces iluminaron su rostro. Alzó un brazo para protegerse los ojos.

—Konstantin. Reúne a los nativos.

Intentó ver más allá de las luces, los ojos acuosos... Distinguió las sombras de otros trabajadores, que habían traído de los molinos. Un transbordador debía estar al llegar. No había motivo para ceder al pánico.

—Reúne a los nativos.

—Todos vosotros fuera —gritó alguien en el interior; se abrieron las puertas y la cúpula empezó a desinflarse a medida que iban saliendo los hombres a punta de rifle.

Una mano buscó la suya, como la de un niño. Miró hacia abajo y vio a Saltarín. Los nativos se habían reunido, sorprendentemente por las luces y las voces ásperas que se dirigían a ellos.

—¿Están todos fuera? —preguntó un soldado a otro.



—Los tenemos a todos.

Había algo extraño en su tono, algo amenazante. Los detalles se hacían extrañamente claros, como en el instante de una larga caída, un accidente, cuando el tiempo se adelgaza... La lluvia y las luces, el brillo del agua en las armaduras... Les vio moverse... los rifles alzados...

—¡A por ellos! —gritó, lanzándose contra la fila.

Un disparo le alcanzó una pierna, y golpeó el cañón del arma, empujándolo a un lado, derribando al soldado cubierto de armadura. Este agitó los brazos, golpeándole en la cabeza, mientras él se afanaba en arrancarle la máscara. Los rifles dispararon y varios cuerpos cayeron a su alrededor. Recogió un puñado de barro, el armamento propio de Downbelow, y lo arrojó contra la visera facial de una armadura. El barro penetró por la toma de aire del respirador, sofocando al soldado. Los gritos y los chillidos de los nativos vibraban a través de la lluvia.

Un disparo pasó por encima de su cabeza y el hombre que estaba debajo de él dejó de luchar. Emilio se arrastró por el barro, en busca del rifle, rodó con él y al alzar la vista vio un arma que le apuntaba al rostro; apretó el gatillo sin apuntar siquiera, y el soldado se tambaleó, alcanzado por el fuego, desde otra dirección, gritando por el dolor de las quemaduras difusas. Fuego desde atrás, cerca de la cúpula. Emilio disparó contra todo lo que llevaba armadura, y oyó los chillidos de los nativos.

La luz le iluminó; les habían localizado. Rodó de nuevo por el suelo y disparó en dirección a la luz, también sin apuntar, pero el foco se extinguió.

—Corren —le gritó una voz de hisa—. Todos corren. Rápido, rápido.

Trató de incorporarse. Un hisa le cogió y le arrastró hasta que otro pudo ayudar, llevándole a cubierto al lado de la cúpula, donde sus propios hombres se habían refugiado. Les disparaban desde la colina, el camino que conducía al campo de aterrizaje, a su nave.

—¡Detenedles! —gritó a cualesquiera de sus hombres que pudiera oírle—. ¡Cortadles el paso!

Logró recorrer una corta distancia, cojeando. Los disparos siseaban en los charcos a su alrededor. Avanzó más despacio mientras otros de sus hombres seguían adelante, o lo intentaban.

—Ven —gritó una hisa—. Ven conmigo.

Disparó mientras pudo, desoyendo las palabras del hisa que quería que se retirase al bosque. Devolvieron el fuego y uno de sus hombres cayó. El fuego empezó a brotar de los flancos boscosos, alcanzando a los soldados, haciéndolos correr de nuevo, y él cojeó tras ellos. Los soldados desaparecieron al coronar la cresta de la colina. Seguramente habían pedido ayuda, refuerzos, las armas de gran calibre que transportaba la sonda de su nave. Con lágrimas en los ojos, Emilio soltó una maldición, utilizó el rifle como muleta, y vio que algunos de sus hombres aún avanzaban.

—Manteneos agachados —les gritó y avanzó un poco más. Pensó en la nave

elevándose, en los millares de seres indefensos que esperaban al lado de las imágenes en el santuario. Los soldados tenían la ventaja de la distancia, las armaduras que los protegían, y cuando estuvieran en aquella colina...

El fuego iluminó la oscuridad, y la mayoría de los hombres de Emilio se arrojaron al suelo enseguida, arrastrándose hacia atrás para ponerse a cubierto de un fuego al que no podían hacer frente. Emilio se agachó, se acercó cuanto pudo, tendido boca abajo, para mirar desde la elevación el fuego de las armas pasadas. El mismo suelo al pie de la colina empezó a humear. Vio tropas que se reagrupaban contra la escotilla iluminada de la sonda, bajo un paraguas de fuego que acribillaba la cuesta, los focos emitiendo vapor a través de la lluvia, la tierra y el agua hirvientes. Los soldados podían llegar a aquel puerto seguro; la nave se elevaría y les atacaría desde el aire... no podrían hacer absolutamente nada.

Una sombra avanzó hacia el campo, detrás de las líneas de agrupamiento de los soldados, como una ilusión, una marea negra que avanzara hacia aquella escotilla. Las tropas silueteadas a la luz de la escotilla vieron, dispararon... debían haber llamado a los otros. Empezaron a volverse y Emilio abrió fuego contra sus espaldas, el corazón helado al darse cuenta de repente de lo que era aquello, de lo que *debía* ser la otra fuerza recién llegada. Se arrodilló, tratando de disparar contra los soldados en la escotilla abierta a pesar de que los focos recorrían la ladera de la colina. La oscura marea seguía avanzando sobre sus propios caídos, llegó a la puerta y, de repente, cedió, retirándose desesperadamente.

El fuego se desató en la escotilla, extendiéndose hacia los soldados y sus atacantes. Llegó el sonido, y la conmoción estremeció los huesos de Emilio. Se tendió en el barro y permaneció allí inmóvil. Los disparos habían cesado. Había silencio... No más guerra, sólo el ruido de la lluvia en los charcos.

Los nativos hablaban y se escabullían detrás de él. Emilio trató de incorporarse, con la intención de bajar allí, donde sus propios hombres habían caído al incendiar aquella escotilla.

Entonces volvieron a encenderse las luces de la nave, y los motores se pusieron en marcha. Las armas dispararon de nuevo, barriendo la ladera. Seguían vivos. Emilio se enfureció y apenas sintió las manos que le cogían de los brazos y los costados e intentaban llevárselo de allí... Eran nativos, empeñados en ayudarle, suplicándole en su idioma.

Entonces cesó a la vez el ruido de los motores de la nave y el fuego. Las luces parpadeaban, pero la escotilla estaba a oscuras y ennegrecida por el fuego.

Los nativos habían retirado a Emilio, le ayudaron a ponerse en pie y le llevaron cuando descubrieron que no podía caminar a causa de la herida en la pierna. La delgada mano de un hisa le palmeó la mejilla.

—Estás bien, estás bien —dijo una voz suplicante.

Era Saltarín. Cruzaron al otro lado de la colina, donde los hisa reunían cadáveres y atendían a los heridos, y de repente unas figuras humanas, mezcladas entre los

hisas, salieron del bosque y se acercaron a ellos.

—¡Emilio! —oyó exclamar a Miliko.

Otros corrían hacia él, detrás de su mujer... Los hombres y mujeres que habían quedado atrás... Emilio se esforzó por dar algunos pasos y alcanzó a Miliko, la abrazó como un loco, con el sabor de la desesperación en la boca.

—Ito y Ernst lo consiguieron —le dijo ella—. La explosión ha atascado la escotilla.

—Nos alcanzarán —dijo él—. Pueden pedir las armas pesadas.

—No. Tenemos una unidad del comunicador escondida entre los árboles. Hemos captado un mensaje a la base dos... Se irán de aquí.

Emilio miró atrás, hacia la nave invisible detrás de la colina. Se oyeron de nuevo los motores, el rugido desesperado de una nave que sólo trataba de salvarse.

—Date prisa —dijo Miliko, procurando ayudarle a caminar.

—Deprisa, deprisa —decían los hisas que les rodeaban, una y otra vez, algunos caminando, otros a hombros de sus compañeros, hasta que se internaron en la espesura... Siguieron caminando hasta que Emilio sintió que no podía más y se desplomó sobre los helechos húmedos, pero una docena de fuertes manos le alzaron de nuevo y le llevaron casi a la carrera. Había un agujero en la ladera, un refugio entre las rocas.

—Miliko —le dijo, temiendo irracionalmente la oscuridad del túnel.

Le llevaron al interior, tendiéndole en el suelo, y al cabo de un momento unos brazos le alzaron de nuevo y le sostuvieron, meciéndole suavemente. La voz de Miliko susurró en su oído.

—Todos estamos bien. Los túneles nos protegerán... las madrigueras invernales abiertas profundamente en todas las colinas... Estamos a salvo.

## XIV

### Norway: 0045 h. d.; 1245 h. n.

SE ESTABAN RETIRANDO. LA AUSTRALIA DABA MEDIA VUELTA. LA PACIFIC Y LA Atlantic habían cambiado de rumbo. Signy oyó el suspiro de alivio que corrió por el puente cuando los canales dieron buenas noticias en vez del desastre que les había asolado hasta entonces.

—Aguzad la vista —dijo bruscamente Signy—. Control de daños inmediato.

El puente oscilaba ante sus ojos. Tal vez se debía al alcohol, pero lo dudaba. Las maniobras que habían realizado en los últimos minutos habrían bastado para recuperar la sobriedad.

En su mayor parte, la *Norway* estaba intacta. Graff seguía nominalmente al timón, pero lo había cedido un momento a Terschad, del turno de noche, para comprobar los datos telemétricos, el rostro empapado en sudor, reconcentrado. El sincronizador había devuelto la gravedad al nivel normal cuando la nave no estaba en actitud de combate, y el peso se había hecho definida y cómodamente estable.

Signy estaba en pie, escuchando los informes del radar de largo alcance y probando sus reflejos. Observó que su firmeza era bastante satisfactoria y miró a su alrededor. Algunos técnicos la miraron furtivamente y volvieron enseguida a su trabajo. Ella se aclaró la garganta y oprimió el botón para dirigirse a toda la nave.

—Aquí Mallory. Parece que la *Australia* también ha decidido abandonar la caza de momento. Van a volver todos a la base para ayudar a Mazian. Destruirán Pell. Ese era su plan. Y luego se dirigirán a la estación Sol y a la Tierra. Sí, ése era su plan. Llevarán la guerra hasta allí, pero sin mí. Así están las cosas. Tenéis que elegir. Si aceptáis mis órdenes, seguiremos nuestro camino, volviendo a hacer lo que siempre hemos hecho. Si queréis seguir a Mazian, estoy segura de que bastará que me entreguéis para que os acepte de nuevo en su seno con todos los honores. En estos momentos no hay nadie a quien desee poner las manos encima. Si un número suficiente de vosotros lo desea, podéis tratar con Mazian. Pero yo no lo haré. Sólo yo dirigiré la *Norway* mientras esté en condiciones de hacerlo, por mínimas que sean.

Un murmullo respondió a través del comunicador. Todos los canales estaban abiertos. El murmullo fue haciéndose inteligible, cobró ritmo... *Signy... Sig-ny... Sig-ny... Se extendió al puente: ¡Sig-ny!* Los tripulantes se levantaron de sus asientos. Ella miró a su alrededor, la mandíbula apretada, decidida a mantener su calma.

—¡Sentaos! —les gritó—. ¿Creéis que esto es una fiesta?

Estaban en peligro. La maniobra de la *Australia* podía haber sido de diversión. Ahora se movían a demasiada rapidez para que los datos del radar resultaran fiables,

y las posiciones de la *Atlantic* y la *Pacific* eran meras conjeturas: cualquier cosa podía resultar de las nebulosas proyecciones que el ordenador trazaba en la pantalla del radar de largo alcance, y había naves auxiliares sueltas.

—Preparación para el salto —ordenó—. Nivel de profundidad 58. Vamos a mantenernos algún tiempo fuera del camino.

Sus propias naves auxiliares continuaban en Pell. Con un poco de suerte podrían mantenerse bastante tiempo fuera del alcance de Mazian, pues éste estaba demasiado ocupado para preocuparse de ellos. Si tenían buen juicio se mantendrían lejos, confiando en ella, creyendo en ella, en que volvería a buscarles si podía. Quería hacerlo, tenía que hacerlo. Necesitaban desesperadamente las naves auxiliares protectoras. Con sólo que tuvieran un poco de sensatez, las naves auxiliares se habrían dispersado por el lugar más alejado a la estación según sus respectivas posiciones, al darse cuenta de que la *Norway* había huido. Nunca había abandonado a su gente, y Mazian lo sabía.

Dejó de pensar en ello y oprimió el botón para comunicarse con el médico.

—¿Cómo está Di?

—Di está bien —le respondió Janz en persona—. Déjame subir.

—Ni lo sueñes. —Cerró la comunicación y llamó al puesto de guardia—. ¿Nuestros prisioneros se han roto algún hueso con todo este jaleo?

—Están enteros.

—Súbanlos aquí.

Signy se acomodó en su sillón, se echó atrás y pensó en el desarrollo de los acontecimientos, cartografió mentalmente su posición fuera del plano del sistema de Pell, mientras avanzaban para proceder con seguridad al salto, a la mitad de la velocidad de la luz. Recibió el informe del control de daños, un compartimiento se había vaciado, una pequeña porción de las entrañas de la *Norway* se había derramado en el frío exterior, pero no era una sección personal... nada grave, nada que dificultara la capacidad para el salto. Ni muertos ni heridos. Signy respiró con más calma.

Era el momento de salir. Durante cerca de una hora las señales de lo que estaba sucediendo en Pell se habían dirigido a naves que podrían recogerlas, y al final la Unión acabaría por captarlas. La región iba a ser muy peligrosa para cualquier nave.

Una luz se encendió en su tablero. Signy giró en su asiento y miró a los prisioneros que habían aparecido en la puerta, con las manos atadas a la espalda, una precaución razonable en los estrechos pasillos del puente. Nadie había entrado nunca en el puente de la *Norway*, ningún extraño... hasta que aquellos lo hicieron. Casos especiales... Josh Talley y Konstantin.

—Suspensión temporal de la ejecución —les dijo—. Me pareció que los dos querían saberlo.

Quizá no la entendían. Las miradas de ambos hombres estaban llenas de recelos.

—Hemos abandonado la Flota y nos encaminamos a la Profundidad. Va usted a vivir, Konstantin.

—No para disponer de mi propia vida. Ella rió quedamente.

—No, claro. Pero ya ve, por lo menos se beneficia de lo ocurrido.

—¿Qué le ha ocurrido a Pell?

—Sus altavoces lo han difundido, ya me han oído. £50 es lo que le sucede a Pell, y ahora la Unión tiene una alternativa, ¿no es cierto? Salvar a Pell o lanzarse en persecución de Mazian. Y nosotros nos apartamos de allí para no enredar más las cosas.

—Ayúdeles —dijo Konstantin—. Por el amor de Dios, espere. Espere y ayúdeles.

Ella rió por segunda vez y luego dirigió una mirada sombría al ansioso rostro de Damon.

—¿Qué podríamos hacer, Konstantin? La *Norway* no puede aceptar refugiados. ¿Dejarle a usted libre? No bajo las narices de Mazian o de la Unión. Nos harían polvo enseguida...

Pero podría hacerse... cuando regresaran en busca de sus naves auxiliares, cuando pasaran por Pell...

Josh se acercó a ella tanto como se lo permitieron los guardianes. El joven se agitó para librarse de sus manos y la capitán hizo un gesto para que le soltaran.

—Hay otra posibilidad, Mallory. Ir allí. Hay una nave, ¿me oye? Se llama *Hammer*. Usted podría conseguir acceso, podría detener esto... y obtener una amnistía.

Konstantin percibió algo raro. Miró inquieto a Josh y luego a ella.

—¿Lo sabe él? —preguntó Josh.

—No. Escúcheme, Mallory. Piense a donde va esto ahora, a qué distancia y durante cuanto tiempo.

—Graff, Graff —dijo lentamente—. Vamos a regresar en busca de nuestras naves auxiliares. Manténnos preparados para el salto. Cuando Mazian despeje el sistema, entraremos transversalmente, y tal vez enviaremos a este Konstantin, para que pueda tener una alternativa con la Unión. Un carguero podría recogerle.

Konstantin tragó saliva y se mordió el labio.

—Sabe que su amigo es de la Unión —le dijo—. No es que lo haya sido, sino que sigue siéndolo. Un agente de la Unión, perteneciente a servicios especiales. Probablemente sabe mucho que podríamos utilizar en nuestra situación. Los lugares a evitar, los puntos de gravedad nula que conocen los contrarios...

—Mallory —suplicó Josh. Ella cerró los ojos.

—Graff, empiezo a comprender a este unionista. ¿Estoy borracha o se hace comprender?

—Nos matarán —dijo Graff.

—También lo hará Mazian. Desde aquí irán a Sol, a un lugar donde Mazian pueda reunir fuerzas. Ya no constituyen una flota. Están buscando botines, cosas que les permitan seguir adelante. Igual que nosotros. Y conocen los mismos puntos de gravedad nula que nosotros. Eso es incómodo, Graff.

—Sí, es incómodo —reconoció Graff.

Miró alternativamente a Josh y a Konstantin, en cuyo rostro se reflejaba la esperanza. Soltó un bufido de disgusto y miró a Graff, que estaba al timón.

—Esa nave de observación unionista. Pon rumbo hacia ella. Empezarán el salto en cuanto perciban nuestra presencia y no podremos seguirlos con el radar. Vamos a ponernos en contacto. Tendremos que tomar prestada una nave de la Unión.

—Si están por aquí, vamos a estrellarnos de cabeza contra ellos —musitó Graff.

Y era cierto. El espacio era amplio, pero había un riesgo de colisión cuanto más se acercaran a aquel vector particular fuera de Pell, dos rumbos cruzados en la pantalla de radar.

—Corremos el riesgo —dijo ella—. Les llamaremos la atención.

Miró entonces a Josh Talley y a Konstantin, y sonrió amargamente.

—Bien, sigo tu juego —le dijo a Josh—. A mi manera. ¿Conoces sus códigos para enviarles una llamada de atención?

—Mi memoria está llena de lagunas —respondió Josh.

—Piensa uno.

—Utilice mi nombre —dijo Josh—. Y el de Gabriel.

Signy dio la orden, mirando a los dos jóvenes larga y pensativamente. Al fin dijo a los soldados que les custodiaban que los dejaran en libertad.

Ya estaba hecho. Se volvió en su asiento, desvió un momento la mirada de las pantallas y miró de nuevo atrás, a la increíble presencia de un unionista y un estacionado sueltos en su puente de mando.

—Buscad un sitio seguro —les dijo—. Dentro de un momento vamos a trazar un arco... y puede que más adelante nos esperen cosas peores.

## XV

**Pell: Sector azul uno; número 0475; 0100 h. d.; 1300 h. n.**

LA SENSACIÓN DE VUELO LES AFECTABA DE VEZ EN CUANDO. ESTABAN apiñados, y algunos hisa en el corredor exterior gemían atemorizados, pero no los que estaban cerca de Sol-su-amiga. La sujetaban para que no cayera, para que ella al menos pudiera estar a salvo. Hasta el gran Sol se agitaba y oscilaba en su curso. Las estrellas se estremecían en la oscuridad alrededor de la cama blanca y la Soñadora.

—No tengas miedo —susurró la vieja Lily, acariciando la frente de la Soñadora—. No temas, sueña, sueña que estamos a salvo.

—Apaga el sonido, Lily —dijo la Soñadora, sus ojos tan serenos como siempre—. ¿Dónde está Satén?

—Aquí.

Satén se abrió paso entre los otros hasta el lugar donde se encontraba Lily. El sonido aumentó, las voces humanas que gritaban y gemían a través del comunicador, y las que trataban de pedir instrucciones.

—Es la central —dijo la soñadora—. Satén, Satén, todos vosotros... escuchad. Han matado a Jon... han dañado la central. Se acercan... los hombres de la Unión, más hombres-con-armas, ¿comprendéis?

—No vienen aquí —insistió Lily.

—Satén —dijo la Soñadora, mirando las estrellas temblorosas—. Te diré el camino... cada vuelta, cada paso; y tienes que recordar... ¿puedes recordar una cosa tan larga?

—Soy *narradora* —afirmó ella—. Recuerdo bien, Sol-su-amiga.

La Soñadora se lo dijo, paso a paso. Y lo que decía le asustaba, pero su mente estaba concentrada en recordar, cada movimiento, cada vuelta, cada pequeña instrucción.

—Vete —le dijo al fin la Soñadora.

Ella se levantó apresuradamente, llamó a Dienteazul y a los otros, a todos los hisa a los que podía llegar su voz.



## XVI

### Norway: 0130 h. d.; 1330 h. n.

EL COMUNICADOR FARFULLÓ. DE REPENTE, LA PANTALLA DEL RADAR DE LARGO alcance se iluminó con intensos destellos. La *Norway* cerró más la curva que estaba trazando. Signy se aferró a la consola y al sillón con un sabor de sangre en la boca. Se habían encendido las luces rojas y sonaban las alarmas de tensión. Josh y Konstantin intentaron desesperadamente encontrar un asidero en mitad del pasillo, pero no lo consiguieron y resbalaron.

—Aquí la *Norway*. Atención, unionistas. Aquí la *Norway*. No disparen. Repito. No disparen. Quieren un camino de acceso; síganme.

Se hizo el silencio de rigor mientras el mensaje de respuesta llegaba al comunicador.

«Más datos.»

Palabras, no disparos.

—Aquí Mallory, de la *Norway*. Me dirijo ahí, ¿me escuchan? Acompañenme en busca de un espacio y les informaré. Mazian se dispone a volar Pell y huir a Sol. La operación ya ha empezado. Tengo a su agente Joshua Talley y al menor de los Konstantin a bordo. Van a perder una estación si se mantienen al margen. Como ignoren mi mensaje van a encontrarse con una guerra en la Tierra.

Se produjo un momento de silencio absoluto al otro lado. El tablero de la sonda estaba encendido y seguía el movimiento del objetivo.

«Aquí Azov de la *Unity*. ¿Cuál es su propuesta, *Norway*? ¿Y cómo podemos confiar en ustedes?»

—Hemos huido. Ustedes han recibido esa señal. Vamos a volver y ustedes pueden seguir detrás, la *Unity* y todos los demás. Mazian no podrá luchar aquí ni en ninguna parte próxima. No puede permitírsele, ¿me comprende?

Esta vez el silencio fue más largo.

—Nos están rastreando —dijo el técnico de radar.

—Lo más rápido que podamos, señor Graff.

La *Norway* pasó rozando por el borde del desastre, con todas las luces de tensión encendidas. Los corazones latieron con violencia, las manos temblaban mientras mantenían el control necesario, la experimentada tripulación soportaba estoicamente las molestias mientras la sincronización de combate y la inercia luchaban entre sí. Se mantuvieron serenos, siguiendo un curso firme por la larguísima curva, manteniendo en lo posible la velocidad que había adquirido, en dirección a Pell... La nave de la Unión tras ellos a toda velocidad... para atacarles con la misma disposición con que

iban a atacar a Mazian.

—Vamos —susurró a Graff—. Mantén esta velocidad y que el rumbo no varía ni un ápice. No podemos permitirnos el menor error.

—Señal de precaución en radar —les advirtió la voz calma de un técnico.

En la pantalla del radar de largo alcance aparecieron nebulosos destellos verdes y dorados..., obstáculos en su camino que antes había recogido la memoria del ordenador y que seguían donde habían estado. Eran cargueros de pequeño tonelaje. Podían captar sus conversaciones, sus expresiones de pánico cada vez más intenso a medida que la nave se precipita entre ellos.

Graff los sorteó. La *Norway* pasó como una exhalación siguiendo un rumbo recto determinado por el ordenador, y se encendieron las luces que indicaban la aproximación a Pell. Los unionistas llegaron tras ellos con una celeridad que debió detener los corazones de los que tripulaban los cargueros entre los que pasaban. Captaron un aullido de terror que se desvaneció enseguida.

«*Norway... Norway... Norway...*», emitía frenéticamente su propio ordenador. Si las naves auxiliares habían sobrevivido, en sus pantallas aparecería la llamada.

Los destellos se reflejaban sólidos y firmes delante de ellos, demasiado rápidos para los cargueros. El ordenador emitía advertencias. Mazian estaba fuera de la estación, con las naves *Europa*, *India*, *Atlantic*, *África* y *Pacific*.

—¿Dónde está la *Australia*? —preguntó Signy a Graff de improviso. No habían recibido aquel código de reconocimiento junto con los otros—. ¡Cuidado con ellos!

Graff debió de haberla oído. No había tiempo para charlas. La Flota estaba agrupada y colocada en un rumbo tal que la colisión sería inevitable. Todas las naves auxiliares ensambladas en las naves nodrizas, preparadas para el salto.

«Mallory», oyó que la llamaba Mazian a través del comunicador. Graff lo oyó también e hizo una brusca maniobra que el ordenador transfirió al sondista. La andanada de fuego que dirigieron contra la *Europa* se cruzó con la que les dirigían a ellos, y el casco vibró. Sufrieron el efecto inmediato de la fluctuación gravitacional, y de repente surgió fuego a popa. La Unión había intervenido, sin tener en cuenta su propia seguridad, haciendo caso omiso de las señales del ordenador y hambrienta de blancos a los que disparar.

—¡Fuera! —ordenó Signy al piloto, y la *Norway* maniobró en el ángulo más cerrado posible, deseosa de apartarse de aquella pelea.

Sonaron las alarmas. Pell y Downbelow estaban peligrosamente cerca. Siguieron virando; el ordenador calculaba una y otra vez aquella curva marginal.

La señal luminosa de un carguero se difuminó en la pantalla, una explosión por debajo de ellos. La *Norway* se atuvo a su rumbo necesario, con todas las luces rojas de los tableros encendidas y las alarmas sonando. El planeta estaba peligrosamente cerca, y la velocidad de la nave era excesiva para cambiar de rumbo a tiempo.

*Norway... Norway... Norway...* apareció en la pantalla del ordenador. Eran sus propias naves auxiliares.

—¡Sigue adelante! —le gritó Signy a Graff, imponiendo su voz a las muestras de júbilo en el puente de mando.

El ordenador diseñó la maniobra hasta el límite que podía soportar la nave, un movimiento que sacudió los cuerpos humanos y convirtió media docena de segundos en una pesadilla. Empezaron a perder velocidad, mientras la *Australia* avanzaba hacia ellos entre las naves auxiliares.

—Descarga —ordenó Signy, tragando saliva con sabor a sangre.

Lo que mostraban las pantallas era aterrador: colisión inminente en proa y popa, pues una nave se dirigía directamente a su cola y no podían desviarse sin chocar con Pell. Había un cincuenta por ciento de probabilidades de que cualquier maniobra, los alcanzara, arriba, abajo o de frente. Graff descendió. La artillería situada en la parte superior de la nave disparó y la *Australia* giró sobre sí misma, descontrolada por el caos que los campos magnéticos habían provocado en los instrumentos. El casco gimió y la nave entera se estremeció.

Continuó la maniobra; de repente hubo una dispersión en la pantalla de radar, debida al polvo que rozaba el casco de la nave.

—¿Dónde están? —preguntó Graff al radarista.

Signy se mordió el labio y succionó la sangre. Era posible que la *Australia* hubiera perdido algún fragmento, que se habría reducido a polvo, pero también podría haber estallado. La *Norway* siguió reduciendo velocidad, pues la orden de su capitana no había cambiado.

«...superado el peligro de Pell», les comunicaron desde una nave auxiliar. Su propia pantalla de radar les mostraba que habían superado el peligro. «Y un aspa generadora perdida... Creo que es de Edger.»

No podían ver con claridad lo ocurrido, puesto que sólo el radar de largo alcance captaba a la *Australia*. Tenían que averiguar la naturaleza de la materia dispersa.

—Poneos en formación —ordenó Signy a sus naves auxiliares, sintiéndose más segura con ellas alrededor de la *Norway*, como si dispusiera de cuatro brazos adicionales. Ahora Edger no podía arriesgarse a sufrir más daños, si había perdido un aspa generadora. No iba a hacerlo simplemente por venganza.

«Se dispone a saltar», oyó decir. Era una voz de la Unión, una voz desconocida, con acento extranjero. De repente sintió frío en las entrañas, con la certeza de que era imposible volver atrás.

«Haz las cosas a fondo», le había enseñado Mazian. «Nada de medias tintas.»

Signy se reclinó en el sillón. El silencio pesaba en toda la nave.

## XVII

### **Pell: Sector azul uno; número 0475**

**P**OR LO MENOS LILY SE HABÍA QUEDADO. ALICIA LUKAS-KONSTANTIN PASEÓ LA mirada por las paredes, deteniéndola en el pequeño módulo blanco que formaba parte de la cama, con dos luces, verde y roja, conectadas a sistemas internos, una encendida y la otra apagada. Ahora estaba encendida la roja.

La energía estaba amenazada. Lily tal vez no lo sabía, pues manejaba las máquinas, pero la energía que las hacía funcionar debía de constituir un misterio para ella. La expresión de la nativa seguía siendo serena, y acariciaba tiernamente el cabello de la mujer postrada.

Los regalos de Angelo, las estructuras que la rodeaban, habían demostrado ser tan resistentes como su propio cerebro. Las pantallas seguían cambiando, las máquinas continuaban bombeando vida a través de sus venas, y Lily permanecía a su lado.

Disponía de un interruptor que podía poner fin a todo. Si se lo pedía a Lily, la ignorante nativa lo apretaría. Pero eso sería cruel para con alguien que creía en ella. No lo apretó.

## XVIII

### Norway

**D**AMON SE LEVANTÓ CON CAUTELA Y AVANZÓ CON PASO VACILANTE ENTRE LAS filas de instrumentos y los técnicos hasta llegar al lado de Mallory. Sentía dolores; tenía un desgarrón en un brazo y le dolía el cuello. Sin duda no había nadie a bordo de la *Norway* que no estuviera en semejantes condiciones, ni los técnicos ni la misma Mallory. Esta le miró tristemente desde su sitio ante el tablero de instrumentos, se volvió hacia él y asintió levemente.

—Bien, ha obtenido su deseo —le dijo—. La Unión ha entrado. Ya no necesitan buscar a Mazian. Saben con seguridad adonde ha ido. Apuesto a que considerarán valiosa una base en Pell. Salvarán su estación, señor Konstantin, de eso ya no cabe duda alguna. Y ya es hora de que nos vayamos de aquí.

—Ha dicho usted que me dejaría salir —le recordó él en voz baja.

La mirada de Signy se endureció.

—No tiene su suerte. Es posible que les deje a usted y a su amigo unionista en algún mercante cuando me convenga, si es que me conviene alguna vez.

—Es mi hogar —replicó él. Había pensado en sus argumentos, pero le temblaba la voz, destruyendo la lógica—. Mi estación... Este es mi lugar.

—Ahora su lugar no está en ninguna parte, señor Konstantin.

—Déjeme hablar con ellos. Si puedo conseguir una tregua de la Unión para acercarnos lo suficiente... Conozco los sistemas, puedo manejar los sistemas centrales. Los técnicos... pueden haber muerto. Están muertos, ¿verdad?

Ella apartó el rostro y volvió a su trabajo. Calculando el riesgo que corría, Damon tendió un brazo y apoyó la mano en el sillón de la capitana; un soldado se movió, pero esperó órdenes.

—Ya ha llegado usted muy lejos, capitana. Se lo pido... es usted un oficial de la Compañía. Lo *era*. Por última vez, capitana. Devuélvame a Pell. Hablaré con usted de nuevo, cuando sea libre. Se lo juro.

Ella permaneció inmóvil durante un largo momento.

—¿Va a huir de aquí con el rabo entre las piernas? —insistió él—. ¿No prefiere irse a su propio paso?

Ella se volvió. No era agradable mirarla a los ojos y ver la expresión que tenían.

—¿Quiere dar un paseo?

—Devuélvame. Ahora. Cuando todavía importa. O nunca, porque más tarde ya no importaría. No podré hacer nada y será como si hubiera muerto.

Signy apretó los labios, mirándole fijamente.

—Hago lo que puedo, hasta cierto límite. Si ellos se comportan en su tregua lo que creo que harán... —Tocó el brazo del sillón y añadió—: Esto es mío, esta nave. Debe usted comprenderlo. Esta gente... Pertenezco a la Compañía, como todos nosotros. Y la Unión no quiere que esté suelta. Me pide usted algo que podría convertirse en un tiroteo al lado de su preciosa estación. La Unión quiere apoderarse de la *Norway*... porque saben lo que haremos. No puedo vivir de otra forma, estacionado, porque no me atreveré a recalar en ningún puerto. No voy a entrar, nunca lo haré, ninguno de nosotros lo hará. Graff, pon un rumbo lento hacia Pell.

Damon retrocedió, reconociendo que aquello era lo más prudente por el momento. Escuchó a través del comunicador al que tenía acceso, un aparato que sólo le permitía escuchar pero no responder: la *Norway* avisaba a la flota de la *Unión* que se estaban dirigiendo hacia allí. Parecía haber alguna discusión.

Una mano le tocó el hombro. Él se volvió y encontró a Josh.

—Lo siento —le dijo el muchacho.

Él asintió, sin sentir ningún resentimiento. Josh... había tenido muy pocas alternativas.

—Bien, están dispuestos a recibirle —dijo Mallory—. Quieren que le entreguemos.

—Iré.

—No sea estúpido —le espetó Mallory—. Le someterán a corrección. ¿No lo sabía?

Damon pensó en ello. Recordó a Josh, sentado ante su mesa y pidiéndole los papeles para poner fin a un proceso iniciado en Russell. Los hombres superaban aquella prueba. Josh la había superado.

—Iré —repitió. Mallory frunció el ceño.

—Es su mente, al menos hasta que pongan sus manos en ella. —Entonces se volvió hacia el micrófono—: Aquí Mallory. Estamos empatados, capitán. No me gustan sus condiciones.

Hubo un largo silencio.

Pell aparecía en la pantalla de radar, con las naves de la Unión en su torno como aves carroñeras. Una de ellas parecía haber ensamblado. El radar de largo alcance mostraba una extensión dorada punteada de rojo junto a las minas, los cargueros de pequeño tonelaje, indicados por una luz parpadeante en el borde de la pantalla. El sensor del radar no podía captarlos, pero estaban en la memoria del ordenador. Ninguno se movía, excepto cuatro destellos muy cerca de la *Norway*, que se acercaban en formación cerrada.

Habían llegado a un alto relativo, deslizándose puntualmente entre todos los demás objetos en órbita del sistema.

«Aquí Azov de la *Unity*», dijo una voz. «Capitana Mallory, tiene permiso para ensamblar a fin de dejar a su pasajero. Se acepta su aproximación a Pell, y la Unión le agradece su valiosa ayuda. Estamos dispuestos a aceptarla en la Flota de la Unión tal

como está, armada y con su tripulación actual. Corto.»

—Aquí Mallory. ¿Qué seguridades tiene mi pasajero? Graff se inclinó hacia ella y levantó un dedo. Algo resonó al entrar en contacto con el casco de la *Norway*. Se oyó el sonido de un cierre hermético. Damon miró inquieto a la pantalla.

—Acaba de entrar en plataforma una nave de guerra —le dijo Josh al oído—. Están reuniendo a las naves auxiliares, por si han de correr para dar el salto...

«Capitana Mallory», dijo de nuevo la voz de Azov. «Tengo a bordo un representante de la Compañía que le ordenará que efectúe esa acción...»

—Ayres puede guardarse sus órdenes —replicó ella—. Le diré lo que quiere a cambio de lo que tengo. Permiso para ensamblar en los puertos de la Unión y documentos específicos que me eviten obstáculos. De lo contrario es posible que deje dar un paseo a mi valioso pasajero.

«Posteriormente podemos discutir estos asuntos en detalle. Tenemos una crisis en Pell. Hay vidas en peligro.»

—Tienen ustedes expertos en ordenadores. ¿Es que no pueden averiguar cómo funciona el sistema?

Se hizo un nuevo silencio.

«Tendrá usted lo que desea, capitana. Puede ensamblar con nuestro salvoconducto si quiere ese documento. Nos enfrentamos a una situación que concierne a los trabajadores nativos. Preguntan por Konstantin.»

—Los nativos —dijo Damon entre dientes, con una súbita y terrible visión de los hisas enfrentados a las tropas de la Unión.

—Llévese sus naves de esa estación, capitán Azov. La *Unity* puede seguir ensamblada. Yo entraré por el lado opuesto y procure que sus naves no queden fuera de sincronización con respecto a su posición. Cualquier nave que cruce por mi cola se expone a que dispare sin hacer preguntas.

«Concedido», respondió Azov.

—Es una locura —dijo Graff—. ¿Qué ganamos con esto? No vendrán con ese papel. Mallory no dijo nada.

## XIX

### **Pell: Plataforma blanca; 9/1/53; 0400 h. d.; 1600 h. n.**

LOS TRABAJADORES EN LA PLATAFORMA ERAN SOLDADOS DE LA UNIÓN VESTIDOS con uniforme de faena, pero de color verde, lo cual era una visión surrealista en Pell. Danion descendió por la rampa hacia las espaldas protegidas por armaduras de los soldados de la *Norway* que ocupaban el margen y montaban guardia junto al acceso. Muy lejos, al otro lado de la plataforma vacía había otros soldados con armadura... unionistas. Damon rebasó el perímetro de seguridad, pasó entre los soldados de la *Norway* y salió de aquel cruce solitario en la plataforma cubierta de desperdicios. Oyó ruido a sus espaldas, alguien que se acercaba y miró atrás. Era Josh.

—Me ha enviado Mallory —le dijo el muchacho cuando llegó a su lado—. ¿Te importa?

Él movió la cabeza, sintiendo una inmensa alegría por tener compañía en el lugar a donde iba. Josh sacó del bolsillo un carrete de cinta y se lo entregó.

—Mallory lo ha enviado —le explicó—. *Ella* ha establecido las claves del ordenador. Dice que esto podría ser de ayuda.

Damon se guardó la cinta en el bolsillo de su uniforme de faena marrón de la Compañía. La escolta de la Unión les aguardaba, los soldados vestidos de negro y plata. Cuando se aproximaron, Damon se sintió impresionado, por la igualdad y la hermosura de aquellos humanos perfectos, todos de la misma talla, del mismo tipo.

—¿Qué son? —le preguntó a Josh.

—Como yo, pero menos especializados.

Tragó saliva y siguió andando. Los soldados de la Unión les rodearon en silencio y les escoltaron a lo largo de la plataforma. Aquí y allá había grupos de habitantes de Pell que les miraban al pasar. «Konstantin», les oía murmurar. «Es Konstantin». Percibió en algunos de ellos expresiones de esperanza, y se estremeció, pues sabía que muy poco podría hacer por ellos. Pasaron por algunas zonas sumidas en el caos, secciones enteras con las luces apagadas, los ventiladores parados, el olor del humo y los cadáveres tendidos. Había una leve inestabilidad gravitacional. No sabía lo que habría sucedido en el núcleo, en las áreas de habitabilidad. Había un margen de tiempo más allá del cual los sistemas empezaban a deteriorarse sin que fuera posible su recuperación, cuando los equilibrios se habían descompensado durante demasiado tiempo. Con la mente paralizada —la central— Pell se sustentaba en sus ganglios locales, los centros nerviosos que no estaban interconectados, los sistemas automáticos que luchaban por su vida. Sin regulación y equilibrio no tardarían en detenerse... como un cuerpo moribundo.



Pasaron por el sector azul nueve, donde había otras fuerzas de la Unión, subieron por la rampa de emergencia, también sembrada de cadáveres, entre los que se abrieron paso los dos hombres y su escolta. Después ascendieron a una zona ocupada por soldados con armadura, y se quedaron allí mirando hacia arriba, hombro contra hombro. No podían ascender más. El jefe de la escolta les hizo pasar por una puerta que daba a un pasillo a cuyos lados se abrían las oficinas de finanzas. Había allí otro grupo de soldados y oficiales. Uno de ellos, rejuvenecido, con el cabello plateado y muchas insignias de su rango en el pecho, se volvió cuando entraron. Damon reconoció a los que estaban detrás de él: Ayres, de la Tierra. Y Dayin Jacoby. De haber tenido una arma en sus manos habría disparado contra aquel hombre. Le dirigió una mirada glacial, y el rostro de Jacoby adoptó un tono grana.

—Señor Konstantin —dijo el oficial.

—¿El capitán Azov? —Supuso que se trataba de él por las insignias.

Azov le tendió la mano y él se la estrechó sin efusión.

—Hola, mayor Talley —dijo entonces Azov, ofreciendo la mano a Talley—. Me alegro de que haya vuelto.

—Señor —dijo Josh, dándole la mano.

—¿Es correcta la información de Mallory? ¿Ha ido Mazian a por Sol? Josh asintió.

—No hay engaño, señor. Creo que es cierto.

—¿Gabriel?

—Muerto, señor. Le dispararon los soldados de Mazian. Azov asintió, frunciendo el ceño, y volvió a mirar directamente a Damon.

—Voy a darle una oportunidad —le dijo—. ¿Cree que puede volver a poner en orden esta estación?

—Lo intentaré, si me deja subir ahí.

—Ese es el problema inmediato —dijo Azov—. No tenemos acceso ahí arriba. Los nativos han bloqueado las puertas. Ignoramos los daños que pueden haber causado ni si podría producirse un tiroteo con ellos.

Damon asintió lentamente, miró atrás, hacia la puerta de la rampa de acceso.

—Josh viene conmigo y nadie más. Pondré Pell a su disposición. Sus soldados pueden seguirnos... después de que se haya establecido la calma. Si hay un tiroteo, pueden perder la estación, y no querrán que ocurra eso a estas alturas, ¿verdad?

—No —dijo Azov—. No quisiéramos eso.

Damon asintió y se dirigió hacia la puerta, con Josh a su lado. Tras ellos, un altavoz empezó a convocar a los soldados, los cuales acudieron rápidamente a la llamada, pasaron junto a ellos y continuaron hacia arriba. Damon oprimió el botón de las puertas que daban acceso al sector azul uno, pero no funcionaba. Utilizó el mecanismo manual.

Al otro lado estaban los nativos, acurrucados, formando una masa que llenaba el corredor principal y los laterales.

—Konstantin-hombre —exclamó uno de ellos, levantándose de súbito. Estaba herido, como la mayoría de ellos, y con quemaduras de las que brotaba sangre.

Los demás se levantaron, extendieron los brazos mientras pasaba entre ellos, tocándole las manos, el cuerpo, bamboleándose de contento y gritando en su propia lengua.

Damon se abrió paso, seguido por Josh, a través de aquella multitud histérica. Había más nativos en el interior del centro de control, al otro lado de las ventanas, en el suelo, sentados en los mostradores, en todos los rincones disponibles. Llegó a las puertas y golpeó el vidrio. Los hisa alzaron el rostro y le miraron, serios y sosegados... y de repente sus ojos se iluminaron. Empezaron a saltar, bailar, bambolearse y lanzar gritos inaudibles a través del vidrio.

—Abrid la puerta —les dijo Damon. Era imposible que le oyeran, pero señaló la palanca, pues la habían cerrado desde dentro.

Uno de los nativos le obedeció. Damon entró y los hisa le tocaron y abrazaron. Él les devolvió los abrazos y de repente uno de los nativos le tiró del brazo y le apretó contra su pecho peludo.

—Yo Satén —le dijo sonriente—. Mis ojos contentos, contentos Konstantin-hombre.

Y a su lado estaba Dienteazul. Conocía aquella ancha sonrisa y el pelaje desgreñado. Abrazó al nativo.

—Tu madre me envía —le dijo Dienteazul—. Está bien, Konstantin-hombre. Dice cierra las puertas, quédate aquí y no te muevas, envía a buscar a Konstantin-hombre, arregla cosas aquí arriba.

Él retuvo el aliento, tocó los cuerpos hirsutos y se dirigió a la consola central con Josh tras él. Había cadáveres de humanos en el suelo, uno de ellos el de Lukas, con un disparo en la cabeza. Se sentó ante el tablero principal, empezó a pulsar teclas, reconstruyendo... Se sacó del bolsillo el carrete de cinta y vaciló.

Un regalo de Mallory para Pell y la Unión. La cinta podía contener cualquier cosa, trampas para la Unión, una clave para provocar la destrucción final...

Se pasó una mano por el rostro, finalmente tomó una decisión e introdujo la cinta en la ranura. La maquinaria la absorbió, impidiéndole volverse atrás.

Empezaron a encenderse las luces verdes de los tableros. Hubo una agitación entre los hisas. Damon alzó la vista y miró las tropas reflejadas en el vidrio, apuntándole con sus rifles, y a Josh, detrás de él, que se había vuelto hacia ellos.

—Quedaos donde estáis —les espetó Josh.

Ellos le obedecieron y bajaron los rifles. Tal vez por la expresión de aquel rostro, la de un hombre creado en el laboratorio. O su voz, cuyo tono no admitía discusión alguna. Josh les volvió la espalda y apoyó las manos en el respaldo del asiento de Damon.

Este seguía trabajando, mirando de reojo el vidrio reflectante.

—Necesito un técnico del comunicador, alguien que pueda hablar a través de los

canales públicos. Consigan a alguien con acento de Pell. Los daños no son importantes. Han destruido parte de los datos almacenados... pero no son de importancia vital. Se trata sobre todo de expedientes personales. No los necesitamos, ¿verdad?

—No podrán distinguir un nombre de otro —comentó Josh.

—No. —La adrenalina que le había mantenido activo hasta entonces empezaba a disiparse, y le temblaban las manos. Vio que un técnico de la Unión se sentaba ante el comunicador. Damon se levantó y empezó a objetar—. No quiero a este hombre aquí.

Los soldados le apuntaron. Josh les ordenó de nuevo que se mantuvieran a distancia, y el oficial titubeó. Entonces Josh miró de soslayo y retrocedió. Había otra persona en el umbral. Azov y su séquito.

—¿Algún mensaje privado, señor Konstantin?

—Necesito que los equipos vuelvan al trabajo —replicó Damon—. Obedecerán a una orden que conozcan.

—Estoy seguro de que lo harían, señor Konstantin, pero no lo harán. Manténgase alejado del comunicador. Deje que lo manejen nuestros técnicos.

—¿Puedo intervenir, señor? —preguntó Josh serenamente.

—No en este asunto —dijo Azov—. No se ocupe de ninguna actividad pública, señor Konstantin.

Damon suspiró, regresó a la consola que había dejado y se sentó con cautela. Habían entrado más soldados. Los hisas se amontonaron en las paredes y los mostradores, algo alarmados.

—Haga salir de aquí a esas criaturas —dijo Azov—. Ahora mismo.

—Ciudadanos —replicó Damon, girando su asiento para mirar a Azov—. Ciudadanos de Pell.

—Lo que sean.

«Pell», dijo la voz de Mallory a través del comunicador. «Estamos a la espera para abandonar la plataforma».

—¿Señor? —preguntó el técnico en comunicaciones de la Unión.

Azov le hizo una seña para que permaneciera en silencio.

Damon se inclinó y trató de alcanzar una alarma. Los rifles le apuntaron y lo pensó mejor. Azov en persona se acercó al comunicador.

—Mallory, le aconsejo que se quede quieta. Hubo un momento de silencio.

«Ya me parecía a mí que no hay honor entre ladrones, Azov», dijo la voz quedamente.

—Capitana Mallory, está usted incorporada a la flota de la Unión, bajo nuestras órdenes. Acéptelas o amotínese.

Nuevo silencio. Azov se mordió el labio. Tendió el brazo por encima del técnico y tecleó sus propias cifras.

—Capitán Myes—. La *Norway* se niega a aceptar órdenes. Aparte sus naves un poco. —Y añadió por el canal de Mallory—: O acepta nuestra oferta, Mallory, o no

habrá refugio para usted. Puede soltarse y huir, pero será el objetivo prioritario de las naves de la Unión en el espacio. O puede ir a reunirse con Mazian. O ir con nosotros contra él.

«¿Bajo sus órdenes?»

—Tiene que elegir, Mallory. Indulto o persecución. Ella le respondió con una risa seca.

—¿Cuánto tiempo estaría al mando de la *Norway* una vez dejara entrar a los unionistas en mi cubierta? ¿Y cuánto vivirían mis oficiales o mis soldados?

—El indulto, Mallory. Tómelo o déjelo.

—Como sus demás promesas.

«Estación Pell», intervino una nueva voz. «Aquí la *Hammer*. Tenemos un contacto. Estación Pell, ¿me reciben? Tenemos un contacto.»

Otra voz surgió del comunicador: «Estación Pell: aquí la flota mercante. Aquí Quen, de la *Estelle*. Vamos a entrar.»

Damon miró el radar de largo alcance, que se compensaba rápidamente para ofrecer nuevos datos, calculando una señal que ya tenía dos horas. ¡Elene! Estaba viva y con los mercantes. Cruzó la estancia hacia el comunicador, un soldado le puso el cañón de su rifle en el estómago y él se tambaleó contra el mostrador. Si los provocaba podrían dispararle. Moriría por nada, después de todas las dificultades que había superado. Miró a Josh. Elene debía llevar horas recibiendo transmisiones de Pell que evidenciaban problemas. Dos horas más y entraría en la estación, haría preguntas. Si él le daba respuestas erróneas... si no obtenía respuesta de voces conocidas..., sin duda se mantendría alejada.

Las miradas se concentraron en la pantalla de radar, primero la de un hombre y luego, al ver su expresión, las de otros más. Ahora no había ningún destello, sino una especie de nevada luminosa. Era una masa, un enjambre, una horda increíble de mercantes que se acercaban a ellos. Damon se apoyó en el mostrador observando aquello, sonriente.

—Están armados —le dijo a Azov—. Capitán, son transportes de gran tonelaje y van armados.

El rostro de Azov estaba rígido. Cogió bruscamente un micrófono.

—Aquí Azov, de la nave insignia de la Unión, *Unity*, comandante de la flota. Pell es ahora una zona militar de la Unión. Por su propia seguridad, manténganse alejados. Dispararemos contra toda nave que se aproxime.

Una alarma empezó a parpadear, toda una hilera de luces rojas de un lado al otro del centro. Damon miró las luces y el corazón se le aceleró. La plataforma blanca anunciaba un despegue inmediato. La *Norway*. Se volvió y abrió aquel canal, mientras el soldado permanecía paralizado en la confusión.

—Quédese donde está, *Norway*. Aquí Konstantin. No se mueva.

«Ah, hagan el favor de tomar nota, central de Pell. Las naves de guerra podrían causar una carnicería con esas naves mercantes, tanto si están armadas como si no.

Pero tendrán ayuda profesional si la quieren.»

«Repita». La voz de Elene retrasada por la distancia salió del comunicador. «Vamos a entrar en la estación. Hemos estado controlando sus transmisiones. La alianza de mercantes reclama Pell, y queremos que sea territorio neutral. Suponemos que respetarán esta reclamación. Sugerimos una negociación inmediata... De lo contrario, todos los mercantes de esta flota se retirarán totalmente del territorio de la Unión, para ir hacia la Tierra. No creemos que esto sea en interés de ninguna de las partes implicadas.»

Se hizo el silencio durante un largo momento. Azov miró las pantallas, en las que se sucedían los innumerables destellos luminosos. El mercante *Hammer* había dejado de hacerse visible, su señal oscurecida por los puntos rojizos.

—Tenemos una base para la discusión —dijo Azov.

Damon aspiró hondo y exhaló el aire.

## XX

### **Pell: Plataforma roja; 9/1/53; 0530 h. d.; 1730 h. n.**

**E**NTRÓ EN LA PLATAFORMA CON UNA ESCOLTA DE MERCADERES ARMADOS. Estaba embarazada y caminaba con lentitud, y los mercaderes que la rodeaban no querían correr riesgos exponiéndola al peligro de una amplia plataforma. Damon permaneció junto a Josh, al lado de la Unión, todo cuanto pudo aguantar, y finalmente se arriesgó a avanzar, dudando de que ninguno de ambos bandos le permitiera acercarse a ella. Los mercaderes le apuntaron con sus rifles; formaban un nervioso y amenazante anillo humano, y él se detuvo, solo en aquel espacio vacío.

Pero ella le vio y su rostro se iluminó. Los mercaderes le dejaron paso hasta que Damon penetró entre sus filas y pudo llegar hasta Elene.

Era un mercader, volvía a estar con los suyos y hacía mucho que no pisaba la sólida plataforma de Pell. Damon había albergado dudas en el fondo de su mente, y se había preparado para enfrentarse a posibles cambios... Aquello se desvaneció en cuanto miró el rostro de Elene. La besó y abrazó, temeroso de hacerle daño si la apretaba tanto como ella a él. Permaneció allí con todo el grupo de mercaderes armados, inhalando el aroma y la realidad de su mujer; la besó de nuevo y supo que no tenían tiempo para hablar, para hacer preguntas, para nada.

—He tenido que dar un gran rodeo para llegar a casa —murmuró.

Él se echó a reír, miró a su alrededor y a las fuerzas de la Unión, serio de nuevo.

—¿Sabes lo que ha ocurrido aquí?—

—Algo, tal vez la mayor parte. Hemos estado esperando ahí afuera, mucho tiempo. Esperando un momento en que no hubiera alternativa. —Se estremeció y le abrazó con más fuerza—. Pensé que habíamos perdido la estación. Entonces se marchó Mazian y, a partir de ese momento, nos movimos. La Unión tiene problemas, Damon. Tienen que ir a Sol, y han de hacerlo con todas sus naves intactas.

—Puedes apostar a que lo harán —dijo él—, pero no salgas de esta plataforma. Lo que haya de decirse, lo que tengas que hablar con ellos, insiste en decirlo aquí, en la plataforma. No vayas a ningún espacio pequeño donde Azov pueda interponer tropas entre ti y las naves. No te fíes de él.

Ella asintió.

—Comprendido. Hablaré en interés de los mercantes, Damon. Tal como van a ir las cosas, quieren un puerto neutral, y Pell lo es. No creo que Pell ponga objeciones.

—No, Pell no objetará nada. Pell tiene que dedicarse a limpiar su casa. —Respiró profundamente por primera vez en varios minutos y siguió la mirada de Elene hacia el otro lado de la plataforma, donde estaba Azov, dirigida a Josh que estaba con las

tropas de la Unión, esperando acercarse—. Trae una docena contigo y haz que el resto vigile ese acceso. Veamos lo que abarca la idea *de* lo razonable que tiene Azov.

Elene habló con firmeza y serenidad, apoyando un brazo en la mesa.

—La liberación de la nave *Hammer*, de la familia Olvig; la entrega de la *Ojo de Cisne* a sus legítimos dueños, y de cualquier otra nave mercante confiscada para uso militar de la Unión. La condena más fuerte posible por la toma y el uso de la *Genevieve*. Puede que usted proteste diciendo que no está facultado para ello, pero tiene el poder necesario para tomar decisiones militares... a ese nivel, señor, la liberación de las naves que han sido embargadas.

—No reconocemos su organización. Damon intervino entonces.

—Eso dependerá de lo que decida el consejo de la Unión. Pell sí reconoce su organización, y Pell es independiente, capitán, y dispuesto a proporcionarles a ustedes un puerto por el momento, pero naciendo constar que puede negárselo. Lamentaría tener que tomar esa decisión. Tenemos un enemigo mutuo... pero usted estaría paralizado aquí, lo cual sería muy desagradable. Y la noticia podría extenderse.

Habían colocado la mesa en la plataforma abierta, con dos semicírculos opuestos de mercaderes y tropas. En el lado de la Unión hubo gestos irritados.

—Tenemos interés en que esta estación no se convierta en una base de Mazian —admitió Azov—, y estamos dispuestos a cooperar en su protección... sin la cual, a pesar de todas sus amenazas, señor Konstantin, no tienen ustedes muchas probabilidades de defenderse con éxito.

—Necesidad mutua —dijo Damon en tono neutro—. Puede estar seguro de que ninguna nave de Mazian será jamás bien recibida en Pell. Están fuera de la ley.

—Les hemos hecho un servicio —dijo Elene—. Las naves mercantes ya han puesto rumbo a Sol, mucho antes que Mazian. Una de ellas ha salido lo bastante pronto para estar allí cuando él llegue. No es mucho, pero sí algo. La estación Sol habrá sido avisada de los propósitos de Mazian.

Azov pareció sorprendido. El hombre que estaba a su lado, Ayres, sonrió de súbito, con un brillo de lágrimas en los ojos.

—Mi gratitud —le dijo Ayres—. Capitán Azov, yo propondría... efectuar las consultas necesarias y movernos con rapidez.

—Parece haber razones sobradas para ello —dijo Azov, y se apartó de la mesa—. La estación está a salvo. Nuestro trabajo ha terminado. Las horas son valiosas. Si Sol va a preparar una recepción para ese forajido, deberíamos estar allí para continuarla desde atrás.

—Pell le ayudará gustoso a desensamblar —terció Damon—. Pero las naves mercantes de las que se apropiaron... se quedan.

—Tenemos tripulantes a bordo de ellas. Vendrán con nosotros.

—Llévese a sus tripulantes. Esas naves son propiedad de los mercaderes y se quedarán, lo mismo que Josh Talley, que es un ciudadano de Pell.

—No, no voy a cederle a uno de los míos porque usted lo pida.

—Josh. —Damon miró atrás, donde estaba el muchacho con un grupo de soldados de la Unión; al fin no resaltaba entre otros individuos igualmente perfectos—. ¿Qué piensas al respecto?

Josh dirigió su mirada más allá de él, quizá a Azov, y no dijo nada.

—Llévese sus tropas y sus naves —dijo Damon a Azov—. Si Josh se queda, es asunto suyo; puede elegir. La Unión debe irse de esta estación. Posteriormente se les recibirá para ensamblaje, bajo solicitud y mediante permiso de la oficina del jefe de la estación. Se lo garantizo. Pero si el tiempo es valioso para usted, le sugiero que acepte la oferta que le hago.

Azov frunció el ceño. Hizo una seña al oficial de sus tropas, el cual ordenó a las unidades que formaran. Se alejaron en dirección al horizonte curvado hacia arriba, la plataforma azul, donde estaba ensamblada la *Unity*.

Y Josh se quedó allí, solo. Elene se levantó y le abrazó torpemente, y Damon le palmeó el hombro.

—Quédate aquí —le dijo a Elene—. Tengo que desensamblar una nave de la Unión. Vamos, Josh.

—Nelharts —Elene se dirigió al más cercano a ella—. Encárguese de que lleguen a la central en buen orden.

Fueron detrás de las fuerzas de la Unión, siguieron por el corredor del nivel noveno y, cuando los soldados se encaminaron a su nave, ellos dejaron de seguirlos. En los corredores había puertas abiertas, y la gente de Pell estaba allí observando. Algunos empezaron a gritar, agitar las manos, dar vivas a esta última ocupación por parte de los mercantes.

—¡Son los nuestros! —gritó alguien—. ¡Los nuestros!

Subieron por la rampa de emergencia, ascendiendo a la carrera. Allí les recibieron los nativos, que daban saltos y les saludaban en su lengua. Los chillidos de los nativos y los gritos humanos resonaban en toda la espiral, a medida que la noticia pasaba de un nivel a otro. Algunos unionistas se cruzaron con ellos, al ir en dirección contraria, siguiendo las instrucciones que habían recibido por el comunicador del casco, probablemente con la sensación de que se hacían notar demasiado.

Entraron en el sector azul uno. Los nativos habían vuelto a ocupar la central y sonrieron cuando les vieron a través de las puertas abiertas de par en par.

—Vosotros amigos —dijo Dienteazul—. ¿Todos amigos?

—Todo está en orden —le aseguró Damon, y se abrió paso más allá de una muchedumbre de ansiosos cuerpos marrones, hasta sentarse ante el tablero principal de mandos. Miró atrás, a Josh y los mercaderes.

—¿Hay alguien aquí que sepa cómo funciona esta clase de ordenador?

Josh se sentó a su lado. Uno de los Neihart se hizo cargo del comunicador, otro se sentó ante otro puesto de ordenador. Damon oprimió unos botones.

—*Norway*, tienen primer turno de salida. Confío en que salgan sin provocaciones.



No queremos problemas.

«Gracias, Pell», le respondió la voz seca de Mallory. «Me gustan sus prioridades.»

—Apresúrense. Utilice a sus propias tropas para desensamblar. Podrá regresar a recogerlas cuando la situación se haya estabilizado. ¿De acuerdo? Estarán a salvo.

«Estación de Pell», intervino otra voz: era la de Azov. «Los acuerdos deben especificar que no se recibirá a las naves de Mazian. La que está aquí ahora es nuestra.»

Damon sonrió.

—No, capitán Azov. Esta nave es nuestra. Somos un planeta y una estación, una comunidad soberana, y aparte de los mercaderes que no son residentes aquí, mantenemos una milicia. La *Norway* constituye la flota de Downbelow. Le agradeceré que respete nuestra neutralidad.

«Konstantin», le advirtió la voz de Mallory, al borde de la ira.

—Desensamble y manténgase a la espera, capitana Mallory. Permanecerá quieta hasta que la flota de la Unión haya abandonado nuestro espacio. Está usted en nuestras coordenadas de tráfico y ha de acatar nuestras órdenes.

«Ordenes recibidas» respondió ella finalmente. «Me mantengo a la espera. Vamos a retirarnos y desplegar las naves auxiliares. *Unity*, procure mantener un rumbo recto al salir de aquí. Y dele recuerdos a Mazian.»

«Sus propios mercantes son los que van a sufrir a causa de esta decisión», dijo Azov. «Dan ustedes cobijo a una nave que ha de saquear naves mercantes para sobrevivir.»

«Largaos de aquí, unionistas», replicó Mallory. «Confiad en que Mazian no puede ir enseguida contra vosotros. No entrará en Pell mientras yo esté en la zona. Ocupaos de vuestros propios asuntos.»

—Silencio —dijo Damon—. Muévase, capitana. Se encendieron una serie de luces. La *Norway* se había soltado.

## XXI

### Sistema de Pell

—¿TAMBIÉN TÚ? —PREGUNTÓ BLASS IRÓNICAMENTE. VITTORIO RECOGIÓ LA bolsa con sus escasas pertenencias y avanzó torpemente por el estrecho acceso, junto con el resto de la tripulación que había retenido la *Hammer*. Hacía frío allí abajo, y la luz era escasa. Hubo una vibración, producida por el tubo de un transbordador que se adhería a su cierre hermético.

—No me sometan a más alternativas —replicó—. No me quedo para hablar con los mercantes, señor.

Blass le dirigió una sonrisa sesgada y se dirigió a la puerta hermética, la cual se abrió para que entraran en el estrecho tubo que conducía a la otra nave. La oscuridad se abría ante ellos.

La *Unity* se movió con una aceleración firme. Ayres se había acomodado en la sala principal, situada en el nivel superior de la nave, una estancia alfombrada y severamente moderna, con Jacoby a su lado. Las pantallas les informaban de su rumbo, toda una serie de pantallas que mostraban cifras e imágenes. Se abrieron paso por una avenida flanqueada por naves mercantes, un estrecho túnel entre las innumerables naves, y finalmente Azov dedicó algún tiempo para comunicarse con ellos a través de una de las pantallas.

—¿Todo va bien? —les preguntó.

—Vamos a casa —dijo Ayres quedamente, satisfecho—. Le propongo una cosa, capitán: ya que en este momento Sol y la Unión tienen más cosas que les unen de las que les separan, cuando envíe ese inevitable mensajero de regreso a Cyteen, incluya una propuesta de la parte que represento de cooperación duradera.

—Su lado no está interesado en el Más Allá —dijo Azov.

—Capitán, permítame sugerirle que ese interés puede estar a punto de despertarse, y que eso beneficiaría precisamente a la Unión, porque la alianza de los mercantes será más provechosa para la defensa de la Tierra que la que pueda ofrecer la Unión. Después de todo, la alianza ya ha enviado a la Tierra su mensajero, de modo que Sol puede elegir, ¿no cree? La alianza de los mercantes, la Unión o... Mazian. Le sugiero una discusión sobre el asunto, una nueva negociación. Parece que ninguno de nosotros tiene autoridad para ceder Pell. Y confío en poder dar a mi gobierno recomendaciones favorables hacia usted.

Llegó Elene, con un nutrido grupo de mercaderes, y se quedó en el umbral de la

central devastada por el combate, mientras los nativos iban de un lado a otro, algo alarmados. Pero Dienteazul y Satén la conocían, y empezaron a exteriorizar su alegría bailando y tocándola. Damon se levantó de su asiento, la tomó de la mano y le hizo sentarse cerca de él y de Josh.

—No me sientan bien las largas escaladas —comentó, respirando con dificultad—. Tenemos que poner en funcionamiento los ascensores.

Él la miró un instante y volvió enseguida a la pantalla de su consola, en la que aparecía un rostro entre sábanas blancas, en el que brillaban unos ojos oscuros, serenos y vivaces. Alicia Lukas sonrió débilmente.

—Acaba de llegar una llamada —le dijo Damon a Elene—. Tenemos comunicación con Downbelow. Una sonda averiada ha pedido a Mallory que la rescate en la base principal... y un operador que está en algún lugar apartado de la base ha dicho que Emilio y Miliko están a salvo. No he podido confirmarlo... Las cosas están hechas pedazos allá abajo. La base del operador está en algún lugar en las colinas, pero es evidente que todos están bien y a cubierto. He de enviar una de nuestras naves allá abajo, y probablemente médicos.

—Neihart —dijo Elene, mirando a sus compañeros. Un corpulento mercader hizo un gesto de asentimiento.

—Lo que necesite —respondió—. Bajaremos allí.

## XXII

### **Pell: Sector verde uno; 29/1/53; 2200 h. d.; 1000 h. n.**

ERA UNA REUNIÓN EXTRAÑA INCLUSO PARA PELL, EN LA SECCIÓN MÁS PROFUNDA de la sala principal, la zona donde unas pantallas separadas, ilusorias, proporcionaban un poco de intimidad a los grupos. Damon estaba sentado con la mano de Elene entre las suyas, y en el centro de la mesa el ojo rojo de una cámara portátil, que era como una persona más, pues Damon había querido que *ella* estuviera allí presente aquella noche, y ella siempre había estado con su padre y con todos ellos en las ocasiones familiares. Emilio y Miliko estaban también, Josh a su izquierda, y luego un pequeño grupo de nativos que evidentemente encontraban las sillas demasiado incómodas, aunque les encantaba la oportunidad de probarlas así como la de comer golosinas especiales y frutas de la temporada. En el extremo de la mesa estaba el mercader Neihart y Signy Mallory, esta última con una escolta que permanecía sociablemente en las sombras.

Había música a su alrededor, la lenta danza de las estrellas y las naves de un lado a otro de las paredes. De algún modo la gran sala principal había vuelto a su rutina... no era exactamente lo mismo que antes, pero nada lo era.

—Esta noche me iré —dijo Mallory—. Me he quedado por cortesía.

—¿Adonde? —le preguntó Neihart sin ambages.

—Haga lo que le he aconsejado, mercader. Dé nombres a sus naves Alianza. Ustedes están rebasando los límites. Además, de momento tengo una carga completa de suministros.

—No se irá muy lejos —intervino Damon—. Francamente, no estoy seguro de que la Unión haya renunciado a intentar algo. Preferiría saber que está usted en la vecindad.

Ella se rió secamente.

—Confíe en ello. No ando por los pasillos de Pell sin una guardia.

—De todos modos, queremos que esté cerca.

—No me pregunte el rumbo que voy a tomar —dijo ella—. Eso es asunto mío. Tengo sitios adonde ir. He permanecido inmóvil demasiado tiempo.

—Vamos a tratar de ir a Viking —comentó Neihart—, y ver qué clase de recepción tenemos... dentro de un mes.

—Podría ser interesante —concedió Mallory.

—Que todos tengamos suerte —dijo Damon.

## XXIII

### **Pell: Plataforma azul; 30/1/53; 0130 h. á.; 1350 h. n.**

ERA NOCHE CERRADA Y LAS PLATAFORMAS ESTABAN CASI DESIERTAS EN AQUELLA zona no comercial. Josh avanzó rápidamente, con el nerviosismo que le aquejaba en Pell cuando no tenía una escolta protectora, con la sensación de vulnerabilidad de que los pocos transeúntes de la plataforma pudieran reconocerle. Los hisa le veían y le miraban con expresión solemne. Los equipos de ensamblaje de Pell probablemente sabían quién era, y los centinelas era seguro que lo sabían, pues sus rifles le apuntaron.

—Tengo que hablar con Mallory —dijo. El oficial era un hombre al que conocía: Di Janz. Este dio una orden y uno de los soldados, se colgó el rifle del hombro, y le hizo una seña para que le siguiera a la rampa de acceso, caminando tras él por el tubo que conducía a la puerta hermética, más allá del tráfico rápido de soldados por el ruidoso corredor central, donde la tripulación se ocupaba en preparativos de última hora.

Signy estaba en el puente. Josh avanzó hacia ella y el guardián le detuvo, pero Mallory le miró desde donde estaba, cerca del puesto de mando e hizo una seña a los centinelas para que salieran.

—¿Le envía Damon? —inquirió la capitana cuando el joven llegó a su lado.  
Él negó con la cabeza.

Signy frunció el ceño, y de un modo consciente o no, aplicó la mano al arma que llevaba al costado.

—¿Entonces que ha venido a hacer aquí?

—Pensé que podría necesitar un técnico en ordenadores, alguien que conozca a la Unión... por dentro y por fuera. Ella se echó a reír.

—¿O que me pegue un tiro cuando esté desprevenida?

—No me fui con la Unión —dijo él—. Habrían rehecho las cintas, me habrían dado un nuevo pasado. Me habrían enviado a algún lugar... quizá la estación Sol. No lo sé. Pero quedarme en Pell ahora... No puedo hacer eso. Los estacionados me conocen. Y no puedo vivir en una estación, no es cómodo para mí.

—Nada que no pudiera arreglar otro lavado de cerebro.

—Es que *quiero* recordar. Tengo algo, la única cosa real. Y eso lo valoro.

—¿Así que va a dejar la estación?

—Por algún tiempo.

—¿Ha hablado con Damon de esto?

—Antes de venir aquí. Lo sabe, y Elene también. Ella se apoyó contra el

mostrador y le miró de arriba abajo pensativamente, los brazos cruzados.

—¿Por qué ha elegido la *Norway*? Él se encogió de hombros.

—No visitan ninguna estación, ¿verdad? Excepto esta.

—Es cierto. —Ella sonrió levemente—. Sólo esta. Alguna vez.

—Nave se va —murmuró Lily, mirando las pantallas, y acarició el cabello de la Soñadora.

La nave se separó de la estación, giró con un movimiento muy distinto al de la mayor parte de las naves que iban y venían, y se alejó velozmente.

—La *Norway* —dijo la Soñadora.

—Algún día iremos —comentó la Narradora, que había vuelto llena de cuentos de la gran sala—. Los Konstantin nos dan naves. Vamos, llevamos nuestro Sol en los ojos, no tenemos miedo en oscuridad. Vemos muchas, muchas cosas. Bennett nos hizo venir aquí. Konstantin nos dan paseo muy largo, lejos, lejos. Mi primavera vuelve. Quiero pasear lejos, hacerme nido allí... Encontraré estrella e iré.

La Soñadora rió afectuosamente. Y contempló la inmensa oscuridad exterior, por donde el Sol se deslizaba, y sonrió.